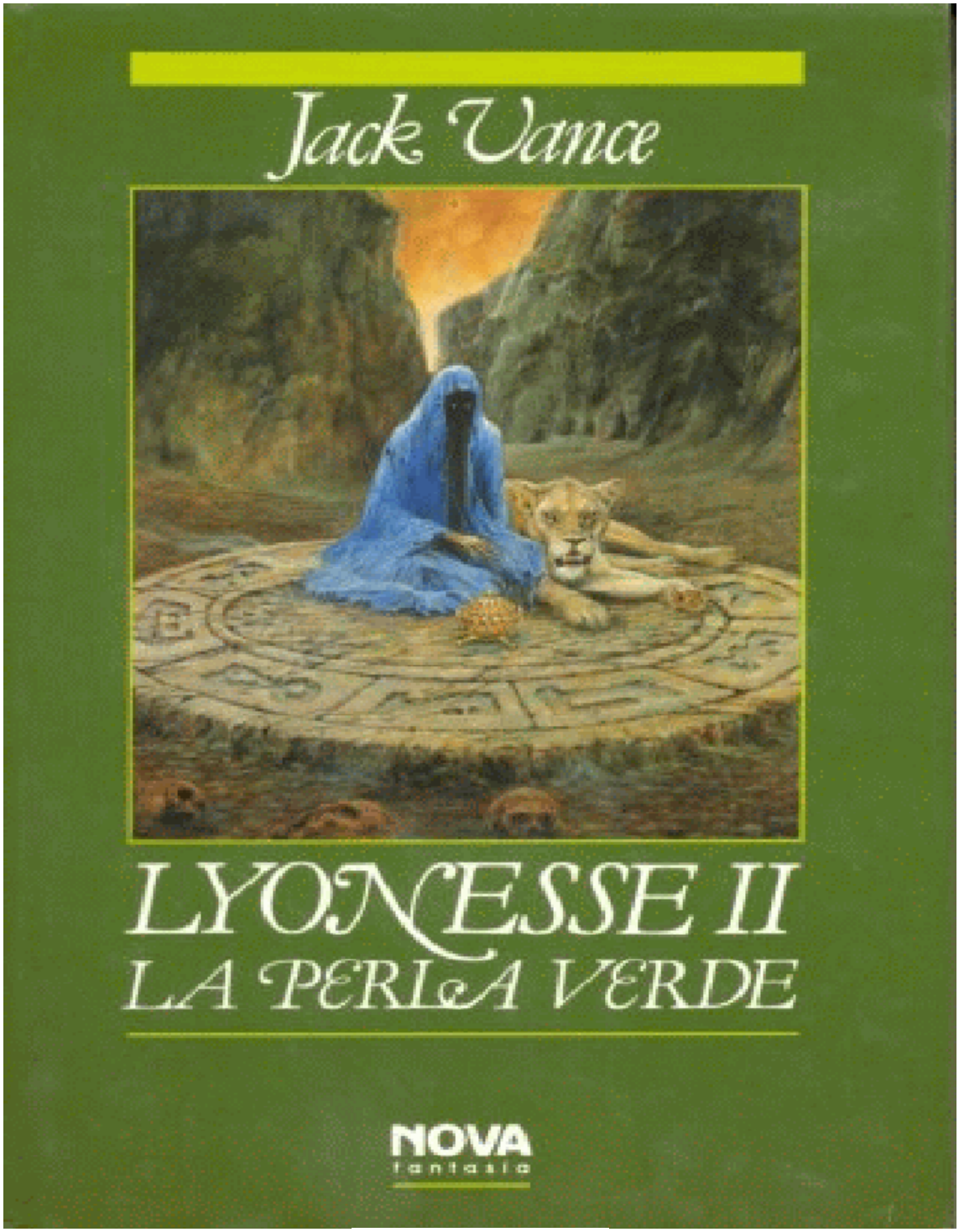
La perla verde
Jack Vance



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRESENTACIÓN

Tal vez la casualidad ha querido que esta novela de Vance que hoy presentamos aparezca en nuestra colección justo después de una de las mejores novelas de fantasía de los últimos años: VENCER AL DRAGÓN, de Barbara Hambly. Y esa casualidad puede servir para justificar el intento de reflexionar brevemente sobre la gran riqueza actual de la narrativa fantástica y sus múltiples registros.

En mi caso personal, decidida hace ya muchos meses su traducción, las novelas de Hambly y Vance se han sucedido una tras otra, en esa lectura (relectura en mi caso) que hago siempre antes de escribir este comentario. Por ello se me hace casi inevitable una especie de comparación o cuando menos de constatación sobre los contenidos y estilos de dos libros tan satisfactorios a la par que tan diferentes.

En VENCER AL DRAGÓN nos encontramos con una de las primeras y más exitosas novelas de uno de los grandes valores de la nueva narrativa, fantástica norteamericana: Barbara Hambly. Ya comentaba en mi introducción a dicha novela que lo que sorprende en VENCER AL DRAGÓN es el tratamiento adulto y sereno de una temática tradicionalmente abandonada a los intereses casi infantiles, o tal vez adolescentes, de la fantasía más clásica. Hambly aborda el tema del enfrentamiento con un dragón en el seno de un mundo medieval de estructura feudal y en el que la magia es un elemento determinante y central. Y lo hace desde una óptica madura que no elude la acción de las narraciones de aventuras pero tampoco el tono reflexivo propio de la literatura adulta, lo que, inevitablemente, le ha granjeado el gran éxito que ha obtenido ya en Norteamérica. Sin ninguna duda VENCER AL DRAGÓN es una de las grandes obras de fantasía de los años ochenta, llamada a interesar por igual a una diversidad de públicos y por ello ha cimentado la creciente fama de su autora y., todo hay que decirlo, mi admiración más sincera.

Tal vez tras la lectura de VENCER AL DRAGÓN, enfrentarse con el mosaico de múltiples facetas que compone la saga de LYONESSE depare más de una sorpresa. Ante la redacción eficaz, emotiva y literariamente brillante de Hambly, la narración de Vance en la saga de LYONESSE inevitablemente tiene que parecer ingenua, con una apariencia engañosamente sencilla y tal vez me atrevería a etiquetarla como inocente.

La diferencia la constituye el curioso estilo de Vance, un autor de gran fama que, por esta vez, ha abandonado las limitaciones de la narración instrumental de la novela de aventuras narrada a gran ritmo, por un deambular sencillo, escueto y preciso por los caminos de la descripción simple, casi ingenua y siempre repleta de sorprendentes detalles que dan vida a las narraciones de la gran saga de LYONESSE.

Vance se sitúa en cierta forma como un espectador desinteresado que nos narra lo que ocurre en su mítico mundo de Lyonesse deforma casi desapasionada, tal vez como un notario que tomase nota de todo aquello que ocurre en forma casi taquigráfica y en un estilo exageradamente desprovisto de barroquismos, dominado por las frases cortas. Pero ese estilo es la depuración de la quintaesencia del arte narrativo de Vance que tantos éxitos ha cosechado en los más de cuarenta años de su oficio de escritor.

De ahila curiosa constatación de cómo la nueva literatura fantástica, la surgida al amparo de la fabulación nacida dentro de la temática de la ciencia ficción, presenta ya, pese a su juventud, una riqueza de tratamientos que otros géneros más antiguos están todavía buscando. La madurez, seriedad y emotividad de VENCER AL DRAGÓN contrasta con el dominio de la descripción presuntamente imparcial y fría de que hace gala Vance en

LYONESSE, y ambos componen dos registros diversos pero claramente complementarios de esa nueva fantasía que tanto éxito está cosechando estos últimos años...

En realidad, Vance ha escrito casi siempre bordeando la fantasía e, incluso en sus obras de ciencia ficción, domina el aspecto fabulador y la voluntad descriptiva de su exuberante imaginación ante las pretensiones más habitualmente explicativas y racionalizadoras de la ciencia ficción más tradicional. Pero la mayoría de las temáticas que ha abordado hasta hoy la fantasía de Vance están dominadas por el tono de aventuras habitual en la llamada «fantasía heroica» aunque en el caso de Vance ésta se enriquezca con los múltiples detalles fruto de su imaginación y su especial estilo narrativo.

Pero la alta fantasía, la que se centra en la magia, en un entorno social feudal y caballeresco, no había sido abordado por Vance hasta la aparición de la trilogía de LYONESSE que, según parece, constituye uno de los más viejos y queridos proyectos de este autor.

Según él mismo nos cuenta, desde los sueños de la niñez hasta las obras que componen el gran fresco de LYONESSE, la fantasía mágica y el mundo de las Islas Elder han sido una constante en su pensamiento:

> Cuando era un niño, a los nueve o diez años, empecé a escribir relatos de hadas que se desarrollaban en el mismo bosque, repleto de magia. Recuerdo haber leído relatos rusos sobre las hadas, también algo de Howard Pyle, y parecía algo muy agradable de escribir. Hice además algunos dibujos y mapas, pero era un niño y nunca terminé esas historias.

Con el tiempo, Vance ha llegado a alcanzar gran reconocimiento como escritor de ciencia ficción, pero con toda seguridad nunca ha olvidado sus sueños de niñez ni su interés por los cuentos de hadas, por esos mundos medievales repletos de fantasía y de magia. Mantiene, como muchos, una sorprendente expectación por un mundo escasamente conocido y tan sólo entrevisto a través de sus muchas complejidades. Tras la escritura de LOS PRÍNCIPES DEMONIOS el propio Vance reconoció que, incluso desde mucho antes, tenía intención de componer una gran saga sobre la magia. Parece ser que concibió la idea incluso antes de la aparición de LA TIERRA MORIBUNDA en el ya lejano 1950. Y las leyendas de Lyonesse se encontraban inevitablemente ligadas a ese proyecto elaborado durante largos años:

> Quería escribir un gran libro... tres grandes libros. Por lo que yo sé, antes de ahora nadie ha escrito sobre Lyonesse, y me parece que ya es tiempo para ello. El nombre pertenece a las islas Elder, mencionadas en las leyendas celtas y bretonas como Hy Brasil e Ys, y se entronca con las leyendas de Avallon y del ciclo arturiano. Lyonesse es un país en el sur de la isla principal, Hy Brasil. Hay seis o siete islas grandes y veinte o treinta más pequeñas que las rodean, con una superficie total parecida a la de Irlanda. Es un buen lugar para una bella historia de amor mitológica.

El proyecto ha tomado finalmente la forma de tres libros que, en la traducción al castellano, titulamos siguiendo la voluntad de Vance: LYONESSEI: EL JARDÍN DE

SULDRUN, LYONESSEÜ: LA PERLA VERDE y LYONESSE III: MADOUC, no siempre respetada en la edición en inglés. Con ellos concluirá la trilogía, pero el mismo Vance ha advertido que muy probablemente escribirá otros relatos sobre el mundo de las islas Elder.

Según indican la tradición y la leyenda, las islas Elder desaparecieron en una gran inundación, pero Vance no desea terminar la trilogía con esa catástrofe:

Me gustan las islas Elder y la gente que vive en ellas. Si el desastre tiene que ocurrir (el estruendo de la caída de las grandes olas, gritos y alaridos y todo el mundo ahogándose) será sin mi ayuda. Intentaré evitarlo mientras sea posible. Con un lugar como ése uno puede seguir siempre con historias de amor, relatos de hadas y leyendas.

Y esto es, en definitiva, lo que ofrece LYONESSE relatos de amor y aventura, historias de magos y poderes, enfrentamientos entre reyes, y una gran saga fantástica en la que una multitud de personajes se sucede para dar vida a un mundo nuevo y mágico.

Porque, en última instancia, Lyonesse ha significado siempre misterio, magia y encantamientos. Sus magos, hechiceros, brujas, hadas, demonios, trolls y otros sorprendentes personajes son tan reales como los reyes, princesas, caballeros, campesinos y el resto de humanos que pueblan tan vividamente estas páginas. Lyonesse nos acerca a un tiempo en el que la magia gobernaba a los seres humanos regidos también por reyes fuertes y poderosos...

LYONESSE II: LA PERLA VERDE, continúa las peripecias de algunos de los personajes que ya poblaron las páginas de LYONESSE I: EL JARDÍN DE SULDRUN, en un completo y complejo mosaico centrado tal vez en torno al enfrentamiento entre los magos Murgen y Tamurello. Dicho enfrenta-miento mágico transcurre en simultaneidad al duelo de poder e ingenio entre los reyes Aillas de Troicinet (que fuera amante de Suldrun en la primera novela de la serie) y el rey Casmir de Lyonesse (padre de la misma Suldrun). También cabe citar el encuentro y desencuentro sexual y tal vez amoroso entre Shimrod, el mago aliado de Aillas, y la misteriosa mujer Melancthe, creada mágicamente por la bruja Desmëi para vengarse de los miembros masculinos de la especie humana. Y todo ello con la recurrente presencia de la misteriosa Perla Verde cuyo fulgor irradia un influjo inevitablemente maligno y que procede, ¿cómo no?, de las entrañas de un rodaballo capturado casi por casualidad por un perezoso pescador.

En realidad, en este segundo volumen de la saga de LYONESSE parece que el protagonismo central recae poco apoco en Aillas, el joven rey de Troicinet que ya conocimos en el primer volumen. Pero la atención detallada a su enfrentamiento con el rey Casmir no impide el enfrentamiento de los magos con sus intrigas, ni faltarán tampoco las incesantes aventuras que incluyen esta vez el acceso a otros mundos, tal vez en otras dimensiones. Por todo ello, el conjunto se configura como un mosaico de narraciones entre las cuales el tema de la perla verde no deja de ser, por ahora, una anécdota casi marginal.

En definitiva, la saga de LYONESSE constituye una de las mejores obras de Vance, una seductora historia de inocencia, traición y amor escrita con gran elegancia y en la que el intrincado estilo de este autor gana en belleza y nuevas perspectivas.

MIQUEL BARCELÓ

Para David Alexander Tim
Underwood y Chuck Miller Kirby,
Kay y Ralph John II y Norma

I

1

Visbhume, aprendiz del difunto mago Hipólito, solicitó a Tamurello un puesto similar, que le fue negado. Luego Visbhume ofreció en venta una caja con objetos que se había llevado de la casa de Hipólito. El mago Tamurello examinó la caja con interés y pagó el precio que exigía Visbhume.

Entre los objetos de la caja había fragmentos de un viejo manuscrito. Cuando la noticia de la transacción llegó a oídos de la bruja Desmëi, se preguntó si estos fragmentos no llenarían las lagunas de un manuscrito que estaba intentando restaurar desde hacía tiempo. Sin perder un instante se dirigió a Pároli, la mansión de Tamurello en el Bosque de Tantrevalles, y allí pidió autorización para estudiar los manuscritos.

Tamurello mostró cortésmente los fragmentos.

-¿Son éstos los elementos que faltan?

Desmëi los examinó.

-¡En efecto!

-Pues ahora te pertenecen -ofreció Tamurello-. Ten la gentileza de aceptarlos.

-¡Te lo agradezco mucho! -exclamó Desmëi. Mientras colocaba los fragmentos en un maletín, estudió a Tamurello por el rabillo del ojo-. Es raro que no nos hayamos visto antes.

Tamurello asintió con una sonrisa.

-El mundo es largo y ancho. Siempre nos aguardan experiencias nuevas, y en general agradables. -Con inequívoca galantería, inclinó la cabeza hacia su huésped.

-¡Qué atento, Tamurello! -exclamó Desmëi-. Eres realmente amable.

-Sólo cuando las circunstancias lo exigen. ¿Quieres tomar algo? Aquí hay un suave vino de Alhadra.

Ambos pasaron un rato hablando de sí mismos y de sus ideas. Desmëi consideró que Tamurello resultaba estimulante y vital, y decidió tomarlo como amante.

Tamurello, ansioso de novedades, no presentó objeciones e invirtió tantas energías como ella. Todo anduvo bien durante una temporada. Pero con el tiempo, Tamurello descubrió que Desmëi carecía de gracia y atractivo. Para honda preocupación de Desmëi, su amante se volvió distante. Al principio ella interpretó ese menguante ardor como un capricho amoroso, el antojo de un amante consentido, y lo tentó una y otra vez con sus esquivas travesuras.

Tamurello se mostró aún mas indiferente. Desmëi pasaba largas horas con él, analizando todas las fases de su relación, mientras Tamurello bebía vino y miraba melancólicamente hacia los árboles.

Desmëi descubrió que ni los suspiros ni la pasión afectaban a Tamurello. Advirtió que también era inmune a la persuasión, y que se aburría ante los reproches. Al fin Desmëi le comentó el caso de un ex amante que le había causado dolor y aludió

con tono burlón a los infortunios que luego lo habían acuciado. Cuando comprendió que al fin había llamado la atención de Tamurello, decidió hablar de temas más alegres.

Tamurello optó por comportarse con prudencia, y por el momento Desmëi no tuvo más quejas.

Tras un mes de frenesí, Tamurello descubrió que ya no podía mantener su pasión. Una vez más eludió a Desmëi, pero ahora que ella entendía las fuerzas que lo guiaban, se las ingenió para encarrilarlo.

El desesperado Tamurello invocó un hechizo de aburrimiento sobre Desmëi: una influencia tan callada, gradual e imperceptible que ella no la descubrió. Desmëi se hartó del mundo, de sus sórdidas vanidades, fútiles ambiciones e insensatos placeres, pero su temperamento era tan fuerte que jamás sospechó un cambio en sí misma. Para Tamurello, el hechizo resultó un éxito.

Durante un tiempo Desmëi caminó en sombría contemplación por los ventosos pasillos de su palacio de playa, cerca de Ys, y al final decidió abandonar el mundo a su melancólica suerte. Se preparó para morir, y desde la terraza contempló el último anochecer.

A medianoche envió una burbuja mensajera sobre las montañas, hacia Pároli, pero cuando llegó el alba todavía no había recibido respuesta.

Desmëi reflexionó una larga hora, y al fin se asombró del abatimiento que la había llevado a tal situación.

Su decisión era irrevocable. Sin embargo, en su hora final, se dedicó a elaborar un conjunto de maravillosas formulaciones, hasta entonces desconocidas.

Los motivos de estos actos finales carecían de propósito determinado, pues ahora ella pensaba de manera vaga y extraña. Resultaba evidente que se sentía traicionada, resentida y despechada, aunque también parecía empujada por las fuerzas de la pura creatividad. Produjo un par de objetos superlativos, quizás esperando que se consideraran como la proyección de su propia personalidad ideal, y que la belleza y el simbolismo de estos objetos afectaran a Tamurello.

A la luz de las circunstancias[(1)], Desmëi no tuvo gran éxito en este sentido y el triunfo, si cabe usar esta palabra, fue más bien de Tamurello.

Para conseguir su propósito, Desmëi utilizó varios materiales: sal marina, tierra de la cima del monte Khambaste de Etiopía, exudaciones y pastas, elementos de su esencia personal. Así creó un par de seres maravillosos, dotados con todas las gracias y bellezas. La mujer era Melancthe; el hombre, Faude Carfilhiot.

Mas no todo estaba hecho. Mientras los dos se erguían desnudos e inconscientes en el taller, la hez que quedaba en el recipiente despidió un vapor verde y rancio. Tras un sobresaltado jadeo, Melancthe se apartó y escupió ese gusto de la boca. Carfilhiot, en cambio, lo encontró agradable y lo aspiró con avidez.

Años después, el castillo Tintzin Fyral cayó ante los ejércitos de Troicinet. Carfilhiot fue capturado y colgado de una altísima horca, con lo cual se daba un inequívoco mensaje tanto a Tamurello de Pároli, hacia el este, como al rey Casmir de Lyonesse, hacia el sur.

---

1 Los detalles se describen en *Lyonesse I: El jardín de Suldrun.*

Luego bajaron el cadáver de Carfilhiot, lo tendieron en una pira y lo incineraron al son de gaitas y flautas. En medio de la celebración, las llamas despidieron una bocanada de maloliente vapor verde que voló hacia el mar llevada por el viento. Al descender y mezclarse con la espuma de las olas, la vaharada se condensó y se convirtió en una perla verde que acabó en el lecho oceánico, donde al fin fue ingerida por un gran rodaballo.

2

Ulflandia del Sur bordeaba el mar desde Ys, por el sur, hasta Suarach en el norte: una sucesión de playas pedregosas y penínsulas rocosas a lo largo de una costa yerma y sombría. Los tres mejores puertos eran Ys, Suarach y, entre estos dos, Oáldes. Los otros, buenos o malos, eran extraños, y a menudo sólo consistían en caletas cerradas por el garfio de una península.

Treinta kilómetros al sur de Oáldes, una hilera de peñascos entraba en el mar y, con la ayuda de unos arrecifes, daba refugio a varias docenas de barcos pesqueros. Alrededor del puerto se extendía la aldea Mynault: un puñado de estrechas casas de piedra, dos tabernas y un mercado.

En una de las casas vivía el pescador Sarles, un hombre corpulento y barrigón de pelo negro y labios gruesos. La cara, redonda, pálida y soñadora, mostraba una constante expresión de asombro, como si la vida siempre le pareciera reñida con la lógica.

Sarles había dejado muy atrás la flor de la juventud, pero los frutos de su trabajo eran escasos. Sarles culpaba a la mala suerte, aunque según su esposa Liba, la indolencia era el factor principal.

Sarles dejaba su bote Preval cómodamente varado en la playa, frente a su casa. Había heredado el Preval de su padre, y la embarcación ya estaba vieja y carcomida. Cada junta filtraba agua y todas las articulaciones crujían. Sarles conocía bien los defectos del Preval y sólo se hacía a la mar cuando reinaba buen tiempo.

Liba, como Sarles, era algo robusta. Aunque mayor que Sarles, era mucho más enérgica y a menudo le preguntaba:

-¿Por qué no has ido hoy a pescar como los demás hombres?

-El viento se intensificará por la tarde -respondía Sarles-. Las vi-gotas de las jarcias de babor no resistirán tanta tensión.

-¿Y por qué no cambias las vigotas? No tienes nada mejor que hacer.

-Vamos, mujer, tú no sabes nada de embarcaciones. La parte más débil siempre se rompe primero. Si reparo las vigotas, se pueden separar las jarcias, o una buena ráfaga podría hacer que el mástil atravesara el fondo del bote.

-En ese caso, reemplaza las jarcias y repara las tracas.

-¡Es fácil decirlo! Sería una pérdida de tiempo y de dinero.

-Pero también pierdes tiempo y dinero a puñados en la taberna.

-¡Basta, mujer! ¿Me negarías mi única diversión?

-¡Claro que sí! Aquí todos están en alta mar mientras tú te quedas sentado al sol papando moscas. Tu primo Junt zarpó antes del alba para pescar caballa. ¿Por qué no hiciste lo mismo?

-A Junt no le duele la espalda como a mí -masculló Sarles-. Además, tiene el Lirlou, un bote espléndido y nuevo.

-El que pesca es el pescador, no el bote. Y Junt pesca seis veces más que tú.

-Sólo porque le ayuda su hijo Tamas.

-Lo cual significa que cada uno de ellos pesca tres veces más que tú.

-Mujer -exclamó Sarles con fastidio-, ¿cuándo aprenderás a cerrar el pico? Correría ahora mismo a la taberna si tuviera una moneda que gastar.

-¿Por qué no aprovechas el tiempo para reparar el Prevalí Con un gesto de cansancio Sarles bajó a la playa, donde evaluó los problemas de su embarcación. Sin nada mejor que hacer, talló una vigota nueva para las jarcias. El cordaje le resultaba muy caro, así que realizó una serie de improvisados añadidos que fortalecieron las jarcias, aunque no resultaban un espectáculo muy edificante.

Y así iban las cosas. Sarles dedicaba al Preval sólo los cuidados necesarios para mantenerlo a flote, y bogaba entre los arrecifes y las rocas cuando las condiciones eran óptimas, lo cual no sucedía con frecuencia.

Un día Sarles incluso se alarmó. Soplaba una leve brisa cuando se alejó de la bahía, izó la botavara, puso la traversa, ajustó las velas y brincó entre las olas rumbo a los arrecifes, donde la pesca abundaba más. Qué raro, pensó Sarles. ¿Por qué se aflojaba la traversa si acababa de tensarla? Indagando, descubrió un dato inequívoco: el codaste al cual estaba amarrada la traversa estaba tan podrido por la intemperie y los ataques de la carcoma que estaba a punto de ceder ante la tensión de la traversa, lo cual causaría un gran desastre.

Sarles levantó los ojos al cielo y apretó los dientes con fastidio. Tendría que realizar sin demora esas tediosas reparaciones, y no podría remolonear ni ir de juerga hasta que las hubiera terminado. Para pagar las reparaciones quizá tendría que suplicar un puesto a bordo del Lirlou, lo cual resultaba molesto, pues tendría que trabajar con Junt.

De momento, movió la traversa hacia una de las cornamusas, lo cual bastaría en ese día templado.

Sarles pescó durante dos horas, y sólo consiguió un rodaballo. Cuando limpió el pez y le abrió el vientre, rodó hacia afuera una magnífica perla verde de una calidad que Sarles jamás había visto. Maravillándose ante su buena fortuna, arrojó de nuevo el sedal, pero empezó a so- piar una brisa fresca. Sarles, preocupado por el estado de su maltrecha traversa, levó anclas, izó la vela y puso proa hacia Mynault, y mientras navegaba se regodeó mirando la hermosa perla verde, cuyo mero contacto le provocaba cosquilleos de placer.

De vuelta en la bahía, Sarles varó el bote en la playa y se dirigió a su hogar, donde encontró a su primo Junt.

-¿Qué? -exclamó Junt-. ¿Cómo regresas tan pronto? ¡Aún no es mediodía! ¿Qué has pescado? ¿Sólo un rodaballo? Sarles, te morirás de hambre si no te enmiendas. Deberías reparar bien el Preval y trabajar a fondo para ganar algo para tu vejez.

Irritado por la crítica, Sarles replicó:

-¿Y tú? ¿Por qué no has salido en tu espléndido Lirlou? ¿Temes un ventarrón?

-¡En absoluto! Saldría con gusto a pescar, con viento o sin él, pero acabo de calafatear el Lirlou y puse brea fresca en las juntas.

Sarles no era taimado, despectivo ni maligno, y sus peores defectos eran la pereza y una huraña obstinación ante las protestas de su esposa. Pero en aquel momento, impulsado por un súbito cosquilleo de malicia, dijo:

-Pues bien, si tanto deseas trabajar, allí tienes el Preval. Ve hasta el arrecife y pesca cuanto quieras.

Junt soltó un gruñido despectivo.

-¡Sería triste para mí después de navegar en mi bello Lirlou! Aun así, creo que aceptaré. Es extraño, pero no duermo bien a menos que haya sacado una buena cantidad de peces del mar.

-Te deseo buena suerte -masculló Sarles, y siguió andando por el muelle. Advirtió que el viento había cambiado y ahora soplaba del norte.

En el mercado, Sarles vendió el rodaballo a buen precio, luego se detuvo a reflexionar. Extrajo la perla del bolsillo y la examinó de nuevo: un objeto hermoso, aunque la coloración verde resultaba extraña e incluso -debía admitirlo- un poco perturbadora.

Sarles esbozó una esquiva sonrisa y volvió a guardarse la perla en el bolsillo. Caminó por la plaza hasta la taberna, donde se echó una buena medida de vino en el garguero. Ese primer trago llevó a otro, y cuando Sarles iba por la mitad de la segunda ronda se le acercó uno de sus amigos, un tal Juliam, quien preguntó:

-¿Cómo van las cosas? ¿No pescas hoy?

-Hoy no tengo ganas, me duele la espalda. Además, Junt me pidió prestado el Preval y le dije que fuera, que pescara toda la noche si tanto quería trabajar. Así que Junt se llevó mi buen Preval.

-¡Muy generoso de tu parte!

-¿Por qué no? A fin de cuentas es mi primo, y no hay lazo más poderoso que la sangre.

-Es verdad.

Sarles se terminó el vino y echó a andar hacia el extremo del muelle. Escrutó el mar, pero ni al norte, al oeste ni al sur vio la remendada vela amarilla del Preval.

Dio media vuelta y desando el camino por el muelle. Otros pescadores llegaban a la playa con los botes. Sarles bajó a preguntarles por Junt.

-Por mi generosidad lo dejé salir en el Preval, aunque le advertí que el viento arreciaba y parecía estar virando hacia el norte.

-Hace una hora estaba en Lecho Peligroso -informó uno de los pescadores--. ¡Junt pesca mientras los hombres decentes beben vino!

Sarles escrutó el mar.

-Tal vez, pero ahora no lo veo. El viento está cambiando, y se verá en apuros si no enfila pronto hacia la bahía.

-No temas por un viejo lobo de mar como Junt, en un bote sólido como el Lirlou -le tranquilizó un pescador que acababa de llegar.

El otro pescador soltó una carcajada ronca.

-¡Pero está a bordo del Prevalí -Ah, eso es otra cosa. Sarles, sería conveniente que lo repararas.

-Sí, sí -masculló Sarles-. A su debido tiempo. No puedo caminar sobre el agua ni soltar monedas de oro por la nariz.

Atardecía y Junt aún no había regresado a Mynault. Sarles se lo contó a Liba.

-Hoy me dolía la espalda y no pude pescar mucho rato. Con toda generosidad le presté el bote a Junt. Aún no ha regresado y temo que el viento lo haya alejado de la costa, e incluso que el Preval haya naufragado. Supongo que esto es una lección para mí.

Liba lo miró asombrada.

-¿Para ti? ¿Y qué dices de Junt y su familia?

-Eso también me preocupa, no es necesario que lo diga. Sin embargo, aún no te he hablado de mi asombrosa buena suerte.

-¿De veras? ¿Tu espalda está tan bien que al fin puedes trabajar? ¿O ya no te gusta el vino?

-Mujer, domina esa lengua o sentirás el peso de mi mano. Estoy harto de tus bromas crueles.

-Bien, ¿por qué te consideras tan afortunado?

Sarles mostró la perla.

-¿Qué piensas de esto?

Liba miró la gema.

-Aja. Curiosa. Nunca había oído hablar de perlas verdes. ¿Estás seguro de que es auténtica?

-¡Desde luego! ¿Me tomas por tonto? Vale una buena suma.

Liba se alejó.

-Me da escalofríos.

-¡Típico de una mujer! ¿Dónde está mi cena? ¿Qué? ¿Gachas de avena? ¿Por qué no cocinas un buen cuenco de sopa, como otras mujeres?

-No puedo obrar milagros con la alacena vacía. Si pescaras más y bebieras menos, podríamos comer mejor.

-¡Bah! Desde ahora todo cambiará.

Durante la noche, Sarles tuvo sueños inquietantes. Había rostros que lo miraban a través de remolinos de niebla, y luego hablaban gravemente entre sí. A pesar de sus esfuerzos, no llegaba a captar los comentarios. Algunas caras le resultaban familiares, pero Sarles no recordaba cómo se llamaban.

Por la mañana, Junt aún no había regresado en el Preval. En virtud de la costumbre establecida, Sarles tenía el privilegio de pescar con el flamante Lirlou. Tamas, el hijo de Junt, también quiso ir, pero Sarles no se lo permitió.

-¡Prefiero pescar solo!

-¡Esto no es razonable! -protestó Tamas-. ¡Debo proteger los intereses de mi familia!

Sarles levantó el dedo.

-¡No tan deprisa! ¿Olvidas que yo también tengo intereses? El Lirlou será mío hasta que Junt me devuelva el Preval en perfectas condiciones. Si quieres pescar, busca otra manera.

Sarles llevó el Lirlou hasta la zona de pesca, disfrutando de la solidez del bote y de la comodidad de las herramientas. Ese día tuvo una suerte excepcional; los peces se apiñaban en sus sedales y los cestos se llenaron hasta el borde. Sarles regresó a Mynault contento y feliz. Esa noche comería una buena sopa, y tal vez un pollo asado.

Transcurrieron dos meses durante los cuales Sarles sacó provecho de la buena pesca, mientras que a Tamas nada le iba bien. Una noche, Tamas acudió a la casa de Sarles con la esperanza de arreglar una situación que nadie en Mynault consideraba del todo justa, aunque todos aceptaban que Sarles había actuado según su derecho.

Tamas encontró a Liba sola, sentada junto al hogar e hilando. Tamas fue hasta el centro del cuarto y miró alrededor.

-¿Dónde está Sarles?

-En la taberna, o eso creo, atiborrándose de vino -respondió Liba con voz inexpresiva y metálica. Miró a Tamas por encima del hombro y siguió trabajando con el huso-. No obtendrás lo que deseas de él. De pronto se ha convertido en un gran señor, y se pavonea como un magnate.

-¡Pero debemos llegar a un acuerdo! -declaró Tamas-. Él ha perdido ese trasto a cambio del Lirlou, a expensas de mí, de mi madre y de mis hermanas. Lo hemos perdido todo sin tener ninguna culpa. Sólo pedimos que Sarles se muestre justo y nos dé nuestra parte.

Liba se encogió de hombros.

-Es inútil que hables conmigo. No escucha lo que yo digo. Es otro hombre desde que trajo la perla verde. -Volvió los ojos hacia la repisa, donde la perla descansaba en un platillo.

Tamas se acercó para examinar la gema. La cogió, la levantó entre los dedos y silbó entre dientes.

-¡Es un objeto muy valioso! ¡Nos permitiría comprar otro Lirloul ¡Me haría rico!

Liba lo miró sorprendida. ¿Era ésa la voz de Tamas, por todos considerado un modelo de rectitud? La perla verde parecía inspirar codicia y egoísmo a quienes la tocaban. Liba siguió hilando.

-A mí no me digas nada. No me gusta lo que no conozco. Aborrezco esa cosa. Me mira como un ojo maligno.

Tamas soltó un cloqueo agudo, tan extraño que Liba lo miró extrañada.

-¡Pues bien! -exclamó Tamas-. ¡Es hora de ajustar las cuentas! Si Sarles se queja, que venga a verme. -Con la perla en la mano, salió de la casa a la carrera. Liba suspiró y siguió hilando, con un nudo de aprensión en el pecho.

Transcurrió una hora sin más ruidos que el soplido del viento en la chimenea y un ocasional chisporroteo. Luego se oyeron los resonantes pasos de Sarles, que llegaba dando tumbos de la taberna. Abrió la puerta de par en par y se quedó un instante en la entrada, la cara redonda como un plato bajo el desmelenado cabello negro. Miró aquí y allá y clavó los ojos en el platillo. Se acercó para examinarlo y lo encontró vacío. Soltó un grito de angustia.

-¿Dónde está la perla, la adorable perla verde?

-Tamas vino a hablar contigo -respondió Liba con voz inexpresiva-. Como no estabas aquí, se llevó la perla.

Sarles aulló de furia.

-¿Por qué no se lo impediste?

-No es cosa mía. Debes arreglar cuentas con Tamas.

Sarles soltó un gemido desesperado.

-Pudiste haberlo detenido. ¡Le diste la perla!

Se abalanzó sobre ella apretando los puños; ella levantó el huso y se lo clavó en el ojo izquierdo.

Sarles se llevó la mano a la órbita ensangrentada, mientras Liba retrocedía, asombrada por la magnitud de su acto.

Sarles la miró con el ojo derecho y avanzó despacio. Liba tanteó a sus espaldas y encontró una escoba de mimbre. La alzó para defenderse. Sarles avanzaba, poco a poco. Sin dejar de mirar a Liba, se agachó a recoger un hacha de mango corto. Liba gritó, arrojó la escoba a la cara de Sarles y corrió hacia la puerta. Sarles la aferró por el pelo, la atrajo hacia sí y le descargó un hachazo.

Los gritos habían atraído a los vecinos. Los hombres apresaron a Sarles y lo llevaron a la plaza. Despertaron a los dos ancianos de la aldea, que salieron parpadeando a hacer justicia bajo la luz de los faroles.

El crimen era evidente; se conocía al asesino, y nada se ganaría con una demora. Se dictó sentencia; Sarles fue conducido al cobertizo del palafrenero y colgado de la cabria del heno; a la luz de los faroles, los aldeanos vieron cómo su vecino pataleaba hasta quedarse rígido.

3

Oáldes, treinta kilómetros al norte de Mynault, había sido durante mucho tiempo sede de los reyes de Ulflandia del Sur, pero carecía de la gracia y la presencia histórica de Ys, y su aspecto era pobre comparado con el de Avalón y la ciudad de Lyonesse. Para Tamas, sin embargo, Oáldes, con su plaza y su activo puerto, era la definición misma de la urbanidad.

Llevó su caballo a un establo y desayunó guiso de pescado en una taberna del puerto, preguntándose dónde podría vender su maravillosa perla para obtener una buena ganancia.

Tamas preguntó cautelosamente al tabernero:

-Dime, si alguien deseara vender una valiosa perla, ¿dónde obtendría el mejor precio?

-¿Conque perlas, eh? En Oáldes encontrarás poco interés por las perlas. Aquí gastamos nuestras míseras monedas en pan y bacalao. Para la mayoría no hay más perla que una cebolla en el guiso. Aun así, muéstrame lo que tienes.

No muy convencido, Tamas permitió que el tabernero echara un vistazo a la perla verde.

-¡Un prodigio! -declaró el tabernero-. ¿O es una astuta imitación de vidrio verde?

-Es una perla -replicó secamente Tamas.

-Tal vez. He visto una perla rosada de Hadramaut, y una perla blanca de la India, ambas como adorno en las orejas de capitanes de barco. Déjame mirar una vez más tu perla verde... ¡Ah! Reluce con un fulgor febril. Allá tienes el puesto de un orfebre sefardí. Tal vez él te haga una oferta.

Tamas llevó la perla al orfebre y la puso sobre el mostrador.

-¿Cuánto me pagarás por esta delicada gema?

El orfebre acercó una larga nariz a la perla y la hizo rodar con una varilla de bronce. Alzó la mirada.

-¿Cuánto pides?

Tamas, habitualmente amable, se irritó ante la voz meliflua del orfebre.

-¡Quiero lo que vale, y no toleraré engaños! -dijo bruscamente.

El orfebre encogió sus angostos hombros.

-El valor de un artículo depende de lo que dan por él. No tengo compradores para una gema tan delicada. Te daré una pieza de oro, no más.

Tamas arrebató la perla y se alejó con furia. Y así pasó todo el día. Ofreció la perla a todos los que, a primera vista, podían pagar un buen precio, pero no tuvo éxito.

Por la tarde, cansado, hambriento y ardiendo de furia reprimida, regresó a la Posada de la Langosta Roja, donde comió pastel de cerdo y bebió una jarra de cerveza. En una mesa cercana, cuatro hombres jugaban a los dados. Tamas fue a mirar. Cuando uno de los hombres se retiró, los demás lo invitaron a jugar.

-Pareces un joven próspero. Aquí tienes la ocasión de enriquecer aún más a nuestras expensas.

Tamas titubeó, pues no tenía experiencia en los dados y el juego.

Metió las manos en los bolsillos y palpó la perla verde, que le envió una pulsación de temeraria confianza a lo largo de los nervios.

-¡Desde luego! -exclamó Tamas-. ¿Por qué no? -Ocupó el asiento vacío-. Debéis explicarme el juego, pues no sé cómo va esto.

Los otros hombres rieron jovialmente.

-¡Mejor para ti! -lo animó uno-. ¡Tendrás la suerte del novato!

-Lo primero que debes recordar - advirtió otro- es que si ganas no debes olvidarte de recoger tus ganancias. En segundo lugar, y aún más importante desde nuestro punto de vista, si pierdes debes pagar. ¿Está claro?

-¡Como el agua! -dijo Tamas.

-Entonces, y por mera cortesía caballeresca, muéstranos el color de tu dinero.

Tamas extrajo la perla verde del bolsillo.

-He aquí una gema que vale veinte piezas de oro. Ésta es mi garantía. No tengo cambio.

Los otros jugadores miraron la perla con perplejidad.

-Quizás tenga el valor que dices -dijo uno de ellos-, pero ¿cómo esperas apostar así?

-Muy sencillo. Si gano yo, no hay problema. Si pierdo, continuaré jugando hasta contraer una deuda de veinte piezas de oro, en cuyo caso os daré mi perla y partiré sumido en la más absoluta pobreza.

-Muy bien -dijo otro jugador-. Aun así, veinte piezas de oro es una suma respetable. Supón que yo ganara una sola pieza de oro y me hartara del juego. ¿Qué ocurriría entonces?

-¿No está claro? -rezongó Tamas-. En tal caso me das diecinueve piezas de oro, tomas la perla y te vas con tus ganancias.

-¡Pero no tengo diecinueve piezas de oro!

-¡Venga, a jugar! -exclamó el tercer jugador-. ¡Sin duda las cosas se resolverán!

-¡No tan pronto! -interrumpió el jugador precavido. Se volvió hacia Tamas-. La perla no sirve en este juego. ¿No tienes monedas pequeñas?

Un hombre pelirrojo y con barba, que llevaba una reluciente gorra de marino y pantalones rayados, se acercó. Cogió la perla verde y la examinó.

-Una rara gema, de lustre perfecto y excepcional color. ¿Dónde encontraste esta maravilla?

Tamas no tenía intenciones de contar todo lo que sabía.

-Soy un pescador de Mynault, y hallamos toda clase de tesoros, en especial después de una tormenta.

-Es una delicada joya -comentó el jugador cauto-. Aun así, en este juego se apuesta con monedas.

-¡Vamos! -exclamaron los demás-. Apostad. Que comience el juego.

A regañadientes, Tamas apostó diez cobres que había reservado para la cena y el alojamiento de aquella noche.

El juego continuó y Tamas tuvo buena suerte. Monedas de cobre, y luego de plata, se juntaron en pilas de gratificante altura; Tamas comenzó a apostar cada vez más, obteniendo confianza de la perla verde.

Uno de los jugadores se retiró de mal humor.

-¡Nunca he visto que los dados se portaran así! ¡No puedo derrotar a Tamas y a la diosa Fortuna a la vez!

El marino de barba roja, que se llamaba Flary, decidió participar en la partida.

-Quizás sea una causa perdida, pero yo también retaré a este impetuoso pescador de Mynault.

El juego se reanudó. Flary, jugador experto, introdujo arteramente un par de dados cargados. Aprovechando una oportunidad, apostó diez piezas de oro.

-Pescador, ¿puedes hacer frente a esta apuesta? -lo retó.

-¡La perla es mi garantía! -replicó Tamas-. ¡Iniciad el juego!

Flary lanzó los dados y una vez más, para perplejidad del marino, Tamas ganó.

Tamas rió ante el desconcierto de Flary.

-Ya basta por hoy. He jugado mucho, y mis ganancias me permitirán comprar una buena embarcación. Gracias a todos por una velada tan provechosa.

Flary se acarició la barba y miró a Tamas de soslayo mientras el muchacho contaba el dinero. Como por súbita inspiración, Flary puso la mano sobre la mesa y fingió inspeccionar los dados.

-¡Como sospechaba! ¡Tanta suerte es imposible! ¡Son dados trucados! ¡Nos ha estafado!

Hubo un repentino silencio, luego un estallido de furia. Apresaron a Tamas, lo arrastraron al patio trasero de la taberna y le propinaron una soberana paliza. Entretanto, Flary recuperó sus dados y las piezas de oro, y también birló la perla verde.

Satisfecho con el trabajo de esa noche, se fue de la taberna y siguió su camino.

4

El Skyre, una larga ensenada de aguas protegidas, separaba Ulflandia del Norte del antiguo ducado de Fer Aquila, ahora Godelia, reino de los celtas[(2)]. Dos ciudades muy distintas se miraban a través del Skyre: Xounges, en la punta de una península pedregosa, y Dun Cruighre, principal puerto de Godelia.

En Xounges, tras defensas inexpugnables, Gax, el anciano rey de Ulflandia del Norte, mantenía una parodia de corte. Los ska, que controlaban el reino de Gax, toleraban sus vanas pretensiones porque el intento de tomar la ciudad costaría más sangre ska de la que deseaban derramar. Cuando muriera el viejo Gax, los ska tomarían la ciudad mediante intrigas o sobornos, lo que resultara más práctico.

Vista desde el Skyre, Xounges mostraba un complicado trazado de piedra gris y sombra negra bajo tejados pardos y llenos de musgo. En contraste, Dun Cruighre se extendía desde los muelles en un caótico apiñamiento de almacenes, establos, cobertizos, astilleros, tabernas, posadas, cabañas y algunas moradas de piedra de dos pisos. El corazón de Dun Cruighre era su bulliciosa y a veces ruidosa plaza, a menudo escenario de espontáneas carreras de caballos, pues los celtas amaban todo tipo de enfrentamientos.

Dun Cruighre presenciaba constantes idas y venidas, con un tráfico permanente entre Irlanda y Gran Bretaña. Un monasterio cristiano, la Hermandad de San Bac, poseía varias reliquias famosas y atraía a cientos de peregrinos. Naves de tierras remotas atracaban a lo largo de los muelles, y los mercaderes instalaban puestos para exhibir sus

2 Véase Glosario I.

productos importados: seda y algodón de Persia; jade, cinabrio y malaquita de lejanas tierras; ceras perfumadas y jabón de aceite de palmera de Egipto; cristal bizantino y loza de Rímini; todo para ser trocado por oro, plata o estaño celta.

Las posadas de Dun Cruighre eran entre buenas y regulares: algunas eran mejores de lo que cabía esperar, el lo cual se podía agradecer a los sacerdotes y monjes itinerantes, pues tenían un gusto exigente y talegos rebosantes. La taberna más reputada de Dun Cruighre era el Buey Azul, que ofrecía cuartos privados para los ricos y jergones de paja en un establo para los menesterosos. En el comedor siempre giraban pollos en asadores, y había pan fresco recién horneado; los viajeros a menudo declaraban que un rechoncho pollo asado, relleno con cebollas y perejil, acompañado con pan del día y mantequilla, más un par de medidas de cerveza del Buey Azul, se contaba entre lo mejor que se podía comer en las Islas Elder. En los días agradables se servía en mesas frente a la posada, donde los parroquianos podían comer, beber y presenciar el ajetreo de la plaza, que nunca carecía de interés en esa ciudad bulliciosa.

En medio de una hermosa mañana, una persona de porte majestuoso, vestida con una sotana marrón, se sentó a una de las mesas exteriores del Buey Azul. Tenía un rostro confiado y sagaz, de ojos redondos y alertas, nariz corta, y una expresión de afable optimismo. Con delicados y enérgicos dientecillos blancos devoró primero un pollo asado y luego una docena de pastelillos de miel, mientras bebía abundante aguamiel de una jarra de metal. Su sotana, a juzgar por el corte y la calidad del paño, sugería una relación clerical, pero el caballero se había echado la capucha hacia atrás, y en la coronilla, en un tiempo ton-surada, crecía nuevamente una mata de cabello castaño.

Un joven de porte aristocrático salió del comedor de la taberna: alto y fuerte, bien afeitado y de ojos límpidos, con una expresión bien-humorada, como si el mundo le pareciera un lugar grato donde vivir. Vestía un atuendo informal: una blusa de lino blanco, pantalones de sarga gris y un chaleco azul bordado. Miró a izquierda y derecha y se acercó a la mesa del caballero de sotana marrón.

-Señor, ¿puedo sentarme contigo? -preguntó-. Las otras mesas están ocupadas y, de ser posible, me agradaría disfrutar del aire de esta hermosa mañana.

El caballero de sotana lo recibió con un gesto expansivo.

-¡Ponte cómodo! Permíteme recomendar el aguamiel; hoy está dulce y fuerte, y los pastelillos de miel son irreprochables. En verdad, me propongo tener una segunda cita con ambos.

El recién llegado se sentó en una silla.

-Por lo visto, la reglas de tu orden son tolerantes y liberales.

-Ja! No creas. Las restricciones son rigurosas y los castigos severos. En realidad, mis transgresiones han provocado que me expulsaran de la orden.

-¡Vaya! Parece una reacción exagerada. Un par de sorbos de aguamiel, algún pastelillo de miel... ¿a quién pueden hacer daño?

-¡A nadie! -exclamó el ex sacerdote-. Admito que quizás los problemas fueron algo más profundos, y tal vez encuentre una nueva hermandad desprovista de estos rigores que a menudo hacen aburrida la religión. Me contengo sólo porque no quiero que me califiquen de hereje. ¿Tú eres cristiano?

El joven negó con un ademán.

-Los conceptos de la religión me desconciertan.

-Esos misterios quizás sean deliberados -comentó el ex sacerdote-. Dan incesante ocupación a los dialécticos, que de lo contrario podrían convertirse en cargas públicas o, peor aún, en estafadores y embaucadores. ¿A quién tengo el placer de dirigirme?

-Soy Tristano, del Castillo Mítrico de Troicinet. ¿Quién eres tú?

-También yo llevo sangre noble, o eso creo. Por el momento, uso el nombre que me dio mi padre, Orlo.

Tristano llamó a la camarera y pidió aguamiel y pastelillos para él y Orlo.

-¿Debo entender, pues, que has renunciado definitivamente a la Iglesia?

-En efecto. Es una triste historia. Tuve que comparecer ante el abad para responder a cargos que me acusaban de beber y juntarme con rameras. Me expliqué de una manera que habría convencido a cualquier persona razonable. Aseguré al abad que nuestro misericordioso Señor jamás habría creado suculentos pasteles ni burbujeante cerveza, por no mencionar los encantos de las mujeres alegres, si no hubiera deseado que gozáramos plenamente de estos bienes.

-Sin duda, el abad se valió del dogma para refutar tus argumentos.

-¡Exactamente! Citó un pasaje tras otro de las Escrituras para justificar su posición. Sugerí que se podían haber deslizado errores en la traducción y que, mientras no tuviéramos la absoluta certeza de que la inanición y las glándulas atormentadas eran la voluntad de nuestro glorioso Señor, debíamos concedernos el beneficio de la duda. No obstante, el abad me expulsó.

-¡También lo guiaba su propio interés, sin duda! -comentó Tristano-. Si todos adoraran al Señor como creyeran más conveniente, el abad, y también el papa, se encontrarían sin nadie a quien instruir.

Un disturbio en la plaza llamó la atención de Tristano.

-¿Qué es ese alboroto? Todos bailan y brincan como si estuvieran en un festival.

-En efecto, es una especie de celebración -explicó Orlo-. Hace casi un año que un pirata sanguinario aterroriza los mares. ¿Has oído hablar de Flary el Rojo?

-¡Claro que sí! Las madres recurren a ese nombre para atemorizar a los niños.

-Flary es un desalmado -continuó Orlo-. Ha llevado la audacia sanguinaria al extremo del virtuosismo, y siempre lleva en la oreja una perla verde que le trae suerte. Un día no encontró la perla, pero aun así lanzó un ataque. Fue un gran error. Lo que parecía un tentador buque mercante era una trampa, y cincuenta guerreros godelianos abordaron el barco pirata. Flary el Rojo fue capturado y hoy perderá la cabeza. ¿Asistimos a la ceremonia?

-¿Por qué no? Tales espectáculos afirman el inevitable triunfo de la virtud, y la lección resultará edificante.

-¡Bien dicho! ¡Ojalá todos los hombres fueran tan racionales!

Los dos enfilaron hacia la plataforma del verdugo, y allí Orlo tuvo que reprender a un hombrecillo de cara gris que pretendía arrebatarle el talego.

-Amigo, esa conducta te lleva directamente al hacha del verdugo. ¿No piensas en las consecuencias de tus actos? Ahora debo entregarte al guardia.

-¡La peste te lleve! -El carterista logró zafarse-. ¡No tienes testigos!

-¡Te equivocas! -exclamó Tristano-. ¡He visto lo ocurrido! ¡Yo mismo llamaré al guardia!

El carterista soltó un juramento y echó a correr, perdiéndose entre la muchedumbre.

-Un suceso desagradable -masculló Orlo-. Especialmente cuando todos los corazones deberían alegrarse y los rostros resplandecer de alegría.

-Salvo el corazón y el rostro de Flary el Rojo -añadió Tristano.

-Huelga decirlo.

De la multitud llegaron gritos de entusiasmo cuando un par de carceleros con máscara negra empujaron a Flary hacia la plataforma. Detrás iba un hombre macizo, también enmascarado de negro, que avanzaba con un andar imponente, casi pomposo. Cargaba al hombro un hacha enorme, y lo seguía un sacerdote que sonreía hacia uno y otro lado.

Un heraldo vestido de verde y rojo saltó a la plataforma. Hizo una reverencia ante una estructura de bancos elevados donde se encontraba Emmence, conde de Dun Cruighre, con sus amigos y familiares. El heraldo se dirigió a la multitud.

-¡Oíd, gentes amables, y gentes de todos los rangos, altas, bajas y comunes! Oíd, digo, y todos aprenderemos de la justicia impuesta por el conde Emmence al ruin Flary el Rojo. Sus actos culpables son muchos e indiscutibles; quizás su muerte sea en exceso misericordiosa. Flary, despídete de este mundo del que tanto has abusado.

-Lamento mi captura -dijo Flary-. La perla verde me ha traicionado. Corrompe a cuantos la tocan. Siempre he sabido que algún día me llevaría ante el verdugo, y así ha sido.

-¿No te arrepientes al enfrentarte a tu destino? -preguntó el heraldo-. ¿No es hora de pasar cuentas contigo mismo y con el mundo?

Flary parpadeó y tocó la perla verde que llevaba en la oreja.

-Respondo afirmativamente a ambas preguntas -respondió con voz trémula-, especialmente a la segunda. Es hora, por cierto, de que reflexione sobre tales asuntos, y como hay muchos episodios que merecen reflexión, solicito se postergue la ejecución.

El heraldo se dirigió hacia Emmence.

-Señor, ¿apruebas o rechazas tal solicitud?

-La rechazo.

-Bien, quizá baste con lo que ya he reflexionado -dijo Flary-. El sacerdote me ha ofrecido una oportunidad. Puedo arrepentirme de mis pecados y confesarme, y así ascender a las glorias del Paraíso. O puedo negarme al arrepentimiento, no confesar, y sufrir eternamente los tormentos del infierno. -Flary hizo una pausa y miró a la multitud-. ¡Conde Emmence, gentileshombres, gentes de todos los rangos! ¡Sabed que he tomado una decisión! -Hizo otra pausa y alzó los puños apretados, y todos los presentes se dispusieron a saber cuál sería la elección de Flary-. ¡Me arrepiento! Lamento profundamente los crímenes que me han traído a mi presente vergüenza. A cada hombre, mujer y niño que me oiga doy este consejo: no os apartéis un centímetro del camino de la rectitud. Sed fieles a vuestro señor, a vuestros padres y al gran Señor Dios, a quien pido perdón por mis errores. ¡Ven, sacerdote! ¡Permíteme confesar mis

pecados, y envíame limpio y puro al cielo, para que pueda ocupar un sitio entre los ángeles del cielo y regocijarme eternamente en trascendente júbilo!

El sacerdote se adelantó. Flary el Rojo se arrodilló y el sacerdote llevó a cabo los ritos necesarios.

El sacerdote se retiró de la plataforma. La muchedumbre murmuró expectante. Todos estiraban el cuello para mirar.

El señor Emmence alzó y bajó el bastón. Los carceleros pusieron a Flary de rodillas; el verdugo levantó el hacha, la mantuvo en equilibrio, la dejó caer. La cabeza de Flary cayó en un cesto. Un pequeño objeto verde saltó, rodó por el borde de la plataforma y cayó a los pies de Tristano.

Tristano retrocedió con repugnancia.

-Mira, la perla de Flary, manchada por su sangre. -Ladeó la cabeza-. Casi parece viva. Mira cómo la sangre hierve y se arrastra por la superficie.

-¡Retrocede! -exclamó Orlo-. ¡No la toques! ¡Recuerda las palabras de Flary!

Desde abajo de la plataforma salió un brazo largo y delgado. Dedos flacos aferraron la perla. Tristano pisoteó la huesuda muñeca, y se oyó un agudo grito de furia y dolor.

Un guardia se acercó a mirar.

-¿Qué es este alboroto?

Tristano señaló bajo la plataforma. El guardia aferró el brazo y sacó a un hombrecillo de cara grisácea y nariz larga y rota.

-¿Qué tenemos aquí?

-Un ladrón y carterista, a menos que yo esté muy equivocado -replicó Tristano-. Examina el talego y descubre su botín.

El carterista fue arrastrado a la plataforma; abrieron su bolsa, donde había monedas, broches, cadenas de oro, hebillas y botones. Personas de la multitud se adelantaron para reclamarlos.

Emmence se puso en pie.

-¡He aquí una muestra de flagrante impudor! Mientras nos librábamos de un ladrón, otro circulaba entre nosotros, robando los objetos de valor y los adornos que nos hemos puesto para la ocasión. ¡Verdugo, tu hacha está afilada! ¡El cadalso está listo! ¡Tus músculos están templados! Hoy tendrás doble paga. Sacerdote, confiesa a este hombre y aligera su alma para el viaje que está a punto de emprender.

-Estoy harto de decapitaciones -le dijo Tristano a Orlo-. Volvamos a nuestro aguamiel y nuestros pasteles. Pero ¿qué haremos con la perla? No podemos dejarla en el suelo.

-Un momento. -Orlo encontró una rama, la abrió en dos con un cuchillo y cogió la perla como con una pinza-. Conviene mostrarse precavido en estos asuntos. Hoy ya hemos visto el destino de dos que se adueñaron ávidamente de la perla.

-Yo no la quiero -protestó Tristano-. Es tuya.

-¡Imposible! ¡Recuerda que hice votos de pobreza! O, para ser más exactos, me he reconciliado con esa condición.

Tristano asió la rama con prevención y ambos regresaron al Buey Azul, donde volvieron a disfrutar de su refrigerio.

-Es sólo mediodía -observó Tristano-. Hoy planeaba partir con rumbo a Avallen.

-Llevo tu mismo camino -dijo Orlo-. ¿Viajamos juntos?

-Tu compañía es muy bienvenida, pero ¿qué haremos con la perla?

Orlo se rascó la mejilla.

-Ahora que lo pienso, nada podría ser más simple. Iremos hasta el muelle y arrojaremos la perla al agua, y eso dará por terminado el asunto.

-¡Bien pensado! Tráela, pues.

Orlo miró la perla con repugnancia.

-Como tú, me siento inquieto al ver el fuerte fulgor de esta cosa. Aun así, estamos juntos en esto, y debemos proceder con justicia. - señaló una mosca que se había posado en la mesa-. Pon tu mano junto a la mía. Yo moveré primero, luego moverás tú, tanto o tan poco como desees, pero siempre debes ir más allá de mi mano. Cuando la mosca eche a volar asustada, el que haya movido la mano en último lugar llevará la perla.

-De acuerdo.

Iniciaron la prueba, y cada uno movió la mano según su apreciación de las emociones de la mosca, pero al fin la mosca se asustó ante un súbito ademán de Tristano y echó a volar.

-¡Demonios! -gruñó Tristano-. Debo llevar la perla.

-Pero no por mucho tiempo, y sólo hasta el puerto.

Tristano cogió con precaución la rama y los dos cruzaron la plaza hasta un lugar del muelle desde donde se veía todo el Skyre.

-¡Adiós, perla! -dijo Orlo-. Te devolvemos a ese verde y salado elemento que te dio origen. ¡Tristano, arrójala con fuerza!

Tristano arrojó la rama y la perla al mar. Ambos observaron cómo se hundía la gema y regresaron a la mesa. Allí, limpia y mojada, descubrieron la perla, frente a la silla de Tristano, a quien se le erizó el vello de la nuca.

-Ja, ja! -rió Orlo-. ¡Conque esta cosa ha resuelto hacer trucos! ¡Que se cuide! ¡No nos faltan recursos! En todo caso, caballero, no es momento de detenernos y el camino es largo. Toma la perla y pongámonos en marcha. Tal vez encontremos al arzobispo, quien sabrá agradecer un obsequio.

Tristano miró la perla dubitativamente.

-¿Me aconsejas que lleve este objeto sobre mi persona?

Orlo se alzó de hombros.

-¿La dejarías aquí para que se la lleve un pobre criado?

Tristano cortó malhumoradamente otra rama y recogió la perla con la pinza.

-En marcha.

Los dos hombres fueron a buscar sus caballos a los establos y se marcharon de Dun Cruighre. Al principio el camino transcurría a lo largo de la costa: dejaron atrás playas de arena castigadas por el oleaje, y algunas cabañas de pescadores. Mientras cabalgaban, hablaron de la perla.

-Cuando medito sobre este extraño objeto -comentó Orlo-, creo detectar ciertas constantes. La perla cayó al suelo, donde no pertenecía a nadie. El ladrón la cogió y pasó a ser suya. Tú pisaste la muñeca del ladrón, con lo cual le arrebataste la perla y la tomaste bajo tu custodia. Pero como no has tocado la perla, su magia no te afecta.

-¿Crees, pues, que no me puede perjudicar a menos que la toque?

-Eso sospecho, en la medida en que tal acto manifestaría tu intención de participar en la maldad de la perla.

-Niego expresamente tal intención, y declaro que todo contacto, si se produjera, debe considerarse accidental. - Tristano miró a Orlo-. ¿Qué opinas de esto?

Orlo se encogió de hombros.

-Quién sabe. Quizá tu declaración aplaque el maligno ardor de la perla, quizá no.

La carretera viró tierra adentro y al rato Tristano señaló hacia adelante.

-¡Mira ese campanario que se eleva a tanta altura sobre los árboles! Sin duda indica la iglesia de una aldea.

-Sin duda. Estos celtas son grandes constructores de iglesias, aunque aún son más paganos que cristianos. En cada bosque hay un lugar de druidas, y cuando brilla la luna brincan a través del fuego con cornamentas sujetas a la cabeza. ¿Ocurre lo mismo en Troicinet?

-No nos faltan druidas -dijo Tristano-. Se ocultan en los bosques y rara vez se los ve. Sin embargo, la mayoría de los habitantes adora a Gea, la diosa de la Tierra, pero de modo tranquilo, sin sangre, sin fuego, sin culpa. Celebramos sólo cuatro festivales: el de la Vida en primavera; el del Sol y el Cielo en verano; el de la Tierra y el Mar en otoño; el de la Luna y las Estrellas en invierno. En nuestros cumpleaños ofrendamos pan y vino en la piedra votiva del templo. No hay sacerdotes ni credo, lo cual garantiza un culto sencillo y honesto, que parece adecuarse a la naturaleza de nuestras gentes... Y allí está la aldea con su imponente iglesia, donde, si mis ojos no me engañan, se está llevando a cabo una importante ceremonia.

-Estás observando las pompas de un funeral cristiano -dijo Orlo. Frenó el caballo y se palmeó la pierna-. Se me ha ocurrido un plan. Acerquémonos al funeral.

Los dos hombres se apearon, ataron los caballos a un árbol y entraron en la iglesia. Tres sacerdotes salmodiaban ante un ataúd abierto mientras los deudos desfilaban para rendir su último homenaje.

-¿Qué tienes en mente? -preguntó Tristano con ansiedad.

-Sospecho que los ritos sagrados de un entierro cristiano sofocarán la fuerza maligna de la perla. Los sacerdotes lanzan bendiciones por doquier y al aire está impregnado de virtud cristiana. Sin duda la perla quedará neutralizada, absolutamente y para siempre, al quedar rodeada por tal poder.

-Tal vez -murmuró Tristano poco convencido-. Pero existen dificultades prácticas. No podemos entrometernos en este rito de dolor.

-No es necesario -dijo animadamente Orlo-. Unámonos a los deudos. Cuando lleguemos al ataúd, yo distraeré a los sacerdotes mientras tú arrojas la perla a la mortaja.

-Al menos vale la pena intentarlo -convino Tristano, y así lo hicieron.

La tapa del ataúd se cerró sobre el cadáver y la perla. El cortejo transportó el ataúd hasta una profunda tumba cavada en el cementerio de la iglesia; cuatro sepultureros bajaron la caja al foso y, entre el llanto de los deudos, el ataúd fue cubierto de tierra.

-¡Un buen funeral! -declaró Orlo con satisfacción-. También veo allá un letrero que delata la presencia de una posada, donde quizá desees alojarte esta noche.

-¿Y tú? -preguntó Tristano-. ¿No te propones dormir bajo techo?

-Claro que sí, pero por desgracia aquí se separan nuestros caminos. En la bifurcación tú doblarás a la derecha, hacia Avallon. Pero yo doblaré a la izquierda y una hora de cabalgata me llevará a la morada de cierta viuda cuyas horas solitarias espero consolar o animar. ¡Adiós, Tristano!

-Adiós, Orlo, y lamento separarme de tan buena compañía. Recuerda que siempre serás bienvenido en Castillo Mítrico.

-¡No lo olvidaré! -Orlo echó a andar por la calle. En la bifurcación se volvió para mirar atrás, levantó el brazo en un gesto de despedida y desapareció.

Tristano entró en la aldea con cierta melancolía. En las Cuatro Aves pidió alojamiento y lo condujeron por un tramo de escaleras hasta un ático bajo el techo de bálago. En el cuarto había un jergón de paja, una mesa, una silla, una vieja cómoda y una alfombra de juncos.

Tristano cenó carne hervida, servida en su propio caldo, con zanahorias y nabos, pan y un poco de rábano picado con crema. Bebió dos jarras de cerveza y, fatigado por los esfuerzos del día, se fue temprano a su cuarto.

Reinaba el silencio en la aldea, y una oscuridad casi absoluta. El cielo permaneció encapotado hasta medianoche, cuando las nubes se entreabrieron para revelar un triste cuarto creciente.

Tristano durmió bien hasta esa hora, cuando lo despertaron unos pasos en el pasillo. La puerta de su cuarto se abrió con un chirrido, y los pasos se acercaron al jergón. Tristano se quedó rígido. Sintió el contacto de unos dedos fríos, y un objeto cayó sobre la manta que le tapaba el pecho.

La presencia abandonó el cuarto. La puerta se cerró. Los pasos se alejaron por el pasillo y no se oyó nada más.

Tristano soltó una ronca exclamación y alzó la manta. Un objeto verde y luminoso cayó al suelo entre los juncos.

Tristano se sumió al fin en un sueño inquieto. Los frescos rayos rojos del alba, entrando por la ventana, lo despertaron. Se quedó mirando el techo. ¿Lo de la noche anterior había sido una pesadilla? ¡Ojalá fuera así! Apoyándose en un codo, miró el suelo, y casi en seguida descubrió la perla verde.

Tristano se levantó. Se lavó la cara, se vistió y se abrochó las botas, siempre vigilando atentamente la perla verde.

En la cómoda encontró un delantal viejo y ajado. Lo plegó y lo usó para recoger la perla. Con el delantal y la perla en el talego, salió del cuarto. Tras desayunar gachas con repollo frito, pagó la cuenta y se fue.

En la encrucijada tomó el camino de la derecha para seguir una ruta que lo llevaría a Avallon de Dahaut.

Mientras cabalgaba, reflexionó. La perla no se había conformado con una sepultura cristiana y era suya hasta que se la arrebataran, por la fuerza o mediante un subterfugio.

Por la tarde llegó a la aldea Timbaugh. Un jauría de perros callejeros le salió al encuentro con ladridos y dentelladas, y sólo se alejaron cuando Tristano se apeó del caballo y los asustó a pedradas. Se detuvo en la posada para comer pan con salchichas, y mientras bebía cerveza tuvo una idea.

Con gran cuidado insertó la perla en una salchicha y la llevó a la calle. Los perros lo acosaron de nuevo, gruñendo y mostrando los dientes. Tristano les arrojó la salchicha.

-¡He aquí mi perla, que me pertenece a mí y a nadie más! Parece que la he puesto donde no debía. ¡Quien coja esta salchicha y su contenido es un ladrón!

Un perro amarillo y flaco engulló la salchicha.

-Así sea -declaró Tristano-. El acto ha sido tuyo y no mío.

Regresó a la posada y bebió más cerveza, analizando la lógica de su acto. Todo parecía correcto. Aun así... Tonterías. El perro la había robado por propia voluntad. El problema de deshacerse de la perla correspondía ahora al perro. Sin embargo...

Cuanto más cavilaba Tristano, más débil parecía la lógica de su acto. Se podía argumentar que el perro había considerado la salchicha como un obsequio. En tal caso, la transferencia de la perla era un burdo truco de Tristano, y no un auténtico robo.

Al evocar sus anteriores intentos de librarse de la perla, Tristano se sintió cada vez más inquieto. Empezó a preguntarse cómo le sería devuelta la perla.

Un tumulto callejero le llamó la atención: pavorosos aullidos, entre roncos y estridentes, que le provocaron un nudo en el estómago. Desde la calle llegó el grito: «¡Perro rabioso! ¡Perro rabioso!» Tristano arrojó unas monedas sobre la mesa y corrió a su caballo para marcharse deprisa de la aldea Timbaugh. A cien metros vio al perro, que saltaba de un lado a otro soltando espumarajos, gruñendo sin cesar. Se lanzó sobre un joven labriego que caminaba junto a su carreta de heno; el joven brincó al heno, asió una horquilla y atravesó el pescuezo del perro. El perro cayó, se sacudió como si estuviera mojado y se alejó a saltos, arrastrando la horquilla.

Un anciano que recortaba la paja del techo de su casa corrió al interior y salió con un arco; apuntó, tensó la cuerda y soltó una flecha; la flecha atravesó el pecho del perro, de tal modo que la punta salía por un lado y las plumas por el otro; el perro continuó impertérrito.

Mirando calle arriba, el perro descubrió a Tristano, y lo identificó como el origen de sus penurias. Trotando con sombría deliberación, la cabeza gacha, se le acercó. Se detuvo, soltó un gemido y se lanzó al ataque.

Tristano saltó sobre su caballo y cabalgó calle abajo perseguido por el perro, que ladraba y gruñía. La horquilla se le cayó del pescuezo; se acercó al caballo y trató de morderle el flanco. Empuñando la espada, Tristano se agachó y propinó un golpe para

partir el cráneo del perro. El perro hizo una cabriola y cayó en la zanja, tembló y se quedó mirando a Tristano con ojos feroces y amarillos. Salió despacio de la zanja, arrastrándose, reptando.

Tristano lo miró fascinado, espada en mano.

A pocos pasos de Tristano, el perro sufrió una convulsión, vomitó en el camino, cayó y se quedó tieso. En el charco que había vomitado relucía la perla verde.

Tristano reflexionó, disgustado. Al fin desmontó, se dirigió a un matorral, cono una rama y abrió la punta en dos. Usando la misma técnica de antes, cogió la perla y la alzó.

En las cercanías, un puente de un solo arco cruzaba un riachuelo. Guiando el caballo y manteniendo la perla tan alejada como lo permitía la longitud de la rama, Tristano fue hacia el puente, donde ató el caballo a un arbusto. Bajó hasta la orilla y enjuagó la perla, luego lavó la espada y la secó en un matorral.

Un ruido le llamó la atención. Miró hacia arriba. Sobre el puente había un hombre alto y delgado de cara estrecha, mandíbula angulosa, nariz alta y partida, y barbilla larga y afilada. El alto pico del sombrero, rodeado por cintas rojas y blancas, anunciaba la profesión de barbero y sangrador.

El barbero, de pie junto a su carromato, se quitó el sombrero y saludó obsequiosamente.

-Señor, permíteme anunciarte que vendo elixires contra tus dolencias; corto el cabello, afeito, corto las uñas más tercas, punzo ampollas, limpio orejas y extraigo sangre. Mis tarifas son justas pero no mezquinas; no obstante, lo considerarás dinero bien gastado.

Tristano montó a caballo.

-No necesito tus bienes ni servicios. Hasta pronto.

-Un momento, señor. ¿Puedo preguntar adonde te diriges?

-A Avallon de Dahaut.

-Es un largo camino. Hay una posada en la aldea Toomish, pero te sugiero que sigas hasta Phaidig, donde la Corona y el Unicornio tiene una merecida fama por sus pasteles de oveja.

-Gracias. Tendré en cuenta tu consejo.

Cinco kilómetros después Tristano llegó a Toomish y, tal como había indicado Liam el Largo, el barbero, la posada no ofrecía grandes comodidades. Aunque caía la tarde, Tristano continuó viaje hacia Phaidig.

El sol se hundió entre nubes y la carretera se internaba en un denso bosque. Tristano escrutó sombríamente la oscuridad. Tenía dos posibilidades: continuar la marcha por ese tenebroso bosque o regresar a la incómoda posada de Toomish.

Decidió internarse en el bosque. Al cabo de un trecho el caballo se paró en seco y Tristano vio una barricada de postes en el camino.

Una voz habló detrás de él:

-¡Levanta las manos si no quieres recibir una flecha en la espalda!

Tristano alzó los brazos.

La voz dijo:

-No te vuelvas, no mires de reojo, ni hagas ningún truco. Mi socio se te acercará mientras yo te vigilo con mi arco. ¡Padraig, manos a la obra! Al primer movimiento, usa tu navaja... es decir, tu cuchillo.

Unos pasos susurrantes se acercaron por el camino; unas manos tiraron de las correas que sujetaban el talego al cinturón de Tristano.

-¡Un momento! -exclamó Tristano-. ¡Te llevas la gran perla verde!

-¡Desde luego! -rió la voz desde más cerca-. Para eso son los robos: para despojar a la víctima de sus bienes.

-Ahora tienes toda mi fortuna. ¿Puedo partir?

-¡De ningún modo! También queremos tu caballo y tus alforjas.

Tristano, ahora seguro de que un solo salteador lo había emboscado, espoleó el caballo, se agachó y atravesó la barricada. Miró por encima del hombro y vio a un hombre muy alto embozado en una túnica negra, la cara oculta por una capucha. Un arco le colgaba del hombro; lo empuñó y disparó una flecha, pero la luz era escasa, el blanco esquivo y la distancia larga; la flecha se perdió en el follaje.

Tristano galopó hasta salir del bosque y quedar libre de toda amenaza de persecución. Galopó con el corazón ligero; en el talego llevaba, junto con la perla verde, sólo dos o tres monedas de plata y media docena de monedas de cobre. Como precaución contra los asaltos, llevaba el oro en el cinturón.

Sombras rojas y grises cubrieron el paisaje antes de que Tristano llegara a Phaidig, y allí se alojó en la Corona y el Unicornio, donde le dieron un cuarto limpio y confortable.

Como había declarado Liam el Largo, el barbero, el pastel de oveja era excelente, y Tristano quedó satisfecho con su cena. Preguntó al posadero:

-¿Qué me dices de los salteadores? ¿Molestan a los viajeros a menudo en esta región?

El posadero le miró por encima del hombro.

-Tenemos noticias -dijo- de un tal Toby el Alto, y su comarca favorita parece ser el bosque que hay entre este pueblo y Toomish.

-Te ofreceré una pista -continuó Tristano-. ¿Conoces a Liam el Largo, el barbero?

-¡Desde luego! Ejerce su profesión en esta comarca. También es un hombre muy alto.

-No diré más -concluyó Tristano-. Sólo recuerda esto: la semejanza va más allá de la mera estatura, y el alguacil del rey puede tener interés en la noticia.

5

Liam el Largo, el barbero, viajó por senderos y caminos hacia el sur, internándose en Dahaut, con el propósito de ejercer su oficio en las fiestas campesinas de final del verano. En el pueblo de Mildenberry trabajó con tesón y una tarde recibió un encargo de Potes Sachant, la casa de campo del señor Imbold. Un lacayo lo llevó a una sala y allí se

le informó que el ayuda de cámara estaba enfermo, así que debía afeitar al señor y recortarle el bigote.

Liam el Largo cumplió su tarea con suficiente destreza, y recibió las felicitaciones de Imbold, quien también admiró la perla verde que Liam el Largo llevaba en un anillo. Imbold se prendó tanto de la gema que pidió a Liam el Largo que le pusiera un precio.

Liam el Largo quiso sacar partido de la situación y pidió una elevada suma.

-Señoría, esta pieza es un recuerdo de mi abuelo, a quien se la dio el sultán de Egipto. No podría separarme de ella por menos de cincuenta coronas de oro.

El señor Imbold se indignó.

-¿Me tomas el pelo? -Dio media vuelta y llamó al lacayo-. ¡Taube! Paga a este sujeto sus honorarios y que se marche.

Liam el Largo se quedó a solas mientras Taube iba en busca de las monedas. Explorando la sala, abrió un armario y descubrió un par de candelabros de oro que provocaron su avaricia. Se los guardó en la bolsa y cerró el armario.

Taube regresó a tiempo para advertir la sospechosa conducta de Liam el Largo, e inspeccionó la bolsa. Presa del pánico, Liam el Largo empuñó la navaja y abrió un profundo tajo en la garganta de Taube, cuya cabeza cayó inerte sobre los hombros.

Liam el Largo huyó de la sala pero fue apresado, juzgado y conducido a la horca.

Un ex soldado lisiado llamado Manting había sido verdugo del condado durante diez años. Llevaba a cabo su trabajo con eficacia y quitó la vida a Liam el Largo, aunque en un estilo desprovisto de ese elemento adicional de sorpresa y elegancia que distinguía al verdugo notable de su colega mediocre.

Las ganancias adicionales de Manting incluían la ropa y adornos encontrados en el cadáver, y así Manting se adueñó de un valioso anillo con una perla verde, y lo llevó con agrado.

Después de este episodio, cuantos observaban a Manting declaraban que nunca habían visto la faena del verdugo realizada con mayor gracia y atención al detalle, de modo que a veces Manting y el condenado parecían partícipes de una tragedia que hacía palpitar los corazones; y al final, cuando se bajaba el escotillón, o se asestaba el golpe, o se arrojaba la tea a los leños, rara vez los ojos del público estaban secos.

Los deberes de Manting incluían a veces algún suplicio, donde también demostró no sólo su destreza con las técnicas clásicas, sino una rara habilidad y astucia con las innovaciones.

Sin embargo, Manting, obsesionado por sus conceptos teóricos, solía excederse. Un día su trabajo incluía la ejecución de una joven bruja llamada Zanice, acusada de secar las ubres de la vaca del vecino. Como el caso incluía un elemento de incertidumbre, se ordenó que Zanice muriera en el garrote y no en la hoguera. Pero Manting deseaba poner a prueba una idea nueva y rebuscada, y aprovechó la oportunidad para aplicarla, con lo cual despertó la ira .del hechicero Qualmes, amante de Zanice.

Qualmes llevó a Manting al corazón del Bosque de Tantrevalles, por una oscura senda conocida como Camino de Ganión, y lo condujo a un pequeño claro apartado.

-Manting -preguntó Qualmes-, ¿qué opinas de este lugar?

Manting, aún intrigado por el motivo de la expedición, miró alrededor.

-El aire es fresco. La vegetación resulta confortante después de estar en las mazmorras. Las flores realzan el encanto del paisaje.

-Es una suerte que te agrade -dijo Qualmes-, pues nunca te irás de este lugar.

Manting agitó la cabeza sonriendo.

-¡Imposible! Hoy no tengo trabajo y este pequeño paseo es muy agradable, pero mañana debo encargarme de dos ahorcamientos, un suplicio y un azotamiento.

-Quedas liberado para siempre de tus deberes. El modo en que trataste a Zanice me ha irritado, y debes recibir el castigo por tanta crueldad. Encuentra un lugar agradable donde reclinarte, y escoge una posición cómoda, pues te impondré un hechizo de éxtasis, y nunca más te moverás.

Manting protestó unos minutos, y Qualmes escuchó sonriendo.

-Dime, Manting, ¿alguna vez tus víctimas te han dirigido protestas similares?

-Ahora que lo pienso, sí.

-¿Y cuál ha sido tu respuesta?

-Siempre respondía que, por la naturaleza misma de las cosas, yo no era el instrumento de la piedad sino del castigo. Desde luego, esta situación es distinta. Tú eres el juez, además del ejecutante del juicio, así que tienes la capacidad y la aptitud para revisar mi solicitud de misericordia, e incluso para concederme el perdón.

-Denegó la solicitud. Échate, por favor. No puedo perder el día entero con argumentaciones lógicas.

Manting tuvo que echarse en la hierba. Qualmes obró su hechizo de parálisis y se marchó.

El impotente Manting yació día y noche, una semana tras otra, un mes tras otro, mientras las comadrejas y las ratas le roían las manos y los pies, y los moscardones anidaban en sus carnes, hasta que sólo quedaron huesos y la reluciente perla verde, que poco a poco también acabaron cubiertos por el musgo.

II

1

Ocho reyes gobernaban los reinos de Elder. El menor de ellos era Gax, rey nominal de Ulflandia del Norte, cuyos decretos sólo se obedecían dentro de las murallas de Xounges. En cambio, el rey Casmir de Lyonesse y el rey Audry de Dahaut gobernaban vastos territorios y comandaban fuertes ejércitos. El rey Aillas, cuyas posesiones incluían tres islas -Troicinet, Dascinet y Scola- además de Ulflandia del Sur, protegía la red de comunicaciones entre ellas mediante una potente armada.

Los cuatro reyes restantes eran muy distintos entre sí. El muy cuerdo rey Kestrel había sucedido en el trono a su padre, el rey loco Deul de Pomperol. El antiguo reino de Caduz había sido absorbido por Lyonesse, pero Blaloc, bajo el poder del rey Milo, que era demasiado aficionado a la bebida, conservaba la independencia. Milo había concebido una maravillosa estratagema que jamás fallaba. Cuando los enviados de Lyonesse o Dahaut iban a pedirle ayuda, Milo los hacía sentar a su mesa y los atiborraba de vino, mientras los músicos tocaban hermosas danzas, de modo que los embajadores pronto olvidaban su cometido y retozaban borrachos en compañía del rey.

Godelia y su bulliciosa población estaban hasta cierto punto controladas por el rey Dartweg. Los ska escogían a su «primero entre los primeros» cada diez años; el actual «primero» era Sarquin, un hombre fuerte y capaz.

Los ocho reyes eran diferentes en casi todo. El rey Kestrel de Pomperol y el rey Aillas de Troicinet eran jóvenes, honestos, audaces y honorables, pero mientras Kestrel era hosco y melancólico, Aillas revelaba una imaginación que a veces perturbaba a personalidades más conservadoras.

Las cortes de los ocho reyes no eran menos dispares. El rey Audry gastaba abundantes sumas en vanidades y placeres, y el esplendor de su corte de Falu Ffail era legendario. El rey Aillas empleaba sus impuestos en construir naves para su armada, mientras el rey Casmir destinaba suculentas sumas a espionaje e intriga. Sus espías se esparcían por doquier, sobre todo en Dahaut, donde vigilaban cada estornudo del rey Audry.

Al rey Casmir le resultaba más difícil obtener información de Troicinet. Había logrado sobornar a varios funcionarios que le despachaban sus mensajes mediante palomas, pero dependía ante todo del gran espía Valdez, cuyos informes eran turbadoramente precisos.

Valdez le entregaba sus informes cada seis semanas. Casmir, embozado en una capa con capucha, acudía al depósito de un mercader de vinos, donde enseguida se reunía con él un hombre que podría haber sido el mercader: una persona casi anónima, corpulenta, bien afeitada, silenciosa, de rasgos regulares y fríos ojos grises.

Valdez reveló a Casmir que se estaban construyendo cuatro nuevos buques de guerra en los astilleros del río Tumbling, tres kilómetros al norte de Dorareis. A pesar de las estrictas medidas de seguridad, Valdez pudo informar que las naves eran faluchos ligeros y veloces, con catapultas que lanzaban flechas de hierro a cien metros con fuerza suficiente para horadar el casco de cualquier navío corriente. Estas naves se habían diseñado

específicamente para derrotar las naves largas de los ska, y así mantener abiertas las rutas marítimas entre Troicinet y Ulflandia del Sur[3].

Antes de partir, Valdez señaló que recientemente había obtenido nuevas y muy fidedignas fuentes de información.

-¡Bien hecho! -le felicitó Casmir-. Ésta es la eficaz labor a que nos tienes habituados.

Valdez se dirigió hacia la puerta, donde se detuvo como para decir algo, pero se volvió nuevamente. Casmir reparó en el titubeo.

-¡Espera! ¿Qué te preocupa?

-Nada importante, aunque sospecho que pueden surgir inconvenientes.

-¿A qué te refieres?

-Sé que en Troicinet tienes otros informadores además de mí, y sospecho que al menos uno de ellos ocupa un alto puesto. Desde tu punto de vista, resulta una situación satisfactoria. Aun así, como te he dicho, he establecido contacto con una persona de alto rango que quizá colabore conmigo, aunque de momento se muestra tímida como un pájaro. Trabajaría con mayor claridad y menos probabilidades de traición si conociera la identidad de tus otros informadores.

-Parece una consecuencia lógica -respondió Casmir. Reflexionó un instante, luego rió ásperamente-. ¡Te asombrarías de saber a qué alturas escuchan mis oídos! Pero quizá sea mejor que desconozcas mis otras fuentes. Mis motivos no son abstractos. En caso de que uno sea descubierto e interrogado, el otro está seguro.

-Tienes razón -admitió Valdez, despidiéndose.

2

Tras entregar su perla verde al salteador, Tristano atravesó la grata campiña de Dahaut, y a su tiempo llegó a Avallen. Encontró alojamiento, se puso ropas adecuadas y se presentó en Falu Ffail, el castillo de Audry.

Junto a la puerta había un altivo lacayo con librea de terciopelo azul. Miró a Tristano de hito en hito, escuchó con cara hierática mientras Tristano se identificaba, y luego lo condujo a regañadientes hasta un vestíbulo, donde Tristano se entretuvo durante la hora de espera observando una fuente donde el sol, reflejándose en una cúpula de prismas de cristal, chispeaba en la espuma.

Al fin apareció el gran chambelán. Tristano solicitó una audiencia con el rey Audry y el chambelán meneó la cabeza con aire de duda.

-Su majestad rara vez recibe a nadie sin cita previa.

---

3 En ese momento Troicinet y Lyonesse mantenían una paz inestable, lograda después de un trato por el cual Casmir se comprometía a no construir naves de guerra que pudieran desafiar el poder marítimo troicino. Aulas había planteado el problema a Casmir con estas palabras: «Tus ejércitos, con tus cuatrocientos caballeros y multitud de soldados, te protegen contra nuestro ataque. Si Lyonesse llevara esas tropas a Dascinet o Troicinet, correríamos un peligro mortal. No podemos consentir que Lyonesse disponga de medios para desembarcar ejércitos en nuestro suelo.»
Casmir aceptó el trato sin manifestar resentimiento, aunque por dentro hervía de furia, y su odio por Aulas agudizaba esta situación.

-Puedes anunciarme como enviado del rey Aillas de Troicinet.

-Muy bien. Ven por aquí, por favor.

Condujo a Tristano hasta una salita y lo dejó a solas.

Tristano esperó una hora, luego otra, hasta que al fin, sin nada mejor que hacer, el rey Audry se dignó recibirlo.

El gran chambelán guió a Tristano por las galerías del palacio hasta los jardines. El rey Audry holgazaneaba ante una mesa de mármol con tres de sus amigos, mientras contemplaba a un grupo de doncellas que jugaban a los bolos.

El rey Audry, dedicado a apostar con sus amigos, no atendió en seguida a Tristano, quien evaluó en silencio al frívolo monarca de Dahaut. Vio a un hombre fornido y apuesto, de mandíbula floja, ojos húmedos y nalgas rollizas. Rizos negros le caían junto a las mejillas; las oscuras cejas casi se unían sobre la larga nariz recta. Era expresivo y burlón, aunque su actitud parecía más orgullosa que maligna.

Al fin, enarcando las cejas, el rey Audry escuchó al chambelán:

-Majestad, éste es el emisario de Troicinet: el caballero Tristano del Castillo Mítrico, primo del rey Aillas.

Tristano hizo una reverencia convencional.

-Majestad, me complace presentaros mis respetos y los saludos del rey Aillas.

Audry, echándose hacia atrás, escrutó a Tristano entornando los ojos.

-Para una misión de esta importancia habría esperado una persona más sabia y experimentada.

Tristano sonrió.

-Majestad, admito que sólo soy tres años mayor que el rey Aillas, quien quizá por esta razón me considera lo que tú has dicho. Aun así, si estás insatisfecho, regresaré al instante a Troicinet para comunicar tu opinión al rey Aillas. Sin duda encontrará un emisario apropiado: sabio, anciano, de tu propia generación. ¿Tengo tu venia para partir?

Audry soltó un gruñido malhumorado y se enderezó en el asiento.

-¿Sois todos los troicinos tan orgullosos? Antes de marcharte indignado, quizá desees explicar esa lamentable incursión troicina en Ulflandia del Sur.

-Con mucho gusto, majestad. -Tristano echó una ojeada a los tres cortesanos, que escuchaban sin disimular-. Quizá prefieras postergar nuestra conferencia hasta que estés solo, pues trataremos asuntos delicados.

Audry soltó una exclamación de impaciencia.

-Cautela, susurros, intriga: desprecio todo esto. Tristano, te expondré mi filosofía: no tengo secretos. Sin embargo...

Audry dirigió una seña a sus amigos, que se marcharon a regañadientes. Audry señaló una silla.

-Siéntate, si quieres... Bien: sigo intrigado ante esta insensata expedición troicina.

Tristano sonrió.

-¡Me sorprende tu sorpresa! Dos excelentes razones nos empujaron a entrar en Ulflandia del Sur. La primera es obvia: la corona pertenecía a Aillas en virtud de una sucesión común y legítima, y él fue a reclamar lo suyo. Encontró el reino sumido en el caos y ahora trabaja para imponer el orden.

»La segunda razón es tan sencilla como la primera. Si Aillas no se hubiera apropiado de Kaul Bocach y Tintzin Fyral, que son fortalezas en el camino que une Lyonesse con Ulflandia del Sur, el rey Casmir gobernaría ahora en Ulflandia del Sur. Nada le impediría invadir tu Marca Occidental, y atacarte al mismo tiempo desde el sur. Luego, tras arrojarte a una mazmorra, dominaría Troicinet sin obstáculos. Le ganamos de mano en Ulflandia del Sur y hemos frustrado sus planes. Ahí tienes la explicación.

El rey Audry soltó un bufido cínico.

-También advierto que Troicinet se ha vuelto más ambiciosa. ¡Esto añade nuevas dimensiones al juego! Ya tengo suficientes problemas con Godelia y Wysrod, por no mencionar a los ska, que ocupan mi fortaleza de Poelitetz. ¡Aja! ¡Bien jugado, Artwen! ¡Y ahora, Mnione, al ataque! ¡Derrota a tu opresora! -El rey Audry se dirigía a las doncellas que estaban jugando a los bolos. Se llevó una copa de vino a los labios, bebió, y sirvió a Tristano-. Ponte cómodo, ésta es una ocasión informal. Aun así, habría preferido que Aillas enviara a un embajador plenipotenciario, o que hubiera venido en persona.

Tristano se encogió de hombros.

-Sólo puedo repetir lo que he dicho antes. El rey Aillas me ha detallado todo su programa. Cuando habla mi persona, estás oyendo la voz del monarca.

-Seré franco -dijo Audry-. Nuestro enemigo común es Casmir. Estoy dispuesto a unir mis fuerzas con las vuestras para destruir de una vez por todas el peligro que él representa.

-Majestad, tal idea no sorprende al rey Aillas... ni al rey Casmir. Aillas responde de este modo: en este momento Troicinet está en paz con Lyonesse, una situación que quizá sea duradera o quizá no. Estamos aprovechando el tiempo. Consolidamos nuestra posición en Ulflandia del Sur. Fortalecemos nuestra armada, y si la paz dura cien años, tanto mejor.

»Mientras tanto, los ska constituyen el peligro más urgente. Si nos uniéramos a ti para derrotar a Lyonesse, el problema ska no desaparecería, y luego tendríamos que enfrentarnos a una agresiva Dahaut sin el equilibro que representa Lyonesse. No podemos tolerar que ninguno de los dos tenga la hegemonía, y siempre debemos respaldar al antagonista más débil. En el futuro inmediato, tú pareces serlo.

-Tu declaración es de una sencillez casi insultante -replicó Audry con mal ceño.

Tristano no se dejó intimidar.

-Majestad, no estoy aquí para complacerte, sino para exponer la situación y escuchar tus opiniones.

-Aja. Y dices que éstas son las palabras del rey Aillas.

-Exactamente.

-Deduzco que no tenéis una elevada opinión de mi poderío militar.

-¿Quieres escuchar la evaluación que recibimos en Domreis?

-Habla.

-Citaré el informe que nos llegó: «La principal exigencia planteada a los caballeros de Dahaut es que se presenten en los desfiles con la armadura bruñida y todas las armas resplandecientes, y en verdad ofrecen un gallardo espectáculo. Quizá no se luzcan tanto en combate, pues la molicie les ha minado las fuerzas y no gustan de los rigores de la batalla. Si se ven obligados a hacer frente al enemigo, sin duda pueden hacer girar los caballos en elegantes maniobras y retar al oponente con gestos agraviantes, pero todo ello desde lejos. Los arqueros y piqueros marchan con toda precisión, y en un desfile maravillan a los espectadores. Las felicitaciones han confundido al pobre Audry, quien los cree invencibles. Pero también ellos están entrenados para la plaza de armas, aunque apenas saben qué extremo de sus armas sirve para herir. Todos pesan demasiado y carecen de agallas para luchar.”

-¡Es una vulgar e infundada calumnia! -exclamó el indignado Audry-. ¿Has venido a burlarte de mí?

-En absoluto. He venido a entregar un mensaje, y acabas de oír una parte. La segunda parte es la siguiente: el rey Casmir conoce bien tus deficiencias militares. Se le ha negado el tránsito por Ulflandia del Sur, y ahora debe pensar en un ataque directo. El rey Aillas pide que quites a tus favoritos el mando de tu ejército y lo pongas en manos de un soldado profesional y capaz. Recomienda que reemplaces tus desfiles de gala por maniobras de campaña, y que no eximas a nadie, ni siquiera a ti mismo, del esfuerzo necesario.

Audry se irguió.

-Este mensaje raya en la más flagrante insolencia.

-No es nuestra intención. Vemos peligros que quizá a ti se te escapan, y queremos advertirte, aunque por motivos egoístas.

Audry tamborileó en la mesa con sus blancos dedos.

-No conozco al rey Aillas. Habíame de su carácter. ¿Es precavido o audaz?

Tristano reflexionó.

-En verdad, es un hombre difícil de describir. Es precavidamente audaz, si eso responde tu pregunta. Es valiente, y nunca rehuye una misión difícil. Sospecho que a menudo se exige más de la cuenta, pues su temperamento es moderado como el de un filósofo. No le gusta la guerra, pero considera que la fuerza y la intimidación son males de este mundo; por tanto, estudia táctica militar, y pocos lo superan en esgrima. Aborrece la tortura; las mazmorras de Miraldra están vacías, pero hay pocos delincuentes o salteadores en Troicinet, porque Aillas los ha entregado a todos a la horca. Aun así, considero que mañana estaría dispuesto a ceder el trono a un hombre de su confianza.

-¡Eso no sería problema! Muchos aceptarían el puesto de buen grado.

-¡Ésos son precisamente aquellos en quienes no confiaría!

Audry se encogió de hombros y bebió vino.

-Yo no pedí nacer rey. Ni siquiera pedí nacer. No obstante, soy rey, y procuro disfrutar de mi suerte. Pero Aillas parece sentirse culpable.

-No lo creo.

Audry llenó ambas copas.

-Te daré un mensaje para el rey Aillas.

-Escucho atentamente, majestad.

Audry se inclinó hacia adelante y habló con voz sentenciosa:

-¡Es hora de que Aillas se case! ¿Qué mejor pareja podría formarse que Aillas y Thaubin, mi hija mayor, con lo cual se unirían dos grandes casas? Mira, allá está ella, observando el juego.

Tristano miró hacia donde señalaba Audry.

-¿Esa hermosa muchacha de blanco, sentada junto a esa fea criatura encinta? ¡Es encantadora!

-La doncella que viste de blanco es Netta, una amiga de Thaubin -replicó Audry con dignidad-. Thaubin es la que está junto a ella.

-Ya veo... Bien, dudo que Aillas piense en casarse. Quizá se sorprenda si intento comprometerlo con la princesa Thaubin.

-En tal caso...

-Una cosa más, antes de mi partida. ¿Puedo hablar con franqueza?

-¡No has hecho otra cosa! -gruñó Audry-. ¡Habla!

-Debo advertirte que hay traidores que informan al rey Casmir de todo lo que haces. Estás rodeado de espías. Fingen ser tus amigos, e incluso podrían estar entre los caballeros que te acompañaban hace un instante.

Audry miró fijamente a Tristano, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Se volvió para llamar a sus amigos:

-¡Caballeros! ¡Huynemer, Rudo, Swanish! ¡Venid aquí, por favor!

Los tres caballeros, algo intrigados y resentidos, regresaron a la mesa.

-Tristano insiste en que hay traidores sueltos en Falu Ffail -les confesó el rey Audry, entre risas-. ¡Más aún, sospecha que uno de vosotros es un espía del rey Casmir!

Los cortesanos se levantaron de un salto, rugiendo de furia.

-¡Este sujeto nos insulta!

-Danos permiso para desnudar nuestro acero. ¡Le enseñaremos los modales que no ha aprendido en otras partes!

-¡Disparates e histeria! ¡Parloteo de comadres!

Tristano se reclinó en la silla, sonriendo.

-¡Parece que he tocado un nervio sensible! Bien, no diré más.

-¡Qué absurdo! -declaró el rey Audry-. ¿Qué secretos buscaría aquí un espía? ¡No tengo ninguno! ¡Todo el mundo sabe lo peor de mí!

Tristano se puso de pie.

-Majestad, te he comunicado mis mensajes. Dame tu venia para partir.

-Puedes irte -dijo el rey Audry, agitando los dedos.

Tristano hizo una reverencia, dio media vuelta y se marchó de Falu Ffail.

3

Al regresar a Dorareis, Tristano fue directamente a Miraldra, un sombrío y viejo castillo de catorce torres que daba sobre la bahía. Aillas recibió a su primo con afecto. El parecido entre ambos era notable, aunque Tristano era alto y musculoso y Aillas, un poco más bajo, parecía enjuto y tenso. El cabello de ambos era castaño claro, casi dorado, cortado a la altura de las orejas; los rasgos de Tristano eran suaves mientras que los de Aillas eran angulosos. Juntos, sonriendo de placer por la mutua compañía, parecían muchachos.

A sugerencia de Aillas, se sentaron en un diván.

-Ante todo -dijo Aillas-, quiero decirte que iré a Watershade. ¿Por qué no vienes conmigo?

-Con mucho gusto.

-Partiremos dentro de dos horas. ¿Has desayunado?

-Sólo pan y cuajada.

-Solucionaremos eso. -Aillas llamó al criado y pronto les sirvieron merluza frita con hogazas frescas y mantequilla, cerezas hervidas y cerveza amarga. Entretanto, Aillas había preguntado-: ¿Cómo ha ido tu expedición?

-Debo reconocer que ha incluido episodios interesantes -dijo Tristano-. Desembarqué en Dun Cruighre y cabalgué hasta Cluggach, donde conseguí una audiencia con el rey Dartweg. Dartweg es celta, desde luego, pero no todos los celtas son patanes rubicundos que huelen a queso. Dartweg, por ejemplo, huele a cerveza, aguamiel y tocino. De él no he aprendido nada de provecho; los celtas sólo piensan en beber aguamiel y en robarse el ganado unos a otros: en eso se basa su economía. Estoy seguro de que valoran más una vaca con grandes ubres que una mujer igualmente opulenta. Aun así, no puedo criticar la hospitalidad del rey Dartweg, y llamar mezquino a un celta sería insultarlo. Son demasiado nerviosos para considerarlos buenos guerreros y, aunque pendencieros, resultan imprevisibles como vírgenes. En un foso cerca de Cluggach vi a cincuenta hombres que discutían a gritos y a menudo llevaban la mano a la espada. Creí que se debatían entre la paz y la guerra, pero pronto me enteré de que la disputa se relacionaba con el mayor salmón que se había pescado en la temporada de tres años atrás, y Dartweg estaba entre ellos, gritando más que nadie. Luego apareció un druida de túnica marrón con un ramillete de muérdago en la capucha. Dijo una sola palabra; todos callaron, se alejaron y se ocultaron en las sombras.

»Más tarde mencioné el incidente a Dartweg y alabé la exhortación del druida a la moderación. Dartweg me dijo que al druida le importaba un rábano la moderación, y sólo protestaba porque el ruido molestaba a una bandada de cuervos sagrados que había en un bosquecillo cercano.

»A pesar de las iglesias cristianas que ahora surgen por doquier, los druidas aún son poderosos.

-¡Muy bien! -dijo Aillas-. Me has hablado bastante de Godelia. Para obtener influencia debo descender del cielo en un toro blanco asiendo el disco de Lug, o pescar el mayor salmón de la temporada. ¿Qué otras novedades tienes?

-Crucé el Skyre en una barcaza y entré en Xounges. Éste es el único acceso, pues los ska controlan las entradas por tierra. Gax vive en un monstruoso palacio de piedra llamado Jehaundel, en salones altísimos que son como cavernas y brindan pocas comodidades a los visitantes, los cortesanos y al mismo Gax.

-¿Pero pudiste ver a Gax?

-Con dificultades. Gax es casi un inválido, y su sobrino, un caballero llamado Kreim, intenta aislarlo de los visitantes, aduciendo que la salud del rey no le permite excitarse. Pagué una corona de oro para asegurarme de que Gax estaba enterado de mi presencia, y obtuve una audiencia a pesar del disgusto de Kreim.

»Gax debió de ser un hombre impresionante en su juventud. Aun ahora es bastante más alto que yo. Es flaco y enjuto, y habla con una voz que parece el viento del norte. Todos sus hijos han muerto; ignora su propia edad, pero calcula que tiene más de setenta años. Nadie le lleva noticias; pensaba que Oriante aún reinaba en Ulflandia del Sur. Le aseguré que Aillas, el nuevo rey de Ulflandia del Sur, era enemigo jurado de los ska, y que ya había hundido sus naves y les había cerrado el acceso a Ulflandia del Sur.

»Ante esta novedad, el rey Gax aplaudió alegremente. Kreim, que estaba junto al rey, declaró que el reinado de Aillas sería fugaz. ¿Por qué? La razón, según Kreim, era del dominio público: las perversiones sexuales de Aillas lo habían vuelto enfermizo y débil. Gax escupió en el suelo al oírlo. Declaré que esa "conocida verdad" era una calumnia, una completa mentira. Afirmé que quien hubiera dado esa noticia a Kreim era un embustero indigno y canallesco y aconsejé a Kreim que no repitiera esa afirmación si no quería que se le acusara de divulgar la mentira.

«Señalé que Kreim se equivocaba en lo demás: que Aillas ya trabajaba enérgicamente para dominar a los barones de las tierras altas, y pronto derrotaría a los ska.

Aillas rió amargamente.

-¿Por qué no prometiste también que desviaría el curso de los ríos y lograría que el sol saliera por el oeste?

Tristano se encogió de hombros.

-Nunca habías mencionado tales ambiciones.

-Todo a su tiempo -dijo Aillas-. Primero debo rascarme mis propias pulgas. Pero habíame más del rey Gax y de ese siniestro Kreim.

-Kreim es un poco mayor que yo, y tiene la boca roja y barba negra. Es apasionado y suspicaz, y seguramente simpatiza con los ska.

«Mencioné otros acontecimientos del año pasado y el rey Gax no sabía nada de ellos. El viejo bribón parece estar al corriente de las ambiciones de Kreim, y por mera malicia insistía en comentar: "¡Kreim, esto es increíble!", "Kreim, debemos confiar en esos hombres para no caer en manos de los ska", "Kreim, si yo volviera a ser joven, actuaría como Aillas".

»Al fin, el rey Gax hizo salir a Kreim con un pretexto. Kreim se fue a regañadientes, mirando constantemente por encima del hombro. Entonces el rey Gax me dijo: "Como ves, tanto mi vida como mi reinado se están extinguiendo."

»Miró alrededor para cerciorarse de que no hubiera espías. "He cometido muchos errores en mi vida. Hay uno que no deseo cometer." Le pregunté cuál era. Gax me señaló con el dedo. "Eres un joven inteligente, a pesar de tu máscara de despreocupación. ¿No lo adivinas?"

»"Se me ocurren muchos errores que podrías cometer. Esperas no morir antes de que suene tu hora, así que tu situación es delicada."

»"En eso has acertado. Estoy muriendo, pero sólo en el sentido de que todo hombre de mi edad está muriendo. Los ska son pacientes; esperarán. Pero yo debo mostrar prudencia, porque temo el veneno o el puñal en la oscuridad, y sería una fría muerte aquí en Jehaundel, sin hijos para vengar mi asesinato."

«"Permíteme hacer una pregunta, por mera curiosidad. ¿Cómo regulan las leyes de Ulflandia del Norte la sucesión de los reyes?"

»"Por las líneas comunes de parentesco, si yo muero. Es decir que el sucesor es Kreim. Pero ¿ves esta corona? Si fueras tan tonto como para aceptarla, podría transferirte el trono en este mismo instante, y luego tu vida estaría, como la mía, en manos de los ska, y mirarías con recelo cada bocado."

«"Conserva tu trono -le dije-. Mis ambiciones son mucho más modestas."

»En ese momento regresó Kreim, y me despedí del rey Gax.

Aillas fue a mirar por la ventana. Más allá de la bahía el viento soplaba sobre cumbres nevadas.

-¿Qué opinas de su salud?

-Parece estar muy bien conservado para tener setenta años, aunque sus ojos no son tan agudos como antes. Su mente es ágil y su voz firme.

-¿Y después de Xounges?

-Tuve una rara aventura con una maligna perla verde, que por suerte entregué a un salteador. Luego seguí por Dahaut hasta Avallon.

»Celebré una audiencia con el rey Audry, en su palacio. Es orgulloso, necio y vano, pero tiene sentido del humor, aunque un tanto solemne. Aun así, lo tiene.

»Le advertí que su palacio estaba infestado de espías, y se me rió en las barbas. Como él no guardaba ningún secreto, Casmir malgastaba su dinero, lo cual divertía a Audry. No hay más que contar, excepto que Audry desea que te cases con Thaubin, su hija encinta.

-No estoy preparado para ello.

Entró un lacayo y murmuró algo al oído de Aillas.

Aillas torció el gesto y se volvió hacia Tristano.

-Espérame en el patio. Debo tratar algo en privado.

Tristano se marchó y un instante después Yane entró en la sala, tan sigilosamente que el aire parecía no moverse detrás de él.

Aillas se puso en pie.

-¡Estás de vuelta y puedo respirar de nuevo!

-Exageras el peligro -comentó Yane.

-Si te hubieran capturado, cantarías otra canción.

-Sin duda. Desde luego que cantaría, en voz alta y deprisa, y esperaría eludir la persuasión de Casmir. Hay pocos hombres a quienes tema, y él figura entre ellos.

Aillas fue a mirar por la ventana.

-Ha de tener otros espías además de ti.

-Ya lo creo, y uno de ellos es un traidor entre tus íntimos asesores. Casmir me iba a confesar su nombre y se arrepintió. Pero es un alto funcionario.

Aillas caviló.

-Me pregunto cuan íntimo y cuan alto.

-Muy íntimo y muy alto.

Aillas agitó la cabeza pensativamente.

-Me resulta difícil creerlo.

-¿Te reúnes a menudo con tus ministros?

-Por lo menos una vez por semana.

-¿Esos ministros son los mismos, semana a semana?

-No se producen grandes cambios.

-¿Cómo se llaman?

-Son seis, todos señores del reino: Maloof, Pirmence, Foirry, Sion-Tansifer, Langlark, Witherwood. Ninguno saldría ganando con la victoria de Casmir.

-¿Quiénes tienen motivos para guardarte rencor?

Aillas se encogió de hombros.

-Quizá me consideren demasiado joven, demasiado temerario o demasiado obstinado. La expedición a Ulflandia del Sur no es bien acogida en todas partes.

-¿Cuál de los seis es el más laborioso?

-Tal vez Maloof, el ministro de Hacienda. Todos son capaces en su tarea. Langlark parece indiferente a veces, pero tengo razones para eximirlo de sospecha.

-¿Cuáles son?

-He tratado de no pensar en ello, lo cual tal vez haya constituido un error. Como sabes, los astilleros de Blaloc construyen buques pesqueros y naves mercantes. Recientemente un tal duque Geronius de Armórica contrató la construcción de cuatro pesadas galeras de guerra, de un tipo que podría crearnos problemas en un día de calma. Investigando, descubrí que el duque Geronius de Armórica no existe. Es Casmir, quien trata de crear una armada a nuestras espaldas. En cuanto boten las naves y Casmir haya pagado el precio, enviaré una fuerza para quemarlas hasta la línea de flotación. Habrá gran crujir de dientes en el palacio de Haidion.

-¿Y bien?

-Durante una conferencia, con cuatro ministros presentes, comenté rumores de que se construían naves en Puerto Posedel de Blaloc. Mencioné que había pedido a un mercader de botellas que se dirigía a Puerto Posedel que investigara el asunto.

»Ese mercader no regresó. Hice preguntas en su fábrica y descubrí que lo habían asesinado en Blaloc.

Yane asintió reflexivamente.

-¿Y los ministros que escucharon tu comentario?

-Maloof, Sion-Tansifer, Pirmence y Foirry. Langlark y Witherwood no estaban presentes.

-Este episodio parece significativo.

-En efecto. Pero ya basta por ahora. Iré a Watershade con Tristano y Shimrod. Debo resolver allí un problema inquietante. Con ayuda de Shimrod, quizá desaparezca el problema y tengamos unos días de paz. ¿Quieres acompañarnos?

Yane se excusó.

-Debo ir a mi hogar, Skave, y cerciorarme de que hay toneles para el vino nuevo. ¿Qué perturba la paz de Watershade?

-Los druidas. Han ocupado la isla Inisfadhe, donde amenazan a Glyneth, y debo arreglar esta situación.

-Envía a Shimrod para que les arroje un hechizo, o, mejor aún, para que los convierta a todos en cangrejos.

Aillas miró por encima del hombro para cerciorarse de que Shimrod no estaba cerca.

-Shimrod ya se pregunta por qué lo he invitado de pronto. Cuando uno se enfrenta a los druidas, la magia es un instrumento tranquilizador. Pediré a Glyneth que cuente su historia; puede hacer lo que quiera con Shimrod, y con cualquier hombre a quien decida manipular.

-Lo cual, por lo que veo, incluye a un tal Aillas.

-Sin duda, el tal Aillas es uno de ellos.

III

1

Watershade se había construido en lejanos tiempos de agitación, para custodiar el tráfico del lago Janglin y amedrentar a los caballeros guerreros del Ceald, y nunca había sufrido un ataque.

El castillo se erguía al borde del lago, y parte de la fortaleza cilíndrica emergía del agua misma. Techos cónicos y bajos coronaban la fortaleza y las cuatro macizas torres contiguas. Los árboles daban sombra a las torres y a la fortaleza, y suavizaban la imponencia del castillo, mientras que los extraños techos cónicos parecían grotescamente inapropiados para guarecer esas macizas estructuras.

Ospero, el padre de Aillas, había construido una terraza alrededor de la fortaleza, en la parte que daba al lago. En muchos atardeceres de verano, mientras caía el sol, Aillas y Ospero, a veces con huéspedes, cenaban en la terraza. A menudo, si la compañía era grata, permanecían largo rato comiendo nueces y bebiendo vino, y miraban despuntar las estrellas.

En la costa crecían varias higueras, que durante el calor del verano despedían una invasora dulzura que atraía a miles de insectos zumbones; cuando niño, Aillas había sufrido más de una picadura cuando trepaba a las ramas grises y lisas en busca de fruta.

La fortaleza incluía un salón redondo que contenía una mesa con forma de C, de diez metros de diámetro, a la cual se podían sentar cómodamente cincuenta personas, o sesenta un poco más apretadas. La biblioteca de Ospero ocupaba el piso de arriba, junto con una galería y varias habitaciones. Las torres albergaban aireadas alcobas y agradables salas para el señor del castillo, su familia y los huéspedes.

Cuando la corte se trasladó a Dorareis, el foso quedó descuidado y se transformó en un lodazal repleto de juncos, zarzamoras y sauces achaparrados. Emanaciones fétidas se elevaban desde el limo, y al final Aillas ordenó que lo restauraran. Se contrataron cuadrillas durante tres meses; por fin se abrieron las compuertas y de nuevo corrieron aguas limpias por el canal, aunque el foso ahora sólo cumplía un propósito doméstico. Durante las tormentas, las embarcaciones del lago atracaban en el foso. Patos y gansos nadaban entre los juncos, y se podían pescar carpas, anguilas y lucios en las tranquilas aguas.

Watershade era para Aillas escenario de sus más gratos recuerdos, y con los años hubo pocos cambios. Weare y Flora ostentaban ahora los títulos de «senescal» y «castellana». Cern, ex palafrenero y compañero de juegos de Aillas, se había convertido en «jefe de caballerizas real». Tauncy, antes mayordomo, se había quedado cojo. Como «jefe viñatero de la finca real», controlaba el trabajo de las bodegas de Aillas.

Tras un largo periodo, y sólo por la insistencia de Weare, Aillas accedió a mudarse a los aposentos de su padre, mientras Dhrun ocupaba las habitaciones que había usado Aillas.

-Así sea -le dijo Weare a Aillas-. No se puede detener la caída de las hojas en otoño, ni el brote de hojas nuevas en primavera. Como a menudo he comentado a la dama Flora, eres demasiado propenso a la sensiblería. ¡Ahora todo ha cambiado! ¿Cómo aspiras a gobernar un reino si eres demasiado tímido para abandonar los aposentos de tu infancia?

-Weare, querido amigo, me planteas una difícil pregunta. A decir verdad, no me siento ansioso de gobernar un reino, y mucho menos tres. Cuando estoy aquí, en Watershade, todo parece una broma.

-No obstante, las cosas son como son, y he oído buenos comentarios sobre ti. Ahora te corresponde ocupar las cámaras altas.

Aillas torció la boca, incómodo.

-Sin duda tienes razón, y te complaceré. ¡Pero aún siento la presencia de mi padre por todas partes! Para serte sincero, a veces creo ver su fantasma en el balcón, o mirando los rescoldos cuando muere el fuego.

-¿Y qué hay con eso? -resopló despectivamente Weare-. Yo veo a menudo al buen Ospero. En las noches de luna, si entro en la biblioteca, lo encuentro sentado en su silla. Se vuelve para mirarme, y su rostro es plácido. Sospecho que amaba Watershade tan entrañablemente que ni siquiera muerto se resigna a partir.

-Muy bien -aceptó Aillas-. Espero que Ospero perdone mi intrusión. No cambiaré nada de lo que él dejó.

De nuevo Weare encontró razones para protestar.

-¡Vamos, jovencito! ¡No es eso lo que él querría, ya que tanto te amaba! Ahora los aposentos son tuyos y debes arreglarlos a tu gusto, no a gusto de un fantasma.

-¡De acuerdo! ¿Qué sugieres, en tal caso?

-Primero, fregar, cepillar y encerar la madera. Luego limpiar bien el yeso. He notado que el verde se oscurece con el tiempo. ¿Por qué no usar un azul claro con amarillo para las molduras?

-¡Perfecto! Exactamente lo que necesita. Weare, tienes un raro talento para estos asuntos.

-De paso, ya que estamos en el tema, quizá debamos renovar los aposentos de Glyneth. Consultaré con ella, desde luego, pero sugiero que pongamos yeso sobre la piedra y lo pintemos de rosa, blanco y amarillo, para brindarle alegría y felices despertares.

-¡Bien! ¡Encárgate de ello, Weare, por favor!

Aillas había concedido a Glyneth una pequeña y bonita finca en un valle, a poca distancia de Dorareis, pero ella no demostraba mucho interés en esa propiedad y prefería Watershade. Glyneth, que ahora tenía quince años, colmaba de gracia y encanto su vida y la de sus amigos con una pulcra simplicidad y un soleado optimismo, junto con una humorística comprensión de los absurdos de este mundo. Durante el año anterior había crecido más de dos centímetros, y aunque le gustaba llevar pantalones y blusa de hombre, sólo una persona ciega a la belleza podía confundirla con un muchacho.

Flora, sin embargo, consideraba que tanto esos atuendos como su conducta eran poco convencionales.

-Querida, ¿qué dirá la gente de una princesa que navega por el lago en una barquilla, que trepa a los árboles y se junta con los búhos, que vagabundea por el Bosque Salvaje como una cualquiera?

-Ojalá conociera a esa princesa -dijo Glyneth-. Sería una magnífica compañera. ¡Tendríamos los mismos gustos!

-¡Dudo que existan dos como ella! -declaró Flora-. Es hora de que esta princesa aprenda a comportarse con urbanidad, para no quedar mal en la corte.

-¡Flora, ten piedad! ¿Me echarías al frío y la lluvia sólo porque no sé hacer una buena costura?

-Jamás, querida! ¡Pero debemos observar, aprender y practicar los dictados de la etiqueta! Has llegado a una edad en que ciertos atributos del cuerpo hacen inapropiados los pantalones, y debemos prepararte un guardarropa de bonitos vestidos.

-¡Seamos prácticos! ¿Cómo saltaré una cerca con un bonito vestido? ¡Responde a esta pregunta!

-¡No es necesario que saltes cercas! Yo no salto cercas. La dama Vaudris de Hanch no salta cercas. Pronto pretendientes de alto rango acudirán en tropel para pedir tu mano en matrimonio. Cuando lleguen y deseen presentar sus respetos, deberé decirles que estás en alguna parte de la finca. Irán a buscarte. ¿Qué pensarán cuando te vean columpiándote en un árbol, o atrapando ranas en el foso?

-Pensarán que no quieren casarse conmigo, lo cual me parece perfecto.

Flora intentó pegarle en el trasero, pero Glyneth la esquivó.

-Esto es gracias a la agilidad.

-¡Mozuela desvergonzada, terminarás mal! -dijo Flora sin irritación, casi sonriendo. Poco después mimó a Glyneth dándole una bandeja de pasteles de limón.

Glyneth llevaba suelto el cabello dorado y rizado, o sujeto con una cinta negra. Aunque de apariencia ingenua, a veces se permitía coqueteos, jugando como un gatito que explora la voracidad de la selva. A menudo usaba a Aillas como sujeto de sus experimentos, hasta que Aillas, apretando los dientes y alzando los ojos, recurría a la fuerza de voluntad para no llevar esos juegos a un terreno donde las relaciones quedarían alteradas para siempre.

A veces, durante la noche, se preguntaba qué pasaba por la mente de Glyneth, y cuan seria era en sus juegos. En estas ocasiones siempre acudían otras imágenes a perturbarlo.

Ya no eran los sombríos recuerdos del jardín secreto de Haidion. Suldrun se había convenido tiempo atrás en una figura borrosa perdida en los abismos del tiempo. Otra forma más vital recorría los pensamientos de Aillas. Se llamaba Tatzel; era una ska, y vivía en el castillo Sank de Ulflandia del Norte. El estilo de Tatzel era único. Era delgada como una vara, con el cabello negro y largo; su tez era olivácea, como la de todos los ska; los ojos le brillaban de inteligencia. Aillas la había visto a menudo en la galería principal del castillo. No reparaba en Aillas, quien, como esclavo, le importaba menos que una silla.

Aillas no podía definir fácilmente sus sentimientos hacia Tatzel. Había rencor y desafío, generados por su erosionada autoestima, pero otras añoranzas más sutiles le habían provocado raras punzadas cuando ella pasaba sin verlo; él quería interponerse para que ella se fijara en su persona, le mirara a los ojos y reparara en su orgullo. Jamás se habría atrevido a tocarla; ella habría llamado a los guardias y se lo habrían llevado a rastras hacia un futuro horrendo, quizá para castrarlo, y habría perdido para siempre la virilidad y la posibilidad de que Tatzel cambiara de opinión sobre él.

Cuando Aillas había escapado del castillo Sank en compañía de Cargus y Yane, se había vuelto un momento para mirar atrás, y había murmurado: «¡Tatzel, un día nos

encontraremos de nuevo, y en otra situación!» Tal era el fantasma que rondaba la mente de Aillas.

2

Tras pernoctar en el puerto de Hag, y de cruzar la Brecha del Hombre Verde a mediodía, Aillas y Tristano atravesaron por la tarde el puente levadizo y llegaron a los establos de Watershade. Dhrun y Glyneth salieron corriendo a saludarlos, seguidos por Weare, Flora y otros criados, mientras Shimrod[4] esperaba en la sombra del pasillo que conducía a la terraza.

Los viajeros se retiraron a sus aposentos para refrescarse y luego bajaron a la terraza, donde Weare sirvió la mejor cena que podía brindar su despensa, y el grupo permaneció allí largo rato, hasta que el atardecer dio paso a la noche.

Tristano habló de la perla verde y de su siniestra influencia.

-Estoy desconcertado por el poder de ese objeto. Parecía una perla auténtica, salvo por el color, que era verde como el agua de mar. Shimrod, ¿qué opinas de ella?

-Me avergüenza admitirlo, pero en el reino de la magia hay para mí más cosas desconocidas que conocidas. No sé qué es esa perla verde.

-Pudo haber sido la piedra-cerebro de un demonio -reflexionó Glyneth-. O un huevo de duende.

-O el ojo de un basilisco -sugirió Dhrun.

-He aquí una valiosa lección -dijo pensativamente Glyneth- para un joven que se está educando, como Dhrun. ¡Nunca robes objetos de valor, especialmente si son verdes!

-¡Buen consejo! -declaró Tristano-. En estos casos, la honestidad es la mejor política.

-Me habéis convencido -dijo Dhrun-. No robaré nunca más.

-A menos, desde luego, que se trate de un bonito objeto para mí -intervino Glyneth. Esa noche, quizá para complacer a Flora, llevaba un vestido blanco y se sujetaba el cabello con una cinta plateada con margaritas blancas; estaba encantadora, y Tristano no dejó de advertirlo.

-Al menos mi conducta fue ejemplar -dijo Tristano con modestia-. Cogí la perla sólo como un servicio público, y la entregué de buen grado a alguien cuyo nacimiento era menos afortunado que el mío.

-Aquí te refieres al perro -comentó Dhrun-, pues ignoramos el linaje del salteador.

-Tu modo de tratar a ese perro fue realmente despiadado -observó Glyneth severamente-. Tendrías que haberle traído la perla a Shimrod.

-¿Para dármela en una salchicha? -preguntó Shimrod-. Celebro que no se le ocurriera semejante idea.

---

4 Mientras Shimrod recorría la campiña daut disfrazado de doctor Fidelms, charlatán y especialista en dolor de rodillas, había trabado amistad con un par de niños vagabundos llamados Dhrun y Glyneth, y luego los tres habían viajado juntos. Shimrod había cambiado poco con los años. La nariz larga, la boca torcida y las mejillas enjutas le daban un aire extraño; conservaba su constitución delgada, los ojos grises y entornados, y como de costumbre llevaba el cabello castaño claro cortado casi al rape, al estilo campesino. Véase Lyonesse I: El jardín de Suldrun.

-¡Pobre Shimrod! -murmuró Aillas-. ¡Soltando espuma por la boca, corriendo velozmente por el camino, deteniéndose sólo para morder a los caminantes!

-Shimrod habría podido librarse de esa cosa -declaró Glyneth-. El perro carecía de poder para ello.

-Ahora comprendo mi error -admitió Tristano-. Cuando el perro quiso morder los talones de mi caballo, no fui amable con él, lo admito. Actué por un impulso que casi en seguida lamenté.

-No comprendo -murmuró Glyneth-. ¿Casi en seguida lamentaste tu crueldad?

-Bien, no del todo. Recuerda que indemnicé al perro con una salchicha por el riesgo que corría.

-¿Entonces?

Tristano agitó los dedos con fastidio.

-Ya que insistes, me explicaré con la mayor delicadeza posible. Durante la noche anterior la perla había vuelto a mí de una manera inquietante. Al ver al perro muerto, al principio pensé en marcharme deprisa dejándolo allí. Luego pensé en la noche siguiente: específicamente, en la medianoche, cuando yo estaría dormido. A esa hora la perla habría avanzado por el tubo digestivo del perro...

Glyneth se tapó las orejas.

-Basta. Ya me has contado más de lo que quiero oír.

-Parece que el tema carece de más interés -comentó Aillas.

-En efecto -reconoció Tristano-. Sólo deseaba despertar la compasión de Glyneth por los problemas a los que me enfrenté.

-Lo has conseguido -dijo Glyneth.

Hubo un momento de silencio, y Glyneth miró a Aillas.

-¡Estás callado esta noche! ¿Qué te preocupa? ¿Asuntos de estado?

Aillas miró hacia las oscuras aguas.

-Miraldra parece haberse quedado muy lejos. Ojalá no tuviera que regresar nunca.

-Tal vez asumes demasiadas responsabilidades.

-Como mis consejeros y ministros son hombres mayores que me vigilan para sorprenderme en un error, no tengo más remedio que andar con cuidado. En Ulflandia del Sur hay un caos que debo organizar, y quizá deba habérmelas con los ska, a menos que cambien de actitud. Entretanto Casmir no deja de conspirar.

-¿Y por qué no conspiras contra Casmir, hasta que él desista?

-¡Si fuera tan fácil! Los complots astutos son la especialidad de Casmir. No puedo derrotarlo como intrigante. Sus espías están por todas partes. El descubriría mis intenciones antes que yo mismo.

-¿No podemos localizar a los espías y ahogarlos a todos en el Lir? -exclamó Dhrun irritado.

-Nada resulta sencillo. Comprenderás que deseo localizarlos, pero luego prefiero facilitarles la vida y embrollarlos con falsos informes. Si los ahogara a todos, Casmir

simplemente enviaría a un grupo nuevo. Así que me arreglaré con los que tengo y trataré de no asustarlos.

-Ese embrollo parece una idea astuta -comentó Glyneth-. ¿Es eficaz?

-Lo sabré mejor después de identificar a los espías.

-Supongo que nuestros espías vigilan a Casmir -se interesó Glyneth.

-No tanto como los suyos a nosotros. Aun así, no nos supera abrumadoramente.

-En cierto sentido, parece una ocupación interesante -suspiró Glyneth-. Me pregunto si sería una buena espía.

-Sin duda -rió Aillas-. ¡Las mujeres hermosas son excelentes espías! Pero deben consagrarse a su trabajo y aceptar lo bueno y lo malo, pues los datos más interesantes suelen revelarse en la oscuridad.

Glyneth soltó un sonido desdeñoso.

-¡Y ellas son las espías que embrollas todas las noches, facilitándoles la vida, en vez de colgarlas!

-Ja! ¡No tengo tanta suerte! ¡Casmir no es tan considerado! En cambio subvierte a uno de mis más íntimos asesores. Huelga decir que no debéis contar esto a nadie.

-Debe resultar extraño mirar las caras de los amigos y preguntarse cuál oculta al espía -dijo Dhrun.

-Vaya si lo es.

-¿Cuántos sospechosos hay? -preguntó Tristano.

-Son mis seis augustos e intachables ministros: Maloof, Langlark, Sion-Tansifer, Pirmence, Foirry y Witherwood. ¡Cada uno de ellos es un señor del reino! La lógica indica que deberían ser tan leales como la luna al sol. No obstante, uno de ellos es un traidor. Digo esto con vergüenza, pues hiere mi autoestima.

-¿Y cómo lo descubrirás?

-Ojalá lo supiera.

Mientras las estrellas se desplazaban en el cielo, pasaron un rato comentando planes para desenmascarar al traidor. Al fin, cuando las velas se apagaron, se levantaron bostezando y fueron a acostarse.

3

Los visitantes se prepararon para regresar a Domreis. Glyneth y Dhrun se apenaron al observar los preparativos; Watershade se quedaría silenciosa y solitaria cuando el grupo se hubiera marchado. Además ambos estaban intrigados por el misterio de ese espía de alto rango. A último momento decidieron unirse al grupo que regresaba a Domreis, y se apresuraron a realizar sus propios preparativos.

El grupo, ahora de cinco, atravesó el Ceald. Al llegar a la Brecha del Hombre Verde se detuvieron, según la costumbre, para dirigir una última mirada a Watershade, luego cabalgaron por el valle del río Rundle hasta el puerto Hag y pernoctaron en la Posada del Coral Marino. Al día siguiente partieron temprano, haciendo tintinear los arneses en el

frío del alba. Llegaron a Cabo Bruma cuando los primeros rayos del día les alumbraban las espaldas, y entraron en Dorareis por la tarde.

Aillas no se engañaba en cuanto a los propósitos de Dhrun y Glyneth. Los llevó aparte y les advirtió que fueran discretos.

-¡Esto no es un juego de astucia y amistad! ¡Hay vidas en peligro y a Casmir no le importa destruirlas!

-Ha de ser un hombre extraño y cruel -comentó Dhrun.

-Lo es, y uno de sus espías nos vigila de cerca, tal como nosotros observaríamos a los pollos de un corral.

-Este espía es desde luego un traidor, pero ¿qué se propone? -preguntó Glyneth-. ¿Qué beneficio obtiene?

Aillas se encogió de hombros.

-Quizá nos espíe por capricho, por la emoción de participar en un juego peligroso. Sin duda ha de ser el más suspicaz de los hombres, alerta ante cada mirada y cada susurro, así que sed sutiles.

-Creo que puedes confiar en nosotros -declaró Dhrun-. No somos tan estúpidos. No nos proponemos mirarnos y codearnos, ni dar rápidas ojeadas y ponernos a cuchichear.

-Lo sé muy bien -dijo Aillas-. En realidad, tengo curiosidad por conocer vuestra opinión. -Y pensó: «Quién sabe. Uno de ellos podría captar discordancias o incoherencias que los demás han pasado por alto.» Por tales razones, Aillas organizó un banquete al cual invitó a sus ministros y a otras personas. Se celebró una tarde triste en que el viento soplaba en un cielo duro y azul. Con atuendos ondeantes y la mano en el sombrero, los dignatarios cabalgaron por la ruta de Miraldra. En el vestíbulo fueron recibidos por Este, el senescal, quien los condujo a la sala de banquetes más pequeña. Allí, Aillas esperaba a los invitados junto con Dhrun y Glyneth.

En esta ocasión informal los ministros se sentaron por orden de llegada, tres a cada lado de la mesa, sin prestar atención al rango. Más allá estaban Tristano y dos nobles extranjeros. El primero de ellos era un caballero alto y enjuto, de cara malhumorada y mandíbula larga, llamado Catraul de Cataluña. Lucía un atuendo extraño y lujoso y se empolvaba la cara al estilo de la corte de Aquitania. Dhrun y Glyneth apenas podían contener la risa al ver a Shimrod con semejante indumentaria.

Frente a Shimrod estaba Yane, quien se había oscurecido la tez y ocultaba el mentón bajo una barba negra y el cabello bajo un turbante. Se hacía llamar Hassifa de Tingitana, y casi no hablaba.

En cuanto los invitados estuvieron sentados, Aillas se puso en pie, -Hoy doy la bienvenida a mi primo, a dos nobles de tierras lejanas, y a seis caballeros que no sólo son mis asesores sino también mis más sinceros y leales amigos. Deseo presentaros a mi hijo, el príncipe Dhrun, y a mi protegida, la princesa Glyneth. Primero, de Dascinet, el señor Maloof de la casa Maul.

Maloof, que era bajo y robusto, con cabello negro y rizado y una barba gruesa y corta que le enmarcaba la cara redonda y pálida, se puso en pie. Saludó a Glyneth con un ademán galante y se sentó.

-¡El señor Pirmence del castillo Lutez! -continuó Aillas.

Pirmence se levantó y saludó: un caballero algo mayor que Maloof, delgado y apuesto, con cabello cano, cejas desdeñosas, barba corta y gris, y gestos de puntillosa distinción.

-¡El señor Sion-Tansifer de Porthouse Faming!

Sion-Tansifer, el más viejo de los ministros, y sin duda el más brusco y antipático, se irguió en un ademán rígido. Su especialidad era la estrategia militar, en sus fases más conservadoras y ortodoxas, y sus opiniones resultaban más interesantes que útiles para Aillas. Sion-Tansifer era valioso por otra razón: sus opiniones, a menudo expresadas como perogrulladas dogmáticas, fastidiaban a los demás, lo cual les impedía criticar a Aillas. Sion-Tansifer era partidario del ideal caballeresco y en esta ocasión informal se inclinó primero ante la princesa Glyneth, luego ante el príncipe Dhrun, permitiendo que la galantería prevaleciera sobre los dictados del rango.

-¡El señor Witherwood de la casa Witherwood!

Witherwood era un caballero maduro, pálido y delgado, con mejillas demacradas, ojos intensamente negros y la boca fruncida como para dominar una desbordante energía interior. Era de convicciones apasionadas e impaciente con la ortodoxia, un rasgo que no le granjeaba el afecto de Sion-Tansifer ni de Maloof, al primero de los cuales Witherwood consideraba un ordenancista de mente estrecha y al segundo una gallina molesta y puntillosa. Cabeceó lacónicamente y se sentó.

-¡El señor Langlark del castillo Espinazo Negro!

Langlark, como para reprochar veladamente a Witherwood su conducta brusca, se levantó despacio y se inclinó cortésmente a derecha e izquierda. Caballero corpulento de aspecto anónimo, Langlark aportaba humor, moderación y sentido práctico a las deliberaciones del consejo. Aillas lo consideraba su ministro más útil.

-El señor Foirry de Suanetta.

Foirry hizo un par de reverencias corteses pero rápidas. Era delgado y de hombros encorvados. Aunque no tan viejo como Maloof, estaba calvo salvo por un par de rizos negros. Sus rápidos gestos y sus inquietos ojos castaños, con la nariz delgada y ganchuda y la boca cínica, le daban un aire de vigilancia implacable. Foirry era un hombre mercurial, y también lo eran sus puntos de vista, pues le agradaba examinar un asunto desde todos los aspectos, y solía discutir con los demás para poner a prueba la solidez de sus conceptos.

-Desde luego todos conocéis a Tristano. Más allá, Catraul de Cataluña y Hassifa de Tingitana.

El banquete continuó: al principio tranquilo y cauteloso, con Sion-Tansifer guardando un pétreo silencio. Pirmence intentó conversar con Catraul y con Hassifa, pero sólo recibió miradas inquisitivas y gestos de incomprensión, así que decidió probar suerte en otra parte.

Entretanto, Glyneth y Dhrun observaban atentamente a los ministros. Descubrieron que cada uno era un especialista, con su propio campo de conocimientos. Maloof controlaba el erario y aconsejaba acerca de impuestos, tasas, rentas y gravámenes. Witherwood se dedicaba a organizar los sistemas judiciales de la comarca, conciliando las diferencias regionales y confeccionando leyes universales, válidas para personas de toda condición. Sion-Tansifer, una reliquia de tiempos del rey Granice, asesoraba sobre organización y estrategia militar. Foirry era experto en el

campo de la ingeniería naval. Pirmence, que había viajado mucho, desde Irlanda hasta Bizancio, era ministro de Asuntos Exteriores, mientras que Aillas había encargado a Langlark que fundara una universidad de letras, matemáticas, geografía y varias ciencias más en Domreis.

Aillas, que también estudiaba a los seis ministros, sentía una escalofriante sensación de misterio y desconfianza, quizá incluso de terror. Uno de los seis hombres que compartían plácidamente su mesa, comían su comida y bebían su vino, era un traidor: alguien que trabajaba para destruirle.

¿Cuál de los seis?

¿Por qué razón?

Aillas miró de soslayo a Dhrun, y se enorgulleció de su apuesto hijo. Miró a Glyneth y se sintió arrebatado por otra emoción. Ella advirtió que la miraba, volvió los ojos hacia él y agitó la cabeza para indicar su desconcierto: no podía desentrañar el misterio.

El primer plato del banquete, un picadillo de aceitunas, camarón y cebollas horneadas en conchas de ostra con queso y perejil, fue seguido por una sopa de atún, coquinas y caracoles remojados en vino blanco con puerros y eneldo. Luego se sirvieron varios platos más: codorniz rellena de colmenilla, presentada en rebanadas de buen pan blanco, con acompañamiento de guisantes; alcachofas cocidas en vino y mantequilla, con una ensalada de hortalizas; callos y salchichas con repollo en salmuera; venado pintado con salsa de cerezo y acompañado por cebada cocida en caldo y frita con ajo y salvia; pasteles de miel, nueces y naranjas; y entretanto las copas rebosaban de noble Voluspa y San Sue de Watershade, junto con el verde y ácido moscatel verde de Dascinet.

A pesar de que se conocían desde hacía tiempo, los ministros no estaban cómodos en mutua compañía y, a medida que avanzaba el banquete, cada cual tendía a defender sus opiniones con creciente vehemencia, de modo que llegaron a parecer una caricatura de sí mismos y comenzaron a aflorar discordias.

El más severo del grupo era Sion-Tansifer, veterano en doce campañas; su cabello desgreñado crecía de forma irregular debido a las cicatrices que le cruzaban el cuero cabelludo. Exponía sus argumentos en frases mordaces y contundentes, como si cada una encerrara una verdad incuestionable; los que disentían recibían miradas de desprecio.

Maloof, sentado enfrente, tendía a evaluar todas sus opiniones, de tal modo que parecía algo inseguro y vacilante en comparación con Sion-Tansifer.

Pirmence contrastaba con ambos, pues se mostraba elegante y gentil, pomposo, ingenioso y fatuo. Pirmence había viajado mucho y se decía que el castillo Lutez albergaba tesoros de gran belleza.

Langlark, rechoncho, vigoroso y modesto, se hacía blanco de sus propios sarcasmos e ironías, con lo cual lograba que los argumentos de los demás parecieran estúpidos y exagerados. A menudo señalaba simplismos que los demás habían pasado por alto, y Pirmence se cuidaba de no exasperar a Langlark, quien era tal vez el único ministro que lo superaba en sutileza.

Witherwood, pulcro y rotundo, atacaba con saña las opiniones que consideraba ilógicas, sin tener en cuenta quién las emitía; Aillas había sentido a menudo el aguijón

de sus críticas, y Maloof lo despreciaba por completo. Foirry hablaba poco y escuchaba a los demás con aire divertido y sardónico, pero cuando intervenía podía mostrarse tan mordaz como Witherwood.

Mientras comían el venado, la conversación viró hacia el problema de Ulflandia del Sur[5], y se oyeron pocas opiniones optimistas.

-Es una tierra inhóspita -opinó Maloof con mesura-, llena de rocas y brezales, con una ciénaga o una choza derruida aquí y allá. A veces ofrece a sus habitantes un magro alimento, pero sólo si la cultivan con el mismo esfuerzo que dedican a matarse entre ellos. ¡Los ulflandeses son un pueblo brutal!

-¡Un momento! -exclamó Glyneth, interviniendo por primera vez-. Yo nací en Throckshaw, en Ulflandia del Norte, y mis padres no eran brutales. Eran amables, bondadosos y valientes, y fueron asesinados por los ska.

Maloof parpadeó incómodo.

-¡Mis disculpas! ¡Me he propasado, no hay duda! Quise decir que los barones de Ulflandia del Sur son gentes belicosas, y que la prosperidad sólo llegará cuando interrumpan sus peleas y rapiñas.

-Eso sucederá el día en que caigan monedas de oro del cielo, en vez de granizo -gruñó despectivamente Sion-Tansifer-. Los ulflandeses aman la venganza como los perros atraen las pulgas.

-Hace diez años -dijo Pirmenee- tuve ocasión de visitar Ys. Entonces viajé por la carretera de Oáldes. Vi muy poca gente: pastores y pegujaleros, y pescadores a lo largo de la costa. La tierra es ventosa, abierta y desierta, y tiene una sola ventaja: suministrará moradas a todos nuestros hijos menores, si el rey Aillas lo consiente.

-La comarca está desierta por una buena razón -afirmó Foirry-. Si los barones de las montañas soltaran a todos los que tienen encerrados en sus mazmorras o atados en el potro, podría haber exceso de población.

El simplista Maloof enarcó las cejas en un gesto de consternación.

-¿Por qué nos hemos aventurado en esa tierra desdichada? ¡Derrochamos esfuerzos, sangre y oro en empresas bélicas! ¡Los ulflandeses no representan nada para nosotros!

-Soy su rey y ellos son mis súbditos -declaró Aillas con voz moderada y razonable-. Les debo justicia y seguridad.

-¡Bah! -exclamó Witherwood-. Ese argumento es insostenible. Supongamos que de pronto te aclamaran rey de Catay. ¿Habríamos de enviar una flota de naves y regimientos de soldados troicinos para proteger su seguridad y encargarnos de su justicia?

-Catay queda muy lejos -rió Aillas- Ulflandia del Sur está muy cerca.

-No obstante -insistió Maloof con terquedad-, entiendo que el destino adecuado de tus recursos está aquí, entre los tuyos.

---

5 Al morir el rey Oriante de Ulflandia del Sur, la corona recayó, siguiendo una tortuosa línea de parentesco, en el rey Aulas de Troicinet. El rey Casmir quedó sorprendido; mientras se paseaba furiosamente por el Salón Verde de Haidion, las naves troicinas llevaron una fuerza expedicionaria a los muelles de Vieja Ys. Esta fuerza se adueñó del temible castillo Tintzin Fyral, guarneció la fortaleza de Kaul Bocach y así resguardó Ulflandia del Sur contra las ambiciones del rey Casmir.

Sion-Tansifer se pronunció con vehemencia:

-Confieso que no me alegra esta expedición. ¡Esos canallescos barones custodian sus vallecicos como lobos y águilas! Si los matáramos a todos, surgirían otros tantos para reemplazarlos, y todo quedaría igual que antes.

Langlark frunció el ceño en su habitual expresión de perplejidad.

-¿Estáis sugiriendo que abandonemos esa vasta comarca? ¿Nos resultaría ventajosa esta pérdida? Pirmence exagera, sin duda; la tierra no carece de recursos, y en el pasado se la consideró un reino rico. Las minas dan estaño, cobre, oro y plata, y hay grandes filones de hierro. En otros tiempos, vacas y ovejas pacían en los brezales y crecía avena, maíz y cebada en los campos.

Sion-Tansifer rió sombríamente.

-Los ulflandeses se pueden quedar con su «vasta comarca» y disfrutar de su espléndida riqueza, con mi beneplácito y mi gratitud, si hacen retroceder a los ska y de paso derraman su propia sangre. ¿Por qué debemos sacarles sus castañas del fuego? ¿Por la riqueza? No hay ninguna. ¿Por la gloria? ¿Dónde está la gloria de perseguir a esos patanes por los brezales?

-¡Vaya! -Pirmence se palmeó la barba cana con una servilleta-. Tus opiniones son rotundas. -Miró a Aillas-. Majestad, ¿qué respondes a estos quisquillosos y pesimistas?

Aillas se reclinó en la silla.

-He comentado largamente el tema. ¿Os falla la memoria? Lo repetiré. Hemos ocupado Ulflandia del Sur no por afán de riquezas, gloria ni tierras fértiles, sino por una sola razón: la supervivencia.

Sion-Tansifer agitó la cabeza en un gesto de escepticismo.

-O yo soy estúpido, o el concepto no es lógico.

-Tal vez ese juicio corresponda al rey Aillas -sugirió delicadamente Pirmence.

Aillas rió.

-Obviamente, Sion-Tansifer no es el único que piensa así. -Miró alrededor de la mesa-. ¿Quién más desea retirarse de Ulflandia del Sur? ¿Maloof?

-La empresa representa un cargo para el erario. No es de mi competencia decir más.

-¿Pirmence?

Pirmence frunció los labios.

-¡Estamos allí! Ahora es difícil, cuando no imposible, retirarse con honor.

-¿Langlark?

-Tus argumentos me parecen convincentes.

-¿Witherwood?

-Entiendo que hemos arrojado los dados en una partida peligrosa. Espero que la buena suerte nos acompañe.

-¿Foirry?

-Nuestras naves son dueñas del mar. Mientras esta situación continúe, Troicinet no tiene nada que temer.

-¿Qué opinas tú, caballero Tristano?

Tristano titubeó un instante.

-Preguntaré una cosa -se decidió al fin-: ¿cuáles serían las consecuencias si cediéramos Kaul Bocach y Tintzin Fyral y nos retiráramos de Ulflandia del Sur?

-En cuanto abandonáramos Ulflandia del Sur -respondió Aillas-, el rey Casmir, tras pellizcarse para asegurarse de que no está soñando y tras ponerse a bailar de alegría, llevaría sus tropas al norte a marchas forzadas. Luego, cómodamente, con todos sus ejércitos preparados, atacaría Dahaut desde dos flancos, y en un mes el rey Audry debería huir a Aquitania o morir. Luego Casmir llevaría la mesa Cairbra an Meadhan y el trono Evandig a la ciudad de Lyonesse, nombrándose rey de Elder. En el estuario de Mermeil construiría una flota a fin de transportar sus tropas a Dascinet, y sería nuestro fin. Al entrar en Ulflandia del Sur hemos frustrado el plan de Casmir, y le hemos obligado a trazar planes más complicados.

-Me has convencido -decidió Tristano-. ¿Qué dices tú, señor Sion-Tansifer?

-Con el debido respeto, todas las premisas carecen de solidez. En este momento, Casmir puede marchar al norte por la Trompada sin siquiera pisar Ulflandia del Sur.

-No es así -rebatió Aillas-. En seguida se encontraría en guerra con nosotros, y con grandes dificultades logísticas. Mientras Ulflandia del Sur y el Teach tac Teach sean nuestros, Casmir nunca avanzará por la Trompada. Le cerraríamos el paso fácilmente sólo con las tropas locales.

-¿A qué viene esta charla sobre peligros y hostilidad? -intervino Maloof de mal humor-. ¿No hemos firmado tratados de paz con Lyonesse? ¿Por qué sospechar lo peor? Si demostramos a Casmir que realmente queremos la paz, él nos pagará con la misma moneda, y no serán necesarias más amenazas, ni habrá que levantar las armas, lo cual sólo empeora la situación.

-Recuerda lo que sucedió hace unos años -intervino Aillas-. Granice era rey de Troicinet. Yvar Excelsus de Dascinet quiso castigarnos mediante una guerra y pidió ayuda a Casmir. Casmir ansiaba cruzar el Lir con sus tropas. Si nuestras naves no hubieran desbaratado su flota, ninguno de nosotros estaría hoy cenando en Miraldra. ¿Han cambiado los planes de Casmir? Es obvio que no.

-Pero Ulflandia del Sur no es Dascinet -insistió Maloof.

-¿Crees, pues, que si nos mostramos amables con Casmir él no nos creará problemas? -preguntó secamente Witherwood.

-No tenemos nada que perder -respondió altivamente Maloof-. Cualquier cosa es preferible a la guerra.

-No cualquier cosa -sentenció Langlark.

-Ninguno de nosotros desea la guerra -dijo Aillas-, ni siquiera Casmir, quien preferiría triunfar gracias a nuestra debilidad y a nuestra estupidez. Mientras yo sea rey, no ocurrirá tal cosa. Sin embargo, me esfuerzo por mantener la paz. Os interesará saber que el rey Casmir y la reina Sollace vendrán a Domreis para una visita oficial.

-¡Me parece una gran noticia! -saltó Maloof-. ¿Cuándo será?

-Dentro de un mes.

Foirry rió sardónicamente.

-¡Qué farsa es la diplomacia!

Aillas sonrió.

-Como rey, debo ser un modelo de decoro, aunque se me revuelvan las tripas... He dicho más de lo que deseaba decir.

El banquete terminó. Aillas y Yane fueron a sentarse frente al fuego de una sala pequeña, en compañía de Glyneth y Dhrun.

-¿Qué opináis? -preguntó Aillas.

Yane escrutó las llamas.

-Resulta difícil de juzgar. Es improbable que sean Langlark o Foirry, a causa del episodio del mercader de botellas. Sion-Tansifer es valiente, sin duda, aunque un poco simplista. Pero no creo que sea un traidor. ¿Maloof? ¿Witherwood? ¿Pirmence? Mi intuición me señala a Maloof. Ansia la paz y está dispuesto a hacer concesiones. La historia conoce a muchos personajes como él; Maloof podría incluso considerarse un gran héroe de la diplomacia secreta, aplacando a Casmir para propiciar un rebuscado concepto de buena voluntad.

«Luego está Pirmence. Parece flexible y se lo podría inducir a ser espía, por oro o por simple aburrimiento. Es uno de esos sujetos engañosos que, en nombre de la tolerancia, perdonarían toda clase de conductas... especialmente en sí mismos.

»¿Witherwood? Si es un espía, sus motivos son incomprensibles.

4

Al mediodía siguiente, Maloof informó al rey Aillas sobre la situación del erario real. Tenía un semblante sombrío y traía malas noticias.

-A causa de la incursión en Ulflandia del Sur, junto con los costes de la construcción naval en los astilleros del río Tumbling, nuestras reservas financieras se han reducido a un nivel crítico.

-Vaya -suspiró Aillas-. No es agradable saberlo.

-Hace tiempo que os advierto sobre esto -dijo Maloof con ceñuda satisfacción-. Ahora se ven las consecuencias.

-Ya... ¿Han llegado nuestros ingresos de Dascinet?

-Todavía no, majestad, ni el dinero de Scola. Y no llegarán hasta la próxima semana.

-Bien, durante una semana tendremos que vivir con austeridad. Espero que Ulflandia del Sur empiece a pagar dentro de poco. He enviado ingenieros a las viejas minas, pues me cuentan que nunca llegaron a agotarlas, sino que las abandonaron debido a los bandidos y salteadores. También puede haber oro de aluvión en los ríos. Nunca se ha explotado y tal vez pueda arrojar buenas ganancias: lo suficiente para pagar todos nuestros gastos. ¿Qué opinas?

-Hasta ahora, tal diluvio de riquezas es una mera hipótesis, y sin duda se requerirá una inversión sustancial sólo para demostrar su existencia.

Aillas sonrió.

-Maloof, eres realmente pesimista. ¡Si las cosas empeoran, obtendremos fondos mediante ese método conocido en todas partes como «el infalible»: los impuestos! ¡Los exprimiremos hasta que les crujan los zapatos! ¡El uso del dinero sólo se debe permitir a los reyes! ¡Es demasiado bueno para la gente corriente!

-Señor -dijo Maloof con tristeza-, sospecho que bromeas.

-No del todo. Me propongo imponer tasas portuarias en Ys; hasta ahora han salido indemnes. Además, empezaremos a recaudar los impuestos de Valle Evander que hasta ahora se pagaban a Carfilhiot. ¡Así que hay rentas a la vista! Y, tarde o temprano, sacaremos a los barones el oro que han atesorado robándose entre sí.

Maloof frunció el ceño en un ademán de recelo, pero de nuevo decidió que era una broma de Aillas.

-¡Un magnífico programa! -dijo.

Aillas rió.

-Pero muy simple, en la práctica. Dictaré leyes que sin duda ellos infringirán. Luego los multaré con grandes sumas, y tendrán que pagar o ser expulsados de los brezales. Ojalá pudiera hacer lo mismo con el rey Casmir y sus naves ilegales, pero temo que no pagaría las multas.

Maloof enarcó las cejas sorprendido.

-¡No puedes multar al rey Casmir!

-Por desgracia, tienes razón. Así que deberé emplear medidas más enérgicas.

De nuevo Maloof demostró su sorpresa.

-¿Cómo?

-Dentro de dos semanas una partida irá al astillero de Sardilla y quemará las naves ilegales de Casmir, así aprenderá a respetar sus compromisos.

Maloof meneó la cabeza.

-¡Un asunto peligroso!

-Menos arriesgado que permitir que Casmir tenga una flota de guerra.

Maloof no tuvo más que decir y se marchó. Más tarde Aillas habló con Pirmence, a quien dio la misma información.

Luego, al caer la tarde, Aillas comentó a Witherwood y Sion-Tansifer que la incursión en Sardilla se llevaría a cabo exactamente dentro de diez días.

Entretanto, Tristano aseguró a Foirry y Langlark que la incursión se realizaría en veinte días, aunque estos dos no eran los principales sospechosos.

A primera hora del día siguiente Tristano partió deprisa hacia Sardilla de Caduz, con el objeto de descubrir cuál de los tres informes inspiraba medidas de precaución.

Tristano regresó según lo convenido, fatigado por la cabalgata y por el agitado cruce del Lir. Aillas y Yane oyeron sus informes con gran interés. En la décima noche no se tomaron precauciones extraordinarias. A las dos semanas, cien guerreros armados hasta los dientes prepararon una emboscada, y durante una larga y desolada noche aguardaron un ataque que no se produjo.

Para verificar sin sombra de duda sus sospechas, Tristano se había quedado hasta la vigésima noche. No hubo más novedades y regresó.

-Tres datos son claros -dijo Aillas-. Primero, es indudable que fue Casmir quien encargó el barco. Segundo, hay un traidor en mi consejo de ministros. Tercero, es Maloof o Pirmence.

-Ambos se ajustan al papel -comentó Yane-. ¿Qué haremos ahora?

-Por el momento, actuar con cautela. Identifiquemos a nuestro hombre sin provocar sospechas.

5

Aillas había recibido noticias de la existencia de ricos filones de hierro en Ulflandia del Sur, cerca de Oaldes, y había solicitado a Maloof que calculara cuánto costaría construir una fundición.

Las cifras que presentó Maloof parecían demasiado altas. Aillas las estudió un instante sin hacer comentarios, luego dejó a un lado el documento.

-Por lo visto, este proyecto requiere nuevos análisis. En este momento no puedo concentrarme. Anoche los sueños me impidieron dormir.

Maloof demostró una cortés preocupación.

-¿De veras, majestad? ¡Los sueños vaticinan verdades futuras! ¡Nos dan indicios que insensatamente ignoramos!

-Los sueños de anoche fueron muy reales -dijo Aillas-. Se relacionaban con la inminente visita del rey Casmir. Cuando su nave entraba en el puerto, yo veía a Casmir en el puente, con la cabeza descubierta, tan claramente como te veo a ti. Él daba media vuelta y una voz me hablaba al oído: «¡Ten cuidado! ¡Si lleva dos penachos en el sombrero, uno azul y uno verde, demostrará que es un amigo y un fiel aliado! Si luce un solo penacho amarillo, es un enemigo traicionero a quien debes destruir a toda costa.» ¡Tres veces la voz pronunció estas palabras! Pero cuando yo me volvía para mirar cómo Casmir se ponía el sombrero, alguien me llamaba y no podía verlo.

-¡Un sueño notable! -dijo Maloof.

Luego Aillas contó este sueño notable a Pirmence.

-La voz hablaba con tono de oráculo. «Observa el sombrero que usa Casmir. Si lleva una medalla de plata con forma de pájaro, es tu amigo y aliado. Si exhibe un león dorado, indica que es un traidor.» Así habló la voz, y ahora me veo en un aprieto. No puedo gobernar un reino guiándome por sueños, pero no puedo correr el riesgo de ignorar portentos genuinos. ¿Qué opinas?

Pirmence se acarició la barba cana.

-Soy un hombre práctico. Como tal, acepto cualquier cosa de valor, venga de donde venga. ¿Qué clase de sombrero era?

-De tubo, de terciopelo negro, sin alas ni copa.

-Permíteme esta sugerencia: observa en qué medida el sombrero de Casmir concuerda con el de tus sueños. Luego déjate guiar por la naturaleza del emblema.

6

Desde la terraza de la torre norte de Miraldra, Aillas y otros observaban la llegada del galeón Estrella Régulo de Lyonesse: un pesado navío de proa roma y popa alta, que ofrecía un gallardo espectáculo, con las velas de trinquete y mayor henchidas y tensas, y con banderines rojos y amarillos ondeando en las cofas.

El galeón entró en la bahía y la tripulación cargó las velas. Las naves auxiliares tendieron líneas y el Estrella Régulo se aproximó al muelle de Miraldra, donde echó amarras.

El rey Aillas esperaba en el muelle, junto con veinte nobles del reino y sus damas. Se elevó una pasarela hasta la cubierta del galeón, donde se vislumbraba el movimiento de un espléndido cortejo. Lacayos con librea tendieron una alfombra rosa desde el muelle y la pasarela hasta tres sillas ceremoniales, donde el rey Aillas aguardaba con el príncipe Dhrun a la derecha y la princesa Glyneth a la izquierda[6].

En la cubierta del Estrella Régulo, un imponente caballero se adelantó: el rey Casmir. Se detuvo ante la pasarela para esperar a una dama de nobles proporciones, con el cabello rubio rizado sobre las orejas y cubierto de perlas blancas: la reina Sollace. Sin mirar a los lados, ambos bajaron por la pasarela.

Aillas se les acercó observando el sombrero de Casmir: tubular, de terciopelo negro, sin copa ni alas. Una medalla de plata con forma de pájaro adornaba la parte delantera del sombrero; al costado llevaba un par de penachos, azul y verde.

Detrás de la reina Sollace venían el príncipe Cassander y la princesa Madouc. Cassander, un corpulento joven de quince años, lucía una gorra verde sobre sus rizos color bronce. Era digno hijo de su padre y ya había adoptado ciertas afectaciones regias. Movía los ojos azules y redondos con aire vagamente amenazador, como para disuadir a los demás de faltarle al respeto.

En cambio, la princesa Madouc, una muchacha de piernas largas y aire travieso con rizos bermejos, no se preocupaba por la dignidad ni la aprobación de los demás; tras echar una ojeada, se olvidó de todos ellos y bajó por la pasarela brincando como un gatito. Llevaba un vestido largo de terciopelo naranja, ceñido a la cintura con un sayo negro; el pelo, cuyo color era parecido al del vestido, le colgaba en rizos sueltos. La mente de Madouc era tan activa como su conducta; su carucha de nariz chata delataba cada cambio de ánimo. Aillas, que conocía sus antecedentes, la contempló divertido. Los rumores acerca de la precocidad y exuberancia de Madouc no habían sido exagerados.

El rey Casmir, ofreciendo el brazo a la reina Sollace al pie de la pasarela, dirigió a Madouc una fría mirada de admonición, luego se volvió hacia el rey Aillas.

Media docena de nobles de Lyonesse, en estricto orden de rango, desfilaron por la pasarela con sus damas, para ser anunciados con el apropiado énfasis por el maestro de protocolo de Miraldra.

---

6 Una disposición reñida con los dictados de la etiqueta más rigurosa, pues el título de princesa otorgado por el rey Adías a Glyneth era sólo honorífico. Adías, en parte por frivolidad y en parte por motivos más oscuros, desoyó esta vez al maestro de protocolo. Glyneth, con cierta timidez, llevaba la diadema de princesa real sabiendo que era blanco de los comentarios, pero pronto empezó a disfrutar del momento.

Las últimas en bajar de la nave fueron un par de doncellas de la reina y un sacerdote cristiano, el padre Umphred, una figura corpulenta bajo una sotana color ciruela.

Después del recibimiento formal, Casmir y Sollace fueron acompañados hasta sus aposentos, donde podrían descansar y refrescarse después de las incomodidades de la travesía.

Más tarde, el rey Aillas presidió una cena informal; el banquete ceremonial se celebraría al día siguiente. Aillas y Casmir comieron y bebieron con austeridad, y ambos se levantaron sobrios de la mesa. Se dirigieron a una sala privada donde, sentados ante el fuego, saborearon un denso y áureo Olorosa mientras conversaban sobre asuntos de mutuo interés. Ninguno de los dos, sin embargo, mencionó la nave que se construía en Caduz por orden de Casmir.

Casmir aludió de pasada a las fortificaciones de Kaul Bocach, el desfiladero por donde circulaba la carretera que comunicaba Lyonesse con Ulflandia del Sur.

-Aun sin fortificaciones, veinte hombres decididos pueden cerrar el paso a un ejército. Pero me cuentan que ahora hay una fortaleza tras otra, que cada acceso está protegido por trampas, murallas y barbacanas, de modo que el lugar resulta mucho más inexpugnable. Lo mismo ocurre con Tintzin Fyral, donde ahora Cerro Tac está coronado por un fuerte tan inaccesible como Tintzin Fyral. No entiendo estos febriles preparativos, pues nosotros hemos confirmado tratados que hacen prescindibles tales obras.

-Tu información es correcta -admitió Aillas-. Las fortificaciones han aumentado, y es cierto que impiden una invasión desde Lyonesse. Pero ¿no comprendes el razonamiento? Tú no eres inmortal. ¡Imagina que un monarca cruel, traicionero y ambicioso llegara a gobernar Lyonesse! Supongamos que este monarca, por razones que desconocemos, decidiera atacar Ulflandia. Pues bien, estamos preparados para hacerle frente, y si está en su sano juicio será disuadido.

Casmir sonrió sombríamente.

-Acepto que tal idea tiene un fundamento teórico, pero ¿no es algo rebuscada en la práctica?

-Eso espero -dijo Aillas-. ¿Quieres que te sirva más vino? Lo producen en mi propia finca.

-Gracias. Es en verdad excelente. En Haidion los vinos de Troicinet no son tan conocidos como merecerían serlo.

-Esa carencia es fácil de solucionar, me encargaré de ello.

Casmir alzó reflexivamente la copa, agitó el vino y observó las ondas doradas.

-Resulta difícil recordar los duros tiempos de antaño, cuando reinaba un conflicto entre nuestros pueblos.

-Todo cambia -comentó Aillas.

-¡Exactamente! Nuestro tratado, firmado en el calor de emociones turbulentas, estipulaba que Lyonesse no debía construir naves de guerra, a partir de supuestos ya anticuados. Ahora que se ha consolidado nuestra amistad...

-¡En efecto! -declaró Aillas-. ¡El actual equilibrio ha cumplido su propósito! Alienta la paz en todas las Islas Elder. Este equilibrio y esta paz son imprescindibles para nosotros y configuran el fundamento de nuestra política exterior.

-¿De veras? -El rey Casmir frunció el ceño-. ¿Y cómo puedes llevar a cabo una política de tales alcances?

-El principio es muy simple. No podemos permitir que Lyonesse ni Dahaut obtengan la supremacía uno sobre el otro, pues nuestra propia seguridad peligraría. Si el rey Audry atacara Lyonesse y por algún milagro lograra el éxito, deberíamos intervenir a favor de Lyonesse hasta que se restaurara el equilibrio, y viceversa.

Casmir rió en voz baja, vació la copa y la colocó sobre la mesa.

-Ojalá yo pudiera definir mis objetivos con tanta precisión. Dependen de elementos tan inefables como la justicia, la rectificación de viejas equivocaciones y el impulso de la historia.

Aillas sirvió vino en la copa de Casmir.

-No envidio tu laberinto de incertidumbres. Pero no debes tener dudas en lo que atañe a Troicinet. Si Lyonesse o Dahaut se fortalecieran tanto que uno amenazara al otro, nosotros respaldaríamos al más débil. De hecho, ahora cuentas con la protección de una fuerte flota sin que tengas que incurrir en ninguno de los gastos.

El rey Casmir se puso en pie.

-El viaje me ha fatigado -dijo parcamente- te deseo buenas noches.

-Espero que descanses bien -se despidió Aillas, levantándose.

Ambos fueron a la sala donde la reina Sollace conversaba en compañía de damas de ambas cortes. El rey Casmir se acercó a la puerta e hizo una rígida seña a los ocupantes de la sala. La reina Sollace se puso en pie, se despidió de las damas y ambos fueron escoltados hasta sus aposentos por lacayos con antorchas.

Aillas regresó a su sala por la galería grande. Un hombre corpulento con una sotana color ciruela surgió de las sombras.

-¡Rey Aillas! ¡Un momento de tu tiempo, por favor!

Aillas se detuvo y estudió la cara rubicunda del padre Umphred, como se hacía llamar ahora. Aillas no fingió cordialidad.

-¿Qué quieres?

Umphred rió.

-Ante todo, me gustaría renovar nuestros viejos lazos.

Aillas, disgustado, retrocedió un paso. Umphred continuó sin inmutarse.

-Como sabes, he logrado llevar la Buena Nueva a la ciudad de Lyonesse. Es casi seguro que el rey Casmir patrocinará la construcción de una hermosa catedral, para glorificar el nombre de Dios en el seno de su dichosa ciudad. Si ello ocurre, es posible que yo llegue a llevar la mitra.

-No es asunto mío -dijo Aillas-. A ser sinceros, me sorprende que te atrevas a mostrar la cara en mi presencia.

Con una sonrisa jovial y un ademán afectado, el padre Umphred borró todo vestigio de rencor que pudiera haber existido entre ambos.

-¡Traigo a Troicinet el jubiloso mensaje de los Evangelios! La pompa pagana aún predomina en Troicinet, Dascinet y Ulflandia del Sur. ¡Por las noches rezo para encaminar al rey Aillas y su pueblo hacia la gloria de la fe verdadera!

-No tengo tiempo ni interés para tales asuntos -replicó Aillas-. Mi pueblo puede creer o descreer de lo que le venga en gana; así están las cosas.

Iba a marcharse cuando el padre Umphred le apoyó una mano blanca y suave en el brazo.

-¡Espera!

Aillas dio media vuelta.

-¿Qué?

El padre Umphred sonrió con ternura.

-Rezo por tu salvación personal, y también para que alientes, como el rey Casmir, la construcción de una catedral en Domreis para propagar mejor la Verdad de Dios. Y, si lo deseas, para que rivalice en esplendor con la catedral de Lyonesse. ¡Yo podría aspirar al arzobispado!

-No patrocinaré una iglesia cristiana, ni en Domreis ni en ninguna otra ciudad.

Umphred frunció los labios reflexivamente.

-Ahora piensas así, pero quizá cambies de parecer.

-No lo creo.

Aillas se volvió de nuevo, y otra vez el padre Umphred lo detuvo.

-Es un gran placer verte de nuevo, aunque mi mente evoca con tristeza las desdichadas circunstancias en que nos conocimos. Hasta hoy el rey Casmir no ha averiguado tu identidad. Estoy seguro de que no deseas que la conozca, pues de lo contrario tú mismo se la habrías revelado. ¿Estoy en lo cierto?

El padre Umphred, retrocediendo, estudió a Aillas con afable interés. Aillas reflexionó un instante.

-Ven conmigo -indicó al fin con voz neutra.

Poco después, Aillas se detuvo ante un lacayo uniformado.

-Di a Hassifa el Moro que se reúna conmigo en la salita. -Aillas le hizo una seña a Umphred-. Ven.

Sonriendo con menos aplomo, Umphred lo siguió. Aillas lo condujo a la salita, cerró la puerta y se plantó ante el fuego contemplando las llamas en silencio.

El padre Umphred intentó mostrarse cordial.

-¡No cabe duda de que tu actual condición supera en mucho la de antaño! Pobre y pequeña Suldrun, tuvo un triste final. El mundo es un valle de lágrimas, y se nos manda aquí para que nuestras tribulaciones nos purifiquen para los tiempos de júbilo por venir.

Aillas guardó silencio. Alentado por lo que consideró la profunda preocupación de Aillas, Umphred continuó:

-Mi esperanza más entrañable es encaminar al rey de Troicinet y su noble pueblo hacia la salvación, y una imponente catedral haría cantar a los ángeles mismos. Y,

naturalmente, ya que tal parece ser tu voluntad, tu vieja identidad permanecería tan a salvo como un secreto de confesión.

Aillas le clavó los ojos un instante y siguió cavilando ante las llamas.

Se abrió la puerta. Yane, aún disfrazado de Hassifa el Moro, entró en silencio. Aillas se irguió y dio media vuelta.

-¡Ah, Hassifa! Deseaba preguntarte si eres cristiano.

-En absoluto.

-Bien: eso simplifica las cosas. Observa a este individuo y dime qué ves.

-Un cura, gordo, blanco y escurridizo como un castor, y sin duda de lengua engañosa. Ha llegado hoy desde Lyonesse.

-En efecto. Quiero que lo examines atentamente, para que nunca lo confundas con ningún otro.

-Majestad, podría taparse la cara con la capucha, hacerse llamar Belcebú y ocultarse en la más profunda catacumba de Roma, y aun así lo reconocería.

-¡Esto te resultará asombroso! Afirma que me conoce desde hace tiempo.

Hassifa examinó a Umphred con asombro.

-¿Qué motivos lo impulsan?

-Quiere que le construya una bella iglesia en Domreis. Si rehúso, amenaza con delatar mi identidad al rey Casmir.

Hassifa escrutó de nuevo a Umphred.

-¿Acaso delira? El rey Casmir ya conoce tu identidad. Eres Aillas de Troicinet.

Umphred empezó a alarmarse ante el tono de la conversación. Se relamió los labios.

-Sí, sí, desde luego. ¡Era una simple broma entre viejos amigos!

-¡Insiste en su afirmación! -le dijo Aillas a Hassifa-. Empieza a fastidiarme. Si no estuviera aquí como huésped, lo encerraría en una mazmorra. Y quizá lo haga, a pesar de todo.

-¡No empañes tu hospitalidad por su culpa! -aconsejó Hassifa-. Espera a que regrese a Lyonesse. Puedo hacerlo degollar a cualquier hora del día o de la noche, con un cuchillo afilado o uno romo.

-Sería mejor llevarlo ante Casmir al instante y oír lo que tiene que decir -reflexionó Aillas-. Entonces, si cuenta alguna historia maliciosa...

-¡Esperad! -gritó el desesperado Umphred-. ¡Ahora comprendo mi error! ¡Yo estaba equivocado! ¡Nunca te había visto en mi vida!

-Temo que aún pueda decir algún disparate que afecte tu dignidad -le dijo Hassifa a Aillas-. Deja que al menos le corte la lengua. Cauterizaremos la herida con un atizador caliente.

-¡No, no! -exclamó el azorado Umphred-. ¡No diré nada a nadie! ¡Mis labios están sellados! Conozco mil secretos, y están a buen recaudo.

-Dado que es un huésped -observó Aillas-, dejaré las cosas tal como están. Pero si alguna vez oigo un rumor acerca de esta locura...

-¡No tienes que amenazarme! -declaró Umphred-. He cometido un triste error, que jamás se repetirá.

-Me alegra oírlo -declaró Aillas-. Especialmente por ti. Recuerda que la persona con quien me confundiste tiene razones para vengarse de ti.

-El episodio está olvidado -dijo Umphred-. Por favor, excúsame. Estoy fatigado y aún debo celebrar mis devociones. -Lárgate.

7

Desde la galería principal de Miraldra, un portal daba al gran salón. A ambos lados de la entrada se erguían unas heroicas estatuas de mármol, ambas traídas cinco siglo atrás desde el Mediterráneo. Las estatuas representaban a guerreros de la antigua Hélade, desnudos salvo por los yelmos, empuñando espadas cortas y escudos en actitud de ataque.

El rey Casmir y la reina Sollace tras desayunar en sus aposentos, pasearon por la galería, deteniéndose de vez en cuando para examinar los objetos artesanales que los reyes de Troicinet habían acumulado con los años.

Junto a una de las estatuas de mármol, había un lacayo con la librea de Miraldra, armado con una alabarda ceremonial. Cuando el rey Casmir y la reina Sollace se detuvieron para examinar las figuras heroicas, el lacayo hizo una seña al rey Casmir, quien volvió la cabeza e identificó a la persona a quien él conocía como Valdez.

El rey Casmir miró en ambas direcciones, luego se apartó de la reina y se acercó al lacayo.

-¡De manera que éste es tu puesto de observación! -murmuró-. ¡Me tenía intrigado!

-Hoy no me verías aquí si no me urgiera hablar contigo. Ya no volveré a la ciudad de Lyonesse. Mis movimientos están despertando las sospechas de los pescadores.

-¿Y qué harás? -jadeó el rey Casmir.

-Viviré tranquilamente en el campo.

El rey Casmir, fingiendo que estudiaba la estatua, reflexionó un instante.

-Debes venir a Lyonesse una vez más, para que pueda recompensar adecuadamente tus servicios. Quizá podamos idear un nuevo sistema que te brinde ganancias sin exponerte a riesgos.

-Creo que no -respondió Valdez en tono seco-. Aun así, si alguien menciona mi nombre en Haidion, préstale atención: te llevará noticias... Alguien viene.

El rey Casmir se acercó a la reina y ambos siguieron paseando por la galería.

-¿Por qué frunces el ceño? -preguntó Sollace al cabo de un momento.

El rey Casmir rió forzadamente.

-¡Tal vez envidio al rey Aillas sus bellas estatuas! Deberíamos poner algo similar en Haidion.

-Preferiría reliquias auténticas para mi iglesia -murmuró la reina Sollace.

El rey Casmir, sumido en sus pensamientos, dijo distraídamente:

-Sí, sí, querida, lo que tú quieras.

Lo cierto era que las circunstancias no eran del agrado del rey Casmir. Cuando los espías dejaban de trabajar para él, prefería concluir esa relación de un modo definitivo, para que nunca pudieran vender sus servicios a otros postores, y tal vez emplear sus conocimientos para perjudicarlo... Poco a poco volvió a oír la voz de la reina:

-... y el padre Umphred me asegura que debemos comprar antes que haya más demanda. Él sabe de tres astillas genuinas de la Santa Cruz, que en este momento se podrían adquirir a cien coronas la pieza. Se sabe que el Santo Grial está en alguna parte de las Islas Elder, y el padre Umphred ha tenido la oportunidad de comprar mapas que señalan con exactitud...

-Mujer -exclamó Casmir-, ¿de qué estás hablando?

-¡De las reliquias para la catedral, por supuesto!

-¿Cómo puedes hablar de reliquias cuando la catedral misma no es más que un proyecto?

-El padre Umphred -respondió altivamente la reina- declara que con el tiempo Nuestro Señor te conducirá a la gracia.

-Ja. Si el Señor necesita tanto esa catedral, que la construya él mismo.

-¡Rezaré por ello!

Media hora después el rey Casmir y la reina Sollace pasaron de nuevo ante las estatuas, pero Valdez ya no estaba allí.

IV

1

El Estrella Régulo se apartó del muelle y, orientando las vergas en el viento del puerto, se hizo a la mar alejándose de Miraldra. El rey Casmir subió a la cubierta de popa y se situó junto al coronamiento. Alzó el brazo para saludar a los nobles que había en el muelle; su expresión, plácida y benigna, trasuntaba sólo satisfacción por su visita.

El galeón salió de la bahía meciéndose en el oleaje que venía del oeste. Casmir bajó por la escalerilla y se retiró al camarote principal. Se retrepó en el sillón y, mirando por las ventanas de popa, caviló sobre los acontecimientos de los últimos días.

Según las apariencias, la visita había cumplido con todos los preceptos de la etiqueta cortesana. Aun así, a pesar del intercambio de cumplidos, reinaba un sombrío aire de enfrentamiento entre los dos reyes.

Los alcances de esa mutua antipatía intrigaban al rey Casmir. ¿Cuál era su origen? Casmir tenía buena memoria para las caras; estaba casi seguro de que había conocido al rey Aillas en circunstancias menos favorables. Muchos años antes, Granice, entonces rey de Troicinet, había visitado Haidion. En el cortejo figuraba Aillas, entonces un oscuro y pequeño príncipe que ni siquiera figuraba en la línea de la sucesión real. Casmir apenas había reparado en él. ¿Podría ese niño haber creado una impresión tan duradera? Era improbable. Casmir era un hombre práctico que no derrochaba emociones en causas triviales.

El misterio preocupaba a Casmir, pues sospechaba que había un suceso significativo que él desconocía. El rostro de Aillas flotaba en su memoria, siempre contraído en una expresión de frío odio, pero Casmir no atinaba a entrever la razón. ¿Un sueño? ¿Un hechizo mágico? ¿O simple antipatía entre gobernantes de estados rivales?

El problema obsesionó a Casmir hasta que decidió olvidarlo, pero aun así no recobró la paz de espíritu. En todas partes se alzaban obstáculos que frustraban sus ambiciones. A la postre, pensó Casmir, destruiría esas barreras de un modo u otro, pero entretanto lo impacientaban y turbaban su existencia.

Mientras el rey Casmir tamborileaba con los dedos sobre los brazos del sillón y reflexionaba sobre la situación, un problema de cinco años atrás afloró en su mente. Se trataba del augurio pronunciado por Persilian, el Espejo Mágico, sin que nadie se lo pidiera: una ocasión singular. Persilian, sin que lo interrogaran, había entonado el jadeante y rítmico fragmento de una canción. Casmir recordaba sólo el sentido de las palabras, algo parecido a: «¡Casmir, Casmir! Tu hija es Suldrun la Bella, y está condenada. Su primogénito se sentará, antes de morir, en Cairbra an Meadhan, mas tú no te sentarás allí ni en Evandig antes[7] que el.”

-Pero ¿me sentaré en esos sitios después? -había preguntado el consternado Casmir.

Persilian no añadió más. El espejo, con malicia casi palpable, reflejaba sólo el distorsionado rostro de Casmir, congestionado de angustia.

7 Véase Glosario III.

Casmir había meditado mucho tiempo sobre el vaticinio, especialmente cuando Suldrun murió tras alumbrar una sola heredera de la casa real: la imprevisible e intratable princesa Madouc.

El Estrella Régulo llegó a la ciudad de Lyonesse. El rey Casmir y la familia real desembarcaron y abordaron un carruaje blanco de doble elástico tirado por cuatro unicornios de cuernos dorados. El padre Umphred quiso entrar en el carruaje, pero la feroz mirada del rey lo detuvo. Sonriendo obsequiosamente, Umphred bajó.

El carruaje rodó por el Sfer Act hasta los portales de Haidion, donde el personal de palacio aguardaba para dar un recibimiento formal. El rey Casmir saludó de mala gana y entró en el palacio. Se dirigió a sus aposentos y de inmediato se sumió en sus tareas.

Dos días después, se le acercó Doutain, su maestro halconero. Doutain le entregó una pequeña cápsula.

-Majestad, una paloma ha vuelto al corral oeste con un mensaje.

-¡Recompensa bien a la criatura, con grano y mijo! -exclamó Casmir.

-Ya lo he hecho, majestad -respondió Doutain. -Buen trabajo, Doutain -murmuró el rey Casmir, interesado en el mensaje. Desplegó el papel y leyó:

Alteza:

Lamentablemente me han destinado a Ulflandia del Sur, para un servicio ingrato y molesto. No podré mantenerme en contacto por el momento.

El mensaje estaba firmado con un símbolo cifrado. Casmir refunfuñó y arrojó el mensaje al fuego. Doutain se presentó de nuevo más tarde.

-Una paloma ha llegado al corral este, majestad. -Gracias, Doutain. El mensaje, firmado con otro símbolo, decía:

Alteza:

Por razones que no comprendo, me han enviado a Ulflandia. del Sur, donde mis deberes difícilmente congenien con mi ánimo o mi inclinación. Por tanto, éste será mi último mensaje por ahora.

-¡Bah! -exclamó el rey Casmir, arrojando el mensaje a las llamas. Se desplomó en la silla y se acarició la barba. ¿Era coincidencia que recibiera estos dos mensajes? Improbable, aunque no imposible. ¿Valdez habría traicionado a los dos? Pero Valdez había declarado que ignoraba sus nombres.

Aun así, llamaba la atención que Valdez se hubiera retirado en ese preciso momento. Si podía inducirlo a regresar a Lyonesse, tal vez averiguara la verdad.

Casmir gruñó. Valdez era un zorro demasiado astuto para arriesgarse a semejante visita; aunque el mero hecho de visitarlo sin duda probaría su buena fe.

2

La reina Sollace se había convenido al cristianismo hacía mucho tiempo, y el padre Umphred se cercioraba de que su fervor no declinara. Últimamente estaba obsesionada por el concepto de la santidad. Veinte veces al día se murmuraba a sí misma: «¡Santa Sollace de Lyonesse! ¡Qué bien suena! ¡La Catedral de la Bendita Santa Sollace!» El padre Umphred, cuyas ambiciones no excluían la mitra obispal, y mucho menos el arzobispado de toda la diócesis de Lyonesse, alentaba a Sollace en sus ansias de beatitud.

-¡Querida reina, de los siete actos sagrados, una noble casa de plegarias donde antes no existía ninguna permite a Nuestro Señor el más exaltado refinamiento del júbilo, y su alegría consagra a los responsables! ¡Ah, cuánta gloria nos depara el futuro! ¡Cómo cantarán los coros celestiales al contemplar la catedral que pronto agraciará la ciudad de Lyonesse!

-¡A ello me dedicaré con todas mis fuerzas! -declaró Sollace-. ¿Es cierto que podremos dar mi nombre a la catedral?

-Una autoridad superior debe confirmar esta decisión, pero mi influencia pesará sobre ella. Cuando repiquen las campanas a través de la comarca y los padrenuestros enriquezcan el aire, y el rey Casmir mismo se arrodille ante el altar para recibir mi bendición, ¿quién se negaría a añadir a tu nombre el calificativo de «Sanctissima»?

-¡Sollace Sanctissima! ¡Sí, me agrada! Hoy mismo hablaré al rey sobre ello.

-¡Qué victoria cuando Casmir acepte el Evangelio y se acerque a Jesús! ¡El reino entero lo imitará!

Sollace frunció los labios.

-Veremos, pero vayamos poco a poco. Si realmente llegan a canonizarme, el mundo se regocijará ante la noticia, y el rey quedará impresionado.

-¡Precisamente! ¡Poco a poco!

Esa misma noche, mientras Casmir daba la espalda al fuego, Sollace entró en la cámara. El padre Umphred la seguía, pero se ocultó en las sombras.

La reina Sollace, radiante de esperanza, atravesó la cámara y, tras intercambiar cortesías con el rey, habló sobre la noble catedral, con altas torres y campanas que propagarían el mensaje de la salvación hasta la lejana campiña. En su fervor, no advirtió que Casmir entornaba los redondos ojos azules y apretaba la boca. Sollace describió una magnificencia que deslumbraría a toda la cristiandad: un edificio tan majestuoso y suntuoso que la ciudad de Lyonesse se convertiría en punto de peregrinación.

El rey Casmir dijo al fin con disgusto:

-¿Qué tonterías dices? ¿Ese cura gordo ha vuelto a llenarte la cabeza de insensateces? Siempre se te nota cuando lo has visto. Te contagia su propia expresión, que es la de una oveja moribunda.

-¡Señor -exclamó indignada la reina Sollace-, confundes los transportes del sagrado júbilo con la expresión facial que describes tan crudamente!

-¡No importa! Ese cura conspira y acecha con astuta habilidad. Lo encuentro remoloneando dondequiera que miro. A decir verdad, no me faltan ganas de echarlo de aquí.

-¡Señor, recapacita! ¡La Catedral de Santa Sollace llevaría mi nombre!

-¡Mujer, ten piedad! ¿Te imaginas el precio de semejante edificio? Sería suficiente para que el reino fuera a la bancarrota, mientras ese sacerdote trota de aquí para allá, dichoso de haber burlado al rey y la reina de Lyonesse.

-¡No es así, mi señor! ¡El padre Umphred es conocido y respetado aun en Roma! ¡Su única meta es la propagación del cristianismo!

Casmir se volvió para patear un leño y avivar el fuego.

-He oído hablar de las catedrales: edificios que atesoran riquezas y joyas arrancadas a las gentes, que luego no pueden pagar los impuestos del rey.

-¡Nuestra tierra es rica! -exclamó la reina-. Podría costear tan bella catedral.

-Di al cura que traiga oro de Roma -rió Casmir-, y gastaré una parte en tan bella iglesia.

-Buenas noches, señor -concluyó altivamente Sollace-. Me retiro a mis aposentos.

El rey Casmir asintió y se volvió hacia el fuego, de modo que no vio al padre Umphred marcharse de la habitación.

3

Ante todo, el rey Casmir debía reparar el daño causado a su red de espionaje. Una tarde fue a una cámara del ala vieja de Haidion, en la maciza Torre de los Búhos, encima de la armería. Este cuarto exiguamente amueblado había presenciado muchos juicios crueles y rápidos actos de justicia.

El rey Casmir, sentado ante la mesa de madera desnuda, se sirvió vino de una blanca jarra de madera de haya, vertiéndolo en un blanco pichel de esa misma madera, y esperó con calma pétrea.

Transcurrieron los minutos. El rey Casmir no demostró impaciencia.

En el pasillo se oyeron pasos y voces susurrantes. Oldebor, un funcionario sin título definido[8], atisbo por la puerta.

-Majestad, ¿quieres ver al prisionero?

-Tráelo.

Oldebor entró en el cuarto e hizo una seña. Dos carceleros con delantales de cuero negro y sombreros cónicos del mismo material tiraron de una cadena e hicieron entrar a un prisionero tambaleante: un hombre alto y escuálido de mediana edad, con camisa mugrienta y pantalones raídos. A pesar de su desaliño, el cautivo tenía porte distinguido; en realidad, su postura parecía incongruentemente tranquila, dadas las circunstancias, e incluso algo desdeñosa. Tenía anchos hombros, caderas delgadas, piernas fuertes y largas manos de aristócrata. El cabello, sucio y pegajoso, era una espesa mata negra; tenía los ojos de color castaño claro bajo una frente baja. Anchos pómulos convergían en una mandíbula estrecha; la nariz alta y ganchuda se erguía sobre una barbilla angulosa. La tez, olivácea y cetrina, parecía revelar el curioso tono rojizo de una sangre oscura y enérgica.

Uno de los carceleros, enojado por el aplomo del cautivo, volvió a tirar de la cadena.

---

8 Oldebor gustaba definirse como «subchambelán jefe a cargo de deberes especiales».

-¡Muestra el debido respeto! ¡Estás en presencia del rey!

El prisionero saludó al rey Casmir.

-Buenos días, majestad.

-Buenos días, Torqual -respondió Casmir con voz calma-. ¿Qué te ha parecido tu encierro?

-Sólo tolerable señor, y poco adecuado para los remilgados.

Otra persona entró silenciosamente en el cuarto: un caballero de cierta edad, corpulento, vivaz como un petirrojo, de rasgos armoniosos, pulcro cabello castaño y ojos sagaces.

-Buenos días, majestad -saludó.

-Buenos días, Shalles. ¿Conoces a Torqual?

Shalles inspeccionó al prisionero.

-Jamás he visto a este caballero.

-Esto es una ventaja -dijo el rey Casmir-. Así no te despertará prejuicios emocionales. Carceleros, quitadle las cadenas para que esté cómodo; luego podéis esperar en el pasillo. Oldebor, tú también esperarás fuera.

-¡Majestad -protestó Oldebor-, es un hombre desesperado, sin nada que perder!

El rey Casmir sonrió fríamente.

-Por eso está aquí. Quédate en el pasillo. Shalles sabrá protegerme.

Shalles dirigió una dubitativa mirada al prisionero mientras los carceleros le quitaban las cadenas y salían al pasillo con Oldebor.

El rey Casmir señaló los bancos.

-Sentaos, caballeros. ¿Queréis vino?

Torqual y Shalles aceptaron el vino y se sentaron.

Mirándolos a ambos, Casmir dijo:

-Es evidente que sois hombres distintos. Shalles es el cuarto hijo del honorable caballero Pellent-Overtree, cuyas propiedades incluyen tres granjas de sesenta y tres acres en total. Shalles ha aprendido las delicadezas de la conducta noble mientras adquiría el gusto por la buena comida y la buena bebida, pero hasta ahora no ha encontrado el modo de cumplir sus anhelos. Torqual, sé poco de ti, pero me gustaría saber más. Quizá quieras contarnos tu historia.

-Con mucho gusto -dijo Torqual-. Ante todo, soy miembro de una clase que tal vez incluya a un solo individuo: yo. Mi padre es un duque de Skaghane; mi linaje es más largo que la historia de las Islas Elder. Tengo gustos delicados, como Shalles; siempre elijo de cada casa lo mejor. Aunque soy ska, la mística ska me importa un bledo[9]. He cohabitado libre y frecuentemente con mujeres que mi pueblo considera subhumanas, y he engendrado una docena de híbridos. Por eso me llaman renegado.

9 Véase Glosario II.

»El epíteto es inexacto e inmerecido. No puedo ser desleal a una causa que nunca he abrazado. En realidad, soy absolutamente fiel a la única causa en la que creo, la de mi propio bienestar. ¡Me enorgullezco de esta inquebrantable lealtad!

»Me fui muy pronto de Skaghane, con varias condiciones favorables: el temple, el vigor y la inteligencia típicos de los ska, por derecho de nacimiento; y la pericia en las armas, por lo cual el mérito es sólo mío, pues hay pocos que puedan superarme, en particular con la espada.

»Para mantener un modo de vida caballeresco, y puesto que carecía del deseo de ascender por las jerarquías ska, me convertí en salteador.

Robé y asesiné con los mejores. Sin embargo, hay escasa fortuna en las Ulflandias, y por eso vine a Lyonesse.

Mis planes eran simple e inocentes. En cuanto tuviera oro y plata suficientes para llenar un carromato, sería un barón salteador del Teach tac Teach, donde terminaría mis días en relativo aislamiento.

»Un capricho de la suerte quiso que tus soldados me apresaran. Ahora espero que me destripen y descuarticen, aunque me agradará conversar sobre cualquier otro proyecto que quieras proponerme, majestad.

-¿Tu ejecución está fijada para mañana? -preguntó el rey Casmir.

-Eso tengo entendido.

Casmir asintió y se volvió hacia Shalles.

-¿Qué opinas de este individuo?

Shalles ladeó la cabeza en un gesto de duda.

-Depende del grado en que su autoestima congenie con su fe. Sin duda la palabra «honor» no significa para él lo mismo que para ti o para mí. Confiaría más en él si se le diera una recompensa después de un servicio estipulado. Sin embargo, Torqual podría ser un buen servidor, quizá por mero capricho. No cabe duda de que es sagaz, enérgico, sincero, y parece hombre de recursos, a pesar de su actual situación.

El rey Casmir se volvió hacia Torqual.

-Acabas de oír la opinión de Shalles. ¿Qué dices?

-Es un hombre inteligente. No puedo objetar sus comentarios.

El rey Casmir asintió y sirvió vino en las tres jarras.

-He aquí la situación. El rey Aillas de Troicinet ha extendido su poder a Ulflandia del Sur, donde frustra mis ambiciones. Deseo pues que Ulflandia del Sur resulte imposible de gobernar para los troicinos. Deseo que vosotros dos me ayudéis en ello, de manera individual o, en caso necesario, en equipo. ¿Qué dices, Shalles?

El noble reflexionó.

-¿Puedo ser franco, majestad?

-Naturalmente.

-La tarea es peligrosa. Estoy dispuesto a servirte, al menos por un período, si la recompensa es proporcional al peligro.

-¿Qué tienes en mente?

-El título de caballero y una próspera finca de por lo menos doscientos acres.

-Te tienes en muy alta estima -gruñó el rey Casmir.

-Majestad, mi vida, por aburrida e insípida que parezca a otros, es la única que tengo.

-Muy bien. Acepto. ¿Qué dices tú, Torqual?

Torqual rió.

-Acepto, a pesar del riesgo y de tu desconfianza, sea cual fuere la tarea y la paga.

-En esencia -dijo secamente el rey Casmir-, deseo que vayas a las tierras altas de Ulflandia del Sur y causes disturbios, pero sólo entre las fuerzas que colaboran con los troicinos. Puedes establecer contacto con otros barones de la región y aconsejar desobediencia, insurrección y actos de pillaje similares a los tuyos. ¿Comprendes?

-¡Perfectamente! Acepto tu propuesta con entusiasmo.

-Eso esperaba. En cuanto a ti, Shalles, visitarás, como Torqual, a los barones que creas descontentos, y los asesorarás para coordinar sus esfuerzos. Si es preciso, puedes ofrecer sobornos, aunque éste será un recurso extremo. Trabajarás en estrecha colaboración con Torqual, y te comunicarás conmigo mediante métodos que ya dispondremos.

-Majestad, haré todo lo posible, durante un período que quizá debamos definir ahora, para entendernos mejor.

Casmir tamborileó en la mesa, pero al fin habló con voz serena.

-Depende en gran medida de las circunstancias.

-En efecto, majestad, y por eso deseo establecer un límite máximo para mis servicios. Hay mucho peligro en esta partida donde deseas que juegue. En pocas palabras, no me interesa vagabundear por los caminos hasta que me maten.

-Aja. ¿Qué término sugieres?

-Dado el peligro, un año me parece tiempo suficiente.

-En un año apenas habrás tenido tiempo de conocer la región -gruñó Casmir.

-Señor, pondré todo mi empeño. Recuerda que el rey Aillas enviará sus propios espías. En cuanto me identifiquen, mi utilidad será menor.

-Bien, lo pensaré. Ven a verme mañana por la tarde.

Shalles se puso en pie, hizo una reverencia y partió. Casmir se volvió hacia Torqual.

-Shalles parece demasiado remilgado para estas empresas. Aun así, es ambicioso, lo cual es buena señal. En cuanto a ti, no me hago ilusiones. Eres un criminal, un asesino, un malhechor.

Torqual sonrió.

-También mancillo mujeres. Suelen llorar y extender los brazos cuando me marcho.

El rey Casmir, que era un poco mojigato en estas cuestiones, le dirigió una fría mirada.

-Te proporcionaré las armas, y podrás escoger un pequeño grupo de mercenarios. Si tienes éxito y deseas, como Shalles, una vida de rústica nobleza, también te encontraré una finca adecuada. Así espero ganar tu lealtad. Tienes razones para servirme bien.

-¿Por qué no? -sonrió Torqual-. Los dos somos unos granujas.

Esa observación, a juicio de Casmir, rayaba en la insolencia. Dirigió a Torqual otra fría mirada.

-Volveré a hablar contigo dentro de dos días. Entretanto, seguirás siendo mi huésped.

-Preferiría Haidion en vez del Peinhador.

-Sin duda. ¡Oldebor!

Oldebor entró en el cuarto.

-¿Majestad?

-Lleva a Torqual de vuelta al Peinhador. Permite que se bañe, dale ropa decente, enciérralo en una celda limpia y dale la comida que prefiera... dentro de lo razonable, desde luego.

Los carceleros entraron en el cuarto.

-¿No veremos el color de sus entrañas? ¡Es lo peor de lo peor!

-¡Y para colmo ska! -declaró el otro-. Esperaba empuñar el cuchillo yo mismo.

-En otra ocasión -dijo Casmir-. Torqual realizará una peligrosa misión al servicio del estado.

-Muy bien, majestad. Ven, basura.

Torqual miró fijamente al carcelero.

-¡Ojo, carcelero! Pronto estaré en libertad y al servicio del rey. Podría tener la ocurrencia de buscarte. ¡Entonces veremos quién empuña mejor el cuchillo!

-¡Basta! -exclamó Casmir con impaciencia. Miró a los carceleros, que ahora estaban apaciguados-. Habéis oído las palabras de Torqual. Si estuviera en vuestro lugar, lo trataría con amabilidad.

-Como ordenes, majestad. Ven, Torqual, sólo bromeábamos. Esta noche beberás vino y comerás pollo asado.

El rey Casmir esbozó su sonrisa sombría.

-Oldebor, dentro de dos días veré de nuevo a Torqual.

V

1

Tres días después de la partida del rey Casmir y su cortejo a bordo del Estrella Régulo, Aillas zarpó rumbo a Ulflandia del Sur con una flota de diecisiete naves.

El grupo incluía a Maloof y Pirmence, ambos hirviendo de rencor: Dhrun y Glyneth se quedaron en Dorareis, para recibir una educación de acuerdo con su rango. Ambos aprenderían latín y griego, geografía, ciencias naturales, caligrafía, las matemáticas de Pitágoras, Euclides y Aristarco, así como el nuevo estilo de numeración arábiga. Mediante la lectura de Herodoto, Tácito, Jenofonte, Clavetz de Avallón, Dióscuro de Alejandría, las crónicas de Ys y la Guerra de los godos y los hunos de Khersom, tendrían una visión general de la historia. Aprenderían el nombre de las estrellas, los planetas y las constelaciones, y evaluarían diversas teorías cosmológicas. Dhrun asistiría a una escuela militar, donde aprendería el manejo de las armas y estrategias bélicas. Ambos seguirían cursos sobre las artes cortesanas, que incluían la danza, la declamación, la música y la etiqueta.

Glyneth y Dhrun habrían preferido acompañar a Aillas a Ulflandia del Sur. No así Maloof y Pirmence, quienes habían presentado diversas excusas para que no se los alejara de sus tareas habituales.

Aillas había respondido de este modo a las protestas de Maloof:

-Aprecio tu preocupación por el trabajo que interrumpes, pero tu talento es más necesario en Ulflandia del Sur. Allí servirás mejor a tu rey y tu patria.

-Mis conocimientos son complejos y sofisticados -gruñó Maloof-. Cualquier escribiente puede pesar habichuelas y contar cebollas.

-¡Aún no comprendes los alcances de nuestro proyecto! Necesitaré un inventario de todas las fincas de la región, para conocer su extensión y sus recursos, así como la superficie desocupada, no reclamada, salvaje o en disputa. Dirigirás un equipo de agrimensores, cartógrafos y escribientes para investigar la documentación existente.

-¡Es una tarea monumental! -exclamó el boquiabierto Maloof.

-Claro que ese trabajo no se hará en un día, pero es sólo el comienzo. Espero que establezcas y controles un erario para Ulflandia del Sur. Tercero...

-¿Tercero? -rezongó Maloof-. ¡Acabas de exponerme el trabajo de una vida! Tu confianza en mí me halaga pero es poco realista. Sólo puedo trabajar de día y de noche, no existen otros períodos de tiempo. ¡Entretanto, mi trabajo en Domreis quedará en manos de chapuceros!

-¿Te refieres a tu trabajo con el erario?

Maloof se sonrojó y miró a Aillas de soslayo.

-¡Desde luego!

-He realizado averiguaciones y me he asegurado de dejar tu trabajo, y de nuevo me refiero al erario, en manos capaces. ¡Es hora de cambiar! Un hombre inteligente como tú necesita un desafío para desarrollar todo su potencial, y también para alejarse de las tentaciones. ¡Ulflandia del Sur, con sus intransigentes barones y la amenaza de los ska, presenta cien desafíos!

-¡Pero no sé ni quiero saber nada sobre problemas, conflictos y guerras! ¡Soy un hombre de paz!

-¡También yo! Pero hasta los hombres de paz han de aprender a luchar. El mundo es a menudo brutal, y no todos comparten nuestros ideales. Por tanto, debes estar preparado para defenderte a ti y a tus seres queridos, o resignarte a la esclavitud. .

-¡Prefiero razonar, brindar amables consejos, apaciguar y conceder!

-Como política preliminar y de acercamiento, estas actividades son aconsejables -reconoció Aillas-. Si nos portamos razonablemente, tendremos la conciencia limpia. Así, si la decencia fracasara y nos atacaran los tiranos, podremos cortarles la cabeza con el celo de la rectitud.

-No soy experto en cortar cabezas -protestó Maloof con voz sombría.

-¡No te subestimes, Maloof! Eres tenaz y hábil, aunque estés un poco obeso. Tras un par de ágiles campañas, montarás a caballo y empuñarás el hacha con tanto furor como cualquiera.

-¡Bah! -gruñó Maloof-. No soy el valiente soldado por quien me tomas. No desperdiciaré mi vida en ese páramo.

-Jamás! Podrás aprovechar muy bien tu vida en Ulflandia del Sur, hallaremos un uso para todas tus habilidades: tal vez puedas combatir el espionaje. Quizá te sorprenda saber que he descubierto traidores en los círculos más elevados.

Maloof parpadeó y respondió con voz dócil:

-Majestad, se hará como ordenes.

Pirmence usó una táctica distinta cuando le llegó el turno.

-Majestad, considero esta designación como un honor. Siempre apreciaré esta muestra de tu alta estima. Pero soy un hombre modesto, y debo rechazar tales honores. ¡No, majestad! ¡No me obligues! ¡Mi renuncia es definitiva e irrevocable! Ya he ganado mérito suficiente para una sola vida. Cedo el turno a los jóvenes e impetuosos.

Pirmence hizo una reverencia, y habría dado el asunto por concluido si Aillas no lo hubiera llamado.

-Pirmence, tu abnegación te honra. Sin embargo, te aseguro que en los brezales de Ulflandia del Sur ganaremos honores suficientes para todos.

-¡Me alegra oírlo! -declaró Pirmence-. ¡Pero olvidas mi avanzada edad! Tengo enemigos, sí, pero ya no son crueles caballeros, ogros, godos ni moros, sino los retortijones y los dolores, la falta de vista, el asma, la mala dentadura y la debilidad senil. Conozco íntimamente la calentura, la gota, el reumatismo y la perlesía. A decir verdad, me gustaría regresar al castillo Lutez, descansar entre edredones y aplacar mi rugiente digestión con una dieta de cuajada y gachas.

-Señor Pirmence -dijo serenamente Aillas-, me aflige enterarme de tu decrepitud.

-¡Ay, es un final que nos llega a todos!

-Así parece. De paso, ¿sabes que una persona increíblemente parecida a ti recorre los distritos más indecentes de Domreis? ¿No? ¡Es un peligro para tu reputación! Hace poco, cerca de medianoche, eché un vistazo a la Posada de la Estrella Verde y allí vi a esa persona con un pie en un banco, el otro en una mesa, empuñando una jarra de cerveza y

cantando enérgicas estrofas mientras aferraba con abrazo de hierro a una de las mujerzuelas de la taberna. Tenía unas patillas exactamente iguales a las tuyas, y parecía gozar de una exuberante salud.

-¡Cómo envidio a ese hombre! -murmuró Pirmence-. ¡Me pregunto cuál será su secreto!

-Quizá lo aprendas en Ulflandia del Sur. Considero que tu presencia es indispensable. A fin de cuentas, cuando se quiere cazar una presa importante, se llama al sabueso más viejo. Te confío la empresa de imponer orden entre los barones de los brezales.

Pirmence tosió delicadamente.

-¡No sobreviviría un solo día ventoso en esos eriales!

-¡Al contrario! ¡El clima fresco te sentará bien! «Un ulflandés vive para siempre, a menos que lo corten con acero, se ahogue con su propio peso o caiga borracho en el lodo.» Eso dicen los ulflandeses. ¡Pronto estarás mejor que nunca!

Pirmence agitó la cabeza.

-De veras, no soy tu hombre. Tengo poco tacto con los campesinos y patanes. Aun con la mejor voluntad del mundo, sería un estorbo para nuestra causa.

-Qué extraño -musitó Aillas-. Me han asegurado que últimamente te has convertido en un experto en diplomacia secreta.

Pirmence frunció los labios, se tironeó del bigote y miró hacia arriba.

-¿Cómo? ¡En absoluto! De todos modos, cuando el deber me llama, debo olvidar todo lo demás y lanzarme a la refriega.

-Ésa es la respuesta que esperaba de ti -sonrió Aillas.

Una hora antes de la partida de la flota, Aillas fue hasta el muelle, donde encontró a Shimrod descansando contra una pila de fardos. Aillas se detuvo.

-¿Qué haces aquí?

-Te estaba esperando.

-¿Por qué no te presentaste en Miraldra? Zarpo hacia Ulflandia del Sur con la marea.

-No hay problema. Te acompañaré, si me lo permites.

-¿En la nave? ¿Hasta Ys?

-Eso desearía.

-Desde luego. -Aillas escudriñó a Shimrod-. Intuyo algún misterio. ¿Por qué añoras de pronto esas tierras hostiles?

-La ciudad de Ys no es precisamente una tierra hostil.

-Veo que te niegas a contarme tus proyectos.

-No hay nada que contar. Debo encargarme de unos asuntos en un lugar que no queda lejos de Ys, y durante el viaje gozaré de tu compañía.

-Sube a bordo, pues. Pero debes estar dispuesto a dormir en la sentina.

-Me conformaré con un rincón cualquiera. El camarote del capitán, por ejemplo.

-Me satisface tu ánimo flexible. Veremos qué podemos hacer.

2

Impulsadas por buenos vientos, las naves troicinas cabalgaron sobre aguas soleadas y azules en una grata travesía por el Lir. El segundo día rodearon Cabo Despedida, luego tuvieron tres días de calma y vientos inconstantes, cuando a sólo un par de kilómetros al este se erguían los altos riscos de Kegan, con su barba de blanca espuma.

La flota avanzó poco a poco hacia el norte hasta que al fin el cabo Kellas se perfiló en el horizonte.

Rodeando el cabo, dejando atrás el Templo de Atlante, la flota entró en el estuario del Evander y echó anclas junto a los muelles de la ciudad de Ys.

Las naves se acercaron a los muelles, descargaron tropas y vituallas, subieron a bordo agua dulce y contingentes que regresaban a casa, y se hicieron nuevamente a la mar.

Aillas conferenció con sus comandantes y recibió buenas y malas noticias. Sus normas contra las incursiones, el pillaje y la continuación de las reyertas habían sido obedecidas en general. Algunos barones respaldaban con entusiasmo la imposición de orden público; otros parecían estar al acecho, sin atreverse a cometer actos que podían causarles la ruina: cada uno esperaba que alguien pusiera a prueba el temple del nuevo rey. Esta paz, por frágil y precaria que fuera, constituía una buena noticia.

Por otra parte, los barones no habían cumplido todas las órdenes de Aillas. Pocos de ellos habían desarticulado sus grupos de hombres armados para devolverlos a un trabajo más productivo en el campo, la cantera o el bosque, y así dar a la tierra cierto nivel de prosperidad.

Aillas envió mensajeros a cada castillo y fortaleza, exigiendo que los barones, caballeros, condes, o como quisieran llamarse, se reunieran con él en Stronson, el castillo del caballero Helwig, en el corazón de los brezales.

Aillas cabalgó hacia la conferencia en compañía de Tristano, Maloof, que se mostraba alicaído, y Pirmence, quien manifestaba una airosa arrogancia, junto con una escolta de treinta caballeros y cien hombres armados. El día de la reunión fue bendecido con un tiempo cálido; la comarca olía a brezo, aulaga y helecho, con el aroma elemental de la hierba húmeda.

El grupo, reunido en un prado al lado del castillo Stronson, ofrecía un bello espectáculo de metal reluciente y colores inflamados por el sol. La mayoría de los barones vestían cotas de malla y cascos de metal; sus jubones, túnicas y pantalones eran de vivos colores y telas finas, y muchos llevaban mandiles sin mangas donde lucían bordados sus emblemas personales o el escudo de su linaje. Casi todos habían llevado heraldos que empuñaban altos pendones con escudos de armas.

Treinta y seis de los cuarenta y cinco barones convocados al cónclave se habían presentado. Helwig los llamó y los caballeros se sentaron a una mesa semicircular, cada uno con su heraldo y su pendón detrás. A un lado descansaba la escolta de Aillas. En cambio, los que habían acompañado a los barones hasta Stronson formaban rondas y grupos, y los bandos enemigos se echaban miradas furibundas.

Durante varios minutos, Aillas estudió esas treinta y seis caras más o menos afables. Aunque estaba íntimamente satisfecho con el resultado, no podía permitirse el lujo de ignorar los nueve casos de rebeldía si quería imponer su autoridad. Ésta era una prueba y los barones no le quitaban los ojos de encima mientras él iba a un lado con Tristano y el heraldo de Helwig para examinar la lista de los ausentes.

Aillas se enfrentó a los barones; bien afeitado y con una cuidadosa elegancia, parecía joven e inexperto frente a esos curtidos y desgreñados barones de los brezales; algunos caballeros no se molestaban en disimular su opinión.

Más divertido que irritado, Aillas saludó con amabilidad y manifestó su placer por el agradable día que les había tocado en suerte. Cogió la lista y nombró a los nueve barones ausentes. Al no recibir respuesta, se volvió hacia Tristano.

-Envía un caballero con cinco soldados a la morada de cada uno de estos rebeldes. Que los caballeros manifiesten mi disgusto. Que les anuncien que, puesto que no se han dignado reunirse conmigo en Stronson, o enviar un mensaje de cortés explicación, deberán presentarse en mi campamento de Ys. Que comprendan que quien no comparezca durante esta semana será despojado de sus tierras y reducido al rango de plebeyo, y que todas sus propiedades pasarán a manos del rey. Estos rebeldes también han de saber que, si no se presentan, me ocuparé de castigarlos, y que recibirán su merecido uno por uno. Que los caballeros y las escoltas partan de inmediato.

Aillas se volvió hacia los barones, que ahora le dedicaban una sombría atención.

-Caballeros, como habéis oído, el reino de Ulflandia del Sur ya no es una tierra sin ley. Mis disposiciones de hoy serán breves pero importantes. Primero: ordeno que cada uno de vosotros disuelva su grupo de hombres armados para que esos hombres puedan dedicarse a cultivar el suelo y enriquecer la tierra o se alisten en el ejército del rey. Podéis conservar a vuestros criados domésticos, jardineros y palafreneros, pero ya no necesitaréis guarniciones ni una guardia armada.

»Mediante esta economía y el incremento de vuestra renta, prosperaréis, aun después de pagar al erario las tasas que el señor Maloof os impondrá. Este dinero nos se destinará a ostentaciones ni lujos, sino a la mejora de la tierra. Me propongo reabrir las viejas minas, forjar hierro y construir naves. Por toda Ulflandia del Sur hay ruinas de viejas aldeas que constituyen un lamentable espectáculo; las reconstruiremos para albergar a la población. Todos compartiréis esta nueva prosperidad.

«Para que un ejército ulflandés pueda proteger vuestra tierra, y para que los soldados que veis aquí puedan regresar a Troicinet, Pirmence reclutará un contingente de hombres fuertes y capaces. El ejército ofrecerá posibilidades de progreso a vuestros hijos más jóvenes y vuestros hermanos sin tierras, con ascensos y recompensas basadas en el mérito y no en la cuna. Los soldados que abandonen vuestro servicio personal también pueden alistarse en el ejército ulflandés.

»En un principio formaremos una tropa de mil hombres. Recibirán entrenamiento hasta que sean iguales o superiores a otros ejércitos del mundo, incluidos los ska. Vestirán uniformes adecuados, comerán buena comida, y se les pagará según las normas del ejército troicino. Cuando concluyan sus servicios, recibirán una superficie de tierra libre y cultivable.

»Estos primeros mil soldados constituirán un grupo de élite, y contribuirán al entrenamiento de futuros reclutas. Recibirán una disciplina estricta y aprenderán a

derrotar a los ska, quienes hasta ahora han vagado a su antojo por Ulflandia del Sur, saqueando y tomando esclavos. Esos días pertenecen al pasado.

»He dicho cuanto deseaba decir. Debéis respetar la nueva ley o arrostrar las consecuencias. Si deseáis formular preguntas, o señalarme cuestiones de importancia, aquí estoy. Escucharé con mucho gusto y responderé tan bien como pueda. Para quienes tengan sed, se ha abierto un barril de cerveza.

Los barones se pusieron en pie titubeando y mirando alrededor. Pronto se dispersaron en pequeños círculos y grupos. Uno de los barones, un hombre maduro, alto y macizo, con una ensortijada mata de barba negra, se acercó a Aillas y lo miró fijamente.

-Majestad, ¿me conoces?

Por mera casualidad, Aillas había oído nombrar a ese individuo.

-Eres Hune, de la Casa de los Tres Pinos.

Hune asintió.

-¡Te miro a ti, casi un niño, y me maravillo!

-¿Por qué, señor Hune?

-¡Mírame! Soy la esencia misma del brezal. Uno de mis brazos abarca tus dos piernas. Si bebiéramos de ese barril, yo podría endilgarme cuatro jarras por cada una de las tuyas y aun así permanecer alegre y despejado cuando tú estuvieras roncando sobre la mesa. Puedo atravesar un tablón de roble con una lanza; puedo matar a un toro de una estocada. Conozco cada atajo, cada roca y cada riachuelo de estos brezales. Sé dónde anida la perdiz y en qué lagos se ocultan las truchas. Pero ahora tú llegas de Troicinet y agitas un papel ante nosotros para declararte nuestro rey. Muy bien, si así se hacen estas cosas, pero ¿qué sabes de la vida en los brezales? ¿Has saboreado nuestros crueles días y nuestras amargas noches, o te has arrastrado para degollar a un enemigo que de lo contrario habría acabado contigo? Aun así, hemos de obedecer tus órdenes. ¿No hay algo absurdo en todo este asunto? Lo pregunto con todo respeto.

-Señor Hune, tus sentimientos son tan justos como tu pregunta. Eres sin duda un hombre fuerte, y no quisiera luchar contigo. ¿Quieres competir conmigo en una carrera? El perdedor traerá al ganador sobre sus hombros.

Hune rió y golpeó la mesa.

-No sé correr. ¿Eso enseñarás a tus soldados?

-Correrán, desde luego, aunque no en la batalla. Y en cuanto a la vida en estos brezales, sé más de lo que sospechas. Algún día, si lo deseas, te contaré la historia.

Hune señaló a los barones agrupados.

-¡Oye mis palabras! Si aspiras a detener los conflictos y emboscadas, si deseas impedir los ataques nocturnos... bien, joven rey, te espera una tarea ingrata. -Hune dio media vuelta y alzó el pulgar mientras observaba a través del prado-. ¡Míralos ahora, cada clan por su cuenta! ¡Cada hombre hierve de odio hacia quienes lo han perjudicado a través de los siglos! Y dime, joven rey, ¿para qué hemos de vivir, si no es para cazar y perseguir, para acosar y violar, para abatir alegremente al enemigo? Esta es nuestra vida; es nuestro estilo, y no tenemos otra diversión.

Aillas se reclinó en la silla.

-Es la vida de un animal. ¿No tienes hijos?

-Tengo cuatro varones y cuatro mujeres; dos de los varones ya han muerto, y allá está su asesino. Pronto lo capturaré y lo clavaré en mi puerta, y cenaré mientras él agoniza.

Aillas se puso en pie.

-Señor Hune, me has causado buena impresión, y si cometes ese delito lamentaré colgarte. Preferiría usar tu fuerza y la de tus hijos en mi ejército.

-¿Me colgarías? ¿Y qué harás con Dostoy, que mató a mis hijos con sus negras flechas?

-¿Y cuándo lo hizo?

-El verano pasado, antes del celo de los animales.

-Y antes de que yo impartiera mis órdenes. Heraldo, pide al grupo que vuelva a prestar atención.

Aillas se dirigió de nuevo a los barones, apoyándose en la empuñadura de la espada.

-Acabo de hablar con Hune, quien ha presentado una queja contra el señor Dostoy.

Entre los barones se oyó una risotada y una exclamación:

-¿Cómo se atreve ese desalmado a quejarse, cuando su mano está manchada de sangre inocente?

-Las muertes deben cesar en un momento concreto, y ya he definido este momento. Lo haré una vez más, en términos que todos podréis comprender. Quien asesine, quien mate, salvo en defensa propia, será ejecutado. Traeré la ley a Ulflandia del Sur, y cuanto antes comprendáis que hablo en serio, más fácil resultará para todos nosotros. Necesito soldados en mi ejército; no quiero que se maten entre ellos y tampoco quiero perder el tiempo ahorcando a todos los barones de los brezales. ¡Aun así, haré lo que considere correcto! Ahora, regresad a vuestros hogares y reflexionad sobre mis palabras.

3

Aillas regresó a Ys y buscó a Shimrod en el campamento, pero fue en vano. Envió un edecán a las tabernas del puerto, pero Shimrod no apareció por ninguna parte, lo cual incomodó a Aillas. Varios problemas le preocupaban. Primero, tenía la esperanza de que Shimrod le suministrara algún recurso mágico, un hechizo de mansedumbre temporal, para hacer frente a los barones como Hune, o para que sus armas se encogieran y ablandaran y las flechas no dieran en el blanco. Aillas consideraba que tal ayuda no atentaría contra el edicto de Murgen[10], pues se justificaba por principios humanitarios.

Aillas también contaba con la presencia de Shimrod durante una reunión con los hombres más importantes de Ys, impuesta por los acontecimientos. Si Shimrod se dedicaba a sus asuntos, Aillas quedaba entregado a su suerte y tendría que enfrentarse solo a esos crípticos oligarcas.

10 El edicto de Murgen prohibía a los magos tomar partido en conflictos seculares. Con pequeñas excepciones, los magos obedecían la norma con gusto.

Primero debía identificar a las autoridades responsables, lo cual no sería fácil. Tras reflexionar, Aillas decidió que Pirmence era el hombre idóneo para la tarea, y lo envió para que dispusiera la conferencia.

Pirmence presentó su informe a Aillas esa misma tarde.

-¡Inaudito y extravagante! -respondió Pirmence cuando Aillas le preguntó cómo había ido el día-. ¡Estas gentes son escurridizas como anguilas! ¡No me extrañaría que descendieran de los cretenses minoicos!

-¿Por qué lo dices?

-No tengo pruebas claras -dijo Pirmence-. Es una cuestión de intuición. Estas gentes de Ys se mueven en ese ambiente de inocencia y misterio que constituye un atributo de los minoicos. Hoy me han desconcertado en extremo. Pregunté en todas partes por sus gobernantes, o un consejo de ancianos, o incluso un grupo influyente, pero sólo recibí sonrisas elusivas y miradas inexpresivas por toda respuesta. La gente frunce el ceño, reflexiona, agita la cabeza y mira hacia todas partes, y al final niega que exista tal autoridad. Sospecho que se ríen en cuanto les doy la espalda, pero si doy media vuelta para sorprender la insolencia ya han vuelto a sus ocupaciones, y eso resulta aún más ofensivo: los aburro tanto que ni siquiera se ríen.

»Al fin descubrí a un anciano que tomaba el sol en un banco. Cuando lo interrogué, al menos se dignó hacerme una aclaración.

»Por lo visto, Ys está gobernada por consenso tácito. La tradición y la conveniencia reemplazan la ley coercitiva; el concepto de autoridad centralizada resulta repulsivo y ridículo en Ys. Pregunté al anciano quién tenía autoridad para representar a la ciudad ante el rey Aillas a fin de hablar sobre un asunto de importancia. Se encogió de hombros y respondió: "No sé de ningún asunto importante, y no hay nada que tratar."

»En ese momento se acercó una amable dama. Ayudó al caballero a levantarse y ambos se marcharon juntos. Por el modo solícito en que ella lo trataba, deduje que el anciano sufría una forma avanzada de demencia senil, de modo que quizá su análisis no sea del todo exacto.

Pirmence hizo una pausa para acariciarse la pulcra barba. Aillas consideró que la decisión de aprovechar el tortuoso talento de Pirmence en vez en enviarlo a la horca había resultado fructífera.

-¿Qué más? -preguntó.

Pirmence continuó con su informe.

-Me negué a dejarme desalentar por las evasivas, las divagaciones o los delirios de un loco, si tales eran. Me dije que la ley natural operaba en Ys de forma tan rigurosa como en cualquier otra parte y que, inevitablemente, los hombres más influyentes debían de vivir en los más antiguos y más bellos palacios. Visité varios e informé a los agentes residentes que, puesto que en Ys todos negaban la existencia de un consejo de gobierno, yo designaría tal organismo, del cual estos caballeros serían miembros plenos. Además les notifiqué que se les exigía reunirse contigo mañana por la mañana.

-¡Sagaz e ingenioso! ¡Bien hecho, Pirmence! ¿No sería una gran broma que llegaras a serme indispensable?

Pirmence movió la cabeza en un gesto amargo.

-He dejado atrás la fase de mi crecimiento intelectual en la que descubría humor en lo estrafalario. Lo que existe es real; por tanto es trágico, pues lo que vive ha de morir. Sólo las fantasías, los vapores exhalados por el simple disparate, me hacen reír ahora.

-Ah, Pirmence, no comprendo tu filosofía.

-Tal como yo tampoco comprendo la tuya -replicó Pirmence con gracia cortesana.

A la mañana siguiente seis hombres bajaron de la ciudad y se dirigieron al pabellón de seda azul donde Aillas esperaba en compañía de Maloof y Pirmence. Los hombres se parecían mucho entre sí: constitución delgada, tez pálida, rasgos delicados, ojos negros y cabello oscuro y corto, ceñido con cintas doradas. Vestían con modestia -túnicas de lino blanco y sandalias- y ninguno llevaba armas.

Aillas les salió al encuentro.

-Caballeros, me complace daros la bienvenida. Sentaos. Éstos son mis ayudantes Maloof y Pirmence, ambos hombres cultos y expertos, totalmente dedicados a nuestras metas comunes. ¿Os apetece tomar algo?

Sin esperar respuesta, Aillas hizo una seña a sus criados, quienes sirvieron copas de vino. Los señores de Ys no bebieron.

-Hoy nos ocupa un asunto de considerable importancia -empezó Aillas-. Espero que podamos abordarlo con eficacia y determinación.

»Se trata de lo siguiente: por culpa de gobernantes débiles, ataques ska y desmoralización general, Ulflandia del Sur se ha convertido en un páramo, excepto el valle Evander. Me propongo restaurar la ley y el orden, derrotar a los ska y con el tiempo devolver a Ulflandia del Sur su antigua prosperidad. Al perseguir estos propósitos, no puedo depender por mucho tiempo de la sangre y el oro de Troicinet: los recursos deben proceder de Ulflandia del Sur.

»Mi primera preocupación es formar un ejército para imponer la ley y rechazar a los ska. En este sentido, nadie está exento del servicio. Éste es el tema que hoy nos ocupa.

Los señores se pusieron en pie, hicieron una reverencia y se dispusieron a partir.

-¡Esperad! -exclamó Aillas-. ¿Adonde vais?

-¿No has terminado? -preguntó uno de los señores-. Dijiste que serías breve.

-¡No tan breve! También dije que debíamos tomar decisiones. ¿Actuarás como portavoz, o cada cual manifestará su opinión tal como la ocasión lo requiere?

Aillas examinó una cara tras otra, pero sólo descubrió indiferencia.

-No estoy acostumbrado a tanto recato -suspiró Aillas-. Tú, señor, ¿cómo te llamas?

-Me llaman Hydelos.

-Desde ahora serás el honorable Hydelos, presidente del consejo. Vosotros seis, desde luego, formáis el consejo. Tú, ¿cuál es tu nombre?

-A mí también me llaman Hydelos.

-¿Sí? ¿Y cómo te distinguen del otro Hydelos?

-Por nuestros nombres íntimos.

-Pues bien, ¿cuál es tu nombre íntimo? Debemos ser prácticos.

-Es Olave.

-Olave, te designo inspector del alistamiento militar. Los dos caballeros que tienes al lado serán tus ayudantes. Reclutarás gente para el ejército ulflandés a lo largo y a lo ancho de Valle Evander. Maloof, anota sus nombres, el íntimo y el otro. Señor, ¿cómo te llaman?

-Soy Eukanor.

-Eukanor, ahora eres recaudador de impuestos de Valle Evander. El caballero que tienes a la izquierda te ayudará. Maloof, anota sus nombres. Hydelos, espero que nuestra rapidez te complazca. Tu primer deber será la supervisión, no es preciso que en este momento te describa los detalles; también actuarás como enlace entre los demás miembros de este consejo y yo, o mi representante. Debes presentar un informe diario.

-Señor -dijo gentilmente Hydelos-, tus exigencias son imposibles y no se pueden llevar a cabo.

Aillas rió.

-Hydelos, te pido que hagas frente a los hechos, aunque te disguste. Debéis alterar vuestro estilo de vida, al menos hasta que Ulflandia del Sur se haya recuperado. No tenéis opción y no oiré discusiones. Si vosotros seis no colaboráis conmigo, deberé exiliaros a la Isla de Terns y buscar a otras seis personas de Ys, hasta que haya encontrado la colaboración adecuada o hasta que toda la población de Ys esté desterrada en los desolados peñascos de la isla.

«Mis requisitos, en el contexto actual, no son opresivos y resultan fáciles de cumplir. Soy vuestro rey, y éstas son mis órdenes.

Hydelos habló con reprimida petulancia:

-Hemos existido muchos años sin rey, ejército ni impuestos; los ska nunca nos han amenazado, ni los barones nos ponen en peligro. ¿Por qué deberíamos apresurarnos a obedecer a un invasor troicino?

-Tolerasteis a Faude Carfilhiot en Tintzin Fyral; ignorasteis los pillajes de los ska; conseguisteis vuestra paz con el dolor de otros. Esa época despreocupada ha concluido, y debéis compartir el precio de la justicia. Caballeros, escoged al instante: no discutiré más.

-No es preciso -dijo suavemente Hydelos-. Nos has convencido.

-Muy bien. Maloof os dará los detalles de lo que debe hacerse.

Aillas se levantó, saludó a los consternados señores y dio media vuelta. Se paró en seco al ver una figura alta que se acercaba por el campamento. Finalizada la conferencia, resueltos los problemas, Shimrod había decidido regresar al fin.

VI

1

En el pasado, poco después de instalarse en su morada de Trilda, en el Bosque de Tantrevalles, Shimrod había tenido una serie de sueños perturbadores. Lo acuciaban una noche tras otra, con una concatenación que fascinaba a Shimrod, a pesar de que la marcha de los acontecimientos sugería que el desenlace sería fatídico, tal vez trágico.

Los sueños eran extraordinarios por diversas razones. La ambientación, una playa blanca con el mar a un lado y una villa blanca al otro, nunca cambiaba. No había elementos oníricos ni grotescos; lo más sorprendente era la seductora belleza de una mujer, única persona que aparecía en el sueño además de Shimrod.

En el primero de la serie, Shimrod se encontraba de pie junto a la balaustrada, frente a la villa. La luz del sol era tibia, el rumor del oleaje llegaba con lánguida regularidad. Shimrod esperaba con ansiedad. Al rato, una mujer de pelo oscuro y estatura mediana, esbelta, casi etérea, se acercaba por la playa. Caminaba descalza y llevaban una túnica blanca, larga hasta las rodillas y sin mangas. Se acercaba sin prisa, y pasaba de largo tras dirigir a Shimrod una sola mirada. El asombrado y anhelante Shimrod la seguía con los ojos.

El sueño se desvaneció y fue adondequiera que vayan los sueños en cuanto terminan. Shimrod despertó y se quedó escrutando la oscuridad.

El sueño volvió a la siguiente noche, y a la otra, y así varias veces. En cada ocasión la mujer era un poco menos distante, y al fin se detenía a escuchar a Shimrod. Él trataba de averiguar quién era y por qué se acercaba así; al fin ella propuso un momento y un lugar para encontrarse, fuera de los confines del sueño. Shimrod se sintió eufórico, aunque sabía que tal ocasión debía de estar destinada a su infortunio. Pidió consejo a Murgen, en el castillo Swer Smod, en los flancos del Teach tac Teach.

Murgen le reveló el complot. La mujer era Melancthe, y había seguido órdenes de Tamurello. ¿Qué se proponían? Eso no era ningún misterio. Tamurello quería confundir y debilitar a Murgen destruyendo a su vástago Shimrod.

Quedaba una sola pregunta, la angustiada y eterna pregunta: ¿cómo una mujer tan hermosa podía ser tan malvada?

Murgen no tenía explicación para esto.

Shimrod acudió a la cita, pero conocía la conspiración y pudo salvar la vida. Más tarde, cuando visitó Ys, descubrió la playa por donde había caminado Melancthe y, hacia el norte, la blanca villa donde él había esperado en sueños la llegada de la hermosa joven.

Ahora Shimrod recordaba el episodio con desapasionamiento y aun con curiosidad. Había otra cuestión: una promesa rota. Shimrod se había escabullido de Ys y había recorrido la playa preguntándose cómo podría obligar a Melancthe a cumplir su promesa.

Llegó al frente de la villa y se detuvo junto a la balaustrada, con una fuerte sensación de deja vu. Mirando playa arriba, como si volviera a vivir sus sueños, descubrió que se acercaba Melancthe.

Como antes, vestía una túnica blanca y caminaba descalza. No manifestó sorpresa al ver a Shimrod, y su andar no se alteró.

Melancthe llegó a la puerta. Miró a Shimrod un solo instante; luego, ignorando su presencia, subió la escalinata de la terraza y desapareció entre las sombras de las columnas.

Shimrod la siguió y entró en la villa, cuyo interior le era totalmente desconocido.

Melancthe cruzó el vestíbulo y entró en una habitación con ventanas que daban al mar. Se sentó en un diván junto a una mesa baja y se recostó para contemplar el horizonte.

Shimrod tomó una silla y se sentó al extremo de la mesa, desde donde podía observarla sin volver la cabeza.

Entró una criada con una alta jarra de plata y le sirvió a Melancthe una copa de ponche de vino que despedía aroma a zumo de naranjas y limones. Melancthe, sin prestar atención a Shimrod, se tomó el ponche y de nuevo miró hacia el mar.

Shimrod la observaba ladeando la cabeza. Pensó en coger la jarra con ambas manos y beber directamente de ella, pero llegó a la conclusión de que semejante acto de vulgaridad podía poner en peligro una ya frágil aceptación. En cambio realizó un pequeño hechizo. Un pájaro azul y rojo entró volando en la habitación, sobrevoló la cabeza de Melancthe y se posó en el borde de su copa. Gorjeó un par de veces, defecó en la copa y se alejó.

Con estudiada deliberación, Melancthe se irguió para dejar la copa en la mesa.

Shimrod obró otro pequeño hechizo. Un menudo esclavo morisco con un enorme turbante azul, camisa a rayas rojas y azules y bombachos azul claro se presentó ante la puerta. Traía una bandeja con dos copas de plata. Presentó la bandeja a Melancthe y esperó.

Con cara inexpresiva, Melancthe cogió una de las copas y la colocó sobre la mesa. El joven se acercó a Shimrod, quien aceptó con reverencia la otra copa y bebió el contenido con satisfacción. El esclavo se marchó.

Con los labios fruncidos en el centro y flojos en las comisuras, Melancthe seguía escrutando el mar.

Shimrod pensó: «¡Cómo reflexiona! En su mente formula un plan tras otro, y los desecha de inmediato por ineficaces, poco refinados o reñidos con su dignidad. No puede descubrir palabras que no la hagan vulnerable a mis reproches o exigencias. Mientras guarde silencio, no se compromete a nada y cree poder mantenerme a raya. Pero la presión crece en su interior. En algún momento se verá obligada a tomar una iniciativa.» Shimrod advirtió que Melancthe movía las comisuras de la boca. «Ha tomado una decisión -se dijo-. Su resolución menos elegante pero más eficaz consiste en levantarse y marcharse; desde luego, no puedo seguirla al cuarto de baño sin perder mi reputación de caballerosidad. ¡Bien, veamos! Su conducta revelará mucho sobre su decisión."

Melancthe echó la cabeza hacia atrás y pareció dormirse. Shimrod se levantó y se paseó por la habitación. Había pocos muebles y una extraña ausencia de pertenencias personales: ni artículos artesanales ni baratijas, ni siquiera pergaminos, libros o carpetas. Sobre una mesa, un cuenco de loza verde contenía una docena de naranjas; al lado había guijarros que Melancthe se había entretenido en colocar al azar. Tres alfombras mauritanas se

extendían en el suelo, tejidas en audaces combinaciones de azul, negro y rojo sobre fondo pardo. Un pesado candelabro de hierro negro colgaba del techo. En la mesa, frente a Melancthe, un cuenco de bronce exhibía un ramillete de caléndulas color naranja, sin duda preparado por la criada. La habitación tenía una esencia neutra y no reflejaba a Melancthe.

-¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí? -preguntó al fin Melancthe.

Shimrod volvió a su silla.

-Tengo el resto del día libre, y también la noche.

-Muestras una actitud muy displicente ante el tiempo.

-¿Displicente? No lo creo. Es un tema de gran interés. Según los esqs de Galicia, el tiempo es una pirámide de trece lados. Ellos creen que nosotros estamos en el vértice y pasamos por alto días, meses y años en todas las direcciones. Esta es la primera premisa de las Perdúricas Thúdhicas, tal como las enunció Thudh, el dios gallego del tiempo, cuyos trece ojos le rodean la cabeza para ver en todas las direcciones a la vez. Esta capacidad visual, desde luego, es simbólica.

-¿Tiene esta doctrina algún efecto inmediato?

-Eso creo. Las nuevas ideas ejercitan nuestra mente y predisponen a la conversación. Por ejemplo, mientras aún hablamos de Thudh, quizá te interese saber que cada año los magos esq alteran cien fetos humanos, con la esperanza de que uno nazca con trece ojos alrededor de la cabeza. ¡Así conocerían al avatar de Thudh! Hasta ahora, sólo han llegado a crearlos de nueve ojos, y esos niños se convierten en sacerdotes del culto.

-No me interesan tales cosas, ni esta conversación -replicó Melancthe-. Puedes marcharte en cuanto creas que la cortesía te lo impone.

-En ese momento me marcharé -aseguró Shimrod-. Pero por ahora, si lo permites, llamaré a tu criada para que nos traiga más vino, y prepare quizá una olla de almejas cocidas con aceite y ajo. Servido con pan fresco es un plato íntegro que agrada a la gente de buena conciencia.

Melancthe se alejó de la mesa.

-No tengo hambre.

-¿Estás fatigada? -preguntó Shimrod, solícito-. Puedo descansar contigo en tu lecho.

Melancthe lo miró lentamente por el rabillo del ojo.

-Cualquier cosa que decida hacer -dijo al fin-, prefiero hacerla sola.

-¿De veras? No era así en los viejos tiempos. Me buscabas con regularidad.

-He cambiado por completo desde entonces. Ya no soy la misma persona.

-¿Por qué esta metamorfosis?

Melancthe se puso en pie.

-Al vivir en apacible soledad, esperaba evitar intrusiones ajenas. En cierta medida lo he logrado.

-¿Y ahora no tienes amigos?

Melancthe se encogió de hombros y se dirigió a la ventana. Shimrod se le acercó. Percibió el aroma de violetas.

-Tu respuesta es ambigua.

-No tengo amigos.

-¿Y Tamurello?

-No es un amigo.

-Espero que no sea tu amante.

-Estas relaciones que supones no me interesan.

-¿Qué relaciones te interesan?

Melancthe miró por encima del hombro y encontró a Shimrod incómodamente cerca. Se desplazó un poco.

-No he pensado en ello.

-¿Deseas aprender magia?

-No me interesa ser bruja.

Shimrod regresó a su silla.

-Eres un enigma. -Batió las palmas, y la criada apareció-. Melancthe, ¿quieres pedir el vino?

Melancthe suspiró e hizo una señal a la criada. Regresó al diván con aire de tensa resignación. La criada volvió con vino y un par de copas, y les sirvió a ambos.

-Una vez pensé que eras una niña en un cuerpo de mujer -dijo Shimrod.

-¿Y ahora? -preguntó Melancthe con una fría sonrisa.

-La niña parece haberse esfumado.

Melancthe sonrió con cierta picardía.

-La mujer es bella como el alba -continuó Shimrod-. Me pregunto si se da cuenta. Parece que va limpia; dedica tiempo a cepillarse el cabello. Se comporta como una mujer consciente de sus encantos.

-Insistes en aburrirme -replicó Melancthe inexpresiva.

Shimrod no se mosqueó.

-Pareces satisfecha con tu vida y contigo misma. Sin embargo, cuando intento entrar en tu mente me pierdo como en una selva.

-Eso es porque en realidad no soy un ser humano -explicó Melancthe sin rodeos.

-¿Quién te lo ha enseñado? ¿Tamurello?

Melancthe asintió indiferente.

-Estos temas me aburren. ¿Cuándo te marcharás?

-Pronto. Pero contéstame: ¿por qué te enseñó Tamurello algo tan descabellado?

-Él no me enseñó nada. Yo no sé nada. Mi mente está vacía, como los sitios oscuros que hay detrás de las estrellas.

-¿Me consideras humano a mí? -preguntó Shimrod.

-Eso creo.

-Soy el vástago de Murgen.

-No te entiendo.

-En una época ahora remota, Murgen salía con esta apariencia, para poder actuar y ver sin que nadie conociera su fabulosa identidad. No sé nada de esa época; Murgen controlaba mis actos y los recuerdos son suyos. Al final, a través del uso, Shimrod cobró sustancia y se volvió real, y dejó de estar conectado a Murgen.

«Ahora soy Shimrod. ¿No debería considerarme un hombre? Parezco un hombre. Siento hambre y sed; como, bebo y elimino los desechos. La alegría me regocija y la pena me hace llorar. Cuando admiro tu belleza siento un ferviente deseo, dulce e hiriente a la vez. En pocas palabras, soy demasiado humano. Si no lo soy, no noto la diferencia.

Melancthe volvió a mirar el mar.

-Mi forma es humana; mi cuerpo cumple sus funciones, como el tuyo: veo, oigo, saboreo. Pero estoy vacía. No tengo emociones. No hago nada excepto caminar por la playa.

Shimrod fue a sentarse junto a ella en el diván. Le rodeó los hombros con el brazo.

-Déjame sentir ese vacío.

Melancthe lo miró con sarcasmo.

-Estoy bien en mi situación actual.

-Estarás mejor cuando seas diferente, mucho mejor.

Melancthe se zafó de él y se dirigió a la ventana.

Shimrod, sin más que decir, optó por marcharse, y lo hizo sin palabras de despedida.

Al día siguiente, Shimrod regresó a la villa blanca, y deliberadamente acudió a la misma hora. Si Melancthe seguía la rutina del día anterior, él aprendería algo sobre su estado de ánimo. Esperó una hora junto a la terraza, pero Melancthe no apareció. Shimrod regresó pensativamente a Ys.

Durante la tarde el buen tiempo dio paso a una fresca brisa del oeste; altas nubes cruzaban deprisa el cielo, y el sol se hundió en un purpúreo banco de nimbos.

Por la mañana, el resplandor y las sombras lucharon por controlar el paisaje. Franjas de luz solar abrían grietas en las nubes, pero pronto se les cerró el paso. Por la tarde, negras murallas de lluvia llegaron desde el mar.

Al caer el día, obedeciendo a un impulso, Shimrod se cubrió los hombros con una capa y, tras hacer una compra en el mercado, caminó por la playa hasta la villa blanca. Subió la escalinata, cruzó la terraza y anunció su presencia llamando a la puerta de madera tallada.

No recibió respuesta y llamó de nuevo. Al fin la puerta se abrió apenas y la criada se asomó.

-La dama Melancthe no recibe a nadie.

Shimrod empujó la puerta.

-Excelente. Así no nos fastidiarán intrusos. Me quedaré a cenar. He traído unas excelentes chuletas de cerdo. Ásalas con hierbas y sirve un buen vino tinto. ¿Dónde está Melancthe?

-En la sala, junto al fuego.

-Yo la encontraré.

La criada se fue a la cocina, dudando. Shimrod, buscando de cuarto en cuarto, pronto descubrió la sala: una habitación de paredes blancas y techo con vigas de roble. Melancthe se calentaba al fuego. Cuando Shimrod entró, ella miró por encima del hombro y se volvió melancólicamente hacia las llamas.

Shimrod se acercó.

-Sabía que vendrías esta noche -declaró ella sin mirarlo.

Shimrod le rodeó la cintura con el brazo y, atrayéndola, la besó. No hubo reacción. Fue como si le hubiera besado el dorso de la mano.

-Bien... ¿te alegras de verme?

-No.

-¿Pero tampoco tiemblas de furia?

-No.

-Te besé una vez. ¿Lo recuerdas?

Melancthe se volvió para mirarle a la cara. Shimrod comprendió que estaba a punto de oír una declaración ensayada muchas veces.

-No recuerdo casi nada de aquella ocasión. Tamurello me dio instrucciones precisas. Yo debía prometerte cualquier cosa y, si era necesario, acceder a cualquier demanda que me hicieras. Resultó innecesario.

-¿Y las promesas deben romperse?

-Fueron dichas por mis labios, pero fueron promesas de Tamurello. Debes pedirle a él que las cumpla.

Y Melancthe le sonrió al fuego. Shimrod, sin dejar de abrazarle la cintura, la atrajo hacia sí y le hundió la cara en el pelo, pero Melancthe se apartó y fue a sentarse en el diván.

Shimrod se sentó junto a ella.

-Como bien sabes, no soy el hombre más sabio del mundo. Sin embargo, puedo enseñarte muchas cosas.

-Persigues una ilusión -dijo Melancthe, casi con desdén.

-¿Por qué?

-Estás trastornado por la apariencia de mi cuerpo. Si me miraras y vieras una tez arrugada y amarillenta, una nariz ganchuda con verrugas, no estarías aquí esta noche, y aunque estuvieras no me besarías.

-Todo eso es cierto -admitió Shimrod-. Pero no soy el único que actúa así. ¿Tú escogerías vivir en semejante cuerpo?

-Estoy habituada a éste, y sé que es hermoso. Aun así, lo que vive dentro del cuerpo soy yo... algo que quizá no sea bello.

La criada entró en la sala.

-¿Sirvo la cena junto al fuego?

Melancthe la miró sorprendida.

-Yo no he pedido la cena.

-Este caballero trajo unas buenas chuletas y pidió que las asara con hierbas, y he obedecido: cocidas sobre brotes de vid, con ajo y limón y una pizca de tomillo, y hay pan, guisantes frescos y un buen vino tinto.

-Sírvelo aquí, pues.

Durante la cena, Shimrod intentó crear una atmósfera de calidez y distensión, con poca ayuda por parte de Melancthe. Poco después de la cena, ella anunció que estaba cansada y quería acostarse.

-Llueve -observó Shimrod-. Esta noche me quedaré.

-La lluvia ha cesado -indicó Melancthe-. Vete, Shimrod. No quiero a nadie en mi lecho, salvo a mí misma.

Shimrod se puso en pie.

-Puedo partir tan amablemente como cualquiera, Melancthe. Te deseo buenas noches.

2

Una lluvia fría y constante disuadió a Shimrod de emprender nuevas incursiones playa arriba. También lo disuadieron consideraciones tácticas: un exceso de obstinación podía resultar más perjudicial que favorable. Por el momento había hecho suficiente. Había llamado la atención de Melancthe sobre su singular personalidad; se había mostrado amable, constante, ameno y considerado; había demostrado un tranquilizador grado de deseo carnal: más habría resultado vulgar, menos habría sido insultante para los encantos de Melancthe y habría suscitado dudas sobre el porvenir de ambos.

Shimrod se encontraba en el comedor de la Cuerda y el Ancla, su taberna favorita en el puerto, tomando cerveza, contemplando la lluvia y pensando en Melancthe.

Ella era fascinante, sin duda. Su belleza era un incalculable tesoro; su cuerpo parecía demasiado ligero para soportar un peso tan abrumador. Shimrod se preguntó si sólo era atractiva por su belleza. ¿Qué otro encanto poseía?

Mirando las aguas barridas por la lluvia, Shimrod enumeró los encantadores rasgos comunes a todas las mujeres adorables y adoradas. Melancthe carecía de todos ellos, incluida la misteriosa e indefinible cualidad de la feminidad.

Melancthe había afirmado que su mente estaba vacía; Shimrod comprendió que no tenía más remedio que creerle: carecía de curiosidad, humor, calidez y comprensión. Actuaba con una franqueza absoluta que no era genuina sinceridad, sino indiferencia a los sentimientos de quienes la oían. Shimrod no recordaba más vestigios de emoción que el aburrimiento y la vaga repulsión que parecía provocar en ella.

Se tomó la cerveza con amargura y miró playa arriba, pero la lluvia impedía ver la villa blanca. Cabeceó despacio, abrumado por la profundidad de una nueva idea. Melancthe representaba el último acto de la bruja Desmei y su venganza final contra el Hombre. En su estado actual, Melancthe era un ser en el que todo hombre podía proyectar su versión idealizada de la belleza suprema, pero cuando intentara poseer tal belleza y adueñarse de ella descubriría un vacío, y así sufriría tal como había sufrido Desmei.

Si tales conjeturas eran correctas, caviló Shimrod, ¿cómo afectarían a Melancthe en caso de que se enterara? Si ella llegaba a conocer su condición, ¿tendría interés en modificarla? ¿Podría cambiar aún, si lo deseaba?

Aillas entró en la taberna. Se fue a secar junto al fuego, y luego ambos cenaron en un rincón del comedor. Shimrod preguntó acerca del nuevo ejército ulflandés, y Aillas respondió que no estaba descontento.

-A decir verdad, considerando las circunstancias, no podría esperar más progresos. Cada día recibo un nuevo grupo de reclutas, y el número crece. Hoy había cincuenta y cinco: jóvenes fuertes de los brezales y las montañas, valientes como leones y dispuestos a enseñarme el arte de la guerra, que consiste en ocultarse en la aulaga hasta que pasa un pequeño grupo de enemigos, después de lo cual hay una degollina, pillajes y una rápida retirada. Eso es todo.

-¿Qué ocurre con los nueve barones recalcitrantes?

-Me satisface decir que todos se presentaron antes de la hora señalada. No se mostraron precisamente humildes, pero la situación quedó clara y no tuve que marchar hacia los brezales... no por el momento al menos.

-Aún observan y esperan, y se preguntan cómo engañarte.

-Es verdad, y tarde o temprano tendré que ejecutar a varios ulflandeses desobedientes, cuando preferiría que perdieran la vida luchando contra los ska, y aun estos ulflandeses jóvenes y temerarios bajan la voz cuando se menciona a los ska.

-Eso debería alentarlos a aprender la disciplina ska.

-Por desgracia, están convencidos de que los ska pueden comerlos vivos, y de que la batalla está perdida aun antes de que los ejércitos se enfrenten siquiera. Tendré que convencerlos poco a poco y depender de mis tropas troicinas hasta que obtengamos algunas victorias. Entonces se pondrá en duda el orgullo y la virilidad de los ulflandeses, y estarán ansiosos por superar a los extranjeros troicinos.

-Siempre que puedas vencer a los ska con tu ejército troicino.

-Tengo pocas dudas al respecto. Los ska son soldados expertos, sin duda, pero alcanzan un número relativamente escaso, y cada hombre debe luchar por cinco. Por contrapartida, cada baja ska equivale a cinco, y ése es mi plan: desangrarlos.

-Pareces resignado a una guerra con los ska.

-¿Cómo evitarla? En el proyecto ska, Ulflandia del Sur es el siguiente en la lista. En cuanto se sientan fuertes nos pondrán a prueba, pero no antes de que yo esté preparado para hacerles frente, o eso espero.

-¿Y cuando empiecen las hostilidades?

-No atacaré sus puntos fuertes, naturalmente. Si contara con el pleno respaldo de los barones, las cosas serían más fáciles. -Aillas bebió vino-. Hoy recibí un extraño informe de Kyr, segundo hijo de Kaven, de la fortaleza Águila Negra. Hace tres días, un

caballero, presuntamente un daut de la Marca Occidental de Dahaut, se detuvo junto a la fortaleza Águila Negra. Se llamaba Shalles y aseguró con toda seriedad que pronto habrá guerra y que el rey Casmir conquistará Troicinet, de modo que todos los que ahora se unan al rey Aillas serán expulsados de su castillos. Les aconsejó conspirar en secreto para defender las libertades ulflandesas.

Shimrod rió.

-Supongo que estarás buscando al tal Shalles.

-Desde luego. Kyr mismo cabalga deprisa por los brezales para encontrarlo, apresarlo y traerlo aquí.

3

Cesaron las lluvias; el alba era clara y suave. En la plaza, Shimrod vio a la criada de Melancthe, que llegaba al mercado con un cesto. Shimrod fue a hablarle.

-Buenos días. Soy yo, Shimrod.

-Te recuerdo bien, señor. Tienes buen gusto para las chuletas.

-Y tú tienes buena mano para cocinarlas.

-Es verdad, y yo misma debo admitirlo. Parte de la virtud reside en los brotes de vid; nada es mejor para el cerdo.

-Totalmente de acuerdo. ¿Le gustaron a tu ama?

-Ah, ella es extraña; a veces dudo de que sepa lo que come, o que le importe. Vi que mondó los huesos de las chuletas, y hoy compraré más, y tal vez un par de pollos bien cebados. Me gustaría cortarlos en trozos pequeños, freírlos en aceite de oliva con mucho ajo y servirlos, con aceite y todo, sobre pan.

-Tienes alma de poeta. Tal vez yo...

-Lamento decir que ya no tengo autorización para admitirte en la casa -interrumpió la criada-. Es una pena, pues mi ama necesita de alguien que la admire. Está tan triste que sospecho un encantamiento.

-¡No es imposible! ¿La visita Tamurello?

-En verdad, no sé de nadie que la visite, excepto tú, aunque ayer vinieron algunos señores de la ciudad para consignarla en sus registros.

-¡Vaya vida tan solitaria!

La criada titubeó.

-Quizá no debería decirlo, pero esta noche la luna entra en cuarto menguante, y cuando hace buen tiempo la dama Melancthe se va de la casa una hora antes de medianoche, y regresa un poco después, cuando se ha ido la luna. En verdad temo por ella, pues la costa es peligrosa.

-Te muestras sabia al decírmelo. - Shimrod dio media corona a la criada-. Esto te ayudará cuando te cases.

-¡Claro que sí, y te lo agradezco! Por favor, no te enfades si te digo que no puedes regresar a la casa.

-Me pregunto por qué.

-Evidentemente mi ama no encuentra en ti nada que la divierta, ésa es la verdad.

-¡Qué extraño! -suspiró Shimrod-. He tenido éxito con damas de toda condición y rango. En un tiempo un hada fue mi amante. La duquesa Lydia de Loermel me concedió sus favores. Pero aquí, en esta costa árida y olvidada, una doncella que vive apartada en una villa se niega a verme. ¿No es grotesco?

-¡Muy extraño, señor! -La criada hizo un mohín-. Si llamaras a mi puerta, yo no te rechazaría.

-¡Aja! ¡Lo tendremos en cuenta!

Shimrod abrazó a la criada, le besó sonoramente ambas mejillas y la criada se fue sonriendo al mercado.

4

Shimrod se preparó cuidadosamente para su aventura nocturna. Se puso una capa negra y colocó la capucha de modo que le cubriera el cabello color arena y le tapara la cara. En el último momento se acordó de frotarse la suela de las sandalias con ungüento antiacuático, para poder caminar sobre el agua. No sabía si esa noche necesitaría ese recurso, aunque en otras ocasiones le había sido útil, excepto en el oleaje encrespado, cuando el encantamiento se convertía en un fastidio.

El último resplandor del poniente cedió ante una noche oscura y la luna en cuarto menguante recorrió el cielo. Shimrod echó a andar playa arriba. Acercándose a la villa, trepó por la duna de la costa y se instaló en un punto desde donde podía atisbar cómodamente.

Las altas ventanas de la villa irradiaban un resplandor amarillento. Las luces se apagaron una por una y la villa quedó a oscuras.

Shimrod esperó mientras la luna viajaba por el cielo. Una sombra salió de la villa, apenas un borrón moviéndose en la arena. El tamaño del bulto y el ritmo de su avance identificaban a Melancthe. Shimrod la siguió a una distancia prudencial.

Melancthe avanzaba con determinación, pero sin prisa; al parecer no temía que la siguieran.

Melancthe caminó un kilómetro, a poca distancia de la reluciente espuma, y pronto llegó a un promontorio de piedra oscura que, internándose en el mar, creaba una tosca y pequeña península de más de treinta metros de longitud. Con mal tiempo, el oleaje rompía sobre el promontorio; en la calma de la luna menguante, las olas apenas lamían las zonas bajas con chapoteos y gorgoteos.

Al llegar al promontorio Melancthe se detuvo un instante para mirar alrededor. Shimrod se detuvo, se agazapó y se cubrió la cara.

Melancthe no reparó en él. Trepó a la roca y avanzó hasta la punta, donde un peñasco liso humedecido por las olas se alzaba sobre el agua hasta la altura de un hombre. Melancthe se sentó en la piedra y contempló el mar.

Agachándose, Shimrod avanzó como una gran rata negra y se encaramó al promontorio. Con gran cuidado, tratando de no resbalar, avanzó. Un ruido a sus espaldas: murmullo de pasos lentos.

Shimrod se acurrucó en la sombra, bajo una piedra.

Los pasos se acercaron; atisbando desde debajo de la capucha, Shimrod vio una criatura en el claro de luna: torso macizo, piernas gruesas, cabeza deforme con una cresta baja. La criatura despedía un hedor que obligó a Shimrod a contener la respiración.

La criatura arrastró los pasos hasta el extremo del promontorio. Shimrod oyó cuchicheos, luego silencio. Se irguió un poco y avanzó con cautela. La silueta de Melancthe ocultaba las estrellas del oeste. Junto a ella estaba la criatura. Ambos contemplaban el mar.

Transcurrieron unos minutos. Una forma oscura quebró la superficie marina con un siseo y un carraspeo. Flotó hacia el extremo del promontorio y trepó hasta Melancthe. Se produjo otra conversación que Shimrod no captó, luego los tres guardaron silencio.

La luna menguante estaba a baja altura, flotando entre nubes. Las tres criaturas se acercaron mutuamente. La criatura del mar emitió un sonido de contralto. Melancthe produjo un sonido un poco más agudo; la criatura terrestre cantó una nota vibrante y profunda. El acorde, si así podía llamarse, persistió diez segundos, luego los cantantes cambiaron de tono y el acorde se quebró y se perdió en el silencio.

Shimrod sintió un escalofrío. Era un sonido extraño, desconocido para él.

El silencio persistía mientras los tres cavilaban sobre la calidad de la música. Luego la criatura terrestre emitió su sonido profundo y palpitante. Melancthe cantó con una modulación descendente. La criatura marina emitió un sonido de contralto semejante al tañido de una lejana campana del mar. Los sonidos cambiaron de timbre y modulación; el acorde se perdió en el silencio y Shimrod, oculto en las sombras, regresó a la playa, donde se sentía menos vulnerable a la magia que pudiera agazaparse en los sonidos.

Transcurrieron quince minutos. La luna adquirió un tono verde amarillento y se hundió en el mar. En la penumbra las tres criaturas del promontorio eran casi invisibles. Cantaron una vez más, y Shimrod quedó intrigado ante la melancólica dulzura de los sonidos y su inefable soledad.

Un nuevo silencio. Transcurrieron diez minutos más. La criatura terrestre avanzó por la roca hasta la costa. Subió la cuesta y desapareció en una hondonada. Shimrod esperó. Melancthe regresó por la roca, saltó a la arena y echó a andar por la playa. Al llegar al lugar donde se agazapaba Shimrod, se detuvo y escrutó la oscuridad.

Shimrod se puso en pie, y Melancthe intentó pasar de largo. Shimrod se situó a su lado. Ella no dijo nada. Al fin Shimrod preguntó:

-¿Para quién cantas?

-Para nadie.

-¿Por qué vas allí?

-Porque así lo he decidido.

-¿Quiénes son esas criaturas?

-Parias como yo.

-¿Hablas? ¿O haces otra cosa además de cantar?

Melancthe soltó una risa extraña.

-Shimrod, el cerebro te gobierna. Eres apacible como una vaca.

Shimrod decidió que el silencio sería mejor que una negación acalorada, y calló mientras volvían a la villa.

Sin una palabra ni una mirada, Melancthe atravesó el portal, cruzó la terraza y desapareció.

Shimrod regresó a Ys, insatisfecho y convencido de que había actuado incorrectamente, aunque ignoraba en qué. Además, ¿qué podría haber ganado con una conducta adecuada? ¿Un lugar en el coro?

Melancthe: mágica y extrañamente bella.

Melancthe: cantando ante el mar mientras bajaba la luna.

Tal vez, en un arrebato de pasión, tendría que haberla abrazado mientras regresaban por la playa, para tomarla por la fuerza. ¡Al menos no lo habría acusado de intelectualismo!

Pero también este plan, tan atractivo en apariencia, tenía sus defectos. Aunque rechazaba la acusación de intelectualismo, Shimrod se atenía a los preceptos de la caballerosidad, que eran rigurosos en tales casos. Shimrod decidió no pensar más en Melancthe: «Ella no es para mí.» Por la mañana, el sol despuntó para alumbrar otro hermoso día. Shimrod se sentó a cavilar ante una mesa de la Cuerda y el Ancla. Un halcón bajó del cielo, arrojó una rama de sauce en la mesa y se alejó.

Shimrod miró la rama con una mueca. Pero no podía evitarlo. Se levantó y buscó a Aillas.

-Murgen me ha llamado y debo ir.

-¿Adonde debes ir y por qué? -preguntó Aillas con disgusto-. ¿Y cuándo regresarás?

-No tengo respuestas para esas preguntas. Cuando Murgen me llama, debo acudir.

-Adiós, entonces.

Shimrod colocó sus escasas pertenencias en un saco, apretó la rama entre los dedos y exclamó:

-¡Sauce, sauce, llévame adonde he de ir!

Shimrod sintió una ráfaga de viento y el suelo giró debajo de él. Entrevio bosques, los picos del Teach tac Teach formando una larga hilera de norte a sur; luego bajó por un largo tobogán de aire hasta la terraza que se extendía ante la entrada de Swer Smod, la residencia de piedra de Murgen.

Una alta puerta de hierro negro le cerraba el paso. El portón central exhibía un Árbol de la Vida de hierro. Lagartos de hierro encaramados al tronco siseaban y se escurrían moviendo lenguas de hierro; pájaros de hierro brincaban de rama en rama, ya mirando a Shimrod, ya inspeccionando ávidamente la fruta de hierro que ninguno se atrevía a saborear, gorjeando de vez en cuando.

Shimrod pronunció un conjuro para aplacar al sandestín[11] que controlaba la puerta:

-Puerta, ábrete y déjame pasar indemne. Observa sólo mis deseos verdaderos, sin fijarte en los malignos caprichos de mis oscuras submentes.

11 Sandestín: un semihumano utilizado por los magos para cumplir con sus propósitos. Muchos hechizos se realizan mediante la fuerza de un sandestin.

-Shimrod -susurró la puerta-, el camino está despejado, aunque eres excesivamente detallista en tus advertencias.

Shimrod evitó una discusión y avanzó hacia la puerta, que se abrió dándole acceso a un vestíbulo iluminado por una cúpula de vidrio de paneles verdes, dorados y carmesíes.

Shimrod cogió por uno de los pasillos y así llegó a la sala privada de Murgen.

Murgen estaba sentado ante una mesa maciza, las piernas estiradas ante el fuego. Aquel día se presentaba con la apariencia que mucho tiempo atrás había otorgado a Shimrod: una silueta alta y delgada de cara huesuda, cabello color arena, boca movediza y amanerado de vez en cuando.

Shimrod quedó sorprendido.

-¿Tienes que hablarme con mi propio aspecto? Resulta desconcertante recibir instrucciones o, peor aún, reproches, en estas circunstancias.

-Ha sido un descuido -dijo Murgen-. Por lo general no cometería esta travesura. Aunque, pensándolo bien, el ejercicio de aceptar conceptos ignotos dichos por tus propios labios puede resultar interesante.

-Con el debido respeto, me parece un argumento rebuscado. -Shimrod entró en la sala-. Bien, si no pretendes cambiar, me sentaré dándote la espalda.

Murgen movió la mano con indiferencia.

-Qué más da. ¿Quieres tomar algo?

Chasqueó los dedos y jarras de cerveza y aguamiel aparecieron sobre la mesa, junto con una bandeja de pan y carne fría.

Shimrod se conformó con una jarra de cerveza, mientras Murgen decidía tomar aguamiel de una jarra de metal.

-¿Se mostraron corteses los sacerdotes del templo? -preguntó Murgen.

-¿Te refieres al Templo de Atlante? No me molesté en presentarles mis respetos, y ellos no me han buscado. ¿Serviría algo conocerlos?

-Tienen antiguas tradiciones que están dispuestos a contar. La escalinata del templo es notable y quizá merezca una visita. En un día sereno, cuando el sol está alto, un ojo agudo puede ver a través del agua y contar treinta y cuatro escalones, hasta que desaparecen en el cieno. Los sacerdotes afirman que la cantidad de escalones que hay en la superficie se está reduciendo: o la tierra se hunde o el mar sube. Éste es su razonamiento.

Shimrod reflexionó.

-Ambos argumentos resultan difíciles de creer. Sospecho que la primera vez contaron cuando la marea estaba baja; contaron por segunda vez cuando había marea alta, y eso los confundió.

-Es una explicación práctica -admitió Murgen-. Parece plausible. -Miró de soslayo a Shimrod-. Estás bebiendo frugalmente. ¿La cerveza es demasiado liviana?

-En absoluto. Sólo deseo conservar la cabeza. No sería conveniente que ambos nos embriagáramos y al despertar no supiéramos quién es quién.

Murgen bebió aguamiel.

-El riesgo es pequeño.

-Aun así, mantendré la cabeza despejada hasta que sepa por qué me has llamado a Swer Smod.

-¿Qué supones? Necesito tu ayuda.

-No puedo rehusar, y no rehusaría aunque pudiera.

-¡Bien dicho, Shimrod! Iré al grano. Lo principal es que estoy irritado con Tamurello. Se resiste a mi autoridad y lanza sus fuerzas contra las mías. Desde luego, se propone destruirme. Por el memento su trabajo parece inútil, incluso juguetón, pero si no se le pone coto podría volverse peligroso: un hombre atacado por una sola avispa tiene poco que temer; si lo atacan diez mil avispas, está perdido. No puedo prestar a la actividad de Tamurello la atención que merece, pues me distraería de otra cuestión de suma importancia. Por lo tanto, te asigno a ti la tarea. Cuando menos, tu vigilancia lo distraerá a él tal como él espera distraerme a mí.

Shimrod contempló el fuego con mal ceño.

-Quizá sería más prudente destruirlo para siempre.

-Es más fácil decirlo que hacerlo. Me considerarían un tirano, y los demás magos podrían unirse para defenderse de mí, con consecuencias imprevisibles.

-¿Cómo he de vigilarle? -preguntó Shimrod-. ¿Qué debo buscar?

-En su momento te daré instrucciones. Dime cómo andan las cosas en Ulflandia del Sur.

-No hay mucho que contar. Aillas entrena a un ejército de novatos, y ha logrado cierto éxito. Ahora, cuando grita «¡Derecha!», la mayoría marchan a la derecha. Traté de entablar una relación social con Melancthe, pero fue en vano. Ella cree que soy excesivamente intelectual. Sin duda ganaría su aprobación si decidiera convertirme en el cuarto integrante de su grupo coral.

-¡Qué interesante! ¿Melancthe se dedica a la música?

Shimrod narró su experiencia de la noche del cuarto menguante.

-Melancthe está muy confundida en cuanto a su identidad -comentó Murgen-. Desmëi la dejó vacía a propósito, para burlarse y vengarse de los hombres.

Shimrod clavó los ojos en el fuego.

-No pensaré más en ella. Melancthe es como es.

-Sabia decisión. Ahora, en cuanto a Tamurello...

Murgen impartió sus instrucciones, después de lo cual Shimrod surcó de nuevo el cielo, esta vez rumbo al sur y al este: hacia Trilda, su morada en el límite del Bosque de Tantrevalles.

5

La antigua carretera conocida como Calle Vieja atravesaba Lyonesse desde Cabo Despedida, en el oeste, hasta Bulmer Skeme, en el este. A mitad de camino, a poca distancia de la aldea Tawn Twillett, se iniciaba una senda en dirección al norte. Esta senda subía colinas y bajaba cuestas, bordeaba setos de espino y viejas empalizadas, dejaba atrás granjas somnolientas y atravesaba el río Sipp por un bajo puente de piedra. Entrando en el Bosque de Tantrevalles, la senda serpeaba entre el sol y la sombra durante un trecho,

luego se internaba en el prado de Lally, bordeaba Trilda, la morada de Shimrod, y terminaba en el muelle de un leñador a orillas del lago de Lally.

Trilda, una casa de piedra y madera detrás de un jardín, era notable por su alto techo y sus seis chimeneas: dos a cada lado de los dormitorios de la primera planta. La planta baja incluía un vestíbulo, dos salas, un comedor, cuatro dormitorios, una biblioteca y taller, una cocina con una despensa y varias habitaciones más. Cuatro balcones cerrados, con ventanas cuyos cristales tenían forma de diamante, daban al jardín, y el vidrio de las ventanas estaba encantado con hechizos de magia menor, de modo que siempre estaba limpio y brillante, sin rastros de suciedad, excrementos de moscas, rayaduras ni la opacidad del polvo.

Hilario, un mago menor de gustos extravagantes, había diseñado Trilda, y un equipo de duendes carpinteros que recibieron su paga en quesos la había construido en una noche. Tiempo después, Trilda pasó a ser propiedad de Murgen, quien al final se la dio a Shimrod. Una vieja pareja de campesinos cuidaba los jardines y ordenaba los cuartos en ausencia de Shimrod, pero eludían el taller como si hubiera demonios detrás de las puertas, que era precisamente lo que Shimrod deseaba que creyeran. Las criaturas que había allí, con colmillos fulgurantes y brazos negros y amenazadores, parecían demonios aunque sólo eran fantasmas inofensivos.

Al llegar a Trilda, Shimrod lo encontró todo en orden. Los caseros lo habían mantenido todo limpio, y no había siquiera una mosca muerta en los antepechos. Los muebles relucían por obra de la cera de abeja y un paciente bruñido; en los baúles y armarios había ropa impecable con fragancia de lavanda.

La única queja de Shimrod era el exceso de pulcritud. Abrió puertas y ventanas para que el aire del prado disipara el olor a días tranquilos y noches calladas, y luego fue de cuarto en cuarto moviendo cosas, para alterar la despiadada exactitud de los caseros.

En la cocina, encendió fuego y preparó una infusión de marrubio, poleo y hierba luisa; luego se la llevó a su sala de estar.

Trilda parecía muy silenciosa. Desde el prado llegaron los trinos de una alondra. Cuando terminó la canción, el silencio pareció más profundo que nunca.

Shimrod se tomó la infusión. Recordaba que en un tiempo la soledad había sido una aventura gozosa; había hallado en su interior una capacidad para el amor, en los últimos tiempos se había acostumbrado a la jovial compañía de Dhrun y Glyneth y, más recientemente, a la de Aillas.

¿Melancthe? Shimrod resopló. La palabra «amor» parecía poco apropiada cuando se aplicaba al caso de Melancthe. La belleza suscitaba admiración y deseo erótico; tal era su función orgánica. Pero nunca podía despertar amor por sí sola, se dijo Shimrod. Melancthe era una cáscara vacía. Melancthe era sólo un cálido símbolo de gran poder, pero nada más. ¿Intelectualismo? Shimrod bufó. ¿Acaso aquella chica esperaba que él no pensara?

Shimrod siguió bebiendo la infusión. Era hora de olvidar su obsesión y dedicarse al plan de Murgen: una tarea que podía resultar más complicada de lo que había esperado, de tal modo que recordaría con añoranza este plácido descanso.

Murgen había advertido: «¡Impondrás tu presencia a Tamurello! ¡Interrumpirás sin consideraciones su labor y despertarás su furia! ¡No te equivoques: no son actos triviales! Él hallará un medio para responder, tosco o sutil, y debes estar preparado para lo extraordinario.» Shimrod dejó la infusión, que ya no lo serenaba. Fue a su taller, despidió a los guardianes y entró. La palabra «taller» era adecuada. Por todas partes había trabajos

que reclamaban la atención. La mesa del centro presentaba materiales y artículos confiscados de Tintzin Fyral: equipo de taumaturgia, material mágico, libros y aparatos que debía inspeccionar y clasificar para luego conservar o eliminar.

Ante todo, debía enviar monitores para que estudiaran a Tamurello y su conducta, tal como había pedido Murgen. Cuando Tamurello reparara en los artefactos, cosa que inevitablemente haría, quedaría disuadido de incurrir en fechorías audaces y arrogantes: tal era la teoría de Murgen, y Shimrod no veía razones para cuestionarla, salvo que lo dejaba en la situación de una cabra atada en la selva como señuelo para un tigre.

Murgen había quitado importancia a los temores de Shimrod:

-Hay que aplacar la soberbia de Tamurello, y tal será el efecto de nuestro plan.

Shimrod había deslizado otra objeción:

-Cuando sienta el scurch[12], empleará nuevas tácticas, o algún sagaz subterfugio.

-Aun así, esto le disuadirá de emprender aventuras grandiosas, y estas empresas son las que más temo.

-Y entretanto se complacerá en desatar una multitud de males pequeños de tal modo que nadie podrá acusarlo por ellos.

-Evaluaremos sus delitos y los castigaremos como corresponda. ¡Pronto se aclamará a Tamurello como el más manso entre los mansos!

-Tamurello no es de los que ponen la otra mejilla -gruñó Shimrod-. Es más probable que envíe un sandestín con una bandada de insectos a mi cama.

-Todo es posible -convino Murgen-. En tu lugar, yo mantendría una doble vigilancia. ¡Los peligros que se pueden imaginar se pueden combatir!

Teniendo en cuenta este lema de Murgen, Shimrod rodeó Trilda con una red de zarcillos sensibles, para contar al menos con un mínimo de seguridad. De vuelta a su taller, ordenó una de las mesas y desplegó una hoja de pergamino pardo que le había dado Murgen.

La sustancia del pergamino se fundió con el roble, de modo que la superficie de la mesa se convirtió en un gran mapa de Elder, con cada uno de los dominios de las islas pintado de distinto color. En Pároli, la residencia de Tamurello, titilaba una luz azul, que indicaba la presencia del amo. Si Tamurello se desplazaba, la luz azul seguiría sus movimientos. Shimrod había pedido otras luces a Murgen, con el propósito de seguir los movimientos de otras personas; Murgen se 'había negado.

-Debes concentrar tu atención en Tamurello, y en nadie más.

-Deberíamos aprovechar al máximo este instrumento -protestó Shimrod-. Supón que una luz roja indicara tu paradero. Más aún, supón que una de tus amantes te sedujera para encerrarte en una mazmorra. Yo podría encontrarte y liberarte fácilmente, ahorrándote incomodidades.

-Esa posibilidad es remota.

Así se creó el mapa y, según indicaba la luz azul, Tamurello permanecía en Pároli.

[12] Scurch: intraducible a términos contemporáneos; en general: «susurro en los nervios», «abrasión psíquica», «inquietud sublimada, o casi inadvertida, en una mente ya cautelosa». El scurch es la base de las corazonadas y el miedo irracional.

Transcurrieron los días. Shimrod mejoró las técnicas de vigilancia, utilizando métodos sutiles que Tamurello podía optar por ignorar sin menoscabo de su dignidad.

Sin embargo, Tamurello se negaba a tolerar sin más esa inspección e intentó varias tretas, aunque Shimrod las desbarató mediante su sistema de protección. Entretanto, Tamurello procuraba cegar los artefactos ópticos de Shimrod y destruir las vainas auditivas con acumulaciones de sonido.

Shimrod, concentrándose más en su tarea, introdujo una nueva clase de artefactos perceptores para provocar nuevas iras a Tamurello. La estrategia de Murgen, que consistía en monopolizar las energías de Tamurello con pequeñas molestias, parecía surtir efecto.

El mes lunar se aproximó a la noche del cuarto menguante, y Shimrod no pudo dejar de recordar la blanca villa junto al mar. Por un instante pensó en visitar el promontorio rocoso a medianoche, pero pronto descartó la idea y se quedó de nuevo en compañía de imágenes ingratas y de la persistente fragancia de violetas.

Shimrod trató de exorcizar las visiones:

-¡Fuera! ¡Atrás! ¡Partid! ¡Disolveos en el vacío y no volváis a molestarme! Si no fuera absurdo, pensaría que sois otro truco de Tamurello, que me administra mi propia medicina.

De noche, Shimrod se inquietó y salió a mirar la luna. El prado estaba en calma; sólo se oían grillos y unas ranas a lo lejos. Shimrod deambuló por el prado hasta el viejo muelle del lago Lally, donde la luna ya había empezado a bajar en el cielo. El agua estaba tranquila y oscura; cuando Shimrod arrojó un guijarro, las ondas en expansión refulgieron como plata. Una llama de vigilancia que flotaba sobre su cabeza hizo una advertencia:

-Hay alguien cerca. La magia vino y se fue.

Shimrod dio media vuelta y, no del todo sorprendido, descubrió en la orilla una tenue figura con túnica blanca y capa negra: Melancthe. Ella observaba la luna y no parecía verlo.

Shimrod se volvió sin prestarle atención.

Ella se acercó por el muelle y se detuvo junto a él.

-¿No te sorprendes de encontrarme aquí?

-Sólo me pregunto cómo consiguió Tamurello hacerte venir.

-No le resultó difícil; en realidad he venido por mi propia voluntad.

-¡Qué extraño! Esta noche debías cantar con tus amigos en las rocas.

-Decidí no acudir más al encuentro.

-¿Por qué?

-Es simple. Tenía una alternativa: vivir o morir. Opté por vivir, lo cual me presentó nuevas cuestiones. ¿Debía seguir viviendo como una renegada y cantar en las rocas, o debía emular las costumbres de la raza humana? Decidí cambiar.

-¿No te consideras humana?

-Tamurello me ha informado que soy una inteligencia neutra sin gran vigor bajo una máscara femenina -murmuró Melancthe. Estudió la cara de Shimrod-. ¿Qué opinas?

-Creo que Tamurello escucha y sonríe. Flama: vigila con atención. ¿Algo nos escucha, algo nos observa?

-No capto nada.

Shimrod gruñó en tono de duda.

-¿Y qué instrucciones te ha dado Tamurello?

-Dijo que la humanidad en general era torpe, estúpida, ignorante y vulgar, y que al menos tú me enseñarías eso.

-En otra ocasión. Ahora, Melancthe, debo decirte adiós.

-¡Espera, Shimrod! Me dijiste que era hermosa, y deseabas besarme. Esta noche vengo a Trilda y me rechazas. Es una curiosa contradicción.

-En absoluto. Estoy sorprendido, y soy precavido. Los motivos de Tamurello son bastante claros, pero los tuyos me parecen dudosos. Creo que exageras mi torpeza y mi estupidez. Y ahora, Melancthe, si me excusas...

-¿Adonde vas?

-Regreso a Trilda.

-¿Y me dejarás sola en la oscuridad?

-Ya has estado sola en la oscuridad.

-Iremos juntos a Trilda, pues no tengo otro sitio adonde ir. Y, como he dicho, he venido aquí por mi propia voluntad.

-Demuestras poca convicción. Es como si te obligaras a aceptar un reto.

-Es una experiencia nueva para mí.

Shimrod dominó la voz con esfuerzo.

-Te habría recibido con mayor confianza si no hubieras dicho a tu criada que me cerrara la puerta en la cara. Cuando se juzgan actitudes, estos actos pueden ser decisivos.

-Tal vez, pero tu deducción podría ser errónea. Recuerda que habías invadido mi vida y habías turbado mi mente con tus insinuaciones. Al fin me persuadiste y ahora estoy aquí, tal como me pediste.

-Tal como te ha pedido Tamurello.

Melancthe sonrió.

-Yo soy yo y tú eres tú. ¿Qué nos importa Tamurello, en cualquier caso?

-¿Tan corta es tu memoria? Tengo razones para preocuparme.

Melancthe miró hacia el agua.

-Tamurello no me ordenó nada. Comentó que estabas en Trilda, fastidiándolo. Dijo que, de no ser por Murgen, tiempo atrás te hubiera enviado al otro lado de la luna montado en un caballete. Dijo que le agradaría que yo te acosara y aturdiera hasta que tus ojos parecieran huevos y te durmieras durante el desayuno con la cara en el potaje. Dijo que tenías una mente inferior y sólo podías abordar un pensamiento a la vez, y que si yo estuviera en Trilda dejarías de molestarle, para su gran satisfacción. Ahora lo sabes todo.

-Qué más da. -Shimrod miró melancólicamente el agua-. Me pregunto qué calumnias habrían provocado otros cinco minutos.

Melancthe retrocedió un paso.

-Pues bien, aquí me tienes. ¿Qué haremos? ¿Quieres que me vaya? Consulta a los diferentes dictados de tu cerebro, y tal vez encuentres una solución.

-Ya la he decidido -declaró Shimrod-. Vendrás a Trilda. -Y añadió enfáticamente-: Allí descubriremos quién distrae mejor a quién, y cada mañana Tamurello recibirá un alegre saludo... Mira la luna menguante; ya cae en el oeste. Es hora de que vayamos a Trilda, Los dos echaron a andar en silencio, y mientras caminaban Shimrod consideró una nueva y perturbadora posibilidad: ¿podía esta criatura que lo acompañaba y que se hacía llamar Melancthe estar encubriendo a otra, de diferente especie, que en un momento delicado revelaría su forma verdadera para castigar a Shimrod por su impúdica vigilancia?

No era improbable. Por fortuna, la estratagema era fácilmente detectable.

Una vez en Trilda, Shimrod sirvió dos copas de vino de granada.

-El sabor es como tú: dulce y ácido a la vez, acechante, misterioso y excitante... ¡Ven! Te mostraré Trilda.

Shimrod la condujo primero al comedor («El roble está cortado de un árbol que crecía en este mismo lugar»), luego a la sala de visitas («Mira esos tapices de las cartelas. Fueron tejidos en la antigua Hircania»), y finalmente al taller. Shimrod fue a mirar su mapa. La luz azul titilaba en Pároli, en el norte de Dahaut: eso eliminaba la sospecha de que la mujer que lo acompañaba pudiera ser un disfraz del ambiguo Tamurello.

Melancthe miró a su alrededor sin mayor interés. Shimrod describió un par de piezas de sus artefactos y luego la condujo ante un espejo alto que reflejaba su imagen con gran nitidez, con lo cual se aplacó otro de los temores de Shimrod. Si hubiera sido un súcubo o una arpía, la verdadera imagen de la criatura se habría reflejado en el espejo.

Melancthe estudió el cristal con absorto interés.

-Es un espejo mágico -explicó Shimrod-. Ves reflejada la persona que crees que eres. O puedes pedir: «Espejo, muéstrame tal como me ve Shimrod», o bien: «Espejo, muéstrame tal como me ve Tamurello», y verás esas versiones de ti misma.

Melancthe se alejó sin someterse a las pruebas que Shimrod había sugerido. Éste dijo:

-Podría situarme ante el espejo y decir: «Espejo, muéstrame tal como me ve Melancthe», pero, honestamente, me falta el valor.

-Vámonos de este cuarto -sugirió Melancthe-. Apesta a intelectualismo.

Los dos regresaron a la salita, donde Shimrod encendió el hogar y se volvió hacia Melancthe.

-Estás pensativo -murmuró ella-. ¿Por qué?

Shimrod se quedó mirando las llamas.

-Me encuentro ante un dilema. ¿Quieres saber cuál?

-Claro.

-En Ys, hace unas semanas, Shimrod visitó a Melancthe para reanudar su relación y quizá para descubrir algún interés común que realzara la vida de ambos. Al final Melancthe le cerró desdeñosamente sus puertas.

«Esta noche Shimrod se pasea frente al lago Lally, contemplando la luna. Melancthe aparece y ahora Shimrod no la persigue a ella, sino que ella lo acosa a él, para seducirlo y confundirlo en su mansión Trilda, con el propósito de que no moleste más a su amigo Tamurello.

»Con aparente sinceridad, ella le comunica la poco halagüeña opinión que Tamurello tiene de Shimrod, de modo que éste arrojará su autoestima al viento si obedece a sus impulsos y sucumbe a los encantos de Melancthe. Si él demuestra tenacidad y echa a Melancthe de Trilda con el reproche que ella merece, demostrará que es orgulloso, inflexible y necio.

»Su dilema, pues, no es si debe conservar el orgullo, la dignidad y el respeto por sí mismo, y cómo; sino en qué dirección arrojarlos.

-¿Cuánto tiempo reflexionarás? -preguntó Melancthe-. Yo no tengo autoestima, y puedo decidirme al instante, según mis inclinaciones.

-Quizá sea lo más sabio, a fin de cuentas -replicó Shimrod-. Mi temperamento es muy fuerte, y tengo una voluntad férrea. Pero no veo razones para demostrar tal fortaleza sin necesidad.

-El fuego arde y la sala está caldeada -indicó Melancthe-. Shimrod, ayúdame a quitarme la capa.

Shimrod se acercó, abrió el broche del cuello y le quitó la capa; también cayó la túnica, y ella quedó desnuda a la luz del fuego. Shimrod pensó que jamás había visto un espectáculo tan hermoso. La abrazó. El cuerpo de ella se puso tenso al principio, luego se relajó.

Las llamas estaban más bajas.

-Shimrod -susurró Melancthe-, tengo miedo.

-¿Por qué?

-Cuando me miré en el espejo, no vi nada.

6

Transcurrieron días tranquilos, sin episodios ingratos que permitieran distinguir un día del otro. Shimrod pensaba a veces que Melancthe intentaba importunarlo y provocarlo, pero él conservaba una actitud de imperturbable compostura, y en general todo andaba a la perfección. Melancthe parecía, al menos, pasivamente satisfecha, y siempre se prestaba, y a veces más que eso, a las inclinaciones eróticas de Shimrod. Con amarga satisfacción Shimrod recordó episodios del pasado: la indiferencia de Melancthe cuando recorría sus sueños, su aburrimiento cuando él la visitaba en la villa. Antes le había cerrado las puertas, y ahora las más antojadizas fantasías amorosas de Shimrod se habían hecho realidad.

¿Por qué? La pregunta le atormentaba día y noche. Había en ello un misterio. Shimrod no entendía qué provecho sacaba Tamurello de la situación; según el destello azul, no salía de Pároli.

Melancthe no le ofreció ninguna información, y el orgullo impedía a Shimrod abandonar su actitud de amable serenidad para formular preguntas apremiantes.

En ocasiones, durante una conversación, Shimrod hacía un par de preguntas, pero Melancthe sólo respondía con una mirada inexpresiva o una evasiva; en el peor de los casos, lo acusaba de ser muy cerebral.

-¡Cuando hay que hacer algo lo hago! Cuando me pica la nariz, la rasco, sin un detallado análisis de la situación.

-Rasca cuanto quieras -replicó Shimrod con austera cortesía.

Con el paso del tiempo, la presencia de Melancthe dejó de constituir una novedad, pero el ardor de la muchacha no disminuyó: quizá por tedio, aumentó hasta superar las posibilidades de Shimrod, causándole vergüenza y timidez. Tenía remedios a su alcance, si hubiera querido usarlos: por ejemplo, un elixir conocido como La Osa, en jocosa referencia a la constelación de la Osa Mayor, siempre erguida de día y de noche. Shimrod también conocía un hechizo que surtía el mismo efecto, popularmente conocido como El Fénix.

Shimrod no quiso valerse de estos recursos, por diversas razones. Primero, Melancthe ya le ocupaba más tiempo del que deseaba, y le absorbía gran cantidad de energías, dejándolo a menudo en un estado de laxitud, de modo que no siempre vigilaba bien a Tamurello. Segundo -y ésta era una contingencia que Shimrod jamás podría haber previsto-, los apareamientos mecánicos, carentes de humor, simpatía y gracia, gradualmente perdían el encanto. Por último, aunque Shimrod llegó a sospechar que no satisfacía a Melancthe, ni en calidad ni en cantidad, descartó con orgullo la idea: lo que había bastado para otras compañeras de retozos bastaría también para Melancthe.

Transcurrieron dos meses. Cada mañana, después de uno o más encuentros eróticos, Shimrod y Melancthe desayunaban apaciblemente potaje con crema y grosellas frescas, o quizá tortas, mantequilla, conserva de cereza o miel, con jamón, berro y huevos duros, y por lo general media docena de codornices asadas o truchas frescas, o salmón escalfado en salsa de eneldo, junto con pan, leche fresca y bayas. Un par de pálidos falloys[13] preparaban y servían la comida, y se llevaban los platos, vasos y cubiertos sucios.

Después del desayuno, Shimrod iba al taller, aunque con mayor frecuencia dormía un par de horas en el diván, mientras Melancthe se paseaba por el prado. A veces ella se sentaba en el jardín a rasguear las cuerdas de un laúd, creando sonidos que Shimrod no consideraba armónicos pero que agradaban a Melancthe.

Al cabo de dos meses Shimrod la notó tan enigmática como el día de su llegada. Adoptó la costumbre de mirarla de soslayo, asombrado e intrigado. Evidentemente, esta afectación la molestaba, y una mañana ella hizo una mueca y preguntó:

-Me miras como un pájaro a un insecto. ¿Por qué?

Shimrod volvió en sí y respondió:

-En general te miro por puro placer. ¡Sin duda eres la más bella criatura que existe!

-¿Existir? -murmuró Melancthe-. Quizá ni siquiera sea real.

13 Falloy. una variedad de semihumano, muy semejante a un hada, aunque de mayor tamaño y de ánimo más gentil.

Shimrod respondió de ese modo extravagante que también fastidiaba a Melancthe, aunque no tanto como una exposición lógica:

-Estás viva, de lo contrario estarías muerta y yo sería un necrófilo. No es así; por tanto estás viva. Si no fueras real, tu ropa -Melancthe vestía ahora pantalones pardos de campesina y un chaquetón- no tendría dónde sostenerse y caerían al suelo. ¿Satisfecha?

-Entonces, ¿por qué el espejo no reflejó mi imagen?

-¿Lo has mirado recientemente?

-No, tengo miedo de lo que pueda ver. O no ver.

-El espejo te muestra lo que crees de ti. No tienes imagen de tu personalidad porque Tamurello te la ha negado, para mantenerte sometida. Eso sospecho, al menos. Como rehúsas confiar en mí, no puedo ayudarte.

Melancthe miró hacia el prado y, desprevenida, quizá dijo más de lo que deseaba decir:

-El consejo de un hombre sólo podría debilitarme.

Shimrod frunció el ceño.

-¿Por qué?

-Porque así son las cosas.

Shimrod no dijo nada, y Melancthe exclamó:

-¡Me estás mirando de nuevo!

-Sí. Maravillado. Pero al fin empiezo a entrever lo que no quieres contarme, y no me maravillo tanto. En realidad, creo que lo sé.

-¿Lo único que haces es pensar? Encierras el mundo entero en tu cabeza: ¡una extraña y muerta ilusión con forma de Shimrod! Pero ¿qué sabes?

-Por razones de conveniencia, limitemos nuestras observaciones a tu presencia en Trilda. Tamurello te envió aquí para distraerme. Eso es tan claro que resulta evidente. ¿Me equivoco?

-Nunca creerías lo contrario, no importa lo que yo diga.

-Eres lista. Claro que me equivoco. Eludes mi pregunta para engañarme. ¿Por qué he de sorprenderme? Me has engañado antes; ahora te conozco bien.

-¡No sabes nada sobre mí! ¡Nada de nada! ¡Piensas y reflexionas, e incluso mientras nos amamos percibo el chasquido de tus pensamientos!

Asombrado por la vehemencia de Melancthe, Shimrod sólo pudo responder:

-No obstante, al fin te comprendo.

-Eres un prodigio de razón pura.

-¡Estás totalmente equivocada! Quisiera que vieras tu error. No me atrevo a contártelo todo, y menos ahora que estás enfadada. Has ganado la guerra erótica. ¡El Principio Femenino ha derrotado al Masculino! Bienvenida a tu victoria: está vacía. No diré más.

-¡No! -exclamó Melancthe-. Has ido demasiado lejos. Debes continuar.

Shimrod se encogió de hombros.

-Decidiste no cantar más con los parias; optaste por integrarte a la sociedad humana, pero aquí, a tu pesar, fuiste obligada a obedecer la función que Desmëi te imprimió. Fui a tu villa y desperté tu hostilidad. Sospecho que fue una emoción rara y ambigua: yo te gustaba y te repelía. En todo caso, me convertí en tu primer antagonista. ¿Me derrotaste? Piensa lo que quieras. Y ahora no diré más, excepto esto: puedes tolerar a Tamurello porque él no es masculino de veras, y por tanto no es un antagonista. -Shimrod se puso en pie-. Excúsame. Últimamente he descuidado mis tareas, y debo encargarme de ellas.

Shimrod fue a su taller. Las mesas estaban en orden; el taller era de nuevo un lugar agradable donde trabajar, aunque Shimrod había hecho muy poco durante los últimos dos meses.

Hoy su primera tarea se relacionaba con el mago Baibalides, quien vivía en una casa de roca negra en la isla de Lamneth, frente a la costa de Wysrod.

Shimrod abrió un armario y extrajo una caja de la cual sacó una máscara que representaba a Baibalides. Luego apoyó un cráneo en un pedestal y colocó la máscara sobre el cráneo. Al instante la máscara pareció cobrar vida. Parpadeó y abrió la boca para humedecerse los labios con la lengua.

-Baibalides, ¿me oyes? -preguntó Shimrod-. Te habla Shimrod.

La boca de la máscara respondió con la voz de Baibalides:

-Te oigo, Shimrod. ¿Qué deseas?

-Tengo aquí un objeto que cogí en Tintzin Fyral. Es un tubo de marfil que por un lado tiene talladas extrañas runas, y por el otro caracteres que dicen tu nombre. Me pregunto cuál será el propósito del tubo, y si lo reclamas como de tu propiedad, o si fue un obsequio destinado a Tamurello o a Faude Carfilhiot.

-Conozco el tubo -replicó Baibalides-. Es el Espectador Milenario de Gantwin. Muestra acontecimientos de los últimos mil años. Tamurello me lo ganó en una apuesta, y por lo visto se lo dio a Carfilhiot. Si no lo necesitas, lo aceptaré con gusto. Es de inestimable valor cuando deseas localizar tesoros enterrados o conocer las proezas de héroes muertos o, en un ámbito más práctico, para determinar la paternidad. Según recuerdo, el hechizo activador consiste en tres resonancias y un temblor.

-Te devuelvo el objeto -declaró Shimrod-. Si alguna vez lo necesito, tal vez me hagas el favor de prestármelo.

-¡Con mucho gusto! -declaró Baibalides-. Celebro el regreso de este objeto con especial satisfacción, pues creo que Tamurello me hizo trampa cuando hicimos esa apuesta.

-No me extrañaría -dijo Shimrod-. Tamurello es un hombre de gustos raros. Por mera perversidad, prefiere el mal al bien. Algún día conseguirá enfadar a Murgen.

-Opino lo mismo. La semana pasada asistí a un cónclave en el monte Khambaste de Etiopía, y Tamurello ya estaba allí. Durante esa importante reunión, ofendió a una bruja circasiana, que empezó a corroer a Tamurello con Ruina Azul, y Tamurello tuvo que hacer concesiones, aunque luego lanzó una maldición a la bruja para que las uñas de los pies le crecieran medio metro, de modo que ahora ella tiene que llevar botas especiales hasta el fin de sus días.

Algo llamó la atención de Shimrod.

-¿La semana pasada, dices? ¿Y adonde fue Tamurello después del cónclave?

-Quizá regresó a Pároli. No estoy seguro.

-No importa. Intentaré que recibas el tubo cuanto antes.

-¡Gracias, Shimrod!

La máscara perdió su vitalidad. Shimrod guardó la máscara y el cráneo en el armario. Fue a ver el mapa e inspeccionó la luz azul que indicaba que Tamurello había permanecido en Pároli los dos últimos meses.

Mirando atentamente, Shimrod descubrió el origen del problema. Alguien había aplicado al mapa un fragmento de membrana adhesiva, inmovilizando el destello azul.

Shimrod, alejándose del mapa, examinó cada uno de los instrumentos que en principio debían vigilar cada fase de las actividades de Tamurello. Cada uno había sido inutilizado por un medio u otro, de tal modo que una mirada distraída no descubría el problema.

Shimrod despertó a Facque, un sandestin que, disfrazado de gárgola tallada, custodiaba el taller desde el antepecho del hogar.

-Facque, ¿estás dormido?

-Claro que no.

-¿Por qué no has vigilado atentamente?

-Por favor, no puedo responder con exactitud a preguntas negativas. Hay muchos actos que no he realizado. Podríamos hablar eternamente mientras te detallo las cosas que no he hecho.

-Bien -rectificó pacientemente Shimrod-, ¿has vigilado atentamente el taller?

-Sí, desde luego.

-¿Por qué no me advertiste acerca de los intrusos?

-¿Por qué me formulas una y otra vez preguntas que implican acciones no realizadas? -rezongó Facque.

-Bien. ¿Has visto intrusos? O, mejor aún: ¿quién ha entrado en el taller durante los dos últimos meses?

-Tú, Murgen y la mujer que han enviado aquí para divertirte y confundirte.

-¿La mujer entró sola mientras yo no estaba?

-En varias ocasiones.

-¿Tocó el mapa y los instrumentos?

-Fijó la luz en su lugar, y manipuló los otros artefactos.

-¿Hizo algo más?

-Hizo marcas con una pluma en tu Libro de los Logotipos.

-¡Con razón mi magia ha sido tan pobre últimamente! -exclamó Shimrod-. ¿Qué más?

-Nada importante.

Shimrod quitó del mapa la película adhesiva; al instante el destello azul, como si quedara libre de presiones inmovilizadoras, saltó de un lado a otro hasta posarse de nuevo en Pároli.

Shimrod fue hacia sus instrumentos, y con cierta dificultad los puso de nuevo en funcionamiento.

-¡Despierta! -le ordenó a Facque.

-Estoy despierto. Nunca duermo.

-¿Tamurello, o alguien más, ha instalado instrumentos de vigilancia, o con otra función, en Trilda?

-Sí. La mujer puede incluirse en esta categoría. En segundo lugar, Tamurello me ha encargado que informe acerca de tus actividades. Al no tener instrucciones que me lo prohibieran, lo he complacido. Tercero, Tamurello ha intentado usar insectos con propósitos de espionaje, pero sin gran éxito.

-Facque, te ordeno, de forma definitiva e inmutable, que no proporciones información de ningún tipo a nadie excepto a Murgen y a mí; y mucho menos a Tamurello, o a cualquiera de sus agentes o instrumentos; ni siquiera al aire, pues por algún medio alguien lo podría recoger y enviar a Tamurello.

-Me satisface que hayas aclarado este punto -dijo Facque-. En síntesis, Tamurello no debe recibir ninguna clase de información.

-Exactamente, y eso incluye información positiva y negativa, el uso de silencios codificados, o la manipulación de cualquier artefacto, señal o combinación musical de la cual Tamurello pudiera obtener información. No debes responder de ninguna manera, e incluyo todos los tipos y permutaciones de comunicación que yo haya pasado por alto.

-Al fin conozco tu voluntad -dijo Facque-. Ahora todo está en orden.

-No del todo -suspiró Shimrod-. Aún debo decidir qué haré con Melancthe.

-No derroches esfuerzos en ello -aconsejó Facque-. Sería tiempo perdido.

-¿Por qué?

-Descubrirás que la mujer se ha marchado.

Shimrod salió precipitadamente del taller y miró por todas partes, pero Melancthe no estaba. Shimrod regresó cabizbajo al taller.

7

Tamurello rara vez aparecía con su aspecto natural. Por varias razones, entre ellas el simple capricho, prefería un disfraz exótico.

Ese día, al salir a un balcón que daba al jardín octogonal de Pároli, era un mozo frágil y ascético, algo lánguido, pálido como la leche fresca, con mechones de pelo rojizo tan finos y luminosos que resultaban invisibles. La delgada nariz, los finos labios y los ardientes ojos azules sugerían exaltación espiritual, tal como deseaba Tamurello.

Bajó despacio por una sinuosa escalinata de vidrio negro hasta el jardín. Al pie de la escalera se detuvo, luego avanzó despacio y al fin, volviendo la cabeza, optó por dirigirse hacia Melancthe, quien estaba a un lado, bajo la sombra de una mimosa florida.

El niño-hombre se acercó a Melancthe, y era ella quien parecía más terrosa y húmeda. Melancthe lo miró con rostro firme; la etérea pero definida masculinidad de Tamurello era una imagen que no le resultaba agradable.

Tamurello la miró de arriba abajo y le indicó que lo siguiera.

Melancthe lo siguió hasta una sala y se sentó rígidamente en medio de un sofá. Desde su punto de vista, los disfraces de Tamurello eran simples indicios de su estado de ánimo. Este niño-hombre le provocaba más intriga que rechazo. En general le importaba un bledo el aspecto de Tamurello, y ahora decidió no prestarle atención. Había cosas más urgentes.

Tamurello volvió a mirarla de arriba abajo.

-Tienes buen aspecto.

-Tus órdenes se han llevado a cabo.

-¡Y más que llevadas a cabo! Muy bien, supongo que ahora me toca ocuparme de tus problemas.

»Según recuerdo, estás preocupada porque te cuesta adoptar los hábitos de este mundo. Tienes derecho a sentir esta insatisfacción. Por tanto, deseas que provoque cambios en el mundo o, en caso contrario, en ti.

El niño-hombre curvó los labios en una fina sonrisa, y Melancthe pensó que Tamurello nunca había adoptado una apariencia tan mordaz.

-Me dijiste que mi mente no funciona de acuerdo con la mente de otras personas -dijo Melancthe.

-Eso dije. Especialmente de las personas de sexo masculino. Así intentó Desmëi vengarse del cosmos, y sobre todo del sector que tiene órganos genitales externos. ¡Qué broma! Sólo los inocentes como el pobre Shimrod sufren el embate de la furia de Desmëi.

-En tal caso, extirpa la maldición de mi alma.

El niño-hombre estudió a Melancthe con grave atención.

-Temo que anhelas lo imposible -replicó al fin.

-Pero me aseguraste...

El niño-hombre alzó la mano.

-Para ser sinceros, carezco de la habilidad necesaria. Ni siquiera Murgen podría hacerlo.

Melancthe arqueó las comisuras de su bella boca.

-¿Tu magia no es útil en mi caso?

El niño-hombre de pelo rojizo dijo vivazmente:

-Está muy bien ordenar tareas mágicas, pero un agente inteligente o diestro debe realizar el trabajo prescrito. En un trabajo curativo como éste, ninguna entidad, sea hombre, sandestín, semihumano, demonio u otra criatura de poder controlable, comprende todas las ramificaciones. Por lo tanto, no se puede hacer al instante.

-Aun así, te comprometiste a hacerlo.

-Afirmé que haría lo posible, y lo haré. Escucha, describiré tus problemas. Atiende bien, porque es una explicación complicada.

-Te escucho.

-Cada mente es un compuesto de fases superpuestas. La primera está alerta, y es la conciencia. Las demás no son menos activas, pero suelen trabajar en la oscuridad y lejos de la luz de la percepción.

»Cada fase utiliza sus propias herramientas. La primera fase de la mente, la manifiesta, recurre a la lógica, la curiosidad, la diferenciación entre lo racional y lo absurdo, con un corolario conocido como "humor", y una cierta simpatía proyectiva denominada "justicia".

»Las fases segunda y tercera se relacionan con las emociones, los reflejos y el funcionamiento del cuerpo.

»Tu primera fase parece tener un funcionamiento deficiente. La segunda fase, agente de las interpretaciones emocionales, intenta cumplir su función con grandes impedimentos y contratiempos. Allí parece residir la naturaleza de tu mal. El remedio consiste en fortalecer la primera fase mediante un régimen de hábito y educación.

-¿Cómo me educarías? -preguntó la asombrada Melancthe.

-Se imponen dos métodos. Puedo alterar tu aspecto convirtiéndote en una niña y presentarte a una familia noble donde aprenderías mediante el proceso habitual.

-¿Conservaría la memoria?

-Como prefieras.

Melancthe frunció los labios.

-No quiero ser una niña.

-Entonces, debes consagrarte a aprender, como un estudiante, mediante libros, estudio y disciplina, y así aprenderás a pensar con lógica, en vez de cavilar en términos de emoción.

-Parece espantosamente aburrido -murmuró Melancthe-. Estudiar, asimilar libros, pensar, intelectualizar... son los hábitos que ridiculizaba en Shimrod.

El niño-hombre la escrutó sin mayor interés.

-Decide.

-Si tuviera que estudiar libros, no aprendería nada y además enloquecería. ¿No puedes juntar sabiduría, experiencia, humor y simpatía en un nódulo e imprimirlo en el lugar vacío de mi cerebro?

-¡No! -replicó el niño-hombre, con tal vehemencia que Melancthe se preguntó si ocultaba algo-. ¡Toma tu decisión!

-Regresaré a Ys para meditarlo.

Tamurello pronunció al instante varias sílabas, como si hubiera estado esperando este momento. Melancthe fue arrebatada por un remolino y voló atravesando nubes y una luz radiante. Divisó el mar y el horizonte y luego sintió la blanda arena de la playa bajo los pies.

Se sentó en la arena tibia, abrazándose las rodillas. Los ejércitos del rey Aillas habían partido hacia el sur; la playa aparecía vacía hasta el estuario. Melancthe

contempló el vaivén de las olas. El mar encrespado avanzaba hacia ella en un torrente de espuma blanca, con un sonido triste y dulce, y luego retrocedía.

Melancthe permaneció allí una hora. Luego se levantó, se sacudió la arena de la ropa y entró en su apacible villa.

VII

1

El rey Aillas había trasladado el cuartel general de su ejército a Doun Darric, una desolada aldea junto al río Malheu, sólo cinco kilómetros al sur del castillo Stronson del caballero Helwig, en el corazón de Ulflandia del Sur. Doun Darric había sido una de las primeras aldeas de Ulflandia del Sur atacada por los ska, y sólo los escombros ofrecían un recuerdo de las antiguas moradas.

Doun Darric presentaba muchas ventajas como cuartel general del ejército. Las tropas ya no tenían acceso a las tabernas del puerto de Ys, no había incidentes con los aldeanos, y las doncellas de Ys podían acudir de nuevo el mercado sin que las asediaran los soldados jóvenes que las cortejaban. Aún más importante, las tropas estaban cerca de los altos brezales, donde los habitantes de la zona sentían el peso de su presencia.

Aillas nunca había creído posible que una paz instantánea, como un bálsamo beneficioso y curativo, se instalara en las montañas y brezales de Ulflandia del Sur. Las venganzas y las guerras entre clanes formaban parte del alma ulflandesa. El rey podía emitir docenas de proclamas, pero el país seguiría siendo una comarca salvaje a menos que él amenazara o sobornara a los barones para que cumplieran las leyes.

Casi todos los barones de las laderas occidentales y los brezales más bajos respaldaban a Aillas; conocían muy bien a los ska. Los barones dé las regiones superiores, a veces poco más que salteadores, no sólo eran más celosos de su independencia, sino que se manifestaban como acérrimos defensores de la conducta que Aillas había jurado desterrar.

Con el ejército en Doun Darric, las amenazas del rey de pronto cobraban cierta realidad.

Pronto Aillas decidió transformar Doun Darric en base permanente. De todas partes llegaron albañiles y carpinteros para construir viviendas apropiadas. La vieja Doun Darric empezó a resucitar: al principio de modo provisional, gracias a los obreros mismos, y luego según un plan trazado por Tristano una noche, mientras ponía en marcha su imaginación al tiempo que bebía vino: una plaza de mercado al lado del río, tiendas y posadas en la periferia, anchas calles con cloacas a imitación del estilo troicino, buenas casas con jardín. Aillas, reparando en los bocetos de Tristano, vio buenas razones para utilizarlos, entre otras, el incremento de su prestigio como rey.

A Aillas no le gustaba Oaldes, la derruida y descuidada sede de los primeros reyes, e Ys era impensable como capital de Ulflandia del Sur. Por tanto proclamó a Doun Darric su capital, y Tristano añadió a sus planos una pequeña pero graciosa residencia real que por un lado daba al río Malheu y por el otro a la plaza. Tristano pensó luego en el futuro y reservó un sector de la otra margen del río para que la nueva y próspera clase superior que quizá optara por establecerse en la nueva ciudad construyera residencias más ambiciosas. Los constructores -carpinteros, albañiles, yeseros, techistas, vidrieros, pintores, mezcladores de pintura, leñadores y picapedreros- se regocijaron con la noticia; su propia prosperidad quedaba asegurada.

Casi todas las tierras de las inmediaciones de Doun Darric habían vuelto al estado salvaje. Aillas reservó terrenos para distribuirlos en el futuro entre sus veteranos, de acuerdo con sus promesas. Maloof vendió otras zonas a bajo precio y a plazos a las personas sin tierras que se dedicarían a cultivarlas.

Estas tangibles pruebas de estabilidad respaldaban la autoridad del rey, a quien ya no se podía tildar de aventurero extranjero dispuesto a privar a Ulflandia del Sur de las escasas riquezas que le quedaban. Cada día traía nuevos pelotones de voluntarios y reclutas a Doun Darric desde todos los puntos cardinales del país, y también desde Ulflandia del Norte: fornidos y gallardos jóvenes, muchos de ellos nobles que veían en el ejército su única esperanza de gloria y prosperidad. Estos recién llegados eran orgullosos y valientes, y a menudo revelaban también obstinación y crueldad. Un par de reglas habían regido sus vidas: primero, siempre había que estar preparado para la lucha; segundo, en combate no había derrota honrosa; el perdedor se rendía, huía o moría, y todos esos desenlaces eran despreciables.

Aillas había aprendido mucho acerca de los conflictos entre los barones. Muchos de sus nuevos reclutas se encontrarían luchando hombro con hombro con sus antiguos contrincantes, lo cual parecía una invitación al derramamiento de sangre. Por otra parte, dar por sentadas las enemistades y separar a las facciones hostiles le parecía una solución peor, pues equivalía al reconocimiento oficial de dichos conflictos. Simplemente notificaba a los nuevos reclutas que las antiguas reyertas no tenían lugar en el ejército del rey y debían ser olvidadas, después de lo cual no se hablaba más del asunto y los soldados se repartían sin tener en cuenta su pasado. En general, los antiguos enemigos, que ahora vestían el mismo uniforme, tras un breve período de gestos y ademanes hostiles se adaptaban a las circunstancias por falta de otra posibilidad práctica.

Dada la soberbia y la terquedad de los ulflandeses, las primeras etapas del entrenamiento fueron lentas. Los oficiales troicinos abordaron el problema con paciencia y filosofía. Poco a poco los obstinados montañeses llegaron a comprender lo que se esperaba de ellos y a llevar los uniformes con soltura. Con el tiempo, ellos mismos llegaron a instruir a nuevos reclutas con actitud de indulgente desprecio por su torpeza.

Entretanto, en los brezales y valles altos prevalecía una tensa paz: no la paz del reposo, sino la del secreto, los oídos alertas y el aliento contenido, una situación poco natural que afectaba al paisaje mismo, como si hasta las montañas, peñascos, desfiladeros y pinares estuvieran al acecho de la primera transgresión a la ley real.

Aillas envió a Tristano con una escolta adecuada para que estudiara la situación de los lugares más alejados, y también para que trajera nuevas noticias acerca del presunto caballero daut llamado Shalles. Tristano regresó para informar que había recibido una correcta aunque fría hospitalidad; que los barones estaban desarticulando los grupos armados con calculada lentitud; y que cada casa recitaba una letanía de quejas contra sus enemigos. En cuanto a Shalles, no había perdido el tiempo, y aparecía aquí y allá para diseminar una increíble variedad de rumores. Shalles parecía ser un caballero fornido, inteligente y de confianza, aunque algunas de sus afirmaciones eran manifiestamente ridículas o contradictorias; su público creía lo que quería creer. Afirmaba que Aillas y los ska habían pactado una alianza secreta, que al final los barones ulflandeses se encontrarían peleando en el bando de los ska, que Aillas era presa de ataques en los que echaba espuma por la boca y que sus gustos sexuales eran vulgares y aberrantes. También afirmaba que el rey Aillas, tras dejar indefensos a los barones, los abrumaría con impuestos y confiscaría las tierras a quienes no pudieran pagar.

-¿Hay más? -preguntó Aillas cuando Tristano hizo una pausa para recuperar el aliento.

-¡Mucho más! Es bien sabido que ya estás enviando buques enteros llenos de doncellas ulflandesas a Troicinet, para que trabajen en los burdeles del puerto.

Aillas se echó a reír.

-¿No dicen que adoro a Hoonch, el dios-perro? ¿O que envenené a Oriante para erigirme en rey de Ulflandia del Sur?

-Todavía no.

-Debemos devolver el golpe a este activo caballero Shalles. -Aillas reflexionó un instante-. Anuncia en todas partes que ansío conocer a Shalles, a quien pagaré el doble de lo que el rey Casmir le paga a él si está dispuesto a recorrer los condados lejanos de Lyonesse difundiendo rumores sobre el rey Casmir. No vayas en persona. Envía mensajeros con la noticia.

-¡Excelente! -declaró Tristano-. Así se hará. Hay otro asunto. ¿Has oído hablar de un tal Torqual?

-Creo que no. ¿Quién es?

-Por lo que puedo deducir, es un renegado ska que se ha convertido en bandido y se ha refugiado en las colinas. Me contaron que no hace mucho se fue a ejercer su oficio en Lyonesse, pero ahora ha regresado y se encuentra en una fortaleza secreta cerca de la frontera entre ambas Ulflandias. Allí ha reclutado una banda de energúmenos con los cuales realiza incursiones en Ulflandia del Sur. Ha declarado que atacará, asaltará, sitiará y destruirá a todos los barones que obedezcan tu ley; por esta razón, los barones que viven cerca de la frontera de Ulflandia del Norte se resisten más que otros a enarbolar tu bandera. Entretanto, Torqual se refugia en Ulflandia del Norte, donde no puedes entrar sin riesgo de irritar a los ska.

-Menudo problema -murmuró Aillas-. ¿Tienes una solución?

-Nada práctico. No puedes fortificar la frontera. No podrías guarnecer todos los castillos. Una incursión en Ulflandia del Norte sólo divertiría a Torqual.

-Opino lo mismo. Pero si no puedo proteger a mis súbditos, no me considerarán su rey.

-Es un problema insoluble -concluyó Tristano-. No puedo decirte más.

-En última instancia, Torqual morirá de viejo -dijo Aillas-. Quizá sea mi mejor esperanza.

2

En los brezales altos persistían las tensiones. Con obstinada convicción, los barones ulflandeses promulgaban la inmutable realidad de los antiguos conflictos: no habían olvidado ni perdonado. Las pasiones se reprimían y las represalias se postergaban mientras todos se preguntaban quién sería el primero en retar al joven rey y cómo reaccionaría Aillas ante el desafío.

La tensión estalló de pronto, en circunstancias inevitables.

El ofensor era nada menos que el huraño Hune de la Casa de los Tres Pinos. En abierta infracción de la ley, emboscó a Dostoy de Stoygaw cuando éste se aventuró una mañana en los brezales para practicar la cetrería. Uno de los hijos de Dostoy murió en la escaramuza; otro huyó con heridas. Dostoy fue atado y arrojado sobre el lomo de un caballo como un saco de harina. Sus captores lo llevaron por la montaña Molk, la grieta Cráneo de Cabra, el Brezal Negro, el bosque de Kaugh y el prado de Lammon hasta la

Casa de los Tres Pinos. Allí Hune cumplió su promesa y clavó a Dostoy en lo alto de la puerta del granero, después de lo cual pidió su cena y comió con satisfacción mientras los escuderos usaban a Dostoy como blanco de sus flechas.

Aillas se enteró de lo sucedido cuando el hijo herido llegó a Doun Darric. Estaba preparado. Aún no se había enfriado el cadáver de Dostoy cuando una fuerza de choque de cuatrocientos hombres, lo bastante numerosa como para desalentar la intervención de los miembros del clan de Hune, pero no tanto como para moverse con torpeza, se dirigió a la Casa de los Tres Pinos: subió por el valle del Malheu seguida por un convoy de carretas y se internó en la Carretera de la Mina de Estaño, con la montaña Molk irguiéndose hacia las nubes en el este; luego bordeó el bosque de Kaugh y salió al prado de Lammon.

Un kilómetro hacia el este, en un promontorio de roca, se alzaba la Casa de los Tres Pinos detrás de sus fortificaciones.

Un mensajero informó a Hune acerca de la reacción del rey, y Hune quedó sorprendido ante la rapidez de la respuesta. Así lo admitió ante Thrumbo, su jefe de arqueros.

-Ja! ¡Se mueve con firmeza y con rapidez! ¿Qué más da? Parlamentaremos, admitiré mi error y juraré enmendarme. Luego asaremos un buey y beberemos buen vino, y todo quedará como antes. Que los perros de Stoygaw ladren cuanto quieran.

Tal fue el primer pensamiento de Hune. Luego, más inquieto, escribió una carta y la envió deprisa a las otras casas del clan:

Venid con vuestros hombres leales a Tres Pinos, donde infligiremos a este reyezuelo extranjero una humillante derrota. Venid de inmediato, os lo pido en nombre de los lazos de la sangre y los símbolos del dan.

La respuesta a esa carta fue insatisfactoria; unas pocas veintenas de hombres respondieron a la convocatoria de guerra, y todos carecían de determinación. Varias veces recibió Hune el consejo de montar a caballo y huir por las colinas hacia Dahaut, pero cuando al fin tomó esta decisión, el ejército real ya había llegado a Tres Pinos e iniciado el cerco.

Hune había cerrado las puertas y aguardaba con mal ceño la convocatoria a parlamentar. Esperó en vano, mientras con ominosa eficacia los contingentes troicinos se preparaban. Ensamblaron dos pesadas catapultas y de inmediato empezaron a lanzar grandes piedras contra los tejados.

Hune estaba desesperado y confundido: ¿dónde estaba la convocatoria a parlamentar que tan confiadamente había esperado? Y menos aún le gustaba la horca que estaban alzando a un lado. Era fuerte, alta y resistente, como preparada para una larga tarea.

El bombardeo continuó toda la noche. Cuando el sol arrojó los rojos rayos del amanecer sobre el brumoso brezal, fardos de paja impregnados de brea caliente y pez fueron encendidos y arrojados detrás de las piedras, para incendiar los muebles rotos y las provisiones. Casi en seguida rojas llamas y volutas de humo negro se elevaron sobre la condenada Casa de los Tres Pinos.

Gritos de furia y horror se oyeron dentro: ¡esto era excesivo! La acción significaba el frío y resuelto exterminio de Hune y Tres Pinos, y todo por una ofensa de poca importancia.

Hune se preparó para lo único que le quedaba: un desesperado intento de fuga. Se abrieron las puertas: los guerreros salieron al galope en un esfuerzo por romper las líneas y escapar por los brezales. Las flechas derribaron las monturas. Algunos guerreros se levantaron de un brinco y lucharon con sus espadas hasta que las flechas de los arqueros troicinos también los abatieron; otros fueron capturados cuando yacían aturdidos entre los helechos, y uno de ellos era Hune. Lo maniataron, le echaron una cuerda alrededor del cuello y lo arrastraron a la horca.

Aillas estaba a unos veinte metros de distancia. Por un instante ambos se miraron frente a frente, luego Hune fue ahorcado.

Los supervivientes de la batalla comparecieron ante Aillas para ser juzgados. Dos de ellos eran barones, y otros seis caballeros; a estos ocho se los consideró rebeldes como Hune, y también acabaron en la horca.

Los restantes prisioneros, unos cincuenta hombres, aguardaban su turno con desconsuelo y fatiga. Aillas fue a inspeccionarlos. Declaró:

-La ley dictamina que sois tan rebeldes como vuestros jefes. Quizá merezcáis la horca. Sin embargo, no me gusta desperdiciar a hombres fuertes que deberían estar luchando por su país en vez de contribuir a su ruina.

»Os ofrezco una alternativa. Podéis ser ejecutados al instante o podéis alistaros en el ejército del rey, para servirlo con lealtad. ¡Escoged! Los que deseen ser colgados, que se acerquen a la horca.

Hubo cuchicheos, ruido de pies, miradas de soslayo hacia la horca, pero nadie se movió.

-¿Qué? ¿Nadie desea la horca? Bien, los que deseen alistarse en el ejército real, que avancen hacia aquellas carretas y se pongan a las órdenes del sargento.

Los defensores de Tres Pinos avanzaron dócilmente hacia las carretas.

Las mujeres y niños del castillo aguardaban con tristeza junto a las rumas humeantes.

-Ve a consolar a las mujeres -indicó Aillas a Pirmence-. Aconséjales que vayan a vivir con sus parientes. Si es necesario, ofréceles ayuda. Tu tacto e intuición serán de gran ayuda. Tristano, cerciórate de que no queden supervivientes dentro del castillo, ya se trate de heridos o de personas a quienes deseamos conocer mejor, como Shalles de Dahaut. Maloof, ¿dónde estás? ¡Aquí tienes una oportunidad para tus raros talentos! Habla con personas del castillo y averigua dónde está la bóveda del tesoro de Hune, junto con todas las demás piedras preciosas, monedas y objetos de oro y plata. Confecciona un inventario, luego confisca toda la fortuna en nombre del erario real, lo cual traerá al menos una pizca de alegría a este día melancólico.

Maloof encontró muy escasos tesoros: bandejas, copas y platos de plata, cien monedas de oro y algunas joyas de granate, turmalina y jaspe. Pirmence consoló a las mujeres y las envió a casa de sus parientes. Tristano regresó con malas nuevas.

-No encuentro heridos ni personas ocultas. Nadie ha sobrevivido, excepto los que estaban en las mazmorras. Conté ocho prisioneros y tres verdugos; luego ya no pude soportar el hedor.

A Aillas se le enfrió el corazón.

-¿Torturadores, eh? Debí sospecharlo. Tristano, debes hacer algo más. Busca hombres de estómago fuerte y baja a las mazmorras. Libera a los prisioneros y encadena a los torturadores. Luego utiliza a nuestros nuevos soldados. -Aillas señaló a los ex soldados de Hune-. Ordénales que saquen a la luz del día las herramientas e instrumentos que hay en las mazmorras, nos aseguraremos de que nadie más los utilice.

Los ocho prisioneros salieron de las mazmorras, cojeando, brincando, arrastrando las piernas, gruñendo y gimiendo a cada paso: el legado de un exceso de familiaridad con el potro. Dos de ellos no podían caminar, y fueron sacados en camillas. Los ocho presentaban un estado lamentable. No les cubrían más que harapos; apestaban por la costra de mugre e inmundicias, y tenían el pelo pegado al cráneo. Los seis que podían caminar se mantenían juntos, mirando de reojo, entre temerosos y apáticos.

Los tres verdugos, huraños e inseguros, fingían una actitud indiferente y distante. Uno era una mole barrigona, sin barbilla, que apenas tenía cuello. El segundo era un hombre de edad, de hombros altos, frente digna y barbilla larga. El tercero, que aparentaba la misma edad de Aillas, dirigió una sonrisa burlona a las tropas y a los cuerpos que colgaban de la horca.

Aillas habló tristemente a los ex prisioneros:

-Calma, estáis libres. Nadie os causará más daño ahora.

Uno de los hombres respondió con un jadeante susurro:

-¡«Ahora» es ahora, pero el pasado se ha ido! Me llamo Nols. Recuerdo mi nombre sólo para ocultarme cuando me llaman. El resto es como un sueño.

Otro miró asombrado el cadalso. Señaló con un dedo ganchudo:

-¡Allí cuelga Hune, pesado como grasa! ¿No es una maravilla? ¡Hune muerto! ¡El dulce Hune! ¡Tan querido para mis ojos como el rostro de mi madre!

Nols también señaló.

-Veo a Gissies, a Nook y Lutton. ¿Seguirán siendo nuestros carceleros?

-Claro que no -determinó Aillas-. Serán ahorcados, lo cual quizá sea un fin demasiado piadoso para ellos. ¡Sargento, cuelga a esos monstruos!

-¡Un momento! -exclamó el joven verdugo Lutton, sofocado-. ¡Sólo obedecíamos órdenes! ¡Si no lo hubiéramos hecho, otros habrían hecho nuestro trabajo!

-Y hoy colgarían de la horca en vuestro lugar... Sargento, manos a la obra.

-¡Hurra! -exclamó Nols, y sus compañeros lo acompañaron con un jadeante coro de ovaciones-. ¿Y qué dices de Thrumbo el Negro? ¿Por qué queda en libertad, y lo veo allá con esa amable sonrisa en la cara?

-¿Quién es Thrumbo el Negro?

-Allá está. El jefe de arqueros de Hune. Prefiere el látigo porque su canción es sincera. ¡Hola, Thrumbo, te veo! ¿Por qué no me saludas? ¡Has conocido tanto mi persona y mi cuerpo! ¿Por qué te mantienes ahora tan distante?

Aillas miró hacia donde señalaba Nols.

-¿Cuál es Thrumbo?

-El de yelmo de cuero, con cara de luna. Es jefe de verdugos.

-Thrumbo -llamó Aillas-, por favor, acércate a la horca. No necesito verdugos en mi ejército.

Thrumbo dio media vuelta e intentó huir hacia la ladera para ganar la libertad, pero como era corpulento y le faltaba el aliento, pronto lo capturaron. Gimiendo y maldiciendo, fue arrastrado al cadalso. Una hora después, Aillas regresó con sus tropas a Doun Darric.

3

Los barones de Ulflandia del Sur fueron convocados a un segundo cónclave en Doun Darric. En esta ocasión había carne en el asador y un tonel de buen vino aguardaba a los comensales.

Nadie estaba ausente; habían asistido todos los barones de Ulflandia del Sur. El ánimo de todos era un poco distinto al de la ocasión anterior. Estaban cabizbajos, más turbados que desafiantes.

Aillas comunicó su mensaje cuando aún no se había bebido mucho vino. Esta vez él calló mientras una fanfarria de dos clarines ordenaba silencio. Luego un heraldo subió a un banco y leyó un bando:

-¡Oíd las palabras del rey Aillas! ¡Hablo con su voz! Hace poco, Hune de la Casa de los Tres Pinos desobedeció mis órdenes expresas, y todos presentes conocen ahora las consecuencias. En sus mazmorras tenía prisioneros, contrariando el espíritu, cuando no la letra, de mi ley.

»Pronto emitiré un código de justicia, semejante al de Troicinet y Dascinet. En cada condado del país se designarán alguaciles y magistrados. Administrarán toda la justicia: alta, media y baja. Las personas hoy presentes quedarán relevadas de lo que sólo constituye una pesada responsabilidad.

»Esta responsabilidad ha terminado. Todos los prisioneros de las personas aquí presentes serán confiados a la custodia de mis representantes, que os acompañarán a cada uno de vosotros a vuestros hogares. Desde ahora no podéis encerrar, encarcelar ni apresar a ninguno de mis súbditos, bajo riesgo de provocar el disgusto real, el cual, como descubrió el barón Hune, es rápido y contundente.

»Descubrí, además, que Hune se complacía en torturar a sus enemigos. Esta acción es ruin e innoble, sea cual fuere la justificación. Declaro que la tortura, en todas sus categorías, es una ofensa capital, punible con la muerte y la confiscación de las propiedades.

»A pesar de mis inclinaciones, la justicia me impide castigar delitos cometidos antes de este decreto. No debéis temer represalias por actos anteriores. En esta ocasión seréis entrevistados por los señores Pirmence, Maloof o Tristano. Daréis información acerca de vuestros prisioneros, con su nombre y condición, y también el nombre de los verdugos que están a vuestras órdenes. Luego partiréis de inmediato, y los prisioneros enumerados quedarán en manos de mis representantes, que también tomarán en custodia a los verdugos. Como no quiero que estas personas se mezclen con el resto de la población, se las traerá a Doun Darric y quizá las alistaremos en un cuerpo especial de mi ejército. Los que han contratado torturadores no son menos culpables que ellos, pero como he declarado, no puedo castigaros por delitos cometidos antes de este decreto.

»Pirmence, Maloof y Tristano trabajarán ahora con vosotros. Os exhorto a colaborar y ofrecer información detallada, pues vuestras declaraciones se verificarán. «Tales son, señores, la palabras de su majestad el rey Aillas.

4

Los barones habían partido, la mayoría para alojarse durante la noche en casa de amigos o parientes en su viaje hacia sus castillos. Cada cual iba en compañía de un caballero troicino y seis soldados, para asegurar el cumplimiento exacto de la ley del rey Aillas, que en muchos casos consistía en un intercambio de prisioneros entre castillos hostiles.

Aillas y Tristano pasaron una larga velada comentando los acontecimientos del día. Tristano no había recibido más noticias sobre Shalles. Lo habían visto por última vez en el remoto castillo de Mulsant, uno de los barones más intransigentes.

-El punto de vista de Mulsant no carece de lógica -suspiró Tristano-. Vive al pie de los Cortanubes, donde abundan los forajidos; según declara, si desarticulara su guarnición no sobreviviría ni una semana, y me inclino a creerle. Y ahora Torqual ha aparecido en escena. Hasta que lo detengamos, no podemos exigir a los habitantes de la región que se queden indefensos y abracen nuestra causa.

Aillas reflexionó sobre estas palabras.

-Es una situación incómoda. Si atacamos a Torqual en Ulflandia del Norte, nuestras probabilidades de éxito son mínimas y despertaremos las iras de los ska. Ahora, más que nunca, nos interesa mantener la paz.

-Tu argumento es irreprochable.

Aillas soltó un profundo suspiro y se reclinó en la silla.

-Una vez más las dulces esperanzas encallan en los arrecifes de la realidad. Debo adaptarme a esta dura situación. Mientras Mulsant y los demás no nos causen problemas, los designaré «guardianes de la marca».

-Eso se llama «el arte práctico de gobernar» -comentó Tristano, y ambos se pusieron a hablar sobre otras cuestiones.

VIII

1

Al llegar a la ciudad de Lyonesse, Shalles fue directamente a Haidion y pronto le condujeron a una pequeña sala en la Torre de los Búhos, donde el rey Casmir estudiaba mapas. Shalles saludó con una reverencia y esperó. El rey Casmir cerró la carpeta con una estudiada deliberación que habría inquietado a cualquiera que tuviera una conciencia culpable.

Al fin, el rey Casmir giró para mirar a Shalles de hito en hito, como si nunca lo hubiera visto. Señaló una silla y esperó a que Shalles se sentara.

-Caballero Shalles -dijo al fin-, veo que has viajado mucho. ¿Qué novedades traes?

Alentado por ese trato respetuoso, Shalles, que se había sentado en el borde de la silla, se apoyó con alivio en el respaldo. Escogió con cuidado sus palabras, pues de ellas dependían la aprobación del rey Casmir y la consiguiente recompensa.

-En general, majestad, no puedo dañe muchas buenas nuevas. El rey Aillas ha actuado con decisión y eficacia. Ha desequilibrado a sus oponentes y les ha negado razones para la insubordinación. Está bien considerado entre los plebeyos, y también entre los aristócratas de los brezales bajos y de la costa, que valoran el orden y la prosperidad más que un derecho político incondicional, que en todo caso jamás han tenido.

-¿Se produjo resistencia digna de mención ante un rey extranjero?

-El ejemplo más notable es el de Hune de la Casa de los Tres Pinos. Violó abiertamente las nuevas leyes, y casi no había terminado de hacerlo cuando su castillo estaba en ruinas y él colgaba de una horca. Los ulflandeses entienden este idioma.

Casmir gruñó malhumoradamente.

-Aillas descubrió mazmorras en la Casa de los Tres Pinos -continuó Shalles-. Celebró un cónclave donde prohibió la justicia privada, y vació todas las mazmorras de la comarca. Ese decreto contó con la aprobación general, pues nada temen los barones más que las mazmorras de sus enemigos, donde, si los capturan, son castigados por los pecados de sus abuelos.

»Al vaciar las mazmorras, Aillas confiscó cuanto contenían. Me han contado que se apoderó de cuarenta potros, siete toneladas de instrumentos y cien verdugos. Éstos forman ahora un cuerpo especial del ejército real. Tienen las mejillas tatuadas de negro; llevan uniformes negros y amarillos, y cascos especiales. Se los considera parias y viven al margen del resto de las tropas.

-¡Barí! -masculló Casmir-. Este delicado rey parece demasiado blando. ¿Qué más?

-Ahora te informaré sobre mis propias actividades. Han sido diligentes, peligrosas e incómodas. -Con entusiasmo algo forzado, dada la indiferencia del rey Casmir, Shalles describió su labor sin dejar de mencionar los peligros que arrostraba casi a diario-. Como mi cabeza tenía precio, decidí que no podía hacer más. Aunque mis calumnias gozaban de popularidad, nunca se corroboraban y no ejercían una influencia duradera. Durante mis incursiones descubrí un hecho extraño: la prosaica y estúpida verdad resulta más convincente que las más cautivantes falsedades, aunque las segundas gozan a veces de

mayor difusión. Aun así, fui tan irritante como para que Aillas dedicara todos sus esfuerzos a capturarme, y a menudo escapé por los pelos.

Con ojos entornados y voz ecuánime, el rey Casmir preguntó:

-¿Y cuál habría sido tu destino si te hubieran capturado?

Shalles estaba alerta. Tras un titubeo apenas perceptible, respondió:

-Es difícil decirlo. Aillas ofreció pagarme el doble de lo que tú me concedes si accedía a traicionarte. Sospecho que se proponía arruinar mi reputación, y de hecho su ardid redujo mi credibilidad a la nada.

El rey Casmir asintió, pensativo.

-Me han llegado rumores acerca de esta oferta. ¿Qué hay de Torqual?

Shalles hizo una pausa para ordenar las ideas.

-Vi a Torqual en varias ocasiones, aunque no con la frecuencia que deseaba. Actúa sin seguir mis consejos, pero parece servir bien a tus intereses. Exige oro sin parar, para incrementar su poder. Presenciamos juntos el sitio de la Casa de los Tres Pinos. Estábamos en el prado, entre los campesinos. Torqual me informa que ya conoce bien el terreno y ha reclutado una fuerza importante. En Ulflandia del Norte ha descubierto una guarida desde donde realiza incursiones en Ulflandia del Sur. Ha anunciado que quienes obedezcan al rey serán sus víctimas favoritas, una táctica que induce a los ska a dejarlo en paz. Cree que poco a poco extenderá su poder sobre todos los brezales altos.

Shalles se encogió de hombros, y el rey Casmir preguntó:

-¿Acaso dudas de su éxito?

-A largo plazo, sí. Sólo piensa en destruir, lo cual no constituye una buena base para un gobierno estable. Pero yo no puedo leer el futuro. En las Ulflandias puede pasar cualquier cosa.

-Eso parece -murmuró el rey Casmir-. Eso parece.

-Ojalá pudiera traerte noticias más gratas -jadeó Shalles-, pues mi fortuna depende de tu satisfacción.

El rey Casmir se puso en pie y se acercó al fuego.

-Puedes marcharte -declaró al fin-. Por la mañana seguiremos hablando.

Shalles hizo una reverencia y se marchó cabizbajo. Como el rey Casmir no lo había felicitado, no se había atrevido a mencionar el tema de la recompensa.

Por la mañana, el rey Casmir conferenció de nuevo con Shalles e intentó sonsacarle más información acerca de Torqual, pero Shalles se limitó a repetir lo que había contado el día anterior. Al fin el rey Casmir le entregó un paquete sellado.

-En el establo te aguarda un buen caballo. Tengo otra pequeña misión para ti. Cabalga al norte por el Camino de Icnield, hacia Pomperol. En la aldea Honriot dobla a la izquierda y entra en el Bosque de Tantrevalles, en Dahaut. Ve a Pároli y entrega personalmente este mensaje al hechicero Tamurello. Supongo que tendrá una respuesta para darte.

2

Shalles regresó a su debido tiempo a Haidion. Obtuvo una nueva audiencia con el rey Casmir, a quien entregó un paquete.

El rey Casmir no se apresuró a examinar el contenido. Dejó el envoltorio sobre la mesa y preguntó amablemente a Shalles:

-¿Cómo anduvo el viaje?

-Muy bien, majestad. Cabalgué deprisa hacia Pároli, y no tuve dificultades para encontrar el lugar.

-¿Y qué opinas de la casa?

-Es una espléndida mansión de plata, cristal y preciosa madera negra. Vigas de plata sustentan el techo, que es como la cubierta de una enorme tienda, salvo por el tejado de plata verde. La puerta estaba custodiada por un par de leones grises, del doble de tamaño de un león común, de pelambre lustrosa como seda fina. Se irguieron sobre las patas traseras y exclamaron: «¡Alto, si valoras tu vida!» Declaré que era emisario del rey Casmir y me dejaron entrar.

-¿Y qué dices de Tamurello? Me han dicho que no se presenta dos veces con el mismo aspecto.

-En cuanto a eso, majestad, no puedo informarte. Parecía alto, muy delgado y pálido, con un mechón de cabello negro. Los ojos relucían como rubíes y la túnica tenía signos de plata bordados. Le di tu mensaje, y lo leyó al instante.'Luego dijo: «Espérame aquí. No des siquiera un paso, o los leones te harán trizas.”

«Esperé, inmóvil como una piedra, mientras los leones me vigilaban. Tamurello regresó en seguida. Me dio el paquete que acabo de entregarte; y ordenó a sus leones que me dejaran partir. Regresé deprisa a Haidion, y no tengo más que contar.

-Bien hecho, Shalles. -El rey Casmir miró el paquete como si estuviera a punto desabrirlo, pero se volvió de nuevo hacia Shalles-. Y ahora desearás una recompensa por tus servicios.

Shalles hizo una reverencia.

-Como te plazca, majestad.

-¿Y cuáles son tus deseos?

-Ante todo, majestad, deseo una pequeña finca cerca de Poinxter, en el condado de Graywold, donde reside mi familia y donde yo nací.

El rey Casmir apretó los labios.

-La vida bucólica vuelve a las gentes perezosas y holgazanas cuando abandonan el servicio del rey. Piensan más en las colmenas, el ganado y las viñas que en las necesidades del rey.

-A ser sincero, majestad, he llegado a una época de mi vida en que ya no sirvo para acechar a medianoche y participar en conspiraciones. Mi cerebro ha perdido agilidad, el vientre me ha crecido. Ha llegado la hora de que inicie una vida en que la gran aventura de cada día sea la caza del zorro. En pocas palabras, majestad, excúsame de prestar nuevos servicios. Estos meses me han proporcionado noches de temor y peligrosas escapatorias para toda una vida.

-¿Has pensado en alguna finca?

-No me he tomado tiempo para estudiar la región, majestad.

-¿Y qué recompensa crees que merecen tus esfuerzos de este breve período?

-Si me pagaras sólo por el tiempo, bastarían tres coronas de oro. Si preguntas el valor que doy a mi vida, no la vendería por diez caravanas cargadas de esmeraldas, ni aunque se añadieran, como estímulo, seis embarques de oro. Desearía, pues, que se me pagara teniendo en cuenta los riesgos a que he sometido mi apreciada vida, los invalorables complots y las inspiradas calumnias, las noches ventosas que he dormido en los brezales mientras la gente honesta se acurrucaba en el lecho. Majestad, me someto sin condiciones a tu generosidad. Me conformaría con una casa decente junto a un arroyo, con diez acres de bosques y tres o cuatro granjas para arrendar.

El rey Casmir sonrió.

-Shalles, si has puesto a mi servicio tanta elocuencia como al tuyo, tu solicitud es justa y modesta, y así debo juzgarla. -Escribió en un pergamino, firmó con una florida rúbrica y entregó el documento a Shalles-. He aquí un título real para una propiedad no especificada. Ve a Poinxter, elige un terreno que te guste y presenta este título al administrador del condado. No me lo agradezcas. Puedes marcharte.

Shalles hizo una obsequiosa reverencia y se fue.

El rey Casmir se quedó reflexionando frente al fuego. El paquete de Tamurello estaba sobre la mesa. El rey Casmir llamó a su ayudante Oldebor.

-¿Qué deseas, majestad?

-Sin duda recuerdas a Shalles.

-A la perfección, majestad.

-Ha regresado de una breve estancia en Ulflandia del Sur con expectativas exageradas y un conocimiento demasiado íntimo de mis asuntos. ¿Sugiere tu experiencia un modo de tratar con Shalles?

-Sí, majestad.

-Encárgate de ello. Va camino a Poinxter, en el condado de Graywold. Lleva un documento que yo he firmado y que deseo recuperar.

El rey Casmir volvió a mirar el fuego y Oldebor se marchó de la sala. Casmir abrió al fin el paquete, que contenía un mirlo embalsamado sobre un pedestal. Entre las patas del pájaro había un pergamino plegado que decía:

Para conversar con Tamurello, arranca una pluma del vientre del pájaro y quémala en la llama de una vela,

Casmir examinó el pájaro embalsamado, reparando en las alas caídas, las plumas enmohecidas y el pico entreabierto.

El aspecto del pájaro quizá comunicara una sugerencia sardónica. Sin embargo, la dignidad indujo a Casmir a ignorar cualquier idea excepto el propósito explícito del ave y su mensaje. Se marchó de la sala, bajó por una sinuosa escalera de piedra, atravesó una arcada y entró en la Galería Larga. Caminaba con paso resuelto, sin mirar a los lados, y los lacayos apostados en la galería erguían el cuerpo a su paso, sabiendo que la mirada aparentemente distraída de esos ojos azules captaba cada detalle.

El rey Casmir entró en el Salón de los Honores, una alta cámara reservada para las más solemnes ocasiones de etiqueta, a la cual había jurado traer el trono Evandig y la mesa Cairbra an Meadhan. El Salón de los Honores ahora estaba amueblado con un trono ceremonial, una larga mesa central y, alrededor de las paredes, cincuenta y cuatro sillas macizas que representaban las cincuenta y cuatro casas nobles de Lyonesse.

Casmir descubrió con fastidio que la princesa Madouc jugaba sola entre las sillas, saltando de una a otra, haciendo equilibrios sobre los brazos, deslizándose por debajo.

Casmir la observó unos instantes. Una niña extraña, pensó, extremadamente terca. Nunca lloraba, salvo en contadas ocasiones, en furiosos arrebatos, cuando alguien se atrevía a contradecirla. Qué distintas y al mismo tiempo qué parecidas eran Madouc y su madre Suldrun (Casmir pensaba que eran madre e hija), cuya soñadora mansedumbre había ocultado una obstinación similar a la del rey.

Madouc, reparando al fin en la fría mirada de Casmir, interrumpió sus juegos. Se volvió hacia el rey con un aire de curiosidad mezclado con disgusto ante esta flagrante invasión de su intimidad. Al igual que la princesa Suldrun, Madouc consideraba esta cámara como su dominio personal.

Casmir entró despacio, sin dejar de observarla con una fría mirada que pretendía amedrentar a aquella mocosa insolente. El pájaro embalsamado que traía Casmir llamó la atención de Madouc. Aunque la niña no reía ni sonreía, Casmir comprendió que a la princesa le divertía la situación.

Madouc, aburrida ya del pájaro y de Casmir, reanudó sus juegos. Saltó del brazo de una silla al de la siguiente, y se volvió para ver si Casmir estaba todavía en el salón.

El rey se detuvo junto a la mesa. Habló con voz serena que se volvió áspera y rechinante al retumbar en las paredes de piedra.

-Princesa, ¿qué haces aquí?

Madouc suministró al rey la información que le pedía.

-Juego con las sillas.

-Éste no es sitio para juegos. Ve a jugar a otra parte.

Madouc bajó de la silla y se fue a la carrera, del salón. Desapareció sin mirar atrás.

Casmir sorteó el Gran Trono de Haidion, fue hasta la pared de atrás y atravesó las cortinas para entrar en un aposento. Allí manipuló la cerradura de una puerta secreta, que se abrió de par en par dándole acceso a la cámara donde guardaba los objetos y artefactos mágicos. Su más valiosa pertenencia, Persilian, el Espejo Mágico, había desaparecido cinco años atrás, y Casmir aún ignoraba cómo lo habían robado y quién era el responsable. Por lo que sabía, nadie excepto él conocía la cámara secreta. Habría enloquecido al saber la verdad: que los culpables eran la princesa Suldrun y su amante Aillas, entonces príncipe de Troicinet, quienes se habían llevado el espejo a petición del mismo Persilian.

Casmir echó una mirada suspicaz alrededor, cerciorándose de que no le hubieran robado nada más. Todo parecía en orden. Una fluctuante y flamígera esfera verde y púrpura alumbraba la cámara. En un frasco había un duende que lo miraba fijamente mientras tamborileaba con las uñas en el vidrio, tratando de llamarle la atención. En una mesa descansaba un objeto astronómico, obsequiado a un antepasado de Casmir por la reina Dido de Cartago; y Casmir, como de costumbre, se agachó para examinar el instrumento, que era de una asombrosa complejidad. La base era una bandeja circular de plata en cuyo borde

figuraban los signos del zodíaco. La esfera dorada del centro, le habían dicho a Casmir, representaba el sol. Nueve esferas plateadas de diversos tamaños rodaban en sendas circulares alrededor del centro, pero sólo los antiguos sabían con qué propósito. La tercera esfera a partir del centro iba acompañada por una esfera más pequeña y completaba su circuito en un año exacto, lo cual desconcertaba a Casmir: si el objeto era un cronómetro destinado a medir períodos anuales, ¿de qué servían las demás esferas, algunas de las cuales se movían casi imperceptiblemente? Casmir dejó de pensar en el objeto. Puso el pájaro embalsamado en un estante y lo examinó un momento. Al fin dio media vuelta. Antes de iniciar una conversación con Tamurello, debía decidir de qué hablaría.

Tras abandonar la cámara secreta, Casmir atravesó el Salón de los Honores y entró en la galería. La suerte quiso que se cruzara con la reina Sollace y el padre Umphred. Habían salido juntos en el carruaje real para elegir sitios apropiados para una catedral.

-Hemos encontrado un sitio óptimo -le dijo la reina Sollace a Casmir-. Lo hemos visto y mensurado: es el terreno que está al norte de la entrada de la bahía.

-¡Una dulce aura de santidad rodea ya a tu noble esposa! -declaró el padre Umphred con entusiasmo-. Me agradaría ver, flanqueando la imponente entrada frontal, dos estatuas labradas en bronce imperecedero: a un lado el noble rey Casmir, y al otro la santa reina Sollace.

-¿Acaso no he dicho que ese proyecto es poco práctico? -exclamó el rey Casmir-. ¿Quién pagará ese disparate?

El padre Umphred suspiró y alzó los ojos.

-El Señor proveerá.

-¿De verdad? -preguntó el rey Casmir-. ¿Cómo y con qué?

-«No pondrás otros dioses delante de mí.» ¡Así habló el Señor en el monte Sinaí! Cada nuevo cristiano puede compensar sus años de pecado dedicando su fortuna y sus afanes a la construcción de un gran templo. Así allanará su camino al paraíso.

Casmir se encogió de hombros.

-Si los necios quieren gastar así su dinero, ¿por qué he de oponerme?

La reina Sollace soltó un grito de alegría.

-Entonces, ¿contamos con tu autorización?

-Mientras respetes fielmente cada prescripción de la ley real.

-¡Ah, majestad, qué gloriosa noticia! -exclamó el padre Umphred-. Aun así, ¿a qué prescripciones de la ley debemos atenernos? Supongo que en este caso prevalecerá el uso consuetudinario.

-No sé nada de «usos consuetudinarios» -declaró Casmir-. Las leyes son muy simples. Primero, en ninguna circunstancia se puede exportar dinero u otros artículos de valor de Lyonesse a Roma.

El padre Umphred hizo una mueca.

-En ocasiones...

-Todo el dinero recaudado -continuó el rey Casmir- se debe declarar ante el ministro de Hacienda, quien fijará el impuesto correspondiente, el cual se deducirá antes de proseguir con otra cosa. También fijará un gravamen anual sobre la tierra.

-¡Ah, qué desalentadora perspectiva! -gruñó el padre Umphred-. ¡No es posible! ¡Ningún poder seglar puede imponer gravámenes a las propiedades eclesiásticas!

-En tal caso, me retracto y anulo mi autorización. Que no se construya ninguna catedral en Lyonesse, ni ahora ni nunca.

El rey Casmir siguió su camino, seguido por la afligida mirada de la reina Sollace y el padre Umphred.

-¡Es un hombre sumamente obstinado! -suspiró la reina Sollace-. He rezado para que el Señor introduzca en su corazón el bálsamo de la religión, y hoy he llegado a creer que mis plegarias recibían respuesta. Pero ahora ha tomado una decisión. Nunca cambiará, salvo por milagro.

-No puedo obrar milagros -dijo pensativamente el padre Umphred-, pero conozco ciertos datos que el rey Casmir ansiaría saber.

La reina Sollace lo miró inquisitivamente.

-¿De qué se trata?

-Querida reina, debo rezar pidiendo ayuda. La luz celestial ha de indicarme el camino.

El rostro de la reina cobró un aire petulante.

-Cuéntame y permíteme aconsejarte.

-¡Querida reina, querida y bendita dama! ¡No es tan fácil! ¡Debo rezar!

3

Dos días después, el rey Casmir regresó al aposento secreto. Arrancó una pluma del vientre del mirlo embalsamado y la llevó a su sala privada, junto al dormitorio. Encendió una vela en el hogar y arrojó la pluma en la llama, donde ardió exhalando volutas de humo acre.

Mientras el humo se disipaba en el aire, el rey Casmir llamó:

-¿Tamurello? ¿Me oyes? Soy yo, Casmir de Lyonesse.

-Bien, Casmir -dijo una voz desde las sombras-. ¿Qué deseas?

-¿Eres tú, Tamurello?

-¿Qué deseas de mí?

-Una señal de que estoy hablando realmente con Tamurello.

-¿Recuerdas a Shalles, quien ahora yace en una zanja degollado?

-Recuerdo a Shalles.

-¿Te contó cómo me vio?

-Sí.

-Le mostré al brujo Amach ac Eil de Caerwyddwn en la plenitud de mi dreuhwy[14] negro.

14 Dreuhwy: del galés antiguo, vocablo intraducible. Significa aproximadamente una modalidad autoinducida de morosa intensidad extrahumana, en la cual se hace posible cualquier excéntrico exceso de

El rey Casmir asintió con un gruñido.

-Invoco tu nombre por una razón. Mis empresas se estancan, y eso me provoca ira y frustración.

-¡Ah, Casmir, cómo desdeñas la buena fortuna que el Degollador te ha concedido! En Haidion te regodeas en la tibieza de ardientes hogares. Manjares suculentos se amontonan en tu mesa. Duermes entre sábanas de seda; tu indumentaria es del paño más fino; el oro adorna tu persona. Parece haber una apropiada población de efebos voluptuosos; no debes temer privaciones en este sentido. Cuando alguien provoca tu desagrado, dices dos palabras y lo asesinan, si tiene suerte. En caso contrario, va al Peinhador. En general, te considero un hombre afortunado.

Casmir pasó por alto la mordaz y exagerada alusión a sus apetitos; en realidad, era casi austero en su uso de sodomitas.

-Sí, sí, sin duda tienes razón. No obstante, estos comentarios describen tanto tu situación como la mía. Sospecho que a menudo te irritas cuando los acontecimientos no te complacen.

Una risa suave surgió de las sombras.

-¡Pero hay una diferencia entre los dos casos! Tú me llamas a mí, no yo a ti.

-Acepto la diferencia -murmuró Casmir.

-Aun así, has sabido encontrar mi punto débil. Murgen ha descubierto un par de mis artimañas y actúa como si el mundo se terminara, lo cual quizá suceda un día. ¿Has oído hablar de su último capricho?

-No.

-Hay un mago llamado Shimrod que vive en Trilda, cerca de la aldea Twamble.

-Conozco a Shimrod.

-Aunque no lo creas, Murgen designó a Shimrod para que me vigile y controle a fin de cerciorarse de que yo hago la voluntad de Murgen.

-Parece una situación irritante.

-No importa. Si Shimrod se devorara a sí mismo como una serpiente mordiéndose la cola, me daría lo mismo. Es fácil de confundir. Haré lo que ya he hecho en otras ocasiones, y el pobre Shimrod caerá en abismos inexplorados.

El rey Casmir presentó una cauta sugerencia:

-Quizá nuestros destinos vayan de la mano. Quizá podamos sacar partido de nuestra asociación.

De nuevo una suave risa en las sombras.

-¡Puedo poner cabezas de sapo a tus enemigos! ¡Puedo transformar en sebo la piedra de sus castillos! ¡Puedo hechizar el mar, para que cada ola arroje a la costa guerreros

---

conducta; plena identificación del yo con la inspiración que impulsa lo siniestro, lo estrambótico, lo terrible. Los adeptos del llamado «Noveno Poder» concebían el dreuhwy como una especie de liberación que los llevaba a la plenitud de sus fuerzas.
Tamurello menciona la idea con ánimo burlón, o quizá como réplica extravagante, ante la cargante insistencia de Casmir en la identificación.

marinos con ojos de madreperla! ¡Pero no me está permitido! Ni siquiera, por algún capricho, me parecería aconsejable.

-Entiendo -dijo pacientemente el rey Casmir-. Sin embargo...

-¿Sin embargo?

-Sin embargo, ocurre una cosa. Persilian, el Espejo Mágico, me habló una vez, aunque yo no se lo había pedido. Sus expresiones desafían la realidad y la razón, y me causan gran desconcierto.

-¿Qué dijo?

-Persilian dijo lo siguiente: «El hijo de Suldrun podrá, antes de haber fenecido, ocupar su legítimo puesto ante Cairbra an Meadhan. Si logra ese cometido, para pesar de Casmir, la Mesa Redonda hará suya, y también el trono Evandig.» Así habló Persilian, y no quiso añadir más. Cuando Suldrun dio a luz a su hija Madouc fui a interrogar a Persilian, pero ya no estaba. He cavilado largamente sobre este asunto. En esas palabras hay una sabiduría que yo no sé elucidar.

Al cabo de un momento la voz respondió:

-Me importan un cuerno tus aspiraciones, y no escucharé reproches si tus asuntos se van al traste. Sin embargo, mis propias fuerzas me llevan por un camino que durante un tiempo puede transcurrir paralelo al tuyo. Mi impulso es el odio. Se concentra en Murgen, su vástago Shimrod y el rey Aillas de Troicinet, quien me causó cruel e irreparable daño en Tintzin Fyral. No me consideres tu amigo, sino el enemigo de tus enemigos.

Casmir rió sombríamente. En Tintzin Fyral, Aillas había colgado a Faude Carfilhiot, amante de Tamurello, en un cadalso altísimo y delgado como la pata de una araña.

-Muy bien. Has hablado con claridad.

-No estés tan seguro -exclamó la hiriente voz-. ¡Tus suposiciones sobre mí siempre serán incorrectas! En este momento, las deliberadas afrentas de Murgen despiertan mi ira. Usa al charlatán Shimrod para hacerme frente y le ordena que me vigile para distraerme. Shimrod se está volviendo engreído y orgulloso, y espera que le rinda cuentas de mi conducta. Ja! ¡Mi conducta le dará una lección!

-Perfecto -dijo Casmir-. Pero ¿qué dices de la predicción de Persilian? Él habla de un hijo varón, pero Suldrun dio a luz una hija. ¿La predicción es falsa?

-¡No puedo asegurarlo! Estas aparentes contradicciones encierran a menudo una asombrosa verdad.

-En tal caso, ¿cuál podría ser esa «asombrosa verdad»?

-Sospecho que dio a luz otro niño.

Casmir parpadeó.

-No es posible.

-Pues bien, ¿quién era el padre?

-Un vagabundo. En mi furia me deshice de él.

-Quizá tuviera mucho que contarte. ¿Quién más podría brindar datos precisos?

-Estaba la doncella, y sus padres, quienes criaron a la niña. -Casmir frunció el ceño al evocar el pasado-. Esa mujer era obstinada y se negaba a hablar.

-Se la podría engañar o convencer. Y quizá los padres también estén al corriente de datos que aún ignoras.

-Esa fuente está seca, a mi entender -gruñó Casmir-. Los padres eran viejos; tal vez hayan muerto.

-Tal vez. Aun así, puedo enviarte a un hombre que es un hurón para oler secretos.

-Lo aceptaría con mucho gusto.

-Escucha. Se llama Visbhume. Es un hechicero de poderes muy limitados y hábitos extraños, debidos tal vez a floraciones amarillas en las rendijas de su cerebro. No te fijes en sus peculiaridades, e impártele órdenes precisas, pues a veces es distraído. Visbhume no tiene escrúpulos; si quieres que estrangule a tu abuela, Visbhume te complacerá, con cuidado y cortesía. Y, si lo prefieres, también estrangulará a su propia abuela.

Casmir gruñó con expresión, incrédula.

-¿Se esfuerza en su trabajo?

-¡Ya lo creo! Una vez que empieza, es obsesivo; no para nunca, como si algo le zumbara siempre en la cabeza. No lo detienen el miedo, el hambre ni la lujuria; no le interesan los hábitos sexuales comunes, y prefiero ni enterarme de sus preferencias personales.

Casmir soltó otro gruñido.

-No me importan esas cosas, mientras cumpla con su deber.

-Es obstinado. Aun así, vigílalo de cerca, pues tiene una extraña personalidad.

4

Una vez a la semana, el rey Casmir administraba la justicia real en los fríos y grises aposentos jurídicos que había junto al Gran Salón. Su silla estaba emplazada en una tarima baja, detrás de una mesa maciza, con guardias con alabardas flanqueándole.

En estas ocasiones, el rey Casmir llevaba una gorra de terciopelo negro ceñida por una ligera corona de plata, junto con ondeante capa de seda negra. Creía, y con razón, que este atuendo realzaba el aire de sombría e implacable justicia que dominaba el aposento.

Durante los testimonios el rey Casmir permanecía inmóvil, fijando sus fríos ojos azules en el testigo. Pronunciaba las decisiones con voz neutra, sin consideraciones hacia el rango, la categoría o las relaciones, y en general con justicia, sin penas extremas ni crueles, para aumentar su reputación de gobernante sabio y equitativo en la comarca.

Concluidas las tareas del día, un subchambelán se acercó a la mesa.

-Majestad, un tal Visbhume espera audiencia. Afirma que está aquí por orden tuya.

-Tráelo aquí. -Casmir despidió a los funcionarios judiciales y ordenó a los guardias que se apostaran frente a la puerta.

Visbhume entró en la sombría y solemne cámara y se encontró a solas con el rey. Avanzó con sus piernas zambas hasta detenerse ante la mesa, donde inspeccionó al rey Casmir con curiosidad de pájaro y poco respeto.

El rey Casmir experimentó disgusto ante esta actitud confianzuda, casi insolente. Frunció el ceño, y Visbhume sonrió para congraciarse.

El rey Casmir señaló una silla.

-Siéntate.

Tal como había anunciado Tamurello, Visbhume no causaba una impresión favorable: alto, de hombros estrechos, pecho hundido y caderas grandes, encorvado hacia adelante como si ansiara cumplir con su deber. Tenía cabeza y nariz estrechas y largas; el cabello negro, que parecía pintado sobre el cuero cabelludo, contrastaba con la tez pastosa. Sombras oscuras le rodeaban los ojos; la boca colgaba laxa sobre una barbilla puntiaguda.

Visbhume se sentó.

-¿Eres Visbhume, enviado aquí por Tamurello? -preguntó Casmir.

-En efecto, majestad.

El rey Casmir entrelazó las manos y dirigió a Visbhume su mirada más gélida.

-Habíame de ti.

-¡Con mucho gusto! Soy persona de muchos talentos, algunos inusitados e incluso singulares, aunque para el ojo distraído soy una persona corriente. Mis habilidades trascienden mi apariencia, soy astuto y sutil, estudio las ciencias arcanas, tengo una memoria precisa. Soy sagaz para desentrañar misterios.

-Un impresionante catálogo de atributos -comentó el rey Casmir-. ¿Eres de noble cuna?

-Majestad, nada sé sobre mi nacimiento, aunque ciertos indicios me inducen a sospechar que soy el resultado de un idilio ducal. Mis recuerdos más tempranos evocan una granja en el norte de Dahaut, cerca de la marca de Wysrod. Como niño abandonado, afronté una vida de labores idiotizantes. Oportunamente huí de la granja y llegué a ser sirviente, y luego aprendiz, de Hipólito el Mago, en Maule. Aprendí axiomas y principios del Gran Arte. ¡Me encaminaba hacia grandes metas! Mas, por desgracia, todo cambia. Hace diez años, en víspera de Glamus, Hipólito se fue de Maule volando en una teja y nunca regresó. Tras un respetuoso período tomé posesión del lugar. Quizá fui demasiado atrevido, pero así soy yo. ¡Marcho al son de una música que no oyen los oídos vulgares! Sonoras trompetas, reverberantes...

El rey Casmir lo interrumpió con un ademán impaciente.

-Tus sonidos interiores me interesan menos que las pruebas concretas de tu capacidad.

-Muy bien, majestad. Mis ambiciones despertaron la malevolencia de envidiosos conspiradores, y tuve que huir para salvar el pellejo. Uncí la cabra de patas de hierro de Hipólito a un carro, y escapé de Maule a la carrera. Con el tiempo me alié con Tamurello, con quien hemos intercambiado conocimientos específicos.

»En este momento me encuentro sin blanca, y cuando Tamurello mencionó tus problemas y me suplicó que te aliviara de tu angustia, acepté. Explica, pues, tus dificultades, para que yo pueda analizarlas.

-El caso es simple -empezó el rey Casmir-. Hace cinco años, la princesa Suldrun dio a luz una hija: la actual princesa Madouc. Circunstancias misteriosas rodean su nacimiento. Por ejemplo, ¿pudieron nacer mellizos? Cuando me interesé por estas cuestiones, tanto Suldrun como el padre habían muerto.

-¿Y se te entregó la niña?

-En efecto. Al principio la llevé a una tal Ehirme, una criada, quien la entregó a sus propios padres; éstos, a su vez, nos la devolvieron. Deseo conocer todos los detalles del caso, pues los pasé por alto en su momento.

-¡Aja! ¡Haces muy bien! ¿Quién era el padre de la niña?

-Nunca quedó claro. No veo más alternativa que investigar a la criada, quien entonces vivía en una granja en el sur, por el camino de Lirlong. Esto sucedió hace cinco años, pero quizá queden huellas.

-¡Confío en ello! Sin duda pronto averiguaremos la verdad.

5

Visbhume regresó a Haidion para informar acerca de sus hallazgos. En su vivaz entusiasmo, se acercó a Casmir con insolente familiaridad.

-¡La criada Ehirme, con toda su familia, se ha mudado a Troicinet!

El rey Casmir se apartó del aliento de Visbhume y le señaló una silla.

-Siéntate... Troicinet, dices. ¿Dónde lo averiguaste?

Visbhume se sentó haciendo aspavientos.

-Me dio la noticia la hermana de Ehirme, cuyo esposo pesca en el Agujero de Took. Más aún... -Visbhume ladeó la cabeza en un gesto de astucia-. ¿Adivinas?

-No. Habla de una vez.

-Graithe y Wynes son el padre y la madre de Ehirme. Ellos también se han mudado a Troicinet. La hermana dice que todos prosperan y viven como ricos propietarios, y detecto en ella cierta envidia que añade color al testimonio.

-Ya lo creo. -Había aquí razones para meditar. ¿Acaso el rey Aillas se interesaba por las cuestiones personales de Casmir?-. ¿Cuánto tiempo han vivido en Troicinet?

-Varios años. La mujer no me lo ha dicho con exactitud, y creo que no tiene noción del tiempo.

-Bien, no importa. Parece que ahora deberás cruzar el Lir para ir a Troicinet.

-¡Ay, aflicción y pesadumbre! -gimió Visbhume-. Pero iré, aunque detesto el incierto movimiento de una embarcación. Además, me resulta difícil olvidar las húmedas profundidades, que no están destinadas al hombre.

-Harás lo que se te ordena. Aillas aún está realizando sus expoliaciones en Ulflandia del Sur, y atenta contra mis planes. Ve pues a Troicinet; averigua todo lo que puedas, pues este asunto influye sobre la sucesión de mi trono.

Visbhume se inclinó hacia adelante, tiritando de curiosidad.

-¿Cómo es posible? ¡El príncipe Cassander es tu heredero!

-En efecto -dijo el rey Casmir-. Por el momento sólo preocúpate por los problemas que te planteo. ¿Cuáles son las circunstancias exactas en que nació la hija de Suldrun? ¿Podría haber dado a luz mellizos? En tal caso, ¿dónde está el otro niño? ¿Has comprendido?

-¡Desde luego! -afirmó Visbhume-. ¡Parto de inmediato a Troicinet, a pesar de mi temor por cada ola del cruel y negro mar! ¡Pero, por impetuosas que sean, no detendrán mi viaje! ¡Casmir, me despido!

Visbhume dio media vuelta y se marchó de la habitación con largas zancadas. Casmir agitó la cabeza y volvió a sus asuntos.

Una hora después, el chambelán anunció la llegada de un mensajero.

-Dice que ha venido deprisa; su mensaje está reservado sólo para tus oídos.

-¿Su nombre?

-Afirma que no significaría nada para ti ni para mí.

-Hazle entrar.

Un hombre joven y delgado con la cara llena de cicatrices se presentó en la cámara. El polvo del camino le había ensuciado la ropa; no parecía ocupar una posición encumbrada, y hablaba con acento de campesino.

-Majestad, me envía Torqual, quien asegura que le conoces bien.

-Es verdad. Habla.

-Torqual necesita monedas de oro para cumplir tu voluntad. Afirma que envió este mensaje a través de Shalles, y desea saber si enviaste oro bajo la custodia de Shalles o no.

El rey Casmir se rascó la nariz.

-No di a Shalles oro para Torqual. No lo pidió... ¿Para qué necesita el oro?

-No me lo ha confiado.

-¿Y tú trabajas con él?

-En efecto. El nuevo rey ha prohibido que los hombres peleen y lleven a cabo justa venganza. Pero ¿ves lo que me ha hecho Elphin de Floon? Aillas y su ley me importan un bledo. En cuanto haya terminado con Elphin de Floon, Aillas puede hacer de mí lo que quiera.

-¿Y qué tiene que ver eso con Torqual?

-Somos renegados. Recorremos los brezales como una manada de lobos. No hace mucho encontramos una guarida adonde nadie puede perseguirnos, y ahora necesitamos oro para acondicionar el refugio y comprar provisiones, pues resulta más fácil comprarlas que robarlas.

-¿Cuánto oro necesitas?

-Cien coronas.

-¿Qué? ¿Pensáis alimentaros de verderoles y miel de jazmines? Te daré cuarenta coronas de oro; debéis comer potaje de cebada y beber leche de oveja.

-He de aceptar lo que me des.

El rey Casmir se levantó y se dirigió hacia la puerta.

-¡Dominic!

El guardia que custodiaba la puerta se asomó.

-¿Majestad?

-Tengo una misión peligrosa para un hombre valiente.

-Majestad, yo soy el hombre que buscas.

-Prepárate, entonces. Debes ir al norte con un saco de oro, y luego me dirás a quién lo has entregado. Este caballero, cuyo nombre ignoro, te guiará.

-Así se hará, majestad.

IX

1

El castillo Clarrie se erguía en una de las zonas más remotas de Ulflandia del Sur, a treinta kilómetros de la frontera de Ulflandia del Norte y casi al pie de los Cortanubes, tres desolados picos del Teach tac Teach.

El amo del castillo Clarrie y de las tierras circundantes era el señor Loftus, uno de los barones que más se resistía al gobierno del nuevo rey. Basaba su intransigencia en los datos de la historia reciente, es decir, las incursiones de los esclavistas ska. Estos episodios habían disminuido con los años, pero partidas de ska aún recorrían la Carretera Alta con propósitos indeterminados.

Además, había entre los vecinos de Loftus personas como Mott de Motterby y Elphin de Floon, tan recalcitrantes como él, y muchos pertenecían a un clan hostil.

El enemigo tradicional del castillo Clarrie había sido durante muchos años la familia Gosse de Fian Gosse, un castillo situado en un valle a treinta kilómetros de Clarrie. Al contrario que Loftus, el joven señor Bodwy había decidido respaldar al rey Aillas en todos sus decretos, con la esperanza de terminar la sangrienta reyerta que había acabado con su padre, sus tíos, su abuelo y con muchos otros parientes en el pasado.

En el cónclave de Doun Darric, Bodwy había hablado con Loftus de Clarrie para manifestar su esperanza de que aumentara la confianza y la cordialidad entre ambas casas, y había comprometido todos sus esfuerzos para propiciar la conciliación, afirmando que una hostilidad perpetua no favorecía los intereses de nadie.

Loftus había respondido secamente, declarando que no volvería a atacar a los Gosse.

Por tanto, un mes después, Bodwy se sorprendió al oír estas palabras de su pastor Sturdevant:

-Lucían el color verde y las charreteras de Clarrie; eran cuatro, aunque yo no conocía a ninguno de vista. Aun así, trataron con insolencia y crueldad a tu hermoso toro Negro Butz, y se lo llevaron hacia Clarrie al galope, con una cadena sujeta a la argolla de la nariz.

Sin demora, Bodwy se dirigió con Sturdevant hacia el castillo Clarrie, adonde durante un siglo ningún miembro de la familia Gosse había ido en paz. Loftus lo recibió con amabilidad, y Bodwy examinó el gran salón del castillo con curiosidad. Manifestó su admiración por un fino tapiz.

-Ojalá éste fuera mi único motivo para venir -manifestó Bodwy-. En realidad, estoy buscando a mi toro Negro Butz. Sturdevant, cuenta tu historia.

-Señor -intervino Sturdevant-, para ser breve, ayer cuatro hombres con la indumentaria verde de Clarrie se llevaron a Negro Butz de sus pasturas.

-¿Qué? -exclamó Loftus con expresión altiva-. ¿Ahora, a pesar de todo, me acusas de robar tu ganado?

-¡En absoluto! -declaró Bodwy-. Te respeto demasiado para eso. Pero convendrás en que las circunstancias son sospechosas. Sturdevant vio el verde de Clarrie en hombres que

no consiguió identificar. Las huellas llevan a tus tierras, pero terminan en el río Swirling.

-Eres libre de registrar mis propiedades -declaró Loftus con voz glacial-. Interrogaré de inmediato a mis pastores.

-Loftus, estoy menos ansioso de encontrar a Negro Butz que de averiguar los motivos de esta extraña acción, y de saber quiénes fueron.

A pesar de muchas cualidades admirables, Loftus carecía de capacidad para adaptarse a ideas nuevas y poco claras. Habían robado el toro de Bodwy, y éste había venido a verlo: la deducción era manifiesta. Bodwy lo consideraba un cuatrero, aunque hipócritamente sostuviera lo contrario.

Loftus quedó bastante desconcertado cuando descubrieron a Negro Butz en un pesebre de su establo, sacrificado y descuartizado.

El perplejo Loftus al fin atinó a hablar. Llamó al mayordomo y ordenó que se entregaran cinco florines de plata a Bodwy, aunque negó toda responsabilidad personal por el acto. Bodwy rehusó el dinero.

-Es evidente que no eres culpable y no puedo aceptar tu dinero. En cambio enviaré un carro a buscar el animal, que mañana crujirá y siseará en el asador. -Impulsado por la generosidad, añadió-: Tal vez tú y otros de tu morada deseen visitar Fian Gosse para participar en el banquete. Este extraño acontecimiento podría tener un efecto contrario al que se buscaba.

-¿Qué quieres decir con eso?

-¿Recuerdas a Shalles, ese presunto caballero de Dahaut, que sin duda era un agente de Lyonesse?

-Recuerdo a Shalles. Su asociación con el rey Casmir no me resulta tan obvia.

-Se trata, desde luego, de una teoría. También tengo la teoría de que Shalles no era el único agente aquí.

Loftus sacudió la cabeza desconcertado.

-Haré averiguaciones. Gracias por tu invitación, pero ante las circunstancias, cuando todavía soy blanco de sospechas, temo que debo rehusar.

-¡Loftus, apostaría todas mis pertenencias a que no eres culpable de este episodio! Reitero mi invitación: que el pobre Negro Butz, quien murió de manera innoble, preste al menos un valioso y postrer servicio a nuestras casas.

Loftus era muy obstinado; una vez que hablaba, consideraba que su palabra era irrevocable, para que nunca lo acusaran de inconstancia.

-Excúsame, Bodwy, pero estaré incómodo hasta que se haya aclarado este misterio.

Bodwy regresó a Fian Gosse. Transcurrieron cinco días. Por entonces un pegulajero fue a verlo con noticias desastrosas. Catorce de las mejores reses de Loftus habían sido robadas durante la noche, y arreadas hacia el sur. Los pegulajeros habían identificado a los ladrones como pastores de Fian Gosse, por su actitud furtiva, y porque nadie más cometería semejante acto.

Faltaban aún noticias peores. Slevan Wilding, sobrino de Loftus, había seguido las huellas hasta las tierras de los Gosse. En un sitio llamado Cerro Hierro, tres hombres ataviados con la librea de Fian Gosse arrojaron una andanada de tres flechas. Herido tres

veces, en el corazón, el cuello y el ojo, Slevan Wilding había caído muerto sobre sus propias huellas. Sus camaradas habían perseguido a los culpables, quienes lograron escapar.

Loftus, al enterarse de la emboscada y examinar las flechas, alzó los puños al cielo y envió a sus jinetes por los brezales y hacia los valles remotos para convocar a los caballeros del clan Wilding al castillo Clarrie. Con ley del rey o sin ella, se proponía vengar la muerte de Slevan Wilding y castigar a quienes le habían robado las reses.

Bodwy envió mensajeros a Doun Darric y preparó Fian Gosse para resistir el asalto y el sitio.

Los mensajeros entraron en Doun Darric al mediodía, montados en caballos agonizantes. Por fortuna, un batallón de doscientos jinetes estaba preparado para cabalgar rumbo a la frontera de Ulflandia del Norte para realizar maniobras. Aillas cambió las órdenes para que se dirigieran deprisa a Fian Gosse.

La tropa cabalgó toda la tarde, se detuvo al caer el sol para descansar una hora y reanudó la marcha a la luz de la luna llena: por el brezal de Bruden, la Carretera del Río Werling hasta el Brezal del Muerto, y luego hacia el nordeste. A medianoche arreció el viento y las nubes ocultaron la luna; había peligro de precipitarse en una ciénaga o un barranco, y la tropa buscó refugio en un bosquecillo de alerces, para apiñarse alrededor de fogatas humeantes.

La marcha se reanudó al amanecer, a pesar del fuerte viento y las ráfagas de fría lluvia. Con capas ondeantes, las tropas avanzaron por el brezal Murdoch Azul, y galoparon bajo nubarrones grises por el camino. Dos horas después del mediodía llegaron a Fian Gosse, cuando hacía apenas una hora que Loftus y los suyos, en número de cien, sitiaban el lugar. Por el momento se habían agrupado fuera del alcance de las flechas enemigas para construir escaleras: allí serían particularmente útiles, pues las murallas de Fian Gosse eran bajas y había pocos defensores. Loftus pensaba que el lugar caería ante el primer embate, el cual se proponía dirigir a la luz de la luna.

La aparición de las tropas del rey, y del rey mismo, frustró sus planes, y al instante conoció la amargura de la derrota completa. Si ahora corría sangre, los Wilding aportarían el torrente más abundante. Se preguntó qué debía hacer. ¿Retirarse? ¿Luchar? ¿Parlamentar? No lograba ver nada salvo la humillación.

Loftus enfrentó las tropas del rey con altiva pesadumbre, el yelmo echado hacia atrás, las manos en la empuñadura de la espada, la punta clavada en la hierba a sus pies.

Un heraldo se adelantó, se apeó con elegancia y se dirigió a Loftus.

-Señor, hablo con la voz del rey Aillas. Te ordena que envaines la espada, te acerques y expliques por qué estás aquí. ¿Qué mensaje he de llevar al rey Aillas?

Loftus no respondió. Envainó furiosamente la espada y echó a andar. Aillas desmontó del caballo y lo esperó. Los ojos de todos los presentes -el clan de Wilding, los defensores de Fian Gosse, las tropas reales- seguían cada paso.

El rastrillo de Fian Gosse subió rechinando, y el señor Bodwy, con tres acompañantes, salió y se acercó también al rey Aillas.

Loftus se detuvo a tres metros de Aillas. Bodwy se acercó en silencio.

-Entrega tu espada a Glyn -ordenó Aillas-. Estás arrestado, y te acuso de conspiración para efectuar un asalto ilegal y cometer actos de violencia sanguinaria.

Loftus entregó la espada sin decir palabra.

-Escucharé tu alegato -dijo Aillas.

Loftus habló, y luego Bodwy, y así sucesivamente, hasta que se contó toda la historia.

Aillas habló con voz más desdeñosa que ruda:

-Loftus, eres obstinado, soberbio e inflexible. No pareces cruel ni perverso, sólo impulsivo hasta el extremo de la tontería. ¿Comprendes cuánta suerte has tenido de que yo llegara antes de que se hubiera derramado sangre? Si se hubiera perdido una sola vida, te habría considerado culpable de homicidio; te habría colgado de inmediato y después habría reducido tu castillo a un montón de escombros.

-¡Se ha derramado la sangre de mi sobrino Slevan! ¿A quién colgarás por ese crimen?

-¿Quién es el asesino?

-Uno de los Gosse.

-¡No! -exclamó Bodwy-. ¡No soy tan tonto!

-Exacto -rumió Aillas-. Sólo a alguien tan neciamente apasionado como tú se le escaparía el propósito de este crimen, que estaba destinado a provocar una reyerta entre vosotros y a causarme problemas. Me has puesto en un difícil trance, y ahora debo recorrer un delicado sendero entre la sabiduría y la ciega justicia, pues no quiero castigar la simple necedad. Además, Pirmence te considera inocente de encarcelamientos y torturas, lo cual te favorece en gran medida. Pues bien: ¿qué garantías ofreces de que nunca más tomarás las armas para hacer justicia por tu propia mano, salvo en defensa propia, o al servicio del rey?

-¿Qué garantías ofrece Bodwy de que no me robará más reses? -barbotó Loftus.

Bodwy soltó una risilla divertida.

-¿Tú robaste mi toro Negro Butz?

-No. Jamás haría tal cosa.

-Tampoco yo robaría tu ganado.

Loftus miró hacia las colinas con mal ceño.

-¿Afirmas que todo esto es un truco?

-¡Peor, mucho peor! -exclamó Bodwy-. Alguien planeó que tú sitiaras y destruyeras Fian Gosse y luego sufrieras las consecuencias, para perjuicio mío, tuyo, del rey Aillas y de toda la región.

-Veo adonde va tu razonamiento. ¡Sólo un loco podría concebir un plan tan artero!

-No un loco -dijo Aillas-. A menos que Torqual lo esté.

Loftus parpadeó.

-¿Torqual? ¡Es un renegado!

-Al servicio de Lyonesse. ¡Decídete, Loftus! ¿Cómo me garantizas que en el futuro te mantendrás fiel, leal y obediente a las leyes del país?

Torpemente, Loftus se arrodilló y se puso al servicio del rey, jurando por su honor y la reputación de su casa.

-Eso será suficiente -declaró Aillas-; Bodwy, ¿qué dices tú?

-No tengo denuncias que hacer, siempre que terminen las disputas entre los Wilding y los Gosse.

-Muy bien, así sea. Glyn, devuelve al señor Loftus su espada.

Demasiado conmovido para hablar, Loftus envainó la espada.

-Nuestro enemigo es Torqual -manifestó Aillas-. Se esconde en Ulflandia del Norte y viene aquí a perpetrar actos oscuros. No me cabe duda de que en este mismo instante nos está observando desde la montaña o el bosque. Os pido que averigüéis sobre él cuanto esté a vuestro alcance. En la actualidad no podemos adentrarnos en Ulflandia del Norte sin provocar a los ska, para lo cual aún no estamos preparados. Sin embargo, tarde o temprano repararán en nosotros. Y dudo que les importen nuestros intereses.

»Mientras tanto, ordenad a vuestros arrieros y pastores que vigilen los brezales. Sea hombre, mujer o niño, quienquiera que ayude a capturar a Torqual tiene la fortuna garantizada. Divulgadlo, por favor. También advertid a vuestra gente acerca de Torqual y sus trucos.

»Ahora, Loftus, no puedo dejarte libre sin más, pues perdería mi reputación. Primero estarás a prueba durante cinco años. Segundo, te multo con veinte coronas de oro, que pagarás al erario real. Tercero, debes presidir un festival de amistad entre vuestros clanes, en el cual nadie llevará armas, y sólo se pronunciarán palabras afables. Que haya música y danza, y que se ponga fin al derramamiento de sangre entre vecinos.

Bodwy se volvió hacia Loftus extendiendo el brazo.

-He aquí mi mano.

El rígido Loftus, todavía humillado, olvidó de pronto todo lo que había ocurrido. En un impulso de generosidad tan cálido como el de Bodwy, estrechó con fuerza la mano que se le ofrecía.

-Jamás faltaré a mi promesa. Espero que seamos buenos amigos y vecinos.

2

Aillas acababa de regresar a Doun Darric cuando sus presagios se cumplieron plenamente, y los problemas anteriores de pronto parecieron triviales.

Durante mucho tiempo había esperado un indicio de hostilidad ska hacia su gobierno, al menos un par de escaramuzas, para probar su temple. Los ska no se limitaron a un indicio, sino que le propinaron un golpe duro y brutal, un desafío que le permitía sólo dos respuestas: podía olvidar, poniéndose en ridículo y perdiendo prestigio, o arriesgarse a luchar, sumiéndose en un conflicto para el cual aún no estaba preparado.

La acción de los ska no se podía considerar una sorpresa. Aillas conocía íntimamente a los ska; se consideraban en guerra con el resto del mundo, y aprovechaban cualquier oportunidad para extender su poder. Como Ulflandia del Sur se fortalecería bajo el gobierno del rey Aillas, su reinado debía terminar. Como primer paso, con un mínimo desgaste de fuerzas y vidas, los ska tomaron la ciudad de Suarach, en la margen sur del río Werling, cerca de la frontera entre ambas Ulflandias.

Hasta el momento habían dejado Suarach en paz, para que sirviera como zona neutral donde poder comerciar con el mundo exterior. Las fortificaciones de la ciudad

estaban destruidas desde tiempo atrás; Aillas, puesto que carecía de fondos y tropas para una guarnición adecuada, había dejado Suarach indefensa, con la esperanza de que los ska siguieran considerándola zona neutral.

Sin embargo, los ska atacaron de golpe, para que no hubiera confusión respecto de su política hacia Ulflandia del Sur; entraron en Suarach con cuatro regimientos de jinetes e infantes y tomaron la ciudad sin encontrar ninguna resistencia.

Inmediatamente después formaron cuadrillas de obreros con habitantes de la ciudad y, trabajando con la feroz intensidad típica de toda su conducta, repararon las fortificaciones. Suarach se convirtió en un desafío para Aillas y la dignidad de su mandato, y no podía ignorarlo sin una deplorable reducción de su prestigio.

Aillas se encerró dos días en su cuartel general de Doun Darric, evaluando sus alternativas. Un contraataque inmediato para recuperar Suarach mediante un asalto frontal parecía la opción menos viable. Los ska tenían líneas de comunicación cortas; sus soldados eran superiores a las inexpertas tropas ulflandesas en todas las categorías militares: adiestramiento, disciplina, liderazgo, armamento. Existía además la certeza casi religiosa de que los ska eran invencibles. Aillas consideraba que las tropas troicinas estaban más cerca de los ska, pero aun así no eran comparables en mera capacidad de combate .

Aillas, a solas en la casa que oficiaba de cuartel general en Doun Darric, contemplaba la lluvia que barría el brezal: un espectáculo desolador, aunque no más sombrío que el difícil trance a que se enfrentaba. Si comprometía tropas, naves y provisiones de Troicinet en cantidad suficiente para derrotar a los ska, no sólo corría el riesgo de suscitar una mala opinión en su patria, sino que se arriesgaba a una súbita embestida del rey Casmir de Lyonesse (quien se alegraría de sorprender a Aillas atrapado en una desesperada guerra contra los ska) [15].

En este momento, la atención de cada barón, caballero y señor de Ulflandia del Sur se concentraba en él. Si no devolvía el golpe, perdería su credibilidad como rey y se convertiría en otro Oriante, incapaz de hacer frente a la fuerza de los ska.

Aillas, mirando por la ventana el brezal azotado por la lluvia, llegó a una decisión, que en realidad era menos un plan de acción que la enumeración de las reacciones que no debía tener: no atacaría Suarach, no pediría refuerzos a Troicinet, excepto naves para asediar los barcos ska, y no volvería la espalda a la situación como si nada hubiera pasado. ¿Qué quedaba entonces? Sólo las clásicas armas del pobre: destreza y astucia.

¿Qué ocurría con Ulflandia del Norte? Los ska la asolaban a gusto, usando la región como una franja salvaje que a su tiempo ocuparían. Ahora explotaban sus recursos madereros y minerales, y reclutaban a los desperdigados habitantes forzándolos a

15 Un soldado ska temía a una sola cosa: la desaprobación de sus camaradas. Ascendía en la sociedad civil principalmente a través de sus hazañas militares, y libraba cada batalla con total ferocidad, lo cual desalentaba a sus adversarios aun antes del comienzo del combate.
Al margen de esto, los ska constituían un pueblo gentil y respetuoso de sus leyes que se atenía a las normas de una cultura compleja y singular; su historia escrita tenía diez mil años, y sus tradiciones eran mucho más antiguas. Originalmente, habían constituido una pequeña tribu que viajaba hacia el norte siguiendo el retroceso de los glaciares, y se habían convertido en los verdaderos nativos de Escandinavia, de donde habían sido expulsados por los ur-godos (que luego fueron los escandinavos y los vikingos, pueblos que adoptaron muchas costumbres ska, entre ellas la nave larga).
Las leyendas ska evocaban batallas con «ogros caníbales» -evidentemente tribus Neanderthal-, que procreaban, según ellos, con todas las demás tribus de hombres verdaderos, de modo que sólo los ska eran de origen humano puro, y todos los demás eran híbridos contaminados por la mezcla de sangre Neanderthal.
Para más detalles acerca de la fascinante historia y psicología de los ska, véase el glosario de Lyonesse I: El jardín de Suldrun.

trabajar en sus cuadrillas. Habían expulsado a todos los ulflandeses de la franja costera conocida como Costa Norte, y los habían reemplazado por ska que no sólo cultivaban las tierras fértiles, sino también las comarcas que los ulflandeses habían reducido a zonas de pastoreo. En el resto del país, unos pocos campesinos se apiñaban en aldeas sórdidas, ocultándose cuando los ska iban en busca de mano de obra, aunque en Xouanges el rey Gax aún conservaba su mandato nominal.

La oscuridad cayó sobre el húmedo brezal. Aillas cenó pan con lentejas y permaneció dos horas a solas junto al fuego antes de acostarse, y al fin el suave tamborileo de la lluvia en el techo lo ayudó a dormir.

Por la mañana, milagrosamente, el sol resplandecía en un cielo vivido y azul, y los brezales, reluciendo con las gotas bañadas por el sol, no parecían tan inhóspitos.

Aillas desayunó y envió un mensaje a Dorareis, ordenando que zarparan de inmediato seis navíos hacia Ys para luego surcar el Mar Angosto en busca de naves ska.

Luego se reunió con el alto mando militar. Definió los problemas y explicó cómo esperaba solucionarlos.

La reacción de su plana mayor lo sorprendió y animó; en realidad, las reflexiones de Aillas coincidían con las de la mayoría. Incluso se alzaron voces airadas contra los ska:

-¡Ya hemos aguantado bastante a esos demonios de corazón negro! ¡Ahora les mostraremos de qué están hechos los guerreros ulflandeses!

-¡Es verdad que nos han derrotado antes! ¿Y por qué? ¡Porque están bien entrenados, lo cual da a cada hombre la fuerza de tres! ¡Ahora nosotros también hemos recibido adiestramiento!

-¡Yo propongo que ataquemos ya! ¡Penetremos en Ulflandia del Norte y busquemos sus ejércitos! ¡No somos ovejas, como ellos creen!

Aillas, casi riendo, exclamó:

-¡Ah, amigo Redyard! ¡Si todo nuestro ejército tuviera tu determinación, nuestros problemas desaparecerían! Pero por ahora hemos de luchar con la inteligencia, más que con la emoción. El único punto vulnerable de los ska es su reducido número; no pueden resistir grandes pérdidas, por muchas bajas que inflijan al adversario. Pero valoro a cada uno de nuestros hombres y no deseo canjear vidas, y menos dos de las nuestras por una de ellos, aunque eso nos llevara a la victoria. Debemos atacar como bandidos, golpear y retirarnos antes de sufrir pérdidas. Ganaremos la guerra sin prisa pero sin pausa. Por otra parte, si intentamos combatir con los ska cara a cara, nos prestaremos a su juego, tendremos muchas bajas y aun así no ganaremos.

-Es un modo delicado de exponer la situación -señaló el caballero Gahaun-. Además, como la mitad de nuestros soldados empezaron como bandidos, eso facilitará el entrenamiento.

-Entrenamiento, siempre entrenamiento -rezongó el caballero Redyard- ¿Cuándo peleamos?

-Sé paciente, señor. Pelearás pronto, te lo aseguro.

Una semana después, Aillas recibió un mensaje del castillo Clarrie:

He aquí una información que te interesará. Uno de mis pastores descubrió tres de mis reses robadas en lo alto de las colinas, cerca del monte Noc. Salimos con sigilo y logramos capturar a uno de los ladrones, pues estaba herido de flecha. Antes de morir

nos dio información sobre Torqual, quien ahora dirige a una veintena de matones desde Ang, una antigua fortaleza en un lugar denominado Garganta del Grito del Diablo, que es inexpugnable. Tiene oro para comprar buenas armas, comida y bebida, y por lo visto el oro procede, como sospechabas, del rey Casmir de Lyonesse, con quien Torqual se mantiene en contacto.

3

No obstante, el rey Casmir no estaba satisfecho con los esfuerzos de Torqual. Una vez más, Torqual envió un mensajero para pedir oro, y en esta ocasión el rey Casmir pidió cuentas de los fondos gastados y los resultados obtenidos.

-No estoy seguro de que mi dinero se invierta bien -objetó el rey Casmir-. A decir verdad, mis informadores cuentan que Torqual vive casi en el lujo, y que él y su banda de forajidos comen suculentos manjares. ¿Así se gasta mi oro, en golosinas y pasteles?

-¿Y por qué no? -preguntó el mensajero-. Nuestra guarida es Ang, que no ofrece más comodidades que un montón de piedras. ¿Hemos de morir de hambre mientras hacemos tu trabajo? Cuando la lluvia entra por las ventanas y el fuego se apaga por falta de combustible seco, Torqual al menos puede ofrecer a su banda el solaz de un buen vino y una apetitosa comida.

A regañadientes, Casmir entregó otras veinte coronas, indicando a Torqual que aprendiera a vivir de los recursos de la comarca.

-Sugiero que siembre avena y cebada en los terrenos libres y que críe vacas, ovejas y aves, como los demás habitantes de la región, y así disminuirá este implacable derroche de mi tesoro.

-Señor, con el mayor respeto por tu sabiduría, no podemos cultivar avena ni cebada en superficies verticales de piedra, ni puede el ganado sobrevivir en esas zonas.

Casmir no se quedó convencido, pero no replicó nada más.

Transcurrieron varios meses, mientras importantes acontecimientos se producían en las Ulflandias. Los mensajes secretos procedentes de Doun Darric y otras partes no mencionaban a Torqual, y el rey Casmir ignoraba qué hacía su agente.

El mensajero regresó al fin, y de nuevo pidió oro: en esta ocasión, cincuenta coronas.

Por una vez el rey Casmir perdió su gélida compostura.

-¿He oído bien? -exclamó boquiabierto.

-Señor, si has oído «cincuenta coronas», has oído bien. La tropa de Ang suma ahora veintidós fuertes guerreros, a quienes se debe alimentar, vestir y armar. Nuestras otras fuentes de ingresos nos están fallando; entretanto Torqual se recupera de una herida. Te envía este mensaje «Si he de mantener mi fuerza y trabajar a tu servicio, necesito oro».

El rey Casmir suspiró y sacudió la cabeza.

-No tendréis más oro mientras no vea pruebas de que vuestro trabajo está siendo de utilidad. ¿Puedes informarme al respecto? ¿No? ¡Rosko! Este caballero se marcha.

Al anochecer de ese mismo día, el tal Rosko, un subchambelán de Casmir, anunció con voz nasal y desdeñosa que un tal Visbhume deseaba una audiencia privada con el rey.

-Hazle entrar -masculló Casmir.

Entró Visbhume, dejando atrás al sorprendido Rosko y bailoteando como si descargara energías. Como la vez anterior, llevaba una mugrienta capa negra, y además una gorra negra de pico largo, la cual, junto con sus inquietos ojos negros, la larga nariz ganchuda y el cuerpo encorvado, le daba un aire de ávida curiosidad. Se detuvo ante el rey Casmir, se quitó la gorra, le dirigió una sonrisa confiada y astuta, y se inclinó en una compleja reverencia.

El rey Casmir señaló una silla a cierta distancia; el aliento de Visbhume no resultaba precisamente agradable.

Visbhume se sentó con la tranquila actitud de quien ha sabido hacer su trabajo. Casmir despidió a Rosko con un ademán y preguntó a Visbhume:

-¿Qué noticias traes?

-¡Señor, he aprendido muchas cosas!

-Habla, pues.

-A pesar de mi temor hacia el bravío mar, crucé con valentía el Lir, como conviene a un agente privado de su majestad.

Visbhume no creyó necesario mencionar que había pasado casi un mes averiguando cuál de las naves que surcaban el Lir ofrecía el viaje más veloz, seguro y confortable.

-Cuando llaman el servicio o el deber -añadió-, respondo con la ciega certeza del sol naciente.

-Me alegra oírlo -dijo el rey Casmir.

-Al llegar a Dorareis, me alojé en la Posada del Águila Negra, que parecía la más...

El rey Casmir levantó la mano.

-No es preciso que describas cada incidente. Limítate a tus averiguaciones.

-Como quieras, majestad. Al cabo de un mes o más de sutiles investigaciones, descubrí en qué región vivía Ehirme. Me dirigí a esa localidad, y allí, tras semanas de nuevas investigaciones, encontré las casas de Ehirme y sus padres.

»Para mi sorpresa, descubrí que la hermana de Ehirme no había exagerado. Estas personas han recibido títulos y viven en el lujo, con criados que barren el hogar y friegan el umbral. Ahora todos consideran a Ehirme una dama, y su esposo es el escudero Dikken. Sus padres son el "honorable Graithe" y la "dama Wynes". Las ventanas tienen cristales limpios y hay cuatro chimeneas en el tejado de la casa. Las salchichas impiden ver el techo de las cocinas.

-Un progreso extraordinario -comentó el rey Casmir-. Continúa, pero resume un poco las semanas y los meses, pues de lo contrario estaremos aquí el mismo período de tiempo que dure tu historia.

-¡Majestad seré breve, e incluso lacónico! Las indagaciones locales no desentrañaron nada que nos interesara, así que decidí interrogar directamente a la dama Ehirme. Aquí tuve dificultades, pues no puede hablar con claridad.

-Yo le corté la lengua en dos -explicó el rey Casmir.

-¡Ahora lo entiendo! Su esposo es huraño, y tan locuaz como un pez muerto, así que llevé mis preguntas a Graithe y Wynes, pero de nuevo me topé con una actitud ofensiva y taciturna. Pero ahora iba preparado, y disfrazado de mercader de vinos les serví una libación que los ablandó, y cantaron todo lo que sabían.

Visbhume ladeó la cabeza, sonriendo ante la evocación. El rey Casmir esperó sin hacer comentarios, hasta que al fin Visbhume le confió sus gratos recuerdos.

-¡Ah, qué triunfo! -declaró Visbhume-. ¡Escucha esta noticia! ¡El niño que Graithe y Wynes recibieron al principio era un varón! Un día llevaron el cesto al bosque y las hadas de Thripsey Shee secuestraron al niño y dejaron una niña. ¡La princesa Madouc ocupa el lugar del primogénito!

El rey Casmir cerró los ojos y los apretó diez segundos, pero no dio otro indicio de sus emociones, y cuando habló lo hizo con la voz tranquila de siempre.

-¿Y el niño?

-Nunca más lo vieron.

-¡Persilian reveló la verdad, más de lo que yo pensaba! -murmuró Casmir como si hablara consigo mismo.

Visbhume cobró un aire de juiciosa sabiduría, como convenía a un asesor de confianza del rey. El rey lo evaluó un largo momento, luego dijo en voz baja:

-¿Con quién más has hablado de esto? ¿Con Tamurello?

-Con nadie, excepto contigo. ¡Hay que actuar con discreción!

-Has hecho bien.

Visbhume se puso en pie.

-¡Gracias, majestad! ¿Cuál será mi recompensa? Espero una agradable finca.

-Cada cosa a su tiempo. Antes debemos llevar este asunto hasta el final.

-¿Te refieres al niño? -preguntó huecamente Visbhume.

-Desde luego. Ahora tendría cinco años. Tal vez aún vive con las hadas.

Visbhume torció el gesto.

-Lo dudo. Son propensas a caprichos y arrebatos. Sus entusiasmos nunca duran. El niño habrá sido expulsado al bosque y devorado por las fieras.

-No lo creo. Hay que encontrar a ese niño, identificarlo y traerlo a Haidion. Es de la máxima urgencia. ¿Sabes dónde está Thripsey Shee?

-No, majestad.

El rey Casmir sonrió sombríamente.

-Como era de esperar, está cerca de la antigua morada de Graithe y Wynes... es decir, más allá de la aldea Glynwode, en el límite del bosque. Encuentra el shee[16] e interroga a las hadas. Si es preciso, sedúcelas con una droga.

Visbhume soltó un chillido de consternación.

-¡Majestad, una palabra!

16 Shee (del irlandés sidhe, «colina de las hadas»): palacio donde viven las hadas. (N. del T.)

El rey Casmir, volviendo lentamente la cabeza, dirigió a Visbhume una mirada fría y azul como un lago glacial.

-¿No tienes más información que ofrecerme?

-No, majestad. Debo pensar largamente sobre el mejor modo de cumplir tus órdenes.

-No pierdas tiempo. Este asunto es de suma importancia... ¿Por qué esperas?

-Majestad, tengo necesidades.

-¿En qué sentido?

-Necesitaré un caballo acorde con mi condición, además de dinero para mis gastos.

-Habla con Rosko. Él solventará tus problemas.

4

El Sfer Arct, que entraba en la ciudad de Lyonesse desde el norte, bordeaba la más antigua ala de Haidion, luego continuaba a través de la ciudad hasta el Chale, la explanada que daba a la bahía. En esta intersección se encontraba la Posada de las Cuatro Malvas, donde Visbhume se alojó, al parecer desobedeciendo la orden del rey de darse prisa.

Visbhume cenó langosta fresca bañada en salsa de vino, mantequilla y ajo, y consumió una botella del mejor vino de la posada. A pesar de esta comida suculenta, comió sin apetito, con ánimo sombrío. Si se aproximaba a las hadas para fastidiarlas con preguntas, sin duda le harían objeto de malignas travesuras, pues se complacían en atormentar a las personas en quienes detectaban odio y temor, y ambas emociones abundaban en Visbhume.

Al terminar la cena, Visbhume fue a sentarse en un banco en un lado de la plaza, y mientras anochecía sobre la ciudad meditó sobre su misión. ¡Ojalá se hubiera esforzado más durante su aprendizaje con Hipólito! Pero sólo había adquirido técnicas fáciles y nunca había abordado las duras disciplinas necesarias para dominar plenamente el Gran Arte. Cuando huyó de Maule en el carro, se llevó algunas pertenencias de Hipólito: aparatos, libros, curiosidades y su gran trofeo, el Almanaque de Twitten. Había escondido estos objetos en un lugar secreto de Dahaut, donde ahora no le servían de nada, y no conocía ninguno de los conjuros necesarios para el traslado instantáneo.

Visbhume se rascó la larga nariz. El viaje instantáneo era uno de los conocimientos que debía sonsacar a Tamurello cuando las circunstancias fueran favorables. Hasta el momento Tamurello no le había revelado nada; en realidad a menudo su actitud era ambigua, y sus sarcásticos comentarios herían a Visbhume en lo más hondo, así que ahora se resistía a pedir ayuda a Tamurello por temor a sus burlas.

Pero ¿adonde más podía acudir? Las hadas eran criaturas muy caprichosas; para granjearse sus favores, o para obtener sus conocimientos, había que entretenerlas, o deleitarles los sentidos, o despertar su codicia, o quizá sólo su curiosidad. O su temor.

Visbhume reflexionó mucho rato, pero fue en vano, y por fin resolvió acostarse.

Por la mañana se enfrentó de nuevo a su problema.

-¡Soy Visbhume! -se dijo-. ¡Soy inteligente, penetrante, audaz!

¡Soy Visbhume el mago, quien invoca el alba y marcha por la vida con la frente ceñida por colores irisados, transportado por una música gloriosa!

Pero luego, con otra voz, se dijo:

-Todo esto está muy bien, pero ¿cómo ejercitaré mi poder en este caso?

Ninguna de las dos voces le ofreció respuesta alguna.

A media mañana, cuando estaba sentado en el banco, se le acercó un moro corpulento de barba negra que vestía turbante y djellaba. El moro lo miró con aire divertido y al fin dijo:

-¡Bien, Visbhume! ¿Cómo anda todo?

Visbhume lo miró con desconfianza, y al fin dijo:

-Señor, tienes una ventaja sobre mí. ¿Nos conocemos?

El moro rió.

-Pregúntate, Visbhume, ¿quién sabe de tu presencia en la ciudad de Lyonesse?

-Tres personas: el rey Casmir, su sirviente Rosko y otro personaje cuyo nombre conviene callar, por discreción.

-¿Será Tamurello el nombre que, en tu sabio recato, prefieres no mencionar?

-En efecto. -Visbhume estudió la cara de barba negra-. Éste es un aspecto poco familiar.

Tamurello asintió.

-En realidad, se parece a mi apariencia original, de manera que me resulta cómoda. Pareces preocupado. ¿Cuál es la dificultad?

Visbhume explicó su problema con franqueza.

-El rey Casmir me ha ordenado que sonsaque información a las hadas, y estoy aquí pensando en diversos procedimientos, pero ninguno me parece apropiado. Para ser sincero, me asustan las jugarretas de las hadas. Me transformarán en garza, o me alargarán la nariz, o me lanzarán al cielo en un remolino.

-Los peligros son reales -admitió Tamurello-. Para eludirlos debes usar la destreza de un amante con su esquiva amada, o bien seducir a las hadas con maravillas.

-De acuerdo -gimió Visbhume-, pero ¿cómo?

Tamurello miró hacia la bahía.

-Ve al mercado -dijo al cabo-, y compra ocho madejas de hilo rojo y ocho más de hilo azul. Tráelas aquí y veremos.

Visbhume obedeció enseguida. Al regresar encontró a Tamurello sentado cómodamente en el banco. Visbhume iba a sentarse pero Tamurello le hizo una seña.

-Sólo hay lugar para uno. Muéstrame el hilo... Aja, esto servirá. Haz una pelota con el hilo rojo, y otra con el hilo azul. Aquí tengo un carrete que en apariencia ha sido tallado en madera de arce; obsérvalo, por favor. -Tamurello mostró un objeto de cinco centímetros de diámetro-. Verás que tiene un orificio, y que en realidad no es de madera.

-¿Y qué es?

-Una pequeña e inteligente criatura que ha recibido instrucciones mías. ¡Ahora escucha con atención! Haz exactamente lo que digo; de lo contrario sufrirás males y volarás por el prado de Madling como garza o, más probablemente, como cuervo; a veces las hadas tienen un humor mordaz.

-No te preocupes. Retengo lo que me han dicho para siempre, pues mi memoria es como una crónica tallada en piedra.

-Una característica útil. Ve al prado de Madling y muéstrate dos horas después del amanecer. En el centro del prado verás un montículo. Al lado hay un viejo y nudoso roble. Allí está Thripsey Shee.

«Camina por el prado sin hacer caso a los ruidos, golpes, gorjeos y pellizcos: no significan nada. Las hadas sólo se divierten y no te harán ningún mal serio, a menos que les des razones, pateando, maldiciendo o mirando airadamente alrededor. Camina con aplomo, y en su curiosidad ni siquiera pensarán en fastidiarte.

«Cuando llegues al encorvado roble, sujeta un extremo del hilo rojo a una rama, luego retrocede hasta un par de jóvenes abedules, arrastrando el hilo rojo por el prado.

«Al llegar a los abedules, arroja la pelota de hilo rojo entre los troncos. No pases entre ellos. Luego introduce el extremo del hilo azul en el agujero del carrete y hazle un nudo para que quede sujeto. Arroja el hilo azul detrás del rojo y pronuncia las palabras que ahora te enseñaré. -Tamurello le habló aparte al carrete-. No me hagas caso ahora, es sólo un ensayo. ¡Visbhume, atención! En el momento apropiado, di estas palabras: "¡Carrete, a tu trabajo!" Luego retrocede. No mires el carrete; no mires entre los árboles. ¿Queda claro?

-Completamente, en todo sentido. ¿Y luego?

-No puedo predecirlo. Si las hadas te hacen preguntas debes decir: «¿Quién habla? Mostraos; un hombre prudente no revela su sabiduría al aire.» Luego, una vez que se muestren, debes negar que conoces el shee, para que no te acusen de ir con un propósito determinado. Cuando te pregunten qué has hecho, debes responder: «Esto es un nexo con el Hai-Hao, y nada puede pasar sin mi autorización.» -¿De verdad lo es? -preguntó Visbhume, fascinado por la maravillosa idea.

-Eso no importa. Lo que importa es que las hadas te crean.

-Supongamos que las engaño, y luego ellas se acuerdan y envían búhos para fastidiarme, como hicieron con el pobre Tootleman de Colina Nevada.

-¡Tienes razón! No obstante, el nexo es real, aunque dura sólo mientras el viento lo permite.

Visbhume hizo más preguntas, explorando las contingencias hasta que Tamurello se impacientó y se dispuso a partir.

-¡Una última cuestión! -exclamó Visbhume-. Si responden a mis preguntas, quizá me otorguen otros favores, como un Sombrero de la Sabiduría, Zapatos Veloces o una Cartera de la Abundancia para atender a mis necesidades.

-Pide lo que quieras -dijo Tamurello, sonriendo de un modo que Visbhume consideró algo desdeñoso-. Sin embargo, una advertencia: las hadas se muestran muy intolerantes con la avaricia.

Tamurello se levantó del banco, echó a andar por la plaza y se fue por el Sfer Arct.

Visbhume lo siguió con mirada sombría. La actitud de Tamurello no siempre era afectuosa y amable, como correspondía a un verdadero camarada. Pero, a fin de cuentas, el mago era un individuo digno. Había que aceptar sus caprichos y rarezas; tal era la esencia de la amistad.

Como aún era temprano, Visbhume también echó a andar por el Sfer Arct. En Haidion preguntó por Rosko, el subchambelán.

-Soy el caballero Visbhume. El rey me ha asegurado una bolsa con oro y monedas de plata, un buen caballo con sus correspondientes arreos, y todo lo que pueda necesitar. Por orden del rey, debes concederme lo que te pida.

-Espera aquí -indicó Rosko-. Debo comprobar cada detalle de esta solicitud.

-¡Esto es insultante! -protestó Visbhume-. ¡Te denunciaré al rey Casmir!

-¡Denuncia todo lo que quieras! -replicó Rosko, y fue a hablar con el palafrenero.

Una hora después, Visbhume salía de la ciudad y cabalgaba hacia el norte en una majestuosa yegua blanca de anchas ancas y cabeza gacha. Con voz estridente y ultrajada, Visbhume había exigido al palafrenero una montura más digna.

-¿He de llevar a cabo la misión del rey como un patán que va a entregar un saco de nabos? ¿No hay orgullo en los establos de Haidion, que entregan una jaca tambaleante a un caballero?

El palafrenero se señaló los oídos indicando lo que Visbhume sospechó era una sordera fingida; en cualquier caso, Visbhume tuvo que aceptar la montura, y la bolsa no reveló el cálido fulgor del oro.

Al llegar a la Calle Vieja, tomó hacia el este y cabalgó hasta el poniente, llegando a la aldea Pinkersley, donde se alojó en la Zorra y las Uvas. Al día siguiente llegó a Pequeña Saffield, y en la encrucijada enfiló hacia el norte. Pasó la noche en Tawn Timble, y al día siguiente prosiguió el viaje hasta Glymwode. Durante la tarde se familiarizó con el vecindario y, mediante cuidadosas preguntas, averiguó el paradero del prado de Madling: debía internarse más de un kilómetro por un sendero en el Bosque de Tantrevalles. Visbhume regresó a Glymwode y pernoctó en la Posada del Hombre Amarillo.

Al amanecer, Visbhume se puso en marcha por el sendero y llegó al prado de Madling. Descabalgó, sujetó la yegua a un árbol y, de pie bajo la sombra del bosque, inspeccionó el prado. Lo rodeaba una paz bucólica, sin más ruido que el zumbido de los insectos. Ranúnculos, margaritas, malvas, acianos y muchas otras flores salpicaban la hierba de colores. En el claro cielo azul flotaban nubes blancas. En el centro del prado se elevaba un montículo sobre el cual crecía un nudoso y viejo roble. No se veía ninguna criatura viviente.

Visbhume preparó las pelotas de hilo y avanzó hacia la luz del sol alejándose de la sombra del bosque. El silencio parecía aún más denso que antes.

Visbhume atravesó tranquilamente el prado, sin mirar a los lados. Se detuvo en el montículo y algo le tiró de la capa. Visbhume no prestó atención. Sacó la pelota de hilo rojo y sujetó un extremo a una rama del viejo roble.

Detrás del montículo se oyó una risita traviesa y sofocada. Visbhume fingió no oírla. Dio media vuelta y desplegando el hilo rojo, retrocedió hasta dos jóvenes abedules que se erguían a poca distancia del linde del prado. Oyó a sus espaldas un susurro y cuchicheos ahogados. Visbhume fingió no oírlos. Algo volvió a tirarle de la capa; Visbhume no prestó

atención, y continuó caminando por el prado dejando el hilo rojo tras de sí. Se detuvo frente a los abedules y echó a rodar el resto del hilo rojo entre ambos árboles. Sacó el hilo azul y, siguiendo las instrucciones de Tamurello, sujetó el hilo al carrete. Lanzó el hilo azul después del rojo, arrojó el carrete al aire y exclamó:

-¡Carrete, a tu trabajo!

Recordando las advertencias de Tamurello, Visbhume se alejó a saltitos de los abedules. Con ojos entornados y la boca fruncida en una sonrisa beatífica, Visbhume contempló afablemente el prado, mientras que de alguna parte llegaba un sonido estridente, como el de una lezna raspando un alambre tenso.

Los estrechos hombros de Visbhume temblaban de curiosidad, pero el miedo era aún más intenso; arqueó el cuello tal como un perro pondría el rabo entre las patas. «¡Sería un tonto si ignorara las advertencias! -pensó Visbhume-. ¡Y, ante todo, no soy tonto!”

Algo le golpeó el flaco tobillo. Visbhume no prestó atención. Un par de dedos le toquetearon las nalgas, sobresaltándolo y arrancándole un chillido de alarma, lo cual provocó risitas sofocadas.

Palabras indignadas subieron a los labios de Visbhume; las hadas se estaban tomando excesivas libertades con su persona. Caminó diez pasos hacia el borde del prado. Volviéndose a medias, miró de soslayo el prado de Madling. ¡Maravilla de maravillas! A través de la bruma brillante que se arremolinaba alrededor del montículo, vislumbró una admirable estructura de azabache y cristal de criolita. Delgadas columnas soportaban cúpulas, altas arcadas y cúpulas más altas, y aún más, alineadas una sobre otra, junto con cien terrazas y balcones y, aún más arriba, un cúmulo de torres donde ondeaban pendones y banderines. En los sombríos salones colgaban candelabros de araña con incrustaciones de diamantes y piedras lunares, las cuales despedían destellos rojos, azules, verdes y púrpuras. Eso creía ver Visbhume, pero cada forma se desvanecía en la bruma en cuanto él intentaba distinguirla con claridad.

Otras formas fluctuaron. El hilo rojo que Visbhume había tendido a través del prado ahora parecía una avenida de bruñido pórfido rojo, entre un par de espléndidas balaustradas. Las hadas iban y venían por esa avenida, pisando con cuidado, señalando primero hacia el carrete, luego hacia el shee. Otras corrían, brincaban y hacían cabriolas sobre las balaustradas, y todas parecían aprobar la maravillosa novedad. Más cerca, en solemne contemplación de la obra del carrete, había un gran número de hadas, riñendo, codeándose y bromeando, o simplemente retozando en la hierba, pero ante todo admiraban el diseño creado por el carrete, que llamaba la atención de una gran muchedumbre. Por el rabillo del ojo, y casi contra su voluntad, Visbhume atisbo una configuración muy peculiar, que a pesar de su fugacidad le fascinó.

Una voz aguda habló con claridad:

-Bajo individuo humano, criatura mortal, individuo entrometido: ¿por qué has hecho lo que has hecho?

Visbhume miró aquí y allá, fingiendo desconcierto. Habló como si se dirigiera al cielo:

-¡Qué extraño viento ha agitado las hojas! ¡Casi me ha parecido oír una voz! ¡Ah, voz del viento, habla y cuéntame acerca de tus vagabundeos! ¡Habla, viento!

-¡Tonto! ¡El viento no habla!

-¡He oído una voz! Voz, ¿has hablado? En tal caso, no temas. Muéstrate, pues no puedo comprometerme sin saber con qué.

-Mira pues, mortal, y contempla lo que has de ver.

Las brumas se disiparon del montículo, revelando el castillo de las hadas en todo su esplendor. Una hueste de hadas rodeó a Visbhume, algunas sentadas, otras ocultas en la hierba. A más de cinco metros estaban el rey Throbius y la reina Bossum, con todos sus atributos. Throbius lucía una corona de sceleone, un frágil metal forjado con rayos de luna reflejados en el agua. Los delgados cuernos que rodeaban la corona culminaban en zafiros celestes. Las túnicas de Throbius eran de terciopelo azul tejido con flores de sauce; tenían tres metros de longitud y eran portadas por seis duendes de cara redonda y ojos rasgados, que sonreían y arrugaban la nariz. Algunos se rezagaban, otros tiraban de la túnica; a veces jugaban a arrebatarse el manto unos a otros, siempre atentos a Throbius para evitar sus reproches en caso de que llegara a sorprender el juego.

La túnica de la reina Bossum era de un color azafrán vivo como mantequilla fresca, y la corona estaba incrustada con prismas de topacio. Muchachas-duende llevaban la cola, comportándose con amanerada corrección mientras observaban las travesuras de los duendes de Throbius con aire de reproche.

Frente al rey Throbius y la reina Bossum se erguía Brean, el heraldo real, quien volvió a hablar con voz aguda y clara.

-Criatura mortal, ¿no sabes que has invadido el prado de Madling? ¡Contempla a sus majestades, el rey Throbius y la reina Bossum! ¡Explica a los reales oídos y a todos los notables aquí reunidos el propósito de tu presencia en este prado, el cual forma parte de nuestro dominio!

Visbhume hizo una reverencia de seis ademanes.

-Informa a sus majestades que me enorgullece y satisface que se hayan dignado reparar en mi pequeña concatenación, la cual es en realidad un nexo con el Hai-Hao.

El heraldo transmitió el mensaje. El rey Throbius respondió y el heraldo se volvió hacia Visbhume.

-Los magníficos desean conocer tu nombre y tu rango en el mundo, para que puedan evaluar con ecuanimidad tu conducta y decidir el castigo para tu ofensa, en caso de que se trate de una ofensa.

-¿Ofensa? ¡Sin duda no hay culpa alguna! -exclamó Visbhume con plañidera voz de contralto-. ¿No estoy en el prado de Stangle[17], donde planeaba probar mi maravilloso nexo?

-¡Estúpido mortal! ¡Tu torpeza no tiene límites! Tales palabras no se deben pronunciar en presencia de los Sempiternos; se consideran de mal gusto. Además, éste no es el prado de Stangle, sino el glorioso prado de Madling, y tienes ante ti Thripsey Shee.

-¡Ah! Parece que he cometido un tremendo error, por lo cual pido disculpas. He oído hablar de Thripsey Shee y sus maravillosos habitantes. ¿No nació aquí la princesa Madouc de la casa real de Lyonesse?

17 Stangle: el material de las hadas muertas, con implicaciones de horror, calamidad y putrefacción; un vocablo que causa temor e inquietud entre los semihumanos, quienes prefieren considerarse inmortales, aunque en realidad no lo son.

Brean, el heraldo, miró dubitativamente al rey Throbius, quien hizo una seña a Visbhume.

-Mortal, acércate.¿Por qué has establecido tu nexo en nuestro prado?

-Majestad, creo que me he extraviado. El nexo no estaba destinado al prado de Madling, a pesar de sus múltiples encantos. Pero siento curiosidad por el niño a quien criaste con tanta sabiduría hace cinco años. ¿Dónde está ahora? Me agradaría hablar con él.

-¿De qué niño hablas? -barbotó el rey. Y añadió, después de que la reina Bossum le susurrara unas palabras al oído-: Se fue. Partió por el bosque. No sabemos nada de él.

-Qué lástima. Hace tiempo que siento curiosidad por él.

Un hada con cuerpo de niño y cara de niña, que se rascaba sin cesar la cabeza, el vientre, las piernas, las nalgas, la nariz, el codo, el cuello, dejó de hacerlo un instante para decir:

-¡Era ese bribonzuelo a quien llamábamos Tippet! ¡Ah, pero le di su merecido castigo con un buen mordet[18].

El rey Throbius habló hacia un lado:

-¿Dónde está el buen Skepe, del largo brazo?

-Aquí estoy, majestad.

-Corta una buena rama y desempolva el trasero de Falael con tres azotes y medio.

Falael soltó un grito de protesta.

-¡Haya justicia! ¡Sólo he dicho la verdad!

-Desde ahora, cuando digas la verdad, hazlo con menos énfasis y orgullo. ¡Tu mordet causó nuestra humillación! ¡Debes aprender a ser prudente!

-¡Ah, majestad, ya he aprendido a ser prudente a través de tu augusto ejemplo! Tal vez ya sé demasiado, de modo que puedo ocultar mi temor ante tu trascendente poder con una muy tenue capa de osadía. ¡Te suplico que alivies a Skepe de semejante trabajo!

Desde todas partes del prado llegó un pensativo y aprobatorio murmullo, que afectó al mismo rey Throbius.

-¡Bien dicho, Falael! ¡Skepe, reduce tu trabajo: un latigazo menos!

-¡Gran noticia, majestad -exclamó Falael-, pero es sólo un principio! ¿Puedo seguir hablando?

-Ya he oído suficiente.

-En tal caso, majestad, no diré nada más, especialmente si consientes en mitigar mi picazón.

-Imposible. La picazón continuará, con el objeto de curar esa maldad de avispa que ha hartado a muchos de nosotros.

-Majestad -intervino Visbhume-, si me permites hablar aparte con Falael, creo que conseguiré persuadirle de que se arrepienta.

El rey Throbius se acarició la barba verde y dorada.

18 Mordet: conjuro mágico, habitualmente de mala suerte; maldición.

-Parecería un acto benévolo, y no puede causar ningún mal.

-Gracias, majestad. -Visbhume hizo una seña a Falael-. Acércate aquí, por favor.

Falael se rascó la axila izquierda y siguió a Visbhume hasta un lugar apartado.

-Ojo, no aceptaré sermones, y si me tocas con una cruz cristiana, transformaré todos tus dientes en lapas.

Speke suplicó esperanzadamente al rey Throbius:

-Si los encuentro bien juntos, ¿puedo acercarme con sigilo por detrás y darles un azote a ambos?

El rey Throbius reflexionó e hizo un gesto negativo.

-La rama es demasiado corta.

Visbhume oyó la conversación y trató de no perder de vista a Skepe.

-Intercederé por ti ante el rey Throbius -le dijo en voz baja a Falael- si satisfaces mi curiosidad en lo concerniente a Tippet, aunque desde luego no puedo prometer que el rey siga mi consejo.

Falael rió desdeñosamente.

-Harás bien en interceder por ti mismo. Creo que te transformarán en cuervo.

-¡Claro que no! Habíame sobre el niño.

-Hay poco que contar. Era orgulloso y repelente. Yo contribuí a que lo expulsaran del shee.

-¿Adonde fue?

-Se internó en el bosque, pero luego hubo algo más. Rhodion, monarca de todas las hadas, con gran injusticia anuló mi mordet y concedió a la niña Glyneth la capacidad de hablar con los animales, mientras que yo sólo conseguí esta insultante picazón.

-Glyneth, dices. ¿Y luego?

-No presté atención, pues ya tenía bastante con mis problemas. Si quieres saber más, consulta a Glyneth.

-¿Y quién era el padre del niño, y quién la madre?

-Leñadores, labriegos, simples humanos. No me fastidies más, pues ye te lo he dicho todo. -Falael se volvió para marcharse, pero una fuerte picazón en la entrepierna lo retrasó.

-Pero ¿dónde está ahora el niño? -exclamó Visbhume-. ¿Cómo se llama?

-Me importa un bledo, y espero no verlo más, pues sin duda le haría una maldad y en consecuencia sufriría nuevos ultrajes. Ahora, intercede por mí, como prometiste. Si fracasas, te lanzaré un mordet.

-Haré lo posible. -Visbhume se volvió para dirigirse al rey Throbius-. Majestad, Falael en el fondo es bondadoso. Lo han descarriado sus compañeros, llevándolo por mal camino. Como parte desinteresada, y antes de quitar el nexo que se interna en tus dominios, deseo rogarte que en esta ocasión mitigues la justicia con la piedad.

-Me pides mucho -dijo el rey Throbius.

-Es verdad, pero como Falael siente verdadero remordimiento, resultaría inútil que siguieras demostrándole tu disgusto.

-Un favor a cambio de otro -declaró el rey Throbius-. Accedo a perdonar a Falael, pero a cambio debes dejar tu fascinante nexo en el prado de Madling.

Visbhume hizo una reverencia.

-Majestad, tú has hablado y yo acepto.

El grupo de hadas soltó un aullante gorjeo de placer ante la victoria que el rey Throbius había obtenido sobre el extraño mortal; hubo cabriolas, saltos, entrechocar de talones y alegres bailes.

Visbhume se inclinó aún más.

-Majestad, aunque he cedido mi valioso nexo, ha sido por una buena causa, y ahora suplico tu venia para partir.

-Todo a su tiempo -señaló el rey Throbius-. Queda un asunto por resolver. Skepe, administra tres golpes y medio menos uno a Falael, tal como se especificó.

-¡Majestad! -exclamó Visbhume-. ¡Acabas de convenir en que no harías azotar al pobre Falael!

-¡Claro que no! Accedí a perdonarlo, cosa que acabo de hacer, plena y totalmente. La azotaina será por otras travesuras que han pasado inadvertidas, y sin duda Falael la merece.

-¿Tu perdón no cancela esta culpa?

-Quizá, pero aún queda una cuestión en el aire. Había ordenado dos azotes y medio; se deben efectuar. Como tú has impedido que Falael los reciba, la lógica de las circunstancias los desvía hacia tu propia piel. Dango, Pume, Thwither: bajad los calzones de Visbhume, y que él prepare su trasero. Vamos, Skepe, cumple con tu deber.

-¡Ay! -sollozó Visbhume.

-¡Uno!

-¡Ay!

-¡Dos!

-¡Uy! ¡Oy! ¡Zappir tzug muig lenkal Groagha tekaf[19] ¡Pero el medio azote fue más fuerte que los dos anteriores juntos!

-Sí, eso está a veces implícito en la naturaleza de las cosas -concedió el rey Throbius-. Pero no importa. Te has salido con la tuya y Falael ha salido indemne, aunque no estoy seguro de su arrepentimiento. ¡Mira cómo sonríe de alegría, sentado en ese poste!

Visbhume se vistió e hizo otra reverencia.

-Majestad, te dejo disfrutar del nexo.

-Tienes mi venia para partir. Debo investigar este fascinante nexo.

19 Intraducible: maldiciones en el dialecto precelta de los campesinos de Wysrod, que eran célebres por sus contundentes epítetos. Los eruditos notarán que en este dialecto la elisión de vocales está muy avanzada.

Visbhume echó a andar por el prado, mirando por encima del hombro. El rey Throbius avanzó despacio hacia el nexo, dio otro pasito y luego otro... Visbhume volvió la cabeza y no volvió a mirar atrás hasta que llegó a la sombra del bosque.

El prado de Madling estaba como cuando lo había visto por primera vez. El montículo sólo mostraba un viejo roble nudoso. Entre los abedules colgaba una maraña [Jo] hilo azul y TOJO, que saltaba y brincaba formando una especie de capullo. Visbhume desató la yegua con dedos trémulos, montó y partió a toda prisa.

5

Al llegar a la ciudad de Lyonesse, Visbhume se dirigió directamente a Haidion, y en esta ocasión fue el caballero Mungo, nada menos que el gran senescal, quien lo condujo a la terraza donde el rey Casmir pelaba y comía castañas.

A una señal del rey Casmir, Mungo puso una silla a disposición de Visbhume, quien la acercó a la mesa. El rey Casmir dejó de pelar castañas para dirigir a Visbhume una mirada azul que combinaba el disgusto con la curiosidad.

-¿Acabas de llegar?

-Apenas he desmontado, majestad, he venido deprisa a comunicarte mis averiguaciones.

El rey Casmir habló al lacayo por encima del hombro:

-Sírvenos cerveza. Estas castañas me han dado sed, y Visbhume sin duda querrá remojarse el gaznate. -El lacayo se marchó-. Mungo, no te necesitaré... Bien, Visbhume, ¿qué novedades me traes?

Visbhume acercó la silla a la de Casmir.

-¡Mediante hábiles esfuerzos me las ingenié para extraer información de criaturas cuyo más gozoso hábito consiste en burlarse de los mortales hombres! Pero logré deslumbrarlas y me contaron esto: el niño a quien ellas llamaban Tippet fue expulsado del shee en el pasado, después de lo cual parece haber permanecido en compañía de una muchacha llamada Glyneth. Ésta es mi principal averiguación.

El lacayo trajo jarras de espumosa cerveza y un plato de bizcochos. Sin esperar la invitación de Casmir, Visbhume cogió una jarra y bebió un buen trago.

-Interesante -comentó Casmir.

Visbhume apoyó un codo en la mesa.

-Ahora bien, ¿quién es Glyneth? ¿Será la princesa Glyneth de Troicinet, quien ocupa un lugar tan anómalo en la corte de Miraldra? ¡Recuerda que Ehirme, Graithe y Wynes, todos en cierto modo asociados con el niño Tippet, se han mudado a Troicinet, donde ahora viven con prosperidad! ¡Todo parece relacionado!

-Tus deducciones parecen sensatas. -El rey Casmir bebió cerveza y arrojó al suelo las cáscaras de castañas para apoyar el codo en la mesa-. El niño tendría cinco años[20]. Él también ha de vivir en Troicinet. Pero ¿dónde? ¿Con Ehirme?

20 Dhrun (o Tippet, como lo llamaban las hadas) vivió en Thripsey Shee durante poco más de un año, según el tiempo de los mortales. El tiempo de las hadas transcurre más deprisa, y para el propio Dhrun fueron casi nueve años los que vivió en el sbee. El rey Casmir, que ignora esta discrepancia, atribuye a Dhrun cinco años de edad, en vez de los casi catorce que tiene en realidad.

-No hay ningún niño en la casa de Ehirme, te lo aseguro.

-¿Qué me dices de Graithe y Wynes?

-Los observé varios días. Viven solos.

En parte para escapar de la cercanía de Visbhume, el rey Casmir se puso en pie y se dirigió hacia la balaustrada, que le brindaba un panorama de la ciudad de Lyonesse y sus tejas de colores terrosos, la bahía y las aguas del Lir. Se volvió hacia Visbhume.

-Queda como mínimo un camino por donde indagar.

Visbhume, acercándose al rey Casmir, miró dubitativamente hacia el Lir.

-¿Te refieres a la princesa Glyneth?

-¿Quién más? Debes regresar a Troicinet y descubrir qué sabe ella. Es una doncella encantadora y amable, de ánimo amistoso y, al parecer, de naturaleza confiada.

-¡No temas! ¡Responderá a mis preguntas con todo detalle! ¡Si se muestra reticente, tanto mejor! Siempre me resulta agradable persuadir a las jóvenes de que obedezcan. ¡Aquí es donde el trabajo se conviene en placer!

El rey Casmir dirigió una fría mirada a Visbhume. En ocasiones el rey complacía su inclinación hacia los efebos de cierto estilo y configuración; de lo contrario, eludía los licenciosos excesos que animaban la corte del rey Audry en Avallen.

-Confío en que los placeres no te hagan olvidar tu cometido.

-¡No temas! Las dificultades desaparecen cuando me valgo de mis pequeñas técnicas. ¿Dónde podré encontrar a Glyneth?

-En Miraldra, supongo, o bien en Watershade.

6

Visbhume se alojó nuevamente en el Cuatro Malvas. Cenó temprano y fue a la plaza para sentarse en el mismo banco de antes. Pero esta vez no se le acercó ningún moro corpulento, ni Tamurello en cualquiera de sus otros disfraces.

Visbhume observó el atardecer en el Lir. Una brisa del oeste encrespaba el mar, trayendo olas con crestas de blanca espuma, y Visbhume apartó la mirada con un escalofrío. Si Tamurello fuera un compañero bueno y fiel, habría proporcionado a Visbhume los medios para el viaje instantáneo, de modo que su amigo pudiera viajar sin sufrir los contoneos y bamboleos de un barco, ni el torpe avance de una yegua blanca que mecía las ancas.

Visbhume reflexionó sobre los aparatos mágicos que había ocultado en Dahaut. Algunos de los objetos más simples funcionaban de un modo que él entendía. Otros, como el Almanaque de Twitten, quizá respondieran después de estudiarlos atentamente. El uso de otros objetos y accesorios escapaba a sus aptitudes. Aun así, ¿quién podía saberlo? Entre aquellos objetos podía haber uno que brindara a Visbhume el veloz y fácil transporte que tanto ansiaba.

Visbhume tomó una firme decisión. Por la mañana, en vez de embarcarse rumbo a Troicinet, tal como habría preferido el rey Casmir, cabalgó hacia el norte por el Sfer Arct, viró hacia la Calle Vieja, tomó hacia el este por el Camino de Icnield, y siguió a través de Pomperol rumbo al norte, hacia Dahaut. Al llegar a la aldea Glimwillow se

dirigió a un lugar secreto y recuperó el baúl con cerrojo de bronce que contenía los bienes que él se había llevado de Maule.

Visbhume se alojó en una habitación privada en el Signo de la Mandrágora, y durante tres días hurgó en el contenido del baúl. Cuando al fin regresó hacia el sur por el Camino de Icnield, llevaba una bolsa de cuero amarillo que contenía diversos artículos que creía poder usar, y algunos otros de fascinante potencialidad, como el Almanaque de Twitten. No encontró ningún artefacto o método que lo llevara directamente a Troicinet ni a ninguna parte, de modo que montó como antes la yegua blanca. En Slute Skeme vendió su montura y, con muchas aprensiones, abordó un pesado buque de carga que zarpaba con destino a Dorareis.

Tres días de cautelosas averiguaciones le brindaron al fin la información de que la princesa Glyneth, en ausencia del príncipe Dhrun -quien estaba realizando una visita oficial a Dascinet-, se había dirigido a Watershade.

Por la mañana Visbhume partió por el camino de la costa. Una tormenta de viento rugiente y lluvia furibunda lo persuadió de interrumpir el trayecto en la ciudad Cabeza de Ciénaga, bajo Cabo Bruma, donde se alojó en las Tres Lampreas. Para matar el tiempo se dedicó al estudio del Almanaque de Twitten, y quedó tan cautivado por las oportunidades que se presentaban a su imaginación que alargó su visita un día más, y luego otro, y aún otro, aunque el tiempo había mejorado.

Las Tres Lampreas era una posada cómoda y acogedora; Visbhume comía bien, bebía con regalo y pasaba largas horas al sol, cavilando sobre los maravillosos cálculos de Twitten y la no menos notable conversión de la teoría en práctica. Visbhume pidió tinta, pluma y pergamino, e intentó realizar sus propios cálculos, para curiosidad de otras personas de la posada, quienes al fin decidieron que debía de ser un astrólogo que calculaba las modalidades, impulsos y retrocesos de los diversos planetas. Esta conjetura halagó a Visbhume, quien no se esforzó por desmentirla.

Visbhume gozó también de otras actividades. Dormitaba al sol, paseaba a lo largo de la costa y trataba de persuadir a las camareras de que lo acompañaran en estos paseos. Tenía especial interés en la rubia muchacha encargada de la mantequilla y la leche, cuyo aniñado cuerpo empezaba a revelar varios aspectos atractivos.

El interés de Visbhume en tales atributos se hizo tan manifiesto que el posadero tuvo que advertirle.

-¡Señor, debo pedirte que enmiendes tus actitudes! Estas jóvenes doncellas no saben cómo portarse ante tu lascivia. Les he dicho que te arrojen un balde de agua fría si las acaricias de nuevo.

-Amigo -dijo altivamente Visbhume-, te estás excediendo.

-Tal vez. En cualquier caso, no quiero más miradas lujuriosas, manoseos ni invitaciones a la playa.

-¡Esto es una insolencia! -exclamó Visbhume-. Te advierto que iré a alojarme en otra parte.

-Haz lo que quieras. En las Tres Lampreas nadie lo lamentará. A decir verdad, con tus constantes tamborileos y ruiditos, alarmas a mi clientela. Piensan que eres un loco y, pensándolo bien, también yo. De acuerdo con la ley, no puedo echarte a menos que cometas una infracción, y has andado muy cerca. ¡Ten cuidado!

-Posadero -declaró Visbhume-, eres gruñón y aburrido. Las niñas disfrutan con mis jueguecillos; de lo contrario, no habrían venido con tanta frecuencia, riendo y contoneándose, coqueteando y mostrando sus cositas.

-Aja. Verás cuánto disfrutan cuando enfríen tus jueguecillos con agua helada. Entretanto, será mejor que pagues tu cuenta ahora mismo, por si te enfadas y decides marcharte de noche.

-¡Es una insolencia decirle esto a un caballero!

-En efecto, y siempre me cuido de no hacerlo.

-Me has ofendido -exclamó Visbhume-. Pagaré la cuenta y me marcharé de inmediato. En cuanto a tu propina, no esperes ni una moneda.

Visbhume se marchó y se alojó en la Posada del Coral Marino, al otro lado de la ciudad, donde permaneció tres días más, continuando sus estudios del Almanaque. Al fin sus cálculos lo incitaron a marcharse. Compró un carro tirado por un delicado pony, que lo llevó por la carretera a paso veloz con el resonante ruido de sus lustrosos cascos. Erguido orgullosamente en el pescante, Visbhume dejó atrás las Tres Lampreas y se dirigió al valle del río Rundle, y por la carretera del río hasta la Grieta del Hombre Verde, subiendo y bajando por el Ceald.

7

Últimamente Glyneth sentía una dulce melancolía. Cuando estaba en compañía de sus amigos, aun de Dhrun, a menudo prefería la soledad. Y a veces, cuando estaba sola, un indefinible nerviosismo acudía perversamente a turbarla, como si en alguna parte sucedieran cosas maravillosas y ella deseara estar allí, aunque, pobre niña abandonada, no la habían invitado y nadie reparaba siquiera en su ausencia.

Glyneth se puso inquieta. Fascinantes imágenes la angustiaban: visiones menos sustanciales que ensueños, fantasías sobre momentos de placer a la luz de la luna, fiestas donde la cortejaban extranjeros galantes, viajes sobre tierra y mar en una mágica nave que surcaba el aire, en compañía de un ser amado que a su vez la adoraba.

Cuando Dhrun se fue de Domreis, acabados los estudios, Glyneth anduvo de aquí para allá, pero Miraldra no era lo mismo sin Dhrun ni Aillas, y se dirigió a Watershade, donde decidió leer todos los libros de la biblioteca de Ospero. Empezó con entusiasmo y leyó las Crónicas de Lagronio y las Memorias de Nausicaa, e incluso empezó La Ilíada, pero ese ánimo soñador la dominaba con frecuencia, y entonces dejaba los libros.

Cuando el lago se extendía tranquilo y azul bajo la luz del sol, le gustaba remar para alejarse de todos y tenderse a contemplar las altas nubes blancas. No había ocupación más dulce; parecía fundirse totalmente con ese mundo que amaba tan entrañablemente, que le pertenecía para disfrutarlo y poseerlo mientras pudiera. A veces los sentimientos se volvían demasiado intensos y Glyneth se incorporaba para sentarse abrazándose las rodillas, reprimiendo lágrimas que le asomaban por la fugacidad de momentos gloriosos.

Así se entregaba Glyneth a sus fantasías románticas, y a veces se preguntaba si alguien la había hechizado. Flora estaba preocupada, pues su querida Glyneth no trepaba a los árboles ni saltaba cercas.

Con el paso de los días, Glyneth empezó a sentirse sola. A veces iba a la aldea para visitar a su amiga, la dama Alicia de la Mansión del Roble Negro; a menudo se internaba en el Bosque Salvaje para recoger fresas.

El día antes de la llegada de Dhrun, Glyneth se levantó temprano y decidió ir a buscar fresas. Se despidió de Flora con un beso, cogió un cesto y se internó en el Bosque Salvaje.

Al mediodía Glyneth no había regresado a Watershade, y tampoco al caer la noche, y los criados salieron a buscarla. No la encontraron.

Al amanecer del día siguiente, enviaron a Dorareis un mensajero, quien se encontró con Dhrun por el camino, y ambos cabalgaron deprisa hacia el castillo Miraldra.

X

1

Para Aillas, la ocupación de Suarach por parte de los ska representaba algo más que un dilema militar; esa acción fríamente deliberada también implicaba una humillación personal. A juicio de los ulflandeses, semejante provocación exigía una respuesta, pues quien sufría una afrenta llevaba el estigma hasta que castigaba al enemigo o perecía en el intento. Por tanto, Aillas se sentía observado, pues sabía que todas las miradas estaban fijas en él.

Aillas trató de ignorar esa atención disimulada y apresuró aún más el entrenamiento de sus brigadas. Últimamente había notado un gratificante y nuevo espíritu en las tropas: entusiasmo y precisión donde antes veía holgazanería y desidia. Los cambios parecían reflejar una huraña confianza en la capacidad de combate del ejército. Aillas aún albergaba dudas acerca de su energía y cohesión frente a una fuerte embestida de los ska, que en el pasado no sólo habían destruido ejércitos nor-ulflandeses, sino fuerzas godelianas y daut que los superaban en número.

Era un problema cruel, sin soluciones cómodas. Si Aillas se arriesgaba a una confrontación y las cosas salían mal, la moral de las tropas sería irrecuperable y él perdería credibilidad como comandante. Los ska, al ocupar Suarach, por lo visto aspiraban a arrastrarlo a una impulsiva batalla donde la pesada caballería ska trituraría al ejército ulflandés como un martillo aplasta una nuez. Aillas no se proponía arriesgarse a semejante enfrentamiento, al menos no por el momento. Con todo, si esperaba demasiado antes de actuar, los ulflandeses, que por temperamento respondían rápida y salvajemente a las provocaciones, podían volverse cínicos y burlones.

Pirmence, al regresar de los brezales altos con una leva de reclutas, reforzó los temores de Aillas.

-Nunca tendrán mejor entrenamiento del que han conseguido ahora -dijo Pirmence-. Necesitan ponerse a prueba y cerciorarse de que tus extravagantes ideas son prácticas.

-Muy bien -aceptó Aillas-. Los pondremos a prueba. Pero en el terreno que yo elija.

Pirmence titubeó y pareció dialogar consigo mismo. Al fin dio un paso adelante y dijo:

-También puedo darte este informe, que está bien fundamentado: el castillo Sank es una fortaleza situada al norte, más allá de la frontera.

-Pues sí, y la conozco bien -dijo Aillas.

-El señor es el duque Luhalcx. En este momento ha llevado su familia y buena parte de su comitiva a Skaghane, de modo que Sank cuenta con escasas defensas.

-Es una noticia interesante -asintió Aillas. Dos horas después impartió órdenes a seis compañías ulflandesas de caballería ligera y arqueros, dos compañías de caballería pesada troicina, dos compañías de infantería troicina y un pelotón de treinta y cinco caballeros troicinos. Abandonarían Doun Darric al día siguiente, al caer el sol, para evitar la vigilancia ska.

Aillas sabía que los espías ska controlaban sus movimientos. Para neutralizar esta actividad, había organizado una policía secreta de contraespionaje. Aun antes de impartir las

órdenes de marcha, Aillas envió la policía secreta a lugares estratégicos del campamento, donde podrían interceptar correos que intentaran llevar información fuera de Doun Darric.

El sol se puso en el oeste y el crepúsculo cayó sobre el campamento. Aillas se sentó a su mesa para estudiar mapas. En el exterior oyó pasos y murmullos; se abrió la puerta y el caballero Flews, el edecán, miró dentro de la habitación.

-Majestad, la policía ha realizado una captura.

Flews hablaba con una mezcla de excitación y asombro. Aillas se enderezó en la silla.

-Tráelos.

Seis hombres entraron en el cuarto, dos con los brazos atados a la espalda. Aillas miró boquiabierto: se trataba de un joven delgado y de ojos negros, con el pelo negro cortado al estilo ska, y de Pirmence.

El capitán de la policía era Hilgretz, hermano menor de Ganwy de la fortaleza Koll, y presentó su informe.

-Ocupamos nuestros puestos, y después del anochecer vimos una luz que brillaba en el campamento. Nos desplegamos con cuidado y capturamos a este ska en la cresta de la colina, y cuando buscamos el origen de la luz nos topamos con el caballero Pirmence.

-Es una triste situación -dijo Aillas.

-Realmente penosa -convino Pirmence.

-Me traicionaste en Domreis, y te traje aquí para que te redimieras. Sin embargo, has vuelto a traicionarme.

Pirmence miró a Aillas de soslayo, como un viejo zorro plateado.

-¿Estabas al corriente de mi trabajo en Domreis? ¿Cómo es posible, si procuraba ser tan discreto?

-Nada es discreto cuando Yane empieza a investigar. Maloof y tú sois traidores. En vez de mataros, pensé en usar vuestro talento.

-Ah, Aillas, fue una decisión clemente, pero excesivamente sutil. No capté tu intención. De forma que el pobre Maloof también te ha traicionado.

-Lo hizo y ahora paga su deuda. Tú también trabajaste bien y podrías haber salvado la vida, como espero que haga Maloof.

-Maloof baila a un son diferente del mío. Mejor dicho, él no oye ningún son y no podría alzar una pierna aunque Terpsícore misma lo guiara.

-Al menos ha desistido de su traición, o eso supongo. ¿Por qué no has hecho lo mismo?

Pirmence suspiró y sacudió la cabeza.

-Quién sabe. Te odio, pero también simpatizo contigo. Desprecio tu cándida simplicidad, pero admiro tu proyecto. Anhelo tu triunfo, pero lucho por tu derrota. ¿Qué pasa conmigo? ¿Dónde está mi error? Quizá deseo ser tú, y como esto no es posible te castigo. O, si prefieres decirlo con crudeza, he nacido para la mentira.

-¿Y qué dices del castillo Sank? ¿Tu información fue un mero señuelo para arrastrarme a mí y a muchos hombres valientes a la muerte?

-¡No, por mi honor! ¿Sonríes? No importa. Soy demasiado orgulloso para mentir. Sólo te dije la pura verdad.

Aillas miró al ska.

-Y tú, ¿tienes algo que decir?

-Nada.

-Eres joven, con una larga vida por delante. Si te perdono la vida, ¿prometerás que nunca volverás a actuar contra mí ni contra Ulflandia del Sur?

-No podría prometer tal cosa de buena fe.

Aillas llevó a Hilgretz aparte.

-Debo dejar este asunto en tus manos. No podemos excitar al campamento colgando a Pirmence y al ska justo antes de la partida. Habría demasiadas preguntas y demasiadas conjeturas.

-Déjalo en mis manos, majestad. Los llevaré al bosque, donde todo se hará en silencio.

-Así sea -suspiró Aillas, volviendo a sus mapas.

2

El crepúsculo aún coloreaba el oeste; en el este una tenue luna amarilla se elevaba sobre el Teach tac Teach. Aillas trepó a una carreta y arengó a sus tropas:

-Ahora vamos a luchar. No esperaremos el ataque de los ska, sino que marcharemos para atacarlos. Los ska se enfrentarán a una nueva experiencia, y quizá podamos vengar algunos de los crímenes que se han cometido contra esta tierra.

»Ahora sabéis por qué habéis recibido tan largo y duro entrenamiento: para que igualéis a los ska en capacidad militar. Estamos a la par de ellos excepto en un sentido: son veteranos. Cometen pocos errores. Os lo diré una vez más: debemos llevar a cabo nuestros planes, ni más ni menos. No os dejéis tentar por sus trucos ni por una repentina ventaja aparente. Quizá sea real, en cuyo caso explotaremos la situación, pero con prudencia. Lo más probable es que sea falsa y os conduzca a la muerte.

«Tenemos una ventaja. Los ska son pocos. No se pueden permitir el lujo de sufrir grandes pérdidas, y ésta será nuestra estrategia: maximizar sus bajas y reducir las nuestras. Eso significa golpear y escapar. ¡Ataque! ¡Retirada! ¡Nuevo ataque! ¡Estricto cumplimiento de las órdenes! No quiero heroísmo ni fanfarronería, sólo efectividad y determinación.

»No hay más que decir. Buena suerte.

Cuatro compañías ulflandesas y dos compañías troicinas de caballería pesada, al mando del caballero Redyard, partieron hacia el nordeste, donde custodiarían la ruta que iba de Suarach al castillo Sank. Las otras compañías se dirigieron al norte, hacia el castillo Sank, por un camino donde Aillas ya había sufrido amargas experiencias[21].

21 Véase Lyonesse I: El jardín de Suldrun, donde se detallan las circunstancias de la estancia de Aillas en el castillo Sank.

Sank funcionaba como centro administrativo de la región y era una escala en el viaje de las cuadrillas de obreros y esclavos que se dirigían a la gran fortaleza occidental de Poelitetz. Durante el período en que Aillas había sido esclavo doméstico, los habitantes de Sank eran el duque Luhalcx, su esposa Chraio, su hijo Alvicx, su hija Tatzel y un gran número de criados. Aillas, triste y solitario, se había prendado de Tatzel, quien, dada la situación, apenas reparaba en su existencia.

En aquel tiempo Tatzel tenía quince años. Delgada y enérgica, se comportaba con singular aplomo: un estilo vivaz, singular y exuberante, aunque demasiado seco y personal. Aillas la veía como una criatura que irradiaba imaginación e inteligencia, y cada detalle de su conducta lo cautivaba. Ella caminaba con pasos algo más largos de lo necesario, con una especie de impulso altivo y una expresión abstraída y decidida. Llevaba el negro cabello cortado al estilo ska, largo hasta las orejas, pero conservaba suficientes rizos para que flotaran. A pesar de su esbeltez, tenía una silueta redondeada, y femenina, y Aillas, cuando la veía pasar, a menudo deseaba abrazarla. Si hubiera cometido un acto tan atrevido, ella lo habría denunciado ante el duque y quizá lo hubieran castrado, así que procuraba contenerse. Tatzel ahora estaría en Skaghane con su familia, un hecho que en cierto modo defraudaba a Aillas, pues durante mucho tiempo había soñado con verla de nuevo en otras circunstancias.

Mientras la luna subía en el cielo, las columnas abandonaron Doun Darric. Aillas planeaba marchar de noche a la luz de la luna, precedido por exploradores que les advertirían de la existencia de pantanos y cenagales. Durante el día, las tropas se ocultarían en bosquecillos o en un recodo de los brezales. Si nadie los interceptaba ni se presentaban imprevistos, la expedición debía llegar al castillo Sank al cabo de cuatro noches de marcha. El país había sido arrasado; no encontrarían a nadie en el camino excepto pegujaleros y pastores a quienes no les importaba el paso de tropas durante la noche, y Aillas tenía razones para creer que su tropa llegaría por sorpresa al castillo.

En la mañana del tercer día, los exploradores condujeron las tropas hacia la carretera principal que bajaba de las viejas minas de estaño: un camino que a veces utilizaban los ska cuando se adentraban en Ulflandia del Sur, y por el cual Aillas había andado una vez con una soga al cuello.

Las tropas se ocultaron y descansaron durante el día, y al caer el sol continuaron la marcha sin tropezar con ningún contingente ska.

Poco antes del alba se oyó un zumbido distante, y Aillas lo reconoció e identificó: la voz del molino, donde una sierra de acero subía y bajaba impulsada por una rueda hidráulica, cortando en tablones los troncos de pino y cedro que los leñadores llevaban desde el Teach tac Teach.

El castillo estaba cerca. Aillas habría preferido dar descanso a las tropas después de la marcha nocturna, pero no había sitio donde ocultarse. Si continuaban el avance, llegarían a Sank durante la lánguida hora que precede al amanecer, cuando la sangre circula con lentitud y las reacciones son lentas.

No ocurría así con los soldados ulflandeses; con el corazón palpitante avanzaron por la carretera, formas oscuras perfiladas contra el cielo del alba: cascos trepidantes, arneses tintineantes, metal cantarín.

Al frente se erguía el castillo, con una sola torre elevándose desde la ciudadela central.

-¡Adelante! -exclamó Aillas-. ¡Entrad antes de que cierren la puerta exterior!

Cincuenta jinetes embistieron, seguidos por la infantería. En su arrogancia, los ska habían olvidado cerrar las puertas de madera e hierro de las murallas exteriores; las tropas ulflandesas irrumpieron en el patio sin encontrar resistencia.

Ante ellos se erguían el portal de la ciudadela y el castillo interior, pero los centinelas, recuperándose de su inmovilidad inicial, reaccionaron y bajaron el rastrillo ante las narices de los caballeros que atacaban.

Varios guerreros ska salieron de las barracas, vestidos y armados a medias; fueron abatidos al instante.

En las murallas de la ciudadela aparecieron arqueros, pero sus oponentes ulflandeses, trepando a la muralla exterior, mataron a varios e hirieron a algunos más, y los demás se ocultaron. Desde la ciudadela, un hombre saltó al tejado, corrió agazapado hacia los establos, cogió un caballo y huyó hacia los brezales. Aillas ordenó que lo persiguieran.

-Seguidlo un par de kilómetros, luego dejadlo ir. ¡Tristano! ¿Dónde está Tristano?

-Aquí, majestad. -Tristano era el segundo en el mando.

-Lleva un contingente numeroso al molino. Mata a los ska y a todos los que se resistan. Quema los depósitos y rompe la rueda, pero deja el molino intacto. Algún día nos será útil. Trabaja deprisa y trae a los obreros. ¡Flews! Envía exploradores a todas partes, para que nadie nos ataque por sorpresa.

Altas llamaradas estallaron en los edificios, tiendas y cobertizos que rodeaban el castillo Sank. Los caballos fueron sacados de los establos, que también se alzaron en llamas. Los perros rastreadores fueron sacrificados, y las perreras incendiadas. Del dormitorio que había detrás del huerto salieron los criados, y el edificio fue entregado a las llamas.

Los esclavos comparecieron ante Aillas, quien los miró uno por uno. Allí estaba: el hombre alto y calvo de cara cetrina y zorruna, y párpados caídos, Imboden, el mayordomo. Y también aquel hombre delgado y apuesto, de expresión mercurial y cabello prematuramente cano: Cyprian, capataz de esclavos. Aillas sabía que eran parásitos que se valían de los hombres a su mando para prosperar.

Les indicó que avanzaran.

-¡Imboden, Cyprian! ¡Me alegro de veros! ¿Me recordáis?

Imboden permaneció en silencio, sabiendo que las palabras no servirían de nada, fuera quien fuese el hombre que lo interpelaba; miró al cielo como si estuviera aburrido. Cyprian fue más expresivo. Estudió a Aillas y exclamó con alegre sorpresa:

-¡Te recuerdo bien! Aunque tu nombre se me ha ido de la memoria. ¿Quieres suicidarte, que has regresado de este modo?

-¡Mi presencia aquí colma mis anhelos y esperanzas! -declaró Aillas-. ¿Recuerdas a Cargus, que era el cocinero? ¿Y a Yane, el encargado de la lavandería? ¡Cómo se alegrarían de estar hoy aquí y no en Troicinet, donde ambos ostentan el título de conde!

-¡Entiendo tu satisfacción! -respondió Cyprian sonriendo-. ¡Todos nosotros la compartimos, en mayor o menor grado! ¡Hurra! ¡Ahora somos hombres libres!

-Para ti y para Imboden la libertad será breve y amarga.

-¡Vamos, mi señor! -exclamó Cyprian con angustia, los ojos húmedos-. ¿No fuimos compañeros en los viejos tiempos?

-Recuerdo muy poco compañerismo -replicó Aillas-. Recuerdo el constante temor a la traición. Nadie sabrá cuántos hombres enviaste a la ruina. Uno solo bastaría. Flews, prepara un cadalso y cuelga a estos dos, justo delante de la ciudadela.

Imboden fue hacia su muerte en silencio, y se las compuso para demostrar un aburrido desprecio por todos los que lo rodeaban. Cyprian rompió a llorar:

-¡Es una infamia! ¡Es injusto que se trate de este modo a una persona que ha hecho tantas acciones buenas! ¿No tenéis misericordia? Cuando pienso en mis muchas bondades...

Los que habían estado bajo su mando se echaron a reír, diciendo:

-¡Colgadlo bien alto! Es aún más perverso que Imboden, que al menos no fingía. ¡La horca es demasiado buena para ese reptil!

-Colgadlo -decretó Aillas.

Desde el molino llegó Tristano con sus tropas, seguido por un desconcertado grupo de esclavos. Entre ellos, Aillas descubrió a otro viejo conocido: Taussig, quien había sido su primer capataz. Taussig, lisiado, pendenciero y con una sola meta en la vida, cumplir sus cupos laborales, reconoció a Aillas de inmediato y sin placer.

-Veo que te has vengado de Imboden y Cyprian. ¿Yo seré el próximo?

Aillas rió con amargura.

-Si colgara a todos los que me han perjudicado, dejaría una avenida de cadáveres por donde fuera. No te haré favores, pero tampoco te perjudicaré.

-¡Ya me has perjudicado! He trabajado diecisiete años para los ska; sólo me faltaban tres años para disfrutar de mi recompensa: cinco acres de buena tierra, una casa y una mujer. Me has arrebatado todo eso.

-Desde tu punto de vista, el mundo es un sitio lamentable, y quizá tengas razón -dijo Aillas.

El rey se volvió hacia los criados de la casa. Confirmó lo que ya sabía: que el duque Luhalcx, su esposa Chraio y su hija Tatzel estaban de visita en Skaghane. Se rumoreaba que el duque Luhalcx debía partir para una misión especial de suma importancia, mientras que Chraio y Tatzel regresarían en cualquier momento. Provisionalmente, Alvicx era el amo del castillo, y comandaba una guarnición de cuarenta guerreros, entre ellos algunos caballeros de notable trayectoria.

Aillas conocía bien las fortificaciones de la ciudadela del castillo: las murallas eran altas y de piedra sólida. En su afán de viajar sin impedimenta, no había traído máquinas de asalto, y no había tiempo para un sitio prolongado de la fortaleza; buscaba presas mayores.

Aillas se dirigió a los esclavos del castillo y del molino.

-De nuevo sois vuestros propios dueños, libres como el viento, y está abierto el camino del sur. Id a Doun Darric, sobre el río Malheu; allí presentaros al caballero Maloof, quien os encontrará trabajo. Si queréis matar ska, podéis alistaros en el ejército del rey. Coged alimentos del comedor y cargadlos en vuestros caballos; armaos como mejor podáis y llevad a Maloof estos caballos capturados en los establos del duque. Tú,

Narles, a quien recuerdo como buena persona, estarás al mando. Para mayor seguridad, viajad de noche y dormid de día, ocultos. No tendréis problemas. La región está libre de ska.

-Hay ska en las minas de estaño -informó uno.

-En tal caso, no os acerquéis a las minas de estaño, a menos que optéis por tender una emboscada a los ska y asestar un buen golpe en nombre de vuestro nuevo rey.

-Temo que nos resulte imposible en este momento -dijo Narles con voz apagada-. Necesitamos todo nuestro coraje tan sólo para huir.

-Debéis hacer lo que consideréis oportuno -determinó Aillas-. De un modo u otro, partid de inmediato, y que la suerte os acompañe.

Los hombres partieron de mala gana.

Durante un par de días, Aillas causó el mayor daño posible al castillo Sank. Tres veces sus exploradores regresaron anunciando la cercanía de jinetes ska, que venían de Poelitetz. Las dos primeras partidas eran grupos pequeños de una docena de jinetes; cayeron ciegamente en emboscadas, y de pronto se encontraron rodeados por soldados con arcos tensos. En ambos casos ignoraron la orden de rendirse. Espoleando los caballos y arqueándose sobre la montura, intentaron romper el cerco y murieron al instante, evitando así a Aillas el incómodo problema de hacerse cargo de los prisioneros.

La tercera partida fue diferente. Estaba formada por ochenta jinetes de caballería pesada que venían de Poelitetz, sin duda en dirección a otro puesto de combate.

De nuevo Aillas los emboscó, ocultando a sus arqueros y caballeros en un matorral. Pronto apareció el contingente ska, que marchaba en filas de a cuatro: tropas templadas, confiadas pero no imprudentes. Llevaban cascos de acero esmaltados de negro y cotas de malla, además de grebas. Portaban lanzas cortas, espadas, bolas de hierro -las llamadas «estrellas de la mañana»-, arcos y flechas en aljabas colgadas de las sillas. Treinta y cinco caballeros troicinos atacaron desde el matorral, galopando cuesta abajo, lanza en ristre, y embistieron la retaguardia de la columna. Entre gritos de horror y sorpresa, las lanzas atravesaron las cotas de malla y arrancaron a los jinetes de los caballos, arrojándolos al polvo del camino.

Los caballeros retrocedieron colina arriba, se reagruparon y cargaron de nuevo. Desde el matorral emergieron flechas dirigidas a blancos precisos. El comandante ordenó abandonar aquel lugar de muerte, y la columna partió a marchas forzadas. En la ladera cortaron cuatro cuerdas, y un gran roble se desplomó sobre el camino. Por un momento, las tropas ska se diseminaron.

Al fin, luchando desesperadamente, los ska lograron reagruparse. Tres veces exigió Aillas la rendición antes de embestirlos de nuevo con sus caballeros; tres veces los ska resistieron el golpe y se reagruparon como pudieron, y con rostro huraño se arrojaron sobre sus enemigos.

No habría rendición; todos morirían en la soleada carretera.

3

Con ánimo sombrío, Aillas regresó con sus tropas al castillo Sank. Una victoria como ésta, que había consistido en el mero exterminio de hombres valientes, no le

alegraba. Era un acto necesario, pues había que ganar la guerra. Pero Aillas no se enorgullecía de él, y le complacía descubrir que sus tropas compartían su opinión.

Tenía razones para estar satisfecho. Había sufrido pocas bajas; sus unidades habían atacado con certera precisión; para los ska, la pérdida de tantos soldados veteranos representaba un desastre.

-Si he de emboscarlos, lo haré -murmuró Aillas para sí mismo-. Al cuerno la caballerosidad, al menos hasta que se gane la guerra.

Desde el castillo Sank, Aillas envió carretas para rescatar armas; el acero ska, forjado con infinita paciencia, era comparable a los mejores del mundo, incluidos los fabulosos aceros de Cipango y las hojas de Damasco.

Había llegado el momento de viajar hacia el oeste, para acosar a las tropas procedentes de Suarach que hubieran eludido a Redyard.

Al amanecer, las fuerzas sitiadoras se prepararon para partir. Los acontecimientos de los siguientes días eran imprevisibles y todos llevaban raciones de torta, queso y fruta seca en las alforjas.

Minutos antes de la partida, en el campamento entraron exploradores anunciando que una columna ska se acercaba desde el noroeste, a lo largo de la carretera que conducía a la Costa Norte y a Skaghane.

La columna incluía a varias personas de alto rango y sus escoltas, y entre ellas figuraba una que bien podía ser la dama Chraio, esposa del duque Luhalcx, junto con otra dama de mediana edad, y un joven. La escolta consistía en una docena de jinetes con armamento ligero; era obvio que lo sucedido en Sank aún se ignoraba en Ulflandia del Norte.

Aillas escuchó con sumo interés.

-¿Y la dama Tatzel? ¿No estaba en el grupo?

-No podría decirlo con certeza, majestad, pues no conozco a esa dama, y por fuerza tuve que observar la columna desde lejos. Si es persona de mediana edad, podría ser una de las dos damas que he mencionado.

-Es joven, y casi parece un muchacho por la forma de su cuerpo.

-Hay una persona joven en el grupo. Yo la tomé por un varón. Podría ser la dama Tatzel cabalgando con ropas masculinas. Es bastante frecuente entre los ska.

Aillas llamó al caballero Balor, uno de sus capitanes ulflandeses, y le dio instrucciones.

-Escoge un terreno donde puedas rodear a esa columna, y mata sólo cuando no quede más remedio. No hieras a las damas ni al joven. Envía los cautivos a Doun Darric con una custodia apropiada y reúnete con nosotros en cuanto puedas.

Balor se dirigió hacia el noroeste con cincuenta hombres. El resto del ejército enfiló hacia Suarach, dejando sólo un destacamento en Sank para mantener el sitio y eliminar a nuevos grupos que llegaran de las montañas.

Aillas se sentía inquieto desde que había recibido la noticia de que se acercaba esa columna. Tomó una decisión impulsiva y, dejando a Tristano al mando del ejército, siguió a Balor, quien ya le llevaba un kilómetro de ventaja.

Era un día cálido y brillante; los brezales ofrecían un agradable paisaje, fragante con la dulzura del helecho, el aroma de la aulaga y las humosas vaharadas del suelo mojado. El aire límpido parecía realzar los objetos lejanos, y cuando Aillas subió a una loma tuvo una visión panorámica: a derecha e izquierda, las ondulaciones de los grises brezales, marcadas por protuberancias rocosas y ocasionales bosquecillos de alerces, saúcos y cipreses. Adelante, el terreno se perdía en el horizonte, con franjas oscuras que indicaban bosques. Dos kilómetros al oeste, Aillas divisó la columna ska que se dirigía despreocupada hacia el castillo Sank.

Balor y su compañía, cabalgando por un terreno pantanoso, aún no estaban visibles; los ska avanzaban tranquilamente, ignorando el inminente peligro.

Las dos columnas convergían. Los ska treparon a una loma y se detuvieron en la cima, quizá para dar descanso a sus monturas, o para admirar el paisaje, o tal vez porque alguna señal inconsciente los había alertado: una polvareda, un retintín metálico, un apagado trepidar de cascos. Por un instante escrutaron el paisaje. Aillas estaba demasiado lejos para discernir los detalles, pero la idea de que una de esas formas borrosas pudiera ser la dama Tatzel le causó un escalofrío y un placer oscuro.

Los ska siguieron adelante y, para consternación de Aillas, las tropas de Balor, en vez de mantenerse ocultas para rodear a los ska, atravesaron un terreno pantanoso a pocos cientos de metros al sur de los ska. Aillas maldijo entre dientes; Balor tenía que haber enviado un explorador para reconocer el terreno, pero ahora había perdido la ventaja de la sorpresa.

Los ska se detuvieron apenas un instante para evaluar la situación, luego viraron hacia el nordeste en un curso que los acercaría más al castillo Sank, quizá más cerca de lo que sus atacantes deseaban. Balor alteró el curso para interceptarlos, y de nuevo Aillas maldijo a Balor y su impulsiva táctica. Si hubiera dejado que se aproximaran al castillo, los ska habrían tropezado con las tropas que habían quedado allí. Luego, si Alvicx hubiera intentado una salida desesperada para rescatar a su madre y a su hermana, el castillo mismo podría haber caído.

Pero Balor, como un sabueso tras un rastro, sólo pensaba en acercarse a la presa, y condujo a sus tropas por los brezales en acalorada persecución. Los ska se desviaron al norte, hacia un pequeño bosque detrás del cual se erguía un promontorio rocoso coronado por las rumas de un antiguo fuerte. Balor y sus fuerzas los persiguieron. Los caballos más veloces se acercaban visiblemente a los ska, mientras los más lentos se rezagaban. Mucho más atrás iba Aillas, quien pronto distinguió a los jinetes ska. Reparó en el presunto joven: sin duda era Tatzel, que llevaba un traje verde oscuro, botas bajas y una capa negra.

Ya estaba claro que los ska se dirigían a la vieja fortaleza, donde podrían defenderse del superior número de atacantes. Se internaron en el bosque y salieron poco después, seguidos por Balor y sus hombres.

Los ska empezaron a trepar por el promontorio; Aillas estudió el grupo: ¿dónde estaba Tatzel? ¿Dónde estaba el «joven» de traje verde oscuro y capa negra?

No se la veía por ninguna parte.

Aillas rió. Detuvo el caballo y miró cómo Balor y sus tropas atravesaban el bosque y salían. Ahora sólo cien metros separaban los dos bandos.

Aillas escrutó el bosque. En cuanto las tropas ulflandesas pasaron, un jinete solitario salió y se dirigió a todo galope hacia el castillo Sank. Sin duda Tatzel se proponía llevar socorro a los ska sitiados en la vieja fortaleza.

Su curso la llevaría un poco hacia el norte de Aillas. Él examinó el terreno, hizo virar el caballo y enfiló hacia donde esperaba interceptarla.

Tatzel se acercó, agazapada sobre la grupa del caballo, los rizos de pelo negro ondeando al viento. Volvió la cabeza y se sorprendió al descubrir que Aillas la perseguía. No pudo contener un grito de consternación. Aferrando las riendas, viró hacia el norte, alejándose del castillo Sank en un rumbo que Aillas no deseaba explorar. Para bien o para mal, Aillas no vaciló un instante: nunca antes había perseguido una presa tan valiosa a campo traviesa, y no podía abandonarla ahora, fuera adonde fuese; y así comenzó una tenaz persecución por los brezales de Ulflandia del Norte.

Tatzel montaba una joven yegua negra, reluciente y de patas largas, pero de pecho poco profundo y quizá poco resistente. El ruano de Aillas era más corpulento y pesado, y criado para aguantar la fatiga; Aillas no dudaba de que tarde o temprano alcanzaría a Tatzel, sobre todo si continuaba a todo galope. En su persecución, se proponía desviarla hacia las montañas, a creciente altura, lejos del castillo y de los brezales bajos, donde ella podría recibir auxilio de un campamento ska o de otro grupo de viajeros.

Tatzel azuzaba a la yegua, pero los brezales eran peligrosos y traicioneros y ningún caballo lograba aventajar al otro. Aillas no llevaba arco, y no podía lanzar un flecha a la cruz de la yegua para detenerla.

Al recorrer varios kilómetros, los caballos empezaron a flaquear. Con la ventaja de su mayor resistencia, Aillas empezó a acercarse metro a metro, y pronto alcanzaría a Tatzel. Con una desesperación que nunca había sentido antes, Tatzel se internó en una garganta rocosa que, entre un par de estribaciones, conducía a los brezales altos. Esperaba ocultarse en un escondrijo y dejar que Aillas siguiera de largo.

Fue en vano. No encontró ningún escondrijo, y en todo caso Aillas estaba a sólo veinte metros y no se dejaría engañar. Juncos y alisos poblaron el collado; Tatzel trepó hacia el costado del cañón, desmontó y condujo la yegua sobre salientes de roca negra y matas de aulaga, y al fin trepó a la pétrea superficie chata de la estribación. Aillas la siguió, pero se detuvo cuando Tatzel comenzó a arrojarle piedras. Tuvo que trepar por otro camino, lo cual permitió a Tatzel conseguir unos metros de ventaja.

Aillas llegó a la ladera de la estribación. Había desfiladeros a ambos lados. Tras él se extendía el ventoso cielo del Atlántico: sobre grises brezales, oscuros declives, el borrón negro de bosques lejanos. Tatzel avanzó trabajosamente hacia el risco alto, guiando a su fatigada yegua. Aillas la siguió y de nuevo acortó la distancia que los separaba.

Tatzel montó y cabalgó hacia la meseta. El extremo del gran Teach tac Teach se erguía muy cerca, y la cima más visible era Noc, el primero de los Cortanubes.

Aillas la siguió, pero advirtió con desaliento que su montura se había torcido la pata y cojeaba, Aillas maldijo, quitó la brida y la silla y dejó libre al caballo. Era un grave contratiempo, y de pronto comprendió su insensatez: se había lanzado a perseguir a Tatzel sin dejar ningún mensaje.

Aun así, no todo estaba perdido. Cargó el talego al hombro y continuó la persecución a pie. La yegua estaba tan agotada, y resultaba tan difícil el avance entre las piedras sueltas, que pronto ganó terreno. En dos minutos la arrinconaría.

Tatzel lo comprendió así. Echó una desesperada mirada alrededor, pero no había ayuda en las cercanías; Aillas, mirándole la cara, no pudo evitar un arrebato de piedad, pero endureció su corazón.

-Tatzel, querida y pequeña Tatzel, tan altiva. Has sabido mucho de la desesperación, el temor y la tristeza de otros. ¿Por qué no has de sentirlas tú también?

Tatzel tomó una decisión. Si continuaba cabalgando, Aillas la alcanzaría. A su izquierda se abría un valle de abruptas paredes pedregosas. Tatzel se detuvo un instante y respiró hondo, saltó de la montura y guió a la yegua sobre el borde de la cuesta. Resbalando, arqueándose sobre las ancas, los ojos relucientes, relinchando de terror, la yegua patinó cuesta abajo. Perdió pie. Cayó y rodó, pataleando y torciendo el pescuezo. La cuesta se hizo más empinada; la yegua chocó contra una roca y quedó quieta.

Tatzel, deslizándose y clavando las uñas, aferrándose a arbustos y matas, llegó a un tramo de piedras sueltas. Cedieron bajo sus pies, provocando un alud que la arrastró hasta el fondo, donde quedó aturdida. Al cabo de un instante intentó moverse, pero la pierna izquierda no la sostuvo y se desplomó dolorida, mirándose la pierna rota.

Aillas observó esa desastrosa caída y luego, ya sin prisa, bajó al fondo por un camino menos peligroso.

Encontró a Tatzel tendida contra una roca, la cara pálida de dolor. La yegua se había roto el espinazo y bufaba escupiendo una espuma sanguinolenta. Aillas la atravesó con la espada y la bestia quedó quieta.

Aillas se acercó a Tatzel y se arrodilló junto a ella.

-¿Estás herida?

-Tengo la pierna rota.

Aillas la llevó hasta la arenosa orilla de un río y examinó la pierna con la mayor delicadeza posible. Parecía una rotura limpia, sin astillas, y necesitaba un entablillado.

Aillas se puso en pie y escudriñó el valle. En los viejos tiempos, los prados junto al río habían albergado granjas, que habían desaparecido dejando sólo escombros y ruinas. No vio ninguna criatura viva, y tampoco divisó ni olió humo. Aun así, junto al río había un vestigio de camino; alguien podía cruzar el valle, lo cual quizá no le conviniera.

Aillas fue a la orilla del río y cortó varias ramas de sauce. Volvió hacia donde estaba Tatzel, les quitó la corteza y se las dio.

-Mastica. Te aliviará el dolor.

De la yegua muerta trajo la capa de Tatzel, la manta de la silla y un pequeño talego de cuero negro con hebilla de oro, junto con las correas y hebillas de las bridas y la montura.

Aillas le dio más corteza de sauce para que la mascara, luego cortó la pernera de los pantalones con el puñal y desgarró la tela, desnudando la pierna.

-No sé componer huesos -dijo-. Sólo puedo hacer lo que he visto hacer a otros. Trataré de no hacerte daño.

Tatzel permaneció en silencio, confundida por las circunstancias. La conducta de Aillas no parecía feroz ni amenazadora; si quería maltratarla no se detendría a entablillarle la pierna, lo cual no podía sino interferir en su actividad.

Aillas cortó un trozo de capa y lo colocó alrededor de la pierna a modo de almohadilla, luego dispuso las ramas de sauce y enderezó la pierna. Tatzel jadeó, pero no soltó ningún quejido. Aillas entablilló la pierna, y Tatzel suspiró y cerró los ojos. Aillas usó la capa como almohada y se la situó bajo la cabeza. Le apartó los rizos húmedos de la

frente y estudió los rasgos claros y delicados con sentimientos contradictorios, evocando otros días en el castillo Sank. Entonces había ansiado tocarla, hacer que descubriera su presencia. Ahora que podía acariciarla a gusto, nuevas consideraciones se interponían.

Tatzel abrió los ojos y le estudió la cara.

-Te he visto antes... no recuerdo dónde.

Aillas reflexionó. La joven ya había olvidado su temor; tal vez él era demasiado transparente. En realidad, Tatzel ya manifestaba ese aplomo ska que, de haber sido menos inocente, habría pasado por arrogancia. En tal caso, el juego adquiría mayor interés.

-No hablas como los ulflandeses -dijo Tatzel-. ¿Quién eres?

-Soy un caballero de Troicinet.

Tatzel hizo una mueca quizá provocada por el dolor, quizá por un recuerdo desagradable.

-En Sank tuvimos un sirviente de Troicinet. Escapó.

-Yo escapé de Sank.

Tatzel lo miró con desapasionada curiosidad.

-En esa ocasión todos hablaron mal de ti, porque nos envenenaste. Tu nombre es Halis o Ailish.

-Me llamo Aillas.

Tatzel no parecía asociar a Aillas el criado con Aillas el rey de Dascinet, Troicinet y Ulflandia del Sur, aunque sabía el nombre del segundo.

-Eres un necio al andar por esta región -espetó Tatzel-. Cuando te capturen, quizá te castren.

-Espero que no me capturen.

-¿Estabas con los bandidos que nos atacaron?

-No eran bandidos. Eran soldados al servicio del rey de Troicinet.

-No hay ninguna diferencia.

Tatzel cerró los ojos y guardó silencio. Al cabo de un momento de reflexión, Aillas se levantó y examinó las inmediaciones. Era importante conseguir un refugio para la noche, pero aún más importante era la seguridad. El sendero que transcurría por la orilla del río evidenciaba que circulaba algún tráfico por allí, y parecía conectar el Alto Camino Ventoso con emplazamientos ska a lo largo de los brezales bajos.

A poca distancia, valle arriba, Aillas descubrió una cabaña derruida que quizá brindara refugio a los pastores y vagabundos de las colinas. El sol caía detrás de las montañas. Pronto las sombras cubrirían el valle. Miró hacia abajo.

-Tatzel.

La joven abrió los ojos.

-Allá hay una cabaña donde podemos refugiarnos durante la noche. Te ayudaré a levantarte. Rodéame el cuello con lo brazos... Eso es.

Aillas notó que el corazón le palpitaba más deprisa que de costumbre. El tibio contacto del cuerpo de Tatzel contra el suyo, la presión de sus brazos, esa limpia fragancia

de agujas de pino, hierba luisa y geranio eran intensamente estimulantes. Aillas no quería soltarla.

-Rodéame con el brazo y te sostendré... Da un paso.

XI

1

Por un instante Aillas y Tatzel permanecieron inmóviles. De pie, ella le rodeaba el cuello con el brazo, la cara muy cerca de la del joven rey. Aillas recordó tristes días en el castillo Sank. Suspiró y se apartó.

Paso a paso, los dos recorrieron el camino, Tatzel brincando y Aillas soportando su peso. Al fin llegaron a la cabaña, que era lo único que quedaba de una vieja granja. Era un sitio agradable, sobre una loma junto a un arroyo que caía de una barranca boscosa. Toscas paredes de piedra soportaban postes de cedro que hacían las veces de vigas, y el techo tenía tejas de pizarra.

En la entrada se alzaba una desvencijada puerta de madera gris. Dentro encontraron una mesa y un banco; enfrente había un hogar y una improvisada chimenea para expulsar el humo.

Aillas sentó a Tatzel en el banco y le acomodó la pierna. Le miró la cara.

-¿Te duele?

Tatzel respondió con un cabeceo y una mirada que revelaba asombro ante una pregunta tan tonta.

-Descansa. Yo volveré en seguida.

En la orilla del río, Aillas recogió ramas de sauce joven con corteza gruesa. Vio cangrejos en las partes menos profundas y una buena trucha en las sombras. Le llevó el sauce a Tatzel y quitó la corteza.

-Masca esto. Te traeré agua.

En el costado de la cabaña habían ahondado el arroyo y le habían puesto un dique para formar un pequeño embalse, donde Aillas descubrió un cubo de madera, sumergido para que no se resecara y rajara... Aillas subió el cubo con gratitud y llevó agua a la cabaña. Recogió hierbas, juncos y arbustos y los apiló en el suelo para formar un lecho. A orillas del río encontró madera seca y la llevó a la cabaña. Luego encendió el fuego.

Tatzel, sentada a la mesa, parecía absorta en sus pensamientos y lo miraba sin interés.

El crepúsculo envolvía el valle. Aillas se marchó de nuevo de la cabaña. En esta ocasión se fue por media hora. Regresó con varios trozos de carne fresca envuelta en juncos y también con una rama cargada de bayas de saúco, y las puso junto a Tatzel. Arrodillándose junto al hogar, colocó la carne en una piedra plana, la cortó en lonchas finas, la clavó en ramas y la puso a asar al fuego.

Cuando la carne estuvo a punto, la llevó a la mesa. Tatzel había comido bayas; ahora comió la carne, despacio y con poco apetito. Bebió agua del cubo, y luego, derramando agua en un pañuelo, se limpió los dedos.

Aillas escogió sus palabras con cuidado:

-Quizá tengas dificultades para hacer tus necesidades. Si lo deseas, puedo ayudarte.

-No necesito tu ayuda -declaró Tatzel con voz cortante.

-Como quieras. Cuando estés lista para dormir, te haré la cama.

Tatzel ladeó la cabeza bruscamente, dando a entender que prefería dormir en otra parte, tal vez en su propia cama del castillo Sank, y luego fijó la mirada en las llamas. Al fin se volvió para estudiar a Aillas, como si por primera vez admitiera su presencia en la cabaña.

-Dijiste que nuestros atacantes eran soldados, no bandidos.

-Eso dije, y así es.

-¿Qué harán con mi madre?

-Tienen órdenes de evitar muertes innecesarias. Supongo que tu madre será capturada y enviada a Ulflandia del Sur como esclava.

-¿Como esclava? ¿Mi madre? -Tatzel se resistía a aceptar la idea, y al fin la desechó como demasiado grotesca. Miró de soslayo a Aillas, pensando: «¡Qué hombre tan extraño! Hay momentos en que se muestra sombrío y cauteloso como un viejo, y luego parece apenas un niño. ¡Es asombroso lo que encuentras entre los esclavos! Este episodio me parece muy raro. ¿Por qué me persiguió con tanta tenacidad? ¿Espera recibir un rescate?» Preguntó-: ¿Y tú qué eres? ¿Un soldado o un bandido?

Aillas reflexionó un instante y respondió:

-Me parezco más a un soldado que a un bandido, pero no soy ninguna de las dos cosas.

-¿Qué eres, entonces?

-Como te he dicho, soy un caballero de Troicinet.

-No sé nada de Troicinet. ¿Por qué estás tan lejos de un lugar seguro? En Ulflandia del Sur estabas a salvo.

-En parte vine para castigar a los ska por sus incursiones y por los esclavos que han capturado, y también, a decir verdad... -Aillas se interrumpió. Mirando las llamas, decidió no añadir más.

-¿A decir verdad...? -urgió Tatzel.

Aillas se encogió de hombros.

-En el castillo Sank me obligaron a ser sirviente. A menudo te observaba mientras ibas de un lado a otro, y llegué a admirarte. Me prometí que un día regresaría y nos encontraríamos en circunstancias distintas. Por eso estoy aquí, entre otras razones.

Tatzel reflexionó un momento.

-Eres muy pertinaz. Muy pocos esclavos han escapado del castillo Sank.

-Me capturaron de nuevo y me enviaron a Poelitetz -explicó Aillas-. También escapé de allí.

-Esto es confuso y complejo -protestó Tatzel-. No lo comprendo ni me interesa. Sólo sé que me has causado dolor y trastornos. Tus recuerdos de esclavo me parecen repulsivos e insolentes, y me parece muy poco educado que los hayas mencionado.

Aillas rió de nuevo.

-¡En efecto! Mis esperanzas y ensueños parecen toscos cuando los expreso con palabras. Pero sólo he respondido a tu pregunta, y con sinceridad. De paso he clarificado mis propios pensamientos. O, mejor dicho, he tenido que admitir ciertas cosas.

Tatzel suspiró.

-De nuevo te explicas con acertijos. No tengo ningún interés en resolverlos.

-Es muy simple. Cuando los sueños y quimeras de dos personas son semejantes, surge la amistad, o tal vez el amor. Cuando no es así, la mutua compañía resulta enojosa. Es un concepto fácil, pero pocos se toman la molestia de comprenderlo.

Tatzel miró el fuego.

-Personalmente, me importan un bledo tus penas y divagaciones. Explícalas a personas a quienes puedan interesar.

-Por el momento me las guardaré -dijo Aillas.

Al cabo de un rato, Tatzel comentó:

-Me sorprende que tu banda se haya aventurado tan lejos de Ulflandia del Sur.

-Eso también es fácil de entender. Como veníamos a atacar el castillo Sank, era necesario llegar tan lejos.

Tatzel al fin demostró asombro.

-¿Y fuisteis rechazados?

-Al contrario. Sólo dejamos intacta la ciudadela, pues no teníamos máquinas de asalto. Destruimos todo lo que estaba a la vista y nos retiramos para combatir en otra parte.

Tatzel le miró con asombro.

-¡Qué acto tan cruel! -exclamó al fin.

-Se trata sólo de justicia postergada, y es sólo el principio.

Tatzel miró sombríamente las llamas.

-¿Y qué te propones hacer conmigo?

-Te he impuesto la servidumbre al estilo ska. Ahora eres mi esclava. Por tanto, compórtate como tal.

-¡No es posible! -exclamó Tatzel-. ¡Soy ska, y de origen noble!

-Debes acostumbrarte a la idea. Es una pena que te hayas roto la pierna y no puedas obedecer mis órdenes.

Tatzel, apoyando la barbilla en los puños, miró el fuego con mal talante. Aillas se levantó y tendió el manto de Tatzel sobre el lecho de hierba.

-Masca un poco de corteza de sauce, para que puedas dormir sin dolor.

-No quiero más corteza.

Aillas se inclinó sobre ella.

-Rodéame el cuello con los brazos y te llevaré a la cama.

Tras un breve titubeo, Tatzel obedeció, y Aillas la llevó al lecho de hierbas. Le desató los cordones de las botas y se las quitó.

-¿Estás cómoda?

Tatzel lo miró desconcertada, como si no hubiera oído la pregunta. Aillas se apartó y salió a escuchar los ruidos de la noche.

El aire estaba en calma. Reinaba un silencio sólo quebrado por el murmullo del agua en el río. Entró de nuevo en la cabaña. Cogió la mesa, la apoyó contra la puerta y la aseguró con el banco. Apagó el fuego, se quitó las botas, se acostó junto a Tatzel y cubrió el lecho con su manto. Miró la pálida cara de Tatzel.

-¿Alguna vez has dormido con un hombre?

-No.

Aillas soltó un gruñido.

-Gracias a tu pierna rota, tu virginidad está a salvo. Sería demasiada distracción oír tus quejas porque te duele la pierna. Supongo que soy demasiado remilgado.

Tatzel resopló con desdén pero no dijo nada. Se volvió dando la espalda a Aillas, y pronto empezó a respirar con regularidad.

Por la mañana, el sol alumbró un día sin nubes. Aillas trajo galleta y queso de su talego para desayunar. Poco después llevó a Tatzel a un pequeño valle apartado, cincuenta metros más arriba de la cabaña. Tatzel refunfuñó pero Aillas se mostró firme.

-En estas colinas abundan los verdaderos bandidos, que son poco más que fieras. No tengo arco ni flechas, y si fueran más de dos no podría protegerte. Si nos encuentran más de dos ska, no podré protegerme a mí mismo. Tendrás que esconderte durante el día hasta que abandonemos este lugar.

-¿Cuándo será eso? -preguntó Tatzel de mal modo.

-Cuanto antes. No te muevas de aquí hasta que venga a buscarte. A menos que transcurran varios días... Entonces sabrás que estoy muerto.

Aillas regresó al valle. Con una madera curva y una estaca de abedul armó una muleta. Cortó una fuerte rama de sauce y la alisó hasta formar un arco tosco, pues el sauce carecía de la flexibilidad del fresno o el tejo. El nogal y el roble eran demasiado quebradizos; el aliso demasiado débil; el castaño era bastante apropiado; pero no había ninguno cerca. Cortó ramas de sauce para hacer flechas y las empenachó con cintas de tela. También fabricó un arpón abriendo en cuatro una vara de abedul, afilando cada punta, separándolas con un guijarro, y sujetándola con un cordel para impedir que la vara se partiera en toda su longitud.

Era la una de la tarde. Aillas llevó el arpón al río, y al cabo de una hora de pacientes y astutos esfuerzos logró pescar una trucha parda de un par de kilos. Mientras limpiaba el pescado a orillas del río, percibió ruido de caballos y se ocultó.

Dos jinetes venían por el camino, seguidos por un carromato tirado por un par de torpes caballos de granja. Un enjuto labriego de cabellos desaliñados conducía el carromato. Los jinetes tenían un aspecto más siniestro. Llevaban improvisadas cotas de malla y cascos de cuero con protección para el cuello y las orejas. Pesados espadones les colgaban del cinto; de la silla de montar colgaban arcos y flechas, y también hachas de combate de mango corto. El más corpulento era algo mayor que Aillas, moreno, fornido, con ojos pequeños y taimados, barba hirsuta y nariz ganchuda. El otro, que tendría quince años más, iba encorvado sobre la silla, tan flaco, nudoso y fuerte como el cuero donde se

sentaba. Tenía un rostro pálido y perturbador; pómulos extrañamente anchos, con ojos redondos y grises y una boca de labios delgados que le daba aspecto de reptil.

Aillas comprendió al instante que se trataba de dos bandidos, y se felicitó por haber escondido a Tatzel, pues los jinetes habían descubierto la yegua muerta y parecían preguntarse qué significaba.

Al llegar a la cabaña, los jinetes se detuvieron y conversaron, luego se inclinaron para examinar las huellas que había en la arena. Apeándose con cautela, sujetaron los caballos al carromato, se dirigieron hacia la cabaña y de pronto se detuvieron sorprendidos.

Aillas se quedó rígido de espanto. Tatzel también había oído que se acercaban los jinetes. Se acercaba cojeando por un lado de la cabaña. Se dirigió a los dos hombres y les habló en un tono de confiada autoridad, aunque Aillas no captó sus palabras. Ella señaló el carromato; Aillas supuso que les estaba ordenando que la llevaran al castillo ska más cercano, o a un puesto administrativo.

Los dos hombres se miraron con una sonrisa de complicidad, incluso el niño, que observaba boquiabierto desde el carromato, parpadeó perplejo.

Aillas era un hervidero de emociones contradictorias: furia ante la increíble imprudencia de Tatzel, luego una gran tristeza por lo que ella debería sufrir, y luego un arrebato de ira diferente. Por mucho que se enfadara y maldijera, no podía dejarla a su suene sin menoscabo de su propia integridad. En su arrogancia y vanidad, Tatzel había puesto en peligro no sólo su persona, sino la de Aillas.

Los dos hombres se acercaron a Tatzel. La miraron de arriba abajo e intercambiaron comentarios. Tatzel retrocedió y pronunció nuevas órdenes.

El hombre flaco y encorvado le hizo preguntas. Tatzel respondió en tono glacial y señaló de nuevo el carromato.

-Sí, sí -parecían decir los hombres-. Todo a su tiempo. ¡Pero lo primero es lo primero! La bondadosa fortuna nos ha reunido a los tres y debemos celebrar nuestra suerte como corresponde. ¡Es una lástima que seas sólo una!

Tatzel retrocedió otro paso y miró desesperadamente alrededor. Aillas pensó mordazmente: «Ahora se estará preguntando por qué no doy una buena lección a estos dos canallas.”

El hombre fornido y con barba se inclinó hacia adelante y rodeó la cintura de Tatzel con el brazo. La atrajo hacia sí e intentó besarla. Tatzel apartó la cabeza, pero al fin él le encontró la boca. El hombre flaco le tocó el hombro v ambos intercambiaron comentarios. El más joven permanecía hurañamente distante, ya fuera por temor o por diferencia de jerarquía.

El hombre mayor habló en voz baja pero enérgica, y el más joven accedió de mala gana. Juntos se prepararon para un juego a fin de decidir quién sería el primero en divertirse con Tatzel. El más joven clavó una rama en el suelo y trazó una línea en el polvo a una distancia de tres metros. Sacando monedas de sus bolsos, se pusieron detrás de la línea y se turnaron para arrojar monedas hacia la rama. El niño bajó del carromato y se puso a observar con cierto interés.

Mientras ellos estaban así distraídos, Aillas corrió detrás del carromato. Frente a la cabaña hubo una discusión acerca de una transgresión de las reglas, y se pidió al niño que interviniera como arbitro. Él comunicó su decisión, y el juego se reanudó de

acuerdo con las nuevas reglas, aunque no sin acalorados farfulleos entre ambos rivales. Tatzel hizo un par de protestas, hasta que le ordenaron callar. Retrocedió y se quedó mirando con la boca contorsionada en una mueca.

Entretanto, Aillas se acercó en silencio a los caballos y cogió un arco y un puñado de flechas.

El juego terminó; el vencedor era el hombre corpulento y barbado, que rió con orgullo y felicitó a Tatzel por su suerte. La abrazó de nuevo con una sonrisa lasciva y, guiñándole el ojo a su compañero, la hizo entrar en la cabaña.

El hombre mayor se encogió de hombros y le gruñó una orden al niño, quien corrió al carromato y trajo un odre de vino. Los dos se sentaron al sol a un lado de la cabaña.

Aillas se acercó con sigilo, el arco tenso. Llegó a la puerta y entró, silencioso como una sombra. Tatzel estaba desnuda en el lecho de hierbas. El bandido se había quitado las calzas y se arrodillaba dispuesto a insertar su descomunal miembro. Tatzel vio la silueta en la puerta y jadeó. El bandido miró por encima del hombro. Soltó un juramento y se puso en pie, buscando la espada. Abrió la boca para manifestar su furia; Aillas lanzó la flecha, que atravesó silbando la habitación, entró en la boca abierta y clavó la cabeza a un poste de la pared, donde el hombre murió pataleando y agitando los brazos.

Aillas volvió afuera tan silenciosamente como había entrado. Doblando la esquina, encontró al hombre mayor bebiendo del odre de vino, mientras el niño observaba con fascinada envidia. El niño descubrió a Aillas y soltó un grito estrangulado. El bandido volvió la cabeza, soltó el odre y se levantó con torpeza, manoteando la espada. Con expresión grave y sombría, Aillas soltó la flecha. Las rodillas del bandido se aflojaron; por un instante se aferró la vara que le sobresalía del pecho, luego se desplomó.

Aillas no pudo alcanzar al niño, quien huyó a toda velocidad por el camino y pronto se perdió de vista.

Aillas miró dentro de la cabaña. La pensativa Tatzel, con ojos abatidos, se estaba vistiendo, de espaldas al cadáver. Aillas, también pensativo, se dirigió al carromato, que estaba cubierto por una lona encerada. Debajo había provisiones en abundancia, suficientes para alimentar a una docena de hombres durante un mes.

Aillas cogió varias cosas del carromato: un saco de harina, dos lonchas de tocino, sal, dos quesos redondos, un odre de vino, un jamón, un puñado de cebollas, un recipiente con ganso en conserva, pescado salado, una bolsa de uvas pasas y orejones. Envolvió las provisiones en la lona y las cargó sobre el mejor de los caballos de tiro, que ahora cargaría con el fardo.

Tatzel se sentó en la puerta de la cabaña, donde se peinó en silencio. Aillas recordó la muleta que había preparado. Tras un breve titubeo, fue a buscarla, y también trajo la trucha que había pescado. Le entregó la muleta a Tatzel.

-Esto puede ayudarte a caminar.

Aillas entró en la cabaña, recogió los dos mantos, los sacudió y echó un vistazo al cadáver. El próximo que entrara allí tropezaría con un espectáculo sorprendente.

Aillas salió y dijo:

-¡Ven! Dentro de poco este lugar será un hervidero de ska, según la distancia que deba recorrer ese niño para llevar la noticia.

Tatzel señaló el camino.

-Alguien viene. Será mejor que huyas mientras puedas salvarte.

Aillas se volvió y vio que se acercaba un viejo con cuatro cabras. Vestía prendas de tela basta, sandalias de paja y un sombrero de paja de alas anchas. Cada cabra cargaba un pequeño paquete. Al llegar a la cabaña dirigió a Aillas y Tatzel una mirada indiferente. Habría pasado de largo si Aillas no le hubiera interpelado.

-Espera un momento, por favor.

El viejo se detuvo, con cortesía pero sin entusiasmo.

-Soy forastero -dijo Aillas-, quizá puedas darme alguna información.

-Haré lo posible, señor.

Aillas señaló el valle.

-¿Adonde lleva este camino?

-A quince kilómetros se encuentra Glostra, que es una aldea y un puesto ska, donde tienen barracas.

-¿Y camino arriba?

-Hay varios senderos. Si sigues por el camino principal llegarás al Brezal Alto, y allí encontraras el Camino Ventoso de Poelitetz.

Aillas asintió. Eso era más o menos lo que había supuesto. Le hizo una seña al viejo.

-Ven conmigo, y si quieres sujeta tus cabras al carromato.

El hombre titubeó pero siguió a Aillas hasta la cabaña. Aillas le mostró los dos cadáveres.

-Vinieron por el camino con el carromato. Me atacaron y los maté. ¿Quiénes son?

-El de barba que está en la cabaña es un mestizo ska. Al otro le llaman Fedrik la Serpiente. Ambos eran bandidos al servicio de Torqual, o eso dicen.

-Torqual... He oído ese nombre.

-Es el jefe de los bandidos, y tiene su guarida en el castillo Ang, donde nadie puede atacarlo.

-Mucho depende de quién lo ataque, y cómo -comentó Aillas-. ¿Dónde está el campamento, para que podamos evitarlo?

-A unos veinticinco kilómetros descubrirás tres pinos junto al camino, con un cráneo de macho cabrío clavado en cada uno de ellos. Allí hay una bifurcación. El camino de la derecha conduce a Ang. Lo he visto una sola vez, y la entrada estaba custodiada por dos caballeros con armadura, empalados en estacas. Nunca volveré allí.

-Veo que tu segunda cabra lleva una magnífica sartén de hierro -observó Aillas-. ¿Cambiarías esa sartén por un caballo, un carromato y una provisión de vituallas suficiente para mantenerte gordo durante un año?

-El intercambio parece justo, desde mi punto de vista -dijo con cautela el viejo-. Y, desde luego, estos artículos ahora te pertenecen.

-Los he reclamado y nadie presenta objeciones. Sin embargo, si realizamos el trueque, te sugiero que lleves esa mercancía deprisa a un escondrijo secreto, al menos para no despertar envidias.

-Sabio consejo -convino el viejo-. Trato hecho.

-Además, nunca nos has visto y nunca te hemos visto.

-En efecto. En este momento sólo oigo el eco de voces fantasmales llevadas por el viento.

2

El sol se hundió a espaldas de Aillas y Tatzel mientras cabalgaban valle arriba. El caballo de carga iba atado a la montura de la joven, y Aillas llevaba los arcos y las aljabas.

El valle se hizo estrecho y se elevó en un declive que hacía gorgotear y brincar al río cuando tropezaba con una roca en el cauce. Aparecieron suaves pinos y cedros solitarios, o apiñados en bosquecillos. Desde ambos flancos entraban barrancos en el valle, cada cual con su arroyuelo.

Al caer la tarde, el viento empezó a arreciar y las nubes corrían por el cielo; quizá se aproximaban lluvias desde el mar: una perspectiva desagradable.

El ocaso pintó de oro las altas cumbres; el crepúsculo inundó los valles. Aillas tomó por uno de los valles perpendiculares, y al cabo de cien metros de guiar su caballo a orillas de un riachuelo, llegó a un claro herboso protegido del viento donde podían encender una fogata sin ser vistos por los viajeros que recorrieran el camino de noche.

Tatzel no estaba conforme con el lugar y lo examinaba con desagrado.

-¿Por qué acampamos en este sitio tan lúgubre?

-Para que durante la noche no nos molesten extraños -explicó Aillas.

-Nos estamos internando en territorios cada vez más salvajes. ¿Adonde nos llevas, o no lo sabes?

-Espero encontrar un camino tranquilo en los brezales altos, para bajar hacia Ulflandia del Sur y así regresar a Doun Darric. Después te llevaré a Dorareis de Troicinet.

-No me interesa visitar esos lugares -declaró Tatzel con frialdad-. ¿Mis deseos no tienen importancia?

Aillas rió.

-Ya descubrirás que los deseos de una esclava son totalmente ignorados.

Tatzel frunció el ceño y aparentó no haber oído la respuesta. Aillas recogió madera, dispuso piedras para formar una hoguera, y mientras la hacía descubrió una buena losa de mármol gris de casi medio metro cuadrado y media pulgada de grosor. Encendió el fuego, puso a cocer la trucha y se volvió hacia Tatzel, quien estaba sentada en un tronco, contemplando los preparativos con aire de aburrimiento.

-Esta noche cocinarás tú -ordenó Aillas-, mientras yo preparo un refugio.

Tatzel sacudió la cabeza.

-No sé nada de eso.

-Te explicaré lo que debes hacer. Corta grasa del jamón y frótala contra la sartén despacio, para que no haga humo. Entretanto, trocea la trucha. Cuando la grasa esté lista, fríe el pescado, cuidando de que no se queme. Cuando el pescado esté dorado, aparta la sartén. Luego mezcla un poco de harina con agua, y haz panecillos. Ponlos en la tortera, que ya estará caliente. -Aillas señaló el mármol-. Cuece los panecillos por un lado, luego por el otro.

-No me interesa obtener estos conocimientos.

Aillas reflexionó.

-Puedo cortar una rama y darte una azotaina hasta que pidas misericordia, aunque estoy cansado. O puedo hacer estas cosas y servirte cortésmente y a tu gusto. O puedo dejarte pasar hambre y frío, que sería lo más cómodo para mí. ¿Qué sugieres?

Tatzel ladeó la cabeza, pero no hizo ninguna recomendación.

-No me interesa azotarte -continuó Aillas-. Mucho menos deseo servirte. Así que creo que tendrás que cocinar o quedarte sin comer. Y recuerda que por la mañana será igual.

-Comeré albaricoques y beberé vino -replicó Tatzel en tono despectivo.

-No harás nada de eso. Además, prepara tu propio lecho. O pasa la noche bajo la lluvia, a mí me da lo mismo.

Tatzel miró con el ceño fruncido el fuego abrazándose las rodillas. Entretanto, Aillas levantó una tienda con la lona y, después de recoger hierba, preparó un lecho.

Tatzel, advirtiendo que el lecho era para una sola persona, soltó un juramento y se puso a preparar la cena. Aillas recogió más hierba y amplió el lecho.

Los dos comieron en silencio. Para Aillas, ninguna comida le había sentado mejor que esta trucha frita con panecillos, con rodajas de cebolla y sorbos de vino. El viento suspiraba entre los árboles arremolinando las llamas. Aillas fue a dar agua a los caballos, y luego los amarró en un sitio donde pudieran pastar cómodamente.

Tatzel lo siguió con la mirada, pero cuando él regresó a la fogata, la muchacha clavó los ojos en las llamas.

Aillas bebió un último sorbo de vino. Tatzel lo observó con disimulo. Aillas sonrió.

-¿Dónde has escondido mi puñal?

Era el puñal con que Tatzel había troceado la trucha. La muchacha reflexionó, metió la mano dentro de la túnica y sacó el puñal de la cintura de sus pantalones. Aillas le arrebató el puñal.

Tatzel se frotó la muñeca.

-Me has hecho daño.

-No tanto como pudiste habérmelo hecho tú, mientras dormía.

Tatzel se encogió de hombros. Aillas se puso en pie. Llevó a la tienda las provisiones que se podían echar a perder con la lluvia. Luego recogió los arcos y probó los dos, evaluando la flexibilidad, potencia y fortaleza. Ambos eran buenos arcos, pero uno le pareció mejor. Guardó éste, junto con las flechas, debajo de la hierba donde dormiría, al alcance de su mano pero lejos de los dedos de Tatzel. Arrojó el otro arco al fuego y lo quemó.

Tatzel lo miró boquiabierta.

-Estoy realmente asombrada.

-¿Ah, sí? ¿Y qué te ocurre ahora?

-¿Por qué insistes en mantenerme cautiva? Yo preferiría estar libre, y soy sólo un estorbo. Por lo visto ni siquiera te propones usarme como mujer.

Aillas evocó los acontecimientos del día.

-No podría tocarte -masculló.

-¡Eres extraño! ¡De pronto respetas mi rango!

-Te equivocas.

-Por lo del bandido, entonces. -Tatzel parpadeó, y Aillas creyó vislumbrar lágrimas en sus ojos-. ¿Qué ganaba con resistirme? Estoy en poder de subhumanos: esclavos fugitivos y bandidos; no tengo más salida que la apatía. Haz lo que quieras conmigo.

-Ahórrate el dramatismo -replicó Aillas con desdén-. Te lo dije anoche y te lo repito ahora: nunca te tomaría por la fuerza.

Tatzel lo miró de hito en hito.

-¿Y cuáles son tus planes? Tu conducta me desconcierta.

-Es muy sencillo. Fui esclavizado y obligado a servirte en el castillo Sank, lo cual me enfurecía. Juré que algún día saldaría esta deuda. Ahora tú eres la esclava y debes satisfacer mis caprichos. ¿Qué podría ser más simple? Incluso hay cierta belleza en la simetría de los hechos. Trata de disfrutar de esta armónica belleza tanto como yo.

Tatzel apretó los labios.

-¡No soy una esclava! ¡Soy la dama Tatzel del castillo Sank!

-¿Impresionó tu rango a esos bandidos?

-Eran extranjeros, aunque tenían parte de sangre ska.

-¿Qué importa eso? Ambos eran despreciables. Los maté sin ningún remordimiento.

-Con flechas y emboscadas -se burló Tatzel-. No te atreves a enfrentarte a los ska de otra manera.

Aillas torció el gesto.

-En cierto sentido, tienes razón. En lo que a mí concierne, la guerra no representa un juego ni una ocasión para el heroísmo, sino una ingrata obligación que se debe llevar a cabo con el menor daño posible para uno mismo... ¿Qué sabes acerca de un ska llamado Torqual?

Al principio Tatzel no quiso responder. Luego dijo:

-Algo sé. Es un primo lejano. Pero lo he visto una sola vez. Ya no lo consideramos ska, y ahora se ha marchado a otras tierras.

-Ha regresado, pues su guarida está cerca, al pie del Noc. Esta noche hemos bebido su vino y comido sus cebollas. La trucha era mía.

Tatzel miró hondonada abajo, donde una bestia había agitado las hojas. Se volvió de nuevo hacia Aillas.

-Se dice que Torqual lleva las cuentas claras. Sospecho que pagarás un alto precio por tu festín.

-Prefiero disfrutar de la generosidad de Torqual sin preocuparme -dijo Aillas-. Pero nunca sabemos qué nos depara el futuro. Ulflandia del Norte es un país oscuro y horrendo.

-Nunca me lo ha parecido -comentó Tatzel.

-Hasta ahora no habías sido esclava... Ven. Es hora de dormir. El chico del carromato hablará por todas partes de la noble dama ska, y el valle se llenará de soldados ska. Quiero salir temprano.

-Duerme, pues -bufó Tatzel con indiferencia-. Yo permaneceré despierta un rato.

-Entonces debo maniatarte para que no huyas durante la noche. Por estos lugares hay extrañas criaturas que merodean en la oscuridad. ¿Quieres que te arrastren hasta una caverna?

De mala gana, Tatzel caminó cojeando hasta el lecho.

-Además, debemos usar la cuerda por razones de seguridad. Tengo un sueño muy pesado, y no me despertaría aunque me cayera una piedra en la cabeza.

Ciñó la cintura de Tatzel con una cuerda, la anudó de tal modo que la joven no pudiera desatarla, y se ató las puntas a su propia cintura, obligándola así a permanecer cerca de él.

Tatzel se acostó y Aillas la tapó con la manta. La luna, en cuarto creciente, brillaba a través de un resquicio entre las hojas alumbrando la cara de Tatzel, suavizándole los rasgos y mostrándola cautivantemente hermosa. Aillas la contempló un instante, preguntándose a qué se debía aquella sonrisa desdeñosa. Se volvió antes de que su mente creara imágenes. Se tendió junto a ella y se abrigó en su propia manta. ¿Había pasado algo por alto? ¿Las armas? A buen recaudo. ¿La soga? Ella no podía tocar los nudos. Aillas se relajó y se durmió.

3

Aillas se levantó una hora antes del alba. No había llovido, y descubrió un rescoldo encendido entre las cenizas. Lo cubrió con hierba seca y avivó el fuego. Bostezando y tiritando, Tatzel se levantó y se acercó al fuego para calentarse las manos. Aillas sacó tocino y el saco de harina, y Tatzel fingió no darse cuenta. Aillas le dirigió un par de palabras amables; tras fruncir el ceño y lanzarle una mirada furibunda, Tatzel se puso a freír tocino y a cocer panecillos. Aillas ensilló los caballos y los preparó para el viaje.

En la quietud del alba perlada de rocío, Aillas y Tatzel desayunaron en silencio.

Aillas puso los bultos sobre el caballo de carga, ayudó a Tatzel a montar y ambos abandonaron el barranco. Al llegar al camino, Aillas se detuvo para mirar y escuchar. No vio ni oyó nada, y ambos se pusieron en marcha valle arriba. Aillas no dejaba de vigilar el valle a sus espaldas.

Transitaban por terreno peligroso. Aillas apuró los caballos, pues deseaba pasar por la encrucijada del castillo Ang lo antes posible.

El paisaje se volvió cada vez más imponente. A ambos lados del valle se erguían altas cumbres, a veces sobre pilas de rocas, a veces sobre macizos pinos y helechos.

El sol despuntó sobre la estribación oriental y alumbró tres pinos altos que se erguían junto al camino, con un cráneo de macho cabrío clavado en cada tronco. Allí se bifurcaba la carretera, y un camino conducía a la derecha. Con prisa y alivio, Aillas dejó atrás la ominosa bifurcación, que pronto se perdió de vista.

Los caballos comenzaron a fatigarse, en parte por la velocidad que Aillas les había impuesto y en parte por la pendiente del camino. Arriba, arriba, virando sinuosamente, transcurriendo bajo salientes y protuberancias rocosas, cruzando prados montañosos: así iba el camino, y luego subía por una nueva cuesta.

Una hora después de pasar por la bifurcación del Ang, Aillas enfiló hacia un lugar apartado detrás de un pinar. Se apeó y ayudó a Tatzel a desmontar. Allí descansarían durante la mitad del día, y así reducirían las posibilidades de toparse con otros viajeros, que en aquellas regiones sólo podían resultar peligrosos. Tatzel parecía opinar que tanta prudencia era excesiva y ridícula.

-Eres timorato como un conejo -acusó a Aillas-. ¿Vives siempre atemorizado, asomando la cabeza, alarmándote ante cada susurro?

-Me has descubierto -replicó Aillas-. Soy víctima de mil temores. No debe haber humillación peor que ser tildado de cobarde por una esclava.

Tatzel rió burlonamente y se tendió en la arena soleada.

Aillas se recostó contra un árbol y miró en derredor. A pesar de todo, los comentarios de Tatzel lo habían irritado. ¿De verdad creía que era timorato, sólo porque tomaba las precauciones necesarias? Era muy probable. En la experiencia de Tatzel, los hombres viajaban por la campiña sin miedo a acontecimientos desagradables.

-Dentro de poco los ska también asomarán la cabeza alarmados -le advirtió Aillas-. Ya no se enfrentan a unos pobres labriegos. Ahora se las ven con los troicinos, y la cosa es muy diferente.

-Si todos los troicinos son tan prudentes como tú, tendremos pocas dificultades.

-Es posible -dijo Aillas. De nuevo miró en derredor, pero sólo vio rocas y aire. Nubes deshilachadas corrían en el viento, cubriendo a veces el sol, y sus rápidas sombras cruzaban el valle.

Tatzel lo observaba, la cabeza apoyada en los brazos.

-¿Qué estás buscando?

-Creo que alguien nos vigila desde el risco... Descansa mientras puedas. A partir de ahora viajaremos de noche.

Tatzel cerró los ojos y se durmió.

Al mediodía comieron jamón, queso y panecillos. El sol cruzó el cénit. Aparecieron nubes, y pronto el cielo estuvo totalmente encapotado. Tatzel, arrebujándose en su manta, se quejó de las heladas ráfagas, y pidió a Aillas que instalara la tienda.

Aillas sacudió la cabeza.

-¡Éste es un tiempo ideal para los cobardes! La niebla dificulta la labor de exploradores y centinelas, y los bandidos sólo asaltan cuando luce el sol. ¡Vamos! ¡Seguiremos el camino!

Guardó el jamón y el queso y reanudaron la marcha.

Fue una tarde lenta y desagradable. Una hora antes del ocaso, los vientos se redujeron a ráfagas, mientras las nubes se resquebrajaban. Varios rayos de sol alumbraron el paisaje agreste, poniendo notas de color en un escenario lúgubre.

Aillas se detuvo para que descansaran los caballos. Miró hacia atrás y vio toda la extensión del valle. Delante, a poco más de un kilómetro, el borde de la meseta cortaba el cielo.

Aillas encabezó la marcha camino arriba, y de nuevo temió que lo observaran.

El camino llegó a la empinada cuesta final; Aillas desmontó para dar descanso al caballo. Caminó hasta que él también se fatigó y se detuvo para recuperar el aliento. Los caballos, cabeceando y resoplando, se recobraron poco a poco de sus esfuerzos. Sombras profundas rodearon al grupo mientras los rayos del sol alumbraban bancos de nubes hacia el este.

Aillas reanudó la marcha por el sinuoso camino, hasta que al fin llegaron a la meseta. Al sur se erguían los Cortanubes; al este se elevaba el risco final del Teach tac Teach, ahora incendiado por la luz del atardecer; hacia el norte la meseta se perdía en la niebla y las nubes bajas.

A treinta metros, un hombre alto de capa negra cavilaba. Parecía sumido en profundos pensamientos, y apoyaba la mano en el pomo de la espada, con la punta de la vaina apoyada en el suelo. Su caballo estaba amarrado a un arbusto cercano. Miró a Aillas y Tatzel, luego pareció ignorarlos.

Aillas pasó de largo como si el hombre no estuviera.

El hombre se volvió despacio para ponerse frente a ellos, de modo que la luz del ocaso le talló los rasgos en oro y negro.

-¡Alto! -exclamó.

Aillas frenó el caballo y el hombre se acercó despacio. Tenía cabello negro, frente baja, cejas saturninas y luminosos ojos castaños. Los agudos pómulos, la boca ancha y gruesa y la barbilla corta, junto con un músculo trémulo en la mejilla izquierda, creaban la impresión de una fuerza apasionada apenas contenida por una inteligencia mordaz. Habló de nuevo, con voz ronca y melodiosa a la vez:

-¿Adonde vais?

-Viajamos por el Camino Ventoso con rumbo a Ulflandia del Sur -respondió Aillas-. ¿Quién eres, señor?

-Me llamo Torqual. -Fijó los ojos en Tatzel y murmuró-: ¿Y quién es la dama?

-Está a mi servicio, por el momento.

-Señora, ¿no eres ska?

-Sí, lo soy.

Torqual se acercó más. Era un hombre fuerte: hombros anchos, pecho profundo, caderas breves. He aquí un hombre, pensó Aillas, a quien Tatzel no consideraría furtivo ni timorato, ni siquiera prudente.

-Joven -interpeló Torqual con voz cantarina-, reclamo tu vida. Atraviesas un territorio que considero de mi propiedad. Desmonta y arrodíllate ante mí, para que pueda cortarte la cabeza con comodidad. Morirás bajo la trágica y áurea luz de este atardecer.

Desenvainó la espada haciendo rechinar el acero.

-Señor -replicó Aillas con cortesía-, preferiría no morir, y mucho menos de rodillas. Pido autorización para atravesar esta tierra que reclamas, sin que mis bienes ni mi acompañante corran peligro.

-La autorización está denegada, aunque hablas con voz agradable y serena. Aun así, ya me has oído.

Aillas desmontó y desenvainó su ligera espada, adecuada para la clase de esgrima que había aprendido en Troicinet. ¿Su puñal? ¿Dónde estaba el puñal? Había cortado queso para el almuerzo, y había guardado el puñal con el queso.

-Señor -intervino Aillas-, antes de continuar con este asunto, ¿puedo ofrecerte un trozo de queso?

-No me interesa el queso, aunque la idea resulta divertida.

-En ese caso, concédeme un momento mientras corto un trozo para mí, pues tengo hambre.

-No puedo perder tiempo mientras tú comes queso. Prepárate para morir.

Torqual avanzó y lanzó un ataque con la espada. Aillas lo eludió brincando a un lado. Torqual giró, pero su espada chocó con la hoja de Aillas.

Aillas fingió una embestida, pero la pesada hoja de Torqual se alzó y Aillas se habría ensartado de haber ido más lejos. Comprendió que Torqual era un espadachín experto además de fuerte.

Torqual atacó de nuevo, haciendo retroceder a Aillas, y éste eludió una serie de ataques que lo habrían partido en dos. Tras la última estocada Aillas contraatacó con ferocidad, hiriendo a Torqual en el hombro. El hombre tuvo que retroceder para recuperarse. Aillas advirtió que Torqual llevaba un puñal en el cinto.

Torqual abrió la boca para concentrarse: no había esperado tanto ejercicio. De nuevo atacó, y Aillas embistió alzando el brazo izquierdo de una manera extraña, que expuso su flanco izquierdo. Torqual intentó una estocada que Aillas eludió sin esfuerzo, y embistiendo de nuevo volvió a exponer su flanco izquierdo.

Torqual atacó; Aillas replicó y hundió la espada, atravesando el pecho de Torqual a escasas pulgadas del corazón. Torqual abrió la boca y los ojos, pero ignoró la herida. Aillas notó que ahora apoyaba la mano en el puñal.

Torqual atacó de nuevo y Aillas eludió sus estocadas una vez más. Torqual pareció dejar una abertura para una embestida. Aillas avanzó y alzó el brazo izquierdo, exponiendo el flanco; al instante Torqual usó el cuchillo, pero Aillas lanzó la espada y hundió la hoja en

el hombro de Torqual, de tal modo que la punta salió por el otro lado y el puñal cayó de esa mano repentinamente inerte.

Aillas se lanzó sobre el cuchillo y lo empuñó casi antes que tocara el suelo. Sonrió a Torqual, y atacó con más furia. Torqual no podía eludir sus golpes.

-Arrodíllate, Torqual -dijo Aillas-, para que pueda matarte más fácilmente.

Aillas hacía girar la punta de la espada en círculos, con fintas y escarceos, y Torqual tuvo que retroceder paso a paso.

Torqual respiró profundamente, soltó un aullido y atacó blandiendo la espada como una guadaña. Aillas retrocedió y el pecho de Torqual quedó expuesto por un instante. Aillas arrojó el cuchillo con todas sus fuerzas y la hoja se hundió hasta la empuñadura en el pecho de Torqual, quien se tambaleó desconcertado. Aillas atacó y hundió la espada en el cuello de Torqual. El hombre gritó de dolor, retrocediendo hasta el borde de la meseta. Cayó rodando. Cuando llegó al fondo, era un guiñapo negro y anónimo.

Aillas miró alrededor. ¿Dónde estaba Tatzel? Ya había recorrido doscientos metros, galopando hacia el norte, aunque el animal de carga que Aillas había atado a la montura de la joven, así como el caballo de Aillas, a su vez atado al animal de carga, la retrasaban. Tatzel avanzaba pues con un torpe trote que habría bastado para dejar atrás a Aillas de no haber sido por el caballo de Torqual.

Tatzel miró por encima del hombro; Aillas vio su expresión desesperada, y se habría enfurecido de no ser por la euforia de su triunfo sobre Torqual.

Desató el caballo de Torqual, montó e inició la persecución. Le molestó que Tatzel se dirigiera hacia el norte, internándose más en la tierra salvaje que se extendía hasta la frontera godeliana.

Entonces se le ocurrió una nueva idea. La meditó un instante y la rechazó. Era demasiado audaz, demasiado precipitada y quizá poco práctica. No se la podía quitar de la cabeza. ¿Tan poco práctica era? Quizá, tal vez fuera incluso imprudente. Pero también podía ser lo más acertado.

Tatzel siguió cabalgando con sombría determinación, con la esperanza de que el caballo de Aillas se cayera y se rompiera una pata. Llevaba una gran ventaja. Aillas tardó mucho en alcanzarla. Sin comentarios, cogió las riendas del caballo y lo detuvo.

Tatzel le dirigió una mirada de odio, pero no dijo nada. A la luz del atardecer, Aillas acampó en un bosquecillo de alerces, y esa noche cenaron el ganso en conserva de Torqual.

XII

1

Los vientos barrían los altos brezales, gimiendo y suspirando entre los alerces. Desde la tienda, Aillas contemplaba las nubes que pasaban flotando sobre la luna. Junto a él estaba Tatzel, huraña y tensa.

Tenía mucho en qué pensar. Era posible que en Ulflandia del Norte nadie hubiera advertido aún su ausencia, y que su gente creyera que estaba en otra parte. Sin embargo, al sopesar la situación, Aillas sospechaba que en las mismas circunstancias habría vuelto a hacer lo mismo. Sonrió amargamente a la luna. Habría cometido los mismos actos y habría sufrido los mismos inconvenientes con el único objeto de obtener aquellas nuevas percepciones que le habían aclarado los pensamientos. Ante todo, un nuevo plan había surgido en su mente. Tatzel conocería un nuevo desconcierto, y la idea hizo reír a Aillas.

Tatzel, que también estaba despierta mirando la luna, encontró el buen humor de Aillas totalmente desacorde con su propio ánimo.

-¿De qué te ríes? -preguntó con rencor. Al no recibir respuesta, añadió-: Cuando los hombres pierden el juicio, le sonríen a la luna.

Aillas rió una vez más.

-Tu ingratitud me ha hecho enloquecer. Río por no llorar.

-Te enorgulleces porque Torqual tropezó y cayó -replicó Tatzel con desdén.

-¡Pobre Torqual! ¡Olvidé advertirle que pelear con extraños puede resultar peligroso, y sufrió terribles heridas! ¡El buen Torqual, tan modesto y amable! ¡Su muerte[22] nos aflige a todos!

Tatzel no dijo nada más, y así transcurrió la noche.

Por la mañana desayunaron acuclillados ante una fogata roja y humeante. Aillas escudriñó los brezales y descubrió, a menos de un kilómetro de distancia, una docena de jinetes ska que encabezaban una caravana de carretas atiborradas de grano, seguidas por una columna de dos o tres docenas de hombres enlazados con cuerdas alrededor del cuello.

Aillas apagó el fuego para que el humo no llamara la atención de los jinetes.

-Allá está el Camino Ventoso -indicó a Tatzel-. Conduce a Poelitetz. He recorrido antes ese camino.

Tatzel observó la caravana, y Aillas no pudo reprimir una punzada de piedad e incluso de culpa. ¿Era justo vengarse en una joven de todos los males que le habían infligido?

Respondió con furia a su propia pregunta: ¿por qué no? Ella era ska, y compartía y aprobaba la filosofía ska; en el castillo Sank no había demostrado la menor piedad o preocupación hacia los esclavos. ¿Por qué iba a quedar exenta de represalias?

[22] Torqual sobrevivió a las dos heridas y a su caída. Logró arrastrarse hasta el camino, donde sus secuaces lo rescataron. Lo llevaron al castillo Ang, donde a su debido tiempo recuperó las fuerzas.

Entonces Aillas se dijo que el estilo de vida ska no había sido idea de Tatzel. Ella había asimilado los conceptos ska con la leche de su madre; se los habían presentado como axiomas de la existencia; era ska a su pesar, no por decisión propia.

Pero lo mismo se podía decir de cualquier ska, hombre o mujer, joven o viejo, y ella no parecía propensa a cambiar de punto de vista. Simplemente se negaba a aceptar que en aquel momento ella misma era una esclava. En síntesis, era tan culpable como cualquier otro ska, y las emociones tiernas estaban de más en estas circunstancias.

Sin embargo, era innegable que Aillas había escogido a Tatzel, aunque no había previsto ninguna de sus actuales penalidades. El sólo había querido... ¿qué? Obligarla a reconocer que él era una persona de valía. Hacer realidad los sueños que había abrigado en el castillo Sank. Gozar del placer de la compañía de Tatzel, entrar en la vida y los pensamientos de la muchacha, granjearse su simpatía, inspirarle deseos amorosos... De nuevo Aillas se sintió amargamente divertido. Estas metas, concebidas con un fervor tan inocente, ahora parecían absurdas. En cualquier momento podía someter a Tatzel a sus caprichos eróticos, cosa que en cierta forma ella daba por sentada y que, según Aillas intuía, no le resultaría del todo desagradable. A menudo, cuando sentía la tibia presencia de la joven, el impulso de abandonar toda contención llegaba a obsesionarlo. Pero cuando la pasión empezaba a arder en su cerebro, diversas ideas intervenían para apagar el fuego. Primero, lo que había visto al entrar en la cabaña le había repugnado, y la imagen se había fijado en su mente. Segundo, Tatzel se había adueñado de su puñal, y sólo cabía pensar que se proponía matarlo, un pensamiento que aplacaba su pasión. Tercero, Tatzel, una ska, lo consideraba un híbrido de los antiguos caníbales y de los hombres verdaderos, una criatura inferior en la escala evolutiva: en pocas palabras, un «otro». Cuarto, como no podía conejar a Tatzel de manera normal, el orgullo le impedía tomarla por la fuerza, para mero alivio de sus glándulas, sin ninguna otra consideración. Si Tatzel se sentía bien predispuesta, que ella tomara la iniciativa. Se trataba, desde luego, de una posibilidad remota. Pero a veces -quizá sólo lo imaginaba- intuía que Tatzel lo provocaba, incitándolo a poseerla, y que quizás ardía con los mismos impulsos que acuciaban a Aillas.

Un problema irritante. Tal vez un día, o una noche, cuando las condiciones fueran propicias, Aillas llegara a saber qué sentía ella realmente, y quizá sus sueños se realizaran con pasmosa plenitud. Entretanto, la caravana había pasado.

-¡Ven! -ordenó de mal humor-. Es hora de cabalgar.

Aillas había recuperado el puñal que había envuelto con el queso. Dispuso la carga y la colocó sobre el caballo que había montado hasta entonces. Se quedó con el fuerte corcel negro de Torqual, y el que antes hacía las veces de caballo de carga no llevaba nada. Aillas ayudó a Tatzel a montar y una vez más reanudaron la marcha, aunque ahora enfilaban hacia el norte.

Como Aillas había esperado, Tatzel se quedó desconcertada por el rumbo.

-¿Por qué cabalgamos hacia el norte? -preguntó al fin-. ¡Ulflandia del Sur queda a nuestras espaldas!

-Es verdad: un largo y penoso viaje durante el cual los ska y los bandidos nos fastidiarían todo el camino como un enjambre de moscas.

-Pero ¿por qué vamos hacia el norte?

-Allá delante está la carretera que une la Costa Norte con Poelitetz. Más allá se extiende un páramo que llega hasta Godelia. La tierra está desierta; no hay bandidos ni ska.

En Dun Cruighre encontraremos una nave troicina y regresaremos cómodamente a Ulflandia del Sur.

Tatzel lo escrutó como dudando de su cordura, luego se encogió de hombros.

Una hora después llegaron a la carretera que unía la Costa Norte con la gran fortaleza de Poelitetz. Al descubrir que no había tráfico en el camino, Aillas azuzó los caballos y cruzó la carretera sin problemas.

Cabalgaron todo el día a campo traviesa. Al este se erguía el risco que separaba Dahaut de Ulflandia del Norte. Al oeste y al norte los brezales se perdían en la bruma. En aquella alta meseta sólo medraban la aulaga, los juncos y las hierbas más resistentes, con un ocasional apiñamiento de tejos castigados por el viento o un bosquecillo de alerces polvorientos. A veces un halcón volaba en el cielo, en busca de codornices o conejos, y aleteaban cuervos en la desolada distancia.

Al transcurrir la tarde, una flota de negros nubarrones apareció por el oeste: primero una línea de nubes tenues que pronto avanzó hasta cubrir el cielo; en seguida se desataría una tormenta, y los esperaba una noche lúgubre. Aillas apuró el paso y escrutó el paisaje en busca de un refugio.

Las cabezas de tormenta atravesaron el sol creando un paisaje de melancólica magnificencia. Haces de luz dorada jugaban sobre el brezal, y alumbraron una casa baja con paredes de piedra blanqueada y un techo cubierto de densa hierba donde crecían matas de clavo. La chimenea echaba humo, y en el patio adyacente al establo Aillas vio ovejas y aves de corral.

Se acercó esperanzado a la casa y se apeó ante la puerta.

-¡Bájate del caballo! -le dijo a Tatzel-. No estoy de humor para otra persecución por los brezales.

-Ayúdame. La pierna me palpita de dolor.

Aillas la ayudó a desmontar, y se acercaron juntos a la casa.

Antes de que llamaran, la puerta se abrió mostrando a un hombre bajo y corpulento de mediana edad, de cara redonda y rubicunda, con el cabello rojo, que le colgaba sobre unas orejas parecidas a aleros de una casa.

-Buenos augurios, señor -saludó Aillas-. Sólo buscamos comida y refugio durante esta noche de tormenta, por los cuales pagaremos su justo precio.

-Puedo ofrecer refugio -ofreció el pegulajero-. En cuanto a la paga, lo que es «justo» para mí puede resultar «injusto» para vosotros. A veces estos malentendidos crean problemas.

Aillas hurgó en su talego.

-He ahí medio florín de plata. Si esto alcanza, habremos eliminado el problema.

-¡Bien dicho! -declaró el pegulajero-. ¡El mundo desbordaría de júbilo si todos fueran tan generosos y francos como tú! Venga esa moneda.

Aillas le dio la pieza de medio florín.

-¿A quién me dirijo?

-Podéis llamarme Cwyd. ¿Quiénes sois vosotros?

-Yo soy Aillas, y ella es Tatzel.

-Parece algo desganada y huraña. ¿La sacudes a menudo?

-Admito que no.

-¡He ahí la respuesta! ¡Sacúdela bien, y con frecuencia! ¡Pondrás rosas en sus mejillas! Para inducir buen humor en las mujeres, nada mejor que una saludable tunda. Se ponen muy alegres en su afán de postergar la siguiente.

Una mujer se les acercó.

-¡Cwyd dice la verdad! Cuando él alza la mano yo río y sonrío con el mejor humor del mundo, y mi cabeza está llena de alegres pensamientos. ¡Las tundas de Cwyd han cumplido con su propósito! No obstante, a veces Cwyd reconoce su desconcierto. ¿Cómo llegaron las cucarachas a su pastel? ¿Por qué crecen ortigas en la ropa interior de Cwyd? A veces, cuando Cwyd dormita al sol, una oveja se le acerca y le orina en la cara. En la noche se le han acercado fantasmas para pegarle sin piedad con mazos y martillos.

Cwyd asintió.

-Admito que cuando Threlka paga sus culpas con una paliza, se producen curiosas consecuencias. No obstante, el concepto básico es correcto. Tu señora parece ser víctima de astenia estíptica, como si fuera adicta al arsénico.

-No lo creo -dijo Aillas.

-En tal caso, con un par de palizas la bilis se le descargará en la sangre, y pronto brincará, cantará y se alegrará como todos nosotros. ¿Qué opinas, Threlka? -Aparte confesó a Aillas-: Threlka es una bruja del séptimo grado, y es mucho más sabia que las demás.

-Ante todo -intervino Threlka-, esta muchacha tiene una pierna rota. Esta noche arreglaré esa rotura, y ella sentirá menos dolor. ¿Pero cantar y festejar? No lo creo. Ella siente melancolía.

-Sabias opiniones -reconoció Cwyd-. Ea, Aillas, encarguémonos de tus caballos, mientras la tormenta aún reúne fuerzas. Esta noche tendremos un formidable espectáculo; una moneda de plata quizá sea una pobre recompensa por los disgustos que te evito.

-Estos cambios de parecer suelen arruinar una promisoria amistad -advirtió Aillas.

-¿Por razonables que sean? -preguntó Cwyd.

-¡La confianza, una vez establecida, no debe convertirse en juguete de la codicia! Sabias palabras de mi padre.

-La proposición parece atinada en general -admitió Cwyd-. Sin embargo, recordemos que la amistad es temporal, mientras que la razón trasciende tanto el capricho humano como el tiempo.

-¿Y la codicia?

Cwyd reflexionó.

-Yo definiría la codicia como una consecuencia de la condición humana, una condición que surge de la turbulencia y la desigualdad. La codicia no prevalece en ninguno de los paraísos, donde las condiciones son sin duda óptimas. Aquí somos hombres que transitamos en busca de la perfección, y la codicia es un estadio del camino.

-Un punto de vista interesante -dijo Aillas-. ¿Me equivoco o me acaban de mojar las primeras gotas de lluvia?

Condujeron los caballos al establo y los alimentaron con generosas provisiones de heno. Aillas y Cwyd regresaron a la casa.

Para la cena Threlka sirvió una sabrosa sopa de cebollas, hortalizas, cebada y oveja, con leche, pan y mantequilla. Aillas aportó lo que quedaba del ganso, así como una generosa porción de queso. Entretanto, el viento aullaba y rugía y la lluvia tamborileaba sobre el techo. Aillas agradeció repetidamente a la providencia que les había brindado refugio.

Cwyd pensaba acerca de lo mismo.

-¡Oíd el gemido de la tormenta, como un gigante dolorido! -exclamó, fijando los ojos bermejos en Aillas-. ¡Ay del viajero que deba afrontar tal ferocidad! ¡Y nosotros, entretanto, estamos sentados ante un fuego acogedor! En condiciones como ésta, la palabra «codicia» retrocede anonadada mientras el concepto «gratitud» avanza triunfalmente, como el ejército conquistador de Palaemon.

-Cuando ruge la tormenta -respondió Aillas-, las personas reparan en su común humanidad y, tal como Threlka y tú, ofrecen de buen grado su hospitalidad a quienes sufren el infortunio de estar en desventaja; así vosotros, en vuestra hora de necesidad, pediríais lo mismo. En tales casos, la idea de una paga causa vergüenza, y el anfitrión exclama: «¿Acaso me tomáis por chacal?» Resulta alentador encontrar tales personas, aquí en el brezal alto.

-¡Exacto! -exclamó Cwyd-. Aquí en el brezal alto las condiciones son duras, y el lema es «compartir», y cada cual da lo que tiene sin regateos. Yo abro mi despensa de par en par y enciendo el fuego más alegre. Tú haces lo mismo con tus monedas de plata superfluas. ¡Así nos honramos el uno al otro!

-¡Bien dicho! -declaró Aillas-. Contaré mis escasas monedas y te daré las que considere superfluas. Estamos de acuerdo: no hablemos más del asunto.

Cuando terminaron de cenar, Threlka sentó a Tatzel en una silla, y le apoyó la pierna en un taburete. Le arrancó los pantalones color verde oscuro, que ahora estaban mugrientos.

-Éste no es buen color para la curación. Te encontraremos ropas normales, que te serán beneficiosas. También puedes quitarte la túnica... Vamos, muchacha -añadió al ver que Tatzel vacilaba-. A Cwyd no le interesan tus pechos; los ha visto por centenares en vacas y ovejas, y todos son lo mismo. A veces pienso que el pudor es un mero truco que nos permite pretender que somos diferentes de los animales. ¡Ay, somos demasiado parecidos! Pero coge esta blusa si estás incómoda.

Threlka cortó el entablillado y lo arrojó al fuego.

-¡Arde, madera, arde! ¡Dolor, vuela hecho humo por la chimenea, y no molestes más a Tatzel! -Cogió una jarra negra y vertió un jarabe sobre la pierna de Tatzel, luego la cubrió con hojas secas. Apretó el tobillo con un vendaje y lo sujetó con un tosco cordel rojo-. ¡Eso es! Por la mañana ya estarás bien.

-Gracias -dijo Tatzel con una débil sonrisa-. El entablillado era muy molesto. ¿Cómo puedo pagar tu curación?

-No quiero más que el placer de tu sonrisa -respondió Threlka-. Oh, si quieres, dame tres cabellos tuyos como recuerdo. Eso bastará.

-No es suficiente -intervino Aillas-. He aquí un penique de plata, que vale por una melena entera, y además es inservible en la magia, por si cayera en manos indignas.

-Sí, has hablado con sabiduría -convino Cwyd-. Y ahora es hora de dormir.

La tormenta gimió y rugió toda la noche en los brezales, y sólo empezó a amainar al romper el día. El sol despuntó en medio de una cataclísmica turbulencia negra, blanca, roja, rosada y gris; luego pareció afianzarse y desde un cielo muy negro envió largos haces de luz rosada sobre los brezales.

Cwyd avivó el fuego y Threlka preparó un potaje que consumieron con leche, bayas y lonchas de tocino frito de Aillas.

Threlka quitó el vendaje de la pierna de Tatzel y lo arrojó al fuego con un conjuro.

-¡Tatzel, ahora levántate y anda! ¡De nuevo estás sana!

Tatzel apoyó la pierna con cautela y descubrió con placer que no estaba dolorida ni rígida.

Aillas y Cwyd fueron a ensillar los caballos. Aillas preguntó:

-Si te hiciera preguntas acerca de las tierras por donde me propongo viajar, ¿te sentirías satisfecho si en compensación te obsequiara con varias monedas de cobre?

Cwyd reflexionó.

-Nuestras conversaciones han tocado varios tópicos interesantes. Yo podría describir cada recodo de un largo camino, recitando cada uno de los peligros con que tropezarás y su remedio, salvando así tu vida varias veces, y tú me recompensarías agradecido con un saco de oro. Sin embargo, si yo mencionara al pasar que el hombre a quien deseas ver al final de tu viaje está muerto, podrías agradecerme la información pero no me darías nada, aunque en los dos casos habría cumplido la misma función. ¿No hay en ello un desequilibrio inherente?

-Tienes razón -admitió Aillas-. La paradoja reside una vez más en las distorsiones que la codicia introduce en la trama de nuestras vidas. Sugiero que nos liberemos de este vicio innoble y procuremos ayudarnos mutuamente, sin reservas.

-En pocas palabras -gruñó Cwyd-, ¿rehúsas pagar por mi información?

-Si salvaras mi vida una sola vez, ¿cómo podría pagarte? El concepto carece de sentido, y por ello tales servicios se suelen brindar gratuitamente.

-Aun así, si yo salvara tu vida varias veces, así como la de tus padres, y la virtud de tu hermana, y me dieras una sola moneda de cobre, al menos podría tomarme una jarra de cerveza a tu salud.

-Muy bien -rió Aillas-. Dime lo que sepas. Quizá valga una moneda de plata.

Cwyd alzó las manos.

-Al menos, conversando contigo ejercito la lengua... ¿Hacia dónde te diriges?

-Hacia el norte, a Dun Cruighre de Godelia.

-Has tomado el camino correcto. A un día de cabalgata hacia el norte los brezales terminan en un gran declive: las Gradas de Cam. Se trata de una serie de salientes o terrazas dispuestas como gradas. Según el mito, el gigante Cam las talló para subir desde el lago Quyvern hasta los brezales. En la terraza superior encontrarás muchas tumbas antiguas; trátalas con el debido respeto. Ese lugar era sagrado para los antiguos rhedaspianos, que habitaron esta comarca hace tres mil años. Los fantasmas son

frecuentes, y se dice que a veces se renuevan viejas amistades y renacen viejos antagonismos. Si por casualidad ves fantasmas, no digas nada ni te entrometas. Ante todo, nunca aceptes mediar como arbitro en uno de sus espectrales juicios. Actúa como si no oyeras nada y te ignorarán. Ésta es mi primera información.

-¡Y es muy buena!

-En la segunda terraza encontrarás un demonio que tiene el poder de cambiar de apariencia. Te recibirá cordialmente, te ofrecerá vino, comida y amable refugio. No aceptes nada, ni siquiera un vaso de agua fría. Cruza esa grada, a cualquier precio, mientras el sol está en el cielo. Al atardecer el demonio cobra su verdadera forma y tu vida correrá peligro. Si aceptas sus obsequios estás perdido. Ésta es la segunda advertencia.

-¡Es aún mejor que la primera!

-La tercera grada, la del medio, es bella e inofensiva, y allí puedes descansar, si lo deseas... Aun así, te aconsejo no entrar en ninguna cueva, choza ni agujero. Los dones que te ofrezca la tierra, agradéceselos al dios Spirifiume, que gobierna ese lugar y también un buen ducado en el planeta Marte. Ésta es la tercera información.

-Interesante, como de costumbre.

-Las gradas cuarta y quinta suelen ser seguras para el viajero, aunque en cierta medida todas están encantadas. Pasa por allí sin detenerte. Cuando llegues al lago Quyvern, descubrirás la Cornamenta de Kernuun, que es la posada de Dildahl, el Druida. Parece un hombre amable que ofrece hospitalidad a bajo precio. ¡No es verdad, y no debes probar su pescado! Te lo servirá de muchos modos, como huevas, en croquetas, en salmuera, en pastel y en sopa. Acepta sólo los platos cuyo precio está especificado. Ésta es la cuarta información.

-Todas las indicaciones son valiosas.

-La costa este del lago Quyvern es peligrosa porque hay cenagales, pantanos y marismas. La costa oeste escapa a mi conocimiento. Abundan los archidruidas, y hay además una secta complementaria de archidruidas femeninas, con quienes entablan relaciones sociales y comentan temas relacionados con su credo. Se dice que comen carne de niño en grandes banquetes, de acuerdo con un antiguo ritual. Las islas del lago Quyvern son sagradas para los druidas, y si las pisas tu vida corre peligro. Ésta es la quinta advertencia.

-¡Una vez más, sumamente interesante! ¡Estoy impresionado por tus conocimientos!

-El lago Quyvern desemboca en el río Solander, que fluye hacia el norte hasta el Skyre, mientras Godelia se extiende ante ti como un mal olor. Ésta es la sexta información.

Con un ademán, Cwyd dio a entender que había terminado. Sonrió modestamente, como esperando nuevas felicitaciones de Aillas.

-Ah Cwyd, querido amigo -suspiró Aillas-, tus informaciones son muy útiles. ¿Hay más?

-¿No he dicho suficiente? -preguntó Cwyd.

-Desde luego que sí, pero ¿no estarás ocultando tres o cuatro informaciones más, por si me muestro poco generoso con las otras seis?

-No. He revelado con franqueza todo conocimiento mío que pueda serte de valor.

-Pues aquí tienes una corona de oro, y has de saber que he disfrutado esta velada contigo. Más aún, te diré esto: soy amigo del mago Shimrod, así como del rey de Ulflandia del Sur y Troicinet. Si los acontecimientos te llevan cerca de esas personas, no tienes más que mencionar mi nombre y tus necesidades quedarán satisfechas.

-Señor, lamento que te vayas. Lo lamento tanto que te ofrezco otro día y otra noche por las tres cuartas partes del precio.

-¡Muy generoso! Pero no podemos detenernos más.

-En tal caso, te deseo buena suerte.

2

Aillas y Tatzel se alejaron de la casa de Cwyd y Threlka. Tatzel vestía ahora un blusa de campesina y pantalones holgados de tela casera color avena. Se había bañado; la ropa nueva y la curación de la pierna le inspiraron un buen humor sólo oscurecido por la presencia del odioso Aillas, quien aún pretendía ser su amo. Esa actitud la desconcertaba.

En Sank, según había admitido, había llegado a admirarla, pero ahora, en estos brezales solitarios, donde podía actuar a su antojo, optaba por contenerse. ¿Era la deferencia de un criado a una dama ska de alta cuna?

Tatzel estudiaba solapadamente a Aillas. Por ser extranjero era bastante apuesto, y Tatzel ya había notado que era muy limpio. La noche anterior, al escuchar su conversación con Cwyd, se había sorprendido de que un ex criado hablara con tanta elocuencia. Recordó el duelo con Torqual; había atacado al temido guerrero ska sin miedo, y al final Torqual se había acobardado.

Era evidente que Aillas no se consideraba un criado. Entonces ¿por qué se mantenía tan distante, incluso cuando ella lo provocaba, por capricho y coquetería? En grado ínfimo, desde luego, y controlando bastante la situación... pero de un modo u otro él la había ignorado.

¿Acaso ella no le atraía? ¿Olía mal? Tatzel sacudió la cabeza con desconcierto. El mundo era un lugar extraño. Miró alrededor. Después de la tormenta, el día lucía tranquilo y fresco, y pocas nubes surcaban el cielo. Más adelante, los brezales parecían esfumarse en el aire, en parte por la niebla y en parte por las Gradas de Cam, donde el suelo descendía en terrazas.

Al caer el sol, Aillas decidió acampar; las gradas quedaban a poco más de un kilómetro. Por la mañana esperó media hora después del amanecer antes de partir rumbo al norte. Pronto llegaron al borde de las gradas. Comarcas remotas se desplegaban ante ellos, y el lago Quyvern se extendía desde el pie de la quinta terraza.

Un borroso sendero bordeaba un arroyo que se precipitaba en la primera grada. Al cabo de cien metros el arroyo se despeñaba en una garganta abrupta y el sendero, sin duda abierto por reses vagabundas, desaparecía.

Aillas y Tatzel desmontaron y bajaron a pie; algo después llegaron a la primera terraza: un agradable prado de un kilómetro de anchura salpicado de amapolas rojas y consólidas reales de color azul. Robles solitarios de gran tamaño se erguían a intervalos, y cada uno revelaba una robusta individualidad. A lo lejos, una hilera irregular de tumbas desafiaba la intemperie y el tiempo. Todas exhibían una losa grabada con sinuosos caracteres rhedaspianos, incomprensibles para los hombres contemporáneos.

Aillas se preguntó si los fantasmas mencionados por Cwyd aceptarían leer las inscripciones y así contribuir a la sapiencia de los eruditos. Era una idea interesante, y Aillas pensó que en alguna ocasión la comentaría con Shimrod.

Evitando las tumbas, y sin hallar fantasmas, Aillas y Tatzel llegaron al borde de la terraza y bajaron a la segunda. De nuevo descendieron por un camino sinuoso, a veces resbaladizo, y al fin llegaron a la grada.

-¡Ahora debemos ser prudentes! -advirtió Aillas a Tatzel-. Según Cwyd, una criatura maligna vive aquí, y puede mostrarse bajo cualquier aspecto. No debemos aceptar obsequios ni favores. ¿Comprendes? ¡No recibas nada de nada ni de nadie, o el demonio te matará! Vamos, crucemos esta grada con la mayor prisa posible.

La segunda grada, como la primera, era una larga franja herbosa de un kilómetro de ancho. Aquí y allá crecían robles solitarios, y a la izquierda un bosque de olmos y castaños impedía ver el horizonte del oeste.

A medio camino se encontraron con un joven que recorría la región. Era fornido y apuesto, con tez lozana, barba dorada y fuerte, rizos rubios y cortos. Llevaba un cayado, un morral y un pequeño laúd; una daga le colgaba del cinturón. Su chaquetón pardo y sus pantalones eran sencillos y cómodos; su gorra verde lucía una graciosa pluma roja. Al acercarse a Aillas y Tatzel se detuvo y saludó levantando la mano.

-Buena ventura. ¿Hacia dónde cabalgáis?

-Nos dirigimos hacia Godelia -respondió Aillas-. ¿Y tú?

-Soy un poeta vagabundo. Voy hacia donde me lleva el viento.

-Una vida agradable y despreocupada -comentó Aillas-. ¿No te interesa encontrar un hogar?

-Es un extraño dilema. A menudo hallo sitios que me incitan a quedarme, y me quedo, hasta que recuerdo otros sitios donde he encontrado alegrías y maravillas, y reanudo el viaje.

-¿Y ningún sitio te satisface?

-Jamás. El lugar que busco está siempre detrás de las lejanas montañas.

-No puedo ofrecerte ningún consejo sensato -dijo Aillas-. Excepto éste: no te demores aquí. Trepa a la cima de las Gradas antes de que termine el día: vivirás más tiempo.

El vagabundo soltó una risa cantarina y despreocupada.

-El temor sólo aqueja a los que ya están asustados. Hoy no he visto nada más peligroso que varios colibríes y este racimo de buenas uvas silvestres que ya estoy cansado de llevar.

Ofreció unas uvas frescas y rojas a Aillas y Tatzel. Tatzel extendió la mano complacida. Aillas le contuvo el brazo e hizo retroceder los caballos.

-Gracias, no tenemos hambre. En estas gradas es mejor no recibir ni dar nada. Hasta pronto.

Aillas y Tatzel se alejaron. Tatzel estaba enfurruñada.

-¿No te advertí que no aceptaras nada en esta grada? -exclamó Aillas.

-No parecía un demonio.

-¿No sería ése su propósito? ¿Dónde está ahora? -Miraron hacia el lugar por donde habían venido, pero el poeta vagabundo había desaparecido.

-Es muy extraño -admitió Tatzel.

-Como afirmó el mismo demonio, el mundo es un lugar de maravillas.

Una niñita de vestido blanco brincó desde debajo de un árbol, donde había estado trenzando guirnaldas de flores silvestres. Tenía el cabello largo y dorado y ojos azules; era tan bonita como sus flores.

-¿Adonde os dirigís -preguntó la niña, acercándose-, y por qué tan deprisa?

-Hacia el lago Quyvern y más allá -dijo Aillas-. Cabalgamos deprisa para reunimos pronto con nuestros seres queridos. ¿Y tú? ¿Siempre vagas tan libremente por estos lugares agrestes?

-Ésta es una región de paz. Es verdad que en las noches de luna los fantasmas marchan al son de su música espectral, y es un espectáculo digno de ver, pues visten armaduras de oro, hierro negro y plata, y yelmos de altas crestas. ¡Es hermoso verlos!

-Supongo que sí -dijo Aillas-. ¿Dónde vives? No veo casas ni cabañas.

-Allá, junto a los tres robles, está mi hogar. ¿No queréis venir a visitarlo? Me enviaron a recoger nueces y me entretuve entre las flores. Ten esta guirnalda, pues tienes un rostro agraciado y una voz suave.

Aillas hizo retroceder el caballo, -¡Fuera de aquí con estas flores! ¡Me hacen estornudar! ¡Date prisa, antes de que Tatzel te pellizque la nariz! ¡No encontrarás nueces bajo los álamos!

La niña retrocedió.

-¡Eres un hombre brusco y cruel, y me has hecho llorar! -sollozó.

-Me da lo mismo.

Aillas y Tatzel se alejaron, dejando compungida a la niñita, pero al cabo de un instante se volvieron para mirar y no vieron a nadie.

El sol se elevó en el cielo, y sin más interrupciones llegaron al borde de la terraza. Aillas se detuvo para escoger el mejor camino para el descenso; el caballo de carga, entretanto, aprovechó la ocasión para bajar la cabeza y comer hierba del prado. Al instante, un hombre viejo y canoso de barba blanca llegó corriendo desde detrás de un árbol cercano.

-¡Oye! -gritó-. ¿Cómo te atreves a robar mi buena hierba, y casi bajo mis propias narices? ¡Has sumado la insolencia al robo y la intrusión!

-¡De ningún modo! -declaró Aillas-. Tus acusaciones no se sostienen.

-¿Qué? ¿Cómo te atreves a contradecirme? ¡Cada uno de nosotros ha visto el delito!

-No he presenciado ningún acto delictivo -replicó Aillas-. Primero, no has marcado tu propiedad con una cerca, como exige la ley. Segundo, no has establecido ninguna señal o poste prohibiendo lo que de todas maneras es nuestro derecho por ley consuetudinaria: es decir, el paso inofensivo a través de prados y pastos sin sembrados. Tercero, ¿dónde están las reses para las cuales conservas estos pastos? A menos que puedas probar un daño, no has sufrido ninguna pérdida.

-¡Legalismos! ¡Sofismas! ¡Tienes labia, y así puedes aprovecharte engatusando a pobres labriegos! Aun así, no quiero que me tomes por un tacaño, y te regalo la hierba que tu caballo ha arrebatado de mi reserva privada.

-¡Rechazo tu regalo! -declaró Aillas-. ¿Puedes mostrarme contratos del rey Gax? De lo contrario, no puedes probar que eres propietario de la hierba.

-¡No tengo por qué probar nada! Aquí, en la segunda terraza, la entrega de un regalo queda certificada por la aceptación. Tu caballo, actuando como agente tuyo, aceptó el regalo, y por tanto eres un beneficiario lateral.

En ese momento el caballo de carga levantó la cola y vació los intestinos. Aillas señaló la pila de estiércol.

-Como ves, el caballo ha probado tu regalo y lo ha rechazado. No hay más que decir.

-¡Mientes! ¡No es la misma hierba!

-Se le acerca bastante, y no podemos esperar a que tú demuestres lo contrario. ¡Hasta pronto!

Aillas y Tatzel se dirigieron hacia la tercera grada. A sus espaldas oyeron aullidos airados y una salva de juramentos, luego una voz melodiosa que los llamaba:

-¡Aillas, Tatzel! ¡Regresad!

-No escuches -advirtió Aillas a Tatzel-. ¡Ni siquiera mires atrás!

-¿Por qué no?

Aillas bajó la cabeza y se inclinó hacia adelante.

-Podrías ver algo que preferirías ignorar. Me lo dice mi instinto.

Tatzel luchó contra la curiosidad, pero al fin siguió el consejo de Aillas, y pronto dejaron de oír las llamadas.

La cuesta era pronunciada y el avance lento; a las dos de la tarde llegaron a la tercera terraza: otra grata región de árboles, prados, hondonadas herbosas, lagunas y arroyuelos meandrosos.

Aillas contempló el plácido paisaje.

-Ésta es la grada del dios Spirifiume, y parece que ha cuidado con amor la tierra.

Tatzel miró a su alrededor sin mayor interés.

Media hora después, mientras atravesaban un robledal, sorprendieron a un joven jabalí que buscaba bellotas. Aillas puso una flecha en el arco y dijo:

-Spirifiume, si esa bestia tiene para ti un valor especial, haz que salte a un lado o, si prefieres, desvía mi flecha.

Disparó la flecha, que se hundió en el corazón del jabalí. Aillas desmontó y, mientras Tatzel miraba disgustada hacia otro lado, hizo lo que tenía que hacer y pronto trajo trozos escogidos clavados en una rama.

Recordando los consejos de Cwyd, Aillas proclamó:

-Spirifiume, agradecemos tu generosidad. -Aillas pestañeó. Algo había pasado. ¿Qué? ¿El parpadeo de cien colores en la luz del sol? ¿El susurro de cien suaves acordes? Miró a Tatzel-. ¿Has notado algo?

-Un cuervo pasó volando.

-¿Ningún color? ¿Ningún sonido?

-Ninguno.

Una vez más se pusieron en marcha y se internaron en un bosque. Viendo un macizo de crespillas que crecían suaves y graciosas en la sombra, Aillas frenó el caballo y desmontó.

-Ven -indicó a Tatzel-. Ya no tienes la excusa de la pierna rota. Ayúdame a recoger setas.

Una vez más Aillas agradeció la generosidad de Spirifiume, y ambos continuaron la marcha.

Llegaron al borde de la terraza cuando faltaban dos horas para el ocaso. El descenso prometía ser abrupto y dificultoso. El lago Quyvern dominaba ahora el paisaje del norte. Una docena de islas boscosas se elevaba en la superficie y en dos de ellas las ruinas de dos antiguos castillos se miraban a través de más de un kilómetro de agua. El aire parecía vibrar con el recuerdo de mil aventuras: penas y alegrías, añoranzas románticas y actos terribles, traiciones nocturnas y hechos heroicos diurnos.

Aillas no tenía ganas de bajar otra cuesta ese día. Cwyd había recomendado la tercera grada para acampar de noche, y el consejo parecía sabio. Aillas se alejó del borde y cabalgó hasta un prado donde un arroyo bajaba desde el bosque; decidió acampar allí.

Desmontó, cavó un foso de poca profundidad y allí preparó una fogata de roble seco. Al costado clavó la carne en un espetón, para que se asara y goteara en la sanen mientras Tatzel la hacía girar. La grasa que goteara en la sartén se usaría después para freír las setas, y Tatzel recibió órdenes de limpiarlas y cortarlas. Aceptando la realidad a regañadientes, se puso manos a la obra.

Aillas sujetó los caballos, montó la tienda y recogió hierbas para formar un lecho. Luego regresó junto a la fogata y se sentó contra un laurel, con la bota de vino a mano.

Tatzel se arrodilló junto al fuego, los rizos negros sujetos con una cinta. Evocando su estancia en el castillo Sank, Aillas trató de recordar la primera vez que había visto a Tatzel: una criatura esbelta y despreocupada que caminaba a largos pasos impulsada por su energía natural.

Aillas suspiró. Tatzel, con su rostro fascinante y su desbordante vitalidad, había causado una honda impresión en un joven nostálgico.

¿Y ahora? La miró trabajar. El aplomo de Tatzel había sido reemplazado por una huraña desdicha, y la amarga situación en que se hallaba había quitado ímpetu a su energía.

Tatzel sintió que la observaban y volvió la cabeza.

-¿Por qué me miras así?

-Un capricho.

Tatzel volvió a mirar el fuego.

-A veces sospecho que estás loco.

-¿Loco? -Aillas reflexionó-. ¿Por qué?

-No parece haber otra razón para que me odies.

Aillas rió.

-No te odio. -Bebió vino-. Esta noche estoy de buen humor; en realidad, tengo contigo una deuda de gratitud.

-Esa deuda es fácil de saldar. Dame un caballo y déjame ir.

-¿En esta comarca salvaje? No te haría ningún favor. Además, mi gratitud es indirecta. Te la has ganado a pesar de ti misma.

-De nuevo te acecha la locura -masculló Tatzel.

Aillas bebió más vino. Ofreció la bota a Tatzel, quien sacudió la cabeza con desdén. Aillas bebió de nuevo. La bota estaba más fláccida.

-Quizá no haya hablado con claridad. Me explicaré. En el castillo Sank me enamoré de una tal Tatzel, que en ciertos aspectos se parecía a ti, pero que en esencia era una criatura imaginaria. Este fantasma que vivió en mi mente poseía cualidades que yo consideraba innatas en una criatura de tal gracia e inteligencia.

»Bien, escapé de Sank y seguí mi camino, aún rondado por este fantasma, que sólo servía para distorsionar mis percepciones. Al fin regresé a Ulflandia del Sur.

»Casi por casualidad, mis sueños más fervientes se hicieron realidad y pude capturarte a ti, la verdadera Tatzel. ¿Qué ha ocurrido pues con el fantasma? -Aillas hizo una pausa para beber-. Esa criatura increíblemente deliciosa se ha esfumado, y ahora me cuesta recordarla. Tatzel existe, desde luego, y me ha liberado de la tiranía de mi imaginación, y por ello me siento agradecido.

Tatzel, tras una breve mirada de soslayo, se volvió de nuevo hacia el fuego. Colocó bien el espetón, donde el jabalí asado despedía un magnífico aroma. Preparó masa para hacer tortas y frió las setas en la grasa del jabalí, mientras Aillas iba a recoger berro junto al arroyo.

Cuando el jabalí estuvo a punto, ambos cenaron con lo mejor que la tierra tenía para ofrecerles.

-¡Spirifiume! -invocó Aillas-. ¡Ten la certeza de que nos complace tu generosidad, y agradecemos tu hospitalidad! ¡Bebo a tu salud!

Spirifiume no respondió con parpadeos de colores ni con susurros, pero cuando Aillas fue a recoger la bota de vino, que había alcanzado una flaccidez desalentadora, la encontró rebosante. Aillas saboreó el vino; era suave, dulce, ácido y fresco, todo al mismo tiempo.

-¡Spirifiume! -exclamó Aillas-. ¡Eres un dios admirable! ¡Si alguna vez te cansas de Ulflandia del Norte, por favor ven a Troicinet!

El sol aún alumbraba el paisaje. Tatzel fue a sentarse bajo el árbol, recogió unas margaritas azules y trenzó una guirnalda.

-He pensado en lo que me has dicho -dijo de pronto-. ¡Siento un torrente de emociones! ¡A causa de tus sueños, yo tengo que sufrir! Incomodidades, peligros, indignidades... ¡Lo he conocido todo! Aunque en Sank nunca te dirigí la palabra...

-¡Pues lo hiciste! ¡Tras un pequeño enfrentamiento con tu hermano! ¿No recuerdas que te detuviste en la galería para hablarme?

-¿Eras tú...? -dijo Tatzel con asombro-. Ni siquiera me fijé. Aun así, por mucho que yo me asemejara a tu ilusión, las realidades persisten.

-¿Y cuáles son?

-Yo soy ska, tú eres extranjero. Tus ideas no son realizables ni siquiera en sueños.

-Eso parece. -Aillas examinó sus recuerdos-. Si te hubiera conocido mejor en el castillo Sank, nunca me habría molestado en capturarte. Es una broma a costa de ambos. Pero no tiene importancia. Tú eres tú y yo soy yo. El fantasma ha desaparecido.

Tatzel cogió la bota y bebió vino. Luego, acuclillándose, se volvió hacia Aillas, exhibiendo por primera vez la animación de la antigua Tatzel.

-Eres tan increíblemente terco -dijo con énfasis- que casi me das ganas de reír. Después de perseguirme por los brezales, de romperme la pierna y causarme un sinfín de humillaciones, esperas que me arrastre hacia ti con adoración en los ojos, dichosa de ser tu esclava, pidiendo que me acaricies, y deseando de todo corazón estar a la altura de tus caprichos eróticos. Declaras que los ska carecen de compasión, pero tu conducta hacia mí es absolutamente egoísta. Y ahora te enfurruñas porque no sollozo suplicando tu indulgencia. ¿No es una farsa?

Aillas soltó un profundo suspiro.

-Todo lo que dices es cierto. Con toda justicia, he de admitirlo. La pasión romántica me impulsó a hacer realidad un sueño. Diré esto, sin hacer hincapié en el hecho de que los ska me esclavizaron y tengo derecho a una compensación: eres prisionera de guerra. Si los ska no hubieran capturado la ciudad de Suarach, nosotros no habríamos atacado el castillo Sank. Si tú te hubieras entregado de inmediato, no te habrías roto la pierna, ni te habrías expuesto a humillaciones, ni estarías aquí conmigo, aislada en los brezales.

-¡Bah! En mi lugar, ¿no habrías intentado escapar?

-No. Y en mi lugar, ¿no habrías intentado capturarme?

Tatzel lo miró cinco segundos.

-Sí... Con todo, prisionera de guerra, esclava o lo que sea, yo soy ska y tú eres extranjero, y así son las cosas.

3

Por la mañana, cuando cargaba la bota de vino, Aillas la encontró de nuevo llena, y expresó su ferviente gratitud hacia el generoso dios Spirifiume por lo que parecía un tesoro incalculable. Tras dejar en orden el sitio donde habían acampado, por respeto a su anfitrión, Aillas y Tatzel bajaron la cuesta. La relación entre ambos era menos tensa, como si el aire se hubiera despejado, aunque aún faltaba camaradería.

La pendiente era pronunciada y las zarzas y matorrales dificultaban la marcha, pero a su tiempo llegaron a la cuarta grada: era la más estrecha y boscosa de todas, y en algunas partes tenía menos de un kilómetro de ancho. Altos árboles -arce, castaño, fresno, roble- sostenían verdes quitasoles de follaje que arrojaban en la grada sombras moteadas de luz solar.

Cwyd había omitido la cuarta grada en sus advertencias, así que Aillas no tenía razones para temer un peligro inminente. Sin embargo, un aroma extraño y perturbador

invadía el aire. Le resultaba desconcertante y, en un nivel primitivo, temible, sobre todo porque no podía identificarlo.

Tatzel miraba alrededor con expresión asombrada. Observó a Aillas, y al advertir que también él estaba perplejo, guardó silencio.

Los caballos, percibiendo el aroma, sacudían las cabezas y andaban con las patas rígidas, aumentando la inquietud de Aillas. Se detuvo y escrutó el bosque en todas las direcciones, pero sólo vio terreno sombreado, alfombrado con hojas muertas y moteado por la luz de la mañana.

Aillas comprendió que nada podía ganar con detenerse. Sacudió las riendas y el grupo reanudó la marcha por la terraza.

Cabalgaron a través de una calma perturbadora. Aillas estaba en tensión, y miraba hacia los lados y hacia atrás, pero no veía nada. Tatzel, absorta en sus propios pensamientos, cabalgaba mirando por entre las orejas del caballo, hacia un punto distante, ignorando la preocupación de Aillas.

Durante diez minutos cabalgaron en el silencio; la luz, filtrándose por el follaje, provocaba raros efectos ópticos. De pronto una sorprendente ilusión obligó a Aillas a contener el aliento, parpadear y mirar con ojos desorbitados. ¿Ilusión? No era ninguna ilusión. Dos grandes criaturas de cinco metros de altura observaban plácidamente desde una distancia de treinta metros. Se apoyaban en piernas amarillas y macizas, de constitución humana. Los torsos y los brazos parecían los de monstruosos osos de color gris amarillento. Melenas rígidas y amarillas rodeaban las cabezas redondas, lo cual les daba aspecto de almohadillas de satén amarillo, sin rasgos faciales discernibles. Ése era sin duda el origen del hedor.

Las criaturas permanecieron inmóviles, las cabezas hirsutas vueltas hacia... ¿Aillas y Tatzel? A Aillas se le erizó el vello de la nuca; no eran ogros ni gigantes, ni ningún otro ser de este mundo, y tampoco parecían demonios. Eran criaturas desconocidas, y ocuparían sus recuerdos durante mucho tiempo. Tatzel siguió cabalgando sin mirar a las calladas criaturas ni oír el jadeo de Aillas.

Las criaturas se perdieron de vista; Aillas azuzó el caballo para acelerar la marcha; los caballos obedecieron de buen grado.

Poco después llegaron al borde de la terraza y allí descubrieron un sendero que los llevó cómodamente hasta la quinta grada, y a través de ella hasta el último declive. Así bajaron hasta las costas del lago Quyvern. Allí el sendero se unía a la carretera de la costa. Habían regresado a la sociedad humana.

Un denso pinar crecía a lo largo de la costa este; hacia el oeste había caletas y promontorios rocosos. A doscientos metros se encontraba un apiñamiento de edificios de madera, entre ellos un hostal o posada.

Aillas y Tatzel pasaron frente a un taller de construcción de embarcaciones, a orillas del lago. En un muelle cercano estaban atracados varios botes pequeños.

En el lago, un esquife se acercaba, conducido por un hombre alto y flaco de cara pálida y larga, y pelo negro hasta los hombros. Acercó el esquife al muelle, echó amarras, cogió un cesto de pescado y desembarcó. Se detuvo para estudiar con detenimiento a Aillas, Tatzel y los cuatro caballos.

El pescador llevó el fruto de su trabajo a la carretera, donde dejó el cesto e interpeló a Aillas con voz profunda:

-Viajeros, ¿de dónde venís y adonde vais?

-Venimos de recorrer una larga distancia por los brezales de Ulflandia del Sur -respondió Aillas-. Nuestro destino será decretado por Tshansin, diosa de los Principios y los Fines, que avanza sobre ruedas.

El pescador sonrió desdeñosamente.

-Eso es superstición pagana. No soy de naturaleza proselitista, pero lo cierto es que una sabiduría unificada rige el Tricosmos, manando de las raíces del Roble fundamental Kahaurok, para formar las estrellas del cielo.

-Eso creen los druidas -replicó Aillas-. Tu pensamiento parece estar basado en su doctrina.

-Hay una sola verdad.

-Tal vez un día analice atentamente el problema -dijo Aillas-. Por el momento me interesa aquella posada, si de eso se trata.

-La casa que ves es la Cornamenta de Kernuun, y yo soy Dildahl, encargado de la casa, la cual mantengo para los archidruidas en sus peregrinaciones hacia los lugares sacros. Aun así, si los viajeros están dispuestos a pagar mis honorarios, ofrezco acogedoras comodidades.

-¿A cuánto ascienden tus honorarios? ¿Son elevados o modestos? Es bueno saber esas cosas de antemano.

-Mis honorarios son justos. Varían de un producto al otro, como es natural. Cobro dos peniques de cobre por alojaros a ambos en un cuarto privado con jergones de paja limpia y jarras de agua fresca. Una cena de pan con lentejas, más un desayuno de potaje, te costará otro penique. Otros platos exigen precios más altos. Sirvo excelentes codornices, cuatro por asador, por dos peniques de cobre. Una generosa porción de anca de venado, con cebada, grosellas, manzanas y nueces, valen lo mismo. El pescado se vende según la temporada y la provisión.

-Había oído que algunos precios tuyos eran exorbitantes -comentó Aillas-. Pero lo que mencionas parece razonable.

-De ti depende evaluarlos. En el pasado fui víctima de estafadores y miserables, así que he aprendido a protegerme de la pobreza. -Dildahl levantó el cesto de pescado-. ¿Os espero en la Cornamenta?

-Debo contar mi dinero -dijo Aillas-. No soy un acaudalado archidruida para quien un puñado de monedas no tiene más valor que unas cuantas bellotas.

Dildahl miró los caballos.

-Sin embargo, posees buenos y valiosos corceles.

-Ah, pero estos caballos son mi única propiedad de valor.

Dildahl se encogió de hombros y se marchó.

4

Caía la tarde cuando Aillas terminó sus transacciones en la costa. No soplaba viento; el lago estaba liso como un espejo, y reflejaba el duplicado de cada una de las islas.

Tras contemplar el cielo, el lago y el paisaje, Aillas dijo a Tatzel:

-Parece que debemos confiarnos a la voracidad de Dildahl. Quizá debamos hacer algunas economías, pues no traigo gran cantidad de monedas. ¿Y tú?

-No tengo nada.

-Si somos prudentes no habrá problemas, aunque hay algo en Dildahl que me intranquiliza.

Los dos se presentaron en el comedor de la Cornamenta de Kernuun, donde Dildahl, vestido ahora con un delantal blanco y un gorro del mismo color que ocultaba en parte sus largos rizos negros, pareció satisfecho de verlos.

-Por un momento creí que habíais decidido seguir vuestro camino.

-Hemos realizado ciertas transacciones, y luego hemos recordado las comodidades de la Cornamenta. Por eso nos ves ahora.

-¡Muy bien! Puedo ofrecer unos aposentos habitualmente ocupados por el más augusto de los druidas. Incluyen baños de agua caliente y jabón de aceite de oliva, si deseáis ciertos lujos.

-¿Siempre por dos monedas de cobre? En tal caso...

-Hay una sustancial diferencia en el precio -advirtió Dildahl.

Aillas tanteó el talego e hizo tintinear las pocas monedas que encontró.

-Debemos adecuar los deseos a nuestros medios. No quisiera alojarme y cenar como un sacerdote para luego avergonzarme cuando llegue el momento de pagar la cuenta.

-En este sentido -dijo Dildahl-, por lo general insisto en que los huéspedes sin referencias firmen una declaración destinada a evitar situaciones incómodas. Por favor, lee este papel.

Dildahl le entregó un buen pergamino escrito con delicadas letras:

Sépase que yo, el abajo firmante, me propongo recibir comida y alojamiento para mí y mi comitiva en la posada conocida como Cornamenta de Kemuun, cuyo dueño es el honorable Dildahl. Convengo en pagar los precios indicados y fijados por los aposentos, así como por la comida y bebida que consumiremos mi comitiva y yo. Como garantía del pago de estos precios, ofrezco los caballos que ahora obran en mi posesión, junto con sus sillas de montar, bridas y demás avíos. Si no pago los precios estipulados en la cuenta presentada por Dildahl, dichos caballos y avíos pasarán a ser propiedad de Dildahl en justa compensación.

Aillas frunció el ceño.

-Esta declaración tiene un tono amenazador.

-Sólo podría alarmar a una persona que planeara no saldar su deuda. ¿Eres esa clase de persona? En tal caso, no tengo ningún interés en brindarte los manjares de mi cocina ni las comodidades de mis cuartos.

-Me parece justo -observó Aillas-. Sin embargo, no podría dormir tranquilo sin añadir una pequeña cláusula. Dame tu pluma.

-¿Qué piensas escribir? -preguntó Dildahl con suspicacia.

-Ya verás -dijo Aillas. Y escribió:

Este documento no incluye las ropas usadas por Aillas y su acompañante, ni sus armas, efectos personales, ornatos, botas de vino, recuerdos u otras pertenencias.

Aillas de Troicinet

Dildahl estudió el añadido, se encogió de hombros y guardó el pergamino debajo del mostrador.

-Venid, os mostraré vuestros aposentos.

Dildahl los condujo a un par de habitaciones agradables y amplias con ventanas que daban al lago, y un baño aparte.

-¿Cobras dos peniques por estos cuartos? -preguntó Aillas.

-¡Claro que no! -exclamó Dildahl-. ¡Pensé que querías disfrutar de los lujos de la Cornamenta!

-Sólo al precio de dos peniques.

Dildahl torció el gesto.

-El cuarto barato es húmedo, y además no está preparado.

-Dildahl, si deseas que pague mi cuenta, debes atenerte a los precios que mencionaste.

-¡Bah! -masculló Dildahl, entreabriendo el labio inferior para mostrar una boca púrpura-. Para mi propia comodidad, os permitiré ocupar estos aposentos por tres peniques.

-Por favor, detállalo por escrito, aquí y ahora, para evitar futuros malentendidos. -Y mientras Dildahl escribía añadió-: ¡No, no! ¡No tres peniques por cabeza! ¡Tres peniques en total!

-Eres un huésped problemático -murmuró Dildahl-. Hay pocas ganancias en servir a gente como tú.

-¡Un hombre sólo puede gastar lo que tiene! Si se excede, pierde sus caballos.

-¿Cuándo cenaréis? -gruñó Dildahl.

-Tan pronto como nos hayamos refrescado en ese cómodo cuarto de baño.

-Este precio no incluye agua caliente.

-¡Bien! ¡Ya que hemos provocado tu disgusto, nos conformaremos con el agua fría!

Dildahl se alejó.

-Sólo encuentro reprensible vuestra mezquina frugalidad.

-Espero que nos des lecciones de generosidad cuando cenemos.

-Veremos -dijo Dildahl.

Cuando entraron en el comedor, un par de druidas de túnica parda que acababan de cenar se acercaron al mostrador para pagar la cuenta. Aillas cruzó la habitación y vio que cada uno pagaba un penique de cobre y se marchaba.

A Dildahl no pareció agradarle que Aillas hubiera presenciado la transacción.

-Muy bien. ¿Qué comeréis?

-¿Qué ofreces esta noche?

-La sopa de lentejas se quemó, y no hay más.

-Los druidas parecían comer una deliciosa trucha parda. Puedes freírnos un par, con una ensalada de berro y hortalizas. ¿Qué comían los druidas como acompañamiento?

-Mi especialidad: colas de cangrejo con huevos y mostaza.

-También puedes servirnos eso, con pan y mantequilla, y tal vez una conserva de frutas.

Dildahl hizo una reverencia.

-A tus órdenes. ¿Beberéis vino?

-Tráenos una jarra del vino cuyo valor consideres adecuado a su precio, pero siempre ten en cuenta nuestra mezquindad. Somos tacaños como druidas.

Aillas y Tatzel recibieron una cena intachable y Dildahl parecía casi cortés. Tatzel lo miraba con preocupación.

-Parece hacer muchas marcas en la tablilla.

-Puede hacer cuantas le plazca. Si se pone insolente, sólo tienes que anunciar que eres la dama Tatzel del castillo Sank, y al instante moderará sus modales. Conozco a los de su calaña.

-Creía que ahora era Tatzel la esclava.

Aillas rió.

-¡Es verdad! Quizá tus protestas carezcan de la suficiente autoridad, a fin de cuentas.

Los dos se retiraron y fueron a acostarse; la noche transcurrió sin incidentes.

Por la mañana desayunaron potaje, tocino y huevos. Aillas, contando con los dedos, llegó a lo que juzgaba un cálculo justo por la hospitalidad brindada por Dildahl: diez peniques de cobre, o medio florín de plata.

Fue al mostrador a pagar la cuenta; Dildahl, frotándose las manos, le presentó precios detallados cuya suma totalizaba tres florines de plata y cuatro peniques.

Aillas rió y rechazó la cuenta.

-Ni siquiera discutiré contigo. He aquí medio florín de plata, con dos peniques adicionales porque la mostaza era buena. Te ofrezco esta suma como pago. ¿Aceptas?

-¡Claro que no! -exclamó Dildahl, sonrojándose y entreabriendo la boca.

-Entonces cogeré el dinero y me despediré de ti.

-¿Crees que me asustas? -rugió Dildahl-. ¡Aquí tengo tu declaración! Te has negado a pagar mis precios. Por lo tanto, exijo tus caballos.

Aillas y Dildahl se alejaron del mostrador.

-Exige cuanto quieras -replicó Aillas-. No tengo caballos. Ayer, antes de llegar aquí, los trocamos por un bote. ¡Adiós, Dildahl!

5

El bote era un elegante esquife de cinco metros de longitud, con juntas revestidas de cobre, orzaderas y un timón que sobresalía del yugo de popa, al nuevo estilo.

Aillas lo condujo lago adentro e izó la vela. La brisa de la mañana, que soplaba del oeste, los impulsó hacia el norte mientras dejaban una estela gorgoteante.

Tatzel se acomodó en la proa, y Aillas pensó que parecía estar gozando de la frescura de la mañana. Ella miró por encima del hombro.

-¿Adonde te diriges?

-Como antes, a Dun Cruighre de Godelia.

-¿Eso queda cerca de Xounges?

-Xounges está después de cruzar el Skyre.

Tatzel no añadió más. La pregunta intrigó a Aillas, pero no hizo comentarios.

Durante dos días surcaron el lago, dejando atrás las doce islas de los druidas. En una de ellas vieron un cuervo gigante hecho de mimbre, que maravilló a Tatzel.

-En otoño -explicó Aillas-, en la víspera del día que ellos llaman Suaurghille, queman el cuervo y celebran una gran orgía a sus pies. En el interior del cuervo arden dos docenas de enemigos suyos. Si pisáramos la isla nos quemarían con los demás. A veces es un caballo, un hombre, un oso o un toro.

En el extremo norte, el lago perdía profundidad y estaba obstruido por juncos, pero luego se extendía para convertirse en fuente del río Solander. Tres días después, Aillas avistó los riscos que flanqueaban el estuario del Solander. A la derecha estaba el reino de Dahaut; a la izquierda aún tenían Ulflandia del Norte.

El estuario desembocaba en el Skyre, y el esquife tuvo que soportar olas mayores de las que estaba acostumbrado, para alarma de Tatzel. El aroma del agua salada saturaba el aire. Con un fuerte viento del oeste, el esquife avanzó a cuatro o cinco nudos, arrojando una fría espuma que se sumó a las incomodidades de Tatzel.

Delante, a la izquierda, al final de una península pedregosa, se elevaba la ciudad fortificada de Xounges; a la derecha estaba Godelia, tierra de los celtas, y al fin divisaron Dun Cruighre.

Aillas escudriñó los muelles, y descubrió con placer no sólo un gran buque mercante troicino, sino también uno de sus nuevos buques de guerra.

Aillas acercó el esquife al flanco del navío de guerra. Los marineros que estaban en cubierta lo miraron con curiosidad.

-¡Ea, amigo! -gritó uno de ellos-. ¡Aléjate de aquí! ¿Qué te propones?

-Arrojadme una escalerilla y llamad al capitán -indicó Aillas.

Bajaron una escalerilla; Aillas sujetó el esquife, sostuvo la escalerilla mientras Tatzel subía a cubierta, y luego la siguió. El capitán ya estaba presente. Aillas lo llevó aparte.

-Capitán, ¿me reconoces?

El capitán lo examinó y abrió los ojos.

-¡Majestad! ¿Qué haces aquí, en estas condiciones?

-Es una larga historia que luego te contaré. Por ahora, llámame simplemente Aillas. Estoy, por así decirlo, de incógnito.

-Como ordenes, majestad.

-La dama es ska y está bajo mi protección. Búscale un camarote; deja que se bañe y dale ropa limpia; ha pasado tres días de dificultades.

-¡Al instante, majestad! Y supongo que tú también querrás lo mismo.

-Si no te molesta, me apetecería un baño y una muda de ropa.

-Mi comodidad no cuenta, majestad. Nuestras instalaciones no son lujosas, pero están a tu disposición.

-Gracias, pero antes dime qué noticias hay de Ulflandia del Sur.

-Sólo puedo ofrecerte informes de tercera mano, pero se dice que un contingente ska de Suarach fue sorprendido en campo abierto por uno de nuestros ejércitos. Hubo una gran batalla que se recordará durante mucho tiempo. Los ska sufrieron grandes pérdidas, y luego un ejército nuestro que bajaba del este los atacó por la retaguardia y los aplastó. Me han dicho que Suarach es de nuevo una ciudad ulflandesa.

-Y todo esto ocurrió durante mi ausencia -suspiró Aillas-. Parece que no soy tan indispensable como me gustaría creer.

-No podría decirte, majestad. Nosotros hemos surcado el Mar Angosto en busca de ska, y les hemos causado muchos problemas. Ahora estamos aquí sólo para cargar provisiones. Estábamos a punto de zarpar cuando llegaste.

-¿Qué me dices del rey Gax de Xounges? ¿Aún vive?

-Se dice que está agonizando, y que un títere de los ska será el nuevo rey. Estas son las noticias que hemos recibido.

-Posterga tu partida, por favor, y muéstrame dónde puedo asearme.

Media hora después, Aillas se reunió con Tatzel en el camarote del capitán. Ella se había quitado la ropa vieja, se había bañado y llevaba un vestido de lino marrón oscuro que uno de los marinos había ido a comprar en el mercado. Se acercó a Aillas y le apoyó las manos en los hombros.

-Por favor, Aillas, llévame a Xounges y déjame en el muelle. Mi padre está allí cumpliendo una misión especial. Sólo deseo reunirme con él. -Tatzel escrutó la cara de Aillas-. ¡No eres un hombre cruel! ¡Te imploro que me dejes en libertad! No puedo ofrecerte más que mi cuerpo, que no parece interesarte, pero me entregaré ahora, y de buen grado, si me llevas a Xounges. Y si no quieres nada de mí, mi padre te recompensará.

-¿De veras? -se interesó Aillas-. ¿Y cómo?

-Primero, anulará para siempre tu condición de esclavo. Ya no tendrás que temer que vuelvan a capturarte. Te dará oro, el suficiente para que compres tierras en Troicinet y no vuelvas a padecer necesidades.

Aillas, mirando ese rostro afligido, no pudo contener una carcajada.

-Tatzel, eres muy persuasiva. Iremos a Xounges.

XIII

1

Mientras Aillas atravesaba las agrestes comarcas de Ulflandia del Norte con su insatisfactoria esclava Tatzel, los acontecimientos no se detenían en las demás regiones de Elder.

En la ciudad de Lyonesse, la reina Sollace y su consejero espiritual, el padre Umphred, inspeccionaban planos de la futura catedral. Esperaban erigir una suntuosa fachada en el extremo del Chale, para provocar un éxtasis de reverencias religiosas en cuantos la vieran.

El padre Umphred había garantizado que, si se construía la catedral, la reina Sollace podía contar con la canonización y el júbilo eterno. La recompensa del padre Umphred sería algo más modesta: el arzobispado de la diócesis de Lyonesse.

Ante la terca oposición del rey Casmir, la reina Sollace había perdido las esperanzas. El padre Umphred había insistido una y otra vez:

-¡Querida dama, querida dama! Nunca permitas que la sombra de la desesperación enturbie la regia belleza de tus mejillas. ¿Desaliento? Olvida esa palabra, arrójala al odioso cenagal de culpas, herejías y vicios donde chapotean las gentes ignorantes de este mundo.

Sollace suspiró.

-Resulta agradable oír tus palabras, pero la simple virtud, aun unida a mil plegarias y lágrimas de sagrada pasión, no ablandará el alma de Casmir.

-¡Claro que no, querida dama! ¡Puedo susurrar al oído del rey Casmir palabras que significarían dos e incluso cuatro catedrales! Pero he de pronunciarlas en el momento adecuado.

La alentadora actitud del padre Umphred no era nueva; había hecho estas insinuaciones en otras oportunidades, y la reina Sollace había aprendido a contener su curiosidad con una mueca y un gesto altivo.

En cuanto al rey Casmir, no quería que su autoridad disminuyera. Sus súbditos abrazaban una gran variedad de creencias: zoroastrismo, algo de cristianismo, panteísmo, doctrinas de los druidas, fragmentos de la teología romana clásica, parte del sistema godo, un sustrato de animismo antiguo y misterios pelásgicos. Tal mezcla de religiones resultaba conveniente para el rey Casmir; no le interesaba la ortodoxia procedente de Roma, y Sollace lo tenía harto con su cacareada catedral.

En Falu Ffail de Avallen, el rey Audry estaba sentado con los pies en una tina de agua tibia y jabonosa, preparándose para el pedicuro real, mientras escuchaba mensajes procedentes de todos los puntos cardinales, leídos por Malrador, el subchambelán a cargo de esta ingrata tarea.

El rey Audry se angustió al enterarse de lo ocurrido al caballero Lavrilan dal Ponzo, quien, por órdenes del rey Audry y utilizando estrategias sugeridas por dos allegados del rey, los caballeros Arthemus y Gligory, había encabezado una incursión en Wysrod, donde los celtas lo habían rechazado.

Lavrilan pedía refuerzos y mencionaba la necesidad de disponer de caballería ligera y arqueros; los piqueros y jóvenes caballeros recomendados por Arthemus y Gligory habían tenido un mal desenlace ante los revoltosos celtas.

El rey Audry se reclinó en los cojines y levantó las manos con disgusto.

-¿Qué ha fallado esta vez? ¡Estoy desconcertado por tanta ineptitud! ¡No, Malrador, no quiero saber más! ¡Ya me has amargado el día con tus graznidos! A veces sospecho que disfrutas haciéndome sufrir.

-¡Majestad! -exclamó Malrador-. ¿Cómo puedes pensar eso de mí? ¡Sólo cumplo con mi deber! Y, con todo respeto, te pido que oigas este último mensaje. Ha llegado hace apenas una hora desde las Marcas. Parece que importantes acontecimientos se están produciendo en las Ulflandias, y deberías conocerlos.

El rey Audry observó a Malrador con los ojos entornados, la cabeza reclinada en los cojines.

-A menudo me seduce la idea de pedirte que no sólo leas los mensajes, sino que los respondas, ahorrándome así ese fastidio.

Ante esta ocurrencia, Arthemus y Gligory, que estaban sentados a poca distancia, rieron apreciativamente.

Malrador inclinó la cabeza.

-Majestad, jamás me atrevería. Pero he aquí el mensaje del caballero Samfire de las Marcas.

Malrador leyó el parte, que mencionaba los triunfos de troicinos y uflandeses sobre los ska. Samfire hacía recomendaciones en un lenguaje que llevó al rey Audry a olvidar la situación en que se encontraba y patalear. Dos doncellas y el barbero se acercaron deprisa para llevarse la tina y apoyar los pies del rey en un taburete acolchado, para que el pedicuro pudiera trabajar.

-Majestad -intervino cortésmente el barbero-, sugiero que mantengas quietos los pies mientras te corto las uñas.

-Sí, sí -masculló Audry-. ¡Ha sido por culpa del lenguaje de Samfire! ¿Se atreve a sugerirme estrategias?

Arthemus y Gligory chasquearon la lengua con desaprobación.

-Majestad -dijo Malrador con imprudencia-, creo que Samfire sólo desea poner la importancia de estos hechos en una perspectiva clara, para tu mejor información.

-¡Calla, Malrador! ¡Ahora te pones de su parte y en contra mía! ¡Éstos son acontecimientos distantes, más allá de las Marcas, y mientras tanto recibimos las burlas de los exasperantes celtas! ¡No respetan la gran Dahaut! ¡Bah! Hay que castigarlos. Se ahogarán en su propia sangre, ya que eso desean. Arthemus, Gligory, ¿por qué nos derrotan así? ¡Responded! ¡Son meros patanes y palurdos que huelen a vaca! ¿Cómo lo explicáis?

Arthemus y Gligory gesticularon indignados y se acariciaron el bigote. El rey Audry se volvió malhumorado hacia Malrador.

-Bien, te has salido con la tuya. ¿Has terminado? ¡Siempre me traes preocupaciones cuando estoy del peor ánimo para hacerles frente!

-Majestad, es mi deber leer los mensajes. Si te ocultara noticias desfavorables, tendrías buenas razones para reprochármelo.

-Es verdad -suspiró el rey Audry-. Malrador, eres un vasallo leal. Vete, y escribe estas palabras en pergamino: «Lavrilan dal Ponzo, nuestros saludos. Es hora de que te limpies la mantequilla del mentón. Tal vez mediante el ejemplo logres inculcar en tus tropas cierto ánimo beligerante. El mes pasado me aseguraste que romperíamos la cabeza de mil rústicos celtas. ¿Cuál será tu próximo estribillo?» Luego pon mi sello, añade mi rúbrica y envía el mensaje con urgencia.

-Muy bien, majestad. Así se hará, y tu reprimenda se escuchará.

-Es algo más que una simple reprimenda, Malrador. ¡Es una orden! Quiero ver cabezas celtas en la punta de nuestras picas. ¡Quiero que el poderío de Dahaut ahuyente a esos bufones como conejos asustados!

-Arthemus y Gligory tienen a sus órdenes selectas brigadas -comentó Malrador con gravedad-. ¿Por qué contenerlos? ¡Ambos se mueren por una buena pelea!

Arthemus y Gligory aplaudieron con aparente entusiasmo.

-¡Bien dicho, Malrador! ¡Ahora ve y azuza a Lavrilan mientras nosotros discutimos la cuestión con su alteza!

En cuanto Malrador se marchó, Arthemus y Gligory dieron una apresurada explicación de la derrota de Wysrod y encauzaron la conversación hacia temas más agradables, y los tres se enfrascaron en planes para el entretenimiento del rey Adolphe de Aquitania. Así iban las cosas en Dahaut.

En otras regiones de las Islas Elder, Torqual volvía de la frontera de la muerte por mera fuerza de voluntad. Melancthe, en su villa de Ys, guardaba pensamientos insondables. En Swer Smod y Trilda, respectivamente, Murgen y Shimrod se ocupaban de sus investigaciones. Sin embargo, Tamurello no estaba en Pároli. Según el mago Cuervo Raught, había subido a la cumbre de un alto monte de Etiopía para un período de meditación.

¿Y la Perla Verde? Un par de jóvenes duendes tropezaron con el blanco y pelado esqueleto de Manting y se pusieron a jugar con los huesos: patearon el cráneo de aquí para allá, usaron la pelvis como yelmo, arrojaron vértebras a un grupo de dríades, quienes pronto se encaramaron a los árboles y se burlaron de los duendes con voz dulce y aguda.

El limo del bosque cubrió aún más la perla. Así transcurrieron el verano, el otoño y el invierno. Al llegar la primavera comenzaron a germinar las semillas en el terreno donde estaba sepultada la perla. Brotes de inusitado vigor crecieron en las plantas jóvenes, echando una profusión de hojas exuberantes seguidas de maravillosas flores, cada cual diferente de las demás y de todas las flores jamás vistas.

2

Xounges había sido un lugar fortificado desde antes del comienzo de la historia. La ciudad ocupaba un promontorio chato de piedra, tres de cuyos lados estaban rodeados de peñascos que se elevaban a sesenta metros sobre el agua. Por el cuarto lado, una angosta estribación de granito de más de cien metros de longitud conectaba la ciudad con tierra firme.

La Ulflandia de cuatro siglos atrás había sido un reino poderoso que abarcaba Ulflandia del Norte y del Sur (aunque no Ys ni el Valle Evander), Godelia y lo que entonces eran las Marcas de Dahaut, más allá de Poelitetz. En aquella época, el rey Fidwig, en pleno ejercicio de su poder megalómano, decretó la total seguridad de Xounges. Diez mil hombres trabajaron durante veinte años para erigir un sistema de fortificaciones basado en murallas de granito de diez metros de ancho en la base y de seis metros de alto, las cuales protegían la carretera y se extendían hacia el Skyre para defender el puerto de un ataque por mar.

El rey Fidwig también ordenó la construcción de un palacio, y Jehaundel se erigió con una majestad tan prodigiosa como las murallas de Xounges.

Aunque había perdido buena parte de su magnificencia, Xounges conservaba la misma seguridad contra los ataques. La aristocracia había mantenido altas casas de piedra y organizado el núcleo de un pequeño ejército que defendía la ciudad de los ska.

Jehaundel, convertido en el palacio del rey Gax, mostraba una maciza fachada que daba a la plaza del mercado, pero, al igual que los palacios de la nobleza menor, no tenía pretensiones de antiguas glorias. Las alas estaban cerradas, así como los pisos superiores, excepto los aposentos del rey Gax, cámaras lúgubres alfombradas con juncos tejidos y amuebladas con piezas macizas deterioradas por los siglos. El combustible era un elemento costoso; sólo unos rescoldos entibiaban el dormitorio donde agonizaba el rey Gax.

En su juventud, el rey Gax había sido hombre de gran estatura e imponente constitución. Durante treinta años, mientras los ska penetraban con sus negros batallones en la Costa Norte, y luego en Ulflandia del Norte, su reinado había declinado. Había luchado con ferocidad y sufrido heridas, pero los ska eran implacables. Destruyeron sus fuerzas y aplastaron tres orgullosos ejércitos de Dahaut que luchaban bajo un tratado de ayuda mutua. Por último, los ska arrinconaron a Gax tras las murallas de Xounges. Se creó un equilibrio. Los ska no podían atacarlo, y él no podía ejercer ninguna presión sobre los ska.

En ocasiones, los emisarios ska llevaban a Gax nuevas ofertas de amnistía, a condición de que abriera las puertas de Xounges y abdicara en favor del hombre designado por los ska. Gax rechazaba estos ofrecimientos con la esperanza de que el rey Audry honrara de nuevo el antiguo pacto y enviara un gran ejército para echar a los ska al mar.

Sus súbditos solían respaldar esta política, pues no veían ninguna ventaja en el dominio ska. El caballero Kreim, el siguiente monarca en la sucesión real, también suscribía la intransigencia de Gax, aunque por razones muy distintas de las del rey. Kreim era un hombre corpulento, de rasgos gruesos y mediana edad, con cabello negro, arqueadas cejas negras y una barba corta y rizada que contrastaba con su tez pálida. Tenía apetitos excesivos, gustos poco refinados y una ambición ilimitada. Aspiraba a ocupar el trono para obtener ventajas personales, ya fuera mediante una alianza con los ska o a través de una abdicación por cuyo precio él obtendría una lujosa finca en Dahaut.

Pero el tiempo pasaba y el rey Gax se negaba desconsideradamente a morir. A juzgar por los rumores, Kreim contenía su impaciencia sólo con gran esfuerzo, y no era improbable que hubiera pensado en métodos que aceleraran el proceso natural.

El chambelán Rohan, al enterarse de que Kreim había manifestado gran simpatía a dos de los guardias que custodiaban el dormitorio del rey Gax, ordenó que se pusieran

nuevas cerraduras en las puertas y asignó dichos guardias a vigilancia nocturna permanente en las murallas exteriores, donde la lluvia y la tormenta sólo incitaban a aguzar la atención. Rohan también creó un sistema para garantizar que la alimentación del rey Gax fuera la más sana de todo Xounges; cada cocinero debía probar la comida de Gax antes de servirla.

Kreim, al advertir las precauciones, felicitó a Rohan por su fidelidad y de mal talante se resignó a esperar a que el rey Gax muriera a su debido tiempo.

Mientras tanto, el equilibrio persistía. El rey Audry no sólo no cumplió el compromiso de socorrer a su aliado el rey Gax, sino que los ska penetraron con insolencia en Dahaut y ocuparon la fortaleza Poelitetz. El ultrajado rey Audry lanzó enfáticas protestas, después advertencias, luego amenazas. Los ska no prestaron atención y el rey Audry se encargó de otros asuntos. En su momento reuniría un ejército invencible, con cien carros de guerra, mil caballeros sólidamente armados y diez mil valientes soldados. En un magnífico centelleo de agudas crestas de acero y plata, con banderines ondeantes, el gran ejército sorprendería a los ska y los arrojaría al mar; Audry envió al rey Gax un documento que reafirmaba su sólida determinación en este sentido.

El rey Gax rara vez se levantaba de la cama. Sentía flaquear sus fuerzas, y a veces creía percibir el transcurso de las horas y los minutos como granos de arena en un reloj. Su cara, en otros tiempos saludable, estaba apergaminada y gris, pero sus ojos aún ardían con el destello humeante y amarillo de la inteligencia. Yacía inmóvil, recostado en un almohadón, los brazos tendidos sobre la manta, y pasaba largas horas viendo danzar las llamas en el hogar.

En ocasiones, bajo la atenta mirada de Rohan, conferenciaba con cortesanos o visitantes. Así recibió a una delegación ska de alto rango: los duques Luhalcx y Ankhalcx, y una comitiva de señores menores. Aunque hablaban sin rodeos, los ska se comportaban con todo decoro, y el rey Gax no pudo encontrar críticas a su comportamiento.

Durante la primera audiencia con los ska en el dormitorio del rey Gax, Kreim y otros dos personajes también estaban presentes. El duque Luhalcx explicó el propósito de la visita:

-Alteza, lamentamos tus problemas de salud, pero todos los hombres deben morir, y parece que tu hora se acerca.

-Mientras tenga vida, viviré -respondió el rey Gax con una cansada sonrisa.

El duque Luhalcx inclinó la cabeza en una reverencia.

-El comentario era sólo un modo de aligerar el peso de mi mensaje, que ahora te comunico. La nación ska domina Ulflandia del Norte y se propone restaurar la antigua gloria. Expandiremos nuestro poder: primero hacia el sur, después hacia el este. La ciudad Xounges representa un estorbo para nosotros: una piedra en el camino. Debemos vigilarla por si los dauts intentan traer refuerzos, lo cual pondría una fuerza enemiga en nuestro flanco y amenazaría nuestro control de Poelitetz. Queremos tanto la ciudad de Xounges como el dominio titular de Ulflandia del Norte, para rescindir el tratado con Dahaut. Con nuestro flanco seguro, estaremos en libertad para dominar Ulflandia del Sur, cuyo nuevo rey se está volviendo revoltoso.

-No me interesa favorecer vuestras conquistas. Al contrario.

-Aun así, no te queda mucho tiempo de vida, y los acontecimientos permanecerán después de tu muerte. No hay príncipe real en la línea estatutaria de sucesión...

-¡Absurdo e incorrecto! -intervino el indignado Kreim-. ¡Yo estoy en la línea directa de sucesión, y seré el próximo rey de Ulflandia del Norte!

El duque Luhalcx sonrió.

-Entendemos muy bien tus ambiciones, pues nos las has comunicado en repetidas oportunidades. No nos interesa comprar Xounges ni tu título. -Se volvió hacia el rey Gax, quien había presenciado el diálogo con una amarga sonrisa-. Alteza, te solicitamos que abdiques de inmediato en favor de nuestro designado.

-Majestad -exclamó Kreim-, la insolencia de esta propuesta es superada sólo por su fría arrogancia. ¡Obviamente, la rechazamos con indignación!

El duque Luhalcx no le prestó atención.

-Luego garantizaremos, para ti y para todos los habitantes de este lugar, amnistía por actos cometidos en contra nuestra. No confiscaremos riquezas ni propiedades. ¿Aceptas esta oferta?

-¡Claro que no! -rugió Kreim.

-Kreim -dijo Gax con irritación-, yo daré mis propias respuestas. -Y dirigiéndose al duque Luhalcx-: Hemos sobrevivido muchos años con el disgusto de los ska. ¿Por qué no habríamos de seguir haciéndolo?

-Puedes asegurar esta política sólo mientras vivas. Si Kreim es coronado rey a tu muerte, intentará extorsionarnos. Nuestro recurso más fácil es pagar, y luego recuperar nuestro dinero mediante impuestos a los habitantes de Xounges. Te aseguro que ni una moneda de los honorarios de Kreim vendrá de nuestras arcas.

-¡No habría tales negociaciones! -barbotó Kreim-. ¡Soy firme en ello! Pero si las hubiera, tendríais que estipular una amnistía financiera y física para toda nuestra población.

-Kreim, estoy harto de que te inmiscuyas -exclamó el rey Gax-. ¡Lárgate de esta habitación!

El caballero Kreim se marchó con una reverencia.

-¿Y qué ocurriría si el nuevo rey continuara con mi política? -preguntó el rey Gax.

-No me propongo revelarte nuestros planes en detalle. Sólo diré que deberíamos tomar Xounges por la fuerza.

-Si es tan simple, ¿por qué no lo habéis hecho?

El duque Luhalcx reflexionó un instante.

-Te diré una cosa -respondió-: no consideramos que Xounges sea inexpugnable. Si decidimos sitiarla, sufrirás un bloqueo total y grandes privaciones. El agua de lluvia será tu única bebida, y la grasa tu único alimento. Si tomáramos Xounges por la fuerza y se perdiera una sola y preciosa vida ska, cada hombre, mujer y niño de Xounges conocería los grilletes de la esclavitud.

El rey Gax agitó los frágiles y blancos dedos.

-Idos, reflexionaré sobre mis alternativas.

El duque Luhalcx hizo una reverencia y la delegación se retiró.

Los ska regresaron una semana después. Kreim estaba de nuevo presente, con órdenes de guardar absoluto silencio a menos que se le pidiera una opinión.

El duque Luhalcx presentó sus cumplidos al rey Gax y preguntó:

-Alteza, ¿has tomado una decisión respecto de nuestra propuesta?

Gax carraspeó.

-Tienes razón al decir que estoy agonizando. Debo escoger un sucesor y pronto, o moriré sin haberlo hecho.

-¿Con lo cual el caballero Kreim sería rey?

-En efecto. A menos que yo abdique en otra persona, tal como el buen Rohan, antes de morir.

-La preferencia de los ska, aun sobre el excelente Rohan, es el duque Ankhalcx. Su nominación garantizaría a Xounges las ventajas que mencioné.

-Tendré en cuenta esta recomendación.

-¿Cuándo celebrarás la ceremonia de coronación?

-Pronto. He enviado un mensaje al rey Audry, pidiéndole consejo. La respuesta llegará antes de que termine esta semana. Hasta entonces no tendré más que decir.

-Pero ¿no has descartado a nuestro candidato, el duque Ankhalcx?

-Todavía no lo he decidido. Si el rey Audry moviliza al instante un gran ejército y marcha hacia el oeste, desde luego no os abriré las puertas.

-En todo caso, ¿aún deseas nominar y ungir a tu sucesor?

Gax reflexionó un momento.

-Sí.

-¿Y cuándo se celebrará esta ceremonia?

Gax cerró los ojos.

-Dentro de siete días.

-¿No darás ningún indicio previo de tus intenciones?

-Mucho depende de las nuevas que reciba de Avallón -dijo Gax con los ojos cerrados-. En realidad, espero muy poco, y tendré una triste muerte. Los ska se marcharon cuchicheando con los labios tensos.

3

La nave de guerra troicina echó amarras en un muelle del puerto de Xounges. Aillas desembarcó con Tatzel, el capitán y otros dos tripulantes.

El grupo pasó bajo un rastrillo levantado, atravesó un túnel de diez metros de longitud y salió a una calleja adoquinada que subía serpeando a la plaza del mercado. La fachada de Jehaundel se erguía delante: un conjunto de imponentes bloques de piedra, desprovistos de gracia y delicadeza. El grupo cruzó la plaza y entró en Jehaundel por la puerta delantera, que fue abierta por un portero.

En un reverberante vestíbulo de piedra se les acercó un lacayo.

-Señor, ¿a qué has venido?

-Soy un caballero de Ulflandia del Sur y solicito una audiencia con el rey Gax.

-Señor, el rey Gax está enfermo y ve a pocas personas, especialmente si las trae un asunto informal o de poca importancia.

-Mi asunto no es lo uno ni lo otro.

El lacayo fue a llamar al primer canciller, quien preguntó:

-¿No serás otro correo de Avallen?

-No. -Aillas llevó aparte al funcionario-. Estoy aquí por una cuestión urgente. Debes llevarme directamente al rey Gax.

-Ah, pero no tengo permiso para ello. ¿Cómo te llamas y cuál es ese asunto tan urgente?

-Menciona mi presencia sólo al rey Gax y en privado. Dile que soy íntimo amigo del caballero Tristano de Troicinet, a quien tal vez recuerdes.

-¡Claro que sí! ¿Qué nombre he de anunciar, entonces?

-El rey Gax querrá que mi nombre se le mencione sólo a él.

-Sígueme, por favor.

El primer canciller los condujo a la galería principal y señaló unos bancos.

-Sentaos, por favor. Cuando el rey pueda veros, Rohan, el chambelán, os lo comunicará.

-¡Recuerda! ¡Ni una palabra a nadie excepto al rey Gax!

Pasó media hora. Rohan, el chambelán, apareció: un hombre maduro y corpulento de piernas cortas, con unos pocos mechones de cabello gris y una expresión de suspicacia crónica. Estudió al grupo con automática desconfianza. Se dirigió a Aillas, que se había puesto en Pie. -El rey ha recibido favorablemente tu mensaje. Ahora conferencia con los ska, pero en breve te concederá audiencia.

La conferencia en el dormitorio del rey Gax fue muy corta. Kreim, que ya estaba presente, miraba con gesto huraño el fuego. En cuanto entraron los duques Luhalcx y Ankhalcx, el rey Gax señaló a un joven caballero rubio vestido con el deslumbrante estilo de la corte de Avallón.

-Allí está el correo de Dahaut. Señor, lee de nuevo el mensaje del rey Audry, por favor.

El correo abrió un bando y leyó este mensaje:

A Gax, rey de Ulflandia del Norte:

Real primo, te envío mis más caros saludos. En lo concerniente a los forajidos ska, te aconsejo que defiendas tu ciudad con uñas y dientes durante otro breve período, hasta que yo pueda solucionar un par de enojosos problemas locales. Luego destruiremos juntos, y de una vez por todas, a esa plaga humana de corazón negro. Alégrate y recibe mis deseos de una prolongada buena salud.

Soy quien suscribe, el rey Audry de Dahaut.

-Éste es el mensaje que he recibido del rey Audry -dijo el rey Gax-. Tal como yo sospechaba, no piensa hacer nada.

Luhalcx asintió con una oscura sonrisa.

-Bien, ¿qué dices de mi propuesta?

Incapaz de contener su furia, Kreim exclamó:

-¡Te suplico, majestad, que no llegues a ningún compromiso hasta que hayamos conferenciado!

Gax lo ignoró.

-Presenta tu propuesta por escrito -le dijo a Luhalcx-, con tu garantía destacada en tinta negra y trazo grueso. Dentro de tres días se celebrará la coronación.

-¿De quién?

-Tráeme tu solemne manuscrito.

Luhalcx y Ankhalcx abandonaron el cuarto con una reverencia. Bajaron la escalera y doblaron hacia la galería principal. A un lado había un grupo de cinco personas. Una joven que había entre ellas exclamó con voz penosa:

-¡Padre! ¡No pases de largo!

Tatzel se levantó de un brinco, y habría corrido por la galería si Aillas no la hubiera aferrado por la cintura para detenerla.

-¡Muchacha, siéntate y no estorbes!

Luhalcx les dirigió una mirada de incredulidad.

-¿Qué haces aquí? -le preguntó a Tatzel.

-¡Dirígete a mí! -intervino Aillas-. Esta muchacha es mi esclava.

Luhalcx lo miró boquiabierto.

-¿Qué tonterías dices? ¡Hombre, te equivocas! Ella es la dama Tatzel, una noble ska. ¿Cómo puede ser tu esclava?

-Mediante el procedimiento habitual, que sin duda tú conoces con todo detalle. En síntesis, la capturé y la sometí a mi voluntad.

El duque Luhalcx avanzó despacio, los ojos fulgurantes.

-¡No puedes hacer tal cosa con una dama ska y luego quitarle importancia en presencia .de su propio padre!

-No es tan difícil -replicó Aillas-. A vosotros nunca os ha violentado hacerlo. Ahora el zapato está en el otro pie, y de pronto la idea te resulta increíble. ¿No captas un toque de irrealidad?

El duque Luhalcx hizo una mueca lobuna y llevó la mano a la espada.

-Te mataré. Luego la irrealidad, e incluso la realidad, desaparecerán.

-¡Padre! -exclamó Tatzel-. ¡No luches con él! ¡Es un demonio con la espada! ¡Hizo trizas a Torqual!

-En cualquier caso, no pelearé contigo -dijo Aillas-. Estoy en este palacio bajo la protección del rey Gax. Sus soldados responderán a mi llamada y te arrojarán a una mazmorra.

El duque Luhalcx miró dubitativamente hacia un par de guardias armados que permanecían inmóviles a poca distancia, presenciando el altercado con fría mirada de lagartos.

Rohan el chambelán salió y se acercó a Aillas.

-El rey te verá ahora.

-También debe verme a mí -declaró el duque Luhalcx con repentina vehemencia-. ¡Esto es un oprobio, y él deberá arbitrar el caso!

Rohan trató de argumentar que un alboroto podía excitar al rey Gax, pero sus protestas fueron desoídas. Sin embargo, al llegar al dormitorio, sólo dejó entrar a Aillas, Tatzel y el duque Luhalcx, quien se acercó al rey Gax.

-Alteza, deseo presentar una queja. Cuando caminaba por tu galería me topé con este sujeto. Con él estaba mi hija, a quien retiene por la fuerza llamándola su esclava. Le pedí que me la entregara. ¡Como noble ska no puede ser sometida a tales indignidades!

-¿Fue esclavizada en Jehaundel, mientras estaba bajo la protección de mi techo? -preguntó el rey Gax con voz susurrante.

-No. Fue esclavizada en otra parte.

El rey Gax miró a Aillas.

-¿Qué tienes que decir? -le preguntó.

-Alteza, apelo a la ley natural. El duque Luhalcx ha esclavizado a muchas gentes libres de Ulflandia del Norte y del Sur, entre ellas a mí mismo. Él no me recuerda, pero durante mucho tiempo fui obligado a servir en el castillo Sank, donde conocí a Tatzel. Escapé de Sank y recuperé la libertad. Luego, cuando se presentó la oportunidad, capturé a Tatzel y la esclavicé.

El rey Gax miró al duque Luhalcx.

-¿Tienes esclavos uflandeses bajo tu custodia?

-En efecto -admitió el duque Luhalcx abatido, pues ya veía qué rumbo tomaba la cuestión.

-¿A qué lógica recurres, pues, para protestar? Aunque la situación te cause dolor.

El duque Luhalcx inclinó la cabeza.

-Tu arbitraje ha sido justo. Acepto la reprimenda. -Se volvió hacia Aillas-. ¿Cuánto oro quieres por mi hija?

-No conozco ninguna vara que mida el valor de una vida humana -respondió Aillas-. Luhalcx, llévate a tu hija. No me sirve de nada. Tatzel, te dejo en manos de tu padre. Ahora, por favor, idos y permitidme deliberar con el buen rey Gax.

El duque Luhalcx asintió secamente. Cogió la mano de Tatzel y ambos se marcharon del cuarto. Quedaban Rohan y dos guardias junto a la puerta.

-Alteza -le dijo Aillas al rey-, nuestra conversación debe llevarse a cabo en privado.

-Rohan -graznó Gax-, déjanos solos. Guardias, vigilad fuera.

Rohan se marchó de mala gana, y los soldados salieron al pasillo.

-Alteza, mi nombre es Aillas.

Media hora después Rohan se inquietó y atisbo desde la puerta.

-Majestad, ¿estás bien?

-Muy bien, Rohan. No necesito nada. Puedes irte.

Rohan se marchó.

-¿Confías en Rohan? -preguntó Aillas.

El rey Gax rió con amargura.

-Todos piensan que Kreim será el próximo rey. Él recibe honores y dignidades, y considera que yo estoy muerto, lo cual es cierto.

-No del todo -protestó Aillas.

-Rohan se dedica a mi bienestar noche y día. Lo considero uno de mis pocos amigos verdaderos.

-En tal caso, incluyámoslo en nuestras conversaciones.

-Como desees. ¡Rohan!

Rohan apareció con una celeridad que sugería que tenía el oído pegado a la puerta.

-¿Majestad?

-Deseamos que aportes tu sabiduría a nuestras deliberaciones.

-Muy bien, majestad.

-La ceremonia de coronación se celebrará dentro de tres días -continuó Aillas-. En apariencia tu mejor alternativa consiste en entregar la ciudad a los ska, junto con la corona. Por lo tanto, Kreim deberá actuar esta noche o mañana por la noche. De lo contrario, sus sueños quedarán frustrados para siempre.

Gax miró melancólicamente el fuego.

-Si él fuera rey, ¿no podría resistir en Xounges tal como he hecho yo?

-Quizá, si tuviera la voluntad de hacerlo. Aun así, Xounges no es tan inexpugnable como crees. ¿Hay centinelas patrullando los riscos durante la noche?

-¿Para qué? Sólo podrían ver espuma y aguas negras.

-Si yo atacara Xounges, escogería una noche oscura y tranquila. Alguien podría arrojar una escalerilla de cuerdas por los riscos, y guerreros llegados en botes podrían trepar por la escalerilla y arrojar más para que entraran más guerreros. Al cabo de poco, cientos de hombres habrían entrado en tu ciudad.

El rey Gax asintió débilmente.

-Tienes razón, sin duda.

-¿Cómo proteges el puerto?

-Al caer el sol, dos gruesas cadenas cierran la entrada. No puede entrar ninguna nave, grande o pequeña. Luego se baja el rastrillo.

-Las cadenas no cerrarían el paso a hombres a nado. En una noche oscura mil hombres podrían entrar en la bahía, arrastrando sus armas en pequeñas balsas, y ocultarse hasta la mañana en los buques anclados ante los muelles. En cuanto levantaran el rastrillo, lo podrían asegurar con postes para que nadie pudiera bajarlo. Saliendo de las naves e irrumpiendo en la ciudad, ese ejército controlaría Xounges en una hora.

El rey Gax soltó un gruñido de consternación.

-Los años me han afectado. Huelga decir que se realizarán cambios.

-Buena idea -dijo Aillas-. Pero ahora nos enfrentamos a cuestiones más urgentes, y debemos tener en cuenta todas las contingencias. Me refiero a Kreim.

Transcurrió la tarde. Al caer el sol, el rey Gax cenó gachas de avena con unos bocados de carne picada, manzana triturada y una copa de vino blanco. Una hora después se relevó la guardia de la puerta. Rohan informó con indignación que los nuevos guardias eran primos de la esposa de Kreim, de rango demasiado alto para montar guardia de noche. Era obvio que se habían pagado sobornos y se había ejercido presión; ésa era la opinión de Rohan, que estaba furioso, entre otras cosas, por el desacato a su autoridad personal.

Anocheció en Xounges. El rey Gax se preparó para dormir y Rohan se retiró a sus aposentos.

Reinó el silencio en Jehaundel. En el dormitorio de Gax, un fuego bajo ardía en el hogar. Un par de antorchas arrojaban una tenue luz amarillenta, dejando en sombras el alto techo.

Se oyeron pasos suaves en el pasillo. La puerta se abrió con un crujido rechinante. Una forma corpulenta se perfiló contra la luz de las antorchas del pasillo. La figura entró despacio.

-¿Quién es? -graznó Gax desde la cama-. ¡Guardias, a mí! ¡Rohan!

La forma oscura habló en voz baja:

-Gax, buen rey Gax, has vivido el tiempo que te correspondía y ha llegado tu hora.

-¡Rohan! -jadeó Gax-. ¿Dónde estás? ¡Trae a los guardias!

Rohan entró.

-Kreim, ¿qué significa esto? ¡Estás molestando al rey Gax!

-Rohan, si deseas servirme aquí, y más tarde en Dahaut, cierra el pico. Gax ha vivido más de la cuenta y ahora debe morir. Se ahogará bajo una almohada y será como si hubiera muerto en sueños. ¡No te entrometas!

Kreim fue hasta la cama y cogió una almohada.

-¡Alto! -dijo una voz. Kreim descubrió a un hombre que lo observaba desde el otro lado de la habitación con la espada desenvainada-. Kreim, quien va a morir eres tú.

-¿Quién eres? -jadeó Kreim-. ¡Guardias! ¡Arrancad el hígado a este loco inoportuno!

Tres marineros troicinos salieron de la cámara de Rohan; cuando los guardias entraron, fueron apresados y apuñalados. Kreim se lanzó hacia Aillas; los aceros chocaron y Kreim trastabilló herido en el pecho. Antes de que pudiera renovar el ataque, uno de los marineros se abalanzó sobre él, lo tumbó y le apuñaló el corazón.

El silencio volvió a reinar en el cuarto.

-Rohan -dijo Gax-, llama a los criados. Que se lleven esos bultos y los arrojen desde los riscos. Encárgate de ello. Yo volveré a dormir.

4

El día anterior a la coronación, Aillas fue a examinar las legendarias murallas de Xounges. Decidió que eran tan inexpugnables como sostenía la tradición, siempre que las custodiaran defensores alertas.

Miró el Skyre desde las almenas, con un pie en el alféizar, apoyado contra el merlón manchado de liquen. Más allá vio al duque Luhalcx y a su hermano, el duque Ankhalcx, ambos con ondeante capa negra, y a Tatzel, que llevaba un vestido de lana gris, una capa negra, medias grises que le dejaban desnudas las rodillas y botas negras. Una gorra de fieltro rojo le protegía el cabello del viento. Aillas los miró una vez y desvió los ojos. Se sorprendió cuando el duque Luhalcx se le acercó, dejando a Ankhalcx y Tatzel a unos cincuenta metros.

Aillas se irguió. Cuando Luhalcx se detuvo ante él, lo saludó con una reverencia de cumplido.

-Buenos días.

Luhalcx saludó secamente.

-Señor, he reflexionado mucho sobre las circunstancias que nos han puesto en contacto. Hay ciertas ideas que debo aclararte.

-Habla.

-He tratado de ponerme en tu lugar, y creo entender por qué perseguiste y capturaste a la dama Tatzel, a quien considero una persona encantadora. Ella me describió con todo detalle vuestro viaje por las comarcas salvajes, y tu cortesía y preocupación por su comodidad, lo cual no cabe duda de que no se debía a tu consideración por su jerarquía.

-Eso es verdad.

-Demostraste más tolerancia de la que yo habría tenido en un caso similar, o eso me temo. Me intrigan tus motivos.

-Son personales, y no implican ningún descrédito para Tatzel. En esencia, no puedo tomar a una mujer por la fuerza.

Luhalcx sonrió sombríamente.

-Tus motivos parecen dignos, aunque al decir esto denigro implícitamente la política de los ska... Pero no importa. Mis sentimientos personales son de gratitud porque Tatzel no sufrió daños, y a falta de otra cosa te doy mi agradecimiento, al menos en esta situación.

Aillas se encogió de hombros.

-Señor, reconozco tu cortesía, pero no puedo aceptar tu agradecimiento, pues mis actos no estaban destinados a beneficiarte. Más bien todo lo contrario. Dejemos las cosas tal como están.

El duque Luhalcx sonrió de mala gana.

-Sin duda eres un individuo difícil.

-Tú eres mi enemigo. ¿No has recibido noticias recientes de tu casa?

-Nada nuevo. ¿Qué ha sucedido?

-Según el capitán del barco, tropas ulflandesas, ayudadas por un contingente troicino, han reconquistado Suarach y destruido la guarnición ska.

Luhalcx quedó sorprendido.

-Si es cierto, son malas noticias.

-Desde mi punto de vista, los ska no tenían por qué haber invadido Suarach. - Aillas hizo una pausa y dijo-: Te daré un consejo. Si eres sabio, seguirás mis instrucciones al pie de la letra. Regresa al castillo Sank. Empaca todas tus preciosas reliquias, los retratos y recuerdos de tiempos antiguos, y los libros; llévatelo todo a Skaghane, pues muy pronto el castillo Sank será cenizas.

-Un sombrío vaticinio -comentó Luhalcx-. Es inútil, nunca abandonaremos nuestro sueño. Primero tomaremos las Islas Elder, luego nos vengaremos de los godos, que nos expulsaron de Noruega.

-Los ska tienen una larga memoria.

-¡Soñamos como pueblo y recordamos como pueblo! Yo mismo he visto visiones en el fuego, y no se presentaban como imágenes sino como recuerdos. Trepábamos los glaciares para encontrar un valle perdido; luchábamos contra guerreros pelirrojos montados en mamuts; destruíamos a los subhumanos caníbales que habían vivido en aquella comarca durante un millón de años. ¡Lo recuerdo como si yo hubiera estado allí!

Aillas señaló el mar.

-¡Mira las majestuosas olas del Atlántico! ¡Parecen invencibles! Al cabo de mil kilómetros de movimiento constante se estrellan contra el acantilado y en un instante se convierten en simple espuma.

-He oído tus palabras y les prestaré la debida atención -respondió lacónicamente el duque Luhalcx-. Otro asunto que me preocupa: la seguridad de mi esposa, la dama Chraio.

-No sé nada sobre ella. Si fue capturada, estoy seguro de que no la han tratado con menos cortesía de la que tú emplearías con una cautiva ulflandesa.

El duque Luhalcx hizo una mueca, inclinó la cabeza y fue a reunirse con el duque Ankhalcx y Tatzel. Permanecieron unos minutos observando desde las almenas, luego se alejaron.

Al caer la tarde, nubarrones rojizos se elevaron en el oeste oscureciendo el sol, y la noche llegó temprano a Xounges, una noche muy oscura que trajo ráfagas irregulares de lluvia, las cuales amainaron cuando el alba tino el cielo con un húmedo fulgor color berenjena.

A media mañana, la lluvia se había convertido en una llovizna brumosa, y el cielo prometía estar despejado para la coronación. Aillas llegó corriendo desde la bahía: atravesó el túnel, la calleja adoquinada, la desierta plaza del mercado, y entró en Jehaundel por la maciza puerta delantera.

En el vestíbulo entregó la capa a un lacayo y echó a andar por la galería principal. Tatzel salió del gran salón, donde había observado los preparativos para la

coronación. Vio a Aillas, titubeó, y se le acercó sin mirar a los costados. Aillas tuvo la sensación de haber vivido esta escena; una vez más se vio en la galería del castillo Sank, donde Tatzel caminaba hacia él sumida en sus pensamientos.

Tatzel se acercó fijando la mirada en un punto lejano de la galería; era evidente que no simpatizaba con Aillas. Por un momento Aillas pensó que pasaría de largo sin hablarle, pero a último momento ella se detuvo y lo miró de arriba abajo.

-¿Por qué me observas de una forma tan rara?

-He tenido una extraña sensación. Me he visto de vuelta en el castillo Sank. Aún tengo escalofríos.

Tatzel torció la boca.

-Me sorprende que todavía estés aquí. ¿El capitán no ansia hacerse a la mar?

-Ha resuelto postergar la partida un día más, lo cual me dará tiempo para finalizar mis asuntos.

Tatzel lo miró sorprendida.

-Creí que venías aquí para entregarme a mi padre.

-Ése era uno de mis propósitos, naturalmente. Pero el rey Gax me ha pedido amablemente que asista a la ceremonia de hoy, que sin duda será una ocasión histórica, y no deseo perderla.

Tatzel se encogió de hombros.

-A mí no me parece tan importante, aunque quizá tengas razón. Ahora debo irme para realizar mis propios preparativos, aunque a mí nadie me prestará atención.

-Quizá yo te observe -replicó Aillas-. Siempre me han intrigado tus gestos.

5

La lluvia continuó durante la tarde, barriendo Xounges desde un cielo lúgubre: repiqueteando en los tejados, tamborileando en las verdes aguas del Skyre.

Dentro del gran salón de Jehaundel, una penumbra húmeda entraba por ventanas estrechas y altas. Cuatro grandes chimeneas arrojaban un fulgor más alegre, reforzado por una serie de antorchas.

Una docena de pendones, que representaban la gloria de la Vieja Ulflandia, colgaban de las paredes de piedra; los colores eran desvaídos y las hazañas que celebraban se habían olvidado; con todo, los antiguos estandartes arrancaron lágrimas a muchos ulflandeses que habían ido a presenciar la coronación del nuevo rey, una acción que a juicio de muchos extinguiría los últimos rescoldos del antiguo honor.

Además de los señores de las grandes casas, estaban presentes varios nobles menores, así como una delegación de ocho ska, de pie a un lado, los embajadores de Godelia y Dahaut y un grupo de la nave troicina.

Un par de heraldos tocaron fanfarrias; el caballero Pertane, primer canciller, exclamó:

-¡Anuncio la inminente llegada de su majestad el rey Gax!

Seis lacayos entraron una plataforma con un trono donde estaba sentado el rey Gax. Los lacayos subieron por una rampa a una tarima baja, dejaron la plataforma y se marcharon. El rey Gax, que llevaba una túnica de felpa roja bordeada de piel negra y lucía la corona de Ulflandia del Norte sobre una gorra roja, levantó una frágil mano.

-Os doy la bienvenida a todos. Sentaos si queréis; que sólo permanezcan de pie quienes prefieran el sostén de los pies al de las caderas.

Hubo movimientos y murmullos. El rey Gax habló de nuevo.

-La muerte ha venido a llamar a mi puerta. Soy reacio a dejarla entrar en mi casa, pues se dice que es un huésped pertinaz. ¡Oíd! ¡Aún ahora oigo sus golpes! ¿Pueden otros oír este sonido, o únicamente yo? No importa, no importa; pero debo realizar un último acto antes de recibir a quien llama.

«¡Observad! ¡Llevo la antigua corona! ¡Antaño proclamaba la gloria y los honores! ¡Ésta era la corona de Ulflandia, cuando nuestra nación predominaba sobre los demás estados de Elder! Nuestra tierra no tenía norte ni sur; unía todo el oeste de Hybras, desde Godelia hasta el Cabo Despedida. Hoy es un símbolo de impotencia y derrota. Mi reino se extiende sólo hasta donde llega mi voz. Los ska han conquistado nuestras tierras, y han dejado un páramo donde en otros tiempos los campesinos araban el suelo de sus granjas.

El rey Gax miró a su alrededor. Señaló con un dedo blanco.

-Allá están los ska. El duque Luhalcx me aconseja que abdique en favor del duque Ankhalcx. El duque Luhalcx conoce nuestras antiguas leyes y su candidato está a mano. El duque Luhalcx aduce que al nombrar un gobernante ska no hago más que legitimar lo que ya ocurre de hecho.

»Luhalcx argumenta con buena voz, pero otros lo han hecho con voces aún mejores. Afirman que si la corona no fuera a manos de los ska, sino del actual rey de Ulflandia del Sur, la tierra quedaría de nuevo unida bajo un gobierno resuelto a expulsar a los ska y restaurar el viejo orden. Estos argumentos me parecen convincentes, pues en Ulflandia del Sur ya existe un nuevo sentido del orgullo y la justicia. Las fuerzas ulflandesas del Sur ya han asestado duros golpes a los ska, y sólo están empezando a afianzar su poderío.

»No puedo ignorar tales argumentos. La misma cabeza que luce la corona de Ulflandia del Sur llevará esta corona que ahora honra mi indigna y vieja cabeza.

El duque Luhalcx exclamó apasionadamente:

-¡La ceremonia carece de validez a menos que el rey de Ulflandia del Sur esté presente para recibir la corona de tu cabeza y de tu mano! ¡Tú mismo has citado la ley!

-Es cierto, lo he hecho. Y nos atendremos a las formalidades. ¡Caballero Pertane, haz tu llamada!

El primer canciller se dirigió a los presentes:

-¿Dónde está aquel a quien Gax, rey de Ulflandia del Norte, ha ordenado comparecer? Me refiero específicamente a Aillas, rey de Dascinet y Troicinet, Scola y Ulflandia del Sur. Si está presente, que se anuncie.

Aillas se acercó a la tarima.

-Aquí estoy.

-Aillas, ¿aceptarás de mí esta corona de nuestros mutuos antepasados, y la llevarás con el mayor honor posible?

-Lo haré.

-Aillas, ¿defenderás esta tierra contra sus enemigos, cuidando de los débiles y socorriendo a los necesitados? ¿Protegerás al cordero del lobo, devolverás el niño extraviado a su padre, y darás la misma justicia a todos los rangos?

-Haré todo eso mientras pueda.

-Aillas, ¿te comportarás como corresponde a un rey, evitando la gula y la promiscuidad, conteniendo el cruel despliegue de tu ira, y permitiendo que la misericordia atempere tu justicia?

-Me esforzaré en hacerlo.

-Aillas, acércate. -Gax besó la frente de Aillas y éste vio lágrimas en las demacradas mejillas-. Aillas, hijo mío, y en verdad quisiera que fueras mi hijo, me has hecho feliz. Con alegría te doy esta corona y la pongo sobre tu cabeza. ¡Ahora eres Aillas, rey de Ulflandia, y que nadie en todo el mundo contradiga mi decreto! Druidas, ¿dónde estáis? Venid a santificar este acto ante Cronos, el Padre; Lug, el Brillante; y Apolo, el Sabio.

Un enjuto individuo en túnica parda salió de las sombras. Colgó del cuello de Aillas un collar de bayas de acebo rojo, luego aplastó una baya con los dedos y le frotó con ella las mejillas y la frente mientras salmodiaba en una lengua incomprensible para Aillas. Concluido el ritual, regresó a las sombras.

Pertane clamó con voz sonora:

-¡Sabed todos que, por las leyes de esta tierra, aquí está el nuevo rey de Ulflandia, y que no haya confusión en este sentido! ¡Heraldos, id por la ciudad y anunciad esta feliz nueva!

Los lacayos, a una señal de Gax, se adelantaron, levantaron la plataforma y se lo llevaron de la sala.

Aillas fue a sentarse en una silla que había sobre la tarima.

-Damas y caballeros, por el momento puedo deciros esto: en Ulflandia del Sur ya hemos mejorado la vida tanto para los nobles como para los plebeyos. Nuestra flota controla el Mar Angosto; los ska, que antes navegaban como piratas, ya no se atreven a dejar sus puertos. En tierra continuaremos con nuestra afortunada táctica; infligiremos bajas a los ska mientras tratamos de sufrir pocas. Ésta es una guerra que no pueden resistir, y tarde o temprano deberán retirarse a la Costa Norte. Luhalcx, me has oído; nuestra estrategia no es un secreto. Nunca has parpadeado al ver sangre ulflandesa. ¡Prepárate para ver el color de la sangre ska! ¿Quieres enviar un gran ejército al sur para tomar mi ciudad, Doun Darric? ¡Hazlo! Hallarás la ciudad vacía, con todas las tropas saqueando tu Costa Norte, para que ni una sola casa ska quede en pie. Luego viraremos al sur y te saldremos al encuentro, y acorralaremos tu ejército tal como los sabuesos hostigan al oso, y muy pocos de vosotros llegaréis de vuelta a Skaghane.

-Un sombrío vaticinio.

-Es sólo el comienzo. Naves de guerra troicinas patrullan ahora el Mar Angosto tan cómodamente como se deslizan por el Lir. Pronto comenzarán las incursiones contra Skaghane: se elevará humo desde esa ciudad, una y otra vez, para vuestra desesperación. ¡Seguid mi consejo y poned fin a vuestras rapiñas!

-Llevaré tu mensaje a mis pares.

-De verdad espero que mis palabras los convenzan. En cuanto a vuestra estancia en Xounges, sentios cómodos. Habéis venido como huéspedes y como tales podéis quedaros. Espero que, cuando describas estos acontecimientos a tus colegas, destaques mi predicción: si no renunciáis a vuestra antigua obsesión, tal como yo renuncié a mi venganza contra ti, conoceréis gran pesadumbre.

-Rey Aillas, estamos acostumbrados a la pesadumbre.

Mirando más allá del duque Luhalcx, Aillas divisó a Tatzel. Miró su rostro pálido, y por un instante deseó cruzar el salón para hablarle. Algunos ska se movieron interponiéndose y no la vio más; Aillas se volvió y decidió que sería mejor ir al dormitorio de Gax para hacer compañía al anciano.

Al llegar a los aposentos reales llamó a la puerta. Rohan le abrió.

-He venido para hacer compañía al rey Gax -dijo Aillas en voz baja-, si no está demasiado cansado después de la ceremonia.

-Alteza, has llegado tarde. El rey Gax no volverá a cansarse; ha muerto.

6

Aillas pasó tres atareados días en Xounges. Participó en la sombría pompa del funeral del rey Gax, con el berrido de los cuernos druidas; reorganizó el sistema de guardias y centinelas, e intentó nombrar virrey a Roban, sin éxito.

-Designa a Pertane para este puesto -propuso Roban-. Ha sido fidelísimo al rey Gax y le gustan los honores y privilegios. También es indeciso y un poco obtuso. Dile, pues, que yo fijaré la política y que él ha de seguir mis instrucciones, lo cual no le molestará.

-En poco tiempo espero apostar tres o cuatro compañías de buenas tropas en Xounges. Como podemos atacar en cualquier parte a lo largo del Skyre, los ska tendrán grandes problemas para defenderse. En esta región se han extendido en exceso; tendrán que comprometer dos o tres batallones para custodiar el Skyre y el río Solander, y tal vez incluso el lago Quyvern, o bien retirarse de la zona, con lo cual la carretera de Poelitetz queda expuesta a nuestros ataques. Si envían sus batallones aquí, se debilitan en otro punto. Por valientes que sean, no pueden defender un territorio tan extenso de un enemigo que no está dispuesto a luchar a su modo.

-Estoy convencido de que tienes razón -dijo Rohan-. Por primera vez en muchos años vislumbro un destello de esperanza para nosotros. Ten la certeza de que en tu ausencia Xounges estará bien custodiada. Más aún, sugiero que envíes aquí una delegación militar para que entrene a nuestros hombres, de modo que puedan ocupar un sitio en tu ejército. Nuestros años de pasividad llegan a su fin.

Por la mañana Aillas zarpó de Xounges. Rodeando la Cabeza de Tawzy, el buque navegó hacia el sur por el Mar Angosto. En el camino sólo se cruzaron con otra nave troicina, pues los ska habían decidido navegar de noche.

Aillas desembarcó en Oáldes, consiguió un caballo y se dirigió deprisa a Doun Darric, donde fue recibido calurosamente por Tristano, Redyard y otros que, después de tres semanas, estaban muy preocupados por su ausencia.

-Les aseguré que estabas a salvo -dijo Tristano-. Tengo cierto instinto para eso, y ese instinto me decía que estabas embarcado en alguna aventura. ¿Estoy en lo cieno?

-¡Claro que sí!

Aillas narró los hechos que lo habían llevado tan lejos, para asombro de su público.

-No podemos igualar tu relato -dijo Tristano-. No ha ocurrido nada digno de mención desde la captura de Suarach. Ahora nos internamos libremente en Ulflandia del Norte, buscando victorias fáciles, pero nos cuesta obtenerlas porque los ska ya no se atreven a salir en partidas pequeñas. -Le entregó un paquete-. Estos son despachos de Dorareis, y en tu ausencia me tomé la libertad de leerlos. Hay uno que me resulta misterioso. Está firmado «S-T», que podría significar Sion-Tansifer, pero el mensaje no es suyo.

-Así es como Yane se mantiene en secreto. Si el despacho es interceptado y despierta sospechas, Sion-Tansifer carga con la culpa.

Leyó el mensaje:

La nave Parsis, procedente de la ciudad de Lyonesse, ha llegado a Domreis. Los pasajeros incluyen a un tal Visbhume, quien parece ser un mago de poca habilidad que trabaja como espía al servicio del rey Casmir. En una ocasión anterior viajó en el Parsis e hizo muchas preguntas sospechosas sobre Dhrun y Glyneth a Ehirme y otros miembros de la familia., acerca de lo cual me han informado sólo recientemente, Visbhume se dirige ahora a la aldea Wysk, cerca de Watershade, donde merodea por el bosque, presuntamente en busca de hierbas raras. Lo mantenemos bajo vigilancia, pero hay algo bajo su máscara y los presagios no son buenos. Desde luego, Casmir está detrás de todo esto, pero ¿quién está detrás de Casmir? Sugiero que vengas a casa, a ser posible en compañía de Shimrod.

S - T

Aillas releyó el despacho frunciendo el ceño.

-¿Has visto a Shimrod? -le preguntó a Tristano.

-Recientemente, no. ¿Esperabas encontrarlo aquí?

-No... parece que debo regresar a Domreis con urgencia. Cuando ladran los perros falderos, puedes ignorarlos. Cuando ladra un viejo sabueso, corres a buscar tus armas.

7

La nave de guerra Pannuc llegó a Dorareis en la mañana de un soleado día de verano y echó amarras al pie de las murallas de Miraldra. Sin esperar la pasarela, Aillas saltó a la costa y corrió al castillo. Encontró al senescal, el caballero Este, dormitando en la cámara que usaba como oficina. El senescal se levantó de un salto.

-Alteza, no teníamos noticias de tu llegada.

-No importa. ¿Dónde está el príncipe Dhrun?

-Se fue hace tres días, alteza: fue a pasar el verano en Watershade.

-¿Y la princesa Glyneth?

-También en Watershade.

-¿Y Yane?

-Está en el castillo, alteza, o tal vez en la ciudad. O quizás en su finca. En realidad, no lo he visto desde ayer.

-Búscalo, por favor, y envíalo a mis aposentos.

Aillas se bañó con jarras de agua templada que le trajeron con celeridad, y se puso ropa limpia. Cuando entró en la sala, Yane ya lo estaba esperando.

-¡Al fin! -lo saludó Yane-. El rey viajero regresa, precedido de sorprendentes rumores.

Aillas rió y abrazó a Yane.

-¡Tengo mucho que contarte! ¿Te sorprendería saber que ahora soy rey de toda Ulflandia, con plena legalidad? Sin duda las reales entrañas de Casmir se revolverán ante la noticia. ¿Qué? ¿No te sorprendes?

-La noticia llegó hace dos días por paloma mensajera.

-¡Tengo otras sorpresas! ¿Recuerdas al duque Luhalcx del castillo Sank?

-Lo recuerdo bien.

-¡Te complacerá saber que le retorcí la nariz del modo más agradable! ¡Cómo lamenta ahora el día en que ofendió a Cargus, Yane y Aillas!

-¡He allí una gran noticia! ¡Cuéntame más!

-Capturé a la dama Tatzel y la llevé por los brezales como mi esclava. Si la hubiera poseído como ella esperaba, me habría odiado como un bruto insolente. Se la devolví a su padre intacta y ahora me odia aún más.

-Tal es la naturaleza de las mujeres.

-Es verdad. Esperaba efusivos agradecimientos, lágrimas de alegría e invitaciones de Tatzel, pero no hubo nada de eso. Sólo una huraña ingratitud. Pero habíame de los presagios y premoniciones que me han traído aquí con tanta urgencia. ¡Por lo visto no tenían fundamento!

-No creas. Nada ha cambiado, y mis presentimientos son aún más negros.

-¿Todo por el brujo Visbhume?

-En efecto. Me inspira profundas sospechas. Es agente de Casmir: de eso no hay duda, aunque nuestros datos conducen a nuevos misterios.

-¿Y cuáles son los datos?

-Tres veces visitó Haidion, donde se le concedieron audiencias inmediatas. Vino a Troicinet a bordo del Parsis, preguntó con gran cautela acerca de Dhrun y Glyneth, y transmitió las noticias a Casmir. Hace poco regresó a bordo del Parsis y en este momento se aloja en una aldea a menos de quince kilómetros de Watershade. ¿Comprendes mis sospechas?

-No sólo las comprendo, sino que las comparto. ¿Todavía está en Wysk?

-Se aloja en El Gato y El Arado. Huelga decir que lo vigilamos. A veces estudia un libro encuadernado en cuero; a veces camina por el bosque en busca de hierbas raras. Las aldeanas tratan de evitarlo; siempre las persigue para que le corten el cabello, le rasquen la espalda, se sienten en sus rodillas y jueguen un juego que él llama «hurones retozones». Cuando no lo acompañan al bosque a buscar hierbas, se enfada.

Aillas suspiró alarmado.

-Mañana debo consultar a mis ministros, o pensarán mal de mí. Luego iré a Watershade... Habiendo magia de por medio, me alegraría ver a Shimrod. Pero no puedo llamarlo cada vez que uno de nosotros tiene un presentimiento. Perdería la paciencia. Bien, ya veremos. Ahora estoy hambriento. La comida del Pannuc es como mucho tolerable. Tal vez en la cocina haya algo sabroso para nuestra cena: un pollo, o jamón con huevos, o nabos con mantequilla y puerros.

Mientras comían, Yane habló de la nave secreta del rey Casmir. Con muchas precauciones habían botado el casco en Blaloc, y según los informes era un buen casco, construido con resistente roble y sólidos clavos de bronce, con obra muerta baja, aparejos latinos que permitían una ágil navegación y troneras para bogar con cuarenta remos cuando reinara la calma.

La nave había sido remolcada con todo sigilo de noche, desde el astillero hasta un atracadero del estuario del Murmeil, donde debían instalarle el velamen. Pero tres naves troicinas la rodearon y cortaron las amarras; el casco bajó a la deriva por el estuario y saltó al mar abierto. Al amanecer, naves troicinas recogieron las amarras y lo remolcaron hacia el sur de Dascinet, hasta una caleta estrecha y profunda donde el casco, con su velamen, pasaría a formar parte de la flota troicina. Yane comentó que Casmir, enfurecido por la pérdida, se había arrancado la mitad del pelo de la barba.

-¡Que Casmir construya buques por docenas! -exclamó Aillas-. ¡Nosotros seguiremos capturándolos hasta que no le quede un solo pelo en la cara!

Mientras Aillas y Yane comían queso y fruta, Dhrun irrumpió en la habitación con ojos desorbitados. Venía fatigado del viaje. Aillas se levantó de un salto.

-¡Dhrun! ¿Qué sucede?

-¡Glyneth ha desaparecido de Watershade! No pude impedirlo. ¡Ocurrió el día anterior a mi llegada!

-¿Cómo desapareció? ¿Alguien se la llevó?

-Fue a pasear por el Bosque Salvaje como hacía a menudo, y no regresó. Nadie está seguro, pero se sospecha que un tal Visbhume es el responsable. Él también desapareció.

Aillas se desplomó en la silla. El mundo, que minutos antes parecía tan hermoso y brillante, se había vuelto gris. Un peso opaco le oprimía el corazón.

-La has buscado, supongo.

-Salí al instante con Noser y Bunce. Siguieron su rastro hasta un claro del bosque donde las huellas desaparecían. Reuní exploradores y cien hombres la buscaron por todas partes. Aún siguen buscando. Partí hacia aquí a pedir ayuda, y no me he detenido en todo el camino salvo para cambiar caballos. Es un gran alivio encontrarte, pues estoy desesperado.

Aillas abrazó a su hijo.

-¡Buen Dhrun, yo mismo no podría haber hecho más ni mejor! Aquí hay magia de por medio, y no podemos hacerle frente.

-¡Pues llamemos a Shimrod!

-¡Eso haremos! ¡Ven!

Fueron al estudio de Aillas. En un taburete había un búho disecado posado sobre un pedestal. Del pico del búho colgaba un cordel azul con una cuenta dorada en la punta.

-¡Ah! -exclamó Aillas-. ¡Shimrod se nos ha adelantado!

Tiró del cordel azul y el búho disecado dijo:

-He ido a Watershade. Reunios conmigo allí.

XIV

1

Llegó el solsticio de verano, una fecha de gran significación para los astrónomos. Las gentiles constelaciones del estío dominaban los cielos nocturnos: Ofiuca, Lira, Cefeo, Deneb el Cisne. Arcturus y Spica, nobles estrellas primaverales, se hundieron en el oeste; en el este despuntó Altair para contemplar a la huraña Amares, allá donde la constelación del Escorpión se esparcía por el sur.

Bajo las frías estrellas, y por todas las Islas Elder, las gentes continuaron con sus menesteres: a veces con alegría, como en la coronación de Aillas por el rey Gax; a veces con furia, como el rey Casmir al enterarse del robo de su barco. En otras partes, los maridos hacían reproches a sus mujeres mientras las mujeres encontraban defectos a sus maridos; en las posadas y tabernas proliferaban los alardes, la gula y las borracheras al son del entrechocar de las jarras, el tintineo de las monedas y el estruendo de las carcajadas. En la Cornamenta de Kernuun, a orillas del lago Quyvern, la codicia estaba encarnada en el posadero Dildahl, y tal vez ésta sea una ocasión apropiada para narrar nuevos episodios relacionados con Dildahl que de lo contrario se perderían en el torrente de acontecimientos mayor.es.

Dos días antes del solsticio, un grupo de druidas acudió a la Cornamenta de Kernuun para almorzar. A pesar de las porciones dobles de buena carne hervida y piernas de cordero, hablaban con vehemente indignación. Dildahl no pudo contener la curiosidad. Hizo preguntas y se enteró de que una banda de renegados sacrílegos había asolado la isla Alziel, quemando el gran cuervo de mimbre y liberando a las víctimas sacrificiales, con lo cual el rito habitual ya no podía llevarse a cabo. Los druidas aseguraban que esa circunstancia se relacionaba con la coronación de un nuevo rey en Xounges, quien había enviado bandas de matones para hostigar y emboscar a los ska.

-¡Ultrajante! -exclamó Dildahl-. Pero si perseguían a los ska, ¿por qué destruyeron el cuervo y arruinaron el rito?

-Sólo cabe pensar que el fetiche personal del nuevo rey es el cuervo. El año que viene construiremos una cabra, y sin duda no tendremos más problemas.

Por la tarde un par de viajeros de mediana edad llegaron a la posada. Dildahl los vio desde la ventana y los juzgó personas de poca importancia, aunque sus atuendos y las medallas de plata de sus sombreros indicaban un decente nivel de prosperidad, y ambos montaban briosos y excelentes caballos.

Ambos se apearon, ataron los caballos y entraron en la posada. Encontraron a Dildahl, el alto e impertérrito posadero, detrás del mostrador del comedor. Pidieron comida y alojamiento para la noche, presentándose como Harbig y Dussel.

Dildahl convino en proveer a sus necesidades de acuerdo con sus deseos. Citando la inalterable regla de la casa, les dio un documento para firmar. Harbig y Dussel, al leerlo, descubrieron la firme estipulación de que si el visitante no pagaba la cuenta debía entregar su caballo, silla y arreos como justa compensación por la deuda.

Harbig, el mayor de los viajeros, se disgustó ante los duros términos del contrato.

-¿No es un poco rudo este lenguaje? A fin de cuentas, somos hombres honrados.

-¿O son tus precios tan altos que uno debe pagar el valor de un caballo por el alojamiento de una noche? -preguntó Dussel.

-¡Comprobadlo vosotros mismos! -declaró Dildahl-. En la pizarra anuncio el menú del día. Esta noche sirvo carne hervida con rábanos y repollo, o, si preferís, un buen plato de pierna de cordero con guisantes y ajo, o una sabrosa sopa de lentejas. Los precios están indicados con claridad.

Harbig examinó la pizarra.

-Los precios parecen altos pero no excesivos -declaró-. Si las porciones son de tamaño satisfactorio, y el ajo no se arruina con la cocción, no recibirás quejas al respecto. Dussel, ¿estás de acuerdo?

-En todo salvo en una cosa -dijo Dussel, un individuo corpulento de cara redonda-. Debemos saber cuánto se nos cobra por el alojamiento.

-En efecto. ¡Una sabia precaución! Posadero, ¿cuánto cobras por el alojamiento, en total, incluyendo todos los servicios adicionales, impuestos, tarifas por el agua, la calefacción, la limpieza y la ventilación, y con libre acceso a la letrina?

Dildahl citó precios para las diversas calidades de alojamiento, y los dos viajeros eligieron una habitación con tarifas y comodidades que les convenían.

-Pues bien -concluyó Dildahl-. Todo está en orden, excepto que no habéis firmado los documentos. Aquí y aquí, por favor.

Harbig aún se resistía.

-Todo parece estar bien, ¿pero por qué hemos de someter a nuestros pobres caballos a la vergonzosa situación de objetos embargados? Me causa cierto reparo.

Dussel asintió manifestando su acuerdo.

-Esto pone nervioso al viajero.

-¡Aja! -exclamó Dildahl-. ¡No imagináis las arteras y delictivas tretas que debe soportar un pobre posadero! Nunca olvidaré a una joven pareja, de apariencia inocente, que bajó de las Gradas y me pidió lo mejor. Los traté con amabilidad y les serví cuanto pidieron, de tal modo que toda la cocina estaba alborotada preparando platos especiales y buenos vinos. Por la mañana, cuando les presenté mi modesta cuenta, adujeron indigencia. «¡No tenemos dinero!», me dijeron, alegres como alondras. «¡Pues me temo que deberé quedarme con vuestros caballos!», les dije. Rieron de nuevo. «¡No tenemos caballos! ¡Los cambiamos por una embarcación!» Ese día aprendí una amarga y costosa lección. Ahora custodio mi aval en mi propio establo.

-Una triste historia -comentó Dussel-. Bien, Harbig, ¿qué dices de este papel? ¿Lo firmamos?

-¿Qué daño nos puede causar? -preguntó Harbig-. Los precios parecen razonables y no somos menesterosos ni gente que se fuga sin pagar.

-Sea -aceptó Dussel-. Sin embargo, debo añadir una cláusula. Posadero, escribo: «Mi caballo es extremadamente valioso y debe recibir excelentes cuidados.» -¡Buena idea! -exclamó Harbig-. Yo escribiré lo mismo... ¡Eso es! ¡Y esta noche olvidaré la prudencia! ¡Aunque cueste un penique o más, juro que disfrutaré de la carne hervida de Dildahl, con salsa de rábanos y buen pan con mantequilla!

-¡Comparto tu opinión! -declaró Dussel.

A la hora de la cena, Harbig y Dussel bajaron al comedor y se sentaron a una mesa. Cuando Dildahl fue a atenderlos, ambos pidieron una suculenta porción de carne hervida. Dildahl les comunicó compungido que la carne se había quemado en la olla y la habían arrojado a los perros.

-Pero puedo ofrecer un magnífico pescado. ¡En realidad, el pescado es nuestra especialidad!

-¡Creo que, en lugar de esa sabrosa carne, me conformaré con pierna de cordero, y que no se escatime el ajo!

-¡Lo mismo para mí! -declaró Dussel-. ¿Y por qué no bebemos una botella de vino tinto, bueno pero económico?

-¡Perfecto! -declaró Harbig-. Dussel, eres hombre de gustos exquisitos.

-¡Caramba! -suspiró Dildahl-. Al mediodía llegaron seis druidas y todos comieron cordero en abundancia, y esta noche el ayudante de cocina cenó las sobras. Pero no importa. Os puedo ofrecer un suculento pastel de colas de cangrejo, o un par de truchas pardas siseando en mantequilla y vinagre.

Harbig examinó la pizarra.

-No figuran en el menú. ¿Cómo son los precios? Han de ser bajos, pues tienes el lago a tu puerta.

-¡Tratándose de pescado, somos insuperables! ¿Qué pensáis de dos docenas de sardinas, con limones y acedera?

-¡Delicioso, sin duda! Pero ¿cuánto valdrán?

-Oh... bien, no estoy seguro. Varía con la pesca.

Harbig miró dubitativamente el menú.

-La sopa de lentejas podría ser sabrosa.

-No hay más sopa -respondió Dildahl-. ¿Qué os parece unas espléndidas huevas de salmón, con alcaparras y mantequilla, con una ensalada de berro y perejil?

-¿Y el precio?

Dildahl le quitó importancia con un gesto.

-Podría ser más o podría ser menos.

-Me agradan las huevas de salmón -dijo Dussel-. Ésa será mi cena.

-Yo comeré trucha -decidió Harbig-. Sirve también ensaladas.

Dildahl se inclinó y se frotó las manos.

-De acuerdo.

Les sirvieron el pescado y lo comieron con fruición, acompañándolo con dos botellas de vino. Luego se fueron a acostar.

Por la mañana Dildahl les sirvió un desayuno de potaje con cuajada. Harbig y Dussel comieron animosamente y se dispusieron a pagar. Dildahl trajo las cuentas con una sonrisa huraña.

-¿Leo correctamente? -exclamó el asombrado Harbig-. ¿O están las cifras al revés? ¡Mi cuenta suma diecinueve florines de plata y nueve peniques!

Dussel también estaba confuso.

-Por un plato de huevas acostumbro pagar unas monedas, a lo sumo un penique rojo. ¡Aquí me pides veintiún florines de plata! Harbig, ¿estamos despiertos? ¿O todavía dormimos y soñamos con el país del nunca jamás?

-Estáis despiertos y los precios son reales -replicó lacónicamente Dildahl-. En la Cornamenta de Kernuun el pescado es muy caro, pues se prepara con recetas secretas.

-Ya -comentó Harbig-. Si hemos de pagar, pagaremos.

Los dos viajeros abrieron sus talegos de mal talante y pagaron las monedas de plata que indicaba la cuenta.

-Ahora, tráenos los caballos -dijo Harbig-. Tenemos prisa y queremos reanudar la marcha.

-¡Al instante!

Dildahl dio una orden al ayudante de cocina, quien fue corriendo al establo. Regresó corriendo aún más deprisa.

-¡Señor, alguien ha entrado en el establo! ¡La puerta está rota y los caballos se han ido!

-¿Qué? -exclamó Harbig-. ¿Oigo bien? ¿Mi gran campeón Nebo, que vale cien piezas de oro, o aun doscientas?

-¿Y mi magnífico corcel de Marruecos, que me costó cien coronas de oro, pero que no vendería ni por trescientas? -exclamó alarmado Dussel.

-Dildahl -dijo severamente Harbig-, tu broma ha ido demasiado lejos. Trae nuestros caballos ahora mismo, o páganos su valor. ¡Y, por cierto, eran caballos preciosos! ¡Por Nebo exijo doscientas coronas de oro!

Dussel afirmó que su pérdida era aún mayor.

-¡Mi Ponzante no vale menos de doscientas cincuenta coronas de oro!

Dildahl al fin logró hablar.

-¡Estos precios son ultrajantes! ¡Por una sola corona de oro puedo comprar el mejor de los corceles!

-¡Ah, pero nuestros caballos son como tu pescado! ¡Paga al instante cuatrocientas cincuenta coronas de oro!

-¡No podéis exigirme esta locura! -declaró Dildahl-. ¡Idos de aquí, o los palafreneros os darán una tunda y os arrojarán al lago!

-¿Por qué no miras hacia el camino? -señaló Harbig-. Verás un campamento de veinte soldados del ejército de Aillas, rey de Ulflandia. Páganos los caballos robados, o prepárate a bailar en la horca real.

Dildahl corrió a la puerta boquiabierto y vio el campamento. Se volvió lentamente hacia Harbig.

-¿Por qué han venido estos soldados al lago Quyvern?

-Primero, para atacar a los ska y echarlos de la región. Segundo, para quemar el cuervo de mimbre y liberar a los cautivos de los druidas. Tercero, para investigar rumores de

villanía en la Cornamenta de Kernuum, y para colgar al posadero si las acusaciones son fundamentadas.

-Una vez más -insistió severamente Dussel-, paga por nuestros caballos o pediremos la protección del rey.

-¡Pero no tengo tal suma! -exclamó Dildahl-. Os devolveré vuestros florines. Eso bastará.

-¡No es suficiente! Reclamamos la posada, tal como tú reclamas los caballos de tus huéspedes, «en justa compensación». ¡Dussel, al fin se cumplen tus sueños! ¡Eres dueño de una magnífica posada en el campo! Como primera medida, confisquemos las monedas de ese cajón y el oro del cofre de Dildahl.

-¡No, no, no! -exclamó Dildahl-. ¡Mi precioso oro no!

Dussel ignoró las protestas.

-Dildahl, muéstrame el cofre. Luego debes irte, y deprisa. Te dejaremos la ropa que llevas puesta.

Dildahl no se resignaba a su destino.

-¡Este vuelco de la suerte es increíble!

Harbig enarcó las cejas.

-¿No habrás creído que podías robar a tus huéspedes eternamente?

-¡Es un error! ¡Alguien tiene que escuchar mis ruegos!

-Agradece que tratas con nosotros -amenazó Harbig-, y no con el sargento de aquel pelotón, quien ya ha escogido un árbol y medido una cuerda.

-Detecto extrañas coincidencias -gruñó Dildahl-. ¿Cómo sabéis tanto sobre esa tropa?

-Soy el capitán. Dussel, si quieres saberlo, ha sido cocinero principal de Jehaundel, pero muerto el rey Gax ya no se requieren sus servicios, y siempre ha deseado tener una posada. Dussel, ¿digo la verdad?

-¡Absolutamente! Bien, Dildahl, muéstrame el cofre y lárgate.

-¡Piedad! -gimió Dildahl-. ¡Mi mujer tiene problemas en las piernas y no puede caminar! ¡Sus venas sobresalen como serpientes rojas! ¿Hemos de arrastrarnos en el polvo?

Harbig le habló a Dussel:

-Dildahl parece hábil en la cocina, y tiene buena mano para el pescado. ¿Por qué no conservarlo como pinche y ayudante del cocinero, mientras su esposa ordeña las vacas, prepara queso y mantequilla, siembra nabos, zanahorias y puerros, y trabaja el suelo, siempre de rodillas, por consideración a sus piernas? Todo por misericordia del rey Aillas, desde luego.

-¿Qué dices, Dildahl? -preguntó Dussel-. ¿Me servirás fielmente, sin quejas ni vacilaciones?

Dildahl miró al cielo y apretó los puños.

-Si he de hacerlo, lo haré.

-Muy bien. Primero, indícame dónde está tu cofre... o, mejor dicho, mi cofre.

-Está bajo la losa de mi cuarto.

-Que ahora es mío. Debes mudarte en seguida. ¡Luego friega este suelo hasta que cada plancha reluzca! No deseo ver mugre ni suciedad en el suelo de la Posada de la Costa, que sin duda se convertirá en rústico refugio para la nobleza de Xounges.

2

En el Rincón de Twitten, en el Bosque de Tantrevalles, se celebraban todos los años tres ferias, a las cuales acudían mercaderes y compradores de toda Elder, tanto humanos como semihumanos, todos esperando descubrir un maravilloso amuleto, joya o elixir para mejorar su vida o engordar su billetera.

La primera y la última de estas Ferias de los Duendes, como se las llamaba, marcaban respectivamente el equinoccio de primavera y el de otoño. La segunda feria empezaba la noche que los druidas conocían como Pignal aan Haag, las hadas del Bosque de Tantrevalles como Summersthawn y los archivistas ska como Soltra Nurre, en el idioma de la Noruega primigenia: una fecha que marcaba el inicio del año lunar, definido como la noche de la primera luna nueva después del solsticio de verano. Por alguna razón, esa noche había llegado a ser un momento en que entidades que despertaban a la conciencia ejercían influencias inusitadas y presiones indetectables. Los que recorrían lugares altos a menudo creían oír el eco de voces ventosas y el galope de caballos lejanos.

En la posada conocida como El Sol Risueño y La Luna Plañidera, cerca del Rincón de Twitten, la noche era conocida como Freamas, y marcaba un período de incesante trabajo para Hockshank, el posadero. Aun antes de Freamas, la posada se llenaba de viajeros de toda clase que se mezclaban en despreocupada camaradería para vender, comprar, cambiar, o sólo para observar y escuchar, quizá para buscar un amigo perdido o un enemigo evasivo, o bien para recuperar un objeto que les habían robado; los propósitos eran tan dispares como las gentes mismas.

Entre estos viajeros estaba Melancthe, quien había llegado temprano para ocupar el aposento reservado para ella.

Para Melancthe la feria significaba un descanso en su introspección, una ocasión donde su presencia despertaba escasa atención y menos curiosidad. Hockshank, el posadero, trataba a sus parroquianos sin remilgos, siempre que pagaran en dinero contante y sonante, no fastidiaran y no despidieran olores pestilentes, desagradables ni excesivos. En su comedor había una amplia variedad de semihumanos e híbridos, personajes inusitados y extravagantes, así como personas de apariencia común, como Melancthe.

Tras llegar un día antes de Freamas, Melancthe fue a observar cómo levantaban los puestos en la periferia del prado. Muchos mercaderes ya mostraban sus mercancías con la esperanza de atraer a los visitantes de pocos recursos antes de que gastaran su dinero en otra parte.

Melancthe paseó de puesto en puesto, escuchando en silencio las llamadas de los buhoneros, sonriendo suavemente cuando veía algo que le atraía. En el borde este del prado encontró un letrero pintado de verde, amarillo y blanco:

AQUÍ SE ENCUENTRA
EL NOTABLE Y SINGULAR
ZUCK

VENDEDOR DE OBJETOS ÚNICOS BAJO EL FIRMAMENTO
MIS PRECIOS SON JUSTOS Y MIS MERCANCÍAS ESPECIALES
¡NO HAY GARANTÍAS NI DEVOLUCIÓN NI REEMBOLSOS!

Zuck estaba detrás del mostrador de su puesto: una persona baja y rechoncha de cara redonda y calva incipiente, con una expresión de inquisitiva candidez. La nariz pequeña y los redondos ojos color ciruela pintados en las comisuras, así como la tez cetrina, insinuaban que por sus venas corría sangre semihumana.

Zuck vendía regularmente en la feria, y se especializaba en materiales mágicos, las substancias que solían componer las pociones y elixires. Hoy sus mercancías incluían una novedad. Entre recipientes de bronce y cubos de goma, había una flor expuesta en un florero negro.

La flor llamó la atención de Melancthe, pues era notable tanto por su raro aspecto como por los colores, tan vividos e intensos que parecían casi palpables: negro brillante, púrpura, azul escarchado y rojo carmín.

Melancthe no podía apartar la mirada de la flor.

-Zuck, buen Zuck, ¿qué flor es ésa? -preguntó.

-Adorable dama, no lo sé. Un individuo del bosque me trajo este único ejemplar para que yo sondeara el mercado.

-¿Quién es ese maravilloso jardinero?

Zuck se apoyó el dedo en la mejilla y le mostró a Melancthe una sonrisa cómplice.

-Es un falloy de temperamento reservado. Insiste en guardar el anonimato, para no sufrir largas discusiones teóricas ni sigilosos intentos de aprender su secreto.

-Entonces, las flores deben crecer cerca de aquí, en el bosque.

-En efecto. Las flores son escasas y cada una supera a la anterior.

-Entonces, ¿has visto otras?

Zuck parpadeó.

-En realidad, no. El falloy tiene grandes dotes para la hipérbole, y para colmo es avaro. Sin embargo, he insistido en poner precios moderados para proteger mi reputación.

-Debo comprar esta flor. ¿Cuánto pides por ella?

Zuck alzó los ojos al cielo.

-El día casi ha terminado, y me gusta finalizar con una venta fácil, como buen augurio para el día siguiente. Para ti, adorable dama, el precio será casi insignificante: cinco coronas de oro.

Melancthe miró a Zuck con inocente sorpresa.

-¿Tanto oro por una sola flor?

-Bah, ¿te parece mucho? En tal caso, llévatela por tres coronas, pues tengo prisa por cerrar mi puesto.

-Zuck, querido Zuck: rara vez llevo monedas de oro.

-¿Y qué monedas llevas? -preguntó Zuck con mal ceño.

-¡Mira! ¡Un bonito florín de plata! Para ti, buen Zuck, sólo para ti, y yo me llevaré la flor.

Melancthe estiró el brazo y cogió la flor. Zuck miró la moneda dubitativamente.

-Si esto es para mí, ¿qué queda para el falloy?

Melancthe se llevó la flor a la nariz y besó los pétalos.

-Le pagaremos cuando traiga más flores. ¡Las quiero todas!

-Es mal modo de hacer negocios -gruñó Zuck-. Pero supongo que te has salido con la tuya.

-¡Gracias, querido Zuck! La flor es magnífica, y también el perfume. ¡Su aroma llega desde las márgenes del paraíso!

-En fin -suspiró Zuck-. Hay gustos para todo, yo sólo huelo cierta pestilencia.

-Es un olor complejo -explicó Melancthe-. Abre las puertas de estancias donde nunca he estado antes.

-Indudablemente, un capullo que despierta tales sensaciones vale más de una pieza de plata -reflexionó Zuck.

-Pues aquí tienes otra, para garantizar mi interés. ¡Recuerda: debes venderme las flores únicamente a mí!

Zuck hizo una reverencia.

-Ya, pero debes estar dispuesta a pagar un precio justo.

-No te defraudaré. ¿Cuándo regresa el jardinero?

-De eso no puedo estar seguro; a fin de cuentas, es un falloy.

3

Cuando anocheció en el prado, Melancthe regresó a la posada, y pronto se presentó en el comedor. Fue a una mesa en las sombras. Para cenar le sirvieron una olla donde burbujeaba un guiso de liebre, setas, perejil y vino, con una hogaza de pan fresco, una conserva de grosellas silvestres y una jarra de vino de grosellas. Una mota de polvo cayó en el vino, donde formó una burbuja.

Melancthe se puso en tensión.

De la burbuja salió una voz pequeña, tan tenue y baja que Melancthe se inclinó para oírla.

El mensaje era breve; Melancthe se reclinó, torciendo la boca con fastidio. Quebró la burbuja tocándola con el índice.

-Una vez más -murmuró-, una vez más debo usar mi purpúreo fuego para entibiar este helado y verde monumento al decoro. Pero no tengo por qué mezclar uno con el otro... a menos que quiera hacerlo.

Contempló la flor e inhaló su perfume mientras en la lejana Trilda, Shimrod, que estudiaba una antigua carpeta en su taller, sufría un repentino espasmo de inquietud.

Shimrod dejó la carpeta a un lado y se levantó despacio. Cerró los ojos, y en su mente surgió la imagen de Melancthe, como si flotara en aguas negras, desnuda y relajada, el cabello ondeante.

Shimrod miró a su alrededor con el ceño fruncido. En un nivel básico y elemental, la imagen resultaba estimulante; en otro nivel, sólo suscitaba escepticismo.

Reflexionó en el silencio de su taller, y al fin extendió la mano y tocó una campanilla de plata.

-¡Habla! -dijo una voz.

-Melancthe ha venido flotando por una corriente oscura hasta penetrar en mi mente -dijo Shimrod-. Llevaba un atuendo mínimo, es decir, ninguno. Interrumpió mis estudios y puso en movimiento mi sangre, luego partió con fría insolencia. No se habría molestado si no abrigara algún propósito.

-En tal caso, descubre ese propósito. Entonces sabremos cómo responder.

-Esta noche es Freamas -dijo Shimrod-. Ella estará en Rincón de Twitten.

-Pues ve a Rincón de Twitten.

-Así lo haré.

Shimrod llevó otros libros y carpetas a su mesa y a la luz de una vela de sebo hojeó los gruesos pergaminos hasta que encontró el texto que buscaba. Leyó concentradamente, memorizando las ásperas sílabas, mientras una polilla revoloteaba alrededor de la llama y al fin moría formando un montoncillo de polvo.

Shimrod guardó varios objetos en un zurrón. Estaba preparado. Salió al camino, pronunció unas palabras, cerró los ojos y retrocedió tres pasos. Cuando abrió los ojos estaba delante del alto poste de hierro que marcaba el Rincón de Twitten, en el corazón mismo del Bosque de Tantrevalles. Había anochecido; tenues estrellas blancas brillaban a través del follaje. Cincuenta metros al este, una alegre luz amarilla se derramaba por las ventanas de la posada El Sol Risueño y La Luna Plañidera. Shimrod caminó en esa dirección.

La puerta con remaches de hierro estaba abierta de par en par para dejar entrar el aire de la noche. A un lado estaba Hockshank, detrás del mostrador, trinchando un anca de venado; al otro extremo había mesas, bancos y sillas, todo lleno a rebosar. En un rincón sombreado, Shimrod descubrió la serena figura de Melancthe, en apariencia absorta en los reflejos de la superficie del vino, e indiferente a la presencia de Shimrod.

Shimrod se acercó al mostrador.

Hockshank lo miró por el rabillo de sus ojos dorados; por las venas de Hockshank corría sangre de semihumano. Su cabello era una pelambrera del color de la paja mustia; andaba un poco encorvado, y en los pies, cubiertos de vello gris amarillento, tenía pequeñas garras negras en vez de uñas.

-Me parece que le conozco -dijo Hockshank-, pero no tengo memoria para los nombres. De cualquier modo, si buscas alojamiento, todo está ocupado.

-Soy Shimrod de Trilda. En el pasado, merced a una atenta reflexión, o mejor dicho, alojando a ciertos huéspedes tuyos en el establo, descubrimos una cámara que convenía a mi comodidad y a tu provecho, y ambos quedamos satisfechos con la transacción.

-Shimrod, te recuerdo -dijo Hockshank sin interrumpir su trabajo-, pero esta noche el establo está lleno. No podría ofrecerte un cuarto aunque me dieras un saco de oro.

-¿Un saco pequeño o un saco grande?

-Esta noche con cualquiera de los dos sólo conseguirías un banco en el comedor, pero nada más. Hay clientes por todas partes; ya he llegado a ciertas difíciles soluciones de compromiso. -Hockshank señaló con el cuchillo-. ¿Ves esa mesa con las tres corpulentas matronas de semblante adusto?

Shimrod se volvió para mirar.

-Tienen un aspecto impresionante.

-En efecto. Son vírgenes sagradas del Templo de Dis, en Dahaut. Les he asignado un dormitorio de seis camas, junto con aquellos tres caballeros con las hojas de parra en el pelo. Espero que concilien sus diferencias filosóficas sin molestarse mutuamente en la posada.

-¿Qué dices de la dama que está sentada a solas en el rincón?

Hockshank miró hacia el rincón.

-Es Melancthe, la semibruja, y ocupa los aposentos que hay detrás de la Puerta de los Dos Lagartos Verdes.

-Quizá puedas inducirla a compartir sus aposentos conmigo.

Hockshank dejó de trinchar.

-Si todo fuera tan fácil, yo mismo estaría con ella, y tú pasarías la noche con la señora Hockshank.

Shimrod se situó en una mesa en el extremo de la habitación, donde cenó venado con grosellas y cebada.

Al fin Melancthe se dignó reparar en su presencia. Cruzó el comedor y se sentó al lado de Shimrod.

-¡Siempre te he considerado un parangón de galantería! -dijo en voz baja-. ¿Tanto me equivoco al juzgar?

-La mayoría de las veces sí. ¿En qué falla mi galantería?

-Dado que fui yo quien te llamó, podrías haber venido a mi mesa.

Shimrod asintió.

-Lo que dices es válido en general. Pero en el pasado te he encontrado imprevisible, y a veces mordaz en tus recriminaciones. Es uno de tus defectos. Dudé en revelar públicamente que nos conocíamos para no avergonzarte. Por tanto, esperaba tu señal.

-¡El púdico y modesto Shimrod! ¡Yo tenía razón, después de todo! ¡Tu caballerosidad es irreprochable!

-Gracias. -Shimrod se inclinó-. Además, quería cenar antes de que dijeras algo que arruinara mi apetito.

-¿Estás ya satisfecho?

-He cenado bien, aunque el venado era algo duro. Y mientras tanto, tú has podido decidir qué deseabas decirme.

Melancthe le sonrió a la flor que tenía entre los dedos.

-Quizá no tenga nada que decirte.

-Entonces, ¿por qué me llamaste con una señal tan explícita? A menos que en este momento haya ladrones saqueando Trilda.

Melancthe dejó de sonreír mientras hacía girar la flor entre los dedos.

-Quizá sólo deseaba que me vieran en compañía del famoso Shimrod, para aumentar mi reputación.

-¡Bah! Nadie me conoce aquí, excepto Hockshank.

Melancthe miró alrededor.

-Por cierto, nadie parece haberse fijado en ti. La razón es simple: tu modestia. Los dramáticos disfraces de Tamurello suelen ser contraproducentes. Tú eres más listo; te ocultas bajo una forma que te da grandes ventajas.

-¿De veras? -preguntó el sorprendido Shimrod-. ¿Por qué?

Melancthe estudió a Shimrod con ojos entornados, ladeando la cabeza.

-¡Simulas de modo convincente al hombre universal! Llevas el cabello cortado al estilo campesino, y tiene el color del heno mustio. Tu cara es angulosa y enjuta, pero compensas la austeridad de tus rasgos con bromas de rústico que tranquilizan a todos. Llevas lo que parece un chaquetón de campesino, y cenas con los codos en alto, exhibiendo el apetito de alguien que ha trabajado largas horas entre los nabos. Todos estos detalles constituyen una gran ventaja, como bien sabes. Ningún adversario podría asociar lo que parece un patán flaco y asombrado con el peligroso y distinguido Shimrod. Es un disfraz astuto.

-Gracias -sonrió Shimrod-. Tus cumplidos son poco habituales, y los acepto con placer... ¡Muchacho, trae más vino!

Melancthe olió la flor.

-¿Hockshank te ha encontrado alojamiento para esta noche?

-Me ha ofrecido un banco en el comedor. Quizá consiga algo mejor.

-Quién sabe -murmuró Melancthe.

El muchacho trajo vino en una jarra de porcelana gris decorada con aves azules y verdes, y un par de macizas copas de porcelana. Shimrod llenó ambas copas.

-Bien, me has llamado. Me has tildado de rústico y palurdo. Me has distraído de mi trabajo. ¿Tu señal tenía algún otro propósito?

Melancthe se encogió de hombros. Esa noche llevaba una túnica parda que le daba una apariencia infantil.

-Quizá te llamé porque me siento sola.

Shimrod enarcó las cejas.

-¿Entre estas extrañas gentes? Son de tu calaña. Son los que cantan contigo en las rocas.

-En realidad, Shimrod, quería pedirte tu opinión sobre mi flor. -Le mostró el capullo; los pétalos, negros, purpúreos, azules y rojos, parecían tan lozanos como si la flor estuviera recién cortada-. ¡Huele! El aroma es único.

Shimrod olisqueó y miró la flor con desconfianza.

-Desde luego, es vivida, y los pétalos tienen una bonita forma. Nunca he visto ninguna semejante.

-¿Y el perfume?

-Me resulta un poco denso. Me recuerda... -Shimrod calló y se frotó la barbilla.

-Una extraña imagen me ha venido a la mente: una escena de flores en guerra y una gran carnicería. Flores con brazos y piernas verdes yacían muertas o gravemente heridas; otras, con orgullo y crueldad, remataban a las vencidas, y el campo de batalla despedía el olor de tu flor.

-¡Qué manera tan compleja y sutil de describir un aroma!

-Tal vez. ¿Dónde has encontrado esta flor?

-En el puesto del mercader Zuck, quien se niega a contarme nada acerca de su origen.

Shimrod bebió más vino.

-Hemos hablado de mi disfraz y de tu flor. ¿Qué otros temas te interesan?

Melancthe sacudió la cabeza con tristeza.

-Cuando nos conocimos, actuabas sin desconfianza. Ahora me observas con cinismo.

-Soy más viejo -respondió Shimrod-. ¿No es el curso natural de la vida? Cuando por primera vez me conocí a mí mismo como Shimrod, sentí una euforia indescriptible. Murgen desesperó de mí, y ni siquiera quería oír mi voz. No me importaba. Retocé como un ternero joven, y recorrí el mundo con una nueva aventura en cada recodo.

-Aja, esta noche afloran tus secretos. ¿Incluyen una esposa de esa época de frenesí, junto con gran cantidad de hijos?

Shimrod rió.

-No hay ninguna esposa. En cuanto a los hijos, ¿quién sabe la verdad? Disfruté de una vida de vagabundeos. Era libre como un pájaro, y demasiado susceptible a los encantos de seductoras doncellas, fueran hadas, falloys o humanas. Si engendré hijos, desconozco cuántos son y cómo les va. A veces me lo pregunto, pero entonces no pensaba en estas cosas. Todo pertenece al pasado. Esta noche tienes al nuevo Shimrod, templado y prudente, con su disfraz de campesino. ¿Cómo anda tu vida?

Melancthe suspiró.

-Tamurello ha regresado del monte Khambaste y el aire está impregnado de intrigas y rumores que quizá te interesen.

-Estoy dispuesto a escuchar.

Melancthe estudió la flor como si la viera por primera vez.

-Presto poca atención. En ocasiones oigo un nombre que reconozco. Entonces escucho. Por ejemplo, ¿conoces al mago Visbhume?

-No conozco el nombre. ¿Qué pasa con el tal Visbhume? ¿Por qué lo mencionas?

-Por nada en particular. Al parecer fue aprendiz de un tal Hipólito, que ahora está muerto.

-He oído hablar de Hipólito. Vivía al norte de Dahaut.

-Visbhume fue a ver a Tamurello con un plan descabellado, y Tamurello lo echó con cajas destempladas. -Y Melancthe añadió púdicamente-: Visbhume carece de principios.

-¿Por qué lo dices?

-Oh... por nada en concreto. Al carecer del respaldo de Tamurello, se declaró dispuesto a servir al rey Casmir de Lyonesse. Se proponen atacar al rey Aillas de Troicinet.

Shimrod fingió desinterés.

-Aja, ¿y cuáles son sus intenciones?

-He oído que piensa usar a la princesa Glyneth en sus planes... Pareces alarmado ante este pequeño rumor.

-¿De veras? Confieso mi afecto por la princesa Glyneth. Haría lo posible para protegerla de todo mal.

Melancthe se retrepó en la silla y sorbió vino con aire pensativo. Luego habló con voz suave y uniforme, aunque un oído sutil habría captado matices de burla y fastidio.

-Es asombroso. Las castas y pequeñas vírgenes como Glyneth pueden suscitar una extravagante galantería, mientras que personas de igual mérito, tal vez aquejadas por la gota o una marca de viruela, pueden sufrir en una zanja sin que nadie les preste atención.

Shimrod soltó una risa melancólica.

-¡Es verdad! La explicación reside en sueños y conceptos ideales mucho más poderosos que la justicia, la verdad y la misericordia. Pero no es así en el caso de Glyneth. Ella rebosa de bondad, y jamás ignoraría a los que sufren en una zanja. Siempre está alegre; es limpia y fresca como la luz del sol; su mera existencia trae placer al mundo.

Melancthe pareció disgustada por los halagos de Shimrod.

-En Shimrod tiene un dedicado paladín. Ignoraba tu devoción.

-La conozco bien, y la amo como si fuera mi propia hija.

Melancthe se puso de pie, abriendo la boca.

-Lo había olvidado: el tema me aburre.

Shimrod también se levantó.

-Melancthe, ¿te retiras a tu cuarto?

-Sí, en el comedor hay demasiado ruido. Si lo deseas, puedes venir conmigo.

-A falta de mejor alternativa, acepto.

Shimrod cogió el brazo de Melancthe y ambos se retiraron a los aposentos que había detrás de la Puerta de los Dos Lagartos Verdes.

Shimrod encendió los candelabros de la mesa. Melancthe, de pie en el centro del cuarto, se colocó la flor en el cabello sin dejar de mirar a Shimrod. Se quitó la túnica y quedó desnuda a la luz de las velas.

-Shimrod, ¿me encuentras hermosa?

-¡Sin duda! Pero deja esa flor, que me distrae.

Melancthe torció el gesto.

-¡Pero me gusta! Shimrod, ven a besarme.

-¡Deja esa flor! ¡La encuentro repelente!

-Como prefieras. -Melancthe arrojó la flor a la mesa-. ¿Me besarás ahora?

-Haré más que eso -replicó Shimrod, y así transcurrieron las primeras horas de la noche.

A medianoche, cuando los dos yacían abrazados, Shimrod dijo:

-Tengo la extraña sensación de que ibas a contarme algo más sobre el mago Visbhume.

-Sí, en efecto.

-¿Y por qué no lo hiciste?

-Temía que te exaltaras y realizaras algún acto precipitado e innecesario.

-¿Qué clase de acto?

-Nada puedes hacer ahora. Visbhume ya ha ido a Watershade y se ha marchado a uno de sus escondrijos: un sitio conocido como Tanjecterly.

Shimrod sintió un escalofrío.

-¿Y se llevó a Glyneth?

-Eso dicen. Pero nada puedes hacer para impedirlo. Ya está hecho.

-¿Por qué hizo Visbhume tal cosa?

-Por orden de Casmir. Además, si hemos de creer a Tamurello, Visbhume disfruta llevando a cabo proyectos de ese tipo.

-Pues acaba de acortar su vida -masculló Shimrod.

Melancthe lo abrazó.

-Me gustas más cuando eres así.

Shimrod la apartó.

-Deberías habérmelo contado en seguida, ya que igualmente pensabas hacerlo.

-¡Ah Shimrod! Debes recordar que me despiertas sentimientos contradictorios. Estoy cómoda contigo, e incluso me siento feliz, pero pronto descubro que deseo herirte e infligirte todos los dolores posibles.

-Por suerte para ti, no tengo deseos similares, aunque los provocas.

Shimrod se vistió.

-Es exactamente lo que me temía -dijo Melancthe-. El imprudente Shimrod se dirige enseguida a Tanjecterly para rescatar a la delicada Glyneth.

-¿Dónde está Tanjecterly? ¿Cómo se llega allí?

-La ruta está detallada en un rarísimo libro que Visbhume le robó a Hipólito.

-¿Y el nombre del libro?

-El Almanaque de Twitten, o algo parecido... ¡Shimrod! ¿De verdad te marchas?

La única respuesta fue el ruido de la puerta al cerrarse detrás de Shimrod. Melancthe se encogió de hombros y se durmió.

Por la mañana Melancthe fue con gran ansiedad al puesto de Zuck, el mercader, donde sufrió una nueva decepción.

-He hablado con el falloy -dijo Zuck-. No habrá más flores en esta feria; las plantas dieron ese único capullo. Habrá más en otoño, pues los brotes ya están creciendo, y el falloy dice que debes traer oro, pues la plata no es suficiente para mercancías tan valiosas.

-Zuck -urgió la jadeante Melancthe-, vendré en otoño, y debes reservar esas flores sólo para mí. ¿De acuerdo?

-Siempre que pagues en oro.

-Eso no será un problema.

4

De vuelta en Trilda, Shimrod se dirigió de inmediato al taller. En el índice Pantológico descubrió una referencia a Tanjecterly:

La fuente de información relacionada con Tanjecterly se encuentra en el rarísimo y dudoso Almanaque de Twitten. Tanjecterly se describe como un conjunto o ciclo de diez mundos superpuestos, incluido el nuestro. Las interconexiones son difíciles de encontrar y fugaces por naturaleza.

Según Twitten, Tanjecterly, similar en ciertos aspectos a nuestro mundo, es muy diferente en otros. Se dice que hay diversos habitantes, entre ellos tribus de gentes de apariencia humana, y otras de muy escasa similitud. Se describe el ambiente de Tanjecterly como peligroso, e incluso letal para las personas que viajan hacia allí sin adaptaciones previas. Es posible que Tanjecterly sea sólo una de las ociosas fábulas de Twitten; sus caprichos y travesuras están bien documentados en otras partes. Por lo demás, se dice que el Almanaque es una obra de gran complejidad y coherencia interna, lo cual parece darle credibilidad.

Shimrod tocó la campanilla de plata.

-Shimrod, trabajas hasta tarde -rezongó una voz.

-Melancthe la bruja me citó en El Sol Risueño y La Luna Plañidera, y pensé que tendría ciertas noticias. Las tenía, pero se tomó su tiempo para revelarlas.

«Mencionó a un mago menor llamado Visbhume, ex aprendiz de Hipólito. Visbhume conferenció con Tamurello, quien lo envió al rey Casmir de Lyonesse. Luego,

según Melancthe, Visbhume fue a Watershade y, por motivos que no veo del todo claros, secuestró a Glyneth y la llevó a Tanjecterly.

»El índice señala que Tanjecterly puede ser un lugar imaginario, una fábula de Twitten en su Almanaque.

-Bien, ¿qué planes tienes?

-Sólo puedo hacer lo que espera Melancthe, y quizá Tamurello. Iré a Watershade. Allí tal vez descubriré si todo esto es un montaje, o si puedo frustrar los planes de Visbhume. Si esto falla, deberé ir adondequiera Visbhume haya llevado a Glyneth, tal vez a Tanjecterly.

-Parece una intriga complicada -comentó la fría voz-. Hay varios motivos posibles. Como tú, sospecho que Melancthe actuó por órdenes de Tamurello. En una ocasión anterior logró hacerte saltar como un tonto al caos de otros mundos; sin duda ella y Tamurello han pensado que el plan podía funcionar, ya que una vez dio resultado. Sin duda desean que te zambullas imprudentemente en Tanjecterly, de donde nunca regresarás. ¡Un gran logro para ellos! A ti te destruyen y a mí me paralizan. No debes aventurarte en Tanjecterly por nada del mundo. ¡Es una trampa evidente!

«Segundo: si Visbhume trabaja por cuenta de Casmir, la finalidad también podría ser la de confundir, distraer y perjudicar al rey Aillas. Últimamente he presentido, y esto lo confirma, que Tamurello al fin ha incurrido en la insolencia de ignorar mis decretos, y debo castigarlo.

-Muy bien -dijo Shimrod-. Pero ¿qué hay de Glyneth?

-No sé nada acerca de Tanjecterly. Parece que debo hacer averiguaciones. Por la mañana te comunicaré mis hallazgos; luego debes aconsejar al rey Aillas. Pero ni él, ni tú ni el príncipe Dhrun debéis aventuraros en Tanjecterly.

-¿Y cómo rescataremos a Glyneth?

-Enviaremos a nuestro agente. Ahora debo ir a estudiar.

5

Al caer el sol, Aillas y Dhrun, montados en caballos sudados y agotados, cruzaron el foso por el viejo puente levadizo y así llegaron a Watershade.

Shimrod les salió al encuentro. Aillas y Dhrun le estudiaron la cara, esperando descubrir un destello de alegría. Shimrod sacudió la cabeza.

-Tengo algunos datos, y no presagian nada bueno. No tengo la menor idea de qué le está pasando a Glyneth. Venid, entremos y os contaré lo que sé. En este momento, una decisión imprudente no conducirá a nada. Esta noche conversaremos con calma, descansaremos y haremos planes.

-No te veo optimista -dijo Aillas.

-No hay motivos para el optimismo. Ven. Weare ha preparado la cena. Os hablaré de Tanjecterly.

-¿Dónde queda Tanjecterly? -preguntó Dhrun.

-Ya lo sabrás.

Aillas y Dhrun comieron carne fría y pan mientras Shimrod hablaba.

-Comenzaré desde el principio -dijo Shimrod-. Hace cientos de años Twitten, el Mago, compiló u obtuvo a partir de otra fuente un volumen que llegó a ser conocido como el Almanaque de Twitten. Este mismo Twitten, por razones que se desconocen, plantó un poste de hierro en una encrucijada del Bosque de Tantrevalles, a pesar de las leyendas que afirman otra cosa.

»Al parecer el Almanaque describe un ciclo de mundos, y uno de ellos es Tanjecterly.

«Hipólito, el Mago, tuvo el Almanaque, y al parecer enseñó a su aprendiz Visbhume a usarlo; cuando Hipólito desapareció, y presuntamente murió, Visbhume se apropió del Almanaque.

-Sé algo acerca de Visbhume -intervino Aillas-. Según todos los informes, es una persona extraña y desagradable, y trabaja al servicio de Casmir. Vino hace un tiempo a Troicinet, e hizo preguntas acerca de Dhrun a Ehirme y su familia, quienes por lo visto le dieron ciertas pistas acerca de las circunstancias del nacimiento de Dhrun, sobre el cual el rey Casmir todavía no sabe nada.

-Tal vez eso justifique los actos de Visbhume -dijo Shimrod-. Ha capturado a Glyneth para averiguar todo lo posible acerca de ello.

-¡Que nos devuelva a Glyneth! -exclamó Dhrun-. ¡Yo le diré lo que quiere saber y aún más!

Aillas habló apretando los dientes:

-Muéstrame la entrada de Tanjecterly. Si la ha tocado siquiera, le romperé todos los huesos.

-En efecto -dijo Shimrod con una triste sonrisa-. Murgen piensa que Tamurello es responsable, y éste espera que todos los que aman a Glyneth se arrojen irreflexivamente en Tanjecterly, y allí se pierdan para siempre. Murgen ha prohibido tales actos.

-¿Y qué podemos hacer? -preguntó Dhrun.

-Nada, hasta que recibamos noticias de Murgen.

6

Por la mañana Dhrun los guió, por el corazón del Bosque Salvaje, a la choza de leñador hasta donde los perros habían seguido los rastros de Glyneth. La solitaria choza se erguía en un pequeño claro, y parecía desierta.

Aillas iba a entrar cuando un grito de alarma lo detuvo:

-¡Alto, Aillas! ¡Retrocede! Si en algo aprecias tu vida, no entres en esa choza.

Murgen apareció. Había adoptado la apariencia de un alto leñador de cabello blanco y tupido.

-Cuando seguiste el rastro de Glyneth hasta aquí -le preguntó a Dhrun-, ¿entraste en la choza?

-No, señor. Los perros se detuvieron en el umbral y actuaron de forma extraña. Miré por la entrada y vi que la choza estaba vacía. El lugar me resultó perturbador y me alejé.

-Bien hecho. ¿Veis ese fulgor áureo alrededor de la puerta? Es casi invisible en la luz. Indica el camino a Tanjecterly, y todavía está abierto. Si queréis darle una gran alegría al rey Casmir, atravesad el umbral.

-¿Puedo llamar a través de la puerta? -preguntó Aillas.

-¡Llama! Tu voz no puede hacer daño.

Aillas se acercó a la puerta y llamó a través de la abertura.

-¡Glyneth! ¡Soy Aillas! ¿Me oyes?

Le respondió un silencio profundo. Aillas se alejó cabizbajo. Murgen trazó una marca en la hierba delante de la choza, abarcando unos cinco metros cuadrados. Con gran cuidado trazó otras marcas dentro del perímetro y retrocedió. Extrajo de su talego una cajita de cinabrio rojo y arrojó el contenido en el cuadrado.

Un denso vapor blanco llenó el interior del cuadrado y se disipó con una explosión suave, revelando una estructura de piedra gris. El único medio de acceso era una alta puerta de hierro negro adornada con un artesonado que mostraba el Árbol de la Vida.

Murgen fue a la puerta, la abrió de par en par y llamó a los demás.

-¡Venid!

Aillas, al atravesar el umbral, tuvo una asombrosa sensación de familiaridad, como si ya hubiera recorrido antes este camino. Shimrod sabía exactamente dónde estaban: la entrada del gran salón de Swer Smod.

-Venid -indicó Murgen-. Hay razones para darse prisa. Los diez mundos se deslizan y se desplazan. El pasaje de Visbhume parece firme, pero quién sabe cuándo cederá. Como no podemos atravesarlo, necesitamos un agente apropiado. He realizado los estudios necesarios; ahora, la síntesis. Acompañadme a mi taller.

Murgen los condujo hasta una cámara amueblada con anaqueles, armarios y mesas cargadas de máquinas extravagantes. Las ventanas del este daban a las colinas del Teach tac Teach. Más allá se extendía el oscuro Bosque de Tantrevalles.

Murgen señaló un banco.

-Sentaos, por favor... Mirad este armario. Me ha costado grandes trabajos y esfuerzos en lugares horribles. Aun así, lo que ha de ser, es. El armario reluce con una luz verde amarillenta; está hecho de la materia de Tanjecterly. La criatura que hay dentro es un joven syaspic feroce de las Montañas Díade de Tanjecterly. Ahora es un simple esquema; cuando lo active, también manifestará la substancia de Tanjecterly y formará el esqueleto de nuestra construcción. También tiene otras virtudes: es fuerte, atento, ágil y astuto. Es inmune al miedo, y leal hasta la muerte. Sus defectos son la otra cara de la misma moneda: es salvaje y se conviene en un monstruo destructivo cuando lo provocan, y a veces incluso cuando no lo provocan. También es presa de imprevisibles frivolidades que impulsan a su especie a expediciones de quince mil kilómetros para comer determinada fruta. Así es en esencia nuestro agente.

Aillas dirigió una mirada dubitativa a la criatura. Tenía casi dos metros de altura y una tosca forma humanoide: cabeza voluminosa sobre hombros macizos, brazos largos, manos con garras y púas en los nudillos. Una pelambrera negra le cubría el cuero cabelludo, le formaba una franja en la espalda y le rodeaba la zona pélvica. Los rasgos eran

gruesos y toscos: frente baja, nariz corta, boca gruesa, ojos dorados y sesgados entre prominencias cartilaginosas.

-Esta no es la bestia propiamente dicha -continuó Murgen-, que no nos serviría de nada, sino sus principios de construcción, los cuales definen su naturaleza. Anoche busqué a través de cien mundos y un millón de años de tiempo. Todavía no estoy satisfecho, pero en tan corto tiempo no puedo encontrar nada mejor. -Cerró el armario que contenía al syaspic feroce y abrió otro que contenía el simulacro de un joven fuerte que llevaba pantalones de cuero con una hebilla en el cinturón-. Esta criatura nos parece un hombre porque nuestro cerebro realiza tal interpretación; es innecesario pensar de otra manera. Vive entre las lejanas lunas de Achernar, y está acostumbrada a los terrores más extremos y al acecho constante de la muerte. Sobrevive porque es implacable e inteligente; se llama Kul el Asesino. Se presenta a nuestros ojos y nuestro cerebro como un joven apuesto y esbelto, y utilizaremos esta imagen cuando lo unamos con el feroce, operación que efectuaremos ahora.

Murgen unió los dos armarios. Luego cogió lo que parecía ser una hoja de papel dividida en pautas y la colocó sobre un conjunto de pautas similares. Trabajó por un momento con casilleros, armarios y máquinas.

-¡Ahora! -dijo Murgen-. La síntesis se ha llevado a cabo. Llamaremos Kul al producto. Observemos.

Murgen abrió la puerta del armario y vieron un nuevo ser con atributos de los dos seres originarios. La cabeza giraba sobre un cuello corto y grueso; el rostro tenía rasgos menos brutales; los brazos, manos, piernas y pies eran más humanos. Kul llevaba sus pantalones cortos de cuero, mientras que la pelambrera negra sólo le cubría el cuero cabelludo, el cuello y parte de la espalda.

-Kul todavía no está vivo -explicó Murgen-, y necesita aún otro componente: dirección, plena inteligencia y contacto simpático con nuestra humanidad. Cualquiera de vosotros puede aportar estas cualidades. Los tres, cada cual a su modo, amáis a Glyneth. Shimrod, te considero el menos apropiado. Dhrun, gustosamente darías la vida por Glyneth, pero la cualidad que busco está en Aillas.

-Te daré lo que necesites.

Murgen miró a Aillas.

-Ello te comportará incomodidad y debilidad, pues debes invertir la fuerza de tu espíritu y una buena cantidad de tu roja y humana sangre en esta criatura. Kul no te conocerá, pero sus virtudes humanas, si tales conceptos son apropiados, serán las tuyas. -Murgen ladeó la cabeza-. Shimrod, Dhrun, esperad fuera.

Dhrun y Shimrod salieron del taller. Transcurrió una hora hasta que salió Murgen.

-He enviado a Aillas a Watershade. Me dio de sí mismo más de lo que yo esperaba y está débil. Dejadlo descansar. Dentro de una semana se habrá recuperado.

-¿Y qué ocurrirá con la criatura Kul?

-Le he dado instrucciones, y ya ha atravesado el umbral de Tanjecterly. Venid. Veamos qué noticias nos envía.

Los tres regresaron por el vestíbulo al claro del Bosque Salvaje. Murgen hizo desaparecer la gris estructura de piedra; los tres se acercaron a la choza.

Una botella negra voló por la puerta y aterrizó a sus pies. Murgen extrajo un mensaje:

No encuentro a Glyneth ni a Visbhume. He interrogado a una persona que presenció lo ocurrido. Glyneth escapó de Visbhume, y éste la persiguió. El rastro es claro. Los seguiré.

XV

1

En una clara mañana de verano, Glyneth se levantó con el alba. Se lavó la cara y se peinó el cabello, que le había crecido hasta colgar en oscuros y dorados rizos. Era un hermoso cabello, según le habían dicho: lleno de reflejos y destellos, aunque tal vez un poco más largo de lo conveniente, pues el viento acostumbraba a enredarlo, de modo que requería mucha atención para mantenerlo pulcro. ¿Cortar o no cortar? Glyneth reflexionó atentamente. Los galanes de la corte le habían asegurado que el cabello le enmarcaba el rostro de forma atractiva. Pero la única persona cuya opinión le importaba de veras no parecía advertir si llevaba el pelo largo o corto.

-Aja -se dijo Glyneth-. Pronto pondremos fin a estas tonterías, pues ahora creo saber qué debo hacer.

En esa brillante mañana desayunó potaje con un huevo duro y un vaso de leche fresca. Tenía todo el día por delante. Al día siguiente, Dhrun llegaría para pasar allí el verano; aquél era su último día a solas.

Glyneth pensó en cabalgar hasta la aldea, pero el día anterior, cuando iba a la Mansión del Roble Negro a visitar a su amiga Alicia, un extraño sujeto que guiaba un carro le había pedido que se detuviera para hacerle las más sorprendentes preguntas.

Glyneth había admitido cortésmente su identidad. Sí, conocía muy bien al príncipe Dhrun; nadie lo conocía mejor. ¿Era verdad que Dhrun había vivido un tiempo en un shee de hadas? En ese punto Glyneth había interrumpido la conversación.

-Mis conocimientos personales no me permiten afirmarlo con certeza. ¿Por qué no interrogas al rey Aillas en la corte si de veras te interesa el tema? Allí sabrías cuáles datos son reales y cuáles son ociosa especulación.

-¡Buen consejo! ¡Hoy es un buen día para andar a caballo! ¿Vas muy lejos?

-Voy a visitar a unos amigos -respondió Glyneth-. ¡Que tengas un buen día!

Glyneth decidió que esa mañana no quería tener otro encuentro con el extraño caballero -daba la impresión de que la había estado esperando- y resolvió internarse en el bosque.

Cogió el cesto, besó a Flora y prometió regresar a tiempo para comer en el almuerzo las bayas que planeaba recoger. Después de despedirse, enfiló hacia el Bosque Salvaje.

Ese día el bosque estaba espléndido. El follaje relucía con mil matices de verde a la luz del sol, y una brisa del lago murmuraba agradablemente al pasar.

Glyneth conocía un lugar donde las fresas silvestres crecían en abundancia, pero mientras andaba por el sendero, una bellísima mariposa le llamó la atención. Revoloteó ante ella con alas anaranjadas, negras y rojas de seis pulgadas de longitud y forma poco corriente. Glyneth apuró el paso esperando que la mariposa se posara para examinarla a gusto, pero la mariposa voló más deprisa, entró en un claro y se metió en una choza.

Qué extraño, pensó Glyneth. ¡Vaya mariposa tonta! Miró a través de la puerta y le pareció ver un extraño fulgor amarillo verdoso, pero no le prestó atención. Entró en la choza y

miró a su alrededor, pero la mariposa se había ido. En una vieja mesa había un pergamino. Glyneth leyó:

Tal vez estés sorprendida, pero todo está bien, y todo estará, bien. Tu buen amigo Visbhume te ayudará y va a traerte una gran dicha, ¡Una vez más, no sientas temor! Confía en el noble caballero Visbhume, y haz lo que él dice.

Qué raro, pensó Glyneth. ¿Por qué iba a estar sorprendida? ¿Y por qué debía confiar en Visbhume y hacer lo que él decía? Pero sin duda había algo extraño en el aire. Primero la mariposa, luego la singular luz que ahora impregnaba el cuarto. ¡Había magia en el aire! Glyneth se había hartado de la magia y ya no quería saber nada de ella. Se volvió hacia la puerta; al cuerno con la mariposa y las bayas. Sólo quería estar de vuelta en Watershade cuanto antes.

Salió de la choza, pero ¿dónde estaba el bosque? La rodeaba un extraño paisaje. ¿Dónde se encontraba?

Dos soles colgaban en el cénit de un día gris como el brezo, girando uno alrededor del otro: uno verde, otro amarillo limón. Hierbas cortas y azules crecían en una ladera que descendía hasta un río lento y suave, que serpeaba en una ancha planicie. Sobre el horizonte un objeto semejante a una luna negra colgaba en el cielo, y el mero aspecto del objeto le causó a Glyneth un espasmo de miedo irracional, y aun de horror. Sintiendo un creciente temor, Glyneth se volvió hacia otra parte.

Más allá del río, colinas bajas y valles ondulaban en majestuosa y rítmica sucesión. Lejos, a la izquierda, una estribación de montañas negras y amarillentas se perdía en el horizonte. Más cerca, junto a las márgenes del río, crecían árboles de copa casi esférica, de color rojo oscuro, azul o verde azulado. A orillas del río, un hombre bajo se encorvaba para cavar en el lodo con una pala. Llevaba un chaquetón pardo, y un sombrero de alas anchas le ocultaba los rasgos. A cien metros, un bote cabeceaba junto a un tosco embarcadero.

Escrutando la campiña, Glyneth no pudo sino maravillarse ante el brillo y la claridad de los colores. ¡No eran los colores de la Tierra! ¿Adonde había ido? A sus espaldas oyó un carraspeo. Glyneth dio media vuelta. En un banco, junto a la choza, estaba sentado el extraño hombre que le había hablado el día anterior. Lo miró con una mezcla de asombro y consternación.

Visbhume se levantó e hizo una reverencia. No llevaba manto ni capa, sólo una holgada camisa de seda negra con mangas flojas y largas que le llegaban casi hasta los dedos; el cuello estaba sujeto con una cinta de seda negra y roja. También lucía holgados pantalones de seda negra que llegaban al suelo y apenas tapaban unas pantuflas negras largas y estrechas.

-¿No nos hemos visto antes? -preguntó Visbhume con refinado acento.

-Conversamos ayer en la carretera -respondió Glyneth. Luego, con voz trémula de esperanza, preguntó-: ¿Puedes indicarme cómo regresar al bosque? Me esperan en casa para almorzar.

-Vaya -dijo Visbhume-. Debe de estar cerca.

-Eso creía yo, pero no lo veo en ninguna parte... ¿Por qué estás aquí?

-Por el momento, admiro el espléndido paisaje de Tanjecterly. Creo que tú eres Glyneth. Si me permites decirlo, tu persona realza en gran medida la belleza de este ya magnífico panorama.

Glyneth frunció el ceño y movió los labios, pero no se le ocurría ninguna frase que no fuera impertinente.

Visbhume continuó, siempre con voz refinada y gentil:

-Soy Visbhume, caballero de alto rango, versado en todas las fases de la caballería, y en todas las artes cortesanas que están de moda en Aquitania. Sacarás gran provecho de mi protección y mis instrucciones.

-Eres muy amable, señor -dijo Glyneth-. Espero que me puedas indicar el camino del bosque. Debo regresar cuanto antes a Watershade, pues de lo contrario Flora se preocupará.

-Es una vana esperanza -declaró Visbhume en tono pomposo-. Flora deberá hallar un modo de aplacar su preocupación. La puerta funciona en una sola dirección, y debemos descubrir una abertura por la cual regresar.

Glyneth miró dubitativamente alrededor.

-¿Cómo se descubre esa abertura? Si me lo dices, la buscaré.

-No hay prisa -manifestó Visbhume con cierta aspereza-. Considero que es una deliciosa ocasión, sin nadie que moleste o se interponga, como a menudo ocurre. Nos pondremos cómodos y cada cual se complacerá en las habilidades del otro. Soy hombre de muchos talentos; aplaudirás de felicidad, bendiciendo tu suerte.

Glyneth, estudiando a Visbhume, guardó un pensativo silencio. Quizá Visbhume fuera de otro mundo.

-¡No pareces alarmado por este extraño lugar! -sugirió con cautela-. ¿No preferirías estar en casa con tu familia?

-¡Ah, pero no tengo familia! ¡Soy un juglar errante! Conozco una música de energías palpables, una música que hará circular tu sangre y mover tus pies.

Visbhume sacó un pequeño violín de su talego y usando un arco descomunal ejecutó una alegre danza y bailó: pateando y brincando, alzando los codos, sin cesar de tocar su música, estridente pero animosa.

Al fin se detuvo con ojos fulgurantes.

-¿Por qué no bailas?

-De verdad, Visbhume, quiero encontrar el camino de regreso. Por favor, ¿puedes ayudarme?

-Veremos, veremos -respondió Visbhume despreocupado-. Ven a sentarte a mi lado y cuéntame un par de cosas.

-Señor, permíteme llevarte a Watershade, donde podremos hablar a gusto.

Visbhume levantó la mano.

-¡No, no! Sé todo lo que hay que saber sobre las muchachas astutas que dicen «sí» cuando quieren decir «no», y «no» cuando quieren decir «¡Visbhume, haz tu voluntad!». Deseo hablar aquí, donde la franqueza te convertirá en mi favorita, ¿no te parece un trato agradable? Ven a sentarte. ¡Disfruto de tu deliciosa presencia!

-Señor Visbhume, preferiría permanecer de pie. Dime qué quieres saber.

-Siento curiosidad por el príncipe Dhrun y su infancia. Parece un niño muy crecido para un padre tan joven.

-Señor, las personas involucradas quizá no deseen que yo hable de estas cosas con extraños.

-¡Pero no soy un extraño! ¡Soy Visbhume, quien se siente muy atraído por tu joven y lozana belleza! Aquí, en Tanjecterly, nadie fruncirá el ceño ni mirará por encima del hombro ni gritará «¡Impudicia!» Podemos complacernos en las más atrevidas intimidades... ¡Pero tal vez he ido demasiado lejos! ¡Piensa sólo en mis preguntas! Necesito sólo unos datos para aplacar mi curiosidad. ¡Cuéntame, querida! ¡Vamos!

Glyneth trató de aparentar serenidad.

-Será mejor que regresemos a Watershade. Allí podrás hacer tus preguntas al mismo Dhrun, y sin duda él te dará una respuesta satisfactoria. Tú te granjearás mi favorable opinión, y yo no sufriré ningún mal.

Visbhume rió.

-¿Mal, querida? ¡Jamás! Acércate a mí. Deseo acariciar tu hermoso cabello, y quizá te recompense con un beso.

Glyneth retrocedió un paso. El manifiesto propósito de Visbhume constituía un serio problema, pues si la ultrajaba no se atrevería a liberarla por temor a que ella lo denunciara. En tal caso, su única protección consistía en negarle la información que él buscaba.

Visbhume la observó sonriendo como un zorro, como si pudiera leerle los pensamientos.

-Glyneth -dijo-, soy una persona que baila al son de una alegre melodía. Pero a veces, por necesidad y obligación, debo seguir acordes más severos. Me disgustan los excesos, pues los acontecimientos se desvían y la afectuosa confianza queda destruida. ¿Entiendes a qué me refiero?

-Quieres que te obedezca, y me amenazas con hacerme daño si no lo hago.

Visbhume rió.

-Una frase franca y directa. La música de esas palabras no es bonita, pero...

-Visbhume, me importa un rábano tu música. También te advierto que a menos que me permitas cortésmente abandonar este sitio, deberás responder ante el rey Aillas, y esto es tan cierto como que el sol nace y se pone.

-¿El rey Aillas? Vaya. Los soles de Tanjecterly no nacen ni se ponen. Giran en graciosas órbitas por el cielo. Pues bien. La trama de nuestro amor aún no está rasgada. Dime lo que deseo saber, que a fin de cuentas no es gran cosa, o tendré que obligarte a una dulce obediencia. Te lo mostraré, para que conozcas mi poder. ¡Mira!

Visbhume fue a un seto cercano y arrancó una flor de veinte pétalos rosados y blancos.

-¿Ves este capullo? ¿No te parece delicado e inocente? Mira esto. -Visbhume sacó los largos y finos dedos de las mangas y destruyó la flor pétalo a pétalo. Glyneth observaba la escena con creciente espanto. Visbhume tiró la flor destruida-. Por este

medio he enriquecido mi alma. Pero es apenas un pequeño placer, y preferiría saciarme. ¡Observa!

Visbhume hurgó en el talego y sacó un silbato de plata. Acercándose de nuevo al seto, sopló el silbato. Glyneth observó el costado del talego, donde el mango de un puñal asomaba de una vaina. Avanzó un paso hacia el talego, pero Visbhume se había vuelto hacia ella.

Un pájaro de cresta azul voló al seto para oír los silbidos de Visbhume. Con sus finos y blancos dedos, Visbhume tocó melodías, trinos y arpegios, y el pájaro ladeó la cabeza para oír aquellas locas y maravillosas notas.

Glyneth, gracias a la magia de las hadas, tenía el don de hablar con todas las criaturas.

-¡Echa a volar! -le gritó al pájaro-. ¡Te quiere hacer daño!

El pájaro gorjeó con inquietud, pero Visbhume ya lo había capturado y lo llevó al banco.

-¡Ahora, querida, observa! Y recuerda que todo lo que hago tiene su razón. -Mientras Glyneth observaba atónita, Visbhume sometió al pájaro a diversas atrocidades, y al fin dejó caer el guiñapo al suelo. Se enjugó los dedos en la hierba y le sonrió a Glyneth-. Así es como se excita mi sangre, y un dulce sabor se añade a nuestro mutuo conocimiento. Acércate pues, dulce Glyneth, estoy preparado para acariciar tu tibia persona.

Glyneth respiró hondo y contorsionó la boca en la caricatura de una sonrisa. Se acercó despacio a Visbhume, quien graznó con deleite.

-¡Ah, dulce, dulce, dulce! ¡Te portas como corresponde a una complaciente doncella!

Tendió los brazos; Glyneth le dio un empellón y tumbó al atónito Visbhume. Glyneth cogió el talego y desenvainó el puñal. Visbhume se le abalanzó tambaleante, el brazo de Glyneth se desvió y el puñal se hundió en la mejilla izquierda de Visbhume, le atravesó la boca y salió por la mejilla derecha. El puñal, de propiedades mágicas, sólo podía ser extraído por la mano que lo había clavado. Visbhume soltó un gemido de dolor y giró en círculos; Glyneth cogió el talego y bajó corriendo hacia el río. A cien metros estaba el muelle. Visbhume la siguió a saltos, el puñal aún clavado en la mejilla.

Glyneth corrió al muelle y saltó al bote. El pescador que cavaba en el lodo gritó enfurecido:

-¡Alto! ¡Deja mi bote en paz! ¡Largo de aquí!

El idioma era extraño, pero su dominio de las lenguas permitía a Glyneth comprenderlo; a pesar de la advertencia, soltó amarras y avanzó río adentro mientras Visbhume se acercaba al muelle. Agitó los brazos tratando de llamarla, pero el puñal se lo impedía y sus palabras eran casi incomprensibles.

-¡Mi talego...! ¡Glyneth! ¡Regresa, no sabes qué hacer...! Los agujeros que conducen a nuestro mundo... ¡Nunca regresaremos!

Glyneth buscó remos, pero no encontró ninguno. La corriente arrastró el bote río abajo. Visbhume la seguía corriendo por la orilla, soltando órdenes y súplicas estranguladas, hasta que lo detuvo un arroyo lateral y tuvo que quedarse mirando cómo Glyneth se alejaba en el bote llevándose el talego.

Visbhume pronto encontró una barcaza manejada por un par de individuos corpulentos que le exigieron monedas para llevarlo a través del río. Visbhume no tenía monedas y tuvo que entregarles la hebilla de plata de su zapato.

En la margen opuesta, Visbhume descubrió una herrería. Pagó la hebilla que le quedaba para que el herrero aserrara el mango de la hoja; luego, mientras Visbhume chillaba de dolor, el herrero cogió la punta con pinzas y extrajo la hoja por la mejilla derecha de Visbhume.

Visbhume extrajo una caja blanca y redonda de un bolsillo de su voluminosa manga. Sacó la tapa y extrajo una tableta de bálsamo ceroso y amarillo. Con suspiros y exclamaciones de alivio se frotó las heridas con el bálsamo, con lo cual aplacó el dolor y cicatrizó las heridas. Guardó el ungüento en la caja y ésta en el bolsillo de la manga; puso los fragmentos del puñal en un bolsillo de sus pantalones y se lanzó de nuevo en persecución de Glyneth.

Al fin llegó a la orilla del río principal. No había nada en la superficie: el bote se había perdido de vista.

2

Las orillas se deslizaban a los costados mientras el bote flotaba río abajo. Glyneth iba sentada en tensión, pues temía que el bote se bamboleara y la arrojara a las profundas y oscuras aguas, y no le interesaba explorar las honduras del río. Miró tristemente por encima del hombro; a cada instante se alejaba más de la choza y del pasaje por donde había venido.

-¡Mis amigos me ayudarán! -se dijo.

Fueran cuales fueran las circunstancias, debía aferrarse a tal convicción, pues sabía que era cierta. Otra idea inquietante: ¿y si sufría hambre y sed? ¿Podría comer y beber las substancias de Tanjecterly? Era muy probable que la envenenaran. Se imaginó comiendo frutas, y ahogándose al instante, poniéndose negra e hinchándose hasta convertirse en una repulsiva parodia de sí misma.

-¡No debo pensar esas cosas! -dijo con resolución-. Aillas me ayudará en cuanto descubra que me he perdido, y también Shimrod, y por descontado mi querido Dhrun... Cuanto antes mejor, pues este sitio es horrible.

Árboles esféricos de follaje rojo y azul bordeaban las márgenes. En varias ocasiones Glyneth vio bestias en la orilla: un toro blanco con cabeza de insecto y espinas en el lomo; un delgado hombre zancudo de cinco metros de alto con un cuello estrecho y una cara angulosa adaptada para hurgar en el follaje en busca de nueces y frutas.

Exploró el contenido del talego. Encontró un libro encuadernado en cuero y titulado Almanaque de Twitten; sin duda se trataba de una copia de una obra más antigua. Encontró una botellita de vino y una cajita con pan y queso. Eran las raciones de Visbhume, y Glyneth sospechó que tanto la botella como la caja se volverían a llenar por arte de magia después de usarlas. Vio otros artículos cuya utilidad no era tan evidente, incluida media docena de frascos de cristal llenos de insectos.

Glyneth, en ausencia de Visbhume, empezó a sentirse menos desesperada. Tarde o temprano sus amigos la encontrarían y la llevarían de vuelta a casa. De eso estaba segura... ¿Por qué Visbhume insistía tanto en preguntar acerca del nacimiento de Dhrun? Sólo podía estar actuando por cuenta del rey Casmir, y si ella revelaba lo que sabía sin duda perjudicaría a Dhrun.

El bote se deslizó hasta bajíos pantanosos. Glyneth metió la mano en el agua, aferró una rama flotante y la usó para impulsarse hacia la costa. Saltó a la orilla y miró río arriba, pero no descubrió señales de Visbhume. Se volvió para escudriñar río abajo y descubrió una hilera de peñascos que bajaban desde un risco alto hasta el agua. Glyneth observó los peñascos con desconfianza, suponiendo que podían ser la guarida de bestias feroces. El bote y el fornido pescador que cavaba en el lodo indicaban la existencia de una población humana... Pero ¿dónde? ¿Y qué clase de seres humanos?

Glyneth se quedó en la orilla, observando dubitativamente el paisaje: una figura melancólica con un bonito vestido azul. Era posible que la magia de Shimrod no bastara para encontrarla y tuviera que pasar toda la vida bajo los soles verde y amarillo de Tanjecterly... a menos que Visbhume la sorprendiera y la hipnotizara con su silbato de plata.

Cerró los ojos y se enjugó las lágrimas. Ante todo, debía buscar un lugar donde ocultarse de Visbhume.

Los peñascos que bajaban al río la intrigaban. Si trepaba al risco tendría un amplio panorama y quizá descubriera un asentamiento humano. Sin embargo, la idea conllevaba posibilidades alarmantes. Los extraños no siempre son recibidos con hospitalidad, ni siquiera en las comarcas de la Tierra.

Glyneth titubeó y se preguntó cómo sobreviviría mejor. El bote ofrecía cierta protección, y se resistía a abandonarlo.

Su indecisión tuvo un abrupto final. Del agua surgió una especie de brazo membrudo, ancho como su cintura, que terminaba en una cabeza con forma de cuña, un ojo verde y una boca con colmillos. El ojo la examinó; la boca se abrió, revelando un interior rojo y oscuro; la cabeza se lanzó hacia adelante, pero Glyneth ya había retrocedido.

La cabeza y el cuello se hundieron lentamente en el río. Glyneth se alejó temblando del bote, que ya no le parecía tan seguro. Tendría que subir al risco.

Limpió la rama para usarla como garrote, cayado o improvisada lanza. Echándose al hombro el talego de Visbhume, echó a andar resueltamente río abajo por la orilla, hacia los peñascos.

Llegó sin problemas al pie de los peñascos y trepó por la primera elevación. Se detuvo para recobrar el aliento y, al mirar hacia atrás, distinguió con alarma una forma lejana y saltarina: casi seguro que era Visbhume.

Las rocas estaban cerca, y allí podría encontrar un escondrijo. Trepó por una cuesta entre montículos de extrañas formas. Mientras caminaba entre ellos, de pronto se desenroscaron y se irguieron.

Glyneth jadeó aterrorizada; estaba rodeada por criaturas altas y delgadas, grises como piedra, de cabeza puntiaguda. Los ojos, semejantes a discos de cristal negro, y las largas y correosas aletas nasales, producían un efecto de extraña desolación, nada tranquilizadora. Una de las criaturas echó un cordel al cuello de Glyneth y la arrastró al trote por un camino entre las rocas.

Diez minutos después, el grupo llegó a una zona llana. Detrás de ellos se erguían los abruptos peñascos. Las anguilas-duende arrojaron a Glyneth a un corral, también ocupado por una redonda criatura de seis patas, con un cuerpo opaco y rosado coronado por un objeto que semejaba un enorme pólipo anaranjado, bordeado por cien ojos que crecían sobre tallos.

Los ojos se volvieron hacia Glyneth, que ahora estaba más allá del terror, con las emociones anestesiadas: todo aquello tenía que ser irreal. Cerró los ojos y los abrió. Nada había cambiado.

Las paredes del corral estaban tejidas con ramas, en un estilo tosco y sencillo. Glyneth tanteó con cautela la trama y comprendió que sin gran esfuerzo podía abrir un boquete para escapar. Observó por un instante a las anguilas-duende, preguntándose cuál sería el mejor momento para intentar la fuga. En aquel momento, el grupo estaba reunido alrededor de una cavidad en la piedra. La cavidad tenía medio metro de diámetro y despedía volutas de vapor.

Varias anguilas-duende revolvían la sustancia que había en la cavidad con paletas de mango largo. A veces la saboreaban. Conversando en susurros, llegaron a un acuerdo. Varias de ellas entraron en el corral y cortaron dos patas a la bestia rosada. Ignorando sus gritos de dolor, las anguilas-duende arrojaron las patas en la cavidad. Otras lanzaron un fardo de vegetación en ese hueco humeante. Una criatura negra, parecida a un camarón, que rugía y bramaba y procuraba zafarse de sus ligaduras, también fue arrastrada a la cavidad y arrojada al interior. Sus rugidos se intensificaron, luego se convirtieron en un gorgoteo plañidero, disminuyeron y se acallaron.

Los ojos inexpresivos se volvieron hacia Glyneth, quien al fin rompió a llorar.

-¡Qué espanto! ¡Tener que morir en ese hoyo repugnante!

Un sonido estridente vino desde el camino: los trinos y gorjeos del silbato de plata de Visbhume. Las anguilas-duende se quedaron quietas, luego se volvieron alarmadas.

Visbhume apareció, marchando animadamente al son de su música, con una ocasional cabriola cuando daba con un fraseo que le parecía muy acertado.

Las anguilas-duende empezaron a temblar y sacudirse como si algo las impulsara a brincar, contra su voluntad, mientras Visbhume tocaba airosas danzas.

Al fin Visbhume dejó de tocar y gritó con voz chillona, en el idioma de las anguilas-duende:

-¿Quién es el amo aquí, el señor del irresistible tap-tap?

-¡Eres tú, eres tú! -susurraron todos-. ¡Las Anguilas Progresistas son tus vasallos! Guarda tu temible arma. ¿Debemos saltar y brincar hasta agotarnos?

-Os mostraré mi piedad, pero antes, una rápida danza que hará bien a vuestra salud y os permitirá recordarme mejor.

-¡Misericordia! -clamaron las que se habían calificado de Anguilas Progresistas-. Ven, prueba la sabrosa viscosidad de nuestro hoyo. Guarda tu magia. Come viscosidad.

Glyneth había desgarrado la trama del corral. Abrió un boquete y lo atravesó para escapar. Visbhume la señaló.

-No tocaré más, pero me llevaré conmigo a la criatura que ahora intenta escapar del corral. Capturadla y traedla.

Las Anguilas Progresistas brincaron para rodear a Glyneth, y una la aferró del cabello. Una pesada piedra, más grande que un par de puños, bajó silbando y aplastó la cara de la Anguila Progresista.

Cayeron piedras por la ladera; Glyneth corrió histéricamente de un lado a otro; la silueta de lo que parecía ser una monstruosa bestia semihumana, negra contra el cielo lavanda, no le inspiraba confianza. La criatura se detuvo un momento para evaluar la escena, luego lanzó las rocas con lo que parecía un total desprecio por la gravedad: rebotando, rodando, resbalando, las piedras cayeron entre las Anguilas Progresistas. La criatura desenvainó una espada de su cinturón de cuero, y con furioso empeño se dedicó a cortar y rebanar. Glyneth retrocedió, anonadada ante los pavorosos sonidos del combate. Cabezas con ojos sorprendidos rodaban por el suelo; torsos mutilados se desplomaban para reptar, patear y caer al hoyo.

Siseando y suspirando, las Anguilas Progresistas huyeron hacia las rocas a pesar de las furibundas órdenes de Visbhume. Al final sopló el silbato con fuerza, obligándolas a detenerse.

-¡Alto! -gritó Visbhume-. ¡Atacad a esta bestia bípeda con todas vuestras fuerzas, desde todas partes! ¡Retrocederá ante vuestra embestida!

Las Anguilas Progresistas examinaron la carnicería con estupor. Visbhume las exhortó de nuevo:

-¡Dad buenos golpes! ¡Arrojad piedras y objetos hirientes, o nauseabundos excrementos! ¡Coged lanzas y atravesadlo!

Algunas anguilas obedecieron las instrucciones y recogieron piedras para arrojarlas, pero la ira de Visbhume no se aplacaba.

-¡Atacad! ¡Capturad! ¡Reunid a los gusanos de combate! ¡Todos en acción!

El hombre-bestia limpió la espada en un cadáver y dirigió a Glyneth una mueca difícil de interpretar. Retrocediendo, Glyneth tropezó y estuvo a punto de resbalar hacia la cavidad, pero la criatura le cogió el brazo y la rescató. Glyneth miró a su alrededor buscando una forma de escapar de aquel lugar de horror; por el rabillo del ojo vio como descendía una gran piedra. Se agachó, y la piedra se estrelló contra el suelo. Otra piedra pegó en el hombro del hombre-bestia, que giró rugiendo de furia pero decidió no atacar. Se echó a Glyneth al hombro y subió por la ladera.

Visbhume soltó un grito de indignación.

-¡Te llevas mi talego, todas mis pertenencias! ¡Suéltalo ahora mismo! ¡El robo es un delito! ¡El talego es sólo mío, y tiene pertenencias valiosas!

Glyneth aferró el talego con más fuerza mientras subía la cuesta a una velocidad que la mareaba.

La criatura al fin se detuvo y depositó a Glyneth en el suelo. Ella se preparó para ser devorada o vejada de alguna manera impensable, pero la criatura se limitó a mirar hacia atrás. Se volvió hacia ella sin aire amenazador, y Glyneth respiró hondo. Se ordenó la ropa revuelta y abrazó el talego de Visbhume, preguntándose qué haría con ella esa criatura.

El hombre-bestia emitió sonidos, esforzándose, como si la laringe le resultara una herramienta nueva y desconocida. Glyneth prestó atención. Si se proponía hacerle daño, ¿por qué se molestaba en hacerse entender? De pronto Glyneth comprendió que se proponía tranquilizarla. El miedo la abandonó y, aunque intentó dominarse, rompió a llorar.

La criatura seguía emitiendo sonidos, cada vez más inteligibles. Glyneth olvidó sus lágrimas.

-¡Habla despacio! -le indicó-. Repítelo.

Con voz gruesa e inarticulada, la criatura formó palabras comprensibles:

-Te ayudaré. No temas.

-¿Alguien te ha enviado a ayudarme? -preguntó la temblorosa Glyneth.

-Un hombre de pelo blanco me envió. Se llama Murgen. Yo soy Kul. Murgen me dio instrucciones.

-¿Cuáles? -preguntó Glyneth con renovada esperanza.

-Debo llevarte hacia el lugar por donde entraste aquí, y deprisa. Disponemos de poco tiempo, pues he tenido que viajar mucho para encontrarte. Ya nos hemos retrasado en exceso.

-¿Y si es demasiado tarde? -preguntó Glyneth con un nuevo temor.

-Te lo diré entonces. -Kul miró cuesta abajo-. ¡En marcha! Los gusanos de las rocas suben con largas lanzas para herirme. ¡Un hombre de negro les da órdenes!

-Es Visbhume, el mago. Le he quitado el talego, y eso lo ha puesto furioso.

-Pronto lo mataré. ¿Puedes caminar, o te llevo?

-Puedo caminar, gracias. No es decente andar en tu hombro con el trasero al aire.

-Veamos lo deprisa que puedes correr con tu decoro.

Treparon la cuesta hasta que Glyneth empezó a jadear. Kul se la echó de nuevo al hombro y corrió cuesta arriba. Mirando hacia atrás, Glyneth sólo veía espacio y perspectivas abruptas; Kul parecía ignorar la gravedad y el equilibrio, y Glyneth decidió cerrar los ojos.

Al llegar al risco, la depositó en el suelo.

-Si vamos allá, detrás de ese bosque, llegaremos a la choza. Creo que aún tenemos un par de horas antes de que se cierre la puerta. Si todo sale bien, pronto estarás en casa.

Glyneth miró a Kul.

-¿Y tú?

-No me lo han dicho -respondió Kul con desconcierto.

-¿Tienes un hogar aquí? ¿Amigos?

-No.

-Qué extraño.

-Vamos -urgió Kul-. El tiempo apremia.

Los dos corrieron a lo largo del risco, cada vez más deprisa. Cuando Glyneth no pudo correr más, Kul la cogió de nuevo y la llevó cuesta abajo. Al fin, en un lugar detrás del bosque, la dejó en el suelo.

-Ven, veamos qué nos depara esta región.

Pasaron bajo las esferas de follaje azul y rojo y miraron hacia el césped. La choza estaba a cien metros. Por la orilla del río venía Visbhume montado en una gran bestia negra de ocho patas, de espinazo liso como una tabla; la cabeza era una complicada maraña de cuernos, tallos oculares y tubos de alimentación, y tenía un ancho y chato lomo de seis

metros de longitud, donde Visbhume cabalgaba airosamente en el asiento acolchado de un castillo blanco. Detrás venía una banda de veinte Anguilas Progresistas portando lanzas, junto con una docena de criaturas que llevaban armaduras de un material metálico negro y altos yelmos cónicos que se encajaban directamente en sus charreteras. Estos caballeros-duende empuñaban mazas y lanzas y marchaban sobre patas cortas y gordas.

-Escucha con atención, porque hay poco tiempo -dijo Kul-. Yo iré al extremo del bosque y me mostraré. Si avanzan para atacarme, corre a la choza. En la puerta verás una aureola de luz dorada. Detente y escucha. Si no oyes nada, el camino es seguro; puedes pasar. Si oyes ruidos, no te arriesgues; el agujero se está cerrando y acabarías triturada. ¿Está claro?

-Sí, pero ¿qué será de ti?

-No temas por mí. Deprisa, prepárate.

-¡Kul! -exclamó Glyneth-. ¿Debo esperarte?

-¡No! -respondió Kul, internándose en el bosque.

Poco después Glyneth oyó el estridente grito de Visbhume:

-¡Allí está la bestia! ¡Al ataque! ¡Atravesadlo con jabalinas y lanzas! ¡Destrozadlo con las mazas! ¡Golpead con fuerza y precisión! ¡Descuartizad a esa horrenda criatura! ¡Derramad su sangre! ¡Pero atención! ¡No hiráis a la doncella!

Los negros caballeros-duende avanzaron pesadamente acompañados por las Anguilas Progresistas, mientras Visbhume cabalgaba en la retaguardia.

Glyneth esperó tanto como pudo, luego salió del bosque.

Visbhume la descubrió al instante. Hizo girar su larga montura y se lanzó al galope por el césped para interceptarla. Detrás corrían las Anguilas Progresistas, siseando y susurrando.

Glyneth se detuvo en seco; no llegaría a tiempo a la choza. Retrocedió hacia el bosque.

-¡Alto! -gritó Visbhume-. ¿Deseas regresar a Watershade? ¡Detente y escucha!

Glyneth titubeó. Visbhume obligó a su montura a dar una gran curva y se detuvo entre Glyneth y la choza.

-¡Responde, Glyneth! ¿Qué dices?

-¡Quiero regresar a Watershade! -dijo Glyneth.

-¡En efecto! ¡Entonces debes decirme lo que quiero saber!

Glyneth torció el gesto, vacilando. Tanto Dhrun como Aillas preferirían que hablara si así salvaba su vida. Pero ¿respetaría Visbhume sus condiciones?

Ella sabía muy bien que no.

Algunas anguilas se deslizaban agazapadas con la intención de apresarla por sorpresa con un brinco. Retrocedió hacia el bosque. Con una súbita inspiración, se detuvo. Hurgó en el talego de Visbhume y extrajo uno de los frascos de cristal llenos de insectos; lo arrojó en medio de las Anguilas Progresistas.

Por un instante permanecieron inmóviles, mirando con ojos vidriosos de consternación; luego soltaron las lanzas y huyeron siseando y cuchicheando por el

césped, algunas rodando y agitando patas y brazos en el aire. Algunas se zambulleron en el río y desaparecieron; otras se internaron en el lodazal de la costa y reptaron río abajo.

-¡Glyneth, los minutos vuelan! -advirtió Visbhume-. ¡Yo me salvaré, pues mi camino es misterioso, pero tú te perderás para siempre!

-Visbhume -dijo Glyneth con su voz más seductora-, déjame regresar a Watershade. Yo te lo agradeceré, aunque me hayas traído aquí, y el rey Aillas en persona responderá a tus preguntas.

-Ja! ¿Me crees tonto? ¡El rey Aillas se apresurará a colgarme! Juegas conmigo mientras vuelan los preciosos minutos? Veo el portal; aún está abierto, pero la aureola dorada ya empieza a desvanecerse. ¡Habla de una vez!

-¡Antes déjame ir!

-¡Yo fijo las condiciones; no tú! -chilló el irritado Visbhume-. Habla ahora, o me iré por el portal y te dejaré en manos de las repugnantes anguilas.

Kul salió repentinamente del bosque y corrió hacia Visbhume, quien gritó alarmado e impuso a su montura una postura defensiva, con un par de tentáculos amenazando a Kul.

Kul cogió una lanza y avanzó en círculos, pero Visbhume siempre se protegía detrás del alto pescuezo. Desde el bosque llegaban los caballeros-duende.

-¡El tiempo apremia! -chilló Visbhume-. ¡Déjame en paz, para que pueda regresar a la Tierra! ¿Cómo te atreves a molestarme? ¡Caballeros, matad deprisa a esta bestia! La aureola se desvanece. ¿Debo quedarme en Tanjecterly?

-¡Glyneth! -gritó Kul-. ¡Atraviesa la puerta!

Glyneth dio un rodeo alejándose de Kul y la chata bestia de ocho patas, y de nuevo intentó llegar a la choza. Se paró en seco. Los caballeros habían llegado para atacar a Kul con las mazas en alto. Asestaron golpes, pero él los eludió y se lanzó en medio de todos. Glyneth sólo pudo ver alborotados movimientos, y al fin los caballeros abatieron a Kul por la mera superioridad numérica.

Glyneth, gritando de angustia, cogió una lanza; corrió hacia adelante y atacó a uno de los caballeros; una gruesa pierna le golpeó el estómago y la hizo trastabillar. De pronto Kul surgió entre los caballeros como una explosión. Con una maza en cada mano, partía cabezas y derribaba caballeros.

-¡Ve a la choza! -le gritó a Glyneth-. ¡Huye mientras puedas!

-¡No puedo dejarte luchar solo! -respondió la desesperada Glyneth.

-¿He de morir en vano? -gruñó Kul-. ¡Hazme el favor de salvarte!

Para horror de Glyneth, un caballero negro atacó con la maza en alto y la descargó sobre Kul, quien intentó esquivar el golpe pero cayó de nuevo al suelo. Sollozando, Glyneth giró y corrió hacia la choza. Vio a Visbhume delante. Corría a grandes zancadas, con el único afán de huir de Tanjecterly.

Visbhume llegó a la choza con Glyneth detrás. Visbhume soltó un graznido y se paró en seco.

-¡Ay, pesadumbre, y pena sobre la pesadumbre! ¡La aureola se ha desvanecido! ¡La puerta está cerrada!

Glyneth también se detuvo alarmada. La aureola dorada que rodeaba la abertura había desaparecido por completo, dejando sólo la carcomida madera.

Visbhume se volvió lentamente hacia Glyneth con ojos amarillos. Glyneth retrocedió.

-¡Ahora debo hacer justicia! -exclamó Visbhume con voz gutural-.

¡Por tu culpa estoy encerrado en Tanjecterly, donde he de vivir un tiempo largo e incierto! ¡Tuya es la culpa y tuyo será el castigo! ¡Prepárate para acontecimientos tan dulces como amargos, y de larga duración!

Se abalanzó sobre ella con la cara contorsionada. Glyneth lo esquivó, pero Visbhume levantó los brazos extendiendo los dedos. Glyneth miró desesperadamente por encima del hombro y sólo vio un montón de cadáveres. En todo caso, se arrojaría al río... Una sombra se irguió sobre Visbhume. Kul, sangrando por un sinfín de heridas, cogió a Visbhume por el cuello, lo levantó y lo arrojó al suelo, donde Visbhume gimió y se contorsionó. Kul avanzó con la espada, pero Glyneth lo detuvo.

-¡No! ¡Tenemos que sonsacarle información!

El exhausto Kul se sentó en el umbral de la choza. Glyneth se le acercó.

-¡Estás herido! ¡Pierdes sangre! ¡Y no tengo modo de cuidarte!

Kul sacudió la cabeza.

-No te preocupes.

Glyneth se volvió hacia Visbhume.

-¿Qué medicinas y bálsamos hay en este talego?

-¡Ninguno!

Glyneth lo miró de hito en hito.

-¿Cómo te curaste las heridas cuando te apuñalé?

-Sólo llevo cosas de uso personal -chilló Visbhume-. Ahora, dame el talego, pues lo necesitaré.

-Visbhume, ¿cómo te curaste la mejilla?

-¡No importa! -protestó Visbhume-. Es asunto mío.

Glyneth cogió con esfuerzo la espada de Kul.

-Visbhume, habla o te cortaré la mano y veré cómo curas tu herida.

Alzó la espada en el aire. Visbhume, mirando sorprendido aquella cara pálida y tensa, metió la mano en un bolsillo de la manga. Extrajo primero el silbato de plata, luego el violín y el arco, reducidos mágicamente; los dos fragmentos del puñal roto y por fin una caja blanca y redonda que entregó a Glyneth con un ademán desdeñoso.

-Frota la herida con esta cera. No la desperdicies. Es muy valiosa.

Glyneth bajó la espada con cautela y pasó la cera por las heridas, tajos, magulladuras y rasguños de Kul, a pesar de las protestas de Visbhume por el generoso empleo de sus bienes personales. La maravillada Glyneth vio cómo las heridas cicatrizaban ante la magia del bálsamo. Kul suspiró. Glyneth, trabajando tan suavemente como podía, preguntó alarmada:

-¿Por qué suspiras? ¿Te duele?

-No... Raras ideas entran en mi mente... Escenas en lugares donde nunca he estado...

Visbhume se puso en pie y se colocó bien la ropa.

-Ahora cogeré mi talego, montaré mi gusopo y me iré de este sitio desdichado -declaró con fría dignidad-. Me has causado daños incalculables, hiriéndome e impidiendo que escapara de Tanjecterly. Aun así, dadas las circunstancias, dominaré mi amargura y haré frente a la situación del mejor modo posible. ¡Glyneth, mi talego! Luego me alejaré de vosotros en mi gusopo.

-Siéntate en el suelo -le ordenó Kul-. Estoy demasiado cansado para perseguirte. Glyneth, busca cuerdas entre los cadáveres, y los cintos de los arneses.

-¿Qué? -exclamó Visbhume-. ¿No me habéis causado bastantes problemas?

-Todavía no -sonrió Kul.

Glyneth trajo cintos y Kul hizo un collar para Visbhume, con una correa de cinco metros. Mientras tanto, Glyneth exploraba las vestimentas de Visbhume en busca de bolsillos secretos y le arrebataba todos los artefactos mágicos para guardarlos en el talego. Visbhume al fin interrumpió sus protestas y guardó un rencoroso silencio. El gusopo de ocho patas había permanecido a poca distancia y pastaba plácidamente en el césped con los tubos de alimentación. Kul trepó a su lomo largo y plano, y arrojó un par de anclas para impedir que se alejara.

-Ahora -le dijo Glyneth a Visbhume-, ¿responderás preguntas y nos dirás todo lo que queramos saber?

-Pregunta -gruñó Visbhume-. Ahora debo servirte o arriesgar mi pobre pellejo, que ya siente el dolor de purpúreas magulladuras. Una persona de mi jerarquía sufre así gran humillación.

-Si tenemos hambre, ¿qué hemos de comer?

Visbhume reflexionó y se lamió los labios.

-Como yo también tengo hambre, os diré dónde podéis encontrar comida en abundancia. En el talego encontrarás una caja. Toma de allí un paño y extiéndelo. Deja caer sobre él una gota de vino, una migaja de pan y una tajada de queso.

Glyneth siguió las instrucciones y el trapo se expandió al instante convirtiéndose en un mantel de damasco cubierto con toda clase de manjares. Los tres comieron hasta saciarse y la tela se redujo de nuevo.

-Visbhume -dijo Glyneth-, algo estás tramando. Si te sale bien, nuestra será la culpa, así que te vigilaremos, y demostraremos poca misericordia si nos enfureces.

-¡Bah! -masculló Visbhume-. Podría tramar varios planes en un instante, o mostrarlos como esos árboles muestran las hojas. Pero ¿de qué serviría?

-Si yo lo supiera, no te lo diría.

-¡Ah, Glyneth, cómo me duelen tus palabras! Por un momento hubo tiernos sentimientos entre nosotros. ¿Tan pronto lo has olvidado?

Glyneth hizo una mueca pero calló sus comentarios.

-¿Cómo podemos enviar un mensaje a Murgen?

Visbhume pareció realmente asombrado.

-¿Con qué propósito? ¿Sabe él que estás aquí?

-Para que pueda abrir una nueva puerta y rescatarnos.

-Por grande que sea el poder de Murgen, no puede abrir una nueva puerta cuando el péndulo está oscilando.

-Explícate, por favor.

-Hablaba en forma figurada. No hay péndulo. En determinada pulsación, el tiempo es estático tanto aquí como en la Tierra, y la puerta se puede abrir en un nódulo u otro. ¿Ves la negra luna que se desplaza por el cielo septentrional? Conecta un radio con un polo central y en alguna parte del radio se puede abrir un nódulo, siempre que las pulsaciones estén sincronizadas. Es una cuestión de laborioso cálculo, pues el tiempo se mueve con diferente ritmo aquí y en la Tierra. A veces el tiempo va deprisa aquí y lento en la Tierra; otras sucede lo contrario. Sólo cuando el tiempo transcurre al mismo ritmo, según lo determinan las pulsaciones, se pueden abrir las puertas. Si no fuera así, las puertas se podrían abrir en cualquier parte y en cualquier momento.

-¿Cómo se puede abrir de nuevo la puerta, y cuándo, y dónde?

Visbhume se puso en pie como si estuviera aburrido, o quizá sumido en sus pensamientos, y trató de quitarse el collar. Kul tiró de la correa y Visbhume tuvo que hacer una ridícula cabriola para conservar el equilibrio.

-No vuelvas a hacerlo -advirtió Kul-. Agradece que la correa sólo te rodea el cuello y no te atraviesa perforaciones de las orejas. Responde la pregunta y no trates de confundirnos con tu verborrea.

-Tomaríais todo mi valioso conocimiento a cambio de nada -gruñó Visbhume-, y aún me tendríais atado del cuello, como un perro o una Anguila Progresista.

-Estamos aquí gracias a ti. ¿Lo has olvidado?

Visbhume hinchó los delgados carrillos.

-Agua pasada no mueve molino. Lo hecho hecho está, nos guste o no. ¡Éste es mi lema! En la inflexión del prisma conocida como «ahora» sólo debemos interesarnos en cuestiones inmediatas.

-En efecto. Responde la pregunta «ahora».

-¡Seamos prácticos! -dijo altivamente Visbhume-. Yo debo guiaros, pues mío es el conocimiento, y vosotros debéis confiar en mí en bien de nuestros mutuos intereses. De lo contrario, tendré que instruiros con intrincados detalles acerca de... -Visbhume calló cuando Kul empezó a tensar la correa.

-¡Responde! -ordenó Kul.

-¡Estaba preparando mi cuidadosa respuesta! -gimió Visbhume-. Tu conducta no es nada caballerosa. -Se aclaró la garganta-. El asunto es complejo, y temo que escape a vuestra comprensión. El tiempo se mueve por una fase en la Tierra y por otra aquí. Cada fase consiste en nueve temblores, o pulsaciones o, aún mejor, contracciones que entran y salen del nódulo central de lo que denominamos sincronización. ¿Está claro? ¿No? Lo que suponía. No tiene sentido seguir. Debéis confiar en mi juicio.

-Aún no me has contestado -dijo Glyneth-. ¿Cómo regresamos a la Tierra?

-¡Eso intento! Entre la Tierra y Tanjecterly, la sincronía dura entre seis y nueve días, y, tal como has visto, acaba de finalizar. Luego se aleja a lo largo del radio de la luna

negra con el nódulo central. En la próxima pulsación, la puerta se abrirá en otro lugar, pero ninguno tan cómodo como Tanjecterly. Hidmarth y Skurre son mundos demoníacos; Underwood está desierto excepto por un gemido ululante; Pthopus es una sola alma aletargada. Fueron descubiertos y explorados por Twitten, el Archimago, quien compiló un almanaque de gran valor.

Glyneth extrajo del talego un libro largo y estrecho con cubiertas de metal negro. El lomo era como una vaina que albergaba una vara de metal negro de nueve lados con un pomo dorado en la punta. Glyneth extrajo la vara y vio que cada uno de los nueve lados tenía tallados distintos caracteres dorados.

Visbhume extendió la mano.

-Déjame ver. He olvidado mis cálculos.

Glyneth apartó el libro.

-¿Cuál es el propósito de la vara?

-Es un instrumento auxiliar. Guárdala en la vaina y dame el libro.

Glyneth guardó la vara y abrió el libro. La primera página, plagada de garabatos con colas reptantes y crestas ondulantes, era ilegible, pero alguien, quizá Visbhume, había añadido una página de lo que parecía una traducción del texto original. Glyneth leyó en voz alta:

Estos nueve lugares, junto con la Tierra Gea, forman los diez mundos de Cronos, y él los ha ensartado en su eje. Mediante sagaz esfuerzo he dominado el eje, y lo be mantenido fijo; tal es la magnitud de mi logro.

De esos nueve mundos, advierto contra Paador, Nith y Woon; Hidmarth y Skurre son lugares purulentos infestados de demonios. Cheng quizá sea hogar de sandestins, pero no hay datos seguros, mientras que Pthopus es realmente insípido. Sólo Tanjecterly tolera a los humanos.

En cada sección el almanaque detalla el ciclo de pulsaciones e indica las pautas para el ingreso y la salida. Con el almanaque está la llave, y sólo esta llave atravesará la trama y permitirá el tránsito. ¡No perdáis la llave, porque el almanaque sería inútil!

Los cálculos se deben realizar con precisión. En la periferia de la pulsación la llave abre una puerta allí donde se la inserte. El nódulo central es inmutable. En la Tierra se encuentra allí donde lo he fijado. En Tanjecterly, reside en el centro de la Plaza Parlamentaria, en la ciudad de Asphrodiske, donde moran muchas almas tristes.

Tal es el dominio de Cronos. Algunos dicen que él ha muerto; mas si alguien descubriera el fantasma, sólo tendrá que torcer el eje para conocer su propia verdad.

Así lo declara Twitten de la Tierra Gea.

Glyneth apartó la mirada del almanaque. -¿Dónde está Asphrodiske? Visbhume hizo un gesto petulante. -En alguna parte más allá de la llanura... un largo viaje. -¿Y desde allí podemos regresar a la Tierra? -Con la pulsación baja. -¿Y eso cuándo será? -Déjame ver el almanaque.

Glyneth extrajo la llave y le dio el almanaque a Kul. -Deja que mire, pero no le sueltes la garganta. -¡Dame la llave! -exclamó trágicamente Visbhume-. ¿No has leído la advertencia de Twitten? -No la perderé. Lee lo que desees.

Visbhume estudió los índices y los cálculos que ya había realizado:

-El tiempo se medirá por la luna negra, en su trayectoria hacia la oposición con el ahora.

-¿Cuánto tiempo significa eso?

-¿Una semana? ¿Tres semanas? ¿Un mes? No hay más medida que la luna negra. En la Tierra será un tiempo muy diferente, corto o largo. Lo ignoro.

-Y si usamos la llave en Asphrodiske, ¿en qué parte de la Tierra saldremos?

-En Rincón de Twitten -rió Visbhume-. ¿Qué pensabas?

-¿Tenemos tiempo para llegar a Asphrodiske?

-Está tan lejos de aquí como Watershade del Rincón de Twitten.

-No es mucha distancia -reflexionó Glyneth. Extendió la mano-. Dame el almanaque.

-¡Y yo que te consideraba una muchacha suave, bonita y coqueta! -gruñó Visbhume, obedeciendo de mala gana-. Eres dura como el acero.

-Allá está el gusopo de Visbhume, o como se llame; está tranquilo y dispuesto. ¿No deberíamos cabalgar hacia Asphrodiske con toda comodidad?

Kul tiró de la correa.

-¡Levántate! Ordena a tu bestia que se prepare.

Visbhume obedeció a regañadientes. Izaron las anclas; con Glyneth y Kul en la pérgola, y Visbhume sentado desconsoladamente en las ancas, el gusopo emprendió la marcha por las planicies de Tanjecterly.

XVI

1

La choza se erguía desolada en el bosque. Toda su magia había desaparecido. Un oblicuo rayo de sol atravesaba la puerta y trazaba un rectángulo en el suelo, dejando a oscuras la vieja mesa y el banco. El silencio sólo era turbado por el suspiro del viento entre los árboles.

Todo lo que había ocurrido en la choza, o lo que pudiera haber ocurrido, formaba parte del triste y estéril pasado, y había desaparecido para siempre.

En Watershade, Aillas, Dhrun y Shimrod pasaron siete días de desconsuelo. Shimrod, sombrío en aquella ocasión, sólo pudo informar que Murgen no había abandonado su interés en el asunto.

Los tan familiares aposentos resultaban demasiado tristes sin la bulliciosa presencia de Glyneth. Shimrod se dirigió a Trilda mientras Aillas y Dhrun regresaban a Dorareis.

El castillo Miraldra estaba lúgubre. Aillas se ocupó de los asuntos rutinarios del estado mientras Dhrun se esforzaba para reanudar sus estudios. Varios mensajes de Ulflandia del Sur llamaron la atención de Aillas. Los ska habían reunido y preparado un poderoso ejército en la Costa Norte, con el claro propósito de atacar Ulflandia del Sur, destruir los ejércitos ulflandeses y ocupar Suarach, Oáldes y quizá la misma Ys.

Aillas y Dhrun se embarcaron rumbo a Ulflandia del Sur con nuevas tropas de Dascinet y Scola. Atracaron en Oáldes y cabalgaron hacia Doun Darric.

En una conferencia, Aillas supo que últimamente no se habían producido combates importantes, lo cual le alegró. Su estrategia se basaba en infligir al enemigo grandes pérdidas mientras su propio ejército sufría un mínimo de bajas: una clase de guerra para la cual había preparado a su ejército y que ponía en jaque a los ska. En efecto, los ska habían perdido el control de la mitad meridional de Ulflandia del Norte, excepto la zona aún protegida por el castillo Sank. Aillas dirigió una carta a Sarquin, rey-elector de los ska:

Al noble Sarquin, rey-elector:

Soy rey legal y coronado de Ulflandia. Tus ejércitos aún bollan mis tierras y someten a mi pueblo a cautividad.

Te pido que retires tus ejércitos hacia la Costa Norte, que liberes a todos los cautivos ulflandeses que aún te sirven, y que renuncies a tus propósitos de ataque contra mis tierras. Si actúas de inmediato, no exigiré reparaciones.

Si no accedes a mi solicitud, tu gente morirá y se derramará mucha sangre ska. Ahora mis ejércitos superan a los tuyos en número. Están entrenados para atacar repetidas veces, sin recibir contragolpes. Mis naves controlan el Mar Angosto; podemos incendiar a gusto tus ciudades costeras. En poco tiempo verás ascender humo negro a lo largo de las costas de Skaghane, y tus súbditos conocerán las mismas penalidades que has infligido a los míos.

Te suplico que abandones tus vanos sueños de conquista; no puedes hacernos daño, mientras que nosotros podemos destruirte y causarte gran pesadumbre.

Éstas son las palabras de:

Aillas, rey de Troicinet, Dascinet, Scola y Ulflandia.

Aillas selló la carta y envió el mensaje por medio de un cautivo ska. Transcurrió una semana y la única respuesta fue un súbito movimiento de tropas ska. Desde el este de la Costa Norte avanzó el gran ejército negro, desplazándose con ominosa deliberación.

Aillas no tenía la menor intención de atacar un contingente tan numeroso. Sin embargo, en seguida envió tropas para que atrajeran la caballería liviana ska hacia los arqueros troicinos. Pequeñas partidas rodeaban los convoyes de suministros y hostigaban las líneas de comunicación.

El ejército ska se dividió en dos unidades de fuerza similar. La primera continuó hacia la ciudad de Kerquar, al oeste, y la segunda se desplazó hacia el Brezal del Endrino, en el centro de Ulflandia del Norte.

Las patrullas ulflandesas se envalentonaron cada vez más, y a veces se acercaban a los ska para insultarlos, con el propósito de que un grupo se apartara del cuerpo principal, y así emboscarlo y destruirlo. De noche los centinelas ska vigilaban atemorizados, pues a menudo eran asesinados. Finalmente los ska también empezaron a enviar patrullas nocturnas y a preparar emboscadas, las cuales redujeron un poco la presión ulflandesa, aunque los ska perdían más de lo que ganaban.

Había indicios de una erosión de la moral ska. Antes atacaban con osadía e impunidad, y se habían considerado invencibles. Ahora que se habían convertido en presa y víctima, comprendían que eran vulnerables y reflexionaban cabizbajos sobre su reciente derrota, para la cual no hallaban explicación.

Aillas se preguntaba si se los podría inducir a cometer nuevos errores estratégicos que las fuerzas ulflandesas pudieran explotar. Él y sus comandantes, examinando los mapas, trazaron diversos planes de batalla, cada uno con notas para hacer frente a las contingencias.

Así se puso en marcha un intrincado y preciso conjunto de operaciones: ataques, retiradas y audaces golpes de mano contra las aldeas de la Costa Norte. Esos golpes de mano pronto se convirtieron en verdaderas incursiones, combinadas con ataques marítimos. Al fin, como Aillas esperaba, el ejército acampado en Kerquar viró hacia el noroeste, con lo cual el ejército de Brezal del Endrino quedó aislado de los refuerzos en caso de un súbito ataque masivo. Ahora, los planes de una invasión ska a Ulflandia del Norte parecían haberse postergado.

Sin pensarlo dos veces. Aillas envió una fuerza de caballería ligera para hostigar a este ejército y llamar su atención, sin trabarse en combate con el muy disciplinado núcleo de caballería pesada. También envió un ejército de sitio, equipado con dos docenas de macizas ballestas, catapultas y otras máquinas de asalto contra el castillo Sank, la fortaleza que custodiaba el sudeste. Se proponía realizar un asalto rápido y decisivo, y así fue, a pesar de que la fortaleza estaba reconstruida y la guarnición reforzada.

En seis horas, las murallas exteriores habían caído y la ciudadela estaba bajo asedio. Arqueros apostados en altas torres de madera descargaban sus flechas sobre los parapetos. Las máquinas lanzaban grandes piedras para horadar los tejados, y luego enviaban bolas de fuego para incendiar las maderas astilladas. Los defensores lucharon con denuedo, y dos partidas de caballeros que salieron a pelear fueron derrotadas.

En la segunda noche, durante las etapas finales de la operación, mientras rugían las altas llamas, Aillas creyó divisar a Tatzel en los parapetos. Llevaba casco de arquero y un arco, con el cual descargaba una flecha tras otra contra las fuerzas atacantes. Aillas quiso hablarle, pero se contuvo y la contempló fascinado. Ella miró hacia abajo y lo vio; puso una flecha en el arco y lo tensó con todas sus fuerzas, pero antes de que pudiera soltarla una flecha surcó el aire y se le clavó en el pecho. La flecha de Tatzel se desvió hacia el merlón que tenía al lado. Ella trastabilló y cayó hacia atrás.

En la fluctuante luz roja, Aillas aún no estaba seguro de que fuera ella, pero luego no la encontró entre los supervivientes. Aillas no tenía valor para buscar entre los cadáveres carbonizados el cuerpo de la gallarda y joven Tatzel.

Los ska de Brezal del Endrino, al enterarse del ataque al castillo Sank, levantaron el campamento y realizaron un desesperado esfuerzo para llegar a tiempo para interrumpir el sitio. En su prisa abandonaron su cerrada formación habitual y corrieron hacia el norte en una columna: éste era el error para el cual Aillas no sólo se había preparado sino que lo había incitado. En un lugar llamado Chaparral de Tolerby, los ska fueron emboscados por las fuerzas ulflandesas y sesenta caballeros troicinos cargaron contra el corazón del ejército ska, luego viraron y se retiraron, mientras desde el otro flanco cargaban los barones ulflandeses.

No fue una batalla fácil, y sólo se pudo ganar cuando las tropas que acababan de vencer en Sank destruyeron el flanco ska.

Hubo pocos sobrevivientes ska, y muchas bajas entre ulflandeses y troicinos. Aillas, al ver tal carnicería, se apartó con disgusto. Aun así, ahora era amo de toda Ulflandia del Norte, excepto las comarcas limítrofes con la Costa Norte, la Costa Norte misma y las inmediaciones de la gran fortaleza Poelitetz.

Dos semanas después, Aillas, cabalgando con cincuenta caballeros, se acercó al resto del ejército ska cerca de la ciudad de Twock. Envió un heraldo con una bandera de tregua y este mensaje:

Aillas, rey de Troicinet, Dascinet, Scola y Ulflandia, desea parlamentar con el comandante en jefe del ejército ska.

Dos heraldos instalaron una mesa y sillas en el páramo y la cubrieron con un mantel blanco. Había postes donde colgaban un pendón con el negro y plateado emblema ska y un pendón dividido en cuartos que exhibía las armas de Troicinet, Dascinet, Ulflandia y Scola.

Acompañado por dos caballeros y un par de heraldos, Aillas se detuvo a diez metros de la mesa. Transcurrieron diez minutos, luego el ejército ska envió un grupo similar.

Aillas avanzó hacia la mesa, y el ska lo imitó: un hombre alto y enjuto, de rasgos angulosos, ojos y cabello negros.

Aillas se inclinó.

-Soy Aillas, rey de Troicinet, Dascinet y Ulflandia.

-Soy Sarquin, rey-elector de Skaghane y de todos los ska.

-Me alegra deliberar con una persona de tan alto rango -manifestó Aillas-, pues eso facilita mi tarea. Estoy aquí para concertar la paz. Hemos reconquistado nuestro territorio; prácticamente hemos ganado la guerra. Nuestro odio permanece, pero no justifica más derramamiento de sangre. Podéis pelear, pero ahora os superamos en número y nuestros guerreros igualan vuestra destreza. Si optáis por seguir luchando, sólo quedarán niños, mujeres y ancianos en Skaghane. En este momento podría hacer desembarcar una fuerza de tres mil hombres en Skaghane y nadie podría detenerme.

»No deseo herir ni matar a más hombres valientes, sean tuyos o míos. Estas son mis condiciones de paz:

«Retirarás tus fuerzas de Ulflandia, incluida Poelitetz. No os llevaréis con vosotros las riquezas ni los tesoros acumulados en Ulflandia, ni caballos, vacas, ovejas ni cerdos. Los caballeros pueden cabalgar en sus monturas; todos los demás caballos serán confiscados.

«Mantendréis la soberanía en la Costa Norte, para uso y bienestar de vuestro pueblo.

«Liberaréis a todos los esclavos, siervos, cautivos y prisioneros que ahora están bajo vuestra custodia en Skaghane, en la Costa Norte y en otras plazas, y los entregaréis, con amable y clemente tratamiento, en la ciudad de Suarach.

«Os comprometeréis a no conspirar con los enemigos de mi gobierno, ni uniros a ellos, ni darles consejo, recursos o ayuda: ni al rey Casmir de Lyonesse ni a ningún otro.

«No exijo reparaciones ni indemnizaciones, ni impondré castigos por las vidas de mi pueblo que habéis segado en vuestra codicia.

«Estos términos son generosos. Si los aceptas, podrás regresar a Skaghane con honor, pues tus guerreros han luchado con valentía, y sin duda estas condiciones propiciarán vuestra comodidad y prosperidad, y a su debido tiempo favorecerán la amistad entre todas las naciones de Elder. Si las rechazas, no sólo no ganarás nada sino que acarrearás desastres a tus súbditos y a tu país.

»No podemos ser amigos, pero tampoco es preciso que seamos enemigos. Estas son mis propuestas. ¿Las aceptas o las rechazas?

Sarquin, rey-elector de los ska, pronunció dos palabras:

-Las acepto.

Aillas se puso en pie.

-En nombre de todos los hombres que en caso contrario habrían muerto, agradezco tu sabia decisión.

Sarquin se levantó, saludó con una reverencia y volvió a reunirse con su ejército. Media hora después, el ejército levantó el campamento y emprendió la marcha hacia la Costa Norte.

2

La guerra estaba ganada. Las tropas ska abandonaron Poelitetz y fueron inmediatamente reemplazadas por una guarnición ulflandesa. Audry, rey de Dahaut, protestó ante Aillas por este acto, alegando que Poelitetz estaba situada en territorio Dahaut.

Aillas replicó que aunque el rey Audry citaba varios puntos de interés técnico, y utilizaba con habilidad los recursos de la lógica abstracta, no había establecido ninguna asociación con la realidad. Aillas señaló que históricamente Poelitetz protegía Ulflandia frente a Dahaut, pero no había cumplido ningún propósito cuando estaba controlada por los dauts. La línea de la Gran Escarpa definía la frontera con mayor realismo que la divisoria del Teach tac Teach.

El enfurecido rey Audry arrojó la carta de Aillas al suelo y nunca se dignó responder.

Aillas y Dhrun regresaron a Troicinet, dejando que Tristano y Maloof supervisaran los detalles de la retirada ska, que se realizó con escrupulosa precisión.

Pocos días después del regreso de Dhrun y Aillas a Dorareis, Shimrod se presentó en el castillo Miraldra. Después de la cena, Aillas, Dhrun y Shimrod fueron a sentarse junto al fuego en una salita. Tras un momento de silencio, Aillas se obligó a preguntar:

-Supongo que no tienes novedades.

-Ha habido ciertas circunstancias extrañas, pero en esencia no cambian nada.

-¿Cuáles son esas extrañas circunstancias?

-Pide más vino -dijo Shimrod-. Necesitaré refrescarme el gaznate.

Aillas llamó al criado.

-Dos jarras de vino más... no, tres, pues debemos dar a Shimrod buena voz.

-Con buena voz o sin ella -dijo Shimrod-, aún ignoramos muchas cosas.

Aillas, notando que Shimrod titubeaba, dijo con énfasis:

-¿Aún?

-Aún, todavía, entonces y ahora. Pero te diré lo que he averiguado. Verás que es poco. En primer lugar Tanjecterly es sólo uno de los diez mundos, incluida nuestra buena Tierra Gea, que el viejo padre Cronos mece en un lazo corredizo. Algunos son reinos de demonios, otros ni siquiera sirven para eso. Visbhume abrió un pasaje hacia Tanjecterly con su llave, pero parece que a veces se abren agujeros por sí solos para que los hombres caigan contra su voluntad, y para su sorpresa, y así desaparezcan para siempre. Pero esto es irrelevante. Un indómito hechicero conocido como Ticely Twitten emprendió un estudio de estos mundos y su almanaque mide lo que él denomina «pulsaciones» y «temblores». El tiempo de Tanjecterly no sigue el mismo ritmo que el nuestro. Un minuto de aquí puede ser una hora de allá, o viceversa.

-Interesante -dijo Aillas-. ¿Qué más?

-Mi relato comienza con Twitten. Hipólito de Maule adquirió su almanaque, que acabó en manos de Visbhume. Por razones que desconocemos, Casmir ordenó a Visbhume que interrogara a Glyneth, y Visbhume la llevó a Tanjecterly por diversos motivos. Uno de ellos era que Tamurello esperaba que Murgen o yo cayéramos como estúpidos en la trampa, de donde no podríamos salir nunca. En cambio, como sabes, enviamos a Kul para que rescatara a Glyneth. Como no tenemos noticias, resulta difícil juzgar su éxito...

3

El gusopo avanzó en una dirección que Glyneth optó por llamar este, opuesta al punto del cielo donde había visto por primera vez la luna negra. Aquel raro cuerpo celeste ya se había desplazado bastante, virando hacia el norte aunque había permanecido a la misma altura sobre el horizonte.

Durante quince kilómetros, el gusopo corrió a lo largo del río. Había planicies abiertas al sur. A lo lejos, una manada de criaturas de patas largas se interesó en los viajeros e incluso se acercó con aire amenazador, pero el gusopo aumentó la velocidad y las criaturas perdieron interés en la persecución.

El río viró hacia el norte y el gusopo se internó en una estepa que parecía ilimitada, con una hierba corta y azul y árboles esféricos desperdigados.

Kul iba delante, en los hombros de la bestia, con las piernas abiertas. Glyneth, sentada en el asiento acolchado de la pérgola, dominaba todo el panorama. Habría podido bajar a la alfombra que cubría el lomo del gusopo y caminar hacia los flancos traseros, donde estaba Visbhume con los ojos vidriosos de resentimiento por la indignidad que significaba la correa en el cuello.

Durante un rato Glyneth ignoró a Visbhume, excepto para vigilarlo. Al fin bajó a la alfombra y fue hacia atrás.

-¿No hay noche aquí? -le preguntó a Visbhume.

-No.

-Entonces, ¿cómo medimos la hora para saber cuándo hay que dormir?

-Duerme cuando estés cansada -barbotó Visbhume-. Ésta es la norma. En cuanto a medir el tiempo, la luna negra sirve como reloj.

-¿Falta mucho para Asphrodiske?

-Es difícil decirlo. Quizá varios cientos de leguas. Twitten no trazó mapas para nuestra comodidad y deleite. -A Visbhume se le ocurrió una idea. Parpadeó y se relamió los labios-. Aun así, sus detalles cartográficos son exactos. Trae el almanaque y haré los cálculos.

Glyneth ignoró la solicitud. Miró al costado evaluando el paisaje.

-A este paso sin duda recorremos cuatro o cinco leguas por hora. ¿Se cansará el gusopo?

-Debe descansar y comer hierba durante un tiempo similar al que pasa corriendo.

-Entonces, en cincuenta horas recorreremos cien leguas, según mis cálculos.

-Es un cálculo justo y preciso, pero no tiene en cuenta peligros ni demoras.

Glyneth miró los soles.

-Estoy tan cansada que podría dormirme de pie.

-Yo también estoy cansado -dijo Visbhume-. Paremos para refrescarnos. A pesar de mi fatiga, haré la primera guardia, para que tú y la bestia podáis descansar.

-¿Bestia? ¿Kul?

-Así es.

Glyneth fue a ver a Kul.

-¿Estás cansado?

Kul reflexionó.

-Sí, estoy cansado.

-¿Paramos para dormir?

Kul escudriñó el paisaje.

-No diviso ninguna amenaza.

-Visbhume se ha ofrecido amablemente a hacer la primera guardia, para que tú y yo podamos descansar mejor.

-¡Ah! ¡Visbhume demuestra una rara generosidad!

-También sabe ingeniar trucos astutos.

-Así es. Nuestro sueño podría ser profundo y largo. Sin embargo, en la caja de los arneses he descubierto una buena soga, y quizá Visbhume nos haga un favor después de todo.

Llegaron a un lugar donde crecían dos árboles, uno a quince metros del otro. Kul frenó el gusopo y arrojó el ancla.

-¿Qué haremos ahora? -preguntó Visbhume con ávido interés-. ¿Descansar? ¿Monto la primera guardia? En tal caso, quítame esta correa, para que pueda mirar con comodidad a izquierda y derecha.

-A su debido tiempo -replicó Kul. De la caja que había en la parte trasera de la pérgola sacó un rollo de soga fuerte. Sujetó un extremo a uno de los árboles y le hizo una seña a Visbhume-. Ponte aquí, a medio camino entre ambos árboles.

Visbhume obedeció de mal talante. Kul le quitó la correa, anudó la cuerda alrededor del cuello de Visbhume y sujetó el otro extremo al otro árbol. Visbhume quedó sujeto entre los dos árboles. Tenía los brazos y las piernas libres, pero no podía moverse en ninguna dirección.

Glyneth observó con aprobación.

-¡Ahora debemos investigar bien! Tiene bolsillos en las mangas y en los pantalones, y tal vez también en los zapatos.

-¿No se respeta mi intimidad? -exclamó el airado Visbhume-. Esta clase de registro es contraria a toda regla de cortesía.

Kul examinó la ropa de Visbhume, y advirtió que Glyneth no había registrado a Visbhume con suficiente atención. Kul descubrió un tubo corto de propósito desconocido, una caja marrón que contenía una casa en miniatura y, en las costuras de los pantalones de Visbhume, dos medidas de alambre de acero resistente pero flexible. En el interior del cinturón de Visbhume había una daga. Las botas, el lazo y el fruncido de los pantalones no parecían ocultar ningún otro ingenio.

Glyneth examinó la casa en miniatura.

-Esto parece una casita mágica. ¿Cómo se amplía?

-Es una propiedad muy valiosa -dijo Visbhume-. No permito que la use cualquiera.

-Visbhume -advirtió Kul-, hasta ahora tu piel está casi intacta. Has comido bien y has cabalgado en el gusopo. Si estas condiciones te resultan convenientes, responde a cada pregunta directa y sinceramente; de lo contrario lo lamentarás.

Visbhume respondió con furia:

-Pon la casita en el suelo y grita: «¡Casa, crece!», y cuando desees reducirla, grita: «¡Casa, disminuye!» Glyneth puso la casa en el suelo y gritó:

-¡Casa, crece!

Al instante estuvo ante una cómoda casa por cuya chimenea ya salía humo.

-Visbhume -dijo Kul-, montarás la primera guardia, como tan amablemente ofreciste. Si te queda algún truco, cosa que no dudo, no intentes ponerlo en práctica, pues estaré alerta.

Glyneth entró en la casa, encontró un cómodo diván y se durmió al instante. Despertó al cabo de un rato y descubrió a Visbhume durmiendo frente a la casa mientras Kul dormitaba en el umbral. Glyneth le acarició el vello negro que le cubría el cuero cabelludo.

-Estás despierta -dijo Kul.

-Yo montaré guardia. Tú duerme.

Kul se levantó y miró a su alrededor. Por un instante Glyneth pensó que se tendería en el suelo, pero se acostó en el diván y se durmió en seguida.

Visbhume despertó poco después. Glyneth fingió no prestarle atención. Visbhume estudió la situación con ojos entornados que relucían como los amarillos ojuelos de un zorro.

-¡Glyneth! -susurró.

Glyneth se volvió hacia él.

-¿Está dormida la criatura? -preguntó Visbhume.

Glyneth asintió. Visbhume habló con voz meliflua:

-Sabes muy bien que te conviene estar del lado del poderoso Visbhume. ¿Te unirás a mí en una sagrada y secreta conspiración? Derrotaremos a esa monstruosa bestia, con sus amenazas insolentes y sus actitudes poco recomendables.

-¿De veras? ¿Y después?

-¡Sabes cuánto te amo! ¿No sientes brotar un sentimiento similar hacia mí?

-¿Y qué haremos?

-Iremos a Asphrodiske y regresaremos a la Tierra cuando se produzca la pulsación.

-¿Cuándo?

-¡Dentro de poco, antes de lo que supones!

-¡Visbhume! ¡Me asustas! ¿Nos queda tiempo suficiente?

-Si todo sale bien y yo soy el que manda.

-¿Pero cómo sabremos de cuánto tiempo disponemos?

-¡Por la luna negra! Cuando el radio gire hacia el diámetro exactamente opuesto a la puerta por donde entramos, ésa será la hora. ¿Te unirás a mí en una profunda e indisoluble complicidad?

-Kul es terrible y fuerte.

-¡También yo! ¿Acaso cree que todo mi poder ha desaparecido? ¡Eso espero! ¿Estás conmigo?

-Claro que no.

-¿Qué? ¿Prefieres esa bestia a Visbhume, quien vive y baila al son de músicas estremecedoras?

-Visbhume, duerme mientras puedas. Tus necedades impiden el sueño de Kul.

-Me has despreciado por última vez -bufó Visbhume con voz sibilante-. ¡Lo lamentarás!

Glyneth no respondió.

Kul despertó; los tres desayunaron leche, pan, mantequilla, queso, cebollas y jamón de la despensa, y luego Glyneth dijo:

-¡Casa, disminuye!

La casa se redujo y Glyneth la guardó en la caja. Montaron el gusopo y reanudaron la marcha.

Visbhume deseaba compartir las comodidades de la pérgola con Glyneth.

-¡Desde allí tendré una buena vista! ¡En un santiamén captaré peligros distantes!

-Tú eres la retaguardia -objetó Kul-. Debes estar alerta a los peligros que nos amenacen desde atrás. Ése es tu deber, y disfrutarás una buena vista desde las ancas, como ayer. ¡Deprisa! La luna negra rueda en el cielo, y debemos llegar a Aphrodiske a tiempo.

El gusopo corría por la llanura de hierba azul, moviendo las patas de tal modo que las borlas de la alfombra se mecían rítmicamente. Kul iba arrodillado en la base de la pérgola, inclinado de tal modo que sus macizos hombros casi llenaban el espacio que separaba los cuernos oculares del gusopo. Glyneth viajaba cómodamente reclinada en el asiento acolchado de la pérgola, meciendo ociosamente una pierna, y Visbhume iba acurrucado en las ancas, mirando hacia atrás con mal ceño.

Al norte surgió un profundo bosque de árboles azules y rojos. Al acercarse, divisaron una alta mansión de madera oscura, construida con majestuosidad y elegancia, con muchas ventanas estrechas, torres y cúpulas, y con adornos y extravagancias tal vez destinadas a mitigar el aburrimiento. Para Glyneth, el estilo rayaba en lo excéntrico, aunque allí, a la vista de aquella planicie inmutable, una preferencia era tan apropiada como cualquier otra. Glyneth se irguió en el asiento, para no presentar una imagen descuidada a quien pudiera observar por las altas y estrechas ventanas.

Mientras pasaban, se abrió un portal de donde salió un caballero con armadura completa de lustroso metal negro y marrón. Su yelmo lucía una alta cresta bellamente forjada, con varillas, discos y cuernos dentados. El caballero montaba en una criatura semejante a un tigre negro de patas largas, con una hilera de afilados cuernos en la frente, y empuñaba una larga lanza donde ondeaba un estandarte púrpura, con un emblema rojo oscuro, plateado y azul.

El caballero se detuvo a treinta metros, y Kul frenó el gusopo.

-¿Quiénes sois -gritó el caballero-, que cruzáis mis dominios sin autorización ni permiso?

-Caballero -respondió Glyneth-, somos forasteros y nadie nos advirtió de que eran tus tierras. Siendo así, ¿tendrás la gentileza de dejarnos seguir nuestro camino?

-Bien dicho, y con cortesía -declaró el caballero-. Me siento tentado a mostrarme clemente, pero temo que otros, menos corteses que vosotros, encuentren excusa para tomarse libertades.

-Señor -declaró Glyneth-, ¡nuestros labios están sellados con rejas de hierro! Nunca mencionaremos tu tolerancia, y sólo hablaremos del esplendor de tu cortejo y la gallardía de tu conducta. Con nuestros mejores saludos para ti y tus seres queridos, nos apresuramos ahora a abandonar tu presencia.

-¡No tan deprisa! ¿No me habéis oído? Estáis detenidos. ¡Desmontad y dirigios a la casa Lorn!

-¡Estúpido! -exclamó Kul-. ¡Regresa a tu morada mientras tengas vida!

El caballero puso la lanza en ristre. Kul saltó del gusopo, para consternación de Glyneth.

-¡Kul! -exclamó-. ¡Vuelve aquí! ¡Correremos, y que nos persiga si lo desea!

-Su montura es muy veloz -dijo Visbhume-. Dame el tubo que me quitaste y le dispararé un acaro de fuego. ¡No! ¡Mejor dame el espejo que hay en mi talego!

Glyneth le dio el espejo a Visbhume. El caballero apuntó la lanza contra Kul; el negro tigre tricorne embistió. Visbhume hizo un ademán y el espejo se expandió reflejando al caballero y su montura. Visbhume guardó el espejo; el caballero y su imagen reflejada chocaron; las dos lanzas vibraron y ambos caballeros cayeron al suelo, donde desenvainaron las espadas y lucharon mientras los tigres se enfrentaban rodando y rugiendo.

Kul saltó al gusopo, que se alejó hacia el este mientras el combate proseguía.

-Buen trabajo -le dijo Glyneth a Visbhume-. Lo tendremos en cuenta cuando hagamos una evaluación final. Devuélveme el espejo.

-Es mucho mejor que lo conserve yo -alegó Visbhume-. Así podré actuar deprisa en las emergencias.

-¿Recuerdas la advertencia de Kul? Estaba ansioso por pelear con el caballero. Le negaste ese ejercicio y ahora puede estar impaciente.

-¡Ah, ese monstruo! -gruñó Visbhume entre dientes, y devolvió el espejo de mala gana.

Transcurrió el tiempo y pasaron las leguas. Glyneth trató de desentrañar los cálculos del Almanaque de Twitten, pero en vano. Visbhume se negó a enseñarle, alegando que primero debía aprender dos lenguas arcanas y un exótico sistema matemático, cada cual con su particular modalidad de representación gráfica. Glyneth también encontró un mapa y Visbhume lo interpretó a regañadientes.

-Aquí están las colinas Lakkady, el río Mys y la choza; ésta es la gran estepa de Tang-Tang, habitada sólo por caballeros salteadores y bandas de bestias nómadas. Es el territorio por donde viajamos ahora.

-¿Esta ciudad junto al río es Asphrodiske?

Visbhume estudió el mapa.

-Parece ser la ciudad de Pude, junto al río Haroo. Asphrodiske está aquí, más allá de los bosques y la Estepa de los Mendigos Lamentables.

Glyneth miró con angustia la luna negra, que había recorrido una distancia considerable sobre el horizonte.

-Aún falta un largo trecho. ¿Nos dará tiempo?

-Depende en gran medida de las circunstancias -dijo Visbhume-. Si un experimentado capitán de viajes como yo estuviera a cargo de la travesía, los acontecimientos podrían seguir un curso satisfactorio.

-Tendremos en cuenta tu consejo -dijo Glyneth-. También puedes mantenerte atento a los caballeros salteadores y las bestias nómadas.

Los viajeros continuaron la marcha por la estepa Tang-Tang, pero no fueron atacados por caballeros ni por bestias, aunque a lo lejos divisaron animales corpulentos de cuello largo que comían frutas, y unas manadas de lobos bípedos que brincaban más allá. En ocasiones las criaturas se erguían para mirar el gusopo.

Visbhume sintió sueño y se recostó en la alfombra para dormitar bajo la tibia luz del sol. Glyneth oyó un ruido y al volverse notó que uno de los lobos había trotado furtivamente por detrás del gusopo y había saltado a la alfombra. Sentado en la cara de Visbhume, le sorbía sangre del pecho a través de los orificios de succión que tenía en las garras.

Kul se abalanzó sobre el lobo, le torció el cuello y lo arrojó hacia atrás. Visbhume miró lastimeramente a Kul y luego el cadáver del lobo, que ya era descuartizado por cuatro de sus congéneres. Al fin recobró la compostura.

-¡Si no me hubierais quitado mis cosas, no habría sufrido este ultraje!

Glyneth lo miró con desdén.

-No tendrías que haberme traído aquí, ante todo.

-¡No me eches la culpa! ¡Una persona de gran poder me hizo ese encargo!

-¿Quién? ¿Casmir? No es excusa. ¿Por qué está tan interesado en Dhrun?

-Un portento, o algo parecido, le alarmó -respondió Visbhume con amargura, sincero sólo a causa del ataque del lobo, del cual echaba las culpas a Casmir. Glyneth trató de sonsacarle más detalles, pero Visbhume se negó a decir más si ella no respondía a sus preguntas con la misma sinceridad. Glyneth rió desdeñosamente, y Visbhume masculló-: Jamás olvidaré tales insultos!

El viaje continuó como antes. Los lobos los persiguieron un rato, brincando con sus largas patas, pero al fin soltaron aullidos de disgusto y viraron hacia el sur.

Las patas del gusopo devoraban las leguas mientras la luna negra se desplazaba en el cielo. El grupo se detuvo tres veces a descansar. En cada ocasión Glyneth utilizó la casa mágica e hizo aparecer un banquete en la mesa, y todos comieron hasta saciarse. Sin embargo, no permitieron que Visbhume bebiera demasiado vino, por temor a que se insolentara y fastidiara a los demás con sus bravatas. Visbhume soltó una retahíla de quejas por la situación en que se encontraba.

Glyneth se negó a escucharlo:

-¡Te repito que estos problemas son obra tuya!

Visbhume iba a negar esta afirmación, pero Glyneth lo interrumpió en seco.

-Ni Kul ni yo queremos perder tiempo en tonterías. En cambio -puso el talego sobre la mesa- dime, y te recuerdo la impaciencia de Kul ante tu reticencia, cómo puedo disparar ácaros de fuego con este tubo.

-No puedes -dijo Visbhume, sonriendo y tamborileando sobre la mesa al son de una melodía interior.

-¿Y cómo lo harías tú?

-Primero necesitaría los ácaros de fuego. ¿Hay alguno en el talego?

-No lo sé -respondió Glyneth, desconcertada. Extrajo un frasco-. ¿Qué hay aquí?

-El sensibilizador mental de Hipólito. Una gota agudiza la mente y ayuda a obtener una envidiable reputación de inteligencia e ingenio. Dos gotas realzan las inclinaciones estéticas hasta un grado exquisito, de modo que la persona así estimulada puede traducir el diseño de las telarañas en ciclos de cantares y sagas épicas.

-¿Tres gotas?

-Jamás lo ha intentado el ser humano. Quizá Kul desee experimentar una sublime experiencia estética. Para individuos como Kul, recomiendo cuatro o cinco gotas.

-Kul no es un esteta -replicó Glyneth-. Éstos son tus bálsamos y ungüentos curativos, y esto es tu tónico para el cabello... ¿Qué hay en esta botella verde?

-Esto, querida Glyneth -contestó delicadamente Visbhume-, es una tintura de sublimaciones eróticas. Derrite a castas doncellas que antes desoían razones y pasiones, y produce sensaciones maravillosas. Cuando la ingiere un caballero, aun de cierta edad, agudiza el ardor y vigoriza a esa persona que, por cualquier razón, se encuentra, por así decirlo, cada vez más distraída.

-Dudo que necesitemos este repulsivo tónico -dijo fríamente Glyneth. Extrajo más objetos-. Aquí están los frascos con insectos, el tubo y el espejo. Ropa, pan, queso, vino. Violín y arco; también un silbato. Alambres. ¿Para qué sirven?

-Son útiles cuando uno desea franquear un abismo o derribar paredes de piedra. Los conjuros perentorios son difíciles de usar.

-¿Y los ácaros de fuego?

Visbhume les quitó importancia.

-La cuestión es irrelevante.

-¡Kul, no lo mates! -exclamó Glyneth.

Kul regresó despacio a su asiento. Visbhume se acurrucó en el rincón. Con súbita inspiración, Glyneth señaló una hilera de botones decorativos que iban a lo largo de la manga de Visbhume.

-¡Los botones! Visbhume, ¿son éstos los ácaros de fuego...? Kul, sé paciente. Arranca los botones.

-Mejor aún, Visbhume engullirá algunos.

-Jamás! -exclamó Visbhume, alarmado.

-¡Entonces, dámelos!

-¡No me atrevo! -exclamó Visbhume-. En cuanto alguien los arranca, hay que dispararlos por el tubo.

Kul cortó de las mangas de Visbhume largos retazos de tela negra a los cuales estaban cosidos los ácaros de fuego. Cuando Visbhume movía los brazos, sus huesudos codos blancos sobresalían por los agujeros.

Glyneth enrolló las tiras alrededor del tubo.

-Ahora explícame cómo usarlos.

-Arrancas el botón de la tela y lo pones en el tubo, luego soplas hacia la persona a quien deseas herir.

-¿Qué otras triquiñuelas nos ocultas?

-¡Ninguna más! ¡Me habéis despojado! ¡Estoy indefenso!

Glyneth lo guardó todo en el talego.

-Espero que digas la verdad, por tu bien; a pesar de todo me disgustaría verte sufrir.

Como antes, los tres durmieron por turnos. Visbhume se negó a dormir en el exterior por miedo a los lobos, y al fin lo dejaron dormir en la despensa, asegurando la puerta para que no huyera.

A su momento, el gusopo echó a correr de nuevo por la estepa: una sabana ondulante moteada de árboles esféricos de color un poco distinto, pues algunos eran ocres, negros y marrones, no rojos como los árboles del río Mys.

De pronto divisaron un gigantesco árbol de doscientos metros de altura. Las primeras ramas brotaban en un grupo de seis, espaciadas simétricamente alrededor del tronco, y cada una terminaba en una gran bola de follaje oscuro y amarillento, con otras capas de ramas espaciadas del mismo modo, y así hasta la copa. A lo lejos había varios árboles gigantes del mismo tipo, algunos aún más altos.

Cuando el gusopo pasó ante el primero, los viajeros vieron fascinados que en la corteza del tronco, a unos cincuenta metros del suelo, criaturas arborícelas y bípedas habían construido refugios interconectados por frágiles balcones. Los habitantes del árbol se excitaron cuando pasó el gusopo, y se asomaron a los balcones, haciendo señas y gestos de irritación. Los ademanes obscenos de Visbhume sólo los enardecieron más.

La luna negra se desplazaba inexorablemente en el cielo. Glyneth intentó calcular cuánto habían recorrido, pero sólo logró confundirse. Visbhume fingió ignorarlo; le ordenaron que bajara al suelo y corriera detrás del gusopo hasta que su comprensión se avivara, y casi en seguida pudo brindar datos precisos.

-¡Observad esa estrella rosada! Cuando la luna negra pase debajo de la estrella, el camino al Rincón de Twitten estará abierto. Mi estimación no está calculada al minuto -añadió altivamente-. Me resistía a hacer una afirmación inexacta.

-¿Y a qué distancia está Asphrodiske?

-Permitidme examinar el mapa del Almanaque.

Glyneth, quizá en un exceso de prudencia, extrajo la llave y le dio el Almanaque a Visbhume.

Visbhume señaló con el índice ganchudo.

-Creo que estamos aquí, cerca de este río, que es el Haroo. Me parece verlo allá delante, hacia la izquierda. La ciudad de Pude indica el comienzo de territorio habitado. Aquí está la Carretera de las Piedras Redondas; atraviesa el Bosque Oscuro y la Llanura de los Lirios y así llega a Asphrodiske, que es este símbolo. Después de Pude nos quedan unas treinta o cuarenta leguas; el tiempo se nos echa encima. Temo que hayamos dormido mucho y viajado poco.

-¿Y si perdiéramos esta oportunidad?

-Convendría esperar ante el eje.

-Pero si regresáramos a la choza donde empezamos, podríamos regresar antes, ¿no es cierto?

-¡En efecto! Eres una niña muy lista, casi tan inteligente como agradable para los ojos.

Glyneth apretó los labios.

-Por favor, guárdate los cumplidos. Tus insinuaciones me ponen enferma. ¿Cuándo se produciría la pulsación favorable en la choza?

-Cuando la luna llegue al mismo punto en el cielo. Mira estas anotaciones: se refieren al azimut de la luna negra.

Glyneth fue adelante para comunicar a Kul lo que había aprendido.

-Muy bien -determinó Kul-. Dormiremos menos y viajaremos más.

Dos o tres leguas después, un camino viraba hacia el norte, donde se podía ver una pequeña aldea de casas grises. Rodeaba un promontorio boscoso y se dirigía al este. Kul obligó al gusopo a seguir el camino, aunque la criatura prefería correr por la hierba azul, que era terreno más suave. Según Visbhume, aquel camino quizá conducía directamente a Asphrodiske. Señaló el mapa.

-Primero cruzaremos el río Haroo, aquí junto a la ciudad de Pude, luego tendremos Asphrodiske delante, más allá de la Llanura de los Lirios.

El río Haroo descendía por los declives de suaves montañas, atravesaba el valle y llegaba a Asphrodiske. La carretera conducía a un puente de piedra de cinco arcadas y seguía hacia el este bordeando la aldea que Visbhume había llamado Pude.

-¿Quiénes son los habitantes de la aldea? -le preguntó Glyneth a Visbhume-. ¿Nacieron aquí?

-Son gentes de la Tierra que a lo largo de los siglos han caído sin querer en Tanjecterly a través de agujeros. Magos como Twitten han creado agujeros por una u otra razón, y esas personas deben quedarse en Tanjecterly.

-Un amargo destino -reflexionó Glyneth-. ¡Es cruel que les separen de los seres queridos! ¿No opinas lo mismo, Visbhume?

Visbhume sonrió altivamente.

-A veces son necesarios severos castigos, en especial cuando se trata de doncellas obstinadas que se niegan a compartir la abundancia de sus tesoros.

Kul volvió la cabeza y dirigió una mirada a Visbhume, cuya sonrisa se borró de golpe.

Por el camino avanzaba una carreta con doce campesinos. Se volvieron para mirar asombrados el paso del gusopo. Kul les llamaba la atención, y varios saltaron de la carreta blandiendo estacas, como para defenderse de un ataque.

-¡Qué extraña actitud! -comentó Glyneth-. No los amenazamos en absoluto. ¿Son tímidos o simplemente hostiles a los forasteros?

Visbhume soltó una risita aguda.

-Tienen miedo por una buena razón. Hay muchos roces en las montañas, y sin duda se han ganado una merecida mala reputación. Preveo problemas. Sería prudente ocultar a Kul.

-Ven a la pérgola -indicó Glyneth a Kul- y corre la cortina, para no alarmar a los habitantes de la aldea.

Kul se deslizó a regañadientes en el banco inferior de la pérgola, y corrió las cortinas. Visbhume fue a ocupar el lugar donde estaba Kul.

-Si hacen preguntas -le dijo a Glyneth-, diré que somos peregrinos que visitamos los monumentos de Asphrodiske.

-Ve con cuidado de no decir otra cosa -advirtió la voz de Kul desde atrás de las cortinas.

La inquieta Glyneth miró el talego, extrajo un Frasco del Tormento y lo puso en su bolsa.

El gusopo trotó por el puente y entró en la calle principal. Visbhume, muy alerta, miraba hacia todas partes. Tocó una prominencia de la cresta del gusopo y la criatura redujo la velocidad.

-¿Qué haces? -rezongó Kul-. ¡Sigue avanzando deprisa!

-No deseo despertar antipatías -se justificó Visbhume-. Es mejor atravesar las zonas habitadas con paso moderado, para que no nos consideren insolentes e irresponsables.

Desde una alta estructura de piedra labrada bajaron tres hombres con ceñidos pantalones negros, voluminosas túnicas de cuero verde y sombreros de alas anchas. El primero levantó la mano.

-¡Alto!

Visbhume frenó el gusopo.

-¿A quién tenemos el privilegio de dirigirnos?

-Soy el honorable Fulgis, alguacil y magistrado de la aldea de Pude. ¿Y vosotros?

-Inocentes peregrinos que se dirigen a Asphrodiske, para ver sus monumentos.

-Muy bien, ¿pero habéis pagado peaje por el uso del puente?

-Aún no, señor. ¿Cuál es la tarifa?

-Para este grupo que veo ante mí, diez buenos dibbets de buen tolk.

-¡Muy bien! Temía que me pidieras una borla de la alfombra, pues cada una de ellas vale veinte dibbets.

-Me proponía incluir una borla en el peaje.

-¿Qué? -Visbhume saltó al suelo-. ¿No es algo excesivo?

-¿Prefieres dar la vuelta y cruzar el río a nado?

-No. Glyneth, pásame el talego, para que pague al caballero Fulgís lo que debemos.

Glyneth le dio el talego en silencio. Visbhume llevó a Fulgis aparte y le habló al oído.

-¡Nos está traicionando! -le susurró Kul a Glyneth-. ¡Haz correr al gusopo!

-¡No sé cómo!

Visbhume regresó y guió el gusopo hacia un patio amurallado.

-¿Qué estás haciendo? -gritó Glyneth.

-Me temo que debemos aceptar algunas formalidades. Quizá descubran a Kul. Si se pone violento, le harán daño. Tú, querida, puedes bajar de la pérgola.

Kul saltó de la pérgola, aferró los cuernos del gusopo y quiso sacarlo del patio. Unos guerreros se adelantaron y le arrojaron lazos; Kul fue derribado y quedó aturdido un instante; aprovechando la oportunidad lo sujetaron de pies y manos con muchas vueltas de cuerda, luego lo arrastraron a una celda enrejada a un lado del patio.

-¡Bien hecho! -le dijo el magistrado a Visbhume-. ¡Semejante feroce pudo haber causado mucho daño!

-Es una bestia inteligente -advirtió Visbhume-. Sugiero que la matéis ahora mismo, y pongáis fin a la amenaza.

-Debemos esperar al alcalde, quien quizá llame a Zaxa para procurarnos diversión.

-¿Y quién es Zaxa? -preguntó Visbhume con displicencia.

-El defensor de la ley y el verdugo. Caza a los feroce en las Montañas Glone y le encanta hacerles perder su orgulloso salvajismo.

-Zaxa se encargará de Kul. Nosotros debemos partir, pues llevamos prisa. Con todo mi agradecimiento, te doy dos ricas borlas, que valen muchos dibbets. Glyneth, debemos continuar. Es un placer librarse de esta bestia pendenciera.

4

El gusopo continuó viaje hacia el este siguiendo la Carretera de las Piedras Redondas. Visbhume viajaba orgulloso en el asiento superior de la pérgola y Glyneth iba acurrucada abajo. Visbhume inspeccionó el talego con suspicacia para asegurarse de que Glyneth no le hubiera birlado ninguna pertenencia. Después de comprobar que todo estaba en orden, sacó el Almanaque. Descubrió un error en sus cómputos y se apresuró a realizar nuevos cálculos, pero no encontró nada alarmante.

Tranquilo al fin, sacó su violín, extendió el arco, improvisó unas notas y luego tocó una selección de chillonas melodías, meciendo los codos mientras daba patadas en el tablado siguiendo el ritmo. Los campesinos que trabajaban al borde de la carretera miraban maravillados el paso del gran gusopo de ocho patas, con Visbhume tocando alegre música y Glyneth alicaída debajo. Cuando los campesinos regresaron a sus granjas, tuvieron mucho que contar acerca del extraño espectáculo que habían visto y la excelente música que habían oído.

De pronto Visbhume recordó un nuevo aspecto de los cálculos sobre el cual no había reflexionado. Dejó el violín y el arco, y realizó sus correcciones. Pronto decidió que

la luna negra le daba tiempo de sobra para sus propósitos, lo cual le alegró en gran medida.

La carretera bordeaba ahora el linde del Bosque Oscuro. Visbhume guió el gusopo hacia un pequeño prado de hierba azul, a la sombra de tres oscuros árboles azules, donde se detuvo y arrojó el ancla. Bajó con aplomo al césped, puso la casita en el suelo y la hizo crecer. Al fin se volvió a Glyneth, que todavía estaba en la pérgola.

-Querida, puedes bajar.

-Prefiero quedarme aquí.

-Glyneth -advirtió Visbhume con voz amenazante-, baja del gusopo, por favor. Tenemos importantes cuestiones que discutir.

Glyneth bajó, ignorando la mano de Visbhume. Con una fría sonrisa, Visbhume le señaló la puerta de la casa. Ella entró y se sentó mientras Visbhume cerraba la puerta y echaba el cerrojo.

-¿Tienes hambre? -preguntó Visbhume.

-No -respondió Glyneth, y al instante comprendió que había cometido un error. Cualquier actividad que consumiera tiempo le resultaba conveniente.

-¿Tienes sed?

Glyneth se encogió de hombros y Visbhume sacó vino del armario y sirvió dos copas.

-Querida, al fin estamos solos y en la intimidad. ¿No es una idea estimulante? He ansiado mucho tiempo este momento, ignorando insultos y desprecios, tal como conviene a un cortés caballero. Tales asuntos sólo preocupan a las mentes estrechas. La nobleza me permite dejarlos de lado, tal como una gallarda nave cabalga sobre la espuma y las salpicaduras de las envidiosas olas. ¡Bebe, Glyneth, bebe! ¿Qué? ¿Rechazas el vino, dejas la copa? ¡Pues no me gusta nada! En vez de ojos chispeantes y una boca excitada encuentro una mirada esquiva, una postura encorvada, una nariz goteante, una conducta huraña. ¡Éste es un momento de alegría! Me desconcierta tu actitud. Te acurrucas medrosa, como si yo fuera una rata desayunando queso. ¡De pie! ¡Actuemos como delicados amantes! ¡Ten la amabilidad de aflojarte la ropa para mostrarme tus adorables y flexibles miembros!

Glyneth sacudió la cabeza.

-No haré tal cosa.

-¿De veras? -sonrió Visbhume-. ¡Qué pena que no disponga del tiempo suficiente para seguir cada uno de tus juegos! Pero el tiempo apremia, y hemos de proceder improvisadamente. Ante todo, por razones que pronto comprenderás, debo saber aquello para lo cual te traje aquí. ¡Deprisa, para que podamos dedicar más tiempo a nuestros placeres!

Para hacer tiempo, Glyneth preguntó:

-¿Qué deseabas saber?

-Ja! ¿No lo adivinas?

-Pues no. Estoy confundida.

-¡Te lo diré con exactitud! ¿Por qué no decírtelo, después de todo? ¡Sin duda jamás emplearás este conocimiento para perjudicarme! ¿Estoy en lo cierto?

-Sí.

-¡Claro que estoy en lo cierto! ¡Escucha! El rey Casmir oyó una profecía acerca del primogénito de la princesa Suldrun. Hay un misterio relacionado con el hijo de Suldrun. La princesa Madouc ocupó su lugar, pero ¿qué ocurrió con el niño que se llevaron las hadas? Había un niño que se fue de Thripsey Shee y viajó contigo. Se llama Dhrun, pero parece demasiado mayor para ser el hijo de Suldrun. ¿Quién es, pues, la madre de Dhrun? ¿Dónde está el niño que las hadas se llevaron a cambio de Madouc? Este niño tendría ahora cinco o seis años. Según la predicción, se sentará en Evandig antes de Casmir, o algo parecido, y Casmir desea encontrarlo.

-¿Para matar al niño?

Visbhume sonrió y se encogió de hombros.

-Así son los reyes. Ahora comprenderás el porqué de mi curiosidad, ¿no?

-¡Sí!

-¡Excelente! Te pido amablemente, pues, que me digas lo que sepas sobre el asunto. Te hago esta sencilla e inofensiva pregunta: ¿quién es la madre de Dhrun?

-Dhrun no conoció a su madre -respondió Glyneth-. Fue criado por las hadas y pasó una infancia muy extraña. Una vez me dijo el nombre de la madre de Madouc; ella había tenido comercio con los hombres y se llamaba Twisk.

-¡Palabras, palabras, palabras! -exclamó Visbhume-. ¡No respondes a mi pregunta! Una vez más, ¿quién es o quién era la madre de Dhrun?

Glyneth sacudió la cabeza.

-Aunque lo supiera, no te diría nada, pues podría servir de ayuda al rey Casmir, nuestro enemigo.

-¡Agotas mi paciencia! -protestó Visbhume-. ¡Pero tengo un remedio! -Sacó la botellita verde de su talego-. Esta, como recordarás, es la genuina Esencia de Amor. Una gota despierta anhelos en cada rincón del alma femenina y alienta prodigios de vigor sexual en el varón. Supongamos que te obligo a ingerir no sólo una gota, sino dos, o incluso tres. En tu apremiante ardor me dirías lo que deseo saber en un santiamén, y no te mostrarías tan quisquillosa para quitarte la ropa.

Rodaron lágrimas por las mejillas de Glyneth. ¡Qué lamentable final para su vida! No cabía duda de que Visbhume se proponía matarla o, en el mejor de los casos, dejarla en Tanjecterly.

Visbhume se le acercó con la botella.

-Vamos, zorra, abre esa boquita. Te daré una gota; una gota bastará. De lo contrario, probaremos con dos.

5

En su celda de la ciudad de Pude, Kul frotó las cuerdas de los brazos contra un borde afilado del quicio de la puerta y las cortó. Se desató las cuerdas de las piernas, derribó la puerta de la celda de un empellón y salió al patio. Un par de guardias intentaron interceptarlo y los tumbó. Kul se dirigió a la garita a recoger su espada; salió a la calle y corrió por el camino hacia el este.

Fulgis, el magistrado, organizó una partida para perseguirlo. Entre los que salieron iba el formidable Zaxa, una criatura híbrida, mitad hombre y mitad hespid batrache, con brazos como troncos, y una piel gruesa y gris inmune a las lanzas, las flechas, las garras y los colmillos. Zaxa montaba un lento gusopo, y empuñaba su fabulosa espada Zil, mientras que los demás integrantes de la partida iban en diversas monturas.

La partida se lanzó a una frenética persecución y pronto alcanzó a Kul, quien se internó en el Bosque Profundo. Los perseguidores lo siguieron dando alaridos e intercambiando alardes. Kul los sorprendió lanzándose desde un árbol, mató a ocho guerreros y huyó. La partida lo siguió con mayor prudencia haciendo consultas e intercambiando instrucciones, con Zaxa a la cabeza. Kul los sorprendió por la retaguardia y causó nuevos estragos. Cuando Zaxa llegó al lugar, Kul había vuelto a escapar. Brincó desde las sombras, capturó al magistrado Fulgis y le partió la cabeza contra un tronco, pero Zaxa lo encontró al fin.

-Feroce -bramó Zaxa-, eres listo y valiente, pero ahora debes pagar por tus asesinatos, y el precio será alto.

-Zaxa -respondió Kul-, permíteme una sugerencia: sigue tu camino y yo seguiré el mío. Así ninguno perjudicará al otro. Es un plan que redunda en beneficio de los dos. ¿Adviertes la sabiduría de mi propuesta?

Zaxa parpadeó mientras consideraba la idea.

-Sin duda tienes parte de razón -dijo al fin-. Pero he venido hasta aquí con el expreso propósito de cortarte la cabeza con mi buena espada Zil, y me parece descabellado dar la vuelta y cabalgar hasta Pude con las manos vacías. La gente preguntaría: «Zaxa, ¿no te fuiste de la aldea para destruir al sanguinario roce?» Y yo sólo podría responder: «¡Es verdad! ¡Eso pretendía!» Entonces dirían: «¡Ah, pero la astuta bestia consiguió escapar!» Y yo tendría que responder: «¡Al contrario! Nos enfrentamos, intercambiamos corteses palabras y volví a casa.» Los aldeanos quizá no dirían nada en voz alta, pero yo perdería mi prestigio. Así que, aun a riesgo de ciertas incomodidades, me veo obligado a matarte.

-¿Y si mueres primero?

Zaxa bramó y se golpeó el enorme pecho.

-En cuanto te ponga las manos encima, será asunto concluido. Prepárate para conocer toda la extensión del infinito más allá.

Los dos se trabaron en lucha. Al final, jadeando, sangrando, con un brazo roto, Kul se irguió sobre el cadáver de Zaxa. Miró alrededor, pero los aldeanos supervivientes, al ver el aspecto que tomaba la batalla, habían huido. Kul contempló el gran cadáver gris y casi sintió una punzada de piedad.

Cogió la magnífica espada Zil, trepó a la montura de Zaxa, subió al asiento y partió en busca de Visbhume y Glyneth.

A poca distancia avistó el gusopo anclado y la casa. Se acercó con sigilo, desmontó y fue a la puerta. Dentro oyó un ruido de cristales rotos.

Kul abrió la puerta y se detuvo en el umbral. Visbhume, que intentaba arrancar las ropas a Glyneth, alzó los ojos con pánico. Había una botella rota en el hogar, adonde la había arrojado Glyneth. Kul arrojó a Visbhume con tal fuerza contra la pared que el mago cayó al suelo desmayado.

Glyneth corrió llorando hacia Kul.

-¿Qué te han hecho? ¡Oh, tu pobre brazo! ¡Mi querido y maravilloso Kul, estás herido!

-Pero no demasiado -respondió Kul-. Yo estoy vivo, y Zaxa está conociendo toda la extensión del infinito.

-Siéntate en la silla, y veamos qué podemos hacer por ti.

6

Una vez más, el gusopo corrió rumbo a Asphrodiske, junto a la Carretera de las Piedras Redondas. En un armario de la casa Glyneth había encontrado vestidos para reemplazar los que le había roto Visbhume: pantalones de campesina de rayas grises, negras y blancas, y una blusa de tosco lino azul. Había hecho lo posible para curar las heridas de Kul, limpiándolas y entablillándole el brazo para soldar el hueso fracturado. Zaxa había hundido los colmillos en el hombro de Kul, inyectándole una saliva ponzoñosa, y la herida se había infectado.

-Coge el cuchillo y corta -instruyó Kul-. Deja que fluya la sangre. Luego frótame con la cera.

La consternada Glyneth respiró hondo y hundió el cuchillo en la herida, liberando un torrente de substancia infectada y luego un chorro de saludable sangre roja. Kul gruñó de alivio y acarició el cabello de Glyneth. Luego suspiró de nuevo y apartó los ojos.

-A veces se me presentan extrañas visiones -dijo Kul-. Pero no estoy hecho para soñar, y menos si se trata de sueños imposibles.

-A mí también me visitan sueños imposibles -comentó Glyneth-. Me confunden y me intimidan. Sin embargo, ¿cómo no voy a amarte, cuando eres tan valiente, amable y cortés?

-Así me han hecho -rió Kul sin alegría. Se volvió hacia Visbhume-. Te mataría ahora mismo, pero aún necesitamos tus instrucciones. ¿Cómo sigue la luna?

Visbhume se levantó trabajosamente.

-¿Y si os guío bien?

-Se te permitirá vivir.

Visbhume mostró la caricatura de una sonrisa airosa y confiada.

-Aceptaré esta condición. La luna negra está cerca de la pulsación. Has tardado demasiado.

-Pongámonos en marcha.

Visbhume intentó recuperar el talego, pero Glyneth le ordenó que retrocediera. Redujo la casa y la guardó. Los tres subieron al gusopo y de nuevo cabalgaron hacia la estrella rosada, que ahora casi rozaba la luna negra.

Como antes, Glyneth iba sentada en el asiento superior de la pérgola; Kul, agazapado entre los cuernos del gusopo; y Visbhume en las ancas, mirando a los lados con ojos líquidos y grandes como los de un lémur.

Glyneth era presa de emociones contradictorias, y temía que cualquiera de ellas le rompiera el corazón. A pesar de los ungüentos y los polvos, Kul no era el mismo de antes; tal vez hubiera perdido demasiada sangre, pues su tez había palidecido y sus movimientos ya

no eran tan ágiles. Glyneth suspiró, pensando en su regreso a la Tierra. Tanjecterly se había convertido en la realidad y la Tierra en un mundo de fantasía más allá de las nubes.

Las leguas iban quedando atrás, y la carretera cruzaba ahora la Llanura de los Lirios. A lo lejos surgió una hilera de colinas bajas, una aldea de casas grises y, hacia el norte, una cúpula baja de reluciente metal plateado.

Visbhume se acercó a la pérgola.

-Querida -le dijo a Glyneth-, necesitaré el Almanaque para encontrar el gran eje.

Glyneth extrajo la llave y le entregó el Almanaque a Visbhume, quien leyó el texto con atención y luego estudió un pequeño mapa.

-¡Aja! -dijo Visbhume-. Dirígete al costado de la cúpula. Tendríamos que encontrar una plataforma, y allí un poste de hierro.

Glyneth señaló.

-¡Veo la plataforma! ¡Veo el poste!

-¡Entonces apresurémonos! La luna negra ha dado la pulsación, y aquí el tiempo es breve, sin pausa ni descanso.

El gusopo corrió a campo traviesa a toda velocidad, y llegó al lado de la cúpula.

-Éste es un antiguo templo, que tal vez ahora esté abandonado -comentó Visbhume-. A la plataforma. ¡Glyneth, la llave!

-Todavía no -dijo Glyneth-. Y, en todo caso, yo usaré la llave.

Visbhume chasqueó la lengua con fastidio.

-No es así como lo he planeado, y me parece poco práctico.

-Aun así, no pasaras hasta que Kul y yo hayamos atravesado el portal.

-¡Bah! -masculló Visbhume-. ¡Bien, a la plataforma! ¡Alto! ¡Glyneth, baja! ¡Kul, desciende! ¡Al poste!

Glyneth fue a la escalinata que subía a la plataforma. Kul bajó lentamente y la siguió. Visbhume sacó el silbato del bolsillo y tocó un arpegio estridente y discordante. El gusopo bramó furioso, agachó la cabeza y cargó contra Kul. Visbhume bailaba con las rodillas en alto, soplando melodías furiosas. Kul trató de esquivarlo, pero había perdido agilidad. El gusopo lo atravesó con los cuernos y lo arrojó al aire.

Glyneth bajó corriendo hacia el cuerpo caído. Miró a Visbhume con horror y odio.

-¡Nos has traicionado una vez más!

-¡No más que tú! ¡Mírame! ¡Soy Visbhume! ¡Hablas amorosamente con esta criatura bestial y sólo en parte humana! ¡Es antinatural! ¡Y, sin embargo, desprecias al orgulloso y noble Visbhume!

Glyneth lo ignoró.

-¡Kul vive! ¡Ayúdame!

-Jamás! ¿Estás loca? ¿Vive? ¿He de llamar al gusopo para que lo pisotee?

-¡No! -exclamó Glyneth horrorizada.

-Dime quién es la madre de Dhrun. ¡Dímelo!

-No le digas nada -susurró Kul.

-No -dijo Glyneth-. Se lo diré. Ya no puede cambiar mucho las cosas. Suldrun fue la madre de Dhrun, y Aillas su padre.

-¿Cómo es posible, si Dhrun tiene ahora doce años?

-Un año en el shee de las hadas equivale a diez años de vida en otra parte.

Visbhume soltó un graznido de euforia.

-¡Éste era el dato que buscaba! -Arrebató la llave a Glyneth y saltó hacia atrás como siguiendo el ritmo de una música que sólo él oía. Hizo un florido ademán-. ¡Qué estúpida eres, Glyneth! Si hubieras hablado tiempo atrás, nos habríamos evitado problemas y dolores que en nada me aprovechan. ¡Poco le importa a Casmir! Sólo apreciará los resultados y se limitará a decir que soy eficaz.

«Vamos. ¿Vendrás a la Tierra sumisamente, y me obedecerás en todo?

Glyneth trató de dominar la voz.

-No puedo abandonar a Kul. -Volvió la cabeza para no mirar a Visbhume-. Llévanos a ambos a la Tierra y haré tu voluntad.

Visbhume levantó un dedo.

-¡No! ¡Kul debe quedarse! Se ha rebelado una y otra vez, y merece un castigo. ¡Ven, Glyneth!

-No puedo irme sin él.

-¡Así sea! ¡Quédate a adorar a esa bestia que amas con tan extraña pasión! ¡Ahora, dame el talego!

-No te lo daré.

-Entonces soplaré mi silbato.

-Y yo te arrojaré un Frasco del Tormento. ¡Debí haberlo hecho antes!

Visbhume soltó un juramento, pero no se atrevía a retrasarse más.

-¡Me voy a la Tierra, donde disfrutaré de honores y fortuna! ¡Adiós!

Visbhume brincó a la plataforma, insertó la llave y desapareció.

Glyneth se arrodilló junto a Kul, quien tenía los ojos cerrados. Glyneth le acarició la frente.

-Kul, ¿me oyes?

-Te oigo.

-Estoy aquí contigo. ¿Puedes trepar al gusopo? Iremos a un sitio tranquilo en el bosque y descansarás hasta que te recuperes.

Kul abrió los ojos.

-El gusopo es una criatura imprevisible. Me ha causado mucho daño.

-Sólo al oír el silbato de Visbhume. Por lo demás, parece una criatura mansa, y corre bien.

-Es verdad. Bien, veamos si puedo subir a su lomo.

-Te ayudaré.

Aldeanos atraídos por el tumulto se habían reunido, y algunos se burlaban por los intentos de Glyneth de ayudar a Kul. Glyneth no les prestó atención, y al fin Kul trepó al gusopo. La multitud se acercó, rodeó al gusopo y empezó a arrancar borlas de la alfombra. Glyneth sacó un Frasco del Tormento y lo arrojó a la muchedumbre, que al instante se dispersó entre gritos de pánico. El gusopo pudo seguir la marcha.

Una hora después, Glyneth lo guió hacia un prado, detrás de un bosquecillo, donde echó el ancla y puso la casa. Kul pasó un tiempo aturdido, mientras Glyneth lo observaba ansiosa. ¿Era su imaginación, o extraños cambios se producían en Kul, haciendo que su expresión cambiara y a veces se hiciera borrosa?

Kul abrió los ojos y vio que Glyneth lo observaba. Habló con voz suave y agotada.

-He tenido extraños sueños. Cuando quiero recordarlos, me mareo. -Trató de incorporarse, pero Glyneth se lo impidió.

-Acuéstate, Kul. ¡Descansa y olvida los sueños!

Kul cerró los ojos y dijo con voz inexpresiva:

-Murgen me habló. Dijo que debía protegerte y llevarte sana y salva a la choza. Es normal que te ame, pues es la razón de mi existencia. Pero tú no debes derrochar tus emociones en mí. Soy mitad bestia, y una de las voces que oigo es la voz del feroce. Otra voz es implacable y cruel, y me incita a actos inconfesables. La tercera voz es la más fuerte, y cuando habla las demás callan.

-Yo también he reflexionado mucho sobre nosotros -dijo Glyneth-. Todo lo que dices es cierto. Me asombra tu fuerza y agradezco tu protección, pero amo otra parte de ti: tu amabilidad y tu valentía, y no te las enseñó Murgen. Proceden de otra fuente.

-Las órdenes de Murgen vibran en mi mente: debo protegerte y llevarte sana y salva a la choza. Ya que no tenemos un sitio mejor adonde ir, ése será nuestro destino.

-¿Volvemos por donde vinimos?

-Sí.

-Bien, viajaremos cuanto te hayas recuperado.

XVII

1

Dos días antes del final de la Feria de los Duendes de esa estación, Melancthe llegó a la posada cercana a Rincón de Twitten y conocida como El Sol Risueño y la Luna Plañidera. Reservó su habitación de costumbre y se dirigió al prado, donde esperaba encontrar a Zuck para recordarle el trato que habían hecho con las flores.

Zuck acababa de llegar y, con la ayuda de un joven, descargaba sus bienes y pertenencias de un carro. Al ver a Melancthe saludó cortésmente, se tocó el ala del sombrero y continuó su labor. Al parecer aún no se había ocupado de las flores de Melancthe.

Melancthe masculló con fastidio y se dirigió a Zuck mientras él ordenaba sus mercancías.

-¿Has olvidado nuestro trato?

Zuck hizo una pausa en su tarea y la miró de soslayo.

-¡Ah, sí! -exclamó, cambiando de expresión-. ¡Desde luego! ¡Tú eres la dama que con tanta insistencia quería esas flores!

-En efecto, Zuck. ¿Tan pronto te has olvidado?

-¡Claro que no! Pero muchos detalles ocupan mi mente y distraen mi atención. Un momento.

Zuck dio instrucciones al joven y llevó a Melancthe a un banco cercano.

-Has de comprender que en nuestro negocio tratamos a menudo con personas que hablan demasiado pero dejan poco oro en el mostrador. Según recuerdo, deseabas una o dos flores más para adornar tu precioso cabello.

-Quiero todas las flores, sean dos, diez o cien.

Zuck asintió despacio y miró hacia el prado.

-¡Al fin nos entendemos! Esas flores son muy caras. Ya tengo una lista de clientes tan impacientes como tú, y aún debo consultar a mi proveedor acerca del producto de su jardín secreto.

-El resto de tus clientes deberán buscar en otra parte. No temas, te pagaré un buen precio.

-En tal caso, preséntate en mi puesto mañana a esta misma hora, cuando espero tener noticias del jardinero.

Melancthe no pudo sonsacar más información a Zuck, quien se negaba a identificar al misterioso jardinero que cultivaba tan extraordinarias flores. Melancthe regresó a la posada, inquieta e insatisfecha, pero incapaz de realizar sus deseos.

En cuanto la muchacha se perdió de vista, Zuck regresó pensativamente a su trabajo. Al cabo de un rato llamó al joven, quien visto con mayor atención presentaba rasgos de falloy, o de falloy con mezcla de duende y humano. Su estatura era la de un niño humano, con movimientos ágiles y armoniosos; tenía la tez plateada, cabello claro color verde dorado y enormes ojos con oscuras pupilas doradas con forma de estrella de siete puntas. Era un

hermoso joven, reposado, lento y algo ingenuo. Zuck había encontrado en él a un empleado trabajador y le pagaba bien, de modo que en general disfrutaban de buena armonía. Zuck lo llamó.

-¡Yossip! ¿Dónde estás?

-Aquí estoy, descansando debajo del carro.

-Ven, por favor. Tengo un encargo para ti.

Yossip se le acercó.

-¿En qué consiste?

-Nada importante. En verano viniste un día a trabajar con una bonita flor negra, que tú dejaste en el mostrador y que yo luego regalé a una dienta.

-Ah sí -dijo Yossip-. Una flor de mi jardín secreto.

Zuck ignoró esta observación.

-Deseo poner algunos adornos para hacer más llamativo nuestro puesto y distinguirlo de los demás. Unas flores podrían servir a mi propósito. ¿Dónde conseguiste la flor negra?

-En el bosque, cerca del Sendero de Giliom, en un sitio que considero mi glorieta secreta. Este verano encontré una sola flor, aunque vi varios brotes.

-Unas pocas flores bastarán. ¡A fin de cuentas, no somos floristas ni herbolarios! ¿A qué distancia está el jardín? Dime el camino y yo cortaré las que necesito.

Yossip titubeó.

-No recuerdo indicaciones ni distancias exactas. Incluso a mí me resulta difícil encontrar el lugar. Pero si quieres las flores, yo las traeré.

-Buena idea -dijo Zuck-. Llévate el carro, así irás más aprisa. Ve ahora mismo al Sendero de Giliom; no cortes capullos ni vainas con semillas, sólo las flores que han florecido plenamente. Así no estropearemos la planta.

-Muy bien -respondió Yossip-. Necesitaré un cuchillo afilado para cortar los tallos y un poco de pan y queso para comer en el trayecto, el cual, según recuerdo, es de cinco o seis kilómetros.

-Ve pues, y no tardes mucho.

En cuanto Yossip hubo partido, Zuck cerró el puesto. Pidió prestado un caballo en otro puesto y siguió a Yossip. Cabalgaba con cautela, guiándose por los chirridos y tintineos del carro. Cuando el sendero doblaba, Zuck se daba prisa, atisbaba por el camino y corría hasta el siguiente recodo. Así seguía de cerca a Yossip sin que éste lo viera.

El ruido del carro cesó de golpe. Zuck desmontó, ató el caballo y avanzó a pie. El carro se había detenido en medio del sendero y no se veía a Yossip por ninguna parte.

-¡Bien hecho! -se dijo Zuck-. ¡Aquí está el misterioso jardín! ¡Es todo lo que necesitaba saber!

Ahora regresaría deprisa a la feria y Yossip jamás sabría que su secreto había sido descubierto. Pero la curiosidad de Zuck lo impulsó a adentrarse un poco para tener una idea más clara del lugar y del tamaño del macizo de flores. Avanzó paso a paso, mirando a derecha e izquierda.

Yossip salió de las sombras con un ramillete de cuatro flores. No pareció sorprenderse de ver a Zuck.

-He venido deprisa -tartamudeó Zuck-. Decidí usar colgaduras y banderines multicolores como decoración, en vez de despojar este macizo. Quise informarte en seguida sobre mis nuevos planes.

-Muy agradable de tu parte -dijo Yossip. Le resultaba difícil hablar, y tenía la voz quebrada-. Pero ¿qué haré con estas flores que ya he cortado?

-Tráelas. Mejor aún, déjame llevarlas. ¿Hay más brotes?

-Muy pocos.

Zuck miró a Yossip de soslayo.

-¿Por qué hablas con voz tan rara?

Yossip le dirigió una sonrisa forzada, mostrando sus dientes plateados.

-Mientras trabajaba, removí el suelo y descubrí esta gema maravillosa. -Se sacó una reluciente esfera verde de la boca-. Por comodidad la llevó así.

-¡Sorprendente! -exclamó Zuck-. Déjame examinarla.

-¡No, Zuck! Has desentrañado con trucos el secreto de mi jardín. Por naturaleza soy confiado, incluso ingenuo; pero en esta ocasión debo pronunciar un juicio, y determino que tu engaño debe ser castigado con la muerte. -Con estas palabras, Yossip apuñaló a Zuck en el cuello y el corazón con el cuchillo que había usado para cortar las flores. Luego, para interrumpir los estertores de Zuck, le hundió el cuchillo en el oído izquierdo, hasta la empuñadura-. ¡Bien, Zuck! Hemos puesto apropiado fin a tu taimada actitud. No diré más sobre el asunto.

Yossip arrojó el cadáver a la zanja y regresó al prado, llevando el caballo con que Zuck lo había perseguido.

Yossip devolvió el caballo a su propietario, quien preguntó asombrado:

-¿Y dónde está el buen Zuck, que se marchó tan deprisa?

-Ha ido a examinar unas nuevas mercancías -dijo Yossip-. Mientras tanto, yo debo encargarme del puesto.

-¡Es una gran responsabilidad para un joven inexperto como tú! Si tienes dificultades, o si sospechas que te quieren engañar, llámame y arreglaré la situación.

-¡Gracias! Es un gran alivio.

Aún faltaban dos horas para la caída del sol. Yossip abrió el puesto, puso las flores en jarrones y, tras algún titubeo, exhibió la perla verde en una bandeja.

-Es una perla maravillosa -se dijo-. Pero ¿de qué me sirve? No me agradan los aros ni otros adornos. Bien, veremos. Debo obtener un buen precio por ella, o no la venderé.

Por la mañana, Melancthe fue temprano y miró aquí y allá. Vio las flores, y gritó de alegría.

-¿Dónde está el buen Zuck?

-Está buscando nuevas mercancías -respondió Yossip-. Yo me encargo del puesto.

-¡Al menos ha encontrado flores para mí! Tráelas. Son sólo mías y no se las debes vender a nadie más.

-Como desees, señora.

Melancthe tomó posesión de las flores. Eran realmente excepcionales, con colores que parecían temblar con el vigor de su naturaleza.

Todas eran distintas; cada una proyectaba una singular personalidad. La primera: un naranja punzante, mezclado con bermellón, rojo ciruela y negro. La segunda: verde mar con un fulgor púrpura bajo un tornasol negro azulado. La tercera: un negro brillante con salpicaduras de ocre estridente, y una franja escarlata en el centro. La cuarta: una docena de anillos concéntricos de pequeños pétalos, alternativamente blancos, rojos y azules.

Melancthe no preguntó el precio. Dio cuatro coronas de oro.

-¿Cuándo tendrás más?

Yossip comprendió la situación. Zuck lo había engañado mucho más de lo que había imaginado. Sin embargo, para bien o para mal, no podía castigarlo por segunda vez. Yossip reflexionó.

-Quizá mañana tenga más flores, señora.

-¡Recuerda que son sólo para mí! ¡Me fascina su extraña forma!

-Para asegurar tu exclusiva propiedad -murmuró Yossip-, te aconsejo que pagues al instante suficientes monedas de oro. De lo contrario alguien se te puede adelantar mañana por la mañana.

Con gesto desdeñoso, Melancthe arrojó cinco coronas más de amarillo oro, asegurando la transacción.

El crepúsculo cayó sobre el prado. Había faroles colgando de los árboles y varias personas que preferían la noche al día salieron a pasear entre los puestos y a regatear el precio de los artículos que les interesaban.

En la posada, Melancthe consumió una austera cena de ala de pollo y nabo cocinados con miel y mantequilla. Puso las flores en cuatro floreros, para admirarlas de una en una, o todas juntas, como prefiriera.

Un taciturno caballero moreno con espléndidas vestiduras, distinguido por un pulcro bigote, barba pequeña y rasgos agudos, se acercó a su mesa. Se inclinó, se quitó el sombrero y se sentó sin más ceremonias.

Melancthe, reconociendo a Tamurello, guardó silencio. Él inspeccionó las flores con curiosidad.

-¡Fascinantes! ¡Únicas! ¿Dónde crecen flores tan extraordinarias?

-No lo sé con certeza -respondió Melancthe-. Las compro en la feria. Muélelas. Cada una es diferente, y con su aroma comunica un torrente de significados, y de significados de significados. Cada cual es una fiesta de sutiles e inefables perfumes.

Tamurello olió cada flor una y otra vez. Las miró frunciendo los labios.

-Los aromas son exquisitos. Me recuerdan algo que no atino a nombrar... El pensamiento cuelga en un recoveco de mi mente y se niega a aflorar. ¡Una sensación exasperante!

-Pronto lo recordarás -aseguró Melancthe-. ¿Por qué estás aquí, adonde tan rara vez acudes?

-Estoy aquí por curiosidad -respondió Tamurello-. Hace unos instantes se produjo un temblor en el Poste de Twitten. Puede significar mucho o poco, pero tal temblor siempre merece ser investigado... ¡Aja! ¡Mira quién ha llegado a la posada! Es Visbhume; debo hablar con él de inmediato.

Visbhume estaba junto al mostrador buscando a Hockshank, quien en ese momento estaba ocupado en otra parte. Tamurello se le acercó.

-Visbhume, ¿qué haces aquí?

Visbhume miró al hombre de barba negra que lo interpelaba con tanta familiaridad.

-Soy Tamurello, bajo un disfraz que uso a menudo cuando viajo.

-¡Desde luego! ¡Ahora te reconozco, por la claridad de tu mirada! ¡Tamurello, me alegro de verte!

-Gracias. ¿Qué te trae por aquí en esta temporada?

Visbhume hinchó los carrillos y torció el índice.

-¿Quién puede explicar los antojos de un vagabundo? ¡Un día aquí, otro día allá! A veces el camino resulta duro, a veces agotador, y a veces trajinas en la lluvia y la oscuridad sólo guiado por el destello de tu lejana estrella. Pero por ahora sólo busco a Hockshank, para que me proporcione un cómodo cuarto donde pasar la noche.

-Me temo que tus necesidades no serán satisfechas. La posada está repleta.

Visbhume torció el gesto.

-En tal caso debo encontrar una parva de heno en el establo.

-¡Innecesario! Sal un momento.

Visbhume siguió a Tamurello a regañadientes. Tamurello señaló hacia el cielo, donde la luna alumbraba una flotante mansión con tres torres, una terraza y una balaustrada.

-Allí descansaré esta noche -dijo Tamurello-. Pero antes de continuar, siento curiosidad por saber qué haces aquí cuando, según cuentan, trabajas duramente al servicio de rey Casmir, por recomendación mía.

-¡Verdad, verdad! Con tu habitual agudeza entiendes el exacto estado de las cosas. Creo que ahora comeré un bocado. Si me excusas...

-Dentro de un momento -lo acosó Tamurello-. Dime, ¿cómo andan tus cosas con Casmir?

-Bastante bien.

-¿Está conforme con tu información?

-En realidad, todavía no he hablado con él. Las averiguaciones que he hecho son tan triviales que quizá ni me moleste en hacerlo.

-¿De qué te has enterado?

-Creo que será mejor que reserve esas escasas nimiedades para los oídos del rey Casmir.

-¡Vaya, Visbhume! ¿Me ocultas secretos?

-Todos tenemos derecho a cierta intimidad -alegó púdicamente Visbhume.

-En ciertos asuntos, en ciertas ocasiones y con ciertas personas -replicó Tamurello-. No en Rincón de Twitten, a la luz de la luna, y conversando con Tamurello.

Visbhume agitó la mano con nerviosismo.

-Bien, si insistes, lo sabrás. -Y añadió fervientemente-: A fin de cuentas, ¿quién me recomendó a Casmir, sino mi buen amigo Tamurello?

-Exactamente.

-He sabido esto: Casmir está preocupado por una predicción relacionada con el primogénito de Suldrun.

-Conozco tal predicción, realizada por Persilian, el Espejo. Conozco la preocupación de Casmir.

-¡El hecho es simple pero sorprendente! El primogénito de Suldrun fue engendrado por Aillas, rey de Troicinet. El nombre del hijo es Dhrun, y después de pasar un año en el shee alcanzó la edad de nueve años terrenales.

-¡Interesante! -dijo Tamurello-. ¿Y cómo te enteraste de eso?

-Trabajé con afán y con astucia. Llevé a Glyneth al mundo de Tanjecterly, y allí habría obtenido fácilmente la información si Shimrod no hubiera enviado un gran monstruo para impedirme el trabajo. Pero soy invencible. Obtuve la información, maté a la bestia y regresé de Tanjecterly.

-¿Y la princesa Glyneth?

-Se ha quedado en Tanjecterly, donde no puede ir con cuentos a nadie.

-¡Sabia precaución! ¡Estás en lo cierto! Conviene mantener en secreto conocimientos de esta clase, y confiarlos al menor número posible de personas. En realidad, Visbhume, con que lo sepa una persona es suficiente.

Visbhume retrocedió un paso.

-Dos son igualmente seguras.

-Me temo que no, Visbhume...

-¡Alto! -exclamó Visbhume-. ¿Has olvidado mi lealtad? ¿Mi implacable eficacia? ¿Mi aptitud para realizar tareas imposibles?

Tamurello reflexionó.

-¡Son argumentos de peso! Eres locuaz y convincente, y así te has ganado la vida. Pero a partir de ahora... -Tamurello hizo un gesto y pronunció una frase. La ropa de Visbhume cayó al suelo. Del oscuro guiñapo salió una serpiente negra y verde. Le siseó a Tamurello y se deslizó hacia el bosque.

Tamurello se quedó en la carretera escuchando el bullicio de la posada: el murmullo de las voces, el tintineo de los vasos, los gritos de Hockshank llamando a su criado.

Tamurello pensó en Melancthe. Sus flores eran muy extrañas; al día siguiente las investigaría. En cuanto a los atractivos de la persona de Melancthe, los sentimientos de Tamurello eran ambiguos e incluso experimentaba cierta actitud defensiva. Había sido amante del hermano de la joven, y ahora ella mostraba un frío distanciamiento en el cual Tamurello captaba a menudo el sabor del desprecio.

Se quedó escuchando un instante más los ruidos de la posada y se volvió hacia el bosque, donde sabía que una serpiente negra y verde lo miraba con ojos flamígeros. Tamurello rió ante la cruda lógica de la situación, abrió los brazos, agitó los dedos y voló en el claro de luna hacia su mansión flotante.

Cinco minutos después, Shimrod apareció en la carretera. Al igual que Tamurello, se detuvo un instante para escuchar. Al no oír nada excepto el bullicio de los parroquianos, entró en la posada.

2

Shimrod se dirigió al mostrador, y Hockshank se dispuso a atenderlo.

-De nuevo, Shimrod, mi posada está al completo. Pero sé que la bella Melancthe ha acudido de nuevo a la feria y ya ha comprado un delicioso ramillete que es la envidia de todos. Quizás acceda de nuevo a compartir su habitación con un querido y entrañable amigo.

-O incluso con un extraño, si ése fuera su antojo. Bien, veremos.

Esta noche he venido preparado y no necesito la hospitalidad de Melancthe. Aun así, quién sabe qué nos depara la noche. En nombre de la galantería, debo al menos presentarle mis respetos y quizá compartir con ella una copa de vino.

-¿Has cenado? -preguntó Hockshank-. Esta noche la liebre está sabrosa, y mis gallinas son intachables. ¡Oye cómo sisean en el asador!

-Me has tentado -dijo Shimrod-. Probaré una gallina, junto con media hogaza crujiente.

Shimrod se sentó a la mesa de Melancthe.

-Hace sólo unos minutos Tamurello ocupaba esta misma silla y admiraba estas mismas flores -dijo ella-. ¿Es ésa la razón de tu presencia?

-Las flores, no. Tamurello, quizá. Murgen me ha enviado a investigar un temblor en el Poste de Twitten.

-El Poste de Twitten está en boga -comentó Melancthe-. Tamurello ha venido por el mismo temblor.

Shimrod echó una mirada al comedor.

-Su disfraz debe ser inusitado. No veo a nadie que pueda ser Tamurello, a menos que se trate de aquel joven con anillos de cobre y aretes de jade.

-Esta noche Tamurello es un austero noble, pero no está aquí. Vio a su compinche Visbhume y se lo llevó afuera. Ninguno de los dos ha regresado.

Shimrod se esforzó por mantener una voz tranquila.

-¿Cuánto hace de esto?

-Sólo unos minutos. -Melancthe alzó una de las flores-. ¿No es una gloria? Tiembla con la esencia misma de su ser. Grita algo que ni siquiera puedo sospechar. ¡Mira el fulgor de estos colores! ¡El aroma es embriagador!

-Tal vez -respondió Shimrod, levantándose-. Ahora mismo vuelvo.

Shimrod salió de la posada y fue al camino. Miró a izquierda y derecha; no había nadie a la vista. Ladeó la cabeza para escuchar, pero sólo percibió el bullicio de la posada. Caminó en silencio hacia el Rincón de Twitten; miró al norte, al este, al sur y al oeste; los cuatro caminos se alejaban de la encrucijada, desiertos y pálidos bajo el claro de luna, bordeados por sombríos árboles.

Shimrod regresó a la posada. A un lado del camino, casi en la cuneta, vio un bulto de ropa. Shimrod se acercó despacio. Se arrodilló y descubrió un libro gris y alargado con una vara dorada en el lomo.

Shimrod acercó el libro a la luz que derramaban las ventanas de la posada y leyó el título. Se metió la mano en el bolsillo, extrajo una campanilla de plata y la tocó con la uña.

-Aquí estoy -dijo una voz.

-Estoy junto a la posada de Rincón de Twitten. Antes de mi llegada Visbhume entró en la posada. Si el poste tembló, él fue la causa. Tamurello se encontró con él y se lo llevó fuera. Temo que Visbhume haya muerto o desaparecido. Dejó sus ropas y el Almanaque de Twitten, que ahora tengo en mis manos.

-¿Y Tamurello?

Shimrod, alzando la mirada, descubrió la mansión de Tamurello perfilada contra la luna.

-Ha traído un castillo flotante; ahora lo distingo en el cielo.

-Iré allí, pero por la mañana. Entretanto, sé prudente. No hagas nada de lo que te pida Melancthe, por inocente que parezca. Tamurello es ahora implacable. Sufrió en Khambaste y ahora comprende que no ha obtenido nada. Está dispuesto a realizar cualquier acto, sea desesperado, irrevocable o meramente trágico. Ten cuidado.

Shimrod regresó a la posada. Melancthe, por alguna razón, se había marchado.

Shimrod cenó y pasó un rato observando las francachelas de la gente del bosque. Al fin salió, fue a un claro cercano y puso en el suelo una casa en miniatura semejante a la que Visbhume había llevado en el talego.

-¡Casa, crece! -dijo Shimrod.

Entró en el porche.

-¡Casa, arriba!

Unas patas retráctiles emergieron de las esquinas de la casa, y cada una terminaba en garras que aferraban una bola, de modo que la casa se elevaba a una prudente altura de veinte metros por encima del claro.

Transcurrió la noche y el alba llegó al Bosque de Tantrevalles. Cuando el sol se elevó sobre los árboles, Shimrod salió al porche.

-¡Casa, abajo! -exclamó Shimrod, y luego-: ¡Casa, disminuye!

La mansión de Tamurello flotaba en el cielo. Shimrod fue a la posada a desayunar.

Melancthe entró silenciosamente en la sala, recatada como una joven pastora de la Arcadia con su vestido blanco y sus sandalias. No prestó atención a Shimrod, y fue a sentarse en un rincón apartado, lo cual convenía al mago.

Melancthe perdió poco tiempo con el desayuno. Se marchó de la posada y se dirigió al prado, donde la feria ya estaba en pleno funcionamiento.

Shimrod la siguió y la alcanzó cuando ella entraba en el prado.

-¿Qué buscas hoy?

-He encargado un ramillete entero de flores -respondió Melancthe-. Me encantan. ¡Me desvivo por ellas!

Shimrod rió.

-¿No te resulta extraño que ejerzan tanta influencia sobre ti? ¿No temes caer bajo un conjuro?

Melancthe lo miró sobresaltada.

-¿Qué conjuro podría ser, salvo la fuerza de la simple belleza? ¡Son mi único deseo! ¡Sus colores me cantan, sus perfumes me provocan sueños!

-Sueños gratos, espero. Algunos de los olores son notablemente rancios.

Melancthe le dedicó una de sus escasas sonrisas.

-Los sueños son diversos. Algunos resultan sorprendentes. Sospecho que algunos exceden los límites de tu imaginación.

-¡Sin duda! Mi alma mísera y mezquina me niega tales éxtasis. -Shimrod miró a su alrededor-. ¿Dónde está el mercader de sueños?

Melancthe señaló.

-¡Allá! Veo a Yossip, pero ¿dónde están mis adorables flores? Sin duda las ha guardado para mí.

Melancthe corrió al puesto.

-Yossip, buenos días. ¿Dónde está mi ramillete?

Yossip meneó la cabeza compungido.

-Señora, en este caso la verdad es más simple, más elemental y más convincente que cualquier mentira. Te diré toda la verdad. Esta mañana, cuando fui a cortar las flores, me encontré con un triste espectáculo. Cada planta se había marchitado y muerto como si la hubiera asolado el añublo. ¡No hay más plantas! ¡No hay más flores!

Melancthe se quedó rígida.

-¿Cómo es posible? -susurró-. ¿Siempre ha de ser así? ¿Cada vez que encuentro algo dulce y apetecible me lo arrebatan? Yossip, ¿cómo puedes ser tan cruel? ¡He soñado con esas flores toda la noche!

Yossip se encogió de hombros.

-Te aseguro que no es culpa mía, señora, y por tanto no estoy obligado a devolverte las monedas que me pagaste.

-Yossip -dijo Shimrod-, permíteme citar el primer principio de la ética comercial. Si no das nada de valor, no debes esperar que te paguen, al margen de cualquier otra consideración. Hablo sólo como espectador neutral.

-¡No puedo ceder tanto oro! -exclamó Yossip-. Mis plantas han sido destruidas; merezco piedad, no nuevos infortunios. ¡Que la dama escoja otro de mis tesoros! ¡No

retendré nada! He aquí una magnífica oportunidad: un guijarro negro recogido del fondo del río Estigia. Y observa esta conmovedora escena de un niño que acaricia a la madre, hecha con mosaico de verónica y goma. Tengo una buena selección de amuletos de gran poder, y este mágico peine de bronce fortalece el cabello, protege de las infecciones y cura la sarna. ¡Son todos artículos de gran valor!

-No quiero ninguno de ellos -dijo Melancthe de mal talante-. Aun así... déjame ver esa gema verde.

Yossip silbó entre dientes, y de mala gana acercó la caja donde se exhibía la perla verde.

-No estoy seguro de querer separarme de ese objeto exquisito.

-¡Tú mismo declaraste que no retendrías nada! ¡Estos caballeros son testigos de tu promesa! -Melancthe señaló a Shimrod y a otros dos que se habían detenido a presenciar el altercado.

-De nuevo, como espectador neutral, debo corroborar la declaración de Melancthe -dijo Shimrod con voz abstraída. Estaba buscando un recuerdo que por el momento se le escapaba. En alguna parte había recibido noticias de una perla verde, pero no recordaba dónde. La perla verde, por lo que recordaba, había sido una especie de talismán maligno.

-¡También yo! -declaró un joven y vivaz campesino con el cabello rubio ceñido por una oscura gorra verde de leñador-. No sé absolutamente nada del asunto, pero brindo el testimonio de mis buenos oídos.

-¡Muy bien! -exclamó triunfalmente Melancthe-. ¡Acerca la caja para que pueda examinar la perla!

Yossip acercó la caja a regañadientes y la sostuvo un instante, de tal modo que Melancthe apenas pudo tener un atisbo de la perla.

-Esta gema vale diez veces el oro que me diste -declaró Yossip con voz rencorosa-. No te saldrá tan barata.

Melancthe se inclinó para ver mejor el interior de la caja.

-¡Es extraordinaria! -jadeó, olvidando las flores. Estiró el brazo para coger la gema, pero Yossip retiró la caja-. ¡Vamos! ¿Es ésa conducta propia de un vendedor? ¿Presentar la mercancía a desgana y luego arrebatarla como si el cliente fuera un ladrón? ¿Dónde está tu amo Zuck? ¡No le gustaría esta conducta!

Yossip torció el gesto, confundido.

-No te preocupes por Zuck. El me ha dado plenos poderes.

-Entonces, muestra la perla, o llamaré a la autoridad y estos caballeros serán mis testigos.

-¡Bah! -gruñó Yossip-. Tal amenaza está sólo a un paso del robo. ¿Puedes culparme por no confiarte la gema?

-¡La gema o mis monedas de oro!

-¡La gema vale mucho más! ¡Antes convengamos en eso!

-Tal vez un poco más.

Yossip, a regañadientes, le entregó la caja. Melancthe miró la gema, cautivada.

-¡El color me envuelve con su intensidad! ¿Cuánto pides?

Yossip aún no había recobrado la compostura.

-A decir verdad, aún no he determinado su valor. ¡Esta joya bien podría ser digna de la corona del rey de Arabia!

Melancthe se volvió hacia Shimrod con expresión astuta.

-Shimrod, ¿es ésa tu opinión de la joya?

-Es hermosa, aunque un poco siniestra -comentó Shimrod-. En alguna parte oí rumores acerca de una joya similar, tal vez en una leyenda fabulosa. No puedo recordar la ocasión. Me parece que no se decía nada bueno de la perla. La llevó un pirata sanguinario.

-¡Shimrod! ¡Querido, prudente, benévolo y moderado Shimrod! ¿Tanto te perturba la leyenda, cuando apenas has visto la perla? -Melancthe le dio la caja-. Al menos dime en cuánto calculas su valor.

-¡No soy un experto!

-En tales asuntos todo el mundo es experto, pues cada cual sabe lo que pagaría por ella.

-Yo no daría nada.

-¡Por una vez, pórtate como un hombre normal! ¡Cógela y siente su peso! Estudia la superficie en busca de defectos; calibra la sutileza de su fuego verde mar.

Shimrod cogió la caja y la miró con desconfianza.

-No tiene defectos obvios. El color presenta un matiz maligno.

Melancthe aún no estaba satisfecha.

-¿Por qué desconfías tanto? ¡Mírala de todas partes! Quiero sólo tu mejor y más sincero juicio.

Shimrod iba a tocar la perla a regañadientes, pero el vivaz y joven campesino rubio le asió el codo.

-Shimrod, una palabra acerca de esta perla.

Shimrod dejó la caja en el mostrador; los dos se retiraron a un lugar apartado y el joven campesino dijo con voz tensa:

-¿No te advertí contra los ruegos de Melancthe? ¡No toques la perla! No es más que un punto de convergencia de pura depravación.

-¡Claro! ¡Ahora lo recuerdo! ¡Tristano nos habló de esta perla! ¡Pero Melancthe no puede saber nada sobre ello!

-Tal vez una voz hable a su oído interior... Tamurello se acerca al prado. No quiero que me reconozca. ¡Pídele noticias de Visbhume! ¡Por nada del mundo toques la perla!

El campesino se mezcló con la multitud y el abatido Shimrod se reunió con Melancthe.

-Ese sujeto tiene algún conocimiento sobre las perlas -le dijo al oído- y me ha contado que no es una perla auténtica, pues las verdaderas nunca son verdes. Ahora recuerdo el rumor. No toques esa falsa perla si en algo valoras tu alma. Es peor que una gema sin valor. Es un núcleo de depravación.

-¡Nunca antes me sentí tan afectada! -respondió Melancthe en voz baja-. ¡Me canta con una música subyugante!

-Aun así, aunque nunca me hayas creído, hazme caso ahora. A pesar de tus traiciones, no quiero que sufras ningún mal.

Desde detrás del mostrador, Yossip declaró pomposamente:

-¡He calculado el valor de esta gloriosa joya: exactamente cien coronas de oro!

-La dama Melancthe no quiere este objeto a ningún precio -rezongó Shimrod-. Devuélvele las monedas de inmediato.

Melancthe guardó silencio cabizbaja; cuando Yossip, clavando los ojos en Shimrod, devolvió las cinco monedas de oro, Melancthe las guardó sin mirarlas.

Tamurello, con el mismo disfraz de la noche anterior, se detuvo para saludar cortésmente a Shimrod.

-¡Me sorprende encontrarte tan lejos de Trilda! ¿Has perdido todo interés en mis actividades?

-En ocasiones otros asuntos requieren mi atención -replicó Shimrod-. En este momento quiero hablar con Visbhume. Lo viste anoche. ¿Dónde está ahora?

Tamurello meneó la cabeza sonriendo.

-Él siguió su camino, yo el mío. No sé dónde está ahora.

-¿Por qué no alteras los hábitos de toda una vida y hablas con franqueza? -preguntó Shimrod-. A fin de cuentas, la verdad no tiene por qué ser una mera táctica de último recurso.

-¡ Ah, Shimrod! ¡Me preocupa tu opinión negativa! En cuanto a Visbhume, no tengo nada que ocultar. Hablé con él anoche, luego nos despedimos. No sé nada sobre sus planes.

-¿Qué te contó?

-¡Creo que nos acercamos a temas confidenciales! Aun así, te diré lo que sé. Sólo me comentó que acababa de llegar de Tanjecterly, que, como quizá sepas, es uno de los mundos de la Dekadíada de Twitten.

-He oído algo al respecto. ¿Mencionó a la princesa Glyneth? ¿Qué dijo sobre ella?

-En eso se mostró un poco evasivo; deduzco que ella encontró un desdichado fin. Tanjecterly es un mundo cruel.

-¿No fue específico al respecto?

-En absoluto. En realidad, se proponía contarme lo menos posible.

-Mientras estaba en tu presencia, ¿se quitó toda la ropa, por razones que desconozco?

-¡Qué idea tan extravagante! -exclamó Tamurello-. ¡Las imágenes que me sugieres son deplorables!

-¡Qué extraño! Anoche encontré sus ropas apiladas a un lado del camino.

Tamurello sacudió la cabeza.

-A menudo, en estos casos, se pasa por alto la explicación más simple. Quizá sólo cambió ropas sucias y raídas por otras más presentables.

-¿Tiraría su valioso ejemplar del Almanaque de Twitten junto con las ropas sucias?

El desprevenido Tamurello arqueó las cejas y se acarició la pulcra barba negra.

-Supongo que es un caso de distracción o de divagación. Pero, desde luego, desconozco las peculiaridades de Visbhume. Ahora, por favor, excúsame. -Se volvió a Melancthe-. ¿Has encontrado algo de interés?

-Aquí es donde encontré mis flores, pero ahora las plantas están secas, y ya nunca volveré a gozar de su encanto.

-Una pena.

Mirando hacia el puesto, Tamurello descubrió la perla verde. Al instante se puso en tensión, y luego avanzó despacio para examinar la caja.

-¡Es una gloria verde sin parangón! -declaró el excitado Yossip-. ¿El precio? ¡La bicoca de cien coronas de oro!

Tamurello no le prestó atención. Estiró la mano y sus dedos revolotearon sobre la perla. Desde las sombras del extremo del mostrador emergió una serpiente verde y negra. Capturó la perla con la boca y la engulló, se deslizó por el mostrador, saltó al suelo y se internó en el bosque.

Tamurello soltó un grito ahogado y echó a correr. Atinó a ver que la serpiente se deslizaba en un agujero entre las raíces de un viejo y nudoso roble.

Tamurello apretó los puños, gritó un conjuro de seis sílabas y se transformó en una comadreja larga y gris que se zambulló en el boquete.

De las raíces del roble llegaron chillidos débiles y siseos, luego silencio.

Pasó un minuto. Del boquete salió la comadreja, con la perla verde en la boca. Por un instante contempló el prado con sus ojuelos rojos, luego se alejó dando brincos.

Un ágil campesino rubio se movió aún más deprisa. Atrapó la comadreja con un frasco de cristal y cerró la tapa con fuerza apretando a la comadreja en su interior. Esta se quedó sentada con la perla en la boca, la larga nariz contra el vientre y las patas traseras sobre las orejas.

El campesino puso el frasco en el mostrador de Yossip. Mientras todos observaban, la comadreja se disolvió en una transparencia verde, como un esqueleto en una gelatina, con el verde fulgor de la perla en el centro.

3

El grisáceo perfil de Asphrodiske se perdió en la niebla mientras el gusopo corría hacia el oeste, alejándose de la luna negra, de vuelta a la Llanura de los Lirios. Arriba, el sol amarillo y el verde giraban lánguidamente uno alrededor del otro. Glyneth pensó que aquel espectáculo podía acabar perturbando a una persona inestable, y de hecho ella lo encontraba desagradable, ahora que tenía tiempo .para tomarlo en consideración.

Con la partida de Visbhume, la tensión se había aflojado de pronto, y el estímulo de la mercurial pero extraña personalidad del mago había desaparecido, dejando una desanimada fatiga.

En la primera parada, Glyneth insistió en que Kul descansara y recuperara las fuerzas. Sin embargo, éste pronto se impacientó y rehusó reposar como aconsejaba Glyneth.

-¡Me siento atrapado en esta casa! -gruñó-. Cuando estoy inactivo, mirando el techo, me siento como un cadáver con los ojos abiertos. Oigo gritos lejanos. Mientras descanso, las voces llegan con furia y salvajismo, y con mayor intensidad.

-Aun así, debes recuperarte -declaró Glyneth-. Por lo tanto, necesitas descansar. Ninguna otra cosa servirá, pues no me atrevo a usar al azar los tónicos de Visbhume.

-No quiero esas cosas de Visbhume -murmuró Kul-. Me siento mejor cuando viajamos al oeste; es la orden implantada en mi mente, y sólo me encuentro bien cuando obedezco.

-De acuerdo, entonces -dijo Glyneth-. Viajaremos pero debes quedarte quieto y dejar que te cuide. No sé qué haría si cayeras enfermo y murieras.

-Sí, sería trágico -convino Kul. Se levantó del diván-. Pongámonos en marcha. ¡Ya me siento mejor!

Una vez más el gusopo corrió hacia el oeste. El ánimo de Kul mejoró y empezó a dar muestras de su antigua vitalidad.

La Llanura de los Lirios quedó atrás, también el Bosque Oscuro, y pronto la ciudad de Pude apareció a lo lejos. Kul cogió la espada Zil y se plantó delante de la pérgola, las piernas separadas y la punta de la espada entre los pies. En el banco, Glyneth preparó el tubo y los ácaros de fuego, y se cercioró de que los Frascos del Tormento estuvieran listos.

Entraron en Pude y el gusopo cabalgó por el centro de la calle principal mientras las gentes atisbaban por las ventanas de sus casas altas e irregulares. Nadie salió a interceptarlos, y cruzaron el puente sin siquiera pensar en pagar el peaje.

Cuando el río Haroo quedó bien atrás, Glyneth rió con nerviosismo.

-No somos populares en Pude. Los niños no nos trajeron flores y no hubo ninguna celebración. Hasta los perros se negaron a ladrar, y el alcalde se ocultó bajo la cama.

Kul miró hacia atrás con una sonrisa sombría.

-Para mi gran alivio, pues también yo hubiese querido esconderme. Si un niño me golpeara con el pétalo de una flor, me tumbaría. Me apoyo en esta espada para mantenerme erguido. Dudo que pudiera levantarla para lanzar un ataque aunque el blanco fuera el cuello del mismísimo Visbhume.

-¿Por qué te quedas ahí, entonces? ¡Siéntate y descansa! ¡Ten pensamientos de fuerza y esperanza y pronto estarás más sano que nunca!

-Veremos -dijo Kul, sentándose.

Delante se extendía la llana estepa de Tang-Tang, y Glyneth empezó a temer que perdieran el rumbo y se extraviaran. La única señal segura era la estrella rosada del este, pero mantener la estrella directa mente detrás era una tarea difícil, y continuamente ambos buscaban hitos en el camino. Atravesaron la región de los árboles gigantescos; como antes, los arborícelas soltaron amenazas histéricas y les dirigieron gestos ofensivos. Kul guió el gusopo para que sorteara los árboles y se refugió en la pérgola.

-No deseo provocar a nadie, ni siquiera a esas miserables criaturas.

-¡Pobre Kul! -lo consoló Glyneth-. Pero no te inquietes; pronto estarás fuerte de nuevo, y ya no sufrirás tales miedos. Mientras, confía en mí, pues tengo a mano los artefactos de Visbhume.

Kul emitió un ruido gutural.

-Todavía no estoy tan débil. Aunque es evidente que ahora valgo poco.

Glyneth lo contradijo indignada.

-Claro que vales, especialmente para mí. Iremos despacio y te tomarás tiempo para descansar.

-¡No! ¿Has observado la luna negra? ¡Se desplaza en el cielo! Cuando lleguemos a la choza, habré cumplido mi misión y podré descansar.

Glyneth suspiró. Esta conversación la deprimía. Si sobrevivía, nunca olvidaría sus extraños viajes por Tanjecterly, y quizá los hechos espantosos perderían fuerza, mientras que la compañía de Kul, los descansos en la agradable casita y los maravillosos paisajes de Tanjecterly consolidarían su encanto, para el cual era ahora insensible. ¿Era posible que abandonara Tanjecterly con nostalgia? Siempre, desde luego, que pudiera irse... Glyneth suspiró de nuevo y contempló el paisaje.

Viajaban, descansaban, reanudaban el viaje, y cada ciclo traía nuevos acontecimientos. En una ocasión, el gusopo apenas logró evadir una estampida de rumiantes de ocho patas, del tamaño de jabalíes grandes, moteados de rojo y blanco, con largos colmillos y colas que terminaban en bolas con púas. Chillando, gimiendo, la ancha columna de bestias hediondas pasó de largo corriendo de norte a sur, hasta desaparecer.

En otra oportunidad pasaron junto a un campamento de atezados nómadas humanos, vestidos con chillonas prendas negras, amarillas y rojas. Al instante, veintenas de niños se les acercaron para mendigar, sin asustarse ante Kul. Glyneth no tenía nada para darles y les arrojó borlas de la alfombra del gusopo. Luego azuzó a la bestia y dejaron atrás el campamento.

Glyneth empezó a temer que se hubieran desviado de la ruta más directa a través de la estepa, y sus sospechas se confirmaron al ver dos promontorios, ambos coronados por un castillo y, más allá, un peñasco rematado en otro castillo, aún mayor y más siniestro. Al pasar el gusopo, un par de enormes caballeros, ambos más altos y corpulentos que Kul, bajaron de los dos primeros castillos. Un caballero llevaba una espléndida armadura púrpura con una cresta de penachos verdes, mientras que el otro lucía una armadura azul con penachos anaranjados. Frenaron sus monturas ante el gusopo y levantaron las armas en un saludo que parecía amistoso.

-Buenas gentes -se presentó el caballero púrpura-, presentamos nuestros saludos y preguntamos cómo os llamáis.

Glyneth respondió desde el asiento superior de la pérgola.

-Soy la princesa Glyneth de Troicinet, y éste es mi paladín, el caballero Kul.

-No conocemos ese lugar, Troicinet -contestó el caballero azul-. En cuanto a Kul, parece un syaspic feroce, aunque su rostro, sus modales y su noble porte sugieren que es un caballero, tal como dices.

-Muestras discernimiento -dijo Glyneth-. Kul sufre un hechizo, y debe mostrar su actual apariencia durante cierto tiempo.

-¡Aja! -declaró el caballero púrpura-. Eso lo explica todo.

-También vemos que Kul empuña una espada poco común -comentó el caballero azul-. Se parece a la espada Zil, perteneciente al asesino Zaxa de la ciudad de Pude.

-Es verdad. Zaxa empuñó esta espada en un tiempo, pero nos ofendió y Kul le arrebató la vida y la espada. Resultó algo pesado, pues Zaxa rugió mucho mientras moría.

Los dos caballeros examinaron a Kul de soslayo. Deliberaron, y el caballero azul, moviéndose a un lado, sopló su cuerno.

Entretanto, el caballero púrpura se acercó a Glyneth y Kul:

-En vista de vuestra victoria sobre Zaxa, os imploramos que matéis a su padre, el caballero Lulie. El padre es mucho más fuerte que Zaxa y no nos avergüenza admitir nuestro temor. Lulie es culpable de mil actos execrables de los cuales jamás se ha arrepentido.

-Deploramos esas atrocidades -dijo Glyneth-, pero ahora no tenemos tiempo para actuar. A decir verdad, llevamos prisa y ya viajamos con retraso.

-¿Ah, sí? -exclamó el caballero púrpura-. Entonces parece que mi hermano se ha precipitado al tocar el desafío.

-¡Ya lo creo! Ahora nos vamos y debéis explicaros ante Lulie como mejor podáis. Kul, vámonos deprisa.

-Demasiado tarde -les cortó el paso el caballero púrpura-. Veo que Lulie baja de su castillo en este preciso instante.

Glyneth observó con desaliento cómo se acercaba Lulie. Iba sentado sobre un gusopo en una silla maciza como un trono, y empuñaba una lanza de más de diez metros de largo. Vestía una media armadura: coraza, grebas y un casco con forma de cabeza de demonio, con una cresta de tres plumas negras.

Lulie frenó su montura a unos treinta metros.

-¿Quién hizo sonar el cuerno con tal insolencia, turbando mi descanso? -bramó-. Estoy muy enfadado.

-Soplamos el cuerno -respondió el caballero azul- para anunciar la presencia del invencible Kul, quien ya ha matado a tu hijo Zaxa y ahora quiere ver el color de tu hígado.

-¡Cruel aspiración! -gritó Lulie-. Kul, ¿por qué persigues fines tan violentos?

-Parece ser mi destino -murmuró Kul-. En este caso, sin embargo, eres un padre enlutado y me abstengo. Vuelve a tu castillo con tu pesar, y nosotros seguiremos nuestro camino. Nuestros mejores deseos para todos. Adiós.

-Kul -exclamó el caballero púrpura-, evidentemente hablabas en broma cuando describiste a Lulie como «el perro de un perro» y «un cobarde cuyos actos apestan aún más que su propia persona».

-No soy excesivamente remilgado -gruñó Lulie-, pero esas palabras son ofensivas.

-Lulie -dijo Kul-, tu pelea es con estos dos caballeros, no conmigo. Por favor terminemos esta charla, pues estamos ansiosos por seguir nuestro camino.

-Sin embargo, has matado a mi hijo Zaxa, y llevas su espada. Ese acto, cuando menos, merece una represalia.

-Lo maté en defensa propia. Si me atacas, encontraré un modo de matarte.

-Ja! Interpreto esa frase como un reto.

-No ha sido mi intención. Por favor, déjanos continuar.

-No sin saldar nuestras cuentas. Baja de ahí. Lucharemos a pie, y esgrimirás la espada de Zaxa contra su padre, si te atreves.

Kul se volvió hacia Glyneth.

-No te retrases por mí. Viaja hacia el oeste lo más rápido que puedas, y que la suerte te acompañe.

Kul bajó del gusopo, no con la incómoda espada de Zaxa, sino con su espada corta. Avanzó hacia Lulie con ese andar desmañado que lo caracterizaba.

Lulie desenvainó la espada y la enarboló.

-¡Bestia diabólica, mira mi espada Kahanthus! ¡Tu hora ha llegado!

En el asiento superior de la pérgola, Glyneth insertó un acaro de fuego en el tubo, apuntó con cuidado y sopló. El proyectil, extendiendo y batiendo las alas, entró en la visera del casco de Lulie y explotó con un fuego blanco. Lulie aulló y se aferró el casco, soltando la espada. Kul asestó un tajo al codo de Lulie, de manera que el antebrazo quedó colgando de la articulación. Lulie pateó, más por reflejo que con propósito definido, e hizo volar por el aire a Kul, quien cayó al suelo y se quedó rígido. Lulie se quitó el casco y parpadeó con el único ojo que le quedaba; vio a Kul y trató de estrangularlo. Kul alzó la espada y la punta penetró en el cuello de Lulie, bajo la barbilla, y se hundió en el cerebro. Lulie se desplomó sobre su contrincante y el pincho que sobresalía de la coraza se hundió en el pecho de Kul.

Con gran esfuerzo, Glyneth empujó el cadáver de Lulie. Para detener la sangre que manaba de la herida de Kul, puso un pañuelo en el orificio y luego corrió hacia el talego de Visbhume. Sacó el ungüento y lo aplicó con desesperada prisa. En cuanto cerró la herida del pecho de Kul, Glyneth descubrió consternada que brotaba sangre de la herida de la espalda, por donde había salido la punta del pincho.

Las heridas del pecho y la espalda de Kul cerraron al fin, pero durante un rato Kul se quedó arrodillado, la cabeza floja, tosiendo y escupiendo una espuma roja de los pulmones. Al fin se volvió hacia Glyneth con una sonrisa resuelta.

-¡Una vez más estoy bien! Volvamos al gusopo. ¡La luna sigue su camino!

Se levantó trabajosamente; con la ayuda de Glyneth logró trepar a la pérgola, donde se desplomó en el banco.

El caballero púrpura y el azul habían partido hacía rato, y Glyneth los vio cabalgando hacia el castillo de Lulie, ya fuera para reclamar los tesoros o para liberar a los prisioneros.

Glyneth se armó de coraje, apretó los dientes y extrajo la espada de Kul del cadáver. La limpió en la ropa de Lulie y la puso sobre el gusopo.

La espada de Lulie, Kahanthus, yacía en la hierba; una hoja de metal azul y una empuñadura con placas de ébano tallado que culminaba en un reluciente cabujón rojo. Era pesada; Glyneth la llevó con esfuerzo hasta el lomo del gusopo, trepó a la bestia y reanudaron la marcha hacia el oeste.

Kul iba tendido, los ojos cerrados, pálido, el aliento entrecortado por la sangre que aún le sofocaba la garganta. Glyneth trató de ponerlo cómodo. Se sentó junto a él y observó las fluctuantes emociones que aparecían en su rostro. Se volvieron cada vez más intensas y definidas, y Glyneth empezó a sentir escalofríos ante lo que creía ver. Al fin tocó la delgada mejilla.

-¡Kul, despierta! ¡Tienes pesadillas!

Kul despertó. Gruñó y se incorporó. Glyneth le escrutó ansiosamente la cara; para su alivio, sólo vio al Kul a quien amaba y en quien confiaba.

-¿Recuerdas tus sueños? -preguntó.

-Ahora se han ido -dijo Kul-. No quiero recordarlos.

-Quizá deberíamos detenernos a descansar, hasta que te encuentres mejor.

-No necesito descanso. Debemos ir tan lejos y tan deprisa como podamos.

El gusopo siguió su carrera, legua tras legua por la hierba azul. Al sur unos lobos bípedos aparecían de cuando en cuando. Estudiaban al gusopo, deliberaban y luego se perdían entre los árboles.

Viaje, descanso, viaje a través de la estepa de Tang-Tang, un paisaje cuyo aspecto al fin se hizo familiar. Pasaron ante la alta mansión del caballero salteador a quien Visbhume había burlado con su espejo; en esta ocasión nadie salió de la morada. Sobre el horizonte del oeste surgieron sombrías montañas, y pronto el río Mys bajó del norte para correr paralelo al trayecto de ellos. Los lobos bípedos, que se habían mantenido prudentemente alejados, se reunieron con una nueva manada cuyos líderes, gesticulando hacia el gusopo, parecían aconsejar tácticas más audaces. La banda se fue acercando poco a poco para correr a ambos flancos del gusopo, y también detrás. Uno trató de roer una de las patas del gusopo; el enorme animal pateó a la criatura y la aplastó sin perder el ritmo de la marcha.

Kul se levantó con esfuerzo y empuñó la espada, y durante un rato los lobos se alejaron. Luego, decidiendo que Kul no planteaba una amenaza inmediata, volvieron a aproximarse. Dos saltaron a la alfombra, detrás de la pérgola. Glyneth tenía el tubo preparado y sopló un acaro de fuego al más cercano. Estalló en el pecho de la criatura con llamas azules y anaranjadas; el lobo aulló y cayó entre convulsiones. Glyneth apuntó el tubo al segundo lobo, que saltó prudentemente al suelo y se alejó.

Al cabo de unos minutos, los lobos corrieron hacia el sur, formaron un círculo y deliberaron acerca de su táctica, asintiendo y chasqueando las delgadas y negras lenguas. Entretanto, Kul azuzó al gusopo. Delante, donde las montañas se erguían junto al río, estaba la choza.

Los lobos volvieron al ataque. De acuerdo con su plan, se acercaron por ambos flancos al gusopo y se abalanzaron sobre Kul. Este blandió la espada cortando brazos y cabezas, y despejó el flanco derecho sólo para descubrir que más lobos lo atacaban desde la izquierda. Glyneth soltó un acaro de fuego tras otro, hasta que un brazo velludo bajó del techo de la pérgola para aferrarle el cuello, y una cara de largas fauces sonrientes se acercó a la suya. Jadeó, se zafó y sopló un acaro de fuego en la negra boca. La criatura se alejó, ahora sólo preocupada por su doloroso destino.

La choza estaba a sólo cien metros, pero los lobos habían derribado a Kul del gusopo, y el animal se detuvo bruscamente mientras los lobos se apiñaban alrededor del guerrero. Al fin lo tumbaron y se lanzaron sobre él en una masa velluda y ululante.

Kul reunió fuerzas y se incorporó; tenía los brazos de succión de los lobos pegados en todo el cuerpo. Maldiciendo y pateando, se zafó de ellos. Luego, embistiendo con la espada en alto, pareció por un instante el Kul de antes. Pero los lobos habían probado su sangre y no se retiraban. Con dentelladas y aullidos se lanzaron sobre Kul: él lanzaba estocadas, pero sus golpes ya no tenían fuerza.

-¡Haz crecer la casa y refúgiate! Es mi fin.

Glyneth miró frenéticamente a ambos lados, saltó al suelo y se dispuso a obedecer.

En la puerta de la choza apareció un hombre de cabello rubio. Glyneth lo miró incrédulamente y las rodillas se le aflojaron de alegría.

-¡Shimrod!

-El portal está abierto, pero por poco tiempo. Ven.

-¡Debes salvar a Kul!

Shimrod salió a la llanura. Alzó la mano; de sus dedos brotaron dardos de fuego negro que redujeron a los lobos a puñados de ceniza gris. Algunos huyeron gimiendo hacia el este; los dardos negros los siguieron y los abatieron uno por uno, y todos desaparecieron.

Glyneth corrió hacia Kul y trató de sostenerlo.

-¡Kul! ¡Estamos salvados! ¡Ha venido Shimrod!

Kul la miró con ojos apagados.

-Shimrod -graznó-, he obedecido lo mejor que he sabido.

-Kul, has actuado bien.

-En realidad ya estoy muerto. Ahora me tenderé y quedaré quieto.

Kul se derrumbó.

-¡Kul, no mueras! -exclamó Glyneth-. ¡Shimrod te fortalecerá de nuevo!

-Querida Glyneth -jadeó Kul-, regresa a la Tierra. Yo no puedo ir contigo. Soy una mezcla de criaturas, sostenida con sangre roja, y ahora mi sangre se ha ido. Glyneth, adiós.

-¡Kul! -suplicó Glyneth-. ¡Sólo unos minutos más! ¡No mueras! ¡Te amo profundamente y no puedo dejarte aquí! ¿Kul? ¿Puedes hablar?

Shimrod le cogió el brazo y la ayudó a incorporarse.

-Glyneth, es hora de partir. No puedes ayudar a Kul. Va a regresar a sus orígenes y es mejor que tú vengas conmigo. El cuerpo de Kul ha muerto, pero su amor por ti todavía vive. Ven.

4

Shimrod condujo a Glyneth a la choza. Ella se detuvo.

-En el gusopo hay dos grandes espadas. Por favor, Shimrod, tráelas con nosotros.

Shimrod la llevó hasta la puerta.

-Atraviesa el umbral. Yo iré a buscar las espadas. Pero no salgas. Espérame en la choza.

La aturdida Glyneth atravesó la puerta y entró. Por un instante atisbo por encima del hombro para ver a Kul, y en seguida desvió la mirada.

Algo era diferente. Respiró hondo. Éste era el aire de la Tierra; traía el querido aroma de su propio follaje y de su propio suelo.

Shimrod entró en la choza, trastabillando bajo el peso de las dos espadas. Las puso sobre la mesa y, volviéndose a Glyneth, le asió las manos.

-Amabas a Kul, y me parece normal. De lo contrario te habría considerado desalmada y antinatural. Lo cual sería imposible, pues conozco muy bien tu temperamento afectuoso. Kul era un ser mágico, construido a partir de dos patrones: el syaspic feroce y un bárbaro pirata de una luna lejana, llamado Kul, el Asesino. Estos dos patrones, sobreimpresos, crearon una criatura terrible, implacable e indómita. Para proporcionarle vida y alma, con amor y lealtad hacia ti, le dimos la sangre de alguien que te ama. En realidad, dio casi toda su sangre y también toda la fuerza de su alma. Kul está muerto, pero esos sentimientos aún viven.

Glyneth, llorando y sonriendo al mismo tiempo, preguntó:

-¿Y quién era esa persona que me ama? ¿Debo saberlo? ¿O tendré que adivinarlo?

-Dudo que necesites adivinar.

Glyneth lo miró pícaramente.

-Tú me amas y Dhrun me ama, pero creo que hablas de Aillas... ¿Está fuera?

-No. No le comenté que la pulsación estaba abierta. Si no hubieras llegado a la choza o hubieras sufrido daño, él sólo se habría torturado de nuevo. Kul te sirvió bien y Murgen tuvo éxito; y aquí estás. Ahora traeré a Aillas con procedimientos mágicos. Puedes salir cuando te llame.

Shimrod salió de la choza. Glyneth fue a la mesa y contempló las espadas Zil y Kahanthus, y recordó Tanjecterly y todo el viaje hasta Asphrodiske. Por un instante se preguntó por la suerte de Visbhume.

Transcurrieron unos instantes. Oyó voces en el exterior. Quiso salir, pero recordó las instrucciones de Shimrod y esperó.

-¡Glyneth! -gritó Shimrod-. ¿Estás ahí? ¿O has vuelto a Tanjecterly?

Glyneth fue hasta la puerta y salió a la luz del bosque. Aillas la esperaba junto a un carruaje.

Shimrod llevó las espadas al carruaje.

-Os espero en Watershade -dijo-. ¡No os retraséis en el camino!

Se internó en el bosque y desapareció.

Aillas se adelantó y abrazó a Glyneth.

-Mi amada Glyneth, nunca más te dejaré ir.

Al cabo de un instante la soltó y le miró la cara.

-¿Por qué me miras así? -preguntó Glyneth, sonriendo.

-Porque ante mis ojos te has convertido en la más bella y atractiva de las doncellas.

-¿De verdad, Aillas? ¿A pesar de mis mugrientas ropas y mi sucia cara?

-Sí.

Glyneth rió.

-A veces creí que nunca te llamaría la atención.

-No temas por eso. En realidad sufro todas las indecisiones y dudas del enamorado inseguro. Estoy ansioso por conocer tus aventuras. ¿Cómo te sirvió Kul, tu paladín?

-¡Me sirvió tan bien que llegué a amarlo! Diría que llegué a amar la parte de Kul que eras tú. Vi atisbos del feroce y de Kul, el Asesino, y ambos me asustaron. Luego tú parecías presentarte para arreglar las cosas.

-Por lo visto he hecho muchas cosas que no recuerdo -musitó Aillas-. Bien, no importa. Kul te ha traído de regreso, así que no debo estar celoso. Aquí está nuestro carruaje. Vamos a Watershade, y a los más felices banquetes que esas viejas piedras han conocido.

EPILOGO

La Perla Verde está encerrada en una botella y el disfraz de Tamurello, el esqueleto de una comadreja agazapada dentro de una gelatina verde, quizá sea el más incómodo que ha usado.

El Bosque de Tantrevalles alberga un suelo profundo y húmedo; en alguna parte de ese limo yace el cadáver de una serpiente que en mejores tiempos usó el nombre de Visbhume; ya no baila ni brinca al ritmo de una enérgica música interior, y a veces, en casos como éste, uno se pregunta: aquí está el cuerpo muerto, pero ¿adonde ha ido la música?

Tamurello y Visbhume son seres extraordinarios, sin duda, y ambos han terminado mal. Aun así, este tipo de personas abunda en las Islas Elder, y sus ambiciones a menudo trascienden lo aconsejable y aun lo posible.

Citemos como ejemplo a Torqual, el renegado ska. Ha sobrevivido a sus heridas y ahora se recupera en su inaccesible castillo. Allí abriga amargos pensamientos y traza sombríos planes. Ha jurado vengarse del joven guerrero troicino que le infligió tantos males.

La reina Sollace de Lyonesse ansia fervientemente construir una catedral. El padre Umphred le asegura que, si el rey Casmir se convirtiera al cristianismo, vería la catedral con mejores ojos. La reina Sollace conviene en ello, pero ¿cómo convertir al rey Casmir? Quizá con la ayuda de una reliquia sagrada. Varios siglos antes, José de Arimatea había traído el Santo Grial a Elder desde la abadía de Glastonbury. El Santo Grial serviría muy bien a los propósitos de la reina Sollace, y el padre Umphred da su entusiasta aprobación.

El rey Casmir aún está perturbado por la predicción de Persilian, el Espejo Mágico, y todavía ignora la identidad del primogénito de Suldrun.

La princesa Madouc de Lyonesse ocupa una posición poco envidiable. El rey Casmir sabe que ella no es la verdadera hija de Suldrun y que no lleva su propia sangre en las venas. Aun así, quizá le sea útil cuando llegue a la edad de casarse. Madouc es por naturaleza una criatura extraña, aún menos sumisa que la trágica princesa Suldrun a las convenciones de la corte de Haidion; la tercera crónica de Elder será: Lyonesse III: Madouc.

Glosario I

En el curso de diez mil años, Elder había conocido incursiones, migraciones e invasiones armadas, así como las idas y venidas de los mercaderes; los centros comerciales de las islas, todos fundados por mercaderes extranjeros, se hallaban en Ys, Avallen, Dorareis y Bulmer Skeme.

Los recién llegados venían de todos los puntos cardinales: pueblos preglaciales cuya identidad no registra la historia. Más tarde vinieron kornutianos, bithynianos, un pueblo sorprendente conocido como los khaz dorados, y luego contingentes de escquahar (precursores de los vascos, los bereberes de Marruecos, los guanches de las Islas Canarias y los hombres azules de Mauritania).

Después, y a veces en sucesivas oleadas, llegaron los pelasgos, los rubios sarsele de Tingitana, los danaans y los gallegos de España, los griegos de la Hélade, Sicilia y la Baja Galia; varias naves lidias que huían de Toscana; celtas de todos los puntos cardinales bajo una multitud de nombres; y, más tarde, romanos de Aquitania, quienes abrigaban ambiciones de conquista pero luego se marcharon, llevándose consigo la doxología cristiana. Algunos godos y armoricanos se establecieron a lo largo de las costas de Wysrod, mientras nuevas bandas de celtas de Gran Bretaña e Irlanda aprovechaban la debilidad de los gobernantes daut para fundar el reino de Godelia.

Por último, desde Noruega y a través de Irlanda[(23)], llegaron los ska, quienes se instalaron en Skaghane y otras Islas Exteriores, para penetrar en Ulflandia del Sur.

[23] Véase Glosario II de este volumen. Véase también Lyonesse I: El jardín de Suldrun, Glosario III.

Glosario II

La historia de los ska es una gesta en sí misma. Eran los habitantes originarios de Noruega desde antes de la era glacial, y fueron expulsados por ur-godos arios hacia el sur. Llegaron a Irlanda, donde ingresaron en la historia irlandesa como los hijos de Nemed o nemedios.

Los ur-godos, que por entonces dominaban Escandinavia, adoptaron las tradiciones ska y con el tiempo enviaron hordas hacia Europa: los ostrogodos, los visigodos, los vándalos, los gépidos, los lombardos, los anglos, los sajones y otras tribus germánicas. Los que se quedaron en Escandinavia se hacían llamar «vikingos», y usando naves de diseño ska surcaron el Atlántico, el Mediterráneo y los ríos navegables de Europa.

Los ska, derrotados en Irlanda por los fomorios, se vieron obligados a emigrar de nuevo. Zarparon desde Irlanda rumbo al sur y llegaron a Skaghane, la más occidental de las Islas Elder, donde encontraron un ambiente apropiado.

Ante una gran junta formulaban tres solemnes votos que son básicos para comprender el complejo y contradictorio carácter ska:

Primero: Los ska no serían expulsados de sus tierras nunca más.

Segundo: Los ska estaban en guerra con todos los pueblos del mundo; así se había demostrado, y así era.

Tercero: La sangre de la raza ska era pura. La mezcla con subhumanos de otras razas constituía un delito tan abominable como la traición, la cobardía o el asesinato.

Glosario III

Aillas había sido amante de Suldrun, hija del rey Casmir, y ambos habían tenido un hijo, Dhrun. El niño cayó en manos de las hadas de Thripsey Shee, quienes lo sustituyeron por la semihada que luego llegó a ser la princesa Madouc de Lyonesse.

Afortunadamente para la paz de su espíritu, Casmir ignoraba todos estos acontecimientos, y por ello estaba perplejo ante el vaticinio del espejo mágico, Persilian, según el cual el primogénito de Suldrun se sentaría antes de morir en el trono Evading y también ocuparía un puesto honroso y de autoridad ante la Mesa de los Nobles, la antigua Cairbra en Meadhan, la cual constituiría el modelo de la Mesa Redonda del rey Arturo de Cornualles, dos generaciones después.

FIN

Jack Holbrook Vance nació en San Francisco (1920) y después de estudiar ingeniería y física en la Universidad de California se orientó profesionalmente hacia el periodismo. Su primer relato de ciencia ficción se publicó en 1945 y desde entonces simultanea la ciencia ficción y la fantasía con la literatura policíaca, género al que ha contribuido con más de doce novelas, obteniendo el prestigioso premio Edgar por THE MAN IN THE CAGE (1960).

Vance es conocido en la ciencia ficción y la fantasía por sus novelas breves, que le han valido el premio Hugo para THE DRAGÓN MASTERS (1962) y THE LAST CASTLE (1966), que obtuvo también el Nébula. Dichas obras han dado origen a muchas antologías de relatos, como The Many Worlds of Magnus Ridolph (1966), Los Mundos de Jack Vance (1973) y The Best of Jack Vance (1976).

También son un elemento característico y fundamental de su producción las series como el ciclo de «El Planeta de la Aventura» (Los CHASCH, 1968; Los WANKH, 1969; Los DIRDIR, 1969; y LOS PNUME 1970), o la trilogía de «Durdane» (EL HOMBRE SIN ROSTRO, 1973; LOS VALEROSOS HOMBRES LIBRES, 1973; y LOS ASUTRA 1974). Otras series famosas son la de los «Príncipes y los Demonios» (EL REY ESTELAR, 1964; LA MÁQUINA DE MATAR; 1964 y EL PALACIO DEL AMOR, 1967; posteriormente ampliada con THE FACE, 1979 y THE BOOK OF DREAMS, 1981) y la del cúmulo estelar «Alastor» (TRULLION: ALASTOR 2262, MARUNE: ALASTOR 993 y WYST: ALASTOR 1716, publicadas entre 1973 y 1978). Una de sus últimas obras es ARAMINTA STATION (1978), que inicia una nueva serie de ciencia ficción con el título genérico de las «Crónicas de Cadwal».

Destaca entre sus últimas obras una ambiciosa trilogía de alta fantasía basada en cierta forma en las leyendas célticas del ciclo pre-arturiano y ambientada en las Islas Elder que lleva el nombre genérico de LYONESSE. Consta de tres volúmenes: EL JARDÍN DE SULDRUN (1983), LA PERLA VERDE (1985) y MADOUC (1989).

Los editores han convertido también en serie las recopilaciones de relatos fantásticos ambientados en «La Tierra Moribunda», a las que se ha unido la saga de Cugel. Todo ello a partir de su primer libro, LA TIERRA MORIBUNDA (1950), seguido de LOS OJOS DEL SOBREMUNDO (1966), y el fix-up (o montaje) de varios relatos cortos sobre Cugel, LA SAGA DE CUGEL (1983), y RHIALTO EL PRODIGIOSO (1985), que componen su más clara aportación a la fantasía heroica.

En cuanto a las novelas no reunidas en ciclos, destacan LOS LENGUAJES DE PAO (1958), en la que se aborda por primera vez un tema de sociolingüística en la ciencia ficción, THE BLUE WORLD (1966) y EMPHYRIO (1969).